Kurt Levy

ENCUADERNACIÓN DE
JESÚS M. Y RICARDO LALINDE
Medellín.

En la diestra de Dios Padre
por Tomas Carrasquilla.
pagina 22
Tomas Carrasquilla, - por José Montoya
pag - 105
Blanca. por T. Carrasquilla pg. 113
Rio Arriba. por Pedro Nel Ospina
pag. 124
Dimitas Arias. por T. C. 153
Don Carlos S. de Greiff 235 y 287
En el silencio de las Selvas
por Pedro Nel Ospina 300
En 2 Mundos. por M. U. A. 327 y 372
[illegible] por T. Ospina
[illegible] Sale de T. C. 421

REPUBLICA DE COLOMBIA—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA

EL MONTAÑES

REVISTA DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

DIRECTOR

Gabriel Latorre

AÑO I. | Medellín, Setiembre de 1897. | N. 1.º

LIBRARY
APR 13 1999
UNIVERSITY OF TORONTO

SAMUEL VELASQUEZ

LOS cultivadores de las Letras entre nosotros rara vez pasan de simples aficionados: ocasionales escritores son los más á quienes entusiasmo pa-

sajero ha puesto la pluma en la mano ó improvisados periodistas que nacen al calor de las pasiones de la política, estéril para el arte, y mueren para la literatura del mismo modo que nacieran, después de agotar su ingenio en producciones del momento, casi siempre anónimas y de efímera existencia.

Somos un pueblo demasiado pobre para que los verdaderos literatos puedan aquí formarse y en su labor perduren. Acaso ninguno de los que han escrito ó escriben hoy día haya tenido ó tenga por única ocupación el cultivo de las letras: en todos los campos, en todas las profesiones recluta el arte literario sus soldados y es sólo ocasionalmente, en ocios raros, cuando pueden consagrarle alguna ofrenda. Y nada vale el éxito obtenido: las necesidades de la vida llevan á otras regiones su actividad y monopolizan sus talentos, ya sea que al trabajo deban la subsistencia, y más, mucho más si la fortuna los ha favorecido con sus dones: que nuestras costumbres han hecho una verdadera carga de la riqueza, y menos que nadie libres de espíritu y de tiempo á quienes la poseen.

El ardor de la adolescencia, el influjo de una educación literaria, el brote de la pasión amorosa suelen inspirar á nuestros jóvenes, y cantan—"todos cantamos en la edad primera"—Pero apenas salidos del colegio y recibido el primer choque en la lucha por la vida, aquel ímpetu juvenil desaparece; principia á helarse el sentimiento; surge el pavoroso escepticismo, mayor mientras más grandes hayan sido las ilusiones, y esos artistas en cierne callan para siempre.

Falta de fieles y constantes servidores, no es, pues, extraño que nuestra literatura haya permanecido incipiente. El Arte no quiere que por ocupación secundaria se le tenga: pide toda la vida, toda la actividad, todo el amor de quienes á su culto se consagran y no premia con sus laureles sino á aquellos que nunca lo han abandonado.

Por razón de las inconstancias que, como á todo pueblo nuevo, nos embarazan en la marcha hacia el progreso, y por vicio de nuestra raza, ardiente hasta el extremo, de entusiasmos fáciles y de abatimientos sin causa, el cultivo de la literatura ha tenido sus intermitencias entre nosotros.

Tras un largo período de calma en que apenas diera

fugitivas señales de vida, principia de nuevo á animarse; la comezón de escribir ha invadido á muchas gentes, y un verdadero renacimiento se inicia ya, vigoroso y pujante. Todo el mundo está hoy aquí tocado de la manía literaria; la aparición de nuestras dos únicas novelas empieza á formar el gusto y á despertar muchas actividades dormidas; el *Concurso de La Miscelánea*, de tan felices resultados, ha estimulado á muchos, y nuestros periódicos y revistas desbordan con producciones de diverso jaez que, aunque de mérito dudoso, son dignas de que en cuenta se las tenga, como manifestaciones de un esfuerzo laudable.

Y, sinembargo, de toda esa verdadera legión de meros *dilettanti*, cuán pocos serán los que perduren; cuán escasos los que, llevados por la fe, por el verdadero amor al arte logren ilustrar su nombre y sean salvos. Muchos son los llamados y muy pocos, por desgracia, los escogidos serán. Y es porque les falta lo que únicamente puede consagrarlos: el culto, el sincero, el altísimo culto por el Arte, el amor que sólo conquista la gloria. Aquellos que no lo sientan grande y profundo, los que sólo por afición momentánea, por matar el tiempo, *por no dejar*, como el vulgarismo lo expresa, *hacen literatura*, en el camino irán quedando rezagados, y no alcanzarán á columbrar siquiera, faltos de fe, ni los celajes de la Tierra Prometida.

Uno de los escogidos en esta selección del mérito y de los ya consagrados tras larga y penosa prueba, uno de aquellos á quienes su fe ha salvado es Samuel Velásquez, cuyo nombre es timbre de honor para nuestras montañas y á quien dedicamos, en homenaje á la justicia, preferente recuerdo en este primer número de nuestra revista.

Es, entre los escritores de la nueva generación, uno de los de más talento é inspiración dotados, y el que más reacio haya encontrado al público, para otros blando, en reconocerle una ú otra de estas raras cuanto envidiables cualidades.

Es un temperamento de artista, irremediablemente enamorado de la Belleza, á la cual rinde culto ferviente; una alma inquieta, enferma de la necesidad de expansión, impaciente por las manifestaciones externas de su amor é incapaz de guardarlas.

Con las vacilaciones propias de quien siente mucho y anda buscando medios de expresión, con las indecisiones

peculiares de los seres nerviosos á quienes la pasión domina, Velásquez apenas habrá dejado arte ninguno á cuyos servicios no haya recurrido en busca de desahogos para la fecundidad de su alma. Maneja el lápiz y los pinceles, canta acompañándose al piano ó rasgueando el tiple, es recitador expresivo, pulsa la lira del poeta, ha alcanzado puesto distinguido entre nuestros prosistas y no desdeña el culto de Terpsícore.

El Arte, uno en su esencia, múltiple en sus formas, yá que colores, líneas, sonidos, movimientos no son para él otra cosa que medios de un mismo fin—la manifestación sensible de la belleza—no impone á determinados sentimientos fórmulas especiales de expresión. El artista que busca expansión á su alma, ora cante, ora traslade al lienzo las imágenes, ora dé vida, animación y forma al mármol inerte, ora pulse la lira, va siempre en pos de esa brillantísima meta de la belleza, para llegar á la cual todos esos medios son igualmente apropiados. Ni la música, ni la poesía, ni la pintura tienen excelsitud sobre sus hermanas: lazo misterioso las liga y las confunde á veces: hay notas que casi son colores que palpitan, estrofas hay que cantan, cadencias que semejan flores, sonidos graves que nos recuerdan las tinieblas ¿ Y qué mucho si el lenguaje mismo suele admitir ese enlace de las artes cuando consiente *colorido* en música y colores *chillones* en pintura? Un mismo sentimiento de melancolía inspiró á Epifanio su *Tórtola*, á Gonzalo Vidal sus *Tristezas*, á Cano su *Lavandera*; y con sus versos tiernos y sencillos, el poeta; con los lamentos de sus notas, el músico; con sus líneas y colores, el pintor, lo hacen surgir en el alma de los demás, que lloran con ellos. Y es ese misterioso vínculo, esa fraternidad y consonancia de los diversos elementos del Arte lo que ha hecho de Velásquez oficiante en todos los altares donde á su Dios se rinde culto.

Su exquisita sensibilidad, la ternura de sus sentimientos, el deseo constante de expansiones y confidencias, su carácter dulce é insinuante, la preocupación continua de la belleza por sobre todo y antes que todo y hasta sus veleidades de amigo, tan propias de todo artista, dan á su trato candorosidades de niño y delicadezas casi femeniles, mal apreciadas, y aun escarnecidas, por quienes no saben comprenderlo. Pero al lado de ellas posee Velásquez cualida-

des viriles propias de luchador fuerte que lo han hecho vencedor en el combate de la vida y conquistádole puesto eminente en nuestra literatura. Su fe, su fe grande, incontrastable y profunda, que lo hace levantarse más erguido, más animoso á cada caída, á cada revés de la suerte; el convencimiento de su propia fuerza, que lo torna audaz y noblemente ambicioso; su constancia, que lo convierte en obrero jamás cansado; el anhelo por mejorar, que no le deja reposo; el desprecio por la crítica injusta, por las envidias rastreras, por las mezquindades de los necios, que le sirve de escudo invulnerable contra el desaliento. Y en esta época de escepticismo y cobardía—que cobardía y no otra cosa es esa desconfianza continua de las propias fuerzas que nos hace huír en vergonzosa fuga antes de librar batalla—en esta época sin esperanza y sin fe, caracteres del temple del de Velásquez son tanto más apreciables cuanto más raros se van haciendo.

Mostróse primero como poeta. Fue en Bogotá, adonde el deseo de perfeccionarse en el estudio de la pintura lo llevara, donde apareció en 1886 ó 1887 su primera composición en verso, con cuya publicación nos dejó no poco sorprendidos á sus condiscípulos, que ni remotamente sospechábamos sus aficiones poéticas y nos resistíamos á reconocer su talento con esa prevención, por desgracia tan común, que solemos gastar para juzgar á quienes han alternado con nosotros en los bancos de la escuela. Era aquel primer ensayo un poema bíblico á estilo de los que tánta fama dieron á *Larmig*, pero sin ninguna de las bellezas que en ellos abundan, titulado *Magdalena* y precedido de un prólogo candorosísimo de prosa infantil y grandilocuente.

Suelto ya el dique, perdido el miedo al público—ése que nos fingimos monstruo y que con frecuencia resulta un bonachón tragaldabas—bien pronto otras composiciones menos extensas fueron apareciendo á cortos intervalos en distintos periódicos. Recordamos á *Catalepsia*—un poemita romántico en estrofas á lo Núñez de Arce—y á *Safo*. Como muchos de nuestros poetas, Velásquez cantó á Elvira Silva y pagó al Tequendama el obligado tributo de sus versos. Diose luégo á buscar inspiración en el lejano Oriente, pintándonos la vida de los Sultanes y ensalzando las excelencias de los puñales damasquinos; y más tarde, en dos festividades públicas, recitó con expresión y soltura sen-

das composiciones preparadas al efecto, *Los Genios* y *Canto á Colón*, que aparecieron en seguida en alguno de nuestros periódicos de entonces.

Defecto muy común en nuestros escritores noveles es el buscar inspiración en lejanas tierras y costumbres extranjeras; no conocemos ó estimamos en poco los modelos que nuestra literatura esencialmente indígena nos suministra; y aplicando al arte el criterio general entre nosotros de desdeñar lo propio, que nunca apreciamos, por lo extranjero, cuyos méritos exageramos hiperbólicamente, y como si esta tierra nuestra, virgen aún, no fuera gran receptáculo de bellezas para la poesía y el sentimiento, nos damos con pasión á extravagantes exotismos, y hacemos de los partos de nuestro ingenio verdaderos *tours de force*, con labor absolutamente estéril, yá que los pueblos cuyos asuntos cantamos no nos leerán nunca y no pueden ser apreciadas ni comprendidas aquí las producciones por desconocidos objetos engendradas.

Y si es al asunto grandioso, á la oda heróica, á la poesía lírica á la que el poeta novel consagra su numen, riesgos no menores se le presentan en este género, el más altamente poético, el más viril, el más sublime y aquel de que tengamos modelos más perfectos en la literatura española que Quintanas, y Heredias, y Olmedos y Gallegos han honrado.

Falta de ideas grandes, escasa de sentimiento, la poesía de Velásquez no habla al espíritu ni impresiona el corazón. Al acabar su lectura, queda por algún tiempo aún vibrando en nosotros la melodía de unos versos suaves y de ritmo grato y el recuerdo subyugador de imágenes bellísimas como en raros poetas, aun fuera de nuestra tierra, encontrarse pudieran. Sus versos son más de músico y de pintor que de verdadero poeta, y es quizá por esto, que acaso sienta instintivamente su autor, por lo que gusta de recitarlos en público—á veces en forma de melopeas—produciendo casi siempre en su auditorio fascinación extraña que un análisis posterior suele disipar.

Pero aun este mismo mérito pictórico—si así puede decirse—de su obra poética se convierte en defecto por la exageración. De tal modo prodiga el poeta las imágenes, uso tan inmoderado hace de los símiles, tánto recarga de adornos de toda clase sus producciones, que al cabo viene

casi á afearlas aquello mismo que debiera dar realce á su hermosura. Hay exuberancia, verdadera plétora; y, como todo lo que se prodiga á manos llenas pierde mucho de su mérito, aquellos adornos que, moderadamente empleados, fueran diamantes de grandísimo precio, tienen en su amontonamiento apariencias de falsa pedrería.

Por otra parte, esa manía del exotismo que lo preocupaba con guzlas, y triclinos y con las palmeras del desierto, si cantaba; con huríes, y sultanas, y narguilés, y pebeteros y tuberosas cuando alzaba la copa en elegantes saraos; esa exuberancia y exageración que hacía de las mujeres que su lápiz creara seres de redondeces imposibles y ojos de abismo y bacantes cristianas de sus santas; esa plétora de su fantasía, de su temperamento ardiente y soñador— desaparecida yá de sus obras— no es defecto de que sólo Velásquez haya adolecido, siendo al contrario muy común en todo escritor que principia, y señal, muchas veces, de vitalidad, de inspiración y de fuerza. El arte de escribir no es cualidad innata, sino producto del estudio sostenido, de la meditación incesante, de una labor larga y penosa. Eso de la inspiración que cual soplo divino nos hace cantar inconscientemente como las aves, ya no es admisible en esta edad analizadora y razonable. Quizá no exista escritor ninguno que, antes de un hijo perfecto, no haya tenido muchos abortos. Los jóvenes son impacientes; tienen ansia de actividad y hacen un verdadero derroche de sus fuerzas, incapaces de ahorrar nada y sin ver de la vida más que el presente. Los escritores noveles quieren desde su primer ensayo cantarlo todo, decirlo todo con afán nacido de su inexperiencia y de la plenitud desbordante de sus almas; y, desdeñando lo que á la mano y ante los ojos tienen, bello, é inspirador y real, buscan desatentados la inspiración en las nubes, alto, muy alto, donde creen ellos que la poesía reside, cuandos todos dentro del pecho la llevamos.

No obstante los defectos de la poesía de Velásquez, que quizá con crudeza, si bien llenos de sinceridad, hemos censurado, hay en todas sus composiciones, brillantes muestras de su numen poético, de su ingenio de artista é indudables testimonios de su talento. Nos complacemos en haber sido de los primeros en reconocérselo, en medio de un público prevenido con especial ardor en contra suya, pues,

acaso nunca escritor ninguno fue tratado aquí con tanta injusticia como lo fuera Velásquez.

La crítica, la crítica razonable, desapasionada y sensata: ese ministerio altísimo y noble sin cuya valiosa ayuda el gusto perece ó se vicia y el progreso de las artes se dificulta; la crítica que tántos, tan buenos y tan oportunos servicios pudiera prestar á nuestra incipiente literatura, para encauzar sus tendencias, señalarle su ruta, facilitarle su marcha y darle unidad, carácter y objeto, aprovechando esta época de verdadero renacimiento en que estamos; esa crítica justiciera y digna, indispensable para nuestro progreso literario, falta absolutamente entre nosotros. En su lugar tenemos la alabanza incondicional y la diatriba. Los que aquí escriben resultan genios ó imbéciles, según sean amigos ó enemigos quienes los juzguen; y no hay término medio. De modo que el artista que deveras ama su arte y tiene anhelos de perfección ha de formarse solo, constituyéndose en su propio y único juez, y, sin cuidarse de las alabanzas de unos ni de los vituperios de otros, bregar con tesón incansable por su mejoramiento.

Velásquez lo ha conseguido. *La Lucha*, poesía suya que hoy reproducimos, poco ó nada se parece á sus hermanas, y es, entre todas sus composiciones poéticas de que tengamos noticia, la que hallamos más apreciable, no sólo por su mérito intrínseco, sino también, y aún más, por haberse iniciado con ella un cambio radical en el gusto, tendencias y manera de su autor. Hay en ella fuerza, vitalidad y expresión, para conseguir las cuales ha bastado al poeta un asunto sencillo, pues que, dejando olvidados los antiguos temas predilectos, vino á buscar inspiración en campo propio, y del combate de dos toros rivales, tomado del natural y tratado sin el derroche de galas de otros tiempos, hizo un cuadro hermoso, digno de su talento. *La Caída de un Rey*, que publicó *La Miscelánea*, forma con aquélla bellísimo *pendant*, y aun se nota en ésta más brío, prueba de que el autor ha ido mejorando y topado al fin con el filón rico de su ingenio.

Rico, en efecto, es ese venero: la aparición de *Madre* acaba de probárnoslo. Sorprendió á todos el que Velásquez fuera ese *Desconfiado* que con tánto empeño se ocultaba y que tuvo por más de una semana á todo un público perdido en las más extrañas conjeturas acerca del

verdadero nombre del laureado autor que el escrutinio del *Concurso* no pudo darle á conocer. Tál ha sido la suerte de Velásquez : crear sorpresas. Sintiéronla sus condiscípulos cuando se les reveló poeta ; tiénela ahora el público entero ante el espléndido triunfo que su primera novela le ha alcanzado ; pero, si admiran, no se sorprenden los que contemplaban el mejoramiento gradual de sus obras y sospechaban yá de cuánto era capaz ese privilegiado talento. Privilegiado talento, sí ; digámoslo sin embarazo y sin rubores aunque de un paisano se trate, que el reconocérselo, aquí donde el calificativo de "genio" ya no halaga por la extraña generosidad con que solemos darlo al primer versificador que nos resulta, el llamar al autor de *Madre* talento privilegiado apenas es pálido elogio, acto de verdadera justicia y merecido desagravio para quien tan injustamente tratado ha sido siempre.

El mérito de *Madre* es para nosotros absoluto y excelso y no el meramente relativo que el *Laudo* del Jurado que decidió el *Concurso de La Miscelánea* quiso concederle. Preciso es reconocerlo, y de ello nos holgamos con el entusiasmo de quienes comprenden ante una belleza tal su impotencia para crearla ; con la audacia del ignorante ; con la humildad de quien desposeído de toda autoridad se siente y sabe bien que nadie habrá que de sus juicios vaya á tomarle cuenta.

Si, como lo pensamos, no es su extención lo que decide de la belleza de una obra artística—pues, en punto á belleza, tanto vale un soneto de Heredia como toda la obra de los *Rougón—Madre* tiene mérito suficiente no sólo para equipararse con lo mejor que hasta hoy se haya escrito en Colombia, sin exceptuar á *Manuela* ni á la mismísima *María*—esos dos patrones de lo bueno entre nosotros— sí que también para figurar con honor en cualquier literatura, pues su bondad—tornamos á decirlo—no es bondad relativa sino absoluta, sin lo cual no mereciera el nombre de bella que no hemos vacilado en darle.

La novela de Velásquez se devora más bien que se lee. Apenas iniciado el cuento con la sabrosa escena del lavadero en que Inés y su confidenta Rosario ponderan con expresivo y rústico lenguaje los mil encantos que en el arriero Felipe encuentran, el interés principia, para no de-

caer un solo momento hasta el inesperado desenlace. Y sinembargo, descartado éste, supremamente trágico, el asunto nada tiene de enmarañado ni de fantástico, siendo al contrario sencillo en el fondo y de diaria ocurrencia en estas montañas, donde arrieros galanteadores é inexpertas campesinas abundan.

A la vera del camino que entre Medellín y Manizales extiende su larga y ondulada cinta vivía la señora Eugenia con su hija, la encantadora Inés, doncella fresca y sanota, tipo acabado y simpático de la campesina antioqueña; y mientras ésta, diligente y activa, á los menesteres domésticos más especialmente atendía, explotaba la otra un ventorrillo, de lo más necesario para ayuda de vecinos y viandantes modestamente provisto. Felipe—garrido mancebo de veinticinco años, arriero de oficio, audaz y mujeriego como él solo, y que, con la belleza hercúlea de su persona y la zandunga de su trato, traía medio locas á todas las muchachas del tránsito—al pasar y repasar con sus bueyes por frente á la venta, en cuyas inmediaciones pernoctaba siempre, llevóse entre las redes de su astuto galantear envuelto el corazón de la incauta doncella que ya no vivía sino para él, por más esfuerzos que hiciera, aleccionada por su madre, para romper aquel invencible hechizo con que el diabólico mozo la tenía ligada. Persuadida la señora Eugenia de los malévolos intentos de aquel tenorio campesino, manteníase en incesante zozobra, y, cuidadosa del honor de su hija, oponíase á aquellos amores por cuantos medios le sugería su maternal instinto: ora reprendiéndola con dureza, ora amonestándola dulcemente y vigilándola siempre con incansable y abnegado celo. Entáblase la lucha: multiplica el arriero sus seducciones; la pobre madre no tiene un punto de sosiego; y combate consigo misma la doncella, solicitada, de una parte, por el amor de Felipe que la atrae como un abismo y las primeras mordeduras de la carne que palpita en ella con todo el vigor de su lozana pubertad, y retenida, de otra, por los consejos de su madre y el sentimiento del deber inculcado desde temprano en su alma virgen. Desesperada al cabo la doncella y perdida toda ilusión de llegar nunca á ser la esposa de Felipe, para quien juzga candorosamente haberse hecho despreciable, toma la loca determinación de marcharse con él, y á realizarla se apres-

ta cuando aquél torne á pasar con su recua frente á su casa; de todo lo cual toma conocimiento la señora Eugenia por una conversación sorprendida entre Inés y su amiga Rosario, que estimulaba en un principio aquellos amores y se estremecía ahora ante el giro que iban tomando. Vino al cabo Felipe, y cuando la desconsolada madre iba á pedirle, con lágrimas en los ojos, gracia para su hija y para ella, surge entre el animoso arriero y Martín, otro de igual oficio y que al mismo tiempo llegara, furibunda pendencia por un pretexto baladí. Agarra éste una estaca, desenvaina el otro su machete, y luchan como fieras. Inés, enloquecida, se interpone para proteger con su cuerpo á su amante; recibe de éste un formidable machetazo que á su contendor destinaba y cae, bañada en sangre, para expirar pocos momentos después.

Este argumento, bastante—aunque en apariencia sencillo—para formar una obra extensa, se desarrolla en unas pocas páginas con extraordinaria animación. Los personajes están obrando siempre, sin que el autor intervenga casi nunca para otra cosa que para completar la descripción de alguno de ellos, empezada ya por otro, con algunas plumadas maestras, ó mejor pinceladas, que más que de literato es de genuino pintor su delicadísimo estilo. Más que novela, por la animación é interés constantes del relato, por estar siempre en escena, á la vista del lector los personajes, por aquel eclipse casi total del autor, por la rapidez con que se suceden los incidentes de la acción, la obra de Velásquez parece un verdadero drama, y, en efecto, reemplazando por decoraciones las pinturas del paisaje ó del fondo, casi fuera representable. Los diálogos abundan, llenos de viveza, de animación, de verdad, de vida, y han sido tomados con fidelidad asombrosa del natural, sin que en una sola frase, en una palabra siquiera, en la más mínima exclamación se desmienta nunca el estilo, el modo peculiar de los rústicos personajes que por sí mismos se retratan, sin que el cuidadoso escritor haya puesto nada de su propia cosecha y sin que el lector confunda jamás los interlocutores: tan bien sostenido está siempre el carácter de cada uno y tan perfectamente cuadran con aquél las ideas, conceptos ó palabras que el autor les atribuye. Y aún, cuando éste quiere analizar el alma de sus personajes, dándonos cuenta de sus pensamientos ó emociones, les deja á ellos mis-

mos esta tarea, y en su propio expresivo lenguaje, con idéntico estilo al que para conversar emplean, pone en su boca elocuentísimos monólogos que reflejan el verdadero estado de ánimo en que se hayan mejor que páginas y páginas del autor pudieran hacerlo.

Propiamente no *crea* éste personajes. Los que en su novela se nos muestran palpitantes y llenos de vida no son seres marcados con especial vicio ó virtud que de los demás de su clase los distinga ó separe. Pululan los Felipes en nuestras quebradas rutas; florecen para ornato de todas nuestras montañas las Ineses; y velan incansables muchas señoras Eugenias en nuestros campos por el honor de sus incautas hijas.

Contribuyen al encanto de la obra descripciones magistrales del paisaje, de las costumbres campesinas, de la vida errante de los arrieros, oportunamente traídas y diseminadas con tino. Descúbrese en estos cuadros, bellísimos todos, al pintor; luce el poeta las galanuras de su estilo y subyuga el observador con la admirable exactitud de los detalles y la realidad del conjunto.

Desde luégo, es el sabor local de esta novelita puramente indígena lo que la hace más impresionadora y simpática para sus lectores antioqueños. La verdad campea por toda ella sin artificios ni exotismo y de sus páginas parece exhalarse, como emanación de vida, el perfume gratísimo del terruño.

Por de contado que la obra tiene sus defectos ¿Cuál habrá que no los tenga? Pero por ahí se están ellos agazapados y quietecitos sin meter bulla y apenas si notamos su presencia. "Tal cual pequilla—" diremos parodiando al autor cuando á su heroína nos describe—"que aumentadas con cuatro más," menguarían, aunque sin destruírla por completo, la hermosura de esa obra que tántos y tan legítimos encantos nos ofrece.

Madre no es el brote casual de una mente ociosa ni el último fruto que del ingenio de su autor podamos esperar. Inédita conserva una novela más extensa y que, á juzgar por el bellísimo fragmento que hoy publicamos, es digna de la pluma que escribió aquélla. La que tan merecidamente ganó el primer premio del *Concurso* no era—según nos lo escribe confidencialmente su autor—más que una exploradora de la opinión, y visto el buen recibimiento

que el público le ha dispensado, no dudamos de la próxima aparición de esa segunda novela, que ya ansiamos conocer.

Tras ella vendrán otras—así lo esperamos—porque Velásquez, aunque aprisionado por ocupaciones prosaicas, no ha dejado ni dejará nunca de rendir culto al Arte; y alentado por su fe, movido por su amor inextinguible, engendrará obras bellas, yá que "el genio del artista es como todas las grandes cosas del mundo: un acto de fe y de amor."

L.

DEL NATURAL.

BELLOS, ardientes y del mismo porte.
Tienen los dos la misma fortaleza,
Y se encuentran en medio de una corte
De novillas de espléndida belleza.

Antes del choque formidable y rudo
Las frentes coronadas de puñales
Inclinadas están: es el saludo
De dos grandezas en poder iguales.

Uno en frente del otro desparraman
Olas de polvo que se lleva el viento;
Y resoplando altivos embalsaman
El aire con el humo de su aliento.

Cual dos bandidos que sus armas tocan
En actitud terrífica y serena,
Agachados se miran, se provocan,
Y al fin un golpe decisivo suena.

Chocan las frentes, se desgarra el suelo,
La carne en ellos trémula palpita,
El polvo sube en remolino al cielo,
Bramando el hato en derredor se agita.

Cada cual con la cola se golpea
El terso ijar. mas sin ceder un paso;
Se hinchan sus venas y su piel ondea
Con los reflejos fúlgidos del raso.

Corto silencio la llanura aterra,
La lucha está en un punto estacionada,
Ninguno cede un átomo de tierra,
La gloria en medio, no ha resuelto nada.

¿Qué disputáis valientes? El derecho
Que torna al que lo lleva en soberano:
Amor, que es sangre en vuestro rudo pecho
Y que es el sol dentro del pecho humano.

Oh, no cedáis en vuestro arrojo bravo,
Será el hato de aquel que airoso venza,
El otro será un buey!....será un esclavo
Que nunca podrá amar!....cuánta vergüenza!

Mas, qué he dicho? Satánico y ligero
Aquél gana la tierra enfurecido!...
Tú no la cedas!....muére allí primero!
Vuelve á tu puesto ó estarás perdido!

Maldición sobre tí, bruto cobarde!
Tu enemigo te abruma y no desmaya....

Qué deshonor! sobre tu cuerpo arde
Larga, sangrienta y dolorosa raya.

Y presentan los dos un grupo horrendo:
Encorvado el vencido, todavía
Se defiende, mas va retrocediendo
Al compás de espantosa algarabía.

Como un demonio el vencedor se lanza
Sobre el vencido, y raudo lo golpea,
Lo atropella, lo hiere sin tardanza,
Lo estruja, lo confunde y lo marea.

Allá van, entre densa polvareda,
Haciendo oír el roce de los cuernos;
Allá van á perderse en la arboleda
Cual dantesca visión de los infiernos.

. . . . . .

. . . . . .

Calma de gloria el vencedor consigo
Trae y de nuevo al hato se presenta,
Con la sangre robada al enemigo
Teñida la salvaje cornamenta.

Como un sultán gallardo se embelesa,
Sus hembras contemplando á maravilla:
Peinándola feliz lame y la besa
A la apacible virginal novilla.

SAMUEL VELASQUEZ.

FRAGMENTO DE UNA NOVELA INEDITA

PASABAN los días y la señora Genoveva, apesar de la Juana, iba acabando su existencia, tan rápidamente, que al sexto al amanecer dijo con voz desfallecida:

—Yo quiero confesarme, tráigamen el padre.

Voló un chico á la ciudad, dio cuenta en casa de don

Basilio del estado de su madre y suplicó que le ayudaran á conseguir un sacerdote. Hallado que fue, Regina y Valeriano corrieron al Tablazo á ver ella de arreglar algo la casa para recibir el Santísimo.

Diligente y en compañía de las vecinas, barrió un pedazo de camino frente á la morada que iba á ser bendita con la presencia del Señor. Colgaron una cortinilla que llevó Regina, en la puerta de entrada, lavaron lo que lavar se pudo; después, á una mesa cercana á la moribunda y tendida de blanco le amarraron de esquina á esquina arcos de carrizo adornados con flores de ruda y le colocaron encima un crucifijo, dos velas encendidas, un vaso de agua, una cuchara y macetas de rosas húmedas.

La señora Genoveva quedó de limpio, mientras llegaba la Majestad; Regina con ternura infinita al borde del lecho le leía en un libro de oraciones.

Mirándola dulcemente, la señora le dijo á media voz:

—Tan linda y tan muchachita!, se parece á la Santísima Virgen que me está llamando.

Entre tanto salía el cura de la ciudad, caballero en una bestia de don Basilio; cubierto con una ruana, solamente por el cuello dejaba ver la blancura de un paño cuyas extremidades caían por delante de él en la cabeza de la montura. El niño que lo había llamado iba cerca, el sombrero en una mano, y en la otra una farola con luz adentro; un muchacho comedido, cuatro varas adelante, tocaba una campanilla.

Las gentes caían de rodillas y se quedaban en la misma posición hasta que el sacerdote doblaba una esquina.

Dejó las calles y entró al camino.

Nuestro Amo! gritan los niños que juegan en el sendero y se arrodillan; las madres vuelan á las puertas arrojando puñados de flores al camino y doblan la cabeza. Un hombre que arrea sus bueyes cargados de leña interrumpe una maldición que ha principiado, y sigue: Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar.

Tilín! tilín! suena la campanilla; el chico del farol no se cansa de correr, el sacerdote, inclinado, va rezando, rezando. Una mirla desde el alambre del telégrafo pone de plano los ojos y rompe después en un himno salvaje. En este momento el sol descorre las nieblas de la mañana y sobre un pedestal de montañas azules, en la cordillera Cen-

tral aparece alto, blanco, magnífico y silencioso el nevado del Ruiz, presentando al Santo de los Santos su insólita blancura.

La música del río sube al camino ; el sol es el cirio que tiende su luz ante Aquél que le dio tánta ; de los hogares se alzan, como oraciones azules, cendales de humo que el viento desparrama á su antojo ; el gallo erguido en un bardal desata su finísimo flautín ; las vacas que entregaban en chorros de vida la nieve de sus ubres, al caer la lechera de rodillas vuelven la cabeza y con ojos humildes, miran y míran, remascando siempre, pasar al que va en busca de un alma dolorida.

A la derecha, la cordillera de los Andes en el fondo luminoso y transparente del cielo, destaca su sinuosa crestería, como una serie de castillos negros ; más acá el Cauca, tendido en una llanura verde, brilla como un camino de plata cincelada. El nevado del Ruiz sigue descubierto. El sol lo baña por el flanco derecho y apenas un rayo suave, tibio, pasa por delante de él, tocándolo dulcemente como larga tangente de oro que va á quebrarse en el nevadito de Santa Isabel colocado á la izquirda del gigante ; un poco más acá, el cráter del antiguo volcán se levanta con sus paredes negras, chorreadas de madejas blancas semejantes á la barba de la estatua de Moisés ; aquella boca silenciosa abierta en cuadro, parece el capricho de un dios que hubiese dado cuatro sablazos uniformes al rededor del cono, y luégo hubiera botado lejos de ahí el picacho que formaba el remate ; y se ve, en vez de la antigua cimera de fuego, uno como bocado de nieve que la roca no ha podido triturar : al monstruo que un día hizo temblar la tierra lo ahogaron los siglos derrumbándole bloques de agua por aquella garganta de piedras.

Al pie de las dos alturas se ve una sabana azul profundo, salpicada de carámbanos que en el invierno llegan hasta muy cerca de acá donde principian el movimiento y la vida, acá donde las plantas se desentumecen y extienden los brazos dejando caer la túnica de musgo que llevan sus raquíticas compañeras allá en la altura, donde se andan rastreros y enclenques el Frailejón, la Estrella de la reina y el Espino de oro como una familia de esquimales, muy cobijados eso sí, con unas como capas de terciopelo.

Ya el sol baña en luz toda la montaña y suaviza con ligero tinte de oro pálido aquel deslumbramiento de blancura que fastidiaba los ojos. Oh, mole inmaculada que das vértigos al condor y que haces doler en los hombres la conciencia de infinita pequeñez..... Oh, eres muy baja! Valiente altura! Gran estruendo es el vuelo de una mariposa! Sí, muy baja eres..... ahora que pasa por delante de tí El que de un soplo puede desparramarte en granizos; con toda tu majestad, abrasada el alma de mística ilusión, cree verte girar como un esclavo de rodillas, siguiendo el curso que lleva tu Señor; mientras El pase no echarás sobre tus hombros el nebuloso manto de armiño..... Y allí está como la virginidad de las montañas desafiando con su excelso blancor á todas las negruras del espíritu.

La campanilla seguía sonando; cuando la oyeron en la casa de la enferma, puñados de rosas deshojadas cayeron al camino frontero á la puerta en cuyo quicio tendieron una esterilla de esparto; á ser fácil, brocados hubieran extendido aquellas gentes humildes y regado de perlas orientales toda la vía que recorriera su Dios.

Después.....Silencio!.... Es un alma que se desnuda para lavarse en las ondas del Jordán.

Cuando llegó el momento de la comunión entraron todos á la alcoba y se arrodillaron; el señor Sinforoso cogió una vela encendida y Regina el vaso de agua.

—Yo quiero, murmuró blandamente la moribunda, arrodillarme para recibir al Señor.

Su hija la sostuvo en el regazo mientras que el sacerdote con mano temblorosa y llena de respeto colocaba la Forma santa en la lengua que, quizá, iba á enmudecer para siempre.

Terminada la ceremonia el cura se hincó delante del crucifijo, á orar; cuando se levantó oyeron que decía:

"El que te sigue no camina entre tinieblas."

Y volvió á la ciudad con Valeriano y el muchacho campanero.

Samuel Velasquez.

DOS CUADROS DE CANO

VERDADERAMENTE llama la atención la circunstancia de que entre nosotros tenga lugar un acontecimiento artístico que traspase la línea de lo vulgar, hecho que rara vez ocurre en esta pobre tierra á cuyos moradores sólo preocupan generalmente intereses pecuniarios. Hacemos referencia á los retratos que, por encargo del Gobierno Departamental, ha pintado en Bogotá nuestro compatriota D. Francisco A. Cano, los cuales están ya expuestos en su estudio de esta ciudad. Acontecimiento insólito es también, aunque de diversa índole, el que nos resolvamos á juzgar las nuevas obras de Cano, cuando críticos de la talla de R. Pombo lo han hecho antes, de una manera razonada é imparcial, militando á su favor, además de su reconocida idoneidad en el asunto, circunstancias tales como la ausencia de inmediato paisanaje y la muy plausible de conocer personalmente á los retratados. Obligados, pues, á concretarnos únicamente al estilo de la pintura, al color, al dibujo y composición, en cuanto nos lo permita nuestra insuficiencia, acometemos la tarea, siquiera sea á grandes rasgos, confiados en la benevolencia de nuestro público, siempre pronto á acatar toda empresa patriótica.

La primera impresión que produce la vista de los retratos, favorece al del Dr. Núñez; no porque el trabajo sea en verdad superior al del otro cuadro, el retrato del Dr. Holguín, pues, como pronto se verá. éste, no obstante sus menores dimensiones, hace perfecto *pendant* al de Núñez, sino porque el pintor tuvo para su ejecución mayor teatro en qué lucirse, por ser una figura en tamaño natural, de cuerpo entero, rodeada de algunos accesorios ; el retrato de Holguín es de medio cuerpo.

Desde luego atraen la atención de cuantos van á visitar los cuadros, la natural actitud y el expresivo gesto de que están dotados, cualidades que los hacen suponer animados por fuerzas vitales.

Podría decirse que el colmo de la expresión en pintura consiste en dársela á un cadáver. Sin intención de ca-

lificar como tal al Dr. Núñez, y perdonándosenos el símil, tenemos motivo para apreciar en mucho las dotes artísticas de Cano cuando pudo salir avante en su empresa, haciendo resaltar las escasas manifestaciones de vida activa que ordinariamente revela un cuerpo achacoso como el del Doctor. Crece aún nuestro concepto de las relevantes facultades del artista, al considerar los obstáculos que naturalmente se le presentaron, por no conocer del modelo sino un pequeño fototipo de busto.

La expresión, en el significado artístico del vocablo, es la piedra de toque con que se distingue la mediocridad del verdadero genio en las artes. Puede que un pintor tenga buena escuela de colorido, que dibuje correctamente y por lo tanto pueda reproducir con fidelidad la naturaleza; este artista jamás podrá subir á la altura que otros han alcanzado con menos conocimientos, ni mucho menos llegará á colocarse al lado de los que se han hecho inmortales, á faltarle ese precioso sentimiento, que no se puede trasmitir por la enseñanza porque es instintivo é innato. La naturaleza ofrece á nuestra vista todas las actitudes y expresiones que existen, pues si así no fuera perderían el carácter de verdaderas; pero no á todos les es dado aplicarlas con propiedad al desarrollo de sus pensamientos: de aquí la diferencia entre el que *aprende á artista* y el que *nace artista*. Por esta razón, muchos cuadros en que el color, el dibujo y la composición se disputan la supremacía, ni dejan en el ánimo impresión alguna agradable, ni dicen nada al alma pasado algún tiempo después de que los ojos cesan de mirarlos. Repetimos que en los dos retratos pintados por Cano abunda el sentimiento de la expresión, hasta tocar en lo real. Al mirar al Dr. Núñez que avanza con la mayor cortesía en actitud de recibir á alguno, se sienten deseos de descubrirse respetuosamente; faltando poco para oírle decir: "siga usted", frase que se traduce mejor en el ademán de las manos que en el gesto de la boca. El pintor debe de haber quedado plenamente satisfecho por el feliz movimiento que dio al retrato, particularmente á las bien ejecutadas manos; en efecto, bien sabido es por pintores y escultores que existe un escollo difícil de evitar en la elección del movimiento que han de dar á las figuras; entre lo cómico y lo dramático busca el buen artista una postura natural sin irse á los extremos,

siempre funestos y con mayor razón en el caso presente, en que el ridículo lo aguarda, como el tiburón, para cebarse en él.

No menos feliz estuvo Cano en el colorido del mencionado retrato. Las encarnaciones pálidas y encendidas, blancas y mulatas, tienen sus mezclas de colores, puede decirse, fijos, inmutables; pero para coloridos como debió de ser el de Núñez, bilioso, seco, apergaminado, las dificultades crecen y se complican; no obstante, Cano, ocultando su paleta, lo vence todo y logra su objeto á maravilla.

En todo lo apuntado nada nuevo se encuentra que antes no hubiéramos visto y admirado en las diversas obras que aquí se conocen del pintor. Lo que sí nos sorprendió agradablemente al estudiar los cuadros con detenimiento, fue el estilo ó manera de la pintura, enteramente distinto al del Cano que ejecutó "En el Arado." De tal modo ha variado que, á no reconocer al pie de los retratos la firma del autor, difícil nos hubiera sido descubrirlo. Observamos más libertad en los toques, mayor soltura en la mano, entonación más vigorosa y contrastada sin dureza, cambio de estilo que levanta al Cano pintor de los retratos de Núñez y Holguín, muchos codos sobre el Cano que pintó el de su señora madre.

Es preciso hacer fijar la atención del que por primera vez contempla el retrato de Núñez, en los accesorios que ocupan el salón que le sirve de fondo; tanto así sobresale la figura principal cuyo brillo y relieve la hacen sentir como aislada y única en el cuadro. Mas no por esto se crea que la silla y el buró situados á la izquierda y derecha del retrato, respectivamente, carecen de mérito; la silla especialmente podría hacer papel por sí sola en un concurso pictórico de puro realismo; por un efecto singular, provocado por el genio artístico de Cano, brilla menos el barniz que cubre la madera, que los tonos oscuros del sobretodo de que está vestido el cuerpo del retratado.

Hallamos en el retrato de Holguín, además de la notable expresión de la cual Pombo ha hecho tan merecidos encomios, otra cualidad más saliente quizá, reveladora de grandes aptitudes como colorista, apenas conocidas en Cano. No es de pintores adocenados aventurarse á aplicar sobre la tela en la cara de un retrato, una encarnación del color de la de Holguín, y digamos por qué: en la práctica

de la pintura es muy frecuente, aún en los más duchos coloristas, al estudiar en la paleta el tono que se está viendo en la naturaleza, desistir de su aplicación sobre el lienzo y cambiarlo por otro menos brillante, distinto del que realmente tiene el modelo, por parecer éste exagerado é inarmónico. La luz al reflejarse sobre la piel humana produce infinidad de tonos extraños á su color común, azules, verdes, rojos, que al ser reproducidos por manos inexpertas, echarían á perder la verdad de un retrato. Estudiando aisladamente el color que Cano puso á la cara de Holguín, cualquiera lo tacharía como falso por exceso de rojo, más propio para colorar los labios de una dama ó la corteza de una fresa, que para la piel de un hombre; y sin embargo ¡cuánta verdad muestra al armonizarlo con los demás tonos del cuadro! Se siente hervir la sangre del orador á través de aquella capa de bermellón y ocre! El retrato de Holguín demuestra en su artífice un atrevimiento que le hace mucho honor.

Por lo que respecta á los defectos de los retratos que estudiamos, no tenemos empacho alguno en confesar que nuestra percepción no alcanza á encontrarlos, si bien estamos convencidos de que Cano sería capaz de pintarlos aún mejores con otros auspicios y con modelos vivos á la vista.

Resumiendo, diremos que los retratos de los Doctores Núñez y Holguín, con que serán adornados los muros del Salón de la Asamblea, son obras que hablan muy alto en favor del autor y del Gobierno de Antioquia, como lo desacreditan [al Gobierno] los que cubren los del Museo de Zea, con pocas excepciones.

Nuestra enhorabuena á los Magistrados que así aprovechan el talento de sus conciudadanos protegiéndolos á la par.

Al pintor Cano suplicamos acepte la sinceridad de nuestra admiración.

II.

EN LA DIESTRA DE DIOS PADRE

(CUENTO DE LA SEÑA RUPERTA)

ESTE dizque era un hombre que se llamaba Peralta. Vivía en un pajarate muy grande y muy viejo, en el propio camino real y afuerita

de un pueblo donde vivía el Rey. No era casao y vivía con una hermana soltera, algo viejona y muy aburrida.

No había en el pueblo quien no conociera á Peralta por sus muchas caridades : él lavaba los llaguientos; él asistía á los enfermos ; él enterraba los muertos; se quitaba el pan de la boca y los trapitos del cuerpo para dárselos á los pobres ; y por eso era que estaba en la pura inopia; y á la hermana se la llevaba el diablo con todos los limosneros y leprosos que Peralta mantenía en la casa ¿Qué te ganás, hombre de Dios–le decía la hermana– con trabajar como un macho, si todo lo que conseguís lo botás jartando y vistiendo á tánto perezoso y holgazán ? Casáte, hombre, casáte para que tengás hijos á quien mantener.—Cálle la boca, hermanita, y no diga disparates. Yo no necesito de hijos, ni de mujer ni de nadie, porque tengo mi prójimo á quien servir. Mi familia son los prójimos. –Tus prójimos ! Será por tánto que te lo agradecen ; será por tánto que te han dao. Ai te veo siempre más hilachento y más infeliz que los limosneros que socorrés. Bien podías comprarte una muda y comprármela á yo, que harto la necesitamos ; ó tan siquiera traer comida alguna vez pa que llenáramos, yá que pasamos tántos hambres. Pero vos no te afanás por lo tuyo ; tenés sangre de gusano.

Esta era siempre la cantaleta de la hermana ; pero como si predicara en desierto frío. Peralta seguía más pior ; siempre hilachento y zarrapastroso, y el bolsico lámparo lámparo ; con el fogoncito encendido tal cual vez ; la despensa en las puras tablas y una pobrecía, señor ! regada por aquella casa desde el chiquero hasta el corredor de afuera. Figúrese que no eran tan solamente los Peraltas, sino todos los lisiaos y leprosos que se habían apoderao de los cuartos y de los corredores de la casa " convidaos por el sangre de gusano " , como decía la hermana.

Una oracioncita estaba Peralta muy fatigao de las afujias del día, cuando, á tiempo de largarse un aguacero, arriman dos pelegrinos á los portales de la casa y piden posada. Con todo corazón se las doy, buenos señores—les dijo Peralta muy atencioso—pero lo van á pasar muy mal, porque en esta casa no hay ni un grano de sal ni una tabla de cacao con qué hacerles una comidita. Pero prosigan pa dentro, que la buena voluntá es lo que vale.

Dentraron los pelegrinos; trajo la hermana de Peralta

el candil, y pudo desaminarlos á como quiso. Parecían mismamente el taita y el hijo. El uno era un viejito con los cachetes muy sumidos, ojitriste él, de barbitas rucias y cabecipelón. El otro era muchachón, muy buen mozo, medio mono, algo zarco y con una mata de pelo en cachumbos que le caían hasta media espalda. Le lucía mucho la saya y la capita de pelegrino. Todos dos tenían sombreritos de caña, y unos bordones muy gruesos, y albarcas. Se sentaron en una banca muy cansaos y se pusieron á hablar una jeringonza tan bonita, que los Peraltas, sin entender jota, no se cansaban de oírla. No sabían por qué sería, pero bien veían que el viejo respetaba más al muchacho que el muchacho al viejo; ni por qué sentían una alegría muy sabrosa por dentro; ni mucho menos de dónde salía un olor que trascendía toda la casa: aquello parecía de flores de naranjo, de albahaca y de romero de Castilla; parecía de incensio y del zahumerio de alhucema que le echan á la ropita de los niños; era un olor que los Peraltas no habían sentido ni en el monte, ni en las jardineras, ni en el santo templo de Dios.

Manque estaba muy embelesao, le dijo Peralta á la hermana: Hija, dáte una asomadita por la despensa; desculcá por la cocina, á ver si encontrás alguito qué darles á estos señores. Mirálos qué cansaos están; se les ve la fatiga. La hermana, sin saberse cómo, salió muy cambiada de genio y se fue derechito á la cocina. No halló más que media arepa tiesa y requemada por allá en el asiento de una cuyabra. Confundida con la poquedá, determinó que alguna gallina forastera tal vez se había colao por un güeco del bahareque y había puesto en algún zurrón viejo de una montonera que había en la despensa, que lo que era corotos y porquerías viejas sí había en la dichosa despensa hasta pa tirar pa lo alto, pero de comida ni hebra. Abrió la puerta, y se quedó beleña y paralela: en aquel despensón, por los aparadores, por la escusa, por el granero, por los zurrones, por el suelo había de cuanto Dios crió pa que coman sus criaturas. Del palo largo colgaban los tasajos de solomo y de falda, el tocino y la empella; de los garabatos colgaban las costillas de vaca y de cuchino; las longanizas y los chorizos se gulunguiaban y se enroscaban que ni culebras; en la escusa había por docenas los quesitos, y las bolas de mantequilla, y las tutumadas de

cacao molido con jamaica, y las hojaldras y las carisecas; los zurrones estaban rebosaos de frijol cargamanto, de papas, y de revuelto de una y otra laya; cocos de güevos había por toítas partes; en un rincón había un cerro de capachos de sal de Guaca; y por allá, junto al granero, había sobre una horqueta un bongo de arepas de arroz tan blancas, tan esponjadas y tan bien asaditas que no parecían hechas de mano de cocinera de este mundo; y muy sí señor un tercio de dulce que parecía la mismita azúcar. Por fin le surtió á Peralta—pensó la hermana—esto es mi Dios pa premiale sus buenas obras. Hasta ai víver! Pues, aprovechémonos.

Y dicho y hecho: trajo el cuchillo cocinero y echó á cortar por lo redondo; trajo la batea grande y la colmó; y al momentico echó á chirriar la cazuela y á regarse por toda la casa aquella güelentina tan sabrosa. Como Dios le ayudó les puso el comistraje. Y nada desganao que era el viejito; el mozo sí no comió cosa. A Peralta yá no le quedó ni hebra de duda que aquello era un milagro patente; y, con todito aquel contento que le bailaba en el cuerpo, sargentió por todas partes, y, con lo menos roto y menos sucio de la casa, les arregló las camitas en las dos puntas de la tarima. Se dieron las buenas noches y cada cual se acostó.

Peralta se levantó escuro, escuro. y no topó ni rastros de los güéspedes; pero sí topó una muchila muy grande requintada de onzas del Rey, en la propia cabecera del mocito. Corrió muy asustao á contarle á la hermana, que al momento se levantó de muy buen humor á hacer harto cacao; corrió á contarle á los llaguientos y á los tullidos, y los topó buenos y sanos, y caminando y andando, como si en su vida no hubieran tenido achaque. Salió como loco en busca de los güéspedes pa entregarles la muchila de onzas del Rey. Echó á andar y á andar, cuesta arriba, porque puallí dizque era que habían cogido los pelegrinos. Con tamaña lengua afuera, se sentó un momentico á la sombra de un árbol, cuando los divisó por allá muy arriba, casi á punto de trastornar el alto. Casi no podía gañir el pobrecito de puro cansao que estaba, pero ai como pudo les gritó: Hola! señores, espéremen que les trae cuenta—y alzaba la muchila para que la vieran. Los pelegrinos se contuvieron á las voces que dió

Peralta. Al ratico estuvo cerca de ellos, y desde abajo les decía: Bueno, señores, aquí está su plata. Bajaron ellos al tope y se sentaron en un plancito, en una sombra muy fresca y muy sabrosa, y entonces Peralta les dijo: ¡Caramba que el pobre siempre jiede! Miren que dejar este oral por el afán de venirse de mi casa. Cuénten y verán que no les falta ni un medio.

El mocito lo voltió á ver con tan buen ojo, tan sumamente bueno, que Peralta, aunque estaba muy cansao, volvió á sentir por dentro la cosa sabrosa que había sentido por la noche; y el mocito le dijo: Sentáte, amigo Peralta, en esa piedra, que tengo que hablarte.—Y Peralta se sentó. Nosotros—dijo el mocito con una calma y una cosa allá muy preciosa—no somos tales pelegrinos; no lo creás. Este—y señaló al viejo—es Pedro, mi discípulo, el que maneja las llaves del cielo; y yo soy Jesús de Nazareno. No hemos venido á la tierra más que á probarte, y en verdá te digo, Peralta, que te lucites en la prueba. Otro, que no fuera tan cristiano como vos, se guarda las onzas y se había quedao muy orondo. Voy á premiarte: los dineros son tuyos: llevátelos; y voy á darte de encima las cinco cosas que me me querás pedir. Conque pedí por esa boca.

Peralta, como era un hombre tan desentendido para todas las cosas, y tan parejo, no le dio mal ni se quedó pasmao sino que, muy tranquilo, se puso á pensar á ver qué pedía. Todos tres se quedaron callaos como en misa, y á un rato dice San Pedro: Hombre, Peralta, fijáte bien en lo que vas á pedir, no vas á salir con una buena bobada.—En eso estoy pensando, Su Mercé—contestó Peralta, sin nadita de susto.—Es que si pedís cosa mala, va y el Maestro te la concede; y, una vez concedida, te amolaste, porque la palabra del Maestro no puede faltar.—Déjeme pensar bien la cosa, Su Mercé—y seguía pensando, con la cara pa otro lao y metiéndole uña á una barranquita. San Pedro le tosía, le aclariaba, y el tal Peralta no lo voltiaba á ver. A un ratísimo voltea á ver al Señor, y le dice: Bueno, Su Divina Majestá, lo primerito que le pido es que yo gane al juego siempre que me dé la gana.—Concedido—dijo el Señor.—Lo segundo—siguió Peralta—es que cuando me vaya á morir me mande la muerte por delante y no á la traición.—Concedido dijo el Señor. Peralta seguía haciendo la cuenta en los dedos, y á San Pedro se lo

llevaba Judas con las bobadas de ese hombre: él se rascaba la calva, él tosía, él le mataba el ojo, él alzaba el brazo y,

con el dedito parao, le señalaba á Peralta el cielo; pero Peralta no se daba por notificao. Después de mucho pensar

dice Peralta: Pues, bueno. Su Divina Majestá, lo tercero que me ha de conceder es que yo pueda detener al que quiera en el puesto que yo le señale y por el tiempo que á yo me parezca.—Rara es tu pitición, amigo Peralta—dice el Señor, poniendo en él aquellos ojos tan zarcos y tan lindos que parecía que limpiaban el alma de todo pecao mortal, con solamente fijarlos en los cristianos.—En verdá te digo que una pitición como la tuya jamás habia oído; pero que sea lo que vos querás. A esto dio un gruñido San Pedro, y, acercándose á Peralta, lo tiró con disimulo de la ruana, y le dijo al oído, muy sofocao: El cielo, hombre! Pedí el cielo! No sias bestia! Ni an por eso: Peralta no aflojó un pite; y el Señor dijo: Concedido.—La cuarta cosa—dijo Peralta sumamente fresco—es que Su Divina Majestá me dé la virtú de achiquitarme á como á yo me dé la gana, hasta volverme tan chirringo como una hormiga. Dicen los ejemplos y el misal que el Señor no se rio ni una merita vez; pero aquí sí le agarró la risa; y le dijo á Peralta: Hombre, Peralta, otro como vos no nace, y si nace, no se cría. Todos me piden grandor, y vos, con ser un recorte de hombre, me pedís pequeñez. Pues, bueno..... San Pedro le arrebató la palabra á su Maestro, y le dijo en tonito bravo: ¿Pero no ve que este hombre está loco! —Pues no me arrepiento de lo pedido—dijo Peralta muy resuelto—Lo dicho dicho.—Concedido—dijo el Señor. San Pedro se rascaba la saya muslo arriba, se ventiaba con el sombrero, y veía chiquito á Peralta. No pudo contenerse y le dijo: Mirá, hombre, que no has pedido lo principal y no te falta sino una sola cosa.—Por eso lo estoy pensando; no se apure Su Mercé. Y se volvió á quedar callao otro rato. Por allá, á las mil y quinientas, salió Peralta, con esto: Bueno, Su Divina Majestá, antes de pedirle lo último, le quiero preguntar una cosa, y usté me dispense, Su Divina Majestá, por si fuere mal preguntao; pero eso sí: me ha de dar una contesta bien clara y bien patente. ¡Loco de amarrar!—gritó San Pedro juntando las manos y voltiando á ver al cielo como el que reza el *Bendito*—va á salir con un disparate gordo. Padre mío, iluminálo! El Señor, que volvió á ponerse muy sereno, le dijo: Preguntá, hijo, lo que querás, que todo te lo contestaré á tu gusto.—Dios se lo pague, Su Divina Majestá..... Yo quería saber si el Patas es el que manda en

el alma de los condenaos go es busté go el Padre Eterno.—Yo, y mi Padre y el Espíritu Santo, juntos y por separao. mandamos en todas partes; pero al Diablo le hemos largao el mando del Infierno: él es anio de sus condenaos y manda en sus almas, como mandás vos en las onzas que te he dao.—Pues bueno, Su Divina Majestá—dijo Peralta muy contento—si asina es, voy á hacerle el último pido: yo quiero, últimadamente, que Su Divina Majestá me conceda la gracia de que el Patas no me haga trampa en el juego.—Concedido—dijo el Señor. Y El y el viejito se volvieron humo en la región.

Peralta se quedó otro rato sentao en su piedra; sacó yesquero, encendió su tabaco y se puso á bombiar muy satisfecho. ¡Valientes cosas las que iba á hacer con aquel platal! No iba á quedar pobre sin su mudita nueva, ni vieja hambrienta sin su buena pulsetilla de chocolate de canela. Allá verían los del sitio quién era Peralta.

Se metió las onzas debajo del brazo; se cantió la ruanita, y echó falda abajo. Parecía mismamente un limosnero: tan chiquito y tan entumido; con aquella carita tan fea, sin pizca de barba, y con aquel ojo tan grande y aquellas pestañonas que parecían de ternero.

Al otro día se fue pa'l pueblo, y puso monte. ¡Cómo sería la angurria que se le abrió á tánto logrero cuando vieron en aquella mesa aquella montonera de onzas del Rey! ¡Onde te sacates ese entierro, hombre Peralta?—le decía uno.—Este se robó el correo—decían otros en secreto—y Peralta se quedaba muy desentendido. Se pusieron á jugar. La noticia del platal corrió por todo el pueblo, y aquella sala se llenó de todo el ladronicio y todos los perdidos. Pero eso sí; no les quedó ni un chimbo partido por la mitá: por más trampas que hacían, por más que cambiaban baraja, por más que la señalaban con la uña, les dió capote, con ser que en el juego estaban toditos los caimanes de esos laos. Con ésta no nos quedamos—dijo el más caliente. A nosotros no nos come este.....(Y ai mentó unas palabras muy feas.) Voy á idiar unas suertes, y mañana no le queda ni liendra á este sinvergüenza. Y ai salió del garito, echando por esa boca unos reniegos y unos dichos que aquello parecía un condenao.

Al otro día, desde antes de almorzar, emprendieron el monte. Hubo cuchillo, hubo barbera; pero Peralta tam-

poco les dejó un medio. Como no era ningún bobo, se dejaba ganar en ocasiones para empecinarlos más. Determinaron jugar dao, y monte-dao, y bisbís, y cachimona y roleta, á ver si con el cambio de juegos se caía Peralta; pero si se caía á raticos, era pa seguir más violento echando por lo negro y acertando en unos y en otros juegos.

Lo más particular era que Peralta con tantísimo caudad como iba consiguiendo, no se daba nadita de importancia, ni en la ropita, ni en la comida ni en nada: con su misma ruanita pastusa de listas azules, con sus mismitos calzones fundillirotos se quedó el hombre, y con su mismita chácara de ratón de agua pelada y hecha un cochambre.

Pero eso sí: lo que era limosnas ni el Rey las daba tan grandes. Su casa parecía siempre publicación de bulas, con toda la pobrecía y todos los lambisquiones del pueblo plañendo á toda hora; y no tan solamente los del pueblo, sino que también echó á venir cuanto avistrujo había en todos los pueblos de por ai y en otros del cabo del mundo. ¡Hasta de Jamaica y de Jerusalén venían los pedigüeños! Pero Peralta no reparaba: á todos les metía su peseta en la mano; y la cocina era un fogueo parejo que ni cocina de minas. Consiguió un montón de molenderas, y todo el día se lo pasaba repartiendo tutumadas de mazamorra, los platos de frijol y las arepas de máiz sancochao. Y mantenía una maletada de plata, la mismita que vaciaba al día.

Siguió siempre lavando sus leprosos; asistiendo sus enfermos; y siempre con su sangre de gusano, como si fuera el más pobrecito y el más arrastrao de la tierra.

Pero lo que no canta el carro lo canta la carreta: la Peraltona sí supo darse orgullo y meterse á señora de media y zapato. Con todo el platal que le sacó al hermano compró casa de balcón en el pueblo, y consiguió servicíala y compró ropa muy buena y de usos muy bonitos. Cada rato se ponía en el balcón y, apenas veía gente, gritaba: Maruchenga tréme el pañuelón de tripilla, que voy á visitar á la Reina; Maruchenga tréme los frascos de perjume pa ruciar por aquí que está jediendo. Y, si veía pasar alguna señora, decía: no pueden ver á uno de peinetón ni con usos nuevos, porque al momento la imitan estas ñapangas asomadas. Cuando salía á la calle, era un puro gesto y un puro melindre; y aunque era tan pánfila y tan ferós-

tica caminaba muy repechada y muy menudito, como sintiéndose muy muchachita y muy preciosa. Maruchenga, dáca la sombrilla que hace sol ; Maruchenga, sacáme la crisneja ; Maruchenga, componéme el esponje que se me tuerce ; y no dejaba en paz á la pobre Maruchenga con tánto orgullo y tánta jullería.

La caridá de Peralta fue creciendo tánto que tuvo que conseguir casas pa recoger los enfermos y los lisiaos ; y él mismo pagaba las medecinas, y él mismo con su misma mano se las daba á sus enfermos.

Esto llegó á oídos de Su Saca Rial y lo mandó llamar. Los amigos de Peralta y la Peraltona le decían que se mudara y se engalanara hartísimo pa ir á cas del Rey ; pero Peralta no hizo caso, sino que tuvo cara de presentérsele con su mismito vestido y á pata limpia, lo mismo que un montañero. El Rey y la Reina estaban tomando chocolate con bizcochuelos y quesito fresco; y pusieron á Peralta en medio de los dos; y le sirvieron vino en la copa del Rey que era de oro ; y le echaron un brinde con palabras tan bonitas, que aquello parecía lo mismo que si fuera con el obispo Gómez Plata.

Peralta recorrió muchos pueblos, y en todas partes ganaba, y en todas socorría á los pobres ; pero como en este mundo hay tánta gente tan mala y tan caudilla echaron á levantarle testimonios. Unos decían que era ayudao; otros, que ofendía á mi Dios, en secreto, con pecaos muy horribles ; otros, que era duende y que volaba de noche por los tejaos, y que escupía la imagen de mi Amito y Señor. Toíto esto fue corruto en el pueblo, y los mismos que él protegía, los mismitos que mataron la hambre con su comida, principiaron á mormurar. Tan solamente el curita del pueblo lo defendía; pero nadie le creyó, como si fuera algún embustero. Toditico lo sabía Peralta, y nadita que se le daba, sino que seguía el mismito: siempre tan humilde la criatura de mi Dios. El cura le decía que compusiera la casa que se le estaba cayendo con las goteras y con los ratones y animales que se habían apoderao de ella; y Peralta decía : Pa qué Señor ? La plata que he de gastar en eso, la gasto en mis pobres : yo no soy el Rey pa tener palacio.

Estaba un día Peralta solo en grima en la dichosa casa, haciendo los montoncitos de plata para repartir, cuando, tun ! tun ! en la puerta. Fue á abrir y ¡ mi amo de mi vida ! ¡ qué escarramán tan horrible ! Era la Muerte que

venía por él! Traía la güesamenta muy lavada, y en la mano derecha la desjarretadera encabada en un palo negro muy largo, y tan brillosa y cortadora que se infriaba uno hasta el cuajo de ver aquello. Traía en la otra mano un manojito de pelos que parecían hebritas de bayeta, para probar el filo de la herramienta. Cada rato sacaba un pelo y lo cortaba en el aire. Vengo por vos—le dijo á Peralta.—Bueno—le contestó éste—pero me tenés que dar un placito pa confesame

y hacer el testamento. —Con tal que no sea mucho—contestó la Muerte de mal humor—porque ando de afán.—Dáte por ai una güeltecita—le dijo Peralta—mientras yo me arreglo ; go, si te parece, entretenéte aquí viendo el pueblo que tiene muy bonita divisa. Mirá aquel aguacatillo tan alto ; trepáte á él pa que divisés á tu gusto.

La Muerte, que es muy ágil, dio un brinco y se mon-

tó en una horqueta del aguacatillo ; se echó la desjarretadera al hombro y se puso á divisar. Dáte descanso, viejita, hasta que á yo me dé la gana—le dijo Peralta—que ni Cristo con toda su pionada te baja de esa horqueta.

Peralta cerró su puerta, y tomó el tole de siempre. Pasaban las semanas, y pasaban los meses y pasó un año. Vinieron las virgüelas castellanas ; vino el sarampión y la tos ferina ; vino la culebrilla, y el dolor de costao, y el descenso y el tabardillo, y nadie se moría. Vinieron las pestes en toítos los animales : pues, tampoco se murieron.

Al comienzo de la cosa echaron mucha bambolla los dotores con todo lo que sabían ; pero luégo la gente fue colando en malicia que eso no pendía de los dotores sino de algotra cosa. El cura, y el sacristán y el sepolturero pasaron hambres á lo perro, porque ni un entierrito, ni la abierta de una sola sepoltura güelieron en esos días. Los hijos de taitas viejos y ricos se los comía la incomodidá de ver á los viejorros comiendo arepa, y que no les entraba la muerte por ningún lao. Lo mismito les sucedía á los sobrinos con los tíos solteros y acaudalaos ; y los maridos, casaos con mujer vieja y fea, se revestían de una enjuria, viendo la viejorra tan morocha, habiendo por ai mozas tan bonitas con qué reponerla. De todas partes venían correos á preguntar si en el pueblo se morían los cristianos. Aquello se volvió una batajola y una confundición tan horrible, como si al mundo le hubiera entrao algún trastorno. Al fin determinaron todos que era que la Muerte se había muerto, y ninguno volvió á misa ni á encomendarse á mi Dios.

Mientras tanto, en el Cielo y en el Infierno estaban ofuscaos y confundidos, sin saber qué sería aquello tan particular. Ni un alma asomaba las narices por esos laos : aquello era la desocupez más triste. El Diablo determinó ponerse en cura de la rasquiña que padece para ver si mataba el tiempo en algo. San Pedro se moría de la pura aburrición en la puerta del cielo : se lo pasaba por ai sentaíto en un banco, dormido, bosteciando y rezando á raticos en un rosario bendecido en Jerusalén.

Pero viendo que la molienda seguía, cerró la puerta, se coló al Cielo y le dijo al Señor: Maestro, toda la vida le he servido con mucho gusto ; pero ai le entrego el destino ; esto sí no lo aguanto yo. Póngame algotro oficio que ha-

cer ó saque algún recurso. Cristico y San Pedro se fueron por allá á un rincón á palabriarse. Después de mucho secreteo, le dijo el Señor: Pues eso tiene que ser; no hay otra causa. Volvé vos al mundo y tratá á ese hombre con harta mañita, pa ver si nos presta la Muerte, porque si no nos embromamos.

Se puso San Pedro la muda de pelegrino, se chantó las albarcas y el sombrero y cogió el bordón. Había caminao muy poquito, cuando se encontró con un atisba que mandaba el Diablo para que vigiara por los laos del cielo, á ver si era que todas las almas se estaban salvando. ¡Qué salvación ni qué demontres—le dijo San Pedro—si esto se está acabando!

Esa misma noche, casi al amanecer, llovía agua Dios misericordia, y Peralta dormía quieto y sosegado en su cama. De presto se recordó, y oyó que le gritaban desde afuera: Abríme, Peraltica, por la Virgen, que es de mucha necesidá. Se levantó Peralta, y, al abrir la puerta, se topó mano á mano con el viejito, que le dijo: Hombre no vengo á que me des posada tan solamente; vengo mandao por el Maestro á que nos largués la Muerte unos días, porque vos la tenés de pata y mano en algún encierro.—Lo que menos, Su Mercé—dijo Peralta—la tengo muy bien asegurada, pero no encerrada; y se las presto con mucho gusto, con la condición que á yo no me haga nada.—Contá conmigo—le dijo San Pedro.

Apenitas aclarió salieron los dos á descolgar á la Muerte. Estaba lastimosa la pobrecita: flacuchenta, flacuchenta; los güesos los tenía toítos mogosos y verdes con tántos soles y aguaceros como había padecido; el telarañero se le enredaba por todas partes, que aquello parecía vestido de andrajos; la pelona la tenía llena de hojas y de porquería de animal que daba asco; la herramienta parecía desenterrada de puro lo tomaíta que estaba. Pero lo que más enjuria le daba á San Pedro era que parecía tuerta, porque un demontres de avispa había determinao hacer la casa en la cuenca del lao zurdo. Estaba la pobrecita balda, casi tullida de estar horquetiada tantísimo tiempo. De Dios y su santa ayuda necesitaron Peralta y San Pedro para descolgarla del palo. Agarraron después una escoba y unos trapos; le sacaron el avispero, y ello más bien quedó medio decente. Apenas se vio andando, reco-

bró fuerza, y en un instantico volvió á amolar la desjarretadera.....y tomó el mundo ¡Cómo estaría de hambrienta con el ayuno! En un tris acaba con los cristianos en una semana. Los dijuntos parecían gusanos de cosecha, y ni an los enterraban, sino que los hacían una montonera, y ai medio los tapaban con tierra. En las mangas rumbaba la mortecina, porque ni toda la gallinazada del mundo alcanzaba á comérsela. Peralta sí era verdá que parecía ahora un duende de aquí pa acá, en una y en otra casa, amortajando los dijuntos y consolando y socorriendo á los vivos.

La Muerte se aplacó un poquito; los contaítos cristianos que quedaron volvieron á su oficio; y como los vivos heredaron tánto caudal, y el vicio del juego volvió á agarrarlos á todos, consiguió Peralta más plata en esos días que la que había conseguido en tánto tiempo. ¡Hijue pucha si estaba ricachón! Ya no tenía onde acomodarla.

Pero cátatelo ai que un día amanece con una pata hinchada, y le coló una discípula de la mala. Al momentico pidió cura y arregló los corotos, porque se puso á pensar que harto había vivido y disfrutao, y que lo mismo era morirse hoy que mañana go el otro día. Mandó en su testamento que su mortaja fuera de limosna, que le hicieran bolsico,y que precisadamente le metieran en él la baraja y los daos; y como era tan humilde, quiso que lo enterraran sin ataúl, en la propia puerta del cementerio onde todos lo pisaran harto. Asina fue que apenitas se le presentó la Pelona, cerró el ojo, estiró la pata y le dijo: Matáme pues. ¡Poquito sería lo duro que le asestó el golpe con el rincor que le tenía!

Peralta se encontró en un paraje muy feíto, parecido á una plaza. Voltió á ver por todas partes, y por allá, muy allá descubrió un caminito muy angosto y muy lóbrego casi cerrao por las zarzas y los charrascales. Ya sé aonde se va por ese camino—pensó Peralta.—El mismito que mentaba el cura en las prédicas. Cojo puel otro lao. Y cogió. Y se fue topando con mucha gente muy blanca y de agarre que parecían fefes ó mandones; y con señoras muy bonitas y muy ricas que parecían principesas. Como nunca fue amigo de meterse entre la gente grande, se fue por un laíto del camino, que se iba anchando, y poniéndose plano como las palmas de la mano. ¡María madre, si

había que ver en aquel camino! Parecía mismamente una jardinera, con tánta rosa y tánta clavellina y con aquel pasto tan bonito. Pero eso sí: ni un afrecherito, ni una chapola de col ni un abejorro se veía por ninguna parte ni pa remedio. Aquellas flores tan preciosas no güelían sino que parecían flores muertas.

Peralta seguía á la resolana, con el desentendimiento de toda su vida. Por allá, en la mitá de un llano, alcanzó á divisar una cosa muy grande, muy grandísima, mucho más que las iglesias, mucho más que la Piedra del Peñol. Aquello blanquiaba como un avispero; y como toda la gente se iba colando á la cosa, Peralta se coló también. Conprendió que era el Infierno, por el jumero que salía de pa arriba y el candelón que salía de pa abajo. Por allí andaba mucha gente del mundo en conversas y tratos con los agregaos y piones del Infierno.

El se dentró por una gulunera muy escura y muy medrosa que parecía un socavón, y fue á repuntar por allá á unas californias onde había muchas escaleras que ganar y unos zanjones muy horrendos por onde corrían unas aguas muy mugrientas y asquerosas. A tiempo que pasaba por una puertecita oyó un chillido como de cuchinito cuando lo están degollando, y se asomó por una rendija. ¡Virgen! ¡Qué cosa tan horrenda! No era cuchino: era una señora de mantellina y saya de merinito algo mono, que la tenían con la lengua tendida en el yunque, con la punta cogida con unas tenazonas muy grandes; y un par de diablos herreros muy macuencos y cachipandos le alzaban macho á toda gana. ¡Hijue la cosa tan dura es la carne de condenao! Aquella lengua ni se machucaba, ni se partía ni saltaba en pedazos: ai se quedaba intauta. Y á cada golpe le gritaban los diablos á la señora: Esto es pa que levantés testimonios, vieja maldita; esto es pa que metás tus mentiras, vieja lambona; esto es pa que enredés á las personas, vieja culebrona. Y á Peralta le dió tánta lástima que salió de güida.

De presto se zampó por una puerta muy anchona; y cuando menos acató, se topó en un salón muy grandote y muy altísimo que tenía hornos en todas las paredes, muy pegaos y muy junticos, como los roticos de las colmenas onde se meten las abejas. No había nadie en el salón; pero por allá en la mitá se veía un trapo colgao á moda de

tolda de arriero. Peralta se asomó con mucha mañita, y ai estaba el Enemigo Malo acostao en un colchón, dormido y como enfermoso y aburridón él. De presto se recordó; se enderezó y, á lo que vió á Peralta, le dijo muy fanfarrón y arrogante: ¿Que venís hacer aquí, culichupao? Vos no sos de aquí; rumbáte al momento.—Pes, como nadie me atajó, yo me fui colando, sin saber que me iba á topar con Su Mercé—contestó Peralta con mucha moderación. —Quién sos vos?—le dijo el Diablo.—Yo soy un pobrecito del mundo que ando puaquí embolatao. Me dijeron que estaba en carrera de salvación, pero á yo no me han recebido indagatoria ni nadie se ha metido con yo.

Al momento le comprendió el Diablo que era alma del Purgatorio ó del Cielo. Figúresen, no entenderlo él con toda la marrulla que tiene! Pero, como los buenos modos sacan los cimarrones del monte, y la humildá agrada hasta al mismo Diablo, con ser tan soberbio, resultó que Peralta más bien le cayó en gracia, más bien le pareció sabrosito, y querido. ¿Su Mercé esta como enfermoso?—le preguntó Peralta—Sí, hombre—contestó Lucifer como muy aplacao. Se me han alborotao en estos días los achaques; y lo pior es que nadie viene á hacerme compañía, porque el mayordomo, los agregaos y toda la pionada no tienen tiempo ni de comer, con todo el trabajo que nos ha caído en estos días.—Pues, si yo le puedo servir de algo á Su Mercé—dijo Peralta haciéndose el lambón—mándeme lo que quiera, que el gusto mío es servirle á las personas.

Y ai se fueron enredando en una conversa muy rasgada, hasta que el Diablo dijo que quería entretenerse en algo. Pues, si Su Mercé quiere que juguemos alguna cosita —dijo Peralta muy disimulao—yo sé jugar toda laya de juegos; y en prueba de ello, es que mantengo mis útiles en el bolsico— y sacó la baraja y los daos.—Hombre, Peralta—dijo el Diablo—lo malo es que vos no tenés que ganarte, y yo no juego vicio.—¿Cómo no he de tener—dijo Peralta—si yo tengo un alma como la de todos? Yo la juego con Su Mercé, pues, también soy muy vicioso. La juego contra cualquiera otra alma de la gente de Su Mercé. El Enemigo Malo, que ya le tenía ganas á esa almita de Peralta, tan linda y tan buenita, le aparó la caña al momentico.

Determinaron jugar tute, y le tocó dar al Diablo. Ba-

rajó muy ligero y con modos muy bonitos; alzó Peralta y principiaron á jugar. Iba el Diablo haciendo bazas muy satisfecho, cuando Peralta tiende sus cartas, y dice: Cuarenta, as y tres, no la perderés por mal que la jugués. —Así será—dijo el Diablo bastante picao—pero sigamos, á ver qué resulta. Pues ¿qué había de resultar? Que Peralta se fue de sobra. Se puso el Diablo como la ira mala, y le dijo á Peralta, con un tonito muy maluco: ¿Vos sos culebra echada go qué demonios?—Tanté, culebra; lo que menos Su Mercé—le contestó Peralta con su humildá tan grande—Antes en el mundo decían que yo dizque era un gusano de puro arrastrao y miserable. Pero sigamos, Su Mercé, que se desquita. Siguieron, á la otra mano salió Peralta con tute de reyes. Doblo!—gritó Lucifer con un vozachón que retumbó por todo el Infierno. La cola se le paró; los cachos se le abrían y se le cerraban como los de un alacrán; los ojos le bailaban, qui ni un trompo zangarria, de lo más bizcornetos y horrendos; y por la boca echaba aquella babaza y aquel chispero.... Doblemos—dijo Peralta muy convenido. Ganó Peralta. Doblo!—gritó el Diablo—Y doblando, doblando jugaron diecisiete tutes; hasta que el Patas dijo: Ya no más! Estaba tan sumamente medroso, daba unos bramidos tan espantosos, que toítica la gente del Infierno acudió á ver. ¡Cómo se quedarían de suspensos cuando vieron á su Amo y Señor llorando á moco tendido! Y aquellas lagrimonas se iban cuajando, cuajando, cachete abajo, que ni granizo. En el suelo iba blanquiando la montonera, y toda la cama del Diablo quedó tapadita. Un diablito muy metido y muy chocante que parecía recién adotorao, dijo con tonito llorón ¡Nunca me figuré que á mi Señor le diera pataleta. Pero ¿por qué no seguimos, Su Mercé?—dijo Peralta como suplicando—Es cierto que le he ganao más de treinta y tres mil millones de almas; pero yo veo que el Infierno está sin tocar.—Cierto—dijo el Enemigo Malo haciendo pucheros—pero esas almas no las arriesgo yo: son mis almas queridas; son mi familia, porque son las que más se parecen á yo. Siguió moquiando; y á un ratico le dijo á uno de sus edecanes: Andá, hombre, sacále á este calzón sin gente su ganancia, y que se largue de aquí.

Como lo mandó el Patas, asina mismo se cumplió. Mientras que una vieja ñata se persina, fueron echando

toditas las puertas del Infierno la churreta de almas. Aquello era churretiar y churretiar, y no se acababa. Lo que á Peralta le parecía más particular era que, á conforme iban saliendo, se iban poniendo más negras, más jediondas y más enjunecidas. Parecía como si á todos los cristianos del mundo les estuvieran sacando las muelas á la vez, según los bramidos y la chillería. Sin nadie mandárselos aquellas almas endemoniadas fueron haciendo en el aire un caracol que ni un remolino. Los aires se fueron escureciendo, escureciendo con aquella gallinazada, hasta que todo quedó en la pura tiniebla.

Peralta, tan desentendido como si no hubiera hecho nada, se fue yendo muy despacio, hasta que se encontró con los tuneros del caminito del cielo. Aquello era caminar y caminar, y no llegaba. El tuvo que pasar por puentes de un pelo que tenían muchas leguas; él tuvo que pasar la hilacha de la eternidá que tan solamente Nuestro Señor, por ser quien es, la ha podido medir. Pero á Peralta no le dió váguido, sino que siguió serenito, serenito y muy resuelto hasta que se topó en las puertas del Cielo. Estaba eso bastante solo, y por allá divisó á San Pedro recostao en su banco. Apenitas lo vió San Pedro, se le vino á la carrera, se le encaró y le dijo, midiéndole puño: Quitá de aquí, so vagamundo. ¿Te parece que te has portao muy bien y que nos tenés muy contentos? Si allá en la tierra no te amasé fue porque no pude, pero aquí sí chupás.—No se fije en yo viejito; fíjese en lo que viene por aquel lao. Vaya á ver cómo acomoda esa gentecita, y déjese de nojarse. Voltió á ver San Pedro, estiró bien la gaitá y se puso la manito sobre las cejas, como pa vigiar mejor; y apenas entendió el enredo, pegó patas; abrió la puerta, la golvió á cerrar á la carrera y la trancó por dentro. Ni por esas se agallinó Peralta, ni le coló cobardía ni cavilosió que en el Cielo le fueran á meter macho rucio.

No bien se sintió San Pedro de puertas pa dentro, corrió muy trabucao, y le hizo una señita al Señor. Bajó el Señor de su trono, y se toparon como en la mitá del Cielo, y agarraron á conversar en un secreto tan larguísimo que á toda la gente de la Corte Celestial le pañó la curiosidá. Bien comprendían toditos, por lo que manotiaba San Pedro y por lo desencajao que estaba, que la conversa era sobre cosa gorda, ¡pero muy gorda! Las santas, que an

que sea en el cielo siempre son mujeres, pusieron los anteojos de larga vista para ver qué sacaban en limpio. Pero ni lo negro de la uña. El Señor, que había estao muy sereno oyéndole las cosas á San Pedro, le dijo muy pasito á lo último : En buena nos ha metido este Peralta. Pero eso no se puede de ninguna manera : los condenaos, condenaos se tienen que quedar por toda la eternidá. Andáte á tu puesto, que yo iré á ver cómo arreglamos esto. No abrás la puerta ; los que vayan viniendo los entrás por el postigo chiquito.

Se volvió el Señor pa su trono, y á un ratico le hizo señas á un santo, apersonao él, vestido de curita, y con un bonetón muy lindo. El santo se le vino muy respetoso, y hablaron dos palabras en secreto. Y bastante susto que le dió : se le veía porque de presto se puso descolorido y principió á meniarse el bonete. A esas le hizo el Señor otra seña á una santica que estaba por allá muy lejos, ojo con él ; y la santica se vino muy modosa y muy contenta al llamado, y entró en conversa con Cristico y el otro santo. Estaba vestida de carmelitana ; también tenía bonete que le lucía mucho, y en la una mano una pluma de ganso muy grandota.

¡ Esto sí que fue lo que más embelecó á las otras santas ! Por todos los balcones empezó á oírse una bullita y unos mormullos, que la Virgen tuvo que tocar la campanita pa que se callaran. Pero nada que les valió. Figúrese ! que en ese momento salió un ángel muy grande con un atril muy lindo, y más detrás un angelito de los guitarristas, con la guitarrita colgada á un lao como carriel; y que llevaba en las dos manitos un tinterón de oro y piedras preciosas ; y después salieron dos santicos negros con dos tabretes de plata ; y los cuatro arreglaron por allá en un campito de lo más bueno un puesto como de escribano. El cura y la monjita se fueron derecho á los tabretes ; y cada cual se sentó. El angelito se quedó muy formal teniendo el tintero.

¡ Valientes criaturas las de mi Dios ! En este angelito sí se esmeró él : tenía la cabecita como una piña de oro ; era de lo más gordito y achapao ; con los ojos azulitos, azulitos qui ni dos flores de linaza ; y sus alitas de garza eran más blancas que una bretaña. Casi estaba en cueritos: tan solamente llevaba de la cinta pa bajo un faldellín co-

poso de un geme de ancho, de un trapo que unas veces era de oro y otras veces era de plata, flequiado de por abajo y con unos caracoles y unas figuras de la pura perlería. Pero lo más lindo de todo, lo que más le lucía al demontres del angelito era la cargadera de la vigüelita, que era todita de lopacios y esmeraldas ; la guitarrita también era muy linda, toda laboriada y con clavijitas y cuerdas de oro. Dizque era el ángel de la guarda de la monjita, y por eso estaba tan confianzudo con ella.

La santica entró como en un alegato con el cura ; pero á lo último, él se puso á relatar y ella á jalar pluma. Esa sí era escribana : se le veía todo lo baquiana que era en esas cosas de escribanía. Acomodada en su tabrete, iba escribiendo, escribiendo sobre el atril ; y á conforme escribía, iba colgando por detrás de los trimotiles ésos un papelón muy tieso ya escrito que se iba enrollando, enrollando. Sólo mi Dios sabe el tiempo que gastó escribiendo, porque en el Cielo no hay reló. Por allá al mucho rato, la monja echó una plumada muy larga, y le hizo seña al Señor de qun ya había acabao.

No bien entendió el Señor, se paró en su trono, y dijo : Toquen bando y que entre Peralta. Y principiaron á redoblar todas las tamboras del Cielo, y á desgajarse á los trompicones toda la gente de su puesto, para oír aquello nunca oído en ese paraje : porque ni San Joaquín, el agüelito del Señor, había oído nunca leyendas de gaceta en la plaza de la Corte Celestial. Cuando todos estuvieron sosegaos en sus puestos y Peralta por allá en un rinconcito, mandó Cristo que se asilenciaran los tamboreros, y dijo : Pongan harto cuidao, pa que vean que la Gloria Celestial no es cualquier cosa. Y después se voltió ponde la monjita, y, muy cariñoso, le dijo : Leé vos el escrito, hijita, que tenés tan linda pronuncia.

¡ Caramba sí la tenía ! Eso era como cuando los mozos montañeros agarran á tocar el capador ; como cuando en las faldas echan á gotiar los resumideros en los charquitos insolvaos. La leyenda comenzaba de esta laya : " Nós, Tomás de Aquino y Teresa de Jesús, mayores de edad, y del vecindario del Cielo ; por mandato de Nuestro Señor, hemos venido á resolver un punto muy trabajoso..... tan trabajoso, tan sumamente trabajoso que ni an siquiera se puede contar bien patente las retajilas tan

lindas y tan bien empatadas escritas en la dichosa gaceta. ¡Hasta ai mecha la que tenían esos escribanos!

Ultimadamente el documento quería decir que era muy cierto que Peralta le había ganao al Enemigo Malo esa traquilada de almas con mucha legalidá y en juego muy limpio y muy deeente; pero que más sinembargo, esas almas no podían colar al Cielo ni de chiripa, y que por eso tenían que quedase afuera. Pero que, al mismo tiempo, como todas las cosas de Dios tenían remedio, esta cosa se podía arreglar, sin que Peralta ni el Patas se llamaran á engaño. Y el arreglo era asina: que todas las glorias que debían haber ganao esas almas redimidas por Peralta, se ajuntaran en una gloriona grande, y se la metieran enterita á Peralta, que era el que la había ganao con su puño. Y que la cosa del Infierno se arreglaba de esta laya: que esos condenaos no volvían á las penas de las llamas sino á otro infierno de nuevo uso que valía lo mismo que el de candela. Y era este infierno una indormia muy particular que sacaron de su cabeza el cura y la monjita. Esta indormia dizque era de esta moda: que mi Dios echaba al mundo treinta y tres mil millones de cuerpos, y que á esos cuerpos les metían adentro las almas que sacó Peralta de los profundos infiernos; y que estas almas, manque los taitas de los cuerpos creyeran que eran pa el Cielo, yá estaban condenadas desde en vida; y que por eso no les alcanzaba el santo bautismo, porque ya la gracia de mi Dios no les valía, anque el bautismo fuera de verdá; y que se morían los cuerpos, y volvían las almas á otros, y después á otros y seguía la misma fiesta hasta el día del juicio; que de ai pendelante las ponían á voltiar en rueda en redondo del Infierno por *secula seculorum amen*.

Que por todo esto dizque es que hay en este mundo una gente tan canóniga y tan mala, que goza tánto con el mal de los cristianos: porque ya son gente del Patas; y por eso es que se mantienen tan enjunecidos y padeciendo tantísimos tormentos sin candela. Estos quizque son los envidiosos. Y por eso quizque fue que el Enemigo Malo no quiso arriesgar las almas aquellas del Infierno, porque esas también eran de envidiosos.

Peralta entendió muy bien entendido el relate. Y muy contento que se puso, y muy verdá y muy buena que le pareció la inguandia. Pero era este Peralta tan su-

mamente parejo, que ni con todo el alegrón que tenía por dentro se le vio mover las pestañas de ternero : ai se quedó en su puesto como si no fuera con él. Pero de golpe se vio solo en la plaza del Cielo. ¡ Hasta ai placitas !

Aquello era una cosa redonda, enladrillada con diamantes y piedras preciosas de toda color, que hacían unas labores como los dechaos de las maestras. En redondo había una ringlera de pilas de oro que chorriaban agua florida y pachulí de la gloria ; y cada una de estas pilitas tenía su jardinera de cuantas flores Dios ha criao, pero toditas de oro y de plata. También era de oro y de plata el balconerío de la plaza ; y al mismito frente de la entrada, estaba el trono de la Santísima Trinidá. Era á moda de una custodia muy grandota, encaramada en unos escalones muy altos. En el redondel de la custodia estaban el Padre y el Hijo, y allá en la punta de arriba estaba prendido el Espíritu Santo, aliabierto y con el piquito de pa abajo. De la punta del piquito le salía un vaho de una luz mucho más alumbradora que la del sol, y esa luz se regaba y se desparpajaba por arriba y por abajo, de frente y por todos los costaos del Cielo, y todo relumbraba, y todo se ponía brilloso con aquella luminaria.

El Padre Eterno, que en todas las bullas de Peralta no había hablao palabra, se paró y dijo de esta moda : Peralta, escogé el puesto que querás. Ninguno lo ha ganao tan alto como vos, porque vos sos la humildá, porque vos sos la caridá. Allá abajo fuiste un gusano arrastrao por el suelo ; aquí sos el alma gloriosa que más ha ganao. Escogé el puesto. No te humillés más, que ya estás ensalzao. Y entonaron todos los coros celestiales el trisagio de Isaías, y Peralta, que todavía no había usao la virtú de achiquitarse, se fue achiquitando, achiquitando hasta volverse un Peraltica de tres pulgadas, y derechito, con la

agilidá que tienen los bienaventuraos, se brincó al mundo que tiene el Padre en su diestra, se acomodó muy bien y se abrazó con la cruz. Allí está por toda la eternidá.

Botín colorao; perdone lo malo que hubiere estao

TOMAS CARRASQUILLA.

RESEÑA MENSUAL

(IMPRESIONES PERSONALISIMAS.)

—"¿Y esos cascabeles, maese Bufón?
—"¡Ah, Señor, es fuerza aturdir un tanto á los grandes cuando hay que decirles una verdad"

¿YO? YO soy *Prólogus*, el viejo conocido del público, á quien él tiene encargado de ponerle á las íes sus puntos y cruzar las tées. Yo me planto en frente de los libros nuevos y nadie llega hasta ellos sin que antes oiga cuanto tengo que decirle. En la comedia—¿y qué no es comedia?—mientras los actores se afanan tras el telón por preparar la farsa del modo más verosímil posible, yo bonitamente me cuadro por delante de él, y entero á mi patrón—el de las muchas caras—de lo que van á mostrarle. Porque mi puesto está allí: entre el telón y la orquesta; yo vengo de adentro. pero miro hacia fuera, y es mi oficio, desde este proscenio, interpretar al auditorio lo que no necesita tal interpretación, y "enseñarle al público," como lo puso el viejo Moliere, "cuándo debe decir ¡ah!" Yo soy un término medio entre los que escriben y los que leen; entre los que obran y los que miran: incapaz de ejecutar, no me contento con ver, sino que he de poner á todos al corriente de lo que ví, y mucho peor todavía, han de saber ellos, y por mi boca, qué pienso de lo que ví. Yo soy Prólogus el que traduce las muecas de los actores; y si ellos creen á veces que no satisface la traducción, en la culpa debemos ir mitad y mitad, pues sabe Dios si fue que la mueca no satisfizo; que hace mucho tiempo que hablando de mí y mientras apoyaba la cabeza en las rodillas de Ofelia, dijo Hamlet,—el tétrico bufón—

"No tengas tú vergüenza de mostrarle, y él no la tendrá de explicarte lo que le muestres."

En fin, que yo soy Prólogus. Y ya que me conocen, me calo la careta y empiece la comedia: empiezo á hablar en serio: que la seriedad solemne y el aplomado dogmatismo fueron siempre de todo prólogo especialidad favorita.

Ante todo, me han encargado de que diga que este periódico, ó si quieren revista, tiene en mira dos objetos: proporcionar esparcimiento intelectual para todos los gustos decentes, y estimular cuanto esfuerzo en artes ó en ciencias se haga entre nosotros. Para llenar el primero, se procurará en la selección de los materiales la variedad posible, desde la abstrusa elucubración filosófica ó moral, hasta el regocijado cuento; desde el árido problema de matemáticas puras, hasta la pieza de música vaga y sugestiva. Para llenar el segundo, quedan sus páginas todas á la disposición de los ingenios, de todos los ingenios; de los que ya se conocen, como de los todavía desconocidos, quizá aun á sí mismos. Quedan ellas abiertas para quienquiera que algo tenga que mostrar que nos acerque un poco al conocimiento de lo bello, en todas las artes, ó á la belleza del conocimiento, en todas las ciencias.

Por su constitución misma, la índole del periódico es absolutamente ecléctica, y ni en ciencias ni en artes tiene él escuela—como no sea la del sentido común. Es él mera liza abierta en que midan sus armas cuantos vinieren, de los cuatro vientos. Que todos aquellos, pues, que se han hecho los caballeros de una verdad [ó de un ideal—que probablemente es lo mismo] ahora no la abandonen, sino acudan á este torneo que se abre, á poner en alto sus colores, y á perseguir el aplauso del rey de hoy, el que ya no morirá, el público!

Y tengo una buena noticia para los tímidos, que dudan de sí mismos, si todavía los hubiere: Se ha formado un junta de censura, tan competente y seria como fue posible, que juzgue, sin conocer el nombre del autor, toda pieza que se envíe al periódico, y decrete ó la publicación ó la devolución á su dueño. No tiene, pues, nadie que temer ni la injusticia ni el ridículo..... y á otra cosa.

Escasa, dicen, anda la cosecha de hombres en esta tierra y en los últimos tiempos; en cambio, la cosecha de escritores anda todo menos escasa—¿podrían por ventura ser hechos correlativos éstos? Yo, sin ocuparme sino en los *casos graves*, voy en un momento á reseñar lo más digno de nota acaecido en el particular, entre nosotros y en éste que pudiera llamarse *literario recrudecimiento*, quitando á la palabra lo que de ponzoña pueda tener.

Con *Frutos de mi Tierra*, de Tomás Carrasquilla, empezó la cosa á principios del año pasado. Y fue este libro, paso atrevidísimo. Se me antoja que lo que entre nosotros se llama crítica, á falta de otro nombre, no ha llegado á darse cuenta de la influencia que el tal libro está llamado á ejercer en *la literatura de aquí;* al paso que el instinto estético de los que escriben, que no analiza, sufre la plena influencia de él y va encauzándose por rumbos muy otros de los que le parecían destinados. Léase, si nó, con cuidado, lo bueno que de entonces para acá han escrito los que empiezan á escribir *Frutos de mi Tierra* fue un revulsivo potente contra aquel decadentismo tan exótico como contrahecho, falto de originalidad, de meollo y hasta de sentido común generalmente, que se iba poniendo de moda.

Y no que le falten defectos al libro, que sí los tiene: como una dualidad de acción, tan artificiosa como inútil, pecado éste, sinembargo, muy más venial de lo que parece creerse generalmente; y de cuando en cuando, una completa desarmonía entre las acciones y lenguaje de los personajes y las premisas de categoría social que se les han atribuído, la que sí es falta más grave, pues lo es de observación y de lógica; y algún otro. Pero en cambio qué magnífico conjunto! Cuánta valentísima buena fe revela ese libro, fruto muy trabajado de un convencimiento muy hondo. Porque no es una de esas notas casuales de inimitable dulzura que han sonado á veces entre nosotros, maravillándolos á todos, y al autor más que á nadie, y cuya segunda es inútil esperar. Nó; el génesis de este libro se comprende y es lógico, y no por ello menos admirable. Un espíritu que presiente lo bello hasta en sus manifestaciones más extrañas; que de lo bello se enamora y anhela

producirlo. Un estudio tenaz de las obras de los maestros de todas las literaturas, que va haciendo alborear en el alma la tenue luz de la posibilidad de llegar á realizar en este medio nuestro—absolutamente estéril, como se creía, de materia novelable—lo que esos grandes realizaron en otras partes. Esa luz que al fin se torna persuasión; y entonces, el trabajo, el ímprobo trabajo, concienzudo, desesperanzador, pero onmidominante! Un trabajo entre sombras, sin antecedentes que ilustren, sin maestros que aconsejen; sintiendo á cada paso los desfallecimientos de la desconfianza en las propias fuerzas, y sostenido, nada más, por la convicción lógica, profunda, por la fe tenaz é infatigable del innovador. Así se fueron hacinando los granos de arena de la observación, trabajosamente recojidos uno á uno. Y al fin fue el libro: maravilloso! El libro cuyo esqueleto labró la observación; cuyos contornos y formas modeló el instinto artístico, su genitor primero; y á quien puso alma, el alma del interés y del sentimiento, la sensibilidad del autor. Así tiene que haber nacido este libro, la primera novela moderna que entre nosotros se escribiera y que tan magistral resultó, tan llena de verdad y de belleza, que ha sido bastante, por sí sola, á marcar rumbo y formar escuela.

Allí están los personajes, que todos conocemos; en escenas que todos hemos visto; viviendo vida absolutamente natural, y no meramente agrupándose con estudiada naturalidad en *cuadros mimoplásticos* hasta formar una galería; sino moviéndose conforme sus intereses é inclinaciones los llevan, sin cuidarse de si los están ó no retratando, é impulsados por el soplo de la trama, alma irreemplazable, por más que digan, de toda novela y cuya acertada invención es la facultad característica del novelador, la sola que lo distingue del *amateur fotógrafo*.

Busco la nota-alma del libro y creo que es esta: el anhelo hacia la sinceridad absoluta; un no querer "dorar el oro"; no querer que los personajes, ni sus costumbres, ni el libro, ni el autor mismo, ni su patria, ni su lenguaje aparezcan mejores que los hizo naturaleza. [¿Habrá llegado algunas veces este anhelo de no favorecer hasta reaccionar contra la verdad?]

En fin, "*Frutos de mi Tierra*" es libro que hay que leer, que estudiar, que meditar. Yo por lo pronto sé que

es dos cosas : una obra muy bella, y una labor heroica !

Casi á un tiempo con Frutos de mi Tierra apareció *Blas Gil*, novela por Don José Manuel Marroquín. Se lee este libro, y comprende uno que á más de estar muy bien escrito, podía ser interesante ; pero no interesa. No interesa, y falla por tanto en su objeto principal, ya que como obra de arte la novela tiene por fin primordial producir en el espectador placer—que puede tomar las formas más extravagantes—y no es fin suyo, sino talvez muy secundario y discutible, moralizar ó instruir ; como no es tampoco fin suyo apagar la sed ó matar el hambre.

¿ Y por qué no interesa el libro ? De las tres provincias que comprende el arte de novelar, la acción, los personajes y el estilo, veamos en cuál se ha pecado.

La *acción* es por sí interesante y verosímil. La carrera de Blas Gil nada tiene de improbable, con todas las peripecias que la hacen curiosa é interesante y hasta instructiva. Hay, es verdad, detalles que se salen de tono. Las *vivezas* de Blas son muchas veces de lo más cándido, artificial é improbable. A las claras se ve que el señor Marroquín, muy apartado de las pastelerías políticas, ha tenido que guiarse por observaciones indirectas y generales, y deducciones libres que, dado su carácter honrado y bueno y sencillo, hacen aparecer á las veces al que se supone pillo redomado, como un inocentón imposible. Algunos de los detalles de las aventuras de este nuevo Gil Blas son en tal grado artificiosos é inverosímiles que las hacen revelarse como inventadas de todas sus piezas. No es, sinembargo, y ya está dicho, la acción lo que al libro roba el interés. Los *personajes*, tampoco. La forma del libro, autobiográfica, concentra toda la atención en un solo individuo, el que refiere su vida, y éste está bastante bien caracterizado, á pesar de la curiosa manera [más de espectador que de actor] que tiene de contar sus aventuras. Las otras personas, que sólo se ven al través de Blas, aunque no parece que se hubiera tenido especial empeño en retratarlas, no por eso dejan de mostrarse naturales y vivientes, é inspirar el interés que todo lo verdadero lleva consigo. No está, pues, tampoco, en los personajes el pecado. Tiene que estar entonces en el *estilo* ; y en el estilo está, por más

que se estremezcan de asombro muchos. Pero no se asombrarán sino los que confundan todavía el *estilo* con el *lenguaje*. Como lenguaje, la obra de Marroquín es admirable. Es una magnífica colección de vocablos y giros castizos—si muchas veces rebuscados—que va á servir de copiosísimo arsenal á nuestros seudo-clásicos criollos. Pero el estilo es otra cosa. Es la *manera;* es la *congruencia artística*, casi indefinible, entre lo que se refiere y el modo de referirlo. Y aquí falla Marroquín. Se supone el libro una autobiografía de Blas Gil, y resulta que no es éste jamás quien habla, sino Don José Manuel Marroquín, individuo correspondiente de la Real Academia de la Lengua y habitador feliz y venerable de Yerba-Buena. Es imposible con los antecedentes morales, intelectuales, sociales y *educacionales* del Doctor Gil que él hable ó sienta así. Tan reposado [quizá frío] terso [aun relamido] y circunlóquico es el estilo, que mata por completo la ilusión de que eso que se refiere haya sido vivido y que lo cuente quien lo sintió. Los movimientos morales—cuya descripción, á fuer de autobiografía, forma lo más del libro—se relatan de manera tan general y poco directa que parece que ni siquiera se pretendiese crear en el lector la ilusión de que ellos sacudieron verdaderamente el espíritu que ahora está narrándolos. Se renuncia, pues, en el estilo del libro á crear ilusión alguna. Pero el arte—que, como opina Guyau, nació de los juegos—no es sino la ilusión. El estilo carece, pues, de arte. Esto es lo que hace que el libro no sea interesante. Pero hay algo todavía que lo hace pesado : Los calificativos de alabanza ó vituperio que se han puesto á todas las acciones que encierra, sin perdonar una, hacen de él una larga prédica. Ello es muy recomendable y útil y conveniente; pero artístico nó. Es soberanamente bien intencionado y *cansón*, y por ende, quizá contraproducente. La relación de los hechos habría bastado—convenciendo más quizá—dejando las aplicaciones á la piadosa consideración; y sobre todo, cuando muchas de las moralejas son..... perogrullescas.

No me alargo. *Blas Gil* revela al filósofo y moralista estimabilísimo y bien intencionado, al escritor correctísimo, al buen observador; pero en ninguna parte al artista. El libro es una colección de máximas morales, de elegantísimos giros, de sanas intenciones, de palabras castizas,

aquí nuevas, de observación acertada, y con una trama magnífica para una novela grande y buena. Quizá no sería del todo injusto, visto todo eso, decir que es un *novelón ejemplar*.

El Moro es otra novela del mismo Sr. Marroquín. A la vista salta que se tuvieron dos objetos en mira al escribirla: La explicación de *la técnica* de la crianza, la educación y el manejo del caballo—hecha con una suma maestría, que nace del acendrado cariño y del estudio profundo de la caballuna naturaleza—y el hacer crítica social, la que ya se ostenta directamente y sin velos, como en las aventuras del tuerto Garmendía, ya se medio recata tras los tenuísimos de la alegoría, como en el *Congreso Caballuno*. La sicología del libro es de dos clases: ora trata simplemente de investigar qué debe sentir un caballo de veras, y entonces se hace bastante original, si bien aventuradísima, aunque innocua y un si es no es trasnochadilla; ora *in anima vili*, como que es *anima equi*, hace observaciones que han de aplicarse á la humana, y estas son, á vuelta de algunas demasiadamente obvias, bastante acertadas y siempre sanas. Porque ésta, como todas las obras de Don José Manuel, espira un ambiente de amable bonhomía, de hidalguía ingénita, de sincera bondad genuina, que infunde en el ánimo del lector simpatía honda, veneración hacia el autor, y que será, con la gallarda donosura del lenguaje, lo que haga sobrevivir las obras de Marroquín, cualesquiera que sean los defectos literarios que las aquejen.

Quien acaba de leer á Blas Gil y la emprende con *El Moro*, nota al punto una gran diferencia en el estilo y en el lenguaje; y es que éste, sin duda tratando de hacerlo adecuado al narrador, que es un caballo, se ha hecho ménos rebuscado y relamido, se ha como humanizado—sin paradoja—de manera que casi se le figuran á uno, á veces, más verosímilmente auténticas las memorias del caballo que las del político. Las observaciones también, aun las abstractas, son más acertadas y profundas, aunque puestas en palabras más sencillas, que las de Blas Gil. Y en todo el libro se revela el gran cariño que el autor tiene al asunto; de tal modo, que en ocasiones sé me ha antojado que este libro, á pesar de su aparente poca importancia, sea el que

mayor la tiene entre los suyos en el afecto de Marroquín.

El fin, *El Moro* da lectura sana para todo el mundo, cosa nada común ya en este desastrado fin de siglo; pero lo que es novela, y sobre todo novela buena, difícilmente podrá llamársele.

Entre Primos es harina muy de otro costal. Es éste el último de los tres libros que en cosa de un año ha publicado Marroquín, y á mi parecer el primero de todos. Esta si es novela de veras; es decir *reflejo fiel* de un pedazo de vida. La verdad con la belleza peculiar que es de ella sola, campea por todas partes y con un vestido de verdad también; porque aquí, gracias á Dios, el acartonamiento académico de que tánto padeciera Blas Gil, como que despareció al influjo de los aires *calentanos*, y á todos los miembros del libro ha vuelto la libre naturalidad. Hay verdad en todo: en las descripciones de las personas, de las costumbres, de los sentimientos, de los lugares, de los sucesos. Y la imaginación preparó para esa verdad una casa digna de ella, la trama interesante y sencilla. Pero no es aquélla una verdad de entre semana, es una muy exquisita. El Sr. Marroquín por escuela, sin duda, pero más que todo por innata idiosincrasia, tiende irresistiblemente hacia el idealismo optimista, y por eso en su percepción de la naturaleza predomina la nota dulce y generosa; por eso los sentimientos se refinan y las pasiones se dulcifican al tratarlos él; por eso los personajes principales se *heroicizan*—perdone el académico—y alcanzan una talla moral si no imposible, casi desconocida; por eso el libro se empapa todo en un optimismo dulce, aun en medio de tristezas amargas, porque es libro supremamente melancólico, que deja en el alma una impresión vaga de melancolía suave, de temperada tristura, de esperanza y de paz. *Entre Primos* es realmente un pedazo de vida terrenal, sí, pero visto al través de un lente color del cielo. ¿Y estará esto mal? Nó, creo que nó. Sin que deje de profesar el principio, y porque lo profeso talvez, de que la belleza artística está en todas las manifestaciones verdaderas del genio observador, reclamo para los optimistas el derecho de usar de preferencia los colores sonrientes, de tratar de suges-

tionar la humanidad hacia el ideal perfeccionamiento, mostrándole la parte mejor de sí misma y, mientras no traspasen los límites, á la par tan estrechos y tan amplios, de la verdad, de exhibir tipos de perfección si rara, no imposible. Esto es lícito y bueno: poner prototipos de perfección delante de los ojos de estas razas, moralmente tan enclenques.

Entre Primos carece de las inagotables máximas morales que sobran en Blas Gil, y no por eso deja de ser moralizador y su lectura sana y fortificante, lo que prueba algo que dije atrás. También el hablar es incomparablemente menos repulido que en *Blas Gil*, cosa plausible, y las galas del lenguaje están en boca del autor, donde quedan muy bien, y no en la de los personajes, donde generalmente suenan ridículamente inverosímiles.

Quizá el autor—siguiendo la vieja escuela y por orillar las grandes dificultades del diálogo castellano—habla demasiado, y sus personajes demasiado poco para que dejaran conocer de esta manera—la más gráfica é interesante—sus facciones morales. Es lástima.

El afán de abarcar todas las peculiaridades de las costumbres *calentanas* de Cundinamarca, da á veces al relato el sabor de un como catálogo de observaciones.....

Pero á qué me afano buscándole defectos á obra que tan pocos tiene, y que con la magnificencia del conjunto escurece y eclipsa los que, á fuer de humana, le cupieron en suerte; ni quién me mete á mí, cuitado de mí, en esos dibujos. Diga yo, *bueno, muy bueno* y estará llenado mi deber.

Tuvo el Sr. Marroquín una ocurrencia que ha sido gratísima sorpresa para cuantos sentimos inquieta y vanidosilla sangre antioqueña bullirnos por el cuerpo. Dedicó él esta su obra mejor, el diamante de su corona, "á los hombres de letras antioqueños, como testimonio de estimación y simpatía."

De veras, de veras que me provoca, y grandemente, tener algo de lo primero, ya que de lo segundo, de lo antioqueño, me sobra, para empezar á dar las gracias á Don José Manuel, en nombre de los sorprendidos Mecenas, por su munificencia. Pero punto en boca, "blancos son, ellos se entenderán."

Parece que por lo que toca á *Tierra Virgen*, novela de Eduardo Zuleta, el problema es éste: ¿ Se debe la forma tan poco novelesca del libro á premeditada intención del autor, ó fue ella engendrada por las circustancias ? Es decir, quizo el Dr. Zuleta extremar hasta lo inaudito la teoría de los novelistas de ayer tarde, como quien dice, y renunciando de un modo absoluto y nunca visto á la ayuda de la trama—el elemento esencialmente novelesco—confiar el interés de su libro exclusivamente al estilo y á las observaciones más ó menos acertadas y profundas que contiene, ó fue sólo un contagio de la fiebre noveladora que hoy reina, que lo hizo tratar de darle forma de novela á una no corta serie de observaciones de índole é importancia muy heterogéneas, ó uno de esos inexplicables, pero tan comunes, cansancios de artista fue quien echó á la calle lo que era meramente un embrión de novela, y sin consideraciones paternales, y para *desocupar el campo*, lo expuso—como á la pobre ninfa de un insecto cuya cubierta se desgarra antes de tiempo—á las asperezas del *aura popular*, á los despiadados rayos de la crítica ? Conocida la grande y admirativa inclinación de Zuleta hacia Paul Bourget, el gran novelista cuyas novelas todas, una por una, protestan contra aquella antinatural mutilación que pretende arrancar á la novela el alma, claro es que no fue espíritu de escuela lo que produjo el resultado. Fue, entonces, una importuna ocurrencia de volver novela lo que no debía serlo, ó un irresistido impulso que no dejó dar la suficiente gestación á lo que como novela se concibiera. ¿ Quién ganó con esto ? Perdió el libro muchísimo—el autor, por tanto—perdió el público no poco. Pierde la novela, porque resulta un fiasco completo como tal. La acción —si la hay—se mueve con una lentitud que martiriza, y todavía así, la entraban sin cesar consideraciones sociales y sicológicas. Porque es el libro cátedra casi constante, en que se predica ¿ qué ? Hasta en esto se nota el estado embrionario, pues unas veces es un pesimismo bonachón, otras un optimismo como hipocritón é irónico lo que se oye ; y por lo general, son verdades bastante banales en frases muy bien hechas. Los personajes no existen. Por lo menos, el lector se queda sin conocerlos ; tan poco caracterizados están.

El público pierde, porque deja de apreciar las bellezas

del libro, y no son pocas. Quien se prepara á leer una novela, espera encontrar una novela; y si no la encuentra, lo probable es que no pare mientes en bellezas de estilo, ni hermosas descripciones, ni observaciones penetrantes, ni análisis de situaciones. Quien anda buscando su camino que cree perdido, no se detiene á mirar las flores que huella en su carrera. Y es lástima; porque son muchas de esas flores de rara hermosura, y no de especies que florezcan espontáneamente por doquiera, sino que exigen el cultivo esmerado de la observación y del buen gusto. El estilo, reposado, austero, sencillo—de una sencillez que presupone enorme trabajo—es de un efecto apacible y dulce, que hace recordar á veces á Virgilio. Hay en el libro buenas descripciones de paisajes y de escenas; pero muy por encima de ellas están las de situaciones, las de los efectos fisiológicos, por decirlo así, de las sensaciones y las emociones. Me parece que en esta maestría se revela el médico sicólogo. Se ha dicho que *Tierra Virgen* es una serie de cuadros de costumbres—en el sentido tan restringido que entre nosotros tiene es denominación—y más me parece á mí una serie de situaciones, perfectamente inconexas, y cuyo conjunto, por tanto, no es tal conjunto, en el sentido artístico de la palabra; pero que publicadas en otra forma—de por sí cada una, y acabada y limada hasta formar una unidad completa—habrían formado un muy buen libro, que hubiera tenido probablemente—aunque parezca paradoja—mayor unidad de plan y de conjunto que en la forma de novela que se le dió. Ya que en aquel caso, al completarse cada una de esas parcelas el espíritu del autor se habría revelado irremediablemente, y habrían resultado unidas por el hilo tenue y misterioso de la tendencia. Mientras que ahora la tendencia misma se obscurece y quebranta mucho por el estado embrionario de las observaciones, muchas de las cuales necesitaban [y habrían tenido en el otro supuesto] rectificaciones y verificaciones, y que como están, con frecuencia se debilitan y contradicen.

El libro, pues, resumiendo, es meramente una rica colección de notas y estudios para formar una ó varias novelas que no se escribieron. Y es lástima; porque á veces, sobre todo cuando se acerca el final, hay momentos en que la novela, interesante, conmovedora, vivida— porque hay

allí palpitaciones que son de herida—se revela al través de la broza que todavía la envuelve, y casi toma forma definitiva.

Y después—mucho después—de todo está Fin de Siglo [en Londres] capítulo que lo merece aparte y que ha de tenerlo á fé, pues es, según parece, la cuestión palpitante del libro. Pero no será hoy.

Porque tate! tate! esto se acabó y yo estoy empezando. Enfrasquéme en *novelerías*, y el espacio se agota y el programa está sin tocar. De cuanto me mandaron que dijera nada he dicho, y ya me llaman de trás el telón, y sin decir se quedará. Adentro se me queda la mar de literatura. Y eso es nada; se me queda el platillo aquél exquisito, que hay que servir caliente: la política. ¡Oh, las cosas que ya no diré! Figúrense que iba á buscar el origen de esta curiosa inercia de los partidos que reina. Porque quietecitos se están los tres, el nacionalista, el conservador y el liberal; aunque ya se viene encima el 2 de Diciembre en que ha de decidirse quién nos mande y cómo por seis años más. La quietud nacionalista se entiende: viene de arriba. Este es un partido todo cabeza; y se está quieto porque esa cabeza aun no ha determinado cuál sea el plan, ó porque el plan sea ese: no perder de vista á los otros, y ver si algo se aprovecha de lo que ellos desechen. Pero en los liberales y los conservadores la quietud es muy distinta, porque viene de la periferia. Es probablemente originada en esas perplejidas individuales que inician y anuncian las evoluciones políticas. A cada uno están presentándosele varios caminos, y cada uno está preguntándose hasta dónde el fin justifica los medios, qué confianza merecen ciertas agrupaciones y ciertos individuos, cuánto hay que cambiar, cuánto hay que conservar, qué se cree, qué se hace.... En fin, la duda, que es al par fin y comienzo de fe, trae la conciencias ocupadas, y mientras las conciencias trabajan, la acción reposa....

Pero si ya no diré todo eso, sí he de decir, y con la voz solemne y grave que reclama el asunto, que murió, de 94 años y venerado por todos el prócer de la Independencia

General Francisco Giraldo. Se van acabando en la muerte los hombres que fundaron la República ¿ acabarán así también sus ideales ?

Murió igualmente en Caracas D. Abrahan García, Ministro Plenipotenciario de Colombia en Venezuela.

Paz á ellos !

Y antes que acabe, ya que dejo presentado el número primero de este *Montañés*, que tan buenas intenciones trae y tanto espera del público, presento también á los artistas que con sus dibujos y grabados lo han embellecido, los Srs. Montoya, Rodríguez y Mesa. Doblemente lo han *ilustrado* ellos !

Y..... y..... pero nó, hay que acabar en alguna parte.

PROLOGUS.

REPUBLICA DE COLOMBIA—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA

EL MONTAÑÉS

REVISTA DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

DIRECTOR

Gabriel Latorre

AÑO 1. | Medellín, Octubre de 1897. | N. 2.

Rafael Pérez

DE LA EDUCACION

(DISCURSO) *

RECIEN llegado á la Universidad, no sé si la tarea que vengo á cumplir me impone muy severas condiciones. Pero como generalmente consentimos de buen grado en que cada cual hable á su manera y conserve su personalidad, aun en circunstancias excepcionales, traigo la esperanza de que me permitiréis suplir el discurso solemne de estilo con una conferencia escolar, poco menos ingenua en la forma y algo menos técnica en el fondo que mis insignificantes lecciones de todos los días. Y aun así, no acometo sin grandísimo temor la tarea impuesta á mi inexperiencia; porque el aparato de esta ceremonia me embarga, y porque mi emoción apenas parecerá excusable, si os dignáis tomarla como homenaje, que es, de mi respeto hacia vosotros.

Intento, señores, exponer algunas observaciones de Biología, aplicables á la Educación, tomando como punto de vista la buena salud y el vigor moral é intelectual del estudiante, en relación con la prosperidad de la raza á que pertenece.

La Educación debe esforzarse—permitidme recordarlo—en cultivar las facultades más elevadas del espíritu humano: en primera línea, el amor al Bien, que es la más temprana y la más trascendental, y luégo—como más tardía y de menor consecuencia social—el amor á la Verdad Científica. Esto está mejor dicho, y el programa admirablemente resumido, en la frase consagrada—"Lo primero es moralizar, y lo segundo instruír."

A la edad del más joven de los alumnos que me hacen el honor de escucharme nos parece poco interesante esta frase, tántas veces oída desde la escuela de primeras letras. Por lo demás, el alumno no puede acogerla sin al-

* Esta pieza fue preparada para el Acto-Público de distribución de premios de la Universidad de Antioquia en 1894. Circunstancias especiales impidieron que se leyera entonces, y había permanecido, hasta hoy, inédita y desconocida para el público. *El Montañés* se considera muy afortunado porque le haya tocado en suerte ser el primero en darla á la publicidad; cree favorecer con ella á sus lectores: y al acogerla en sus páginas, quiere, ante todo, consagrar un tributo de admiración y de cariño á la memoria de su ilustrado autor, tempranamente arrebatado á la vida. Al mismo tiempo, presenta sus agradecimientos á la dignísima viuda del doctor Pérez y al hermano de éste, Don Gregorio, á quienes debe la posesión de este hermoso discurso.

N. D.

gún escepticismo, porque, desde luégo, se le hace difícil creer que la moralización sea el primer encargo de esta Sabia Universidad, y desconfía también de que en la vida social sea verdaderamente indiscutible la supremacía de la virtud sobre la ciencia; y, finalmente, como los preceptos morales y las leyes del honor están arraigados y, según él presume, perfectamente desarrollados en su alma, pone en duda que le hayan sido sugeridos nunca, y sin vacilación desconoce la ingerencia de sus maestros actuales sobre ese bien íntimo y esa obra acabada.

Así pensamos á los catorce años; y sin embargo, una vez catedráticos, venimos á repetir la sencilla fórmula del maestro de escuela—convencidos de que, en materia de enseñanza, ella encierra la suprema sabiduría. Que la moralidad es superior al talento no es únicamente verdad para los que tienen misión de levantar nuestros corazones hacia aquella Felicidad futura que hemos de ganar con el heroico sacrificio de los intereses terrenos: en las cátedras de Sociología experimental, en donde no se atiende sino al bienestar de los pueblos, se enseña también, como hecho comprobado, que la cultura moral es más esencial para el individuo y más fecunda para la especie. Hace bien el joven en resistirse á creer que un ignorante de buen corazón y de costumbres ejemplares valga socialmente más que un Byron ó un Napoleón [á las grandes figuras históricas no se les debe sino justicia]; mas para el que mira, no digo más alto, sino simplemente más lejos; para el que más allá del individuo ve la familia y la nación; para el filósofo y para el patriota, una sociedad de hombres de genio, sin virtudes morales, vale menos que otra de dotes opuestas; porque aquélla no podría subsistir, en tanto que la segunda tendría un porvenir indefinido, y la esperanza, para días más ó menos remotos, del perfeccionamiento intelectual. La preeminencia de la cultura moral sobre la cultura científica, está, pues, demostrada. Puede probarse, asimismo, que los sentimientos morales no son innatos en el estudiante imaginario cuyas ideas expresé, sino obra colectiva de los padres y de los primeros maestros, del ejemplo y de las tradiciones del medio social; y que si él asimiló completamente esas ideas, es porque le fueron bien enseñadas, y aprendió á ser hombre de bien como aprendió á hablar, con la misma facilidad y la misma inconsciencia. En

fin, esa sugestión moral dista mucho de ser obra concluída : no es sino un caudal que la Universidad recibe con la obligación de afianzarlo y acrecentarlo, como—para seguir mi comparación—está obligada á continuar enseñando á hablar, inculcando los principios filosóficos del idioma y enriqueciendo el escaso vocabulario del adolescente.

Las facultades morales son prematuras en el orden de la evolución psíquica, y su cultivo no impone esfuerzo físico ni puede ser perjudicial para la salud del individuo. No sucede lo mismo respecto á la instrucción científica, literaria y artística. Al tratar de esta segunda parte de la Educación, yo quisiera empezar reclamando los derechos de la Higiene, y sentando un aforismo renovado de Hipócrates : "*Lo primero, no hacer daño á la salud.*"

Muchas veces se ha dicho que la moralidad es la higiene del alma. Yo lo repito gustoso, agregando que, después de la cultura del sentimiento del Bien y el conocimiento de las verdades eternas, que son su necesaria base; después de la salud del alma, lo que al hombre le importa más no es el enaltecimiento intelectual, sino la salud del cuerpo, humildemente.

Sin ser higienista de oficio, Herbert Spencer ha mostrado con suma claridad esto á que voy refiriéndome : las desastrosas consecuencias de una aplicación intelectual excesiva. Antes que él, Rousseau, y después numerosos y autorizados escritores, han hecho cuanto se puede por ilustrar á este respecto la opinión de los institutores y padres de familia. Sobre asunto tan bien conocido, no me empeñaré yo en ocupar enojosamente vuestra atención, y sólo apuntaré los datos que considero indispensables para mi propósito.

Fisiológicamente, todo órgano que trabaja sin medida provoca un desequilibrio general. " Las fuerzas vitales son limitadas," dice aquel autor ; " la naturaleza lleva una cuenta rigurosa, y si se le exige que gaste de un lado, restablece la balanza con deducciones en otro capítulo." La mejor demostración de esta ley del equilibrio orgánico es el evidente antagonismo que existe entre las funciones físicas, como se dice en el lenguaje corriente, y las altas funciones cerebrales, que llamamos psíquicas : no hay quien ignore que la actividad mental deprime la energía del cuerpo, y que, recíprocamente, la actividad muscular entorpece la inteligencia.

De las diversas enfermedades que el predominio funcional del cerebro ocasiona en los demás órganos, no diré una sola palabra, para detenerme un instante en otro punto de fisiología patológica—la alteración propia del órgano forzado, las perturbaciones evolutivas y funcionales del cerebro que se fatiga. No será para explicar ó mencionar siquiera las lesiones de los centros nerviosos, y las neurosis consecutivas á los abusos del trabajo intelectual, sino únicamente para señalarlas como el peligro más próximo y más serio. La naturaleza castiga las trasgresiones á la higiene mental, por lo menos con ese primer grado de fatiga llamado excitación nerviosa, que nos invade insensiblemente y que casi no consideramos como enfermedad. Pues bien, la fatiga nerviosa es más que una enfermedad, poco menos que una desgracia, puesto que aumenta nuestra impresionabilidad al dolor y nos arrebata el cándido entusiasmo con que acogen los menudos goces de la vida el niño y el hombre sano.

Estos peligros son particularmente graves cuando el cerebro está en vía de desarrollo ; y todo el mundo sabe, aunque, desgraciadamente, todos olvidan, que es temerario estimular la precocidad intelectual de los niños; por lo cual no hay que perder ocasión de repetir que los niños precoces y aplicados viven poco, ó se crían enclenques y enfermizos, ó, llegados á cierta edad del desarrollo, pierden la fuerza progresiva que desenvuelve su cerebro, y vienen á parar al fin en vulgares medianías.

Me parece que no necesito apelar á estos datos fisiológicos para mostrar hasta que punto está el educador obligado á respetar las exigencias de la Higiene, so pena de arruinar las constituciones y de formar neurópatas y pesimistas, lo cual sería no sólo un mal inmediato, sino comprometer, pura y simplemente, el porvenir de la Patria.

Porque los errores en la higiene de la Educación son, sobretodo, funestos desde el punto de vista que llamaré étnico, para suavizar el término fisiológico. Hacer trabajar las inteligencias más allá de lo que permiten las fuerzas corporales es preparar generaciones debilitadas física é intelectualmente. De los organismos desequilibrados por el estudio, ni las mismas aptitudes mentales son trasmisibles por herencia ; en tanto que, cuando el esfuerzo intelectual no ha estado fuera de proporción con el vigor físico,

la herencia será relativamente segura y tanto más firme y desarrollada cuanto más de lejos venga. He ahí, si no me engaño, la solución científica del problema frecuentemente suscitado en sociedad tocante á la descendencia de los hombres de talento.

Y aun creo que, al indagar en sentido opuesto, la recíproca podrá admitirse como cierta, en muchos casos. Un filósofo francés contemporáneo piensa que su talento le viene de que sus antepasados vivieron durante mil trescientos años haciendo economías de pensamientos y de sensaciones, cuyo capital acumulado le correspondió á él. Esta manera de comprender la herencia fisiológica tiene algo de cierto y mucho de falso—como todo cuanto escribió aquel gran sofista, el hombre que mayor saber y más gracia artística haya sacrificado sistemáticamente en aras de la paradoja. Es razonable creer que, por no haberse fatigado los cerebros en una serie de generaciones trece veces secular, aquella oscura cepá vino á florecer un día en un Renán ilustre; pero hay error en atribuír este feliz resultado propiamente á la indigencia intelectual de los antecesores. Es presumible, por el contrario, que si en aquellos cerebros soñolientos la actividad fisiológica se hubiera despertado gradualmente sin mengua de la robustez general, el grande hombre habría brotado algunos siglos antes, ó no habría traído la inclinación irresistible, rasgo quizá de atavismo, que hizo de él únicamente un elegante prestidigitador en filosofía.

La trasmisión hereditaria está mejor estudiada en grados más bajos de la escala animal. Los caballos de sangre inglesa, estirados como galgos, que ganan el gran premio de París recorriendo una extensión de tres kilómetros en menos de dos minutos y medio, es verdad que no descienden de caballos estropeados por una disciplina violenta; pero tampoco vienen de la raza de "Caballos Negros," rollizos y tardos como bueyes, que arrastran cargas descomunales por las calles de Londres ó de Mánchester: descienden, simplemente, de los caballos de sangre pura que más han sobresalido en la carrera, y han resistido en buena salud la educación forzada á que se les somete.

Los resultados de la experimentación perseverante sobre selección demuestran que las especies no se trasforman [aunque pretenda lo contrario la insana hipótesis del evo-

lucionismo darwiniano]; y que, en cambio, los caracteres ó atributos secundarios y variables sí pueden perfeccionarse sistemáticamente; porque cultivada en el individuo cierta cualidad que heredó, ésta es susceptible de mejoramiento, y así él, á su turno, la trasmitirá más extensa. "La herencia es como una costumbre, una segunda naturaleza"—ha dicho Naudin—"un hábito inveterado en una serie más ó menos larga de generaciones; hábito tanto más irresistible y forzoso cuanto más numerosas sean las generaciones de ascendientes que la han trasmitido á su posteridad.

Creo que puedo resumir los principios biológicos aplicables á la Educación en estas tres proposiciones, ciertas para el individuo y evidentes para la especie: Todo órgano que trabaja en exceso, se fatiga y degenera;—todo órgano que no trabaja, se atrofia y degenera;—todo órgano que funciona fisiológicamente, se desenvuelve y perfecciona. Así me explico por qué los grandes hombres no nacen en Patagonia, de entre los hercúleos descendientes de Caupolicán, á pesar de sus inmemoriales economías de pensamiento; sino en pueblos en los cuales, si la fuerza muscular y la estatura del hombre son mediocres, una civilización vieja ha venido ensanchando lentamente la capacidad intelectual.

He insistido, señores, en impugnar una frase literaria, porque su autor la repetía con satisfacción, atribuyéndole mal disimulados alcances de argumento etnológico en contra de la cultura social; y porque el combatir este pesimismo anticientífico me daba ocasión de poner en claro la influencia bienhechora de una Educación fisiológicamente dirigida, sobre el desenvolvimiento intelectual de la especie humana.

No es de menor importancia para la prosperidad de la especie, el giro que se dé á la Instrucción Pública, según las tendencias dominantes ó el espíritu á que ella obedezca. Con tal motivo, para llevar á cabo esta reseña, me veo forzado á aventurar algunas consideraciones de orden psicológico.

Muchos compatriotas nuestros, hombres de buen sentido y aun escritores notables, piensan que, en pueblos nuevos como éste, la especulación científica y el cultivo del sentimiento estético deben hacerse á un lado, como super-

fluos é inoportunos, y que la Educación debe concretarse á aquello que tenga aplicación práctica á nuestras condiciones de vida. Es lo mismo que en todas partes reclaman varias escuelas filosóficas, para las cuales la instrucción tiene que ser esencialmente utilitaria y positiva, porque el propósito de la Educación no puede ser otro que armar eficazmente al hombre joven para la lucha por la vida.

En campo opuesto, otros quieren [y tras de estos últimos me pondré yo] que se enseñe de preferencia lo que más propio sea para ensanchar y enaltecer el espíritu, lo que más fuerza mental pueda crear—sirva ó no sirva directamente al alumno para ganarse la vida. No lo digo así por afectación de desprendimiento material, ni por ambición de refinamientos imposibles, ni porque yo desconozca la necesidad en que se encuentra el país de reducir la Instrucción Pública á las modestas proporciones de una civilización incipiente; sino porque es un gravísimo error el someter la Educación al criterio del valor práctico, de la utilidad individual más evidente y más inmediata.

Trataré de explicarme en pocas palabras.

La ciencia "útil" no es toda la ciencia: es una acumulación de conocimientos importantes, pero aislados é incoherentes, y, por tanto, más ó menos incomprensibles. Más importante que los hechos mismos es el sentido que ellos envuelven, el vínculo que los une, el espíritu que les da vida, la filosofía que de ellos se desprende. La Botánica [para no hablar en abstracto] reducida á lo más útil, á los pormenores indispensables para la clasificación de las plantas, apenas podrá llamarse ciencia: es más bien una habilidad comparable á la de un bibliotecario que sepa, dado un libro, para qué se usa, y en qué estante y renglón y entre qué obras debe colocarse. En astronomía lo "útil" será, supongo yo, conocer las constelaciones; *lo fecundo* no es sino la contemplación apasionada del Universo. Para el que estudia la Historia de Colombia, lo "positivo" será aprender los hechos de nuestra emancipación: *lo trascendental* es que comprenda, y admire y venere la obra y el genio de Bolívar. Bien se ve que la ciencia "útil" no es sino una parte de la ciencia *y no la principal.*

En todas partes han cundido, pero particularmente en Alemania, ciertas escuelas de instrucción universal, escuelas que allá apellidan *reales*, porque de todas las ciencias

no enseñan sino conocimientos *precisos, prácticos y positivos*. Pero ¿ no será de temerse que el resultado más *positivo* del sistema sea infundir á los alumnos un soberbio desdén por esas ciencias, de las cuales no se les deja ver sino el esqueleto inerte y frío ? Yo me lo pregunto, por lo poco que he podido observar y lo que me es dado colegir ; y también porque cuando uno oye hablar de esa quinta-esencia científica, no puede menos de acordarse de la manera como la química alemana condensa el valor nutritivo de un novillo de las pampas argentinas en un tarro de extracto de Liebig—que ni huele, ni sabe, ni nutre.

Por lo mismo que facilita el aprendizaje y que circunscribe el campo de los estudios, la Educación realista ó positiva constituye una gimnástica cerebral muy imperfecta ; y así, esterilizadora para el individuo, es sobre todo funesta para la especie ; porque el mérito práctico de los conocimientos adquiridos por aquél no es ganancia para ella, y sí es pérdida segura la menor amplitud del desenvolvimiento intelectual—toda vez que son las aptitudes, y no la erudición, las trasmisibles por herencia.

Por otra parte, la utilidad de los conocimientos no la entendemos todos de igual manera. Herbert Spencer da la prioridad entre todos los conocimientos humanos á aquellos " que preparan para la conservación directa del individuo," y opina que lo primero que debe enseñarse al niño son ciertas nociones de Anatomía, Fisiología é Higiene. Pues bien : yo he oído á una niña de cinco años nombrar los huesos del esqueleto humano como pudiera hacerlo yo—salvo algunas desinencias angelicales.—En mi caso, un partidario de la instrucción " real " habría pensado : " Cómo progresa la Educación !" acordándose con dulce melancolía de que en sus tiempos los adolescentes sabían apenas los nombres de los dedos de la mano. A mí, en cambio, no se me ocurrió sino lamentar que el tiempo no se hubiera empleado en contarle á aquella criatura la historia de *La Caperucita Encarnada*, porque creo que más educa quien divierte á los niños, mostrándoles en ficciones poéticas la doblez del malvado, que quien atornilla en molleritas sagradas una palabrería bárbara, incomprensible y científicamente inútil.

Segundo ejemplo.—Dice el precitado Spencer que la

última aplicación de la actividad humana en orden y en importancia debe ser "los goces literarios y artísticos, bajo todas sus formas, y los que proporciona el espectáculo de la naturaleza," y afirma que "si el cultivo de la estética debe formar parte de la Educación, ha de ser con el carácter de subsidiario," porque tiene el mismo escaso valor como instrucción que como gimnástica mental. Yo no comprendo que pueda relegarse al último término la cultura del sentimiento de lo Bello, que es facultad prematura en el desarrollo psíquico; ni que esta cultura sea una mala gimnástica mental, puesto que los pueblos artistas han sido en todas las épocas los de mayor pujanza intelectual. Respecto á su valor práctico para el individuo, confieso que es mucho menor que para la especie—en proporción á lo que va del individuo, como unidad, á la especie natural, aunque irregularmente, progresiva;—pero creo que puedo expresar ese valor lacónicamente, parodiando una frase humorística: la Educación estética es una Educación. Tal vez no hallaré en esta sala un voto siquiera de desaprobación, si afirmo que hombre ninguno, por intuición, ó apoyado en la sabia rutina pestalozziana, ha contribuído más á educar el alma antioqueña, á elevarla y fecundarla, que el poeta menos docente, el cantor de la *Casita Blanca* y del *Maíz*: todos aquí sentimos que hay algo que de él nos viene, que no nos sirve aparentemente de nada, y que, sin embargo, no trocaríamos por un arsenal de conocimientos útiles, de esos con que se proponen armarnos ventajosamente para la lid feroz—concepción de naturalistas—llamada lucha por la existencia.

Estas razones han sido suficientes para convencerme de que estamos obligados, los que hemos recibido alguna autoridad sobre la Juventud, á rehabilitar los ideales en su valor insuperable como disciplina cerebral, y á poner en la jerarquía de los conocimientos humanos, por encima de los hechos positivos, las altas especulaciones, las verdades puramente grandes y bellas, la Poesía de la Ciencia, en particular, y aun la Poesía misma, y el Arte: todo lo que eleva y conmueve, lo que puede dilatar y fecundar el espíritu joven, é ir, por su conducto, á fortalecer la mente de las generaciones que mañana formarán la Patria. Para llegar á este fin hay medios más fáciles y seguros que la instrucción "integral" ó enciclopédica. Enseñemos sim-

plemente á estudiar: mostremos cómo se distinguen las grandes líneas rectas, que son el camino de la iniciativa y la adivinación, del laberinto de veredas que sólo conducen á aplicaciones determinadas, y así, si no instruímos bastante á nuestros discípulos, lograremos algo mejor—que es hacerlos más inteligentes, é inspirarles el amor profundo y desinteresado por la verdad científica. Una vez obtenido este resultado, pero solamente entonces, convendrá que nos acordemos de que pertenecemos á un pueblo que empieza la vida civilizada, y en consecuencia haremos porque la Juventud no se tarde demasiado en los bancos del Colegio y salga temprano á buscar en la escuela del trabajo, que es donde puede adquirirse, esa educación práctica que efectivamente reclaman nuestras necesidades sociales.

A estas ideas—mal desarrolladas en una lectura que yá va larga—creo que hemos tratado de conformarnos todos los que, más ó menos activamente, hemos participado en la labor universitaria. Pero nos ha guiado ¡oh jóvenes! una aspiración todavía más elevada que la de enseñaros directamente la Verdad, y ha sido señalaros el Bien completamente—puestas nuestras miras, no en haceros diestros y fuertes para una contienda brutal, sino en haceros buenos, que es lo que en realidad se necesita para el combate, que es la vida civilizada y cristiana. He ahí por qué si esperamos haber hecho algo en bien de la Patria, es principalmente por haber secundado la obra de la familia, ayudándole, como fieles intermediarios, á trasmitiros las virtudes hereditarias que forman la conciencia de este pueblo. Confiamos, señores, en que tendréis como tienen vuestros padres, y ayudaréis á perpetuar en la familia colombiana, la fe sencilla, las buenas costumbres, el amor al trabajo, la aversión á la frivolidad, el ánimo brioso y constante, la dignidad personal altiva é intransigente y el patriotismo sereno, que son las grandes tradiciones de la raza.

Rafael Perez.

CARTA ABIERTA

Señora Doña Laura de Perez.

ANTE todo, necesito justificar lo que bien puede llamarse atrevimiento: el dirigirme á Ud., y en esta forma, en tan solemne trance de su vida.

Para lograrlo creo basta decir brevemente que soy uno de tantos, legión incontable y aun selecta, que experimentan el vacío que ha producido la ausencia del que fue compañero de su vida; que me he sentido atormentado por el cruel enigma que ofrecen al primer aspecto las catástrofes en que una sociedad ve desaparecer de repente energías de precio incalculable; y que he pensado en que mis desahogos puedan serle gratos por ir empapados en la memoria del que lloramos.

Tengo para con el amigo cuya despedida lloro una deuda íntima, mezcla indefinible de gratitud por el bien que su trato me produjo, y de admiración por el tacto extraordinario con que aquella mano privilegiada supo pulsar las cuerdas más delicadas de mi sér y despertar en mí energías con que yo mismo no contaba. Es que á veces, cuando, cual almas en pena, atravesamos por entre las turbas indiferentes conteniendo á duras penas las lágrimas rebeldes, el apretón de mano y las frases efusivas del que ha leído en nuestro interior nos hacen tánto bien, que nos reconcilian con la vida y con los hombres. El recuerdo de aquella vislumbre de cielo visto al través de un corazón amigo perdura en la memoria, y á él volvemos los ojos complacidos para animarnos en las luchas de la vida. Análoga deuda á la mía confiesan tener cuantos hablan del médico, el literato y el amigo. Y si, como es indudable, la talla de los hombres ha de medirse por la suma del bien que obraron, aquella personalidad era excepcional, á tal punto que para presentar su labor cual merece, sería preciso ser á la vez hombre de ciencia, literato y estar avezado á las sutilezas de la vida íntima.

Yo, como extraño á las altas especulaciones de la ciencia y del arte, no pretendo sino estampar impresiones personales, juzgando que con ellas contribuyo á formar esa atmósfera del buen nombre, recomendada por el Espíritu

Santo, y grato aroma que embalsama la memoria de los seres queridos.

Estoy midiendo ahora, aunque parezca extraño, las capacidades del hombre de ciencia, por la impresión que me produjo la vista de un simple manuscrito, sin que la aparente falta de solidez del motivo haga vacilar mi convicción en el acierto. Los que alguna vez han creído tener en su mente algo digno de ser comunicado á sus semejantes, y se han puesto á la obra halagados por el hermoso ideal que palpitaba en su interior, saben cuán enorme distancia hay entre lo que pugna por brotar viviente y lleno de encantos, y la obra mezquina y contrahecha que á duras penas se logra producir. Tras larga y penosa faena, borrando acá, intercalando allá, entre desaliento y angustia, se termina cabizbajo y avergonzado lo que se empezó entre los brotes del entusiasmo. Así escribimos los que, faltos de preparación, escasos de conocimientos y de ejercicio, dejamos en los manuscritos originales la huella de nuestra incapacidad. No así los que, cual el autor del original que tengo á la vista de la pieza que se publica en este número de *El Montañés*, improvisan en breve plazo piezas admirables en manuscritos que parecen copia esmerada de hábil calígrafo. Oh! y cuánto es preciso haber trabajado, qué enorme cúmulo de conocimientos, cuánto ejercicio es preciso tener para haber llegado á adquirir tan pasmosa habilidad.

Mas dejando á un lado este para mí vedado tema, sigo hablándole de meras impresiones personales.

Quizá vaya á aumentar los motivos de su llanto, mostrándole cuán hondo surco había trazado en el cariño de sus amigos el que fue dueño de su albedrío. Mas esas lágrimas le serán suave bálsamo, lenitivo del dolor, yá que llorar por los que amamos alivia el corazón.

¿Necesitaré decirle que me complazco en creer no apetece el alivio que viene de la lenta acción del tiempo, en su tarea de borrar poco á poco la imagen querida? La palabra favorita de los que sienten cariños profundos es la de eternidad. Como si hablara más alto que todas las manifestaciones de los sentidos, que atestiguan lo caduco de las cosas humanas, el instinto que en el fondo de nuestro sér nos dice calladamente que somos viajeros del tiempo hacia la eternidad.

El consuelo no procede del olvido, yá que el consuelo es vida íntima, y el olvido es la desaparición de los afectos.

El ángel consolador, mensajero celeste, respetando los instintos del corazón, ni borra de la memoria la imagen del ausente, ni amengua el pesar. Sabe aunar lo acerbo de la pena con una nueva y profunda vibración del sér, que lo ofrece en holocausto al trono del Eterno, y lo deja anegado en fruición inenarrable. Eso es consuelo, aroma delicioso de virtudes heroicas y santos pensamientos; eso es el verbo sublime que brota de lo íntimo cuando, alzados los ojos al cielo, nos arrojamos en brazos del Padre para decirle: *hágase!*

¿Cómo pueden coexistir las torturas del desgarramiento de los afectos y la fruición del holocausto íntimo que se complace en su propio martirio? Díganlo las almas amantes que han confesado preferir su llanto á los transportes de la yá perdida dicha; dígalo la experiencia diaria de los grandes dolores, trasformados en lluvia de bendiciones y de lágrimas al influjo del ángel consolador.

Y al hablarle de estas cosas no lo hago de oídas. No soy de ayer para no haber sentido alguna vez la tentación de rebelarme contra las crueldades del destino. Yo sé que en las crisis decisivas, para no agotar inútilmente las fuerzas del cuerpo y las energías del alma, no hay como tomar de una vez por todas y sin rodeos una resolución suprema: esforzarse en aceptar libre, espontánea y gozosamente el hecho cumplido y las torturas que nos impone, por ser obra de la mano paternal de Dios.

Cuando se ha logrado esto—y á ello se llega queriéndolo de veras—no hay que dudarlo, recibimos la visita del mensajero celeste—somos consolados. En adelante podremos guardar con solícito culto la memoria del ausente y sentir sin daño la voluptuosidad de las lágrimas.

El tratar de las grandezas y prerrogativas del dolor es tema obligado para mí ahora. Por una parte, la contemplación de los pesares de Ud., que tan de cerca me tocan; y por otra, que al recorrer con la memoria y á grandes rasgos la vida del amigo, veo en el dolor el instrumento de que la mano divina se sirvió para elevarlo á enorme altura moral. Permítame que desarrolle un poco estos pensamientos que me son gratos.

Para formarme alguna idea de las amarguras de su soledad, tengo mis propios dolorosos recuerdos de las finezas del amigo. Con ser escasas, y gozadas como al azar, arrebatándolas á las premiosas faenas del sacerdocio de la ciencia á que vivía consagrado, sus efusiones amistosas tuvieron tan intenso carácter, que aun hoy conserva mi memoria agradecida los menores detalles de nuestras cortas entrevistas de mejores tiempos.

Así que, me precio de conocer la magnitud de su pérdida; y al hablarle de consuelo soy como el hombre medroso que en la oscuridad de la noche se esfuerza en ahuyentar con sus voces su propia pavura.

Mejor que yo, y que nadie, conoce Ud. el grado de cultura que había alcanzado el hombre excepcional cuya pérdida llora la sociedad en masa. Y si me es lícito al escribirle insinuar tal ó cual rasgo que más particularmente me impresiona, es porque no me dirijo sólo á Ud., y quizá lo que me hace excusable al tomarla por confidente obligada, es el propósito de presentar á los que se sientan capaces de seguirlo, un noble ejemplo que imitar.

Había en él la cultura científica, la magia del arte del buen decir y el tacto delicado y precioso del hombre de corazón, capaz de apreciar las situaciones y de ponerse á la altura de todas.

Esta última, preciosa cualidad, suele florecer en el alma cultivada por lluvia de lágrimas. Basta ser mediano observador para reparar que en la primavera de la vida, cuando aun no se ha recibido el bautismo de llanto, los corazones humanos son más ó menos egoístas, poco capaces de apropiarse los ajenos dolores.

Y si al influjo natural de un período vital asfixiante, se une la acción deletérea y prolongada de una atmósfera saturada de indiferentismo religioso, es casi imposible que en una personalidad humana deje de echarse menos ese algo indefinible que completa y acaba á los hombres.

Al volver de la metrópoli intelectual del mundo, el discípulo de grandes maestros traía, á la vez que copioso caudal de conocimientos, el abandono de las piadosas y salvadoras prácticas de su niñez. Había olvidado que, si para bogar en aguas bonancibles bastan los meros impulsos de un natural generoso, para elevarse á actos heroicos se requiere ir á buscar fuerzas sobrenaturales en el arsenal divino.

Llorando al lado de los suyos y entre corazones de elección la pérdida de un hermano querido, vibró de nuevo la olvidada nota religiosa, y apareció el rasgo que faltaba en aquel hermoso carácter.

Fue ésta la primera aparición del mensajero que acaba de coronar su vida con un martirio íntimo que, sufrido heroicamente, ha marcado su destino con el sello de las grandes bellezas.

La primera aparición, digo, más no la única. Otras y variadas sacudidas había de experimentar su sér para llegar á ser capaz de dársenos en hermoso espectáculo cuando fuera llamado, sumariamente, á ofrendarse íntegro en la flor de la vida y entre risueñas ilusiones, en aras de los decretos eternos. Es que las altas cimas morales, como las cúspides de la ciencia y del arte, sólo se alcanzan ascendiendo desde lejos, nunca *per saltum*.

Antes de llegar á la prueba decisiva de su vida, y quizá para que ella fuera tan desgarradora como lo ha sido, la Providencia iba á uncirlo al carro de los afectos en la forma más intensa que es dado experimentar en este mundo. Había encontrado realizado el tipo de belleza que bullía en su interior, y pensó en crearse un hogar.

El tránsito de su vida de hombre sin cuidados á las responsabilidades y afanes del jefe de familia, se marcó con una nota que parecerá extraña á los que desconozcan las delicadezas del sentimiento cristiano en el juicio de los propios méritos. Aún recuerdan sus amigos el entusiasmo con que al comunicarles sus esponsales les decía que se había librado de las garras del egoísmo. Le parecía poco hacer por los demás su consagración desinteresada al ejercicio del sacerdocio de la ciencia; no adivinaba siquiera que un apretón de manos suyo hacía tánto bien que aún hoy dura el entusiasmo que al recibirlo se sintió.

Ante la inesperada y extraña terminación de tan preciosa vida, es natural que brote á los labios, siquiera en el primer arrebato de la sorpresa, la pregunta que revela nuestra oculta ilusión de tenernos por centros y árbitros de cuanto existe: "¿ Por qué ?"

Dios lo sabe, mas no lo oculta en tal grado que no sea dable al corazón presentirlo vagamente, pero con suficiente grado de certeza para asentir espontáneamente á los decretos eternos. La clave de los enigmas que nos asedian

cuando contemplamos los destinos del hombre es la Paternidad divina. En el corazón humano hay trabada lucha perenne entre las tendencias de la naturaleza degradada y las celestes aspiraciones hacia las regiones de la Belleza y del Bien. El cariño paternal de Dios asiste solícito á las peripecias de aquella lucha, atento á intervenir en cada instante y según la faz de ella, con la inspiración oportuna. A la acción honesta no sigue el remordimiento, ni al olvido del deber la dulce satisfacción de la conciencia, porque el Padre Universal nada deja al acaso ni en los corazones de sus hijos ni en los movimientos de los lejanos orbes.

Así, paso á paso á veces, de prisa también en ocasiones solemnes, siempre asidos cariñosamente por mano invisible y todopoderosa, ascendemos la escala en cuya cúspide cada sér humano dará de sí la nota más alta que aquel instrumento haya de hacer resonar en el concierto eterno.

La labor divina, maravilla de delicadeza y de misteriosas contemporizaciones, se acomoda á las dotes nativas de cada sér humano; sin violentar nada, siempre nimiamente respetuosa de la libertad, pide á cada cual sólo aquello que sabe es capaz de dar.

Por eso vemos á unos andar lentamente la jornada, y á otros hacer en corto tiempo la labor de años.

¿Y no es natural pensar que aquellos á quienes ha tocado en lote resistir más duras pruebas son los predilectos del Padre? Ya la antigüedad pagana, aun con menos nociones de las perfecciones divinas que las nuéstras, había sancionado como certero, por boca de uno de sus videntes, este instinto del corazón.

Instinto que no vacilo en colocar en el mismo rango que otros de que dependen las verdades de universal aceptación.

¿Por qué creemos en la existencia de este hermoso universo que arroba nuestras almas? Por razones que á veces no resisten á las falacias del sofista, á quien, en último término, no oponemos más que este grito de angustia: ¡si todo fuera una ilusión, un sueño engañoso, Dios se habría burlado de sus hijos poniendo en su seno el instinto irresistible á creer en estas cosas!

Y así como el edificio de la ciencia reposa entero en la creencia inquebrantable en la veracidad divina, la solu-

ción de los enigmas del destino humano yace en la fe de que Dios, como padre y como omnipotente, saca de cada situación el mejor partido posible.

A la luz de estas verdades extrañaremos menos que la sociedad haya sido defraudada en sus más fundadas esperanzas, que una gran cultura, un gran corazón y un hermoso carácter hayan desaparecido sin producir los sazonados frutos que esperábamos.

Ningún hombre nace para cultivar la ciencia ó el arte, ni para acumular riqueza, ni para ser columna social, ni para ninguna de tantas misiones de grandeza humana tras las cuales corremos. Nuestro destino es más alto, pues somos para Dios, y debemos llegar á saciarnos de la misma vida divina. En la planta humana la voluntad es el fruto, y las perfecciones naturales como el follaje del árbol. Cuando el sol de la misericordia ha madurado el fruto, el divino jardinero lo coge, y deja al ramaje que vuelva á la tierra de que salió.

¿ Qué derecho tienen los que ven crecer el árbol, y se encantan á la vista del follaje, para decir al jardinero que el fruto no está aún en sazón ?

El solo sabe de años, de días y de horas. El hace cuando le agrada, que el fruto madure en breves horas.

A nosotros, si tenemos el seguro instinto filial, nos toca entrever la labor de su diestra en el destino de sus elegidos.

Así yo, en la amargura de sus últimas horas, me complazco en entrever la mano del lapidario que tallaba de prisa las facetas que faltaban al diamante escogido que iba á fijar en la corona inmortal del Crucificado.

Y al verlo consumar con entereza, abrazándose á la Cruz, el holocausto de cuanto hace amable la vida; al conjeturar el íntimo y lento martirio con que sus mismos afectos lo torturaban, he apreciado en lo que vale su hermoso destino.

Y queriendo honrar su memoria á mi manera, he reemplazado la corona de frágiles flores que se ofrecen á los que parten de este valle de llanto, con una de pensamientos y pesares, que, si en mi mano estuviera, mantendrían vivo su recuerdo, mientras haya seres capaces de apreciar en lo que valen los grandes corazones y las lumbreras de la ciencia.

José María Escovar.

LA JERINGUILLA DE PRAVAZ.

Los datos para escribir esta verdadera historia me los suministraron en la casa de huéspedes donde vivió Ricardo—el practicante de medicina—en sus últimos tiempos. Allí recogieron sus papeles y, gracias á ellos, he podido rehacer, por partes, el pensamiento de aquel exótico estudiante, cuya vida por algunos días fue un misterio.

Era ya de noche cuando el practicante de medicina entró á su casa, habitación de estudiantes, desarreglada y sucia. Tenía una pieza aislada; abrióla, encendió luz y se sentó á la mesa de estudio, sobre la cual estaban los libros tirados al acaso en diversas posiciones. A pesar de la luz rojiza de la vela, su rostro aparecía pálido, con una intensa palidez gris; el pequeño bozo que sombreaba su labio se presentaba, por contraste con la piel pálida, más negro de lo que era en realidad. Sus ojos, circundados de livor oscuro, estaban apagados, y en las pupilas se notaba cierto extravío inquietante y carencia de fuego juvenil.

Se puso á escribir algo que parecía interesarle y conmoverle. Movía la pluma con rapidez y convulsivamente. Trabajó tres horas de seguida.

Lo que escribió aquella noche fue una carta dirigida á un amigo; yo la encontré entre sus papeles. Decía así:

"Necesito comunicarme contigo; eres mi único confidente, y hay en mi interior cosas que no puedo soportar solo, pero que á nadie interesan.

"Yo no vivo en el presente—te diré mejor—no quisiera vivir; me alimento del pasado y me aproximo á la nada, á la nada feliz. Mi pluma quiere detenerse al escribir que soy desgraciado: han dicho tántos lo mismo, que repetirlo es ponerse en ridículo. Y bien, soy feliz: me entretengo mirando, al través de las escenas vulgares, el tiempo que pasé en mi tierra, esa tierra de las mañanas brillantes y de la exuberancia de vida. Entonces [¡siempre entonces, nunca ahora!] vivía mi madre y estaba yo enamorado de Anita, mi vecina, de quien tántas veces te he hablado. Si yo fuera un gran talento, olvidaría el pasado, para vivir componiendo un futuro glorioso. Pero no puedo rehacer mi cerebro. Esto es sólo un grito de impotencia; mas humanas son las tristezas, y se escriben para los amigos.

"Haré recuerdos que, á veces, son dolorosos, pero con cierto dolor melancólicamente dulce, comparable á la fruición producida por un trozo clásico de música triste. Esto se siente, lo difícil es hallar, para suprimirla, la clave del dolor.

"El cerebro como que lleva su diario para apuntar ciertas fechas raras, demasiado raras para ser numerosas. Y ese apuntamiento es inconsciente y extraño, pues hechos simples de nuestra vida externa se graban para siempre en la memoria con una fijeza real de frescos antiguos. El 19 de Setiembre es para mí una de esas fechas imborrables. Te quiero llevar á ese día ¡día grato! en que nació en mi corazón, por primera y única vez, la pasión amorosa, esa pasión tímida de los quince años, tan llena de encantos, que tiempo después queremos ver despertar y no despierta, porque ha muerto con la edad que la engendró! Lo que los poetas han llamado *primer amor*, lo que los espiritualistas llaman *amor verdadero*, y será siempre indefinible, pero profundamente humano. Quizá lo que engendró en las fantasías antiguas la idea del Paraíso. Por eso es bello el despertar de Adán, porque es una como síntesis simbólica de ese fondo común del corazón del hombre!

Son tan bonitas estas impresiones que, si no fueran tan personales, formaría con ellas un libro lleno de sentimien-

tos delicados, un libro con el que, explotando la parte más sensible del corazón, tal vez haría llorar!

Cuando yo conocí á Anita ya era huérfano de madre, lo que se traduce así: era un sér desgraciado, condenado á errar siempre y á no ser comprendido nunca. Ya los acontecimientos lo están probando con la brutalidad del hecho.

.....Aquella noche tenía un modo de mirar.... A ese momento inicial convergen todos mis recuerdos, como en aquel instante hacia su rostro moreno todas las miradas de mis ojos sorprendidos. En el modo de mirar Anita aquella noche comprendí yo el idilio humano, la divinidad femenina, el tema eterno de los hombres. Yo la espiaba, la presentía, la adivinaba. Fué en mí una pasión avasalladora, con el soberano idealismo de las grandes pasiones y la pueril ingenuidad propia de mis pocos años y de la sagrada embriaguez amorosa.

Me había ausentado unos días, y volví completamente obseso por la ilusión creciente; corrí en busca de ella, que no me aguardaba, y, al verme, olvidando todo miramiento, lanzó un grito: Qué es? qué te pasa? le dije.—Pues.... nada.....

Aquel grito espontáneo, salido de lo más hondo, agudo y dulce á la vez, fue para mí un instante de suprema felicidad! Ese grito, voz del corazón, es un rasgo que nunca podré olvidar, porque me dio más placer del que me hubiera podido dar un beso. ¡Qué voz tan dulce! Si hubiera dicha, algo así debía ser su colmo! En algunas obras de arte de las más celebradas por su color de humanidad he encontrado rasgos semejantes. La *María* de Jorge Isaacs tiene detalles encantadores. Margarita—la creación de Goethe—enamorada del Dr. Fausto, tiene rasgos humanos que van directamente al corazón. Recuerdo

uno muy hermoso. Una vez que los enamorados se paseaban en los jardines de Marta, la religiosa Margarita pidió al Doctor Fausto cuenta de su religión. Este, que había hecho pacto con el Diablo, le dijo mil ternezas, y Margarita con la mayor candidez agregó:

'Eso mismo dice el cura
Pero con otras palabras.'

"Esos autores han querido pintar el amor humano que tiene de la candidez: candidez inteligente, sinceridad y ternura. Pero todo eso es necesario sentirlo, y sentirlo á la edad en que esos amores tienen cabida en nuestro corazón. Por eso para mí no hay grito más verdadero ni más grato que el de Anita sorprendida. He vivido varios años, he tenido placeres; estoy seguro, eso sí, de no oír nunca una música comparable á la de aquellas sílabas incoherentes y agudas.

"No sé por qué al escribir esta carta se me va llenando el papel de digresiones. Mas..... qué importa! No te parece? No es para el público; escribiré al azar; si se rompe la cuerda templada de la narración el conjunto será menos nervioso, pero más verdadero. Y me encanta el desorden! Temo sí extenderme demasiado y formar una como mesa revuelta, imagen de mi cerebro.

"De mi amor tú sabes lo demás: yo estudié nueve años y ella se casó con otro. Monografía bien simple!

"Después busqué el amor de otras mujeres y he encontrado desdenes, simpatías á medias, audacias de mal gusto, ganas de casarse, vanidad, pero nunca amor y menos amor espontáneo y sincero. Es que un grito como el de Anita sorprendida no se oye sino una vez, para antojar de dicha!

"He tratado de aislarme, aunque el aislamiento es imposible. Principié por dejar las relaciones con mujeres, pues todas querían saber por qué no vivo como los demás. Y hoy, los hombres más curiosos que las mujeres, llegan hasta aquí, para informarse de lo que yo me hago. Quise olvidar mi amargura y mi impotencia creándome una vida especial, corta pero feliz, y no me dejan: la ola humana penetra en mi existencia y quiere arrastrarme al remolino vulgar. En esta tierra como que es obligación vivir todos de igual manera! Yo seré un monstruo, porque no gozo

sino con las emociones raras. Y bien, que me llamen degenerado ó monstruo, como se les antoje, no te parece? Pero que no me molesten, que no me busquen, que no me interroguen. A las mujeres hago donación de mis amigos, y á amigos regalo las mujeres que me pudieran tocar en suerte. Yo no quiero participar del comercio de los individuos; no puedo tolerar la monotonía de la vida regular, ese afán diario por conseguir un *algo* sin encantos y cada vez más monótono.

"Algunos días no puedo soportar la tristeza; me acomete sin causa ninguna y se apodera de mi cerebro. Son vapores de amargura que suben hasta el cráneo, quizá desprendidos del rebotado sedimento de muchas amarguras acumuladas en el fondo de mi organismo por el trascurso de muchas generaciones. Y mi padre ha querido aprovecharse de mi enfermiza inteligencia para ilustrar el apellido de la familia. Así me ha hecho sufrir!

"Al cabo de tántos años de estudio me he convencido de que soy impotente para todo. Me creo incapaz de luchar con los elementos superiores de la inteligencia humana para conseguir un porvenir glorioso, y también me siento incapaz de combinar y forzar los elementos materiales para hacer fortuna en medio de la ignorancia. La falta de equilibrio animal me ha anulado para lo uno y para lo otro.

"La vida intelectual deja sólo cansancio y hastío; los libros son como el paludismo, una enfermedad que mata lentamente todas las energías. De estudiar fisiología he sacado solamente la triste convicción de que mis nervios están agotados sin haber producido nada útil. Algo he escrito, pero los escritos no hacen hombres; la virilidad se forma con el trabajo, en lucha tenaz con la naturaleza, aprovechando las fuerzas naturales y domando las resistencias que los letrados estiman invencibles. Cuando me cuentan rasgos de valor ó de entereza, comunes y ordinarios en los titanes del trabajo, me lleno de envidia, con una envidia santa, porque es una aspiración que conduce mi pensamiento por escalas de fuego á la grandeza humana.

"Si el país anduviera al derecho me lanzaría á la acción. Pero, qué quieres? Hoy la intriga ha reemplazado al trabajo; las virtudes cívicas provocan la risa; los nuevos

literatos hablan de las bellezas azules en lenguaje femenino ó hermafrodita ; los políticos piden de rodillas porque no saben estar de pies, ni luchar ; y los jóvenes en vez de amar á las mujeres honradas, viven en brazos inmundos, perdiendo las pocas energías que les quedan. Dentro de poco tiempo habrá que crear una aristocracia que hasta ahora ha vivido oscura, la aristocracia de la salud.

"Esto no tiene remedio: mi decadencia es la imagen de la decadencia social. ¿No comprendes que hoy los hombres honrados son hombres ridículos ?

"El párrafo que escribes para animarme es una prueba de tu valor moral, pero debo compadecerte por tu candidez rayana en lirismo. ' Triunfaremos—me dices.—La situación actual es una prueba á que están sometidos los hombres de talento, de virtud y de ciencia. El reinado de los farsantes no es eterno !' Si tú tienes la virtud de la paciencia y la esperanza del triunfo, apártate de mí: puedo contagiarte de mi lepra, y has de saber que el pesimismo es incurable !

"Yo sería feliz si hubiera nacido en otra época, bajo un régimen que estimulara á la juventud. Ah ! pero qué ilusiones me quedan ? qué me anima á vivir ? Te hablaré con franqueza. Yo he perdido toda iniciativa, estoy en la miseria, no tengo esperanza de mejorar mi suerte y sólo aspiro á morir en una especie de voluptuosidad !"

*
* *

Cuando acabó de escribir, aquella noche—dijo entre dientes, hablando consigo mismo:—" No hay remedio, la resistencia es imposible...." y del cajón de la mesa que cedió, abriéndose, á los tres tirones de la mano prendida del botón azul, sacó un pequeño estuche que contenía una jeringuilla de Pravaz, para poner inyecciones hipodérmicas. Tomó una cubeta de cristal, y, en un resto de agua limpia que allí había, hizo rápidamente una solución de morfina. Visible temblor agitaba las extremidades de sus dedos, parecía próximo á un terrible espasmo nervioso. En seguida clavó la aguja de la jeringuilla, con placer enfermizo, en sus carnes pálidas de morfinómano.

Poco después recorría las calles, solo, lento, lejos de la realidad, sonámbulo voluntario recorriendo una ciudad

dormida. Tenía, en todo, el aspecto de un borracho. Caminaba tambaleándose; á veces se echaba á un lado porque se le venía encima una ventana; sentía que le faltaba el piso ; de repente el ruido de unos pasos le hacía abrir los ojos que conservaba cerrados, y la luz de un farol le parecía una grande hoguera. En su cerebro había rauda sucesión de ideas y combinación de proyectos absurdos.

Sería la media noche cuando empezó á pasearse en el atrio de la iglesia de San Ignacio : veía grupos de señoras que pasaban muy cerca de él; se iba tras ellas con el deseo de emprender una aventura nocturna, y á los pocos pasos se desvanecían. Apareció un perro negro..... nada, al descargarle un golpe con el bastón, se desvaneció : " Ah ! si fuera Mefistófeles en forma canina—pensó.—Qué aparente estoy yo para un Dr. Fausto ! Sería feliz en medio de un aquelarrre !"

Dejó de pasearse, y mucho rato se estuvo en un solo punto, sostenido en el bastón, doblándosele las piernas. Las imágenes le asediaban, se sucedían indefinidamente y tomaban diversos matices. Veía los árboles de la plazuela como plantíos secos de una ciudad destruída por el incendio y participaba de la honda melancolía de las soledades calcinadas. Pensando en la iglesia que estaba ahí cerca, acaso por las campanadas del reloj que le recordaban la existencia de lo externo, su imaginación se poblaba de fantasmas eclesiásticos: oía las notas lúgubres del órgano, y le parecía ver hacia adelante una multitud de bultos negros, postrados en éxtasis..... más allá el vacío..... la inmensa negrura, lo invisible mudo y la ilusión desvanecida de lo eterno .....Confusión de imágenes, y luégo el paisaje verde azulado, como una pupila luminosa, bajo la comba azul : veía el mar ilimitado, pero no el mar que describen los poetas con sus términos convencionales, ni el mar que han visto los viajeros, sino un mar ideal, que como desconocido, tenía al formarse en la fantasía todos los agregados del infinito latente, todas las perfecciones del fantasma subjetivo, símbolo de felicidad. Un momento de tinieblas. Luégo una procesión de rostros humanos intensamente pálidos. Eran los pesimistas que Ricardo conocía, los enfermos á sabiendas de un idealismo impracticable, los que habían renunciado á buscar la felicidad en

una vida sana, los enamorados de Baudelaire porque era tomador de haschisch. Rápidamente bajaba á una llanura donde á intervalos brillaba el sol; veía como un lienzo borroso, regado de ceniza, con parches negros. En seguida una lluvia de luces y sombras, en culebrillas de colores, como las iluminaciones eléctricas en los tubos de Geissler. Súbitamente quietud y aumento de luz.... más luz.... un sol ensangrentado, como en las tardes de Febrero, al través de densa capa de humo; gritos de guerra, toque de tambores y cornetas y desfile de ejércitos organizados: soldados lentos, mudos, esclavos de la consigna, con las armas brillantes, los pantalones rojos, marchando continuamente, con desesperante exactitud de movimientos; unos batallones llevaban estandartes rojos, otros, estandartes negros. Y después un ruido horrible, el estruendo, la lucha ciega, humo, sangre, polvo y confusión. Ricardo alzó el bastón en actitud amenazante y gritó: "Fuego! Sangre!" Le pareció oír un terrible toque de llamada militar; quiso correr obedeciendo á ella, lanzarse á lo más rudo de la lucha, encontrar el peligro y sacrificar su vida por las ideas nuevas: "La juventud recobra sus derechos. ¡Viva la juventud!" Perdió el equilibrio é iba á caer cuando un policía lo cogió del brazo. Ricardo abrió los ojos y vio un agente de la autoridad, más lejos oyó el pitido de otro sereno.

"Dígame señor—decía el agente de policía—dónde es su casa; yo lo acompañaré para que no se haga daño."

* * *

La conducta del practicante de medicina llamaba la atención en la casa de huéspedes. Con frecuencia lo encontraban dormido en la pieza, sentado en una silla, con un papel ó un libro en la mano, la cabeza caída sobre el pecho. Algunas noches lo oían agitarse en el lecho, gritar, quejarse y dar golpes, como presa de un ataque nervioso.

En el día permanecía encerrado en la casa; no salía sino de noche y andaba siempre solo. Sus comidas eran á deshoras, desarregladas y reducidas. Si le preguntaban por su salud, respondía furioso que él nada sufría; otras veces, cuando los desarreglos de la economía animal lo obligaban á retirarse á toda prisa de la compañía de las

personas, decía, que le habían hecho daño los alimentos, que las digestiones irregulares, que la dispepsia.

Su andar era lento y vacilante. Su modo de mirar vago y en ocasiones lánguido, dejaba comprender que, ora miraba á su interior, ora á lo invisible.....

Semana por semana palidecía.

La curiosidad de las gentes no descansó hasta saber claramente la verdad, en el misterio de la vida del practicante de medicina. Supieron que acostumbraba ponerse inyecciones de morfina en cantidades tóxicas. Una sirvienta de la casa de huéspedes decía: "Vean cómo está el niño Ricardo de *tomar* morfina. Válgame Dios, que cuando á un cristiano se le clava una idea, ya no hay de otra."

Vivía de una pequeña pensión que le pasaba su padre para que continuara estudios, sin saber que Ricardo se había retirado definitivamente de los claustros.

Olvidado de los libros didácticos leía obras de literatura enfermiza y se empapaba cada vez más en un pesimismo delicado y nostálgico que contribuía en mucho á la rápida destrucción de su virilidad. No obstante su extravío, gustaba de las grandes cosas: tenía dos gustos literarios opuestos: el uno le hacía admirar las polémicas ardientes de la política y la narración de gloriosas hazañas militares; el otro, afeminado y sensible, se entretenía con refinamientos enervantes á lo Goncourt.

Ricardo estaba anulado. Era uno de esos enfermos de tristeza que no tienen más remedio que las grandes crisis nerviosas. Tenía que ser un luchador ó un suicida. Su salvación hubiera sido el movimiento, y la lucha, y la polémica y la revolución. Era un espíritu inquieto reducido á la inercia, semejante á una cortesana que encerraran en un convento. Desear las palpitaciones de la lucha, y entregarse al ensueño, sentir las vibraciones del cerebro, y anestesiar la sensibilidad: esa era la vida de Ricardo.

El practicante de medicina se suicidaba lentamente, mataba las energías que no sabía ocupar. Tenía un solo heroísmo, el heroísmo del suicidio, que en los años de preparación es cobardía. El suicidio no alcanza la plenitud de una virtud heroica sino en pos de la derrota, para evitar la vergüenza, como lo practicaron los grandes vencidos del antiguo mundo.

Ricardo empezaba á postrarse. La parálisis que se apoderó del ánimo atacaba poco á poco el organismo, reducía lentamente á la impotencia los miembros del luchador platónico.

Así pasó otro año, en medio de restablecimientos momentáneos y nuevos dejos enervantes. Ricardo estaba casi rendido. Ya no salía. Algunos amigos trataron de salvarlo haciéndolo salir y despertando sus ambiciones con proyectos de una vida mejor. Todo fue inútil; solamente lograron exasperarlo y volvió á caer en su postración abrumadora. El ensueño mórbido era su segunda naturaleza.

Pobre Ricardo! Cuando se le veía á media luz, en su cuarto sombrío, semejaba un espectro; su vida tenía yá algo del misterio de las tumbas; todos le hablaban con respeto y se contagiaban de su dolor.

---

19 de Setiembre.

"Te escribo hoy aniversario de mi felicidad. Quizá esta carta sea mi testamento, y en ella te lego todo mi patrimonio de miserias.

"Creo que se acerca mi hora: la inacción, como una camisa de fuerza, me va atando poco á poco en el lecho; pronto me atará con cadenas indestructibles. Sí, amigo, se acerca la parálisis eterna.

"Mi dolor es desconocido. No tuve relaciones porque no podía sonreír, y á la sociedad hay que ponerle el rostro risueño aunque nos estemos muriendo de tristeza ó de odio.

"Mi enfermedad empezó hace muchos años, con la muerte de Anita y la pérdida de mi madre. A quién servirá mi trabajo? Si Anita no se hubiera casado tal vez se hubieran renovado mis amores. Yo no lo sé, ni nadie lo sabe, pero, al menos, tendría una esperanza. Amar á otra es provocar desengaños conscientes: no hay dos amores iguales: el amor es tan fugitivo como un estado de ánimo, y cambia con la fisonomía: cada vez que se desarrolla es de una manera distinta, salvo renovaciones sucesivas de un estado latente.

"Todavía me lastima en lo más hondo el recuerdo de la muerte de mi madre. Veo en mi interior el cuadro mortuorio: ella tendida en el ataúd, majestuosa y dulce, como

si su vida hubiera continuado..... veo las luces del velorio, los tules negros y las coronas. Es cruel la naturaleza en el cumplimiento de sus leyes ineludibles. Cómo quisiera culparla por la renovación eterna de los seres humanos! Felices los que puedan decir: ¡Oh, vida, salve! Yo caería contento en la fosa si hubiera llenado alguna misión ó si creyera en la renovación de mis afectos. En los trances supremos envidio á los infelices.

"Yo quiero hacerte comprender el despecho que en mi cerebro ha incubado la impotencia. Desearía producir, antes de acabarme, un grito gigante de tristeza que detuviera á los que se inician en la escuela de la infelicidad, esa tendencia que destruye en pocos años las mayores energías. La idea de lo peor es el veneno más terrible que puede entrar á los cerebros.

"Te han dicho que me pongo morfina y están en lo cierto. Te suplico, eso sí, que no lo divulgues: me harías mucho mal. Por lo demás tienes razón en compadecer á los morfinómanos, triste forma de los aventureros modernos! la travesura artificial, en las regiones del opio. Se olvidan las emociones normales, se pasa la vida de una manera vaga y anónima y se odia á las mujeres porque se acaba la necesidad física de buscarlas.

"No tienes idea de vida más rara y dolorosa! Soy un héroe del vicio porque en todo exceso hay heroísmo.

"Una vez me puse morfina por curiosidad, y me gustó esa embriaguez delicada que se manifiesta por una pereza agradable, la tensión de los párpados, un calor suave que sube en oleadas á la cabeza y una rascazón en contorno de la nariz. El día siguiente fue uno de aquellos en que las amarguras sin causa me ponían en un estado de desaliento y de malhumor insufrible. Recurrí al anestésico para calmar mi organismo, pensando en que mis tristezas quizá no tendrían causa moral sino un simple relajamiento físico. Ah! y aquel adormecimiento era tan agradable! En los días posteriores, á la misma hora que acostumbraba inyectarme la morfina, me acometía un deseo apremiante acompañado de debilidad general, una comezón en el estómago y un sabor especial en la boca como si hubiera probado algún ácido. La aspiración al placer, el deseo físico, el desarreglo del organismo á falta de anestésico y la facilidad de la aplicación me llevaron á acostum-

brarlo diariamente. Luégo, no puedes imaginarte vida más nerviosa! De, noche obsediado de imágenes, acostado en inmovilidad absoluta, como adherido al lecho, en un sopor que ni es sueño ni es realidad, algo así como una parálisis; de día, la pereza, el fástidio, la inactividad absoluta. No hacía sino leer, y empecé á buscar libros en que encontrara algo de lo que yo sentía. Entonces me leí el *Fausto* y el *Werther*, las dos obras maestras del príncipe de los escritores alemanes, las poesías de Heine, el soñañador ateo; conocí las obras de Barbey d' Aurevilly, el autor que más fuertes sensaciones me ha hecho experimentar; luégo busqué á Zolá y á Goncourt para producir fuertes tensiones en mis nervios; después gocé *En el mar* de Mauppasant, ese grito terrible contra las muchedumbres y la vida social. Esos libros me han hecho el efectó de nuevas inyecciones de morfina.

"He vivido en estado de ansiedad, siempre aguardando algo más fuerte, algo que, desquiciando todo mi sér, me tornara igual á los demás hombres. He aguardado la revolución y no llega..... Hubiera querido viajar, moverme continuamente y ver todos los días cosas nuevas, cosas bonitas, y he tenido que contentarme en conocer el mundo en los libros.

"Por fin llegué á un estado—que aún continúa—en que es imposible resistir á los impulsos del organismo que pide morfina. Si la dejo un día, el mal aumenta en proporciones enormes: es una rascazón continua en todo el cuerpo y una desesperación en que envuelvo á los seres humanos y á los seres inertes; todo para mí es un obstáculo, un estorbo, una molestia. Ah! el *anestésico de la vida* es mi única aspiración.

"He vivido en un desarreglo absoluto del organismo, casi sin comer. Atravesando por un país de fantasmas, y exasperado con todo lo que se pone á mi vista. Me causan una envidia colérica las gentes sanas. Al que sabe hablar de las cosas comunes y ordinarias de la vida, lo odio.

"Qué triste es llegar á esta situación! Y los médicos tienen la perversidad de recetar inyecciones de morfina. ¿No comprenderán el mal que hacen? Para adormecer un mal pasajero no se debe provocar un mal permanente; á los enfermos no se les debe aplicar anestésicos sino para que soporten el terrible trance de la muerte. Hacer que los

enfermos se acostumbren á la morfina es como sustraerlos á la vida y hacerlos entrar á un subterráneo, cuya puerta se cierra detrás, y obligarlos á internarse en busca de una salida que no existe. Allí, unas veces falta la respiración, otras se desvanece la cabeza, asaltan temores, se escuchan ruidos, se ven fantasmas; se estima como el mayor bien volver á recibir calor del sol—sostén de la vida—y sin embargo, hay que seguir adelante, agravando el mal sin remedio, porque ya no se verá la luz del sol que se desea alcanzar huyendo de ella.

"Yo aborrezco el vicio, y he venido á quedar atado á su carro de miserias. No pude alcanzar las grandezas humanas, y me lancé en busca de las artificiales. Con los anestésicos maté los sentidos y no pude matar el pensamiento. Qué perversa es la voluptuosidad! La embriaguez me atrajo como atrae una mujer bonita, me envolvió en sus brazos, me dió grandes placeres; ah! pero la insaciable no me volvió á soltar, sus deseos no tenían límite, su atracción aumentaba con el mal que yo recibía, tanto más fuerte cuanto más saciada; aunque traté de soltarme todo esfuerzo fue inutil, tenía que morir en sus brazos: al deseo siguió la necesidad, á la necesidad el vicio, al vicio la enfermedad, á la enfermedad el espasmo, al espasmo el delirio: hoy sucumbo en brazos de la insaciable voluptuosidad en el lecho fantástico de los sueños de opio.

"He sido una víctima y no un hombre. Mis ideales me llevaron al ensueño y el ensueño—¡esa cosa tan bonita!—me perdió. El idealismo necesita revoluciones, para ensancharse en la libertad que es su tópico de vida; ser idealista en épocas de rebajamiento moral y presión política es ser esclavo de las tinieblas. Tener independencia de carácter, y vivir bajo la aristocracia de los farsantes, es ser esclavo de la miseria.

"No sé por qué en la historia de mi vida veo un símbolo de la situación de la República. Cuando joven, entusiasta, idealista, esencialmente republicana, teniendo como su mayor bien el ser honrada, gozando de las pasiones sencillas aunque intensas, y con la esperanza de mejores días. Hoy—tú lo sabes mejor que yo—entregada á los goces artificiales, improvisando celebridades, edificando capitales—como yo sueños—sobre ruinas; todo el mundo en ansiedad perpetua, y los mismos partidarios del pro-

greso indefinido deseando como un bien volver al pasado, para tener siquiera una base segura de donde volver á empezar.

"Yo quiero que te informes de mi situación, pero no quiero que me compadezcas. Caigo como valiente, desafiando el peso enorme que me abruma. Creo que tengo algo de la rigidez de los muertos.

"Es tal mi decadencia que mi corazón no tiene fuerzas para latir, hoy, aniversario sagrado. He visto el retrato de Anita y una cinta azul que aún conservo, y he sentido, por allá muy hondo, la fruición delicada del recuerdo, casi sin fuerza, sin aliento viril."

Estas cartas no fueron enviadas á su destino porque Ricardo temía, como un supremo mal, ser compadecido.

*
* *

Ricardo logró fortalecer por algún tiempo su decaída voluntad, disminuyó los anestésicos, se levantó del lecho, convaleció unos meses, y grandes deseos de vida nueva invadieron, como una marea alta, su alma triste. Así, muy mejorado, hizo un viaje á prueba de fortuna.

A tiempo de partir escribió en su cartera—como programa de vida—estas palabras: "Siento dentro de mí que va muriendo el pasado, veo en lo exterior abrirse el futuro con matices halagadores: lucharé y triunfaré. Adiós Anita! yo pertenezco al porvenir, tú eres esclava del presente. Madre mía! tu recuerdo será mi única reliquia, tu imagen la sola que pueda ablandar mi corazón en la lucha tenaz por la existencia. Adiós pasado! tú debes morir, pero yo viviré: es necesario que viva."

Promesas de iluso: yá era tarde. El deseo de anestésico lo acometía á cada momento bajo la forma de una indisposición, de un desarreglo general. No era un vicio, pues el vicio quedaba vencido por la voluntad; era una necesidad del organismo que para sostenerse pedía veneno.

Haciendo esfuerzos supremos emprendió el viaje, siendo víctima continua del desaliento; á cada instante lo acometía el deseo de un descanso eterno y la nostalgia de la felicidad. Todos le preguntaban por su enfermedad, en el trayecto que recorría; y estaba en lo cierto, si recordaba á los moribundos cuando en el delirio postrero se apo-

dera de ellos la manía de viajar, que él sentía.

Aunque á jornadas cortas, recorrió mucha tierra, y vio de cerca la obra del trabajador antioqueño, que en terrenos poco apropiados á la agricultura, hace prodigios para sostener la vida y conseguir dinero.

Llegó á su destino y puso trabajos, lejos de toda población, en medio de una selva impenetrable que iba á desmontar para convertir unos terrenos baldíos en fincas de labor. Allí se había trasladado Ricardo con unos pocos peones. No llevó libros, ni preservativos contra las enfermedades, ni su elemento de vida, la jeringuilla de Pravaz.

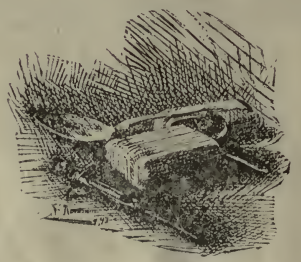
Empezó á trabajar materialmente con un ardor increíble, exótico á su estado de decadencia. El ánimo lo hacía todo, el cuerpo moría; sus miembros no tenían flexibilidad, y las fuerzas lo abandonaban. Vivir sin morfina era, para él, como, para los demás, vivir sin comer. A los cuatro días de estar allí, y cuando ya había despedido seis peones de los que había llevado, cayó en postración. Seguía animado, pero estaba rendido. En el rancho improvisado que tenían, lo acomodaron los dos peones, lo mejor posible, arreglándole un lecho de hojas secas. Sentía un malestar general y una debilidad extrema. Una rascazón horrible recorría todo su cuerpo, y pedía exasperado que le dieran morfina. Quería arrancarse los pedazos y se rascaba contra el suelo. A las negativas de los peones cuando pedía morfina contestaba furioso, despidiéndolos y tratándolos de inútiles. Los dos peones, por lástima, resolvieron aguardar hasta el fin: "Pobrecito"—decían. Ricardo oyó esta palabra, y, rebosando despecho, llenó de improperios á los peones: "Pobrecito yo? Y Uds. lo dicen? Ah! porque no puedo extrangularlos"—y se revolvía como un gusano en su lecho de hojas secas. Buscaba con la vista por todas partes, como aguardando un auxilio. Nada. La selva impenetrable cerraba por todos lados el horizonte; solamente al través de algunos troncos de árboles veía jirones de cielo azul. Ricardo volvía los ojos haciendo gestos horribles, gritaba y pedía morfina, siempre morfina..... su solo deseo, su única aspiración, una última voluptuosidad, una caricia íntima del anestésico vital; que su cruel amada le cerrara los ojos; quería clavarse la aguja, sentir ascender al cerebro el calorcito del veneno. "Mucha-

chos, por Dios! la última inyección, para morir tranquilo. Revienten caballos; á la primer botica, quince centigramos de clorhidrato de morfina; voy á formular..... Corran! Una propina enorme al que primero vuelva... Ah! gracias á Dios! Qué jeringuilla tan linda, y qué morfina tan pura. Voy á hacer una solución como para ponerle inyecciones á la Virgen. Y qué bella cubeta; si me parece que es la comba del cielo. Yo les agradezco mucho muchachos. Voy á tener un sueño divino..... Qué hubo? Ah! canallas, me han engañado. Miserables, inútiles, no trajeron nada? No hay morfina en este mundo? Vuelvan, pronto; no se les olvide: *clorhidrato de morfina*. Me muero, me voy á morir; siento un frío horrible que me invade, se me está helando el corazón. Morfina! Morfina! que me paralizo! No habrá morfina en el Cielo?"

A la comezón y al delirio seguían violentos espasmos nerviosos. Llevaba tres días de desesperación y de agonía. Ya los peones estaban resueltos á abandonarlo. "Que se muriera solo, el blasfemo!"

Y al cuarto día de postración murió allí, desesperado, inmundo, sin querer morir, insultando á los peones y pidiendo morfina. "Deténganla—les gritaba—mírenla ¡La Muerte! Allí viene; yo no quiero que me lleve. ¡Por Dios! yo soy muy joven, yo quiero vivir. Imbéciles! no la ven? Deténganla. Es horrible; me mira por esas órbitas vacías con un sarcasmo infernal. ¡Ah, traidora, infame! Ah! Dios mío! Dios mío!..... Es muy débil, extrangúlenla, muchachos; no sean flojos..... Denme morfina, un poquito; quiero adormecerme para no sentir esas garras. Vean, ya me va á coger. Corran! Morfina! Ay! Dios mío! Anita! Madre mía!"

José Montoya.



DE UN PARRAFO DE STENDHAL

[á Arturo Johnson]

NO: nuestra juventud no es valerosa.
Y no digáis que sí, porque sin miedo
A veces en los campos de batalla
Arrostre la metralla,
O en los tumultos que enloquece el vino
El puñal que levantan ebrias manos:
Eso frecuentemente es indolencia,
Por la vida culpable indiferencia.

Mas el sano valor, el entusiasmo,
El gozo puro de vivir trocóse
En cobarde marasmo,
Y esta generación entristecida
Cruza bajo la pura luz del cielo
Hastiada de la vida.
Las pasiones augustas que ennoblecen
Ríe crüel ó escéptica analiza,
El tibio hogar del corazón escarba
Y avienta la ceniza,
Y en medio á su pueril escepticismo
Huye el Amor porque le tiene miedo,
El miedo vil que engendra el egoísmo.

Y es que esas almas frías no conciben
Que los mismos deshechos huracanes
De dudas dolorosas y de afanes
Que levanta el Amor, al par que encienden
El mar del existir de crespas olas,
Las flojas velas de la nave tienden;
Hácenla retemblar, cual se estremece
Brioso corcel que siente el acicate,
Y por sobre las olas la levantan
Y gallarda la impelen,
De los mares señora,
Gloriosa y vencedora!

Octubre de 1897.

Efe Gomez.

SU ULTIMA ORACION

(Para "El Montañés")

CON LOS ojos profundos de la mente
Miro aún á mi madre que en su lecho,
Enlazadas la manos sobre el pecho,
Vuelve á los cielos la sudosa frente.

Y hoy como ayer en mi alma está presente
El dulce nudo de su abrazo estrecho
Y el ósculo que, en lágrimas deshecho,
Me da con labio temblador y ardiente.....

Tras las angustias del adiós materno
Yo sé que surge de Jacob la escala
Y sé que se abre el pabellón eterno.

Y un ángel raudo viene, y en el ala
Lleva hasta el trono del señor el tierno
Llanto que otro ángel moribundo exhala.

Bogotá. 1897.

ENRIQUE W. FERNANDEZ.

A EFE GOMEZ

Medellín, 3 de Octubre de 1897.

Querido amigo:

NO HABIA tenido tiempo de leer hasta anoche la famosa relación que con el título de *En las minas* publicó Ud. en el folleto *Impresiones*. La lectura de ella me ha dejado con los nervios tirantes, el corazón oprimido y el ánima.....¡vamos! con el ánima hecha una gloria!

Que esto es imposible ó contradictorio, por lo menos? Que sólo "la viuda rica con un ojo llora y con otro repica"?

Así será. No digo ni sostengo lo contrario, porque no soy hombre de polémicas, réplicas, contrarréplicas ni luchas que no sean por la vida. Pero es lo cierto que *En las minas*, preciosa y delicada miniatura literaria, lleva en sí el germen de lo grandioso y lo enérgico. Sus pormenores adquieren al instante en el pensamiento las proporciones sublimes y heroicas de un cuadro gigantesco pocas veces soñado por el genio del realismo,—no el vulgar sino aquel realismo noble, seve-

ro y vivificador que, si aparta la mirada de las sentinas, recibe, en cambio, de frente y sin cegarse como infeliz lechuza, la clara luz de la verdad; un cuadro en que se exhibe magistralmente, con extraordinaria perfección artística, el infortunio de la parte más sana, más valerosa y más útil de esta raza de montañeses. Bien comprende Ud. que me refiero á la desdichada porción en quien los Gobiernos ejercen el siempre torcido derecho de reclutar; la porción que sirve de base al cómputo de la suntuosa renta de licores destilados y á todas las iniquidades que suelen hacer irrisorio el título sagrado de República; la porción que, sin quejarse de su dura suerte, cumple literalmente la primera sentencia condenadora, y que por no saber llorar á estilo mujeril ni sentir con aquella delicadeza sibarítica y afeminada que tántas farsas y vilezas políticas ha sugerido en.....toda tierra de garbanzos, se conforma con regar ésta con el sudor de las congojas y los esfuerzos supremos á que los cíclopes del trabajo se acostumbran sin exhalar el último aliento, ó como expresivamente dicen los de estas breñas, sin *parar los tarros y entregar los aniseros.*

Su primoroso cuadro *En las minas* honra á este pueblo cuyo valor, cuya energía, cuya pasión, esencialmente varoniles, se han reflejado allí con admirable exactitud, mediante un corto número de pinceladas firmes y certeras en que se revela un gran genio artístico. Es esta la razón por la cual se ha sobrepuesto el esplendor de un entusiasmo desmedidamente *regionalista* á las sombras de tristeza que en mi alma, un tanto soñadora y dada á ternuras, dejaron la infelicidad de tántos seres hábilmente representados en el heroico Toñejo, y el desenlace de los castos pero vigorosos amores de éste y Camila.

Ese mozo honrado y de pelo en pecho, que tiene la facultad de querer á su novia con tal vehemencia que lo hace imaginar ser "hasta malo" semejante amor, por lo que llega á desear darle muerte á la doncella que tan sublime pasión le inspira; ese mozo que á la incomparable dicha de ser dueño exclusivo del corazón y los encantos de Camila, prefiere perecer trágicamente, á condición de extinguir consigo al miserable de quien con evidencia teme la profanación de aquella virgen; ese mozo que á tan grande altura lleva el sentimiento del honor y que resueltamente se sacrifica con el fin de eliminar una incógnita funesta y trascendental en el degradado competidor de sus amores, de hacer que desaparezca el peligro que amenaza la virtud de su novia y de borrar con la piadosa sombra de la muerte la sospecha cruelísima, aunque infundada, de su propia deshonra; ese mozo que así, con inimitable y poética rudeza, rinde culto al pundonor, que así desprecia tanto el placer como la pena, únicos móviles de los seres apocados, y que con varonil energía pretende complementar la siempre menguada, clorótica é indo-

lente justicia oficial; ese mozo, en fin, que, abatido por la infamia ajena y cegado por la desesperación, comete la falta de disponer de su vida—pero de buena fe, como los que se sacrifican noble y desinteresadamente—y que, dejando muy atrás al vulgo de los suicidas más ó menos románticos, despreciables, afeminados y egoístas, torna fecundo y hasta hermoso el yermo de la muerte, con el santo y exclusivo propósito de salvar el honor de una virgen.....ese mozo tiene mucho de héroe sublime! Lo tiene todo y es un digno ejemplar de la raza que poco entiende de términos medios, de la raza que así en asuntos de amores como en otros de vital trascendencia, vive prevenida contra las mediocridades y la infamia de la claudicación, y que, obedeciendo á su idiosincrasia, ha adoptado para los casos en que no caben compartimientos lícitos, este lema de la sinceridad sin miramientos y de la entereza honrada y sin ambajes: TODO ó NADA!

Esto es suficiente para experimentar el más noble de los entusiasmos, para que el alma se llene de justo orgullo y para que brille en ella la luz divina con que los regionalistas de Antioquia quisiéramos formar un nimbo deslumbrador para la gran Patria colombiana!

Nada digo del final, ó más concretamente, de las cuatro últimas palabras de la sublime relación *En las minas* con que Ud. se ha creado un nombre ilustre é imperecedero en la República de las letras, la única efectiva, porque está libre de serviles, especuladores y otras alimañas repugnantes. Yo sé que Ud. se halla en el período exuberante de la vida, en el de los vuelos grandes y vertiginosos de la imaginación y de las atrevidas concepciones de la mente, vuelos y concepciones que de ordinario se compadecen poco con el equilibrio moral; pero sé también que en su pecho varonil, en su generoso corazón, quedan intactos los sentimientos nobles y salvadores inspirados por una de estas madres cristianas, dulcísimas y heroicas que sólo con su amor y su ternura angelicales hacen el milagro de trasladar montañas y fijar eternamente en el espíritu el sol esplendoroso de la fe. Y esto basta! Sí: esto basta para esperar confiadamente que desaparecerán las brumas que se alcen hasta el genio precoz que ya da reflejos de gloria auténtica en el cielo de su Patria.

Sea este cielo—límpido, extenso y profundo—la eterna aspiración de su espíritu enérgico y originalmente creador; sea siempre la Patria, como hasta ahora, el principio que fecunde su mente y el fin que ésta busque sin cesar en el ejercicio de sus privilegiadas facultades. Así lo desea ardientemente para honra del terruño, de este querido y bendito terruño, que es primero que Ud. y que yo y que todo cuanto amamos,

Su afectísimo y viejo amigo

DON JUAN DEL MARTILLO.

"EL MORO" DE MARROQUIN

Y VICIOS OCULTOS LLAMADOS REDHIBITORIOS.

¿PUEDE estimarse en la acepción legal como *vicio redhibitorio* en un caballo el defecto de colear?

¿Pueden las partes por el contrato hacer *redhibitorios* los vicios que naturalmente no lo son?

Aseguro, sin riesgo de equivocarme, que cuando yo me empeño en deducir una tesis jurídica de "El Moro", libro escrito por el sabio y ameno escritor colombiano D. J. M. Marroquín, se encuentran también centenares de personas empeñadas en explotar, en beneficio propio ó ajeno, aquella interesante y utilísima obra, ora tomando, en alguna parte, las reglas y consejos que contiene para enmienda y provecho de hacendados, picadores y de cuantos tengan que intervenir en el cultivo y la educación de la especie caballar, ora contemplando, en otra, las valiosas y filosóficas enseñanzas que encierra, y ora deleitándose con la frase chispeante y galana, con el chiste agudo, el pensamiento nuevo y verdadero y el estilo fácil y seductor que predominan en toda ella.

Para resolver las cuestiones legales arriba expuestas, no habré de ocurrir al Diccionario de Legislación y Jurisprudencia de D. Joaquín Escriche, obra socorrida de nuestros estantes, ni á las Siete Partidas de Alfonso el Sabio, ni á las Instituciones del Derecho Real de España, de Alvarez, ni á los Comentarios de las Leyes de Inglaterra, de Blackstone, ni á Comte y Dunoyer, ni á Castillo y Demolombe, ni á Filangieri ni Febrero, ni al texto titulado *Vicios Redhibitorios* por Huzard, ni á la Enciclopedia Británica, ni á expositores chilenos y colombianos, ni á tántas otras obras que ahora se citan en apoyo de la verdad y de la justicia con que los Tribunales y Juzgados *dan é comparten egualmente* sus derechos á las partes y de la erudición y solidez con que los jurisconsultos tratan las diferentes tesis que sobre Jurisprudencia se les presentan; no habré de ocurrir á esas obras ni á esos maestros para contestar las preguntas mencionadas—repito—porque no los he menester en la presente ocasión.

Las cuestiones que he planteado son sencillas, y para resolverlas satisfactoriamente basta conocer el Capítulo 8.°, Título 23 del Libro 4.° del Código Civil Nacional vigente, y otras disposiciones congruentes del mismo Título y haber leído con atención la AUTOBIOGRAFIA DE EL MORO.

"Se llama acción redhibitoria la que tiene el comprador para que se rescinda la venta ó se rebaje proporcionalmente el precio por los vicios ocultos de la cosa vendida, raíz ó mueble, llamados *redhibitorios*."

"Son vicios *redhibitorios* los que reúnen las calidades siguientes:

"1.ª Haber existido al tiempo de la venta.

"2.ª Ser tales, que por ellos la cosa vendida no sirva para su uso natural, ó sólo sirva imperfectamente, de manera que sea de presumir que conociéndolos el comprador no la hubiera comprado ó la hubiera comprado á mucho menos precio.

"3.ª No haberlos manifestado el vendedor, ó ser tales que el comprador haya podido ignorarlos sin negligencia grave de su parte, ó tales que el comprador no haya podido fácilmente conocerlos en razón de su profesión ú oficio." (Artículo 1,915 del Código Civil).

¿Reúne *el defecto* mencionado las condiciones enumeradas anteriormente y constituye, por lo mismo, un *vicio redhibitorio* en los términos de la ley?

Las tres calidades referidas deben coexistir para que se produzca el fenómeno jurídico de que se trata: de suerte que cualquiera de ellos que falte extingue el vicio oculto que da lugar á la *acción redhibitoria.*

No habría *vicio redhibitorio,* ni podría establecerse acción alguna, si, por ejemplo, aquél no ha existido al tiempo de la venta, ó bien, si, existiendo la 1.ª y 2.ª calidades acotadas, el vendedor las ha manifestado al comprador ó éste ha podido fácilmente conocerlas en razón de su profesión ú oficio.

Un caballo coleador "está condenado por toda la vida á ser objeto de zumbas y de dicharachos y á la ruina de todas sus esperanzas é incapacitado para lucir las prendas más recomendables, para poder ser usado y comprado por algún hombre rico y aficionado que sepa cuidar y manejar los caballos, que no necesite agobiarlos con el trabajo abusando de su aliento, que tenga pingües potreros y pesebreras bien establecidas", según lo reza "El Moro" mismo, pero ese defecto ¿lo inhabilita para prestar su uso natural, aun cuando lo haga imperfectamente, de manera que sea de presumirse que, conociéndolo, un comprador no lo hubiera comprado ó lo hubiera comprado por menos precio?

Supongamos que el vicio del coleo haya existido al tiempo de la venta, que ese defecto haga que el servicio de un caballo se preste imperfectamente, de manera que pueda establecerse la presunción antes expresada, que el vendedor no haya puesto de manifiesto al comprador ese vicio; pero que éste examina el animal, lo monta y lo hace montar de otras personas, pregunto: si mediando estas circunstancias se verifica el contrato de compraventa de un caballo que padece el defecto anotado, ¿puede el comprador alegar con derecho la *acción redhibitoria* que define el artículo 1,914 del Código Civil fundándola en el *vicio de colear?*

Sin titubear contestaría que nó, tratándose de un coleo como el de "El Moro."

El Mantequillo ó El Cheque, que así se llamó también el inteligente animal de que he hecho referencia, célebre por las peripecias en que se vio, notable por la exquisita sensibilidad y excelente criterio de que dio muestras en su carrera pública, y admirable por el lenguaje cervantesco y elocuente en que nos refiere su vida, procedió "de estirpe generosa, su padre descendía del Guainás, orgullo de las márgenes del Bauca; y su madre, del Tundama, gloria del valle que riega el Sogamoso."

"Nació moro, por lo cual en su infancia parecía negro; raros eran los pelos blancos que anunciaban que á él le había de suceder lo que á los individuos de la especie humana, esto es, que con los años, el pelo que lo cubría habría de irse enblanqueciendo. Su alzada era la de aquellos que, siendo grandes, no vienen á ser incómodos para el jinete por una excesiva altura. Era cenceño y todas sus formas ligeras. La cruz muy hacia atrás, la cabeza descarnada y pequeña, llenas las cuencas, los ojos vivos, las orejas pequeñas, empinadas é inquietas, la crin escasa y sedosa, el casco acopado."

"Dos defectos tenía su configuración: era un poco anquiderribado (vulgo caído de ancas), y otro poco propenso á llevar la cabeza levantada, sin enarcar bastante el cuello."

"Sus brazos estribaban en el suelo con firmeza, caminaba garbosamente, quieta la cabeza, sin levantar las manos con afectación, y moviendo las piernas con soltura. Andando en manada con otras bestias, iba casi siempre adelante de todas."

"Nunca supo lo que es echar paso de dos y dos. Su paso más natural fue el *gateado*, en el cual parece que, de una vez, no se mueve sino una de las cuatro patas; para descansar ó para hacer descansar al jinete cuando éste merecía atenciones, solía tomar el trochado, paso en que se mueven simultáneamente el brazo y la pata opuestos, pero sin librar bruscamente el peso del cuerpo sobre los pies, como se hace cuando se trota, sino sosteniendo ligeramente el cuerpo sobre un brazo y una pata, mientras se pisa con los otros."

"A veces tomaba otro paso, que es el que debe tomar un caballo bien criado cuando lleva á una señora, y que aparentemente se asemeja al de dos y dos, pero en el cual no se asientan pesadamente y produciendo sacudimiento la mano y la pata de un mismo lado. Sabía galopar corto, asentado y parejo, habilidades que no dejan ejercitar los jinetes entendidos, porque el hábito de galopar es incompatible con la conservación del buen paso. Su carrera era tan veloz como puede serlo en un caballo no adestrado en un circo, y sabía saltar con agilidad y suavemente."

El Moro fue educado también para la guerra: pruéba-

lo plenamente el percance de armas que nos refiere el Capítulo XIX, páginas 210 y 211 de la obra citada. Su jinete fue Camilo, joven apuesto y valeroso, sin segundo, hijo de un General.

Estuvo el Moro en esta ocasión más feliz salvando al interesante soldado que llevaba en sus lomos, salvándose él y *¡salvando á la Patria!* que el alazán de Gonzalo de Oyón, cuando éste, agobiado por la nota de traición con que quería infamarlo su hermano Alvaro, monta en su corcel y, corriendo desatentadamente por entre las malezas, obliga al arrogante animal á que salve á saltos los arroyos y llegue á hondo precipicio, en donde retrocede,

"Sordo á la brida, sordo al aguijón";

y en donde

"Ya en el pie sostenido, ya en la mano,
En corcovos listísimos se mueve;
No hay posición que rápido no pruebe;
Siempre en el aire estremecido va:
Contra la roca, el pedrejón, el tronco,
Se azota, y se alza, y clávase, y palpita,
Y bufa ronco, y la cerviz agita;
Mas siempre á plomo el Castellano está.

"En la izquierda la rienda, en el estribo
Firme la planta, amargo sonreía,
Y con la diestra la cerviz le hería
Despreciando su vano frenesí.....
Mas ¡ay! la planta en una grieta oscura
Hunde el caballo, y se desploma, y rueda,
Y herido, opreso, ensangrentado queda
Bajo su peso, el caballero allí."

(Continuará).

BONIFACIO VELEZ.

RESEÑA MENSUAL

(IMPRESIONES PERSONALISIMAS)

HOY, que los libros me dejen tranquilo; pues pienso hacer crónica menuda, como que hay la mar de ella en esta buena villa medellinense. Figúrense que tengo que hablar de lo del 17 ¿Qué fué lo del 17? Pues cómo, ¿no vieron desde temprano pulular por las calles—sargenteadas por matronas aburridas, y sin sargentear también—las escuadras de muchachas elegantes, luciendo en los vestidos, y algunas en las caras tal vez, cuantos colores desteñidos ha creado la decadente inventiva de los tintoreros fin de siglo, y con los ojos chispeantes de entusiasmo? Porque entusiasmo había, como que se trataba de una función cuasi-religiosa, con sus piquitos de mundana, de esas que á Selgas le requemaban la sangre. Era un *bazar* á beneficio de la Catedral en construcción, que se celebraba en el propio Parque de Bolívar: un bazar de cuerpo presente, como quien dice. Y esta vez "tantas idas y venidas, tantas vueltas y revueltas" fueron de alguna utilidad, pues recogieron 3.000 y pico de pesos. De eso tengo que hablar, y tengo que hablar del *meeting*, y tengo que hablar..... pero no anticipemos.

De política sí no hablaré, porque anda ella tal que nadie la entiende—¿ó será que no se atreven á entenderla?—Figúrense que apenas si falta un mes para las elecciones, y los candidatos—es decir, *"los de verdá, verdá"*—no parecen. Pues si bien dicen que los conservadores ya casi tienen los suyos, los liberales están todavía aguardando los de ellos, y los nacionalistas..... pues los nacionalistas arriesgan á perder los que les tocaron, cuando menos lo percaten: tan delicadillos andan. Y es que ni nacionalistas, ni liberales, ni conservadores saben bien á que santo encomendarse. Porque lo que hay en el fondo—ya que en el fondo es costumbre poner las cosas peliagudas—es que en el conservatismo hay bastante de liberal; y entre los liberales no poco de conservador; y en el nacionalismo hay de todo. Y el *evolucionismo* anda haciendo estragos por las conciencias. Y ya se calcula si la verán negra, ó de qué color, los pobres encargados de dirigir y manejar esas heterogeneidades; y si será cosa hacedera y simple que yo, Prólogus, el prudente Prólogus de to-

da la vida, cuya ocupación principal—que tanto se va generalizando—consiste en estar bien con todos, me vaya á meter en esas escabrosidades espinosas. No en mis días. Al buen callar llaman Sancho, y lo que es de política no hablo.

Porque no será hablar de política contarle á los lectores que el 3 de este mes de Octubre llegó á Bogotá el General Marceliano Vélez, jefe del partido conservador, y que "sus copartidarios"—no, que habían de ser sus adversarios!—le han hecho un recibimiento de esplendidez rara; recibimiento que no por lo magnífico sólo, sino por las personas que en él tomaron parte y las circunstancias en que se hace, adquiere importancia bien significativa.

Y hablando de llegadas, hoy estará entrando á la misma Bogotá el General Rafael Reyes, candidato que es ó ha sido de nacionalistas, de conservadores, para Presidente, para Vice-presidente, y que hoy, á la altura en que estamos, no se sabe todavía en definitiva "si es pollo ó polla," según corre la frase consagrada, bien que para averiguarlo se haya ocurrido al procedimiento preconizado y clásico, y hayan ido hasta la Costa tres Generales "á tomarle el pico." Todavía nacionalistas y conservadores se lo disputan. En fin, él dirá, si dice.....

Pero me pongo á mi tarea; que se hace tarde. Ante todo, veamos, para cumplir con la buena crianza rudimentaria de dar gracias á sus autores por la galantería, las publicaciones que han llegado á esta *montañesa* oficina. Varios periódicos... pero otro día haré la lista completa. Aquí está el "*Ramillete para la Corona Fúnebre del Señor Gonzalo Correa E.*" recogido por el cariño de su hermano y que por eso sólo reclama respeto. Esta es la "*Tesis para el Doctorado*" del Dr. Antonio José Montoya. Trata de las "*Compañías que Elaboran Minas,*" y saliéndose de la práctica casi general en los trabajos de tesis, de no hacer de ellas más que una especie de *repaso* escrito de alguna de las materias estudiadas—copiando de aquí y traduciendo de más allá, sin pizca de trabajo original—Montoya aborda, pensando con su propia cabeza, el estudio práctico de un asunto de interés nacional y hasta *regionalista*, y hace de su tesis un trabajo de explicaciones y sugestiones útiles. "*Acusación de Segunda Instancia en el Juicio seguido contra el Titulado Charles Radford por el Delito de Homicidio en la Persona de Carlos H. Simmonds; por el Fiscal del Tribunal Superior, Don Samuel Velilla*"; tal es el largo título de un folleto, cuyos méritos serán largos también, cuando se ha merecido los honores de la publicación.

Por aquí andan dos entregas (10ª y 11.ª) de los *Artículos y Discursos de Francisco de P. Muñoz.*" Como éstas han de formar libro, cuando esté completo nos entenderemos, si Dios da vida.

Y este librito tan hermoso? Pues es nada menos que el Tomo II de los *Versos* de Enrique W. Fernández. Lo forman unas treinta composiciones, todas ellas, á lo que parece, muy trabajadas, y que por lo trascendental de los sujetos y por el real mérito literario de todas--excepción hecha de unas seis ó siete, sobre todo al principio del libro, que son absolutamente mediocres---merecen un estudio detenido. Pero ni es éste el lugar de hacerlo, ni yo podría. Baste decir que hay en el libro magníficas estrofas, como las dos últimas de *La Inspiración*, como todas las de *El Dolor*; que hay cuadros bellísimos, como *Paisaje* y *De Tarde*, aquél vívido y poético, con una profunda sugestión de contraste, éste majestuoso y melancólico, lleno de apacible poesía; que entre lo mejor del libro me parece *Después*, valerosa composición con cierta crudeza en el verso muy apropiada y que es rara en el autor; que *Palabras* y *A la Biblioteca Nacional* al par que lo más esmerado de la colección, me parece de lo más hermoso y duradero; que..... pero me alargaría demasiado buscando los primores del libro. Déjenme que agregue que á mi ver falta todavía un tomo de los Versos de Fernández: aquél en que se pongan los que él hizo antes de que la podadera clásica se entrara por las frondas de su inspiración, cuando sus versos eran más sentidos que pensados..... Sé que estoy diciendo una herejía, pero óiganme:

La poesía es sin duda la forma literaria más rudimentaria y natural, como que ella probablemente es la única que de un modo serio precedió aun á la escritura; y sin embargo, ¡oh vanidad de la humana sabiduría!, es ella también la que más resiste al análisis. El "algo, el no sé qué" se ha refugiado entre la maraña de los versos, y ésta es la hora en que esos hurones que se llaman críticos apenas si han podido husmearlo. Porque bien pueden unos versos ser irreprochables en las expresiones, seguir en el ritmo y en la rima las leyes más severas, tener dulzura en las palabras y delicadeza en las ideas, eso todo, con ser mucho, no bastará para hacerlos poéticos; preciso es que haya, y eso sí basta, palpitando oculto bajo la forma, un *indefinible*, una vaga sugestión, como una voz sin palabras que del alma del poeta vaya á la del oyente y la arrebate. Y eso es la poesía. Pero esa poesía no la dan las reglas; ese brillo no lo da la lima. Antes, se me figura que la demasiada lima, puliendo hasta el exceso los versos, les quita á veces las facciones características--que bien pueden estar en las mismas ligeras incorrecciones--y hace que la versificación--por más que se varíen los metros--resulte monótona, y á los versos les falte lo que se llama *movimiento*. Esto es lo que pasa, por ejemplo, con los de Don Miguel A. Caro, y quizá bastante con los de Fernández. Muy bien sé que hoy la moda es pedir uno para sus versos "frialdad de mármol," y que á eso se le llama, entre otros malos nombres, *parnasianismo*. Pero yo, aunque hubiera de

quedarme muy lejos del Parnaso, pidiera para mis versos vida de mi propia vida, alma de mi propia alma. ¿Pues qué: no es el poeta, semejante á Izrafel, aquel angel del Corán, "las fibras de cuyo corazón eran un laúd....."?

Pero mi *chifladura* si es incurable! Si yo no iba á hablar de libros.....

Un día ú otro ha de reemplazarse por un Teatro que esté á la altura de esta ciudad el que posee actualmente. Comenzar desde ahora á pensar en ello es ganar tiempo.

El asunto ha sido ya tratado con entusiasmo; hanse suscrito muchas acciones y se han recibido promesas de gran número, una vez que el proyecto sea lanzado á la publicidad. Lo cual hace hoy "El Montañés", prometiendo además poner sus columnas á la disposición de la Empresa, y haciendo la promesa formal de que de su Redacción han de salir dos dramas originales escritos por dos ingenios antioqueños que se darán á la escena á beneficio del *Teatro Futuro*.

.....

Y mi crónica de la ciudad se quedó en veremos, pues ya no me dan más espacio. Me pasó lo que al gato de Supía: me faltó papayo.

Octubre 30 PROLOGUS.

DOCUMENTOS IMPORTANTES

"Junta Redactora de "El Montañés."

(Extracto del acta número IV del día 6 de Noviembre de 1897)

"La Junta Redactora de 'El Montañés' resuelve:

.....

2.° Acéptase la parte resolutiva del Informe de la *Junta Secreta de Censura* acerca del manuscrito titulado "*Literatura*" enviado por un Colaborador para ser insertado en el Periódico.

3.° Devuélvase al interesado el expresado manuscrito con una copia del informe y un extracto del acta de la sesión en que este asunto fue considerado."

.....

JUNTA SECRETA DE CENSURA

Medellín, Octubre 23 de 1897.

Señores Directores de "El Montañés."—*Presentes.*

Devolvemos á Uds. el artículo que se han servido enviar á esta Junta para su revisión y censura con las siguientes observaciones:

1.ª Que el trabajo presentado á Uds. para su publicación en "El Montañés" con el título de "Literatura" y fechado en esta ciudad el 27 de Agosto del corriente año, es una traducción literal de un escrito de M. Maurice de Fleury, titulado "Etudes et causeries médico—littéraires" publicado en "La Nouvelle Revue" de París en la entrega correspondiente al mes de Mayo de 1893.

En comprobación de nuestro aserto, tomamos al acaso tres párrafos del trabajo original de M. de Fleury, para que Uds. comparen.

Dice M. de Fleury:

M. de Maupassant excelle à ces trouvailles, à ces petites inventions de génie. Cherchez-les donc un peu dans les romans psychologiques..... Et leur dialogue est sans vie! C'est toujours la phrase d' auteur qui sonne faux dans la bouche d' un autre. Dans les romans de Feuillet, les femmes du monde dialoguaient cent fois plus naturellement. Mais rappelez-vous ces merveilles, les dialogues de *l' Assommoir*, de *Germinal* ou même de la *Terre*, ou chaque repartie est criante de vérité. Les romanciers psychologues ne peuvent pas savoir donner la vie à leurs créations: ils n' agitent que des idées trop abstraites pourla littérature, trop arbitraires pour la science.

(Pág. 120.)

Les psychologues purs procédent très différemment!

Pour eux, le fait n' est qu' accesoire, et leurs héros n'agissent presque pas. L'essentiel n' est plus de dessiner des caracteres en montrant les hommes á l'œuvre, mais "d'exposer meticuleusement tous leurs combats intérieurs, le pourquoi de tous

Dice el Sr. N. N:

Guy de Maupassant sobresale en estas sorpresas y en estas pequeñas invenciones del genio. Pero buscadlas un poco en las novelas psicológicas y las hallaréis en vano.... Y el diálogo, qué pálido y fofo lo encontraréis! Eso es siempre la frase del autor que da una nota falsa en la boca del interlocutor. En las novelas de Feuillet las mujeres de mundo hablan siempre mejor y con más naturalidad. Recordad esos diálogos maravillosos de *l' Assommoir*, de *Germinal* y de la *Tierra* en que cada respuesta es un asombro de verdad. Los novelistas psicológicos no pueden comprender la manera de dar la vida á sus creaciones; ellos no obran sino por ideas muy abstractas para la literatura y demasiado arbitrarias para la ciencia.

Los psicólogos puros proceden de un modo diametralmente opuesto.

Para ellos el hecho no es sino accesorio y sus héroes casi no accionan ni se mueven. Lo esencial no es construír caracteres, mostrando los hombres en el escenario, sino exponer meticulosamente todos sus combates inte-

les vouloirs, les mobiles, sécrets, de discerner et de noter toutes les réactions de l'âme sous l'empire des intérêts, des passions et des instincts."

(Pág. 119.)

Au triple point de vue de la vérité, de la beauté, de la morale, la méthode familière à Zola et à Maupassant serait donc d'un meilleur exemple que la méthode des psychologues purs. (Pág. 133.)

riores, el por qué de todos sus deseos, los móviles secretos que los agitan y discernir y notar todas las reacciones del alma bajo el imperio de los intereses, de las pasiones y de los instintos.

—

Desde el triple punto de vista de la verdad, de la belleza y la moral, el método familiar de Zolá y de Maupassant sería más aceptable que el método de los psicólogos puros.

2.ª Que como el procedimiento empleado por el individuo que envió el artículo como original puede repetirse por otra persona igualmente atacada de Cleptomanía literaria, esta Junta es de concepto que se publiquen todos los documentos relativos á este asunto, para impedir que se repitan en lo futuro casos semejantes á éste.

De Uds. atentos servidores.

* * *

REPÚBLICA DE COLOMBIA.—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA.

EL MONTAÑES

Revista de Literatura, Artes y Ciencias.

DIRECTOR

Gabriel Latorre.

AÑO I. | Medellín, Noviembre de 1897. | Número 3.

TOMAS CARRASQUILLA

(SIMON EL MAGO.—FRUTOS DE MI TIERRA.)

SIEMPRE hube deseado hallar en las producciones literarias de Colombia la combinación artística de los elementos indígenas; que dejara el extranjero de imprimir su sello en nuestra obra original, como si estuviéramos condenados á la imitación eterna! Siendo la continua lectura origen de fastidio, no era natural que se buscase con tanta frecuencia en el contenido de los libros los ele-

mentos de la obra literaria; es más productivo á los seres sensibles que han nacido para el arte refugiarse en la naturaleza, donde las fruiciones de lo bello no gastan la vida en tan grandes proporciones. Viviendo en América, en la cumbre de los Andes, será una audacia de talento pintar un paisaje de las orillas del Nilo ó narrar con exacto realismo un cuento árabe, pero á nada conduce ese esfuerzo de la fantasía allá á esas lejanas tierras, cuando tenemos bellos paisajes, cuentos amorosos todavía frescos como el campo que les sirve de fondo, tragedias de guerras y de crímenes y por todas partes manifestaciones indígenas del corazón humano, ese fondo común de novelistas y poetas. En la vida de las ciudades estaba todo sin explotar antes de la aparición de Carrasquilla en el campo novelesco de Colombia. Y no es que carezcamos de elementos asimilables á la obra de arte; pues para el artista no hay imposibles en el desarrollo artístico del elemento real y prueba de ello es *Frutos de mi Tierra*, novela estéticamente bella y agradable á pesar de que su autor no buscó las hermosuras de nuestra vida, sino que al contrario, parece gozarse en pintar los tipos más repugnantes de nuestra sociedad.

Lo ordinario es el campo de la moderna literatura y de allí hay que extraer con gran dificultad las obras de arte, como se extrae el oro de las arenas minerales. Es preciso hacer palpitar en el libro la vida del ambiente, ensayar croquis del natural y conformarse con lo humilde del cuadro, que "el valor del arte no está en el número ni en el tamaño de las obras, sino en la verdad del detalle y en la armonía del conjunto": este principio es un lugar común de la crítica contemporánea, pero no hay que echarlo en olvido porque es la tabla de salvación artística.

Quizá el anhelo de novedad—*dandismo* literario—ha hecho nacer entre nosotros los escritores erráticos que buscan los asuntos en países extranjeros, olvidando que la novedad artística no está en lo raro del modelo sino en la excelente manera de ejecutar: un feto viable de cinco meses puede ser una novedad, pero no es bello. El cosmopolitismo literario en Europa es una necesidad porque los europeos tienen gastados los asuntos propios y deben buscar en tierras lejanas y vírgenes el alma nueva de la obra artística. Para nosotros, la gran cuestión es explotar nuestra propia existencia en favor del arte. Tomás Carrasquilla inicia esta labor. Ha publicado dos producciones artísticas que perdurarán, porque son jirones de vida propia: *Simón el Mago*, cuento original y *Frutos de mi Tierra*, novela de costumbres muy bien hilvanada y mejor sentida.

El trabajo intelectual del autor que me ocupa satisface en Antioquia el deseo de sensaciones artísticas que experimentan todos los pueblos cuando han alcanzado cierto desarrollo. Yo

he visto devorar con ansia en la capital de Antioquia la nueva producción literaria, como antes había visto leer con entusiasmo rayano en delirio novelas francesas en traducciones detestables. Lo que prueba que el pueblo tiene afición á la lectura y es inteligente y de porvenir. Por fortuna para Carrasquilla hay más *dilettantes* que artistas.

Los inteligentes estaban entregados á la lectura de producciones extranjeras, y siempre que medían el porte á la literatura propia la hallaban diminuta. Pero no dejaban de leer, porque les quedaba una esperanza. El día deseado no llegaba, al contrario, la *decadencia* iba penetrando entre nosotros, como un gas asfixiante. La virilidad se iba extinguiendo, dijérase que los nuevos literatos eran desgraciados eunucos que guardaban para otros el templo pagano de las letras. Y el público así lo comprendía. Carrasquilla escribió para este público, que estaba muy bien preparado para recibir cualquiera obra original escrita con talento.

En *Frutos de mi Tierra* el autor rompió desde luego la camisa de fuerza de las imitaciones y de la literatura decadente, y éste es su mérito esencial.

Quizá dicha obra es un objeto de lujo en este tiempo, cuando la Nación atraviesa una crisis política y económica que no la deja dedicarse á sensaciones delicadas, pues todo ensueño es pérdida de fuerza y la debilidad en épocas críticas es cómplice del delito.

Antioquia debe en todo tiempo, eso sí, gratitud á Tomás Carrasquilla que le ha calmado un deseo, el de gozar intelectualmente con los objetos que nos rodean, presentados bajo su aspecto artístico.

Ha terminado la época de los malos versos, que si aún se publican yá no se leen; estamos hartos de cuentos y de chistes de mal gusto, y llega la novela, epopeya de la vida, que es la única forma literaria que puede satisfacer á los descontentos de hoy, porque es más amplia y más completa que los cuentos y no exige, como los versos, facultades máximas.

Al salir á luz *Frutos de mi Tierra* el público ha aplaudido y con razón, porque Carrasquilla ha volado muy alto en la región de las letras. Los críticos de imprenta y de chisme no lo dejarán extasiarse en su vuelo á las regiones del arte. El que sale al público no tiene yá tranquilidad. Quizá los que lo alaban hasta convertir la crítica en panegírico serán los más fastidiosos á Carrasquilla, pues el modesto autor de *Frutos de mi Tierra* tiene el talento suficiente para no lanzarse al aire con alas de humo. Y lo fastidiarán, estoy seguro de esto. Ninguno de sus críticos dará en el clavo, lo alabarán por lo que á él menos le guste y no les llamará la atención, ó rechazarán, aquello de que él está satis-

fecho y por lo cual considera digna de conservarse su obra. Esa es una de las desgracias de los artistas: que nadie siente como sienten ellos y que casi nadie se encariña con las producciones á que el artista ha consagrado todo su amor. Pero eso no tiene remedio: el que se lanza á la publicidad pertenece al público. Tomás Carrasquilla ha dejado de ser el bohemio de Santodomingo en Antioquia, para ser uno de los primeros novelistas de Colombia.

***

El autor de *Frutos de mi Tierra* se ha hecho por completo á una vida de artista, lo que es raro en nuestra tierra. Se mantiene ajeno á las ocupaciones ordinarias de las gentes de estas montañas; no sigue exaltadamente los debates de la política; ni se mezcla en las guerras civiles; no viaja como los judíos errantes de Antioquia; ni busca en los vicios el olvido del talento que lo pone en desequilibrio con sus compatriotas. Se dijera que es feliz si no fuera artista, como se puede decir de una mujer que es dichosa cuando no ama, porque no siente. Los artistas refinados tienen algo de la delicadeza femenina, de esa sensibilidad nerviosa que á las mujeres hace encantadoras y á los artistas felices, pues la única felicidad de un escritor está en la concepción artística en frente de la belleza real.

Tomás Carrasquilla ya hombre y artista consagrado es el mismo muchacho consentido del sabroso cuento *Simón el Mago*: "....Todos en la casa me querían, á cual más, siendo yo el mimo y la plata labrada de la familia;...."

"Al darme cuenta de que yo era una persona, como todo hijo de vecino, y que podía ser querido y querer, encontré á mi lado á Frutos, que, más que todos y con especialidad, parecióme no tener más destino que amar lo que yo amase y hacer lo que se me antojara...."

"Respetadísimos eran en casa mis fueros. Pretender lo contrario, estando Frutos á mi lado, era pensar en lo imposible...."

"Al amparo de tal patrocinio iba sacando yo un geniecillo tan amerengado y voluntarioso que no había trapos con qué agarrarme!"

Aunque Carrasquilla, al escribir, suele no tomar la vida á lo serio, á mí se me antojan estas líneas como la síntesis de una autobiografía infantil del autor de *Frutos de mi Tierra*. Y esto da la clave de la personalidad literaria de Tomás Carrasquilla. Un hombre que crece y se educa regaladamente y á su gusto, para vivir luego en circunstancias que no son las del poderoso, y en una tierra donde no hay elementos de comodidad, ni de regalo y placer artísticos, tiene que producir, cuando escriba, páginas desconsoladoras. Solamente las dificultades para la vida desde

los primeros años forman los espíritus luchadores. El mimo y agasajo de la primera edad engendran el pesimismo. De los mimados surgen los artistas melancólicos que no pueden crear sino figuras histéricas que se muevan en un ambiente triste. El consentido, al salir al mundo piensa encontrar un círculo de acción llano y fácil, como el que á su contorno formaba la familia, y por todas partes tropieza con dificultades; no sabe moverse en el áspero campo vulgar, y acaba por creer que el único desenlace de las cosas es el desenlace trágico, cuando no el ridículo que quizá es peor. El mimo á Carrasquilla lo hizo pesimista. Por eso creó los desesperantes personajes de su novela: Agustín Alzate, desgraciado usurero víctima de su oficio que lo disloca de la sociedad y lo arrastra á la locura; Filomena, amante histérica á los cincuenta años, como epílogo á la vida de comercio, y Nieves, tipo de abnegación que existe en todas las familias; alma cándida que parece no tuviera más ideal que satisfacer á los demás á costa de sí misma; que es, en su esclavitud irremediable, de una verdad exacta y desconsoladora. Y estos personajes se sostienen con una persistencia de monómanos. Este modo de escribir está previsto en *Simón el Mago*, cuando el niño protagonista quería morir para sustraerse al ridículo de haber fracasado en su vuelo á las regiones azules; el pobre niño quiso subir al cielo y se hundió en el fango.

El modo como vé los objètos un artista da la clave de su talento y de su obra, dice M. Taine. Carrasquilla, como lo acabo de indicar, ve las más veces el lado ridículo ó doloroso de las cosas, casi nunca lo tranquilo ó lo sublime. A veces hace reir, pero no es humorístico sino satírico. Y cuando toma las cosas á lo serio es pesimista hasta el exceso y puede ser intransigente como Flaubert y desconsolador como Zola.

Las mujeres y los paisajes son lo único realmente bello que tiene Medellín, y Carrasquilla apenas lo deja adivinar en su novela, se espacía en lo feo como en terreno propio; parece que quisiera dar á comprender que si hay mujeres bonitas, la mayoría es de feas, que si hay paisajes bellos en la naturaleza, los de una tienda de comestibles ó de usura no lo son.

Lo que se muestra siempre Carrasquilla, es artista. Al paso que la mayoría de los antioqueños ve en todas partes medios de especular para conseguir dinero, Carrasquilla ve á todos lados la belleza utilizable y las faltas de belleza.

En el arreglo artificial mira Carrasquilla el conjunto, cuando el vulgo mira el detalle ó la riqueza de las joyas; y no quiere esto decir que como artista él dé la preferencia al conjunto, pues si se le compara con otros artistas ó cerebros creadores será de los que más importancia dan al detalle, hasta el punto de

que algunos consideran á *Frutos de mi Tierra* como una serie de cuadros de costumbres.

En la descripción de una función religiosa con todas las vulgares agitaciones de la muchedumbre, Carrasquilla no tiene para las turbas el desprecio y los sarcasmos á lo Mauppasant, sino al contrario, explotando lo que tiene de artístico la religión, hace pasar por el cerebro de la multitud una ráfaga de cielo.

Las escenas vulgares tienen marco de oro, como que el autor sabe combinar con gran pericia los elementos humanos; al lado de la codicia y de la envidia de Agustín y Filomena, pone la sublime abnegación de Nieves; D. Pacho Escandón, un viejo verde, tiene por hija á la encantadora Pepa, una muchacha casi fea que no obstante atrae y enamora á los lectores masculinos con travesuras inteligentes. Creo que este personaje de la obra de Carrasquilla es el que más simpatías ha despertado en el público, y es razonable porque Pepa es la figura clásica del idilio antioqueño en su desarrollo natural. Comprende Carrasquilla todos los postizos del tocado de las mujeres, sabe los pliegues que dañan la escultura de las formas y aprovecha esta delicadeza de sentido para hacer de una mujer fea como Pepa Escandón, un bello figurín, de espíritu caprichoso y travieso es verdad, pero ante todo un figurín. Hay que hablar claro, Pepa Escandón es una figura de observación compleja, difícil de concebir en la práctica. A mí se me antoja una sátira contra el modo de ser de la mayoría de nuestras mujeres, tímidas sin ser inocentes y mimosas sin gracia.

Es que las novelas de Carrasquilla son una sátira acerba contra nuestras costumbres. Hay trozos que deben desesperar á ciertas gentes, si entienden lo que leen.

Es Carrasquilla un escritor aparte en su modo de hacer novela. Tendrá relaciones con muchos autores extranjeros y quizá con alguno ó algunos nacionales, pero á nadie imita. Hace novela naturalista por temperamento y porque cada siglo tiene su sistema, al fin del décimo nono casi todos los espíritus cultivados están por el realismo en literatura. No cumple sinembargo Carrasquilla con los preceptos del naturalismo puro cuyo modelo—según se ha dicho—es *Madame Bovary* de Gustavo Flaubert, es más bien á estilo de los naturalistas primitivos como escribe Carrasquilla, lo que prueba que no sigue por espíritu un sistema, obedece á su talento. Copia la vida para que sus obras perduren, bien sabe él que los seres dislocados ó retorcidos mueren pronto. Creo también que el realismo de Carrasquilla es un realismo indígena. Cada país tiene sus simpatías literarias, conformes á su manera de ser y de pensar. Los habitantes de Antioquia tienen un espíritu demasiado práctico que les

prohibe lanzarse á un idealismo nebuloso ó á un decadentismo enervante. Las obras literarias genuinas de Antioquia no podrán ser idealistas; entre nosotros no se prestará más atención á lo ideal que la necesaria para hacer obra artística. La literatura que nos gusta á los antioqueños es la que nos hace reír á costa de los demás.

Escribe el diálogo, Carrasquilla, en lenguaje familiar, á la manera de las obras de Zola que forman el monumento de un pueblo y la flor de un siglo. Se ha querido tachar este modo de escribir, en mi concepto sin razón alguna, pues no debe censurarse lo que es un elemento de verdad y no peca contra el arte.

Tiene Carrasquilla el talento para dar unidad á la obra de arte. En su libro no hay acción dramática ni tesis dominante que encadene los capítulos para producir obra docente; no hay sino el enlace natural de la vida, la sucesión no interrumpida de palpitaciones, y á ese curso vital se entrega el lector, dejándose arrastrar en busca de un fin, á la manera que en la naturaleza se persigue el movimiento hasta la muerte. Y el final de los personajes no se trasluce como en las novelas viejas, viene inesperadamente como en la vida, ó no se sabe, á imitación de lo que sucede en pintura, que terminado un cuadro se despide al modelo yá relajado para engendrar tensiones nerviosas productoras de arte.

Como buen autor realista, Carrasquilla exhibe con lucimiento la muchedumbre, ya el rebaño de la iglesia cuando describe una función de cuarenta horas, ya la multitud curiosa de las calles en *Es un Sueño*, ya toda la población alegre y alborotada en unas fiestas. Siempre sabe el autor caracterizar la muchedumbre por sus elementos esènciales y precisos. Y éste es un punto de contacto con el gran maestro del naturalismo francés, no sucede lo mismo con los otros elementos del procedimiento creador. En la pintura del amor de Filomena, por ejemplo, pasión póstuma á la edad de los amores, con ribetes de histerismo, Carrasquilla expresa la intensidad del deseo de aquella hembra cincuentona, con caracteres alarmantes, sin llevar al lector hasta la crudeza de la posesión, como lo haría Zola.

Los literatos antioqueños, como lo hizo notar Jesús Ferrer en *La Bohemia Alegre*, se han distinguido por cierto temor al público que los induce casi siempre á ocultar sus propios nombres y á publicar con seudónimo; no sé si esto lo harán por pudor literario ó si los impele á ello cierto espíritu aristocrático que repugna popularizar los nombres propios. Tomás Carrasquilla siguió este procedimiento cuando con el seudónimo de *Carlos Malaquita* publicó su *Simón el Mago*. Hoy ha adoptado otro procedimiento en la publicación de *Frutos de mi Tierra*,

y Tomás Carrasquilla es lo que es: Tomás Carrasquilla, autor de un tomo de literatura genuinamente antioqueña.

Todos aguardan las nuevas producciones de Carrasquilla. Yo no las aguardo ni deben aguardarse, y voy á decir por qué. *Frutos de mi Tierra* es de la escuela de *Madame Bovary* y ya se sabe que Flaubert produjo solamente cuatro novelas de consideración en una larga vida de trabajo constante.

Los colombianos no pueden ser fecundos literatos, los climas de la zona tórrida enervan; las dificultades para el desarrollo de los estudios y para la publicación de los libros, desconsuelan; el éxito improbable, escribiendo para el público, en su generalidad iletrado, desanima, y el ridículo, si no se obtiene éxito ante la minoría ilustrada, desespera.

Hay ejemplos de lo que digo en los dos literatos que han descollado en primera línea en Colombia, Jorge Isaacs, de quien no conozco hasta ahora más que la *María* y Eugenio Díaz, autor únicamente de la *Manuela*.

Si Carrasquilla escribe otras obras el público aplaudirá, eso sí, y sería una fortuna para el país que no fuera unigénita la novela antioqueña recién nacida.

JOSE MONTOYA.

PERFILES ANTIOQUEÑOS

EL ESTUDIANTE

(A Efe Gómez)

Lleva la hermosa frente levantada,
A nadie teme, nada le horripila;
La faz noble y severa, la pupila,
Del horizonte en el azul clavada.

En la regia altivez de su mirada
Al condor de los Andes se asimila,
En la burla su labio hiel destila
Y da pavor su hiriente carcajada.

En los claustros activo y diligente
Se muestra del estudio en las faenas;
Aguarda el porvenir indiferente.....

Y si le habláis de Cuba y sus cadenas,
Veréis la indignación sobre su frente,
Y hervir la sangre en sus hinchadas venas.....!

TOBÍAS JIMÉNEZ.

BLANCA

(A LAS DAMAS DE MEDELLÍN)

I

S entre monumento y parque. Alzase imponente; se extiende blanqueando sobre el pretil de un granado. La caja en que le vino á papá *El Médico Práctico* es la base; el primer cuerpo, el molde de hojalata, alto y estriado, en que mamá funde budines y natillas; el segundo, un tarro de salmón; forma el cimborio una tacita de porcelana boca abajo; y por remate y coronamiento de tan estupenda construcción, se yergue, blanca, estirada, las manitas puestas, el rostro al cielo, la "Virgen María" de *terracotta*, regalo de "Maximito hermoso". Espesuras de cogollo de hinojo, cármenes de fuscias y de heliotropios, macetas en cascarones de huevo rodean el grandioso monumento.

Aun no está satisfecho el genio creador que lo levanta. Como Salomón el Templo Santo, quiere embellecerlo con todas las riquezas imaginables. Corre al jardín, y, sin temer espinas ni gusanos, troncha con los dientes ratonescos capullos de rosa imperial, y desguaza con aquellas manitas que con las flores se confunden, copos de caracucho blanco y de albahaca. Vuela al corral, y recoge cuanto plumón dejaron gallinas caraqueñas y palomas. Jadeante, las mejillas encendidas, volandero el cabello, cogido el delantal con ambas manos, por no perder un ápice del riquísimo botín, torna á la obra, y frisos, cresterías, cornisones surgen en aquel rapto de inspiración.

¡Y qué obra! Tiene todo el encanto de lo torcido, de lo confuso, de lo revuelto, el sello disparatado de la estética infantil. A los divinos ojos de la Virgen jamás se levantó santuario más

hermoso. En el gran patio, ó mejor, en el prado de la cocina, junto á la tapia que lo separa del jardín-baño, pasa aquello. El sol de Agosto, sazonando frutos, reventando gérmenes, difunde la vida y la alegría. Son las dos, y las proyecciones de sombra de los madroños y naranjos que se alinean del lado occidental, se van extendiendo por el limpio, recién recortado césped, como la calma en el espíritu después de la exaltación.

Tras los árboles, invadiendo por completo la tapia divisoria, casi derribándola, apasionado, escandaloso como este nuestro carácter antioqueño, se desparrama en furiosa eflorescencia un curazao solferino. No fuera para mirado á ojo abierto, si algo menos violento no se interpusiese: á más de los nombrados, otros árboles menores enfilan adelante. Y es de ver cómo pululan en el esqueleto de los azucenos aquellos gusanos de felpa negra bordados de corales; y cómo el mirto se gloría con lo clásico del fruto y del follaje artístico, y el azahar de la India, con los copos virginales que recargan el aire de oriental fragancia. Por ellos trepan y con ellos se entrelazan el norvio, el cundeamor y el recuerdo y otras varias sutiles enredaderas de nombre incierto y altisonante.

Formando escuadra con la ancha faja de árboles floridos, se extiende y ondula de poste á poste, á lo largo del corredor, un cortinaje de bellísima, que aquí cuelga en tallos, allá se abullona en ramilletes, para luégo recogerse en guirnaldas. Colonia rumorosa de insectos enreda y explota con insana codicia aquella Capua de mieles y perfumes; en tanto que las mariposas loquean en el aire, besan á sus hermanas vegetativas, ponen en juego sus cambiantes, y, como el anhelo humano, se largan voltarias, caprichosas, en pos de nuevos ideales.

La niña, una vez terminada la magna obra, celebra la consagración, como si dijéramos. De rodillas, las manos puestas como la virgencita, reza con atragantamiento de fervor el *Bendita sea tu pureza;* repítelo más apurada todavía; sigue con el padrenuestro; luégo, con frases y palabras sueltas de oraciones y jaculatorias, ensarta un disparatorio, cuyos vacíos inarticulados llena con una monserga que sólo María puede entender. No le basta esto: cual si alguno de los ángeles de Jacob la poseyese, se desata en desvarío cómico-celestial. "¡Virgen María queridita! ¡Virgen linda de mamacita y de papá! ¡Virgen María de Pepito y de 'Maximito hermoso', de Alberto, de bebé y de Carlitos!" Tan pronto alza la voz en una octava y la emite metálica y vibrante; tan pronto la quiebra en ruidos secos linguo-palatinales ó la modula en zumbidos de caricia; á veces canta, á ratos murmura, por momentos conversa, y, sea apurada ó vacilante, declama siempre. En la improvisación menciona á todos los de la casa, sin olvidar á Pedro, el asistente, sin olvidar á sus amigas, ni mucho menos á *Cheres*, su madrina.

Almamía, el amigo íntimo, el de los juegos delicados y caprichosos, el de la blancura de algodón boricado, el de las manitas de felpa, se le acerca con volteretas y movimientos de trapo; hace el arco, ronca, y, pasándole el lomo por los bracitos, le pone el hocico y el bigote hirsuto en las mejillas. Ella lo carga, lo estrecha, y con él cargado, prosigue su plegaria.

En el corredor trasiega la niñera con el bebé en los brazos, dándole biberón, sin parar mientes en la algarabía ni en las fiestas de la niña. Es la planchadora la que, al ir á avivar la hornilla, oye aquello. Sale y se encanta. "¡Vean esto, por Dios! Lo que yo le vivo diciendo á misiá Ester: esta niña no se cría." Y corre en busca de la señora para que venga y admire. Ester, medias y aguja en la mano, aparece en el corredor, levanta la cortina de la bellísima, y se asoma al patio. Permanece un instante silenciosa, y luégo, con esa voz, ese acento fingido de mimo tan tonto como sublime de las madres, exclama: "¡Mi Reina, te vas á asoliar! ¿Para qué escogió ese punto tan malo para hacer el altar?.....Tan bella, tan devota de su 'Virgen María'. Mi Blanquita, mi grandeza, mi terciopelo precioso". Porque esta niña era unas veces divinidad incomparable, otras palomita de la gloria, otras agua de azúcar, fuera de los mil dictados á cual más inaudito que inventaba la madre en su locura.

De Dios y ayuda necesitaron señora y sirvientas para que la niña trasladara el altar al corredor. Con esa volubilidad de la niñez, deja Blanquita el santuario, y dando zapatetas, mostrando aquellos calzones con rodilleras y arrugados en las corvas, corre por el patio persiguiendo un gorrión que se ha posado en la rama de un hicaco. "Voy á traerle arrocito," grita entusiasmada. Y en un instante está en la cocina, mete la mano en los esponjados granos que muele la cocinera, los hecha en el delantal y torna al patio. El pájaro se ha ido; pero en el tejado de la casa colindante brinca, negro y neurósico, un gallinazo, y la niña le grita: "Bajá, cochinito, pa que te comás el arroz." Y larga una carcajada de burla, al ver aquella ave tan triste, tan desamparada. "Bajáte, que yo sí te doy." Parece que el ave recelosa no la entiende: da un aletazo y se lanza. Suelta la niña los granos, y, tendiendo la mirada por el cielo, exclama: "Miren lo lindo que está el cielo, barrido, barrido. ¡Miren lo lindo!.....Allá está Carlitos con la Virgen." Y cerraba los ojos, deslumbrados por aquel azul reverberante.

II

No tuvo el encanto de la media lengua, porque antes de cumplir un año articulaba con claridad admirable. Inventaba los verbos y los participios más extraños, rara vez usaba el pronombre de primera persona y sus declinaciones, así como tampoco la inflexión verbal correspondiente, sino que se llamaba á sí misma "La Niña." "La Niña tiene la bata *rotada*; La Niña está *librando* [leyendo]; álcenla, cárguenla." Su voz timbrada, armoniosa, con ese acento de la niñez que parece el capullo del habla, se adaptaba, sin embargo, á todas las modulaciones. Era una ocarina articulada y acariciadora de una belleza indecible. El alborear de aquella inteligencia, de aquel sentimiento, auguraba un carácter complexo, hondo, artístico, delicadamente femenil. Apenas si le gustaban las muñecas: lo predilecto, lo atrayente para ella eran los animales, las flores, los astros y, en general, la naturaleza; y por sobre todo esto aparecía el ideal: "La Virgen María."

Mamá la tenía en su cabecera con los ojos llenos de lágrimas y el corazón *chuzado* y de coronita; ella la había visto en la Catedral con su manto azul rodeada de muchachitos; ella la veía en la Vera-Cruz, como una señora de verdad, tan linda, tan preciosa, con aquel niño cargado; ella la veía en todas partes; mamá le había dicho que las estrellas y la luna eran el manto de la Virgen; las flores del jardín todas eran para la Virgen María, porque ella las había visto en los ramos de las iglesias y en el oratorio de mamá. La Virgen, la que le traía los niños á las señoras, y que si se los volvía á quitar era para guardárselos en el Cielo cobijaditos con su manto, como había hecho con Carlitos; la Virgen, la que le había traído el bebé á mamá, ese bebé que era un muñeco que comía y que chillaba y que no era un muñeco; esa Virgen á quien ella, y Albertico, y mamá rezaban por la mañana y por la noche; á quien ella quería tánto, tánto!

Aquel corazoncito para todos alcanzaba. A mamá mucho amor; mucho á papá últimamente; con su hermanito mayor tenía intermitencias; con bebé se enloquecía; pero su afecto, la nata y espuma de su ternura, de sus coqueterías, eran para Pepito, el abuelo, para Máximo, el tío, el más fanático, el más tocado de idolatría por esta muñeca, que vino á ser en la familia el blanco y el centro de todos los afectos. Alberto II, inquieto, brusco, voluntarioso, cuyas pasiones hípicas lo arrastraban á grandes atropellos, empalagaba un tanto á Blanca con sus cariños de lienzo gordo, con sus juegos en que la echaba por tierra y le ensuciaba el vestido, punto éste de enorme gravedad, que la limpieza, la pulcritud parecían en esta niña parte integrante

de su sér. Cuando se le antojaba que la bata estaba *cusciada*, eran el llanto y el gemir desconsolado. El comer era un martirio, porque se le volvía un desafuero chorrear la servilleta ó el delantal. Pero esto era nada para lo que sufría la niña cuando su hermano le aseguraba, por hacerla rabiar, que la Virgen no la quería. Corría entonces á la madre, y, anegada en llanto, exponía siempre su querella en esta forma: "Alberto *la* molestó." Y Alberto soltaba la carcajada, porque era ésta la gracia que más le celebraba. Carlos, el hermanito muerto ocho años antes de venir ella al mundo, era para la niña la tradición gloriosa de la familia; le llamaba, lo nombraba con frecuencia, lo hacía figurar en sus juegos, cual si estuviese á su lado en cuerpo y alma. A pesar de su blandura no dejaba de ser turbulenta á las veces, sobre todo cuando se las había con el gato; cuando contemplaba los terneros y los pájaros, parecía que la acometieran ansias de correteo, de trisca y de vuelo.

Eran especiales sus facultades artísticas para la declamación. Maravillaba tánta memoria en esa cabecita rubia, de toques grises como la seda sin cardar, cuyos bucles en tirabuzones se esfumaban en nimbo de gloria. Y qué rayos de dulzura despedían sus ojos claros de un azul etéreo, indefinible. Obra como ésta no la prodiga naturaleza: las líneas rehenchidas de aquella escultura de carne tierna diseñaban yá la mujer antioqueña, alta, esbelta, de movimientos lánguidos y cadenciosos; el cuello y el pecho ondulaban en esponjes de paloma cuando arrulla; la boquita, de labios un tanto gruesos pero correctos, se plegaba con el mimo y la monería que sólo la inocencia sabe producir, mostrando unos dientecitos que parecían miajas de la pulpa del coco; movía esas manos pompas, de palmas sonrosadas, con la gentileza, la maña y la travesura de una gatita; y cuando, inclinada la cabeza, proyectaba aquellas pestañas crespas, largas y de color atortolado, hubiera servido de modelo para una Virgen niña.

III

Aquel espíritu que flotaba sobre las aguas en los días del Génesis parecía ahora apacentarse, como en remanso espejado, en el hogar de Alberto Rivas. Sentíase por doquiera, refulgía en las conciencias y en los semblantes, y, cual si su providencia fuese especial para aquella familia, derramaba, al par que la salud y la fortuna, sus dones y sus frutos. Ester era una perpetua oblación; á cada golpe del reloj, hablaba con Dios en el lenguaje mudo del fervor, y le ofrecía sus felicidades, como le ofreciera en otro tiempo sus desgracias.

Nacida en la cumbre social, arrullada por los halagos de la opulencia, por los cuidados de amantísimos padres, despertó á

la vida por un choque que, dejándola por tierra, proyectó en su juventud una sombra tenebrosa: la muerte de su madre. Vino luégo otra mujer á ocupar aquel puesto. El corazón de Ester se sublevaba. En su bondad, se reprochaba á sí propia aquel sentimiento de antipatía, aquel tributo al barro miserable.

Casada á los diecisiete años con el hombre á quien amaba desde los nueve, creyó alcanzar la dicha, y todos la diputaban por la novia venturosa. Cómo no, si Alberto Rivas reunía cuanto puede apetecerse.

La estatura prócer, el porte garrido y arrogante, el rostro agitanado de perfil enérgico y de ojos de árabe, el brío y regocijo del carácter, las seducciones de la alcurnia y del dinero, el prestigio de los viajes, ese refinamiento, esas mil nonadas que constituyen el buen tono, hacían de "el negro Rivas," el popular "negro," el gran partido de Medellín. Empero, bajo las áureas urdimbres que deslumbran, bajo alfombras de rosas que embriagan bien puede solaparse la lepra que lacera. El sentido moral dormía en Alberto Rivas. El placer era su meta; amó por el placer; por el placer se unió á aquella niña inocente y pura cuya belleza moral superaba á la física. Tras la embriaguez vino el cansancio, el desvío. Las enfermedades de Ester completaron la obra.

En la primera época del matrimonio, fluctuaba la joven entre el desencanto y la sorpresa. No sabía si amaba al marido como había amado al novio, pero indudablemente ella tenía una noción muy distinta del amor. La maternidad vino á revelarle la felicidad conyugal, á dejársela entrever apenas, que á los seis meses de nacido murió su primogénito; vino luégo otro hijo, débil, enfermizo, para quien temía la misma suerte. Estos frutos seguidos prometían la cosecha sin tregua de la fecundidad antioqueña. Mas no fue así: naturaleza pareció resistirse; y para aquella esposa tan joven, tan sana, principió una etapa de dolor callado, de agonía moral. Cuanto una mujer delicada y casta puede sufrir con la intervención médica; las humillaciones, las miserias de una esposa enferma; las dudas que surgen en su espíritu cuando se cree burlada en la más santa de sus aspiraciones; el temor, sugerido por un corazón que adivina, de que su compañero ha de ver en ella un sér inútil, despreciable, repugnante; los alarmas de la conciencia al pensar en la disipación del esposo; el ver al único hijo, enfermo, en manos mercenarias y extrañas; el forzado abandono de los deberes domésticos; todas estas penas, complexas, tenaces, realzadas por una sensibilidad exquisita, las sufrió Ester, sola, aislada, allá en los profundos de su alma, durante siete años.

No podía Dios desoír los íntimos clamores de una alma atribulada. Un día se inició la salud en el hijo, y, cual si de

ella dependiese la de su madre, tornó Ester á la vida, lozana, radiante de belleza, como en gloriosa resurrección, y vino Blanca. En ella cifraba Ester su dicha; cuanta ternura comprimida acendraba el corazón de esta madre le parecía poco para aquella hija predilecta de sus entrañas.

El retorno á la salud y á la belleza de la esposa, la aparición de Blanquita no fueron parte á devolver al extraviado esposo el prístino entusiasmo. Aun no tenía un mes la parvulilla y ya Alberto emprendía su tercer viaje á Europa. Dieciocho meses lo engolfaron metrópolis y balnearios, para volver á su tierra con la nostalgia de la ajena. Regalos suntuosos para la esposa y para los hijos, muebles, artísticas chucherías de alto precio para la casa; todo aquello lo estimó Ester en un principio como fineza de esposo y de padre, mas pronto su experiencia, la intuición de su amor le enseñaron cuánto más vale la dádiva de un corazón que todas las riquezas del mundo. No importaba: tenía á sus hijos: si con su Alberto no le bastaba en antes, con su Blanca, ese presente con que Dios la favoreciera, tenía ahora para cobrarse con creces la indiferencia, la algidez mortecina del esposo. Qué importaba que el Club y el *sport* lo absorbiesen, que pasara las noches fuera de casa, que recibiera cartas y fotografías parisienses, que sirenas plebeyas de acá lo hechizasen con su canto: qué importaba, si ella sobre la coraza de su virtud llevaba aquel talismán, aquella pureza, aquel armiño del Cielo. Quejarse, manifestar siquiera en el semblante las ocultas heridas de su dignidad, era regatearle á Dios el galardón aquél inmerecido. Qué importaba.....y sin embargo, cuántas veces la frente inmaculada de la niña recibía, al par que el beso, las lágrimas de su madre; cuántas, la frase amante y delicada de la esposa, al dirigirse al infiel á quien adoraba, moría ahogada por un sollozo que estallaba de lo más profundo de su alma. Qué importaba.... y sin embargo, cuántas veces en la alta noche, de rodillas en su lecho de esposa abandonada, pedía á Dios, no la vuelta del esposo, sino el revocamiento de un castigo que en su conciencia creía inminente para el culpable, para ella, para sus hijos inocentes.

Si el padre no apreciaba aquella hija, aquel tesoro, si prefería á las fruiciones santas los miserables devaneos, el abuelo, el tío, la madrina, los amigos, todos, competían con la madre en aquel afecto entrañable, que más que afecto semejaba idolatría.

Faltaba en aquel concierto la nota cariñosa de la abuela: Alberto había perdido á sus padres tiempo hacía; Ester era hija de primeras nupcias; pero su padre (Pepito, que le decían sus dos nietos) amaba él solo á Blanca por los otros abuelos que faltaban.

IV

Se ha dicho que los matemáticos, á fuer de imbuídos en abstracciones numéricas, tienen carácter reseco y enfadoso. Máximo Santalibrada (único hermano de Ester por padre y madre) desmentía el aserto, y no porque fuera ingeniero á medio untar. Era un mozo ingenuo, con una de esas delicadezas vestidas de niñerías, de frivolidades; risueño, alborotado, travieso; era una grandeza de espíritu esmaltada de pequeñeces, un corazón. Acababa de llegar de Norte-América cuando nació Blanca, y él mismo se ofreció como padrino. Mercedes, la hermana menor de Alberto, fue su compañera de pila. ¿Sería esta circunstancia germen de amor en el corazón de la joven? Ella misma lo ignoraba; ella misma no sabía definirse; pero es lo cierto que tuvo que confesarse á sí propia al fin y al cabo que amaba á Máximo. Corría el tiempo, y Mercedes, á pesar de las muchas ocasiones que de tratar á Máximo tenía, nada lograba descubrir en él que revelase siquiera inclinación por ella, nada, ni siquiera coqueteos de muchacho. Varios adoradores se le presentaron: á ninguno hizo caso: algo le decía interiormente: espéra, espéra.

Era una morena acanelada, de ojos adormidos de una tristeza vaga y extática; el cabello espeso y alborotoso; alta, lánguida, de movimientos rítmicos más provocativos que majestuosos; redondo, negro, como dibujado con tinta china, lucía un lunar en la mejilla. Era una niña nerviosa, mimada, impresionable. Según su fe de bautismo, contaba dieciocho años; moralmente apenas tendría nueve. Demasiado espigada yá para habérselas con muñecas de trapo ó de cartón, se le iban las horas en juegos con su ahijada, muñequita de carne y hueso. La adoraba, no sólo por esa ternura que inspira la niñez, ni por aquella especial que inspiraba el angelito, ni por el instinto materno tan pronunciado en Mercedes, sí que también, y quizá más que por todo, porque veía en la niña algo como un vínculo que la unía á su amado. ¿No era Blanca ahijada y sobrina de ambos? ¿No tenía cariño entrañable por los dos? Para el corazón de la joven era esto argumento irrefutable. Ello estaba como en la atmósfera. Blanquita misma llegó á sentirlo.

Un domingo, después de misa de ocho, se hallaban en el corredor, Ester, los padrinos y la ahijada. Mercedes le arreglaba á ésta una canastita de flores; Máximo, que había estado bobeando con la niña toda la mañana, entró en juicio, repantigóse en una mecedora, levantó la cabeza hacia el cielo del corredor como si contase los portaletes, y dando golpecitos con los dedos en los brazos de la silla, á guisa de acompañamiento, se puso á silbar el *Dúo de los Paraguas*. Hallaríase en los astros, en Norte-América, en cualquier parte, menos en la casa. Blan-

quita se entretenía en hojearle el devocionario á su madrina, admirando los registros. De repente toma uno, el primero que halla á mano, lo pone entre las flores, se acerca de lado á Máximo, lo sacude, lo vuelve á la realidad, y, con una chuscada, con un gesto de risa contenida que le alumbraba la carita, le dice al oído en un secreto susurrado, aparatoso, que todos oyeron: "Esto es que te manda *Cheres*." Y le pone el regalo en las rodillas. La niña lo hizo de tal modo, que Máximo, á pesar de su aplomo, no deja de inmutarse un tanto; Mercedes baja los ojos en-

cendida; y el diablillo agrega con mucho dengue: "Papá y mamá son novios; 'Maximito hermoso' y *Cheres* son novios también; la *Niña* quiere que sean novios." Y volviéndose á Ester: "¿No es cierto, mamacita, que *Cheres* y 'Maximito hermoso' van á ser novios?" Sin esperar la respuesta, y á carcajada tendida, corre saltando hasta el extremo opuesto del corredor, torna hasta la mitad, y, escondiendo la carita tras los tallos fibrosos de una iraca que desparramaba sus plumajes tropicales por encima de un aparato á estilo rústico, y señalando con el dedo

á sus padrinos, grita con tono burlesco: "Hi! hi! hi! son novios, son novios!" Suena la campanilla del contraportón, y aparece el abuelo. La niña se le aboca, lo ase con un bracito por una pierna, y, siempre señalando, repite: "¡Véalos, Pepito; véalos: ¡son novios, son novios!" Máximo estaba lo que se llama corrido; Mercedes palidecía; Ester, viendo que yá no era posible disimular, exclama: "¡Esta sí es la muchacha....." Pepito que se da cuenta, sonríe maliciosamente, quiere decir algo y na, da dice. Máximo siguió pensativo, y ni siquiera hizo caso cuando Blanquita fue á recitarle al abuelo el *Blas y Blasa* que el mismo Máximo le había enseñado. A poco se despidió, y, pensando en el significativo rubor de Mercedes y en su propia inesperada turbación, esta pregunta surgió en su mente: "¿Por qué nó?"

La escena, como todo lo relativo á Blanquita, fue en la casa muy comentada, y todo ello aumentaba el entusiasmo y la admiración por aquella muñeca, con quien todos chocheaban.

V

Todos nó: Alberto continuaba indiferente á los grandes acontecimientos de la casa: por entonces sólo lo preocupaba el *sport* rodado: era el número uno de los ciclistas de la ciudad. Cuando, con el traje del caso, pedido especialmente á Europa, volaba por esas calles, fantástico, trasfigurado, saludando, gorra en mano, á sus muchas admiradoras, parecía "el Negro Rivas" un fin de siglo convertido en meteoro. ¡Ah, Negro elegante y cachaco! Pero ¡oh brevedad de los tabores humanos! Un día lo llevaron á la casa en guandos. ¿Cómo fue aquello? Nunca se ha averiguado bien. Hubo golpe en la rodilla, y yá se sabe..... *líquido!* Desde que oyó á los médicos la palabra aterradora, todo lo vio entenebrecido; humores negros, esplines de lo más británico, neurosis franco-antioqueña le acometieron en gavilla. Pero no hubo remedio: tuvo que encamarse. Aquí de mis deberes, se dijo Ester; y principió una de esas venganzas inconscientes de la esposa amante y abnegada, de la mujer antioqueña, que tiene el talento en el corazón.

Y como si obraran de concierto, por un acuerdo tácito de sus almas, Ester y Blanca se unieron para consumar aquella venganza. Apenas si salía la niña del cuarto de papacito; en todo quería intervenir; metía sus manitas para ayudar á mamá y á los médicos á hacer las ligaduras; traía la servilleta cuando le llevaban las comidas; anunciaba la visita del facultativo; le ofrecía á Alberto cigarrillo y le acercaba el cenicero; acariciábale el cabello y los bigotes; lo cobijaba como á un niño, y á cada paso se le oía: "Papacito ¿está aliviao? ¿Quiere que la *Niña* cierre la ventana para que se duerma?" Y aquella vocecita daba

el tono de la caricia, del halago, de la tierna compasión. En su solicitud, todo lo refería á papacito; quería rodearlo, envolverlo en lo que ella más amaba; traíale á la cama las flores, los abanicos-anuncios que le regalaban en las boticas, su favorito *Almamía*, las estampitas de la Virgen. Hablábale de los palomos, de los gansos y del chivito de la casa de *El Poblado;* le tocaba en la guitarrita de pino que le había regalado Pedro, el asistente; denigraba la bicicleta, esa bicicleta fea y malcriada, esa descarada que había tumbado á papacito; lo obsequiaba con barras de caramelo, metiéndoselas en la boca para que chupara; regañaba á Alberto II por los estrépitos, por el taconeo que no dejaban dormir á papacito; quería que éste *librara* cada rato en unos papeles muy grandes que tenían viejos y animales pintados; lo imponía de la salida y de la entrada de la yegua rucia y del caballo alazán; y cuando en la calle se sentía ruido de carros, corría á cerrar la ventana para que á papacito no le dieran las viruelas.

Fue una escena enternecedora y cómica la aplicación del termo-cauterio. Blanquita vio los preparativos, con esa curiosidad de lo desconocido, peculiar de la niñez; pero cuando los puntos de fuego iban calcinando la rodilla enferma y empezó á sentirse en la alcoba ese olor de carne chamuscada, la niña prorrumpe en un grito vehemente de pánico y conmiseración: "¡No maten á papacito, no lo maten por Dios! ¡Pobrecito!" Y loca, arrebatada, se abalanza sobre aquellos "descarados" que acababan con papá. Y cuál se vieron los médicos y Ester para consolarla. De ahí en adelante había que sacarla del cuarto con cualquier pretexto, cuando se trataba de la chamusquina.

Todos los conocimientos que "Maximito hermoso" le había trasmitido, los rezos que mamá le enseñaba, los cantos de la dentrodera, los cuentos de la planchadora, todo se lo ofrecía á papá como fuente de distracción; y, acomodada en la silla de asiento de peluche con "floritas pegadas" que le había comprado Pepito, principiaba muy satisfecha: "Esta era una señora que tenía dos muchachitas, una buena y otra mala....." O bien, poniéndose en pie, con la cabeza ladeada, los bracitos caídos, ajustándose en todo á los preceptos de Máximo, declamaba:

"No hay burlas con el amor.
Tontería!
Cuando Calderón lo dijo
Estudiado lo tendría.
....."

Todo esto, sin contar el hechizo de la infancia, esa poesía, esa delicia indefinible de la travesura, esos exabruptos, esas desproporciones de una inteligencia, cuando asimila, cuando busca

la relacion de las cosas, cuando se abre á la investigación. Y ¡cuidado si Blanquita era investigadora! Más que la belleza y la gracia infantil, más que la blandura de aquel corazoncito, maravillaba tánta inteligencia en aquella criatura que aun no había cumplido cuatro años. Como bien podía decirse que Alberto no la había tratado, las manifestaciones de ese carácter fueron para él otras tantas novedades.

Sus amigos de casino, de *sport*, de jolgorio poco más le acompañaban: si al principio le visitaron unos cuantos, pronto se vio reducido al círculo de la casa, y, como no tenía el dulce vicio de la lectura, si se exceptúa la de periódicos europeos, pasaba las negras horas de reclusión con su mujer y con su hija.

El primer mes que estuvo reducido á la cama, parecióle aquello insoportable, imposible; del segundo en adelante, cuando ya le permitieron los médicos estirarse en una silla, todavía llevaba en su espíritu algunas nubes negras; y cuando con el cuerpo principiaba á hacer pininos, iba despuntando por allá en esas oscuridades un alborcillo plácido y tranquilo que lentamente se iba avivando y difundiendo una emoción nueva, enteramente desconocida para él. Tenía notas melancólicas, tal vez tristes; pero, así y todo, lo vivificaba, le infundía calor, ánimo, aliento; descubríale horizontes, lontananzas que nunca contemplara en su vida, cual si el hombre moral se viese de improviso en alta cumbre que dominase extenso, dilatado panorama. En aquel corazón donde antes pulularan larvas, cizaña, flores de envenenados efluvios, brotaba poco á poco, como á influjo de mágica primavera, una eflorescencia de dulces, de elevados sentimientos. Cual emanaciones fecundantes, aquellos sentimientos se elevaron á su cabeza, y formando corrientes, condensándose, resolviéronse en agitado torbellino. Por varios días se encontró en completo estado de turbación, y en sus insomnios, aquel cerebro fermentado hervía como la almáciga cuando el jugo de la madre tierra la hace reventar. Eran tan puros, tan luminosos los vapores que se alzaron de aquel corazón, que el intelecto de Alberto Rivas tuvo un instante de clarividencia. Replegado, sobrecogido en sí mismo pensó, y por la vez primera contempló el mundo, se contempló a sí propio con miradas de reflexión; tendió la vista al pasado, y todo aquello que en antes lo halagara, todo aquel cúmulo de sucesos en que puso su encanto, se le iba antojando pálido, tedioso, mentido. Tornando al presente encontraba á Ester, á su hijo, su familia, su casa y, por sobre todo, á su Blanca, á su hija, destacada, luminosa, como en tranquila noche de verano la estrella salvadora del marino. El hogar se le definió; la noción del deber se le impuso, y, como si la conciencia hubiese abierto un dique, una ola saludable de remordimiento lo inundó por completo. Alberto se sintió redimido, esposo y padre.

VI

Once meses después del percance del ciclista—que ya no volaba en ruedas—nació bebé. Este sí que podía llamarse el hijo del amor.

Blanquita estaba trastornada: en su cabeza se anudaban en maraña de confusiones, Carlitos, bebé y la "Virgen María." ¿Era bebé el mismo Carlitos que le guardaba la "Virgen María" á mamá? ¿Era otro Carlitos nuevo? ¿Estaba Carlitos allá en el

Cielo arropadito con el manto de la Virgen, ó era el mismo que dormía en la cuna, con la gorrita, la camisita blanca y los pañales cosidos por la Virgen y traídos por ella misma en aquel canasto tan bonito la misma noche que trajo á bebé? Confusión de ideas! A todos preguntaba, á todos requería; la niña comparaba las distintas versiones, y más y más se ofuscaba. Al fin, "Maximito hermoso" se lo explicó todo con circunstancias de tiempo, de lugar y de persona, con detalles de ociosidad artístico-infantil que asombraban á la niña. Sí era un Carlitos nuevo.

Era aquello un poema teológico, una á modo de cosmogonía de muñecas, de pajaritos, de ángeles, dictada en más de una conferencia. "El niño Máximo ha vuelto al estado de l'inocencia", decía la dentrodera, al oírle los disparatorios con que él se embelesaba, embelesando á Blanquita. La leyenda aquella tenía efectos estupendos. En el patio se oyó una música muy bella; papá y mamá fueron á abrir, y ahí estaba la Virgen con un envoltorio bajo el manto de estrellas y de luna; dos angelitos alumbraban con faroles; otro tenía el paraguas; otro tocaba la campanita; una docena más atrás, cornetas y tambores; y unos pajaritos muy lindos hacían *pío, pío.* La Virgen, calladita, se entró á la alcoba; se arrimó á la cuna; puso adentro á bebé con mucha maña, y el canasto de ropa sobre un taburete; y se salió, calladita como había entrado; y ella, y los ángeles, y los pajaritos se volvieron volando para el Cielo. Blanquita, que no era pródiga en sus besos, se los daba entusiasmada á aquel maestro tan sabio, tan enterado de todas las cosas de la Virgen María. Fue entonces cuando él le regaló la de *terracotta* y un devocionario tamaño como una galleta para que *librara* en misa.

Quería que le dieran á bebé para cargarlo, para estrecharlo entre sus brazos, para comérselo á besos. Era un desbordamiento, una locura de ángel. Aquel bebé con sus piesitos tan chirringos, con sus uñitas como las lentejuelas rosadas que le había regalado *Chcres*, y que chillaba como *Almamía* cuando se lo trajo la planchadora; la Virgen María que traía y guardaba muchachitos; aquel Carlitos del Cielo, vinieron á ser para la niña como un delirio. Una mañana, á tiempo que Ester la peinaba, dijo con aire de pleno convencimiento: "Mamacita, la *Niña* estuvo con la Virgen y con Carlitos."—"Sí, sí, mi ángel, los has visto en la *Cruz*", dijo Ester, creyendo que se refería á la estatua de la Virgen del Perpetuo Socorro venerada en esta Iglesia. "Esa nó, mamacita: la *Niña* los vio *durmida*, en el Cielo, y la Virgen María la cobijaba con su manto como á Carlitos." (Porque Blanquita para expresar que *soñaba* decía que había *visto.)*

En ella se recrudeció la ternura, la devoción, el afecto por la Virgen. Entró en tal estado de fervor y misticismo que sus temas, sus juegos revestían el carácter religioso: todo era administraciones, misa, altares, procesión y Mes de María. Unas veces era sacerdote, otras campanero, monaguillo con frecuencia. También *Almamía* desempeñaba diversos papeles, lo que daba lugar á grandes conflictos, porque á las veces se le antojaba á Blanquita que el turpial de papá, que estaba en su jaula adosada á la pared del patio principal, por allá muy arriba, ó que el canario de mamacita, cuya jaula colgaba de la ventana del costurero, tomaran participación en sus fiestas religiosas, pues en su instinto estético se le figuraban estas dos aves canoras y sus ele-

vadas prisiones, algo así como el coro que había visto en las iglesias, á donde la llevaban con frecuencia.

Bien se comprendía que Blanquita era mujer de esta época de las fiestas religiosas, del embolismo de devoción y de cofradía que por ahora nos acomete; y si ella se chiflaba por este lado, no le iba Máximo en zaga en esotra chifladura literaria en carne viva que padece esta nueva Atenas de caja de fósforos italianos. Sí, señor; Máximo era uno de tantos, y para Blanquita componía poemas regionalistas al par que decadentes, cuentos de la montaña y hasta discursos en que salía á figurar aquello de la *dura cerviz*, *del gran carácter*, *del hogar cristiano*, de esta nuestra influencia antioqueña, avasalladora, definitiva en los destinos del mundo. . . .

Como se ha visto, el hogar de Alberto Rivas estaba en el cenit de la felicidad. Ester sentía estremecimientos nerviosos de dicha. Su marido suyo, enteramente suyo, reconciliado con Dios, dedicado á ella, á sus hijos, á su familia, reñido con el Club, activo y metódico en sus trabajos; las horas de vagar para su casa, dando la bendición á sus hijitos cada noche, rezando el rosario con frecuencia, acompañándola en sus contadas visitas. Parecía más joven y más bella; sencilla y desprendida, le halagaban ahora los bienes de fortuna, el gusto y la elegancia de su casa. En ella se recluía, como temerosa de que en otra parte pudiera evaporarse tanta ventura. Y Ester, de suyo tan hacendosa y ordenada, tan pulcra, tan fanática por el aseo, como buena medellinense, estaba ahora más exagerada con aquella vivienda tan cómoda que Alberto había hecho refeccionar con todo el lujo y las invenciones modernas.

Todo esto era para Ester un sueño, un milagro, obrado únicamente por ministerio de Blanca, quê la abnegada esposa ninguna parte se atribuyó en la providencial mudanza.

Pepito, para quien no se habían ocultado las íntimas penas de su hija, y que nunca le había hecho á ella la más mínima alusión á este respecto, estaba rejuvenecido con la trasformación de aquel hogar. Reverdecía en sus nietos y en Máximo y Mercedes, á quienes yá veía casados—que el matrimonio de los padrinos de Blanca al fin se había arreglado definitivamente con aplauso universal.

VII

Blanquita, á pesar de la traslación de la santa casa de la Virgen al Loreto de la sombra, seguía en el patio contemplando el cielo tan barrido. Más quê barrido parecía lavado, bruñido: la luz con que Dios alumbra nuestro valle se prodigaba en un derroche de gloria; las zonas luminosas de todas aquellas paredes recién enlucidas, eran de una blancura incandescente; el fo-

llaje de árboles y trepadoras, los frutos, las flores, el césped, heridos por aquel resistero, semejaban una vegetación de talco, nno de esos paisajes con incrustaciones de nacar que lucen en el fondo de algunos pisapapeles de cristal.

La niña bajó de los cielos á la tierra. Junto á la base de un poste del corredor, en la juntura de dos ladrillos, había repuntado como por encanto un hormiguero, aun no debelado por la escoba del asistente. Verlo y sentarse á contemplarlo, todo fue uno. "¡Mírenlas que tan formales, cómo llevan su comidita!" exclama entusiasmada no bien aparecen unos cuantos de esos *titancitos laboradores* agobiados con un átomo blanco, apenas perceptible, del pétalo de una rosa. "¡Lo que comen es *floritas*..... ¡Qué tan lindo!" Y cual si con la admiración se le acabase el entusiasmo hormiguero, corre al santuario, quita la Virgen, la carga en el delantal y la da á Ester para que se la ponga en la repisa del Divino Rostro, donde había que colocársela siempre "para que no estuviera solita."

"*La Niña* quiere coser", dice Blanquita, acercándose al cesto de medias que repasaba Ester, "quiere coser con naranjita, así como usté, mamacita." Pero no hubo lugar á la costura, porque de pronto siente que unas manos misteriosas le tapan los ojos y que una voz cavernosa del otro mundo le dice: "¡Que te come el tigre, que te come!" Y el tigre le comía el pelo, y las mejillas, y el pecho, y los bracitos. La víctima zapatea de gusto, lanzando aquellas carcajadas argentinas que más que de las cosquillas del besuqueo eran de alegría, de aquella como atracción psíquica que sobre ella ejercía "Maximito hermoso." "No me trajites los pajaritos", le dice ella con mucho mimo, apenas Máximo se ha sentado, y, metiéndosele entre las piernas y colgándosele á dos manos de la nuca, agrega con fingido enfado: "No te quiero Maximote feo."—"¿A que sí?" exclama él, y, tomándola por las axilas, la alza en vilo y la recuesta contra la pared. "Por fin sale de la muchacha", prorrumpe Ester entre alarmada y satisfecha. Blanquita se retuerce de contento. "¿Qué te dijo *Cheres* anoche? ¿Qué resolvió por fin que cantáramos en el cumpleaños?" pregunta Ester sin levantar los ojos del zurcido. Máximo, sin atender á la pregunta, baja á Blanquita, y este tío de los tíos se pone muy orondo á hacer con ella el *Aserrín, aserrán, las maderas de San Juan*, con todo y canto. "¡Este sí es el más bobo que yo he visto! Es más niño que Blanca. Míra; si con los sobrinos te pones así, con los hijos habrá que hacerte rancho aparte!" El le soplaba al oído á la niña, y la niña iba repitiendo como un fonógrafo: "Madre cursilona.....chiflada..... *esculta*.....remendona y perecida.....que no sabe hacer..... sino oficios.....de negra sirvienta....." Ester pregunta, provoca, incita al hermano de todos modos para hacerlo conversar,

pero el tal como si no oyera. Después de repasar con la niña todas las boberías, de haber *comprado carne, matado el pajarito sin cola*, enumerádole los nombres de los dedos; después de hacerla andar para ver si aun torcía el zapatico izquierdo—único defecto que encontraban en aquel ángel y que Pepito estaba empeñado en corregir—pasa con toda formalidad á la clase de recitación.

Se trataba de enseñarle á la niña á declamar, con toda la mímica y expresión del caso, unos versos que su padrino le había compuesto para que felicitase á Pepito en su próximo cumpleaños. La niña, paradita en un taburete, con la quietud exagerada que solía gastar en las ocasiones solemnes, fijos los ojos en "Maximito hermoso", que hacía de figurante, iba repitiendo las palabras, imitando los gestos, el movimiento de las manos, sugestionada, hipnotizada por aquel influjo omnipotente de su maestro.

Y no era tan sólo Blanquita la del ensayo: Ester y Mercedes también querían obsequiar al venerable viejo, grande amigo de la música, con algún bambuco ó con algún trozo selecto de ópera cantado á dúo. Tampoco Alberto quería quedarse atrás en aquella fiesta que él mismo había promovido: iba á estrenar oficialmente el landó con su tronco de caballos ingleses, y en ello se ocupaba. Como la familia del suegro no cabía toda en el carruaje, había determinado no usarlo para conducirla á casa, sino que, en cuanto terminase la comida, entre cinco y media y seis, darían Pepito, Blanca y él una vuelta por la *Quebrada-arriba*, pasarían por el Parque de Bolívar, y, siguiendo por la Carretera del Norte y por la Plaza de Berrío, tornarían á casa, donde yá estarían en escena las cantoras.

No era aquello solamente el natalicio del abuelo: era el brote, el alarde de una felicidad que necesita manifestarse. Todos á cual más tenían especial empeño en excederse á sí mismos en aquel triunfo de la dicha, en aquella orgía del afecto. Blanca, la que volvió la paz al noble abuelo, la ventura á sus padres; la que enlazó los corazones de sus padrinos, era el geniecillo providente que tenía en sus manos los hilos todos de aquella dicha solidaria. Como alma de la fiesta la proclamaba la familia.

La de Rivas, culta y refinada si las hay, preparaba de acuerdo con las modistas, con las grandes cocineras de la ciudad, con floricultores y tapiceros, todos los refinamientos posibles en Medellín para la celebración de este cumpleaños.

La víspera todo estaba preparado. Mercedes y Máximo acudieron esa noche á casa de Alberto, ella para dar los últimos perfiles al canto, él para presidir *la répétition générale*, que decía Alberto, la muestra que llamaba *Cheres*, en que Blanquita

iba á interpretar el genio creador de "Maximito hermoso." En el comedor, escenario de la fiesta, iba á verificarse el ensayo. Los presentes ocupaban el asiento que en la comida debía corresponderles. La servidumbre toda, desde la planchadora hasta *Almamía*, esperaba ansiosa. A falta de Pepito, ocupa el puesto de honor una almohada que Máximo ha declarado por su padre. El está á la diestra; en el extremo opuesto, entre Alberto I y *Cheres*, la niña de pie en su silla, donde pueda oír á la novia, que es el apunte, y ver al novio, que es el figurante. "¡Silencio!" manda éste con tono imponente de dómine, y hace una señal.

Blanca, cómicamente pensativa, en actitud petulante de arrobo, con mohín picaresco en la boquita, acentuando los hoyuelos de las mejillas, infladas suavemente las narices, parece que invocara; lanza luégo un suspiro de su pecho, sacude con blandura la cabeza, revuelve en torno la mirada, tiéndela al frente, y, cual si de esos ojos emanase con el candor del ángel la travesura del diablillo, fíjalos en la almohada, y, á la señal de Máximo, principia:

"Soy la *Princesa Blanca*—tú me lo has dicho—
De tal tengo los mimos, tengo el capricho;
Yo soy un angelito blanco y hermoso;
De ángel tengo lo dulce, lo candoroso.

"Blanca también es mi alma, y en mi pureza
Vístome de lo blanco con la belleza:
Blancos son mis zapatos, bata y sombrero,
Blancos como el cariño con que te quiero.

"Yo soy lo más precioso que verse pudo
(Como todos lo dicen, yá no lo dudo)
Y para complacerte tánto me esfuerzo,
Que, míra el zapatico....yá no lo tuerzo!

"Tú eres, Pepito mío, viejito amado,
El papacito tierno, bello, adorado.
En la cabeza llevas tú la blancura,
Y en el cano bigote y en tu alma pura.

"Tal contento produce tu alegre fiesta
Que á celebrarla el Cielo mismo se apresta:
La Virgen, que guardado tiene á Carlitos,
Va á mandar á la tierra sus pajaritos.

"Mi almita blanca supo que hoy es tu día,
Y á tu alma, que es tan blanca como la mía,
Un beso manda: agáchate, pues, Pepito,
Que tu Blanca querida te dé el besito.

"Pero nó, que me raspas con tus mejillas;
Nó, que con los bigotes me haces cosquillas;
Ha de ser en la frente donde te beso,
Y parezca, al besarte con embeleso,
Mi boca, que en tus blancas canas se posa,
Como cuando en la espuma cae una rosa."

Dijo, y fue á acercarse á la almohada, pero la explosión de besos, de caricias, no la dejó llegar. Albertico casi la sofoca en su entusiasmo; á Alberto I se le saltaban las lágrimas. Ella se vuelve á su maestro con mucho mimo, y le pregunta: "¿Y sí vienen mañana los pajaritos?" Porque la venida de ellos era el premio que Máximo le tenía ofrecido, y era esto lo que más preocupada la traía.

VIII

¡Con qué solemne júbilo rasgan el aire las campanas de San Francisco! Es María que congrega á sus hijas á celebrar su natalicio; y al reclamo de la Madre acuden presurosas las doncellas todas de Medellín. Mercedes es de las primeras en llegar. En su alma límpida, serena, de novia y de huérfana, hay un dejo de tristeza que la enternece y la conturba: yá nunca más volverá á tomar parte en esta hermosa festividad de las vírgenes: en el año venturo, corona menos inmaculada, si más santa, ceñirá su frente. No puede más, no puede: aunque la vea todo Medellín llora con ese llanto que no es posible ocultar; recibe á su Dios; eleva su hacimiento de gracias; despídese de su madre y la pide su bendición con el lenguaje de las lágrimas, que en su emoción no le es dado ajustarse á las palabras consagradas de las preces ni hallarlas por lo pronto.

A las doce estaba en casa de Alberto para peinar á Ester y ayudarle en los últimos retoques. En acabando de colocar unas macetas en la antesala, admiraban el efecto, la perspectiva poética, cándida, deliciosa que ofrecía aquella serie de piezas. En cada puerta, doble cortina calada de dos paños; iracas, cincodeabriles, dracenas, jardineras de vistosas flores, pareadas á uno y otro lado, como recogiendo y abullonando aquellos encajes, daban la nota selvática sobre aquel fondo vago, trasparente, de espumas; y allá, en el último término, entre un círculo de alternanteras y coleos recortados á la inglesa, se veía el baño. "¡Qué bonito!" exclama Mercedes. "Parece el *monumento* de la Catedral."—"Eso mismo dijo Pedro", replica Ester muy satisfecha con aquella aprobación. "Lo que quiero es que papá pase por aquí para ir al baño: no ves que parece que va como por arcos de triunfo. No se le ha de pasar al viejito un día sin su baño antes de comer..... Y ahora que me

acuerdo: tengo unos jabones finísimos." Y ambas fueron á buscarlos, y los llevaron al tocadorcito del baño.

Este, oval, diáfano, remansado, semeja enorme lente. Dos fuscias simétricamente plantadas campan en el centro de aquellas espesuras artificiosas; extienden sus ramajes, cuelgan sus flores purpurinas y las dibujan en la quieta superficie.

Las dos cuñadas pasan al comedor; nada falta: tras el cristal de los artísticos aparadores relumbran porcelanas y electroplatas; en las rinconeras ostentan los cacharros sus campos y arabescos de oro, sus pinturas al fuego, el *rococó* de sus relieves; Baccarat ha enviado sus primores de muselina, sus copas de gasa; Pomona, sus grosuras; Flora, lo más selecto de su reino; y hasta el sol parece que acrecentara su belleza para filtrarse por los vidrios de colores de la ancha reja.

Blanquita enreda, mariposea é indaga por todas partes: "¿Mandará la Virgen los pajaritos á la fiesta? ¿No los mandará?"

A las dos parte la comisión de Alberto I, Alberto II y Blanca para traer á Pepito con su familia.

Justificando la estrofa de Máximo, Blanca lo estaba por dentro y por fuera: los zapatos, la tela, los encajes y aquel enorme sombrero de resplandor, cubierto, erizado de tules y de plumas: todo era blanco.

Al fin termina su *toilette* y aparece la madre de Blanquita. Llevara una diadema en su frente, y fuera aquella Ester que salvó al pueblo judío. Lo egregio y clásico del tipo; ese color trigueño que los pintores atribuyen á María; los ojos garzos, rasgados, que vierten la humildad y la caricia; esa boca que destila la dulzura; el cuerpo escultural de curvas ideales; el andar reposado y majestuoso—todo bíblico.

Traje y peinado contribuyen á la realeza. El cabello castaño que se embomba en quiebras naturales hacia la frente, que se afloja desmayado por la nuca vellosa, se recoge en la coronilla en nudo sobresaliente y gracioso. Seda amarfilada envuelve aquella escultura en una bata Princesa: ciñe espalda y caderas; flota ampulosa en elegante cola; cae suelta, deshecha en encajes por delante; ancha cinta tornasolada en verde y rosa desteñidos se enlaza sobre el pecho y desciende cortada en forma de tijereta, como para besar aquellos pies menudos que pisaron siempre firmes la senda de la virtud.

En una mesa de la sala estaban los presentes con que la familia de Alberto iba á obsequiar á Pepito. En vez de enviárselos á su casa, como es costumbre, querían entregárselos á su llegada. A tiempo que Ester abre una de las puertas que da al corredor, entran los esperados. Hija y padre se confunden en un abrazo. El viejo se enjuga los ojos y se cala las gafas para exa-

minar aquellas bagatelas tan valiosas á su corazón. Todos se agolpan en redondo de la mesa, todos hablan, todos se mueven, todos se agitan.

Blanquita corretea como una loca. Sale al patio; ve un colibrí que revuela junto á una maceta florecida, y salta exclamando: "¡Yá vino un pajarito! ¡Qué tan lindo!" El colibrí, rumoroso, intangible, se flecha por el zaguán interior y traspasa el muro de curazao. La niña, trasportada, se escurre por la última alcoba.

La alegre confusión continúa en la sala. De repente se oye un alarido de dolor, de espanto. Todos se precipitan en tropel. La niñera, convulsa, desencajada, brotados los ojos, mesándose el pelo, apenas puede articular: "¡Corran por Dios!"

Máximo, disparado, se lanza al jardín.

Sobre el baño flota como enorme margarita el sombrero blanco.

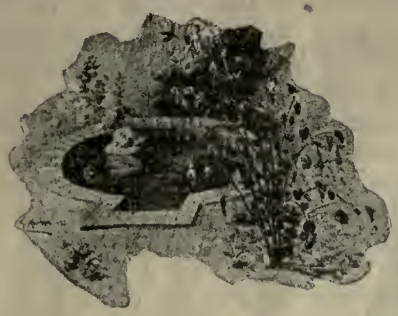
Se arroja al agua. Saca algo blanco, flácido, desmadejado.

Enloquecido, fuera de sí, lo sacude, lo zarandea, le ensufla su aliento, su vida.....

¡Todo en vano!.....

El colibrí, en tanto, revoloteaba rumoroso entre las tuscias.

TOMÁS CARRASQUILLA.



RIO ARRIBA

(DE ZARAGOZA Á DOSBOCAS)

EN la penumbra amable de la noche de marzo la dilatada playa se confundiría con la haz del agua, si no fuera por los estremecimientos de luz que suelen correr sobre ésta y por las sombras de las canoas que hunden, cansadas, en la arena sus pesadas proas, mientras entregan al río sus popas redondas. El agua al deslizarse entre las embarcaciones produce un murmullo suave y tenaz, que por su misma tenue monotonía llega como á fundirse en el silencio. Por la longitud y forma de aquellas sombras, un ojo diestro podría reconocer las varias categorías de canoas: desde los *doses* modestos y ligeros que abundan bastante, hasta algún *ocho* pretencioso recién llegado de Magangué con carga de loza y petróleo.

Palpitan en el cielo, apiñadas, las constelaciones del Equinoccio con un fulgor ardiente y agitado como el de las pupilas de una amante; y esas chispas rojizas que en ordenada multitud y con majestad pausada buscan el occidente en el azul oscuro y en la quietud arrobadora y callada, sugieren la noción de una profundidad infinita y viva, una noción que infunde miedo inefable y como un deseo voluptuoso de muerte y de descanso bajo la inmensa bóveda misteriosa.

A lo lejos, sobre el horizonte aplanado, el palio del firmamento es interrumpido por la zona de sombra, la que, limitada por un perfil caprichoso de tono suave, se va haciendo más y más intensa hacia acá y deja adivinar, no se sabe si al oído ó á la vista, la situación de la otra orilla, remota y quieta, en el adormecimiento de un rumor sordo y fatigado.

No se siente bajo el cielo más signo de vida que las luces intermitentes y ambulantes de los cocuyos, las que, estallando y apagándose caprichosamente, cruzan la negrura con rasguños de fuego que dejan en la retina la impresión de una estela rojiza. La húmeda frescura del ambiente acaricia los poros; y se experimenta una viva sensación de bienestar corporal, á que ayudan el recuerdo involuntario del calor bochornoso del día y el pensamiento de la insalubridad del paraje.

Está yá en su puesto el boga; el patrón no tarda en llegar, trayendo al hombro la palamenta..... Produce extraña sorpresa, en medio de la contemplación intensa del místico paisaje, la aparición de aquel bulto blanco que surge de entre la sombra del lado del pueblo y se adelanta hasta la orilla sin decir

palabra. El patrón trae el mal humor adusto del sueño bruscamente interrumpido. Los preparativos ocupan pocos minutos: está achicada el agua recogida en el fondo de la canoa, en el cual se ha arreglado en seguida un piso falso con algunos maderos secos; y, en la popa el patrón, el boga en la proa armado de su punta,—suelta yá la amarra—empuja, el segundo, apoyando el pecho contra el extremo superior de la vara, cuya extremidad inferior, hecha de fierro, clava en la orilla; gobierna, el primero, con el canalete, y salimos al agua.

El viaje es río arriba. El boga, con maestría y certeza que sólo viéndolas pueden creerse, hace avanzar la canoa contra la corriente, en la oscuridad, apoyando su punta contra los troncos, las piedras ó las ramas que en la orilla ó dentro del río puede encontrar, y—asido del otro extremo con ambas manos, que junta sobre la clavícula,—hace ademán de andar de proa á popa, con lo que á cada paso avanza la canoa con creciente rapidez, hasta donde lo permite la longitud de la punta. Aprovechándose del movimiento impreso á la embarcación, vuelve el boga hasta la proa con la punta en balanza y con marcha segura y cadenciosa; la clava de nuevo, rápida y precisamente en otro punto de apoyo que sólo sus ojos y su familiaridad con esos lugares le permiten descubrir, y repite su simulacro de marcha, acompañando cada uno de los pasos con un grito corto, acompasado y agudo, que suena como un quejido animoso y recuerda los pujidos del paujil selvático.

Gracias al movimiento de la embarcación, las ligeras corrientes de aire se hacen más sensibles. Bullen alientos frescos que, como niños que ensayaran risueños sus primeros pasos, apenas tienen fuerza para llegar vacilantes y perderse sobre las aguas.

La canoa adelanta tortuosamente; y, ora á distancia de las orillas escuetas, ya entre los senos tenebrosos, al pie de los barrancos que sostienen los árboles apiñados de tupido ramaje, luégo cruzando de una orilla á otra sobre el lomo tremente del río, parece, por la tenacidad del esfuerzo y la variable velocidad de los movimientos, un monstruo herido que huyera en busca de alivio.....

La salvaje soledad ejerce inexplicable atractivo, y como que desquiciara las nociones convencionales que fuera de aquella atmósfera son dueñas del espíritu. Poco á poco el vaivén adormecedor de la canoa aletarga el cuerpo, y se produce una conciencia independiente y nueva en que hay algo de sueño y predomina una disposición amplia de benevolencia y optimismo irreflexivo. Entra la mente en un orden de ideas y apreciaciones sencillas y claras, pero esencialmente elementales, primitivas y sin trascendencia. Se siente con sorprendente vehemen-

cia la extraña dualidad interior que de cuando en cuando, en contadas situaciones de la vida, se nos revela como un hecho confuso y extraño. El entusiasmo, las curiosidades, las ansiedades y los despechos dolorosos y corruptores que caracterizan los movimientos del alma en la brega por la existencia en los centros civilizados ó semi-civilizados, se ven, al través de aquella suave niebla de sueño y de bienestar físico, como martirio innecesario, inexplicable, casi ridículo á que otro yo, inerte en estos momentos, se condenó por capricho imperdonable, como tortura sistemática y sin objeto y falta sin excusa. Sólo reina en la mente la apreciación egoísta del actual momento, dentro de ese todo incomprensible y absorbente, en el centro de esa vida prodigiosa y reposada que se solaza en la quietud y el abandono, como llena de confianza y certidumbre..... Y en la alucinación de ese nuevo aspecto del Universo y de la Vida, se siente uno como llamado con creciente solicitud á una inercia contemplativa, sin autonomía ni responsabilidades, sin ligaduras con otros seres, ó con ideas ó propósitos propios, y van intensificándose esas impresiones con una graduación parecida á la que rige el movimiento de los cuerpos flotantes, que en los remansos perezosos de nuestros grandes ríos, recorren las curvas de los remolinos, lentas y amplias al principio, y después rápidas y estrechas.

De cuando en cuando la purísima extensión del firmamento se ve cortada por el ramaje, espeso aquí y cerrado como un negro paño, más allá ralo y formado por líneas y manchas caprichosas, que se marcan sobre el azul estrellado como rasgaduras que dejaran asomar, tras esa máscara amable, la cara del infinito negro. Al pasar de un lado al otro del río la canoa trepida suavemente, y se adivina debajo, el poderoso hervir de la corriente enorme y silenciosa, mientras los canaletes golpean simultáneamente el agua con ruido obsecante y monótono, como una interrogación estúpida que se nos repite con empeño.

Hay á lo largo de las riberas una zona de aire perfumado que embriaga, y que despierta, por misteriosa manera, recuerdos medio borrados de horas de goce y de ensueño; en las ensenadas pedregosas—grutas oscuras—el agua, golpeando contra los barrancos, produce los más caprichosos ruidos, roncos á veces como la voz cascada de un anciano, y otras, frescos y argentinos como la risa de un niño; y entre las sombras brillan con claridad azulosa y fija, como miradas tristes, las luces fosforecentes de la podredumbre.

¿Cómo acierta el boga, en la tiniebla, á apoyarse siempre de modo que avance convenientemente la canoa? Parece como que ésta á veces conociera y buscara á su guisa su camino.

Nuevas constelaciones cruzan yá por el cenit, acudiendo, palpitantes y pausadas, como enamoradas princesas, á la gran

cita en el occidente y miran con piedad hacia la tierra, estrella negra.

Ni una nube en el cielo. Los ojos hechos yá á la oscuridad distinguen mejor líneas y matices antes inciertos: se adivina la majestad de los árboles enormes que de trecho en trecho descuellan entre la vegetación tupida de las orillas; y contemplando con insistencia el reflejo de las estrellas en la fuga de las aguas, absórbese de tal manera la atención, en la quietud del pensamiento, que acaba uno por sentir como una sugestión impersonal que paralizara el alma.

El patrón, inmóvil, más que un hombre parece parte integrante de la canoa, y el boga no se cansa de animar sus movimientos con el grito acompasado y monótono.

Súbito, como si el agua se hubiera puesto á salmodiar, surge de la popa, con naturalidad familiar, una voz fresca y baja que canta, arrastrando las notas graves, como quien acaricia lentamente con la mano la cabellera suave de una mujer hermosa y amada. Es el patrón negro que deja que su pensamiento preocupado hable en las sencillas trovas del puerto, toscas y nobles hechuras de la pasión de almas primitivas y enteras....

El que me oyere cantar
Pensará que estoy alegre,
Cuando tengo el corazón
Como la noche que llueve.

—

Adiós casita de paja
Empajadita á manojos,
Adiós, vidita del alma,
Yá no te verán mis ojos.

Por algún tiempo la tristeza de estos cantares, cuyas notas de angustia se derraman por el aire como una bandada de palomas negras, sigue prestando una alma á la soledad. Luégo cesa el canto con la misma naturalidad con que empezó, como uno de tantos rumores del agua ó del viento; pero la pasión, el esfuerzo, el desaliento, el ansia del amor quedan hablando entre la sombra.

En el tenaz sopor de esta naturaleza tropical que pide á la frescura sensual de la noche la renovación de sus monstruosas fuerzas de reproducción, que, en todas sus manifestaciones—en que tánta vida lleva dentro de sí tánto germen de muerte, desde el microbio hasta el rayo—hostiliza y rechaza con desprecio al hombre, al intruso inerme y ciego; en la oscuridad fecunda que sólo interrumpen los cocuyos con sus suspiros de luz, habría discordado como una profanación, cualquiera voz que no fuera la ronca del amor y de la tristeza, generadores de la me-

lancolía, cualquiera voz que no hablara del símbolo sencillo de la pasión que anima lo inerte y le infunde aliento, para que guste una vez del regocijo fecundante, antes de volver al letargo ó á la descomposición. Y el canto del patrón, temblando entre las respiraciones del inmenso mundo adormecido como en un éxtasis, sonaba como el verbo del misterioso destino de todo lo mortal, como el epitalamio de aquella noche de bodas de la tierra negra.

Ya amanece. No hay celajes que con sus bordes iluminados y brillantes anuncien la aurora. Hacia el oriente, el azul se hace menos intenso y lo cruzan estremecimientos suavísimos de fulgor plateado; las estrellas palidecen como en erótico espasmo; comienza á bullir una extraña vida de movimientos y rumores tímidos en la espesura; ya el agua no tiene las trágicas negruras ni las fajas luminosas de antes, y va entrándose á los senos oscuros de las orillas un aliento gris, perezoso, salido del río. Lo negro se hace confuso; lo confuso empieza á determinarse; es un crespúsculo rápido y triste que va cambiando en crudezas netas y mezquinas las grandiosas vaguedades de la noche. Ya se distinguen bien los árboles: las ceibas corpulentas, los aceites de brazos poderosos, los caracolíes cuyo ramaje de verde claro se destaca entre el oscuro verdor de la selva, los majaguos empeñados en remedar á las ceibas; y bajo esa bóveda de altos ramajes, la tupida zona de los árboles menores, de entre los cuales ascienden á los ramos excelsos los bejucos torcidos, enredados, callosos, á veces cargados de orquídeas enmarañadas que se aferran á aquellas redes como esforzándose por dominar desde allí con sus penachos floridos el paisaje solitario y desolado.

Amanece. De entre un guadual de la orilla sale hacia el centro del río un penacho magnífico que, formando un arco, va á tocar con su punta temblorosa el agua. Sobre este arco dos cardenales, acabados de salir del baño, sacuden sus alas color de sangre fresca y hacen palpitar sobre el verde limpio y claro la nota roja llena de luz y de provocadoras caricias.

En una vuelta del río, allá arriba, asoma avanzado hacia nosotros otra canoa. Se acerca, pasa frente á la nuéstra. Vese en ella, en la popa, un negro corpulento, acurrucado, quieto, con la cabeza inclinada y teniendo entre las manos su gran sombrero de caña; en la proa, enrollado como un perro, un chico desnudo, negro como el pecado. Dentro, y á lo largo de la canoa, un bulto inmóvil. La quietud del aire permite que ardan sobre las bandas dos velas, cuyas llamas se agitan como manchas amarillas y muertas entre las claridades grises del vapor del río.....

¿Por fin murió? pregunta el boga de acá.

—Murió ayer, contesta el de allá.

—¡Bendito sea Dios!

Y la canoa mortuoria, arrastrada por la corriente, va á perderse en otra vuelta del río, pasando bajo el arco triunfal de la guadua, en cuya cima los dos cardenales lanzan sobre el verde claro y limpio la nota roja llena de luz y de provocadoras caricias.....

Aquí como allá, en la populosa capital y en la orilla mortífera y selvática, sólo hay para el hombre, en el orden de la naturaleza,—indiferente y avasalladora—dos fuerzas dignas de ese nombre: el amor y la muerte. Sólo ellas imperan, sólo ellas vencen y todo lo llenan, justadores anónimos del Eterno Misterio. El amor y la muerte: ¡las dos trasfiguraciones milagrosas! El amor y la muerte, acaso dos caricias misericordiosas del destino.....porque ¿quién sabe lo que es la vida?

Septiembre de 1897.

PEDRO NEL OSPINA.

"EL MORO" DE MARROQUIN

Y VICIOS OCULTOS LLAMADOS REDHIBITORIOS

(Continuación).

EL MORO fue caballo de tiro, y no lo hizo mal, las mujeres montaban con gusto en él, y los guapetones y *fiesteros* subían las letras cuando lograban apretarle la cincha. Con lo que sí no se pudo profanar su lomo fue con la carga.

Era, pues, El Moro, por lo poco que se ha expuesto y por lo mucho y útil que verá el que lea completa su Autobiografía, un caballo demasiado apetecido, á pesar de que él se consideraba á sí mismo como un sér absolutamente despreciable, no porque le faltaran atractivos ni careciera de las cualidades que hacen distinguir á los individuos de su especie, pues como se ha visto los poseía en grado superlativo, sino porque *era coleador*, defecto que El Moro colocó al nivel del infortunio ó de desgracia irreparable, y á veces confundió con la infamia y el crimen!

Vaciló para confesar su pecado por primera vez:

"Aquel diabólico abuso de las espuelas y aquel maldecido bozal de hierro me hicieron....me hicieron.... ¿me atreveré á decirlo....? ¡Me hicieron coleador!"

Usó de reticencias y de circunloquios cuando á *fortiori* tenía que hablar de su malhadado vicio, y en no pocas ocasiones ocurrió á estratagemas para ocultarlo ó para hacer creer á los circunstantes que sus coleadas eran sacudimientos enteramente naturales ó guarapazos, en forma de reprimenda soberana, dirigidos á los insectos que sobre él se posaban.

El Moro, cuando fue potrico, se sumergió en un tremedal, y para sacarlo de allí "le tiraron de las orejas y de la cola con toda la fuerza necesaria para vencer el peso de su cuerpo y para despegarlo del lodo glutinoso en que estaba sepultado."

Vio en aquella vez en el firmamento más estrellas de las que había visto al nacer; "sintióse muy quebrantado y molido, pero lo que más lo atormentaba era el dolor de las orejas y sobre todo el de la cola."

"Ay, aun no sabía yo—decía—que este último era no sé si principio, ó más bien negro presagio y fatídico anuncio de los males que me había de ocasionar esta desdichada parte de mi cuerpo."

En la operación de rasura y arreglo de cascos que se ejecuta en los potros y en la cual quedan éstos como de viaje para el otro mundo, volvió á sufrir El Moro fuertes tirones de la cola ("¡su dedo malo!").

Geroncio, que pasaba por amansador y por picador (vulgo chalán), fue el primer Maestro de El Moro. Empezó por enseñarle á obedecer á la rienda: "para ello tomábala de un lado, la ponía á la altura de su rodilla y tiraba hasta que lo obligaba á doblar el pescuezo y á volver el cuerpo."

D. Cesáreo (segundo dueño de El Potro) permitía que Geroncio lo arreglara. "En menguada hora tomó tal determinación, pues á ella se debió la desgracia que acibaró la existencia de El Moro y que no permitió que aquél sacara de ser dueño suyo las ventajas que se había prometido."

"Geroncio para *ponerle boca*, según él decía, como para *arreglarle* el paso, ocurrió á darle *sentadas*, esto es, á tener bruscamente las riendas echando el cuerpo para atrás, con lo que lo obligaba á pararse en seco, doblando demasiado los corvejones."

"Ignoro, decía El Moro, qué efecto esperan los *chalanes* que á la larga produzcan las *sentadas;* lo que sé es que á mí me hacían seguir andando con miedo, de suerte que me iban deteniendo de cuando en cuando, pues yá me parecía que iba á sentir el sofrenazo, sobre todo al percibir cualquier movimiento del jinete."

"Mi amable Institutor dio en que, para enseñarme á ir sobre la rienda, debía usar espuelas."

"Me he detenido de propósito, agrega, contando estas cosas, porque no creía que llegara nunca el punto en que había de palpar el más funesto de los resultados que tuvo la torpeza de mi amansador. No puedo hablar de esto ni siquiera recordarlo, sin llenarme de vergüenza y de despecho. Pensar en ello es pensar que mi suerte, que pudo ser de las más envidiables, vino á ser de las más negras; que mi carrera quedó truncada y perdido mi porvenir."

Fue entonces cuando El Moro exclamó traspasado de aguda melancolía, y viendo en miniatura seguramente á su verdugo y victimario Geroncio:

"Aquel diabólico abuso de las espuelas y aquel maldecido bozal de hierro me hicieron....me hicieron....¿me atreveré á decirlo....? ¡me hicieron coleador!"

De aquí en adelante el coleo de El Moro fue público y privado, de pensamiento y de palabra, de obra y aun por deseo.

Coleó en las pesebreras.

Coleó en los momentos en que Morgante "afeaba á Merengue el resabio que tenía de resistirse, cuando iba tras otra bestia, á salir del sitio en que lo montaban y de otros sitios en que se le antojaba pararse, encabritándose, andando hacia atrás y levantando las ancas cuando lo azotaban, defecto que deslucía las buenas prendas de Merengue, y que es uno de los que despojan á un caballo de todo el valor que pudiera tener, y coleó en esta vez de tal manera, que dio un suspiro, y, á ser posible, se hubiera puesto colorado."

Coleó delante de su segundo Maestro, Antero, "viejo picador que había cerrado yá su estudio", cuando D. Cesáreo arreglaba con aquél su educación final y la corrección del resabio de que adolecía, lo cual fue motivo en esta vez de que D. Cesáreo maldijese á Geroncio y blasfemase de suerte que "las blasfemias formaran contraste con su fisonomía monjil é hicieran que todos se espeluznaran, hasta los animales que las oyeron."

El coleo estaba en todo su vigor cuando D. Antero, en persona, hizo entrega de El Moro á D. Cesáreo, con diploma extendido de caballo de silla, razón por la cual éste "al paso que descubría más prendas" en el por tantos títulos famoso animal, prescindiendo, por su puesto, de la actividad de su extremo flotante, "más se aumentaba su despecho contra el villano que había tenido la culpa de que tales prendas hubieran quedado empañadas para siempre", y pasó por su mente el deseo fraudulento de *meter un clavo* con él.

Coleó en el momento más crítico y delicado, aquel precisamente en que D. Cesáreo pensaba *remachar* el *clavo*, ocultando el vicio tántas veces mencionado de El Moro, para lo cual había dispuesto que D. Antero, que como yá sabemos era hábil

picador, montase el caballo y lo pasease por las calles de Bogotá, en donde ocurrió lo que con tánta amargura refiere el mismo Moro.

"Yo estaba bastante bien adestrado para que á mi jinete no le fuera necesario ir moviéndome la rienda, ni estimulándome de ninguna manera; pero como yo no había visto nunca una población como Bogotá; como en las calles me sentí aturdido por el estruendo de los carros, por las voces y el andar de la muchedumbre que iba y venía, y se cruzaba por donde quiera; como entre los objetos que iba viendo por entre una especie de niebla que casi me cegaba, había algunos que me sorprendían, me puse torpe, indeciso y renuente; D. Antero consideraba que, si me hacía sentir el bocado ó me amenazaba con el talón ó con el azote, yo haría público lo que con más diligencia debía ocultarse. Mi jinete, usando de una prudencia que nunca podré encarecer bastante, me llevó como pudo y sin que ocurriera novedad desde la Plaza de Bolívar hasta la extremidad Norte de la 3ª Calle Real. Allí, en un almacén, estaban haciendo tiempo tres ó cuatro aficionados de los más inteligentes; y, como fuesen conocidos de D. Antero, lo obligaron á que se detuviera. Después de haberme examinado aquellos señores con gran prolijidad y de haber dado vuelta en torno de mi cuerpo para contemplarme bien, hicieron á D. Antero muchas preguntas sobre mi origen y mis condiciones, y llegaron á indagar si mi dueño me daría por cierta suma que á mí me pareció exhorbitante, con lo que me llené de orgullo. Despidióse al cabo D. Antero, y cuando con un suavísimo toque á la rienda me significó que debía seguir.....¿me atreveré á decirlo? Coleé. Mis admiradores soltaron la más insultante carcajada; y un condenado pilluelo que, arrimado á la puerta del almacén, había estado presenciándolo todo, prorrumpió en alta voz: "Mírenlo: si es Obispo. Vean como va echando bendiciones."

Volvió á colear frenéticamente, cuando después de cuatro días de riguroso ayuno y de forzado reposo sobre empedrados y fangales, El Moro había perdido el vigor y la salud: los pies le dolían agudamente y no podía ponerlos en el suelo sin experimentar estremecimientos. Se hallaba en poder del Tuerto Garmendía, terror de su existencia, quien para "curarlo y restituírle el aliento, le daba con fuerza rasgones y latigazos y renegaba como un condenado contra el viejo D. Cesáreo, porque le había metido carísimo un caballo, sin advertirle que era coleador, y magullaba el rabo y el anca á garrotazos." *

(*) No se habla aquí del *clavo* que *quería meter* D. Cesáreo, pues, al contrario, el famoso Garmendía, tipo semejante á Pepe Vega de *Tierra Virgen*, le compró á aquél El Moro, poniendo en juego el dolo y la intimidación, y se lo *coleó*.

"El rabeo estuvo en todo su auge, cuando D. Cesáreo, después de que el caballo permaneció á cuerpo de rey en el potrero y había recobrado su vigor y sus carnes, lo montó para pasear en su finca. En esta vez, como en otras, el amo se lamentó de que con ese defecto El Moro se aplebeyase, y desluciese sus buenas prendas."

Pensó en el condenado coleo, y al acordarse de él, coleó, como había coleado cien mil veces cuando el Sr. Avila, otro de sus dueños, decía á su mujer "que era preciso enviar algún regalo á D. Cesáreo, pues no le quedaba duda de que sólo á la benevolencia y obsequiosidad de aquel bello sujeto, debía el haberse hecho, por un precio relativamente moderadísimo, á un caballo que, en concepto suyo, era el cúmulo de las perfecciones que pueden adornar á un individuo de su especie."

Coleó en un paseo al Salto del Tequendama cuando llevaba á cuestas á la encantadora Mercedes, hija del Sr. Avila. "A trueque de no haber coleado en esta ocasión hubiera consentido El Moro en permanecer por una semana en poder del Tuerto Garmendía."

Volvió á colear cuando fue montado por un militar, en ocasión solemne en que se verificaba Junta de Oficiales y Magistrados para encabezar una fiesta. "Vio en esta vez el Moro que el oficialete calzaba botas con espolines, y aunque éste no se atrevió á emplearlos, la sola idea de que los tenía tan cerca de su vientre, lo hizo colear desaforadamente. Tuvo, sí, el consuelo de notar que los más de los caballos de los otros militares coleaban poço menos que él."

Y vuelve á colear cuando ofrecido por su amo se preparaba el novio de Mercedes para ir en él á presenciar unas carreras. "Estaban viéndole ensillar su futuro jinete y unos amigos suyos muy currutacos que lo acompañaban. Montó aquél para examinar si las aciones estaban en el punto conveniente; El Moro coleó apenas sintió encima al jinete, y los amigos escandalizados de que él fuera á dejarse ver en un caballo coleador, lo persuadieron, no sin gran trabajo, á que desistiera de exponerse á las zumbas de todo el público. Uno de los amigos le ofreció puesto en el coche en que pensaba ir al hipódromo, él aceptó el convite y El Moro fue vergonzosamente despedido."

Por este suceso y por otros de que el lector puede imponerse en las páginas que se citan al fin, "El Moro devoró, desesperado é iracundo, el ultraje que se le había hecho sufrir y maldijo de todo corazón, y por la cienmillonésima vez, á su torpe amansador" (páginas 160, 161, 162).

El Moro experimentó una impresión que lo hizo colear con furor: "con la cola hizo molinete y con ella se disciplinó hasta que le quedó adolorida y como descoyuntada", cuando Morgan-

te hace una bella y admirable descripción de los Llanos de Casanare, en donde "la naturaleza parece haberse querido aparejar en esa planicie sin fin un escenario de sus magnificencias", y refiere que "para el acto de enlazar una res se procede como en la Sabana; pero que una vez enlazada, se le sujeta, no en la cabeza de la silla, sino á la cola del caballo, y así, éste siempre resiste los tirones y arrastra á la vez volviéndole la grupa."

El rabeo llegó á su máximum de actividad cuando un mancebito, á quien sus compañeros llamaban Pepe, consiguió "que D. Bernabé", antepenúltimo dueño de El Moro, "le alquilase éste para un paseo." "Por desgracia de Pepe y El Moro, la montura que á éste se le había procurado era matadora, y lo echó de ver muy presto; y yá puede barruntar el lector qué efecto produciría el escozor y la incomodidad que empezó á experimentar."

"Todos los nervios del rabo de El Moro se contrajeron y se declararon en rebelión é hizo con ella evoluciones imposibles, como si á la vez le hubieran picado todos los insectos que pululan en la tierra, en cierta ocasión en que un amigo de su amo (D. Borja) contemplando el tronco que formaban el Album y él, decía que, siendo, como eran, bastante parecidos y ambos de buena estampa, quedarían de muy buen ver si se les cortase la cola."

"Cuando el editor hizo ánimo de dar á la estampa la Autobiografía de El Moro, que desgraciadamente halló inconclusa, se sintió tentado á averiguar que suerte había corrido el pobre caballo, y, sin mayores dificultades, consiguió los datos que necesitaba."

"La noche del día en que ocurrieron los últimos sucesos que el mismo Moro relató (páginas 289 á 298) fue desenganchado y quedó suelto en el corralón en que les echaban de comer á las bestias de D. Alipio. A la mañana siguiente se le encontró echado y sin movimiento, á pocos pasos del charco que servía de abrevadero. Se suscitaron dudas sobre si estaba vivo ó muerto. Juan Luis se le acercó, lo punzó en varias partes del cuerpo, y dijo: 'ESTÁ MUERTO: YÁ NO COLEA."

He aquí porque dije que, tratándose de *El Moro*, resolvería negativamente, y sin titubear, la pregunta expuesta anteriormente, pues todos han de convenir conmigo en que un *coleo* como el de *El Moro* no constituye un *vicio oculto*, porque apenas habrá cosa más visible, y que en caso de haber algo oculto, no sería el coleo sino el reposo de su inquieta cola.

He aquí también por qué un poeta colocaría á *El Moro* en condición infinitamente más baja de aquella en que pondría al alazán descrito por D. Julio Arboleda:

"¿Quién turba el melancólico reposo
De la desgracia? De sorpresa herido
Deja escapar un tétrico bufido,
Sonoro, ronco, el ágil alazán;
Luégo trotando en torno, las orejas
Perfila hacia adelante, y enarbola
Tendida en pluma la poblada cola
Al partir con atónito ademán."

La tesis que vengo desarrollando está confirmada por el extinguido Tribunal Superior de Antioquia, en luminosa sentencia que se encuentra publicada en el número 129 de *La Crónica Judicial*, correspondiente al 4 de Mayo de 1889.

En el año de 1887 se trabó litigio ruidoso entre los Sres. Román Jaramillo y Felipe Echavarría, caballeros de buena posición social, honrados y muy cumplidos: no se peleaba el dinero ni cosa que lo pareciera. Cada uno de ellos pretendía poner en claro su honradez y dignidad. Echavarría alegaba que Jaramillo al venderle un caballo en la suma de $ 320 le había *metido un clavo*, pues el animal resultó *coleador*, y no así no más, sino, *coleador de oficio*. Jaramillo sostenía que aquél notó el defecto del caballo y que aun lo interrogó preguntándole si era coleador etc. etc.

El referido Tribunal condenó á Echavarría á pagar á Jaramillo el precio del caballo y los intereses legales desde que se celebró el contrato hasta que se extinguió el crédito, seis días después de notificada la sentencia.

Si el coleo de un caballo no fuere tan activo como el de que he venido hablando, puede suceder una de estas dos cosas: ó el coleo no se hace demasiado visible, ó sus manifestaciones frecuentes ponen en capacidad al comprador de notar el defecto sin negligencia grave de su parte. Conceptúo que en ninguno de estos casos podría sostenerse con fundamentos serios y decisivos, que el defecto expresado constituye uno de los *vicios ocultos* llamados *redhibitorios*.

En el caso de que el contrato de compraventa de un caballo se verifique sin examen de la cosa vendida, el vicio de *colear*, para efectos de la *acción* redhibitoria, lo determinan las condiciones establecidas entre las partes contratantes, ó bien, las circunstancias que hayan intervenido en el convenio.

En esta clase de operaciones el comprador confía en la honradez, delicadeza y buena fe del vendedor; y, por lo mismo, es imposible, al menos moralmente, el hecho de que éste corresponda con un *fraude* á la decencia y desprendimiento de aquél.

La segunda pregunta, consignada al principio, la contesta el artículo 1,920 del Código Civil vigente.

Por lo expuesto, y sin otras consideraciones, que alargarían innecesariamente la presente exposición, se procede á dar vado á las cuestiones propuestas:

¿Puede estimarse en la acepción legal como *vicio redhibitorio* en un caballo el defecto de colear? Nó; en términos generales.

¿Pueden las partes, por el contratro, hacer redhibitorios los vicios que naturalmente no lo son? Sí.

Y si el lector me permite que proponga una nueva cuestión, la propondré y resolveré en los siguientes términos:

¿Debe leerse "El Moro" de D. José Manuel Marroquín?

Sí, señor, de cabo á rabo.

BONIFACIO VELEZ.

Medellín, Junio de 1897.

RESEÑA MENSUAL

(IMPRESIONES PERSONALISIMAS)

HOY empiezo por un paréntesis. En *El Rayo X*, de Bogotá, vi un *sueltecito*—que sabe Dios á quién se le soltaría—en que se insinúa que *En la Diestra de Dios Padre*, cuento de Tomás Carrasquilla que publicó el número 1º de esta Revista, ha sido tomado del francés. No parece creíble, pero hay que creerlo, que el *ateniense* suelto-ista ignora varias cosas. No sabe él, ó no ha tenido quien se lo explique, que el mérito todo del cuento de Carrasquilla, que no es corto, está, no en el cuento mismo, sino en la manera de relatarlo; ni que los cuentos populares, á fuer de tales, de todos son y no son de nadie; ni que los españoles de tal clase—que son los nuestros—forman en su mayoría parte del tesoro común de cuentos de las razas Arianas, y que muy fácil es, por tanto, que variantes del cuentecito éste puedan hallarse en francés, en griego, en árabe y hasta en sanscrito; ni tampoco—pero esto en verdad no había por qué lo supiera él—que son muchas las cocinas antioqueñas en que ese cuento se viene oyendo hace *añísimos:* por cierto que no va á ser chico el susto de Ña Ruperta, la vieja que se lo contó á Tomás, cuando sepa cómo está de versada en la última literatura francesa.

Decididamente, entre los hombres de letras, sí existe todavía el feliz estado de inocencia! Y cierro el paréntesis.

***

Probablemente la instrucción también progresará en Antioquia, yá que hoy es moda creer que aquí todo progresa. La verdad es que sí hay un movimiento harto claro por esos lados. Muestra de ello fue el concurso—decididamente esta es la estación de los concursos—pedagógico de este mes. La función era en el Teatro Principal—*principal* porque no hay otro. Hablaron, y hablaron bien, Manuel Uribe Angel, Camilo Botero Guerra y Eduardo Zuleta. Fueron premiados cinco de los trescientos y tantos trabajos presentados. El público—numerosísimo—se interesó, se conmovió, se entusiasmó, sin que pudiera darse razón bien clara de por qué: auto-sugestión del alma colectiva de esa multitud latina y regionalista, diría quien yo me callo.

Lo cierto es que á maestros y maestras les llegó su día, ó más bien su noche, y qué hermosa!

***

Y tras el certamen de los maestros siguió el de los discípulos. El mes ha sido todo de exámenes y certámenes y más certámenes. Y aquí de las angustias de los estudiantes, de los afanes de los maestros, de los gastos y gustos de los padres y madres de familia, de las carreras y coqueteos de los que tratan de serlo! Y en alguna de esas categorías ¿cuál de mis lectores medellinenses no asistió á un examen? No entraré, pues, á describir esas *fiestas* en que los pobres muchachos ó muchachas, que los *repasos* y la angustia traen nerviosos y demacrados, se defienden como pueden de las preguntas del maestro, que tampoco anda nada tranquilo, mientras los genitores se embelesan oyendo contestar á sus pimpollos mil cosas que ellos no entienden, así sean disparates; y la parte femenina del público juvenil se expande en toda la gloria de un vestido nuevo—ó renovado—y de algún *flirt* que empieza; en tanto qne la masculina aplaude mucho, se aburre bastante, coquetea de lo lindo y patanea.....de lo feo; y por ahí algún sentimental sin novia siente oprimírsele el pecho con la dulce, inocente pero desgarradora nostalgia de los bancos de colegio.....y al fin, entre músicas, bajo la luz especial de certamen—luz velada y discreta que filtra del toldo—la distribución de premios! Ese triunfo glorioso, que para todos alcanza....hasta para los vencidos!

Apenas, pues, si daré las gracias, en nombre de la Dirección de *El Montañés*, á los directores de los colegios de *San José*, señoritas Isazas, de *La Trinidad*, señoritas Villas, y de los Hermanos Cristianos que tuvieron la amable ocurrencia de invitar á estos *montañeses* á los certámenes de sus establecimientos, en

los que se hizo patente, al par que los desvelos y el cuidado que cumpliendo su misión, que es santa, han gastado tan dignos institutores, el cultivo que han logrado dar "á esas inteligencias infantiles, á esos tiernos corazones", como es de rigor decir.

***

Adrede omití en la lista anterior á Doña María Ignacia de Llano, Directora del *Instituto de María*, porque á ella se le deben especiales agradecimientos, como que el certamen de Retórica y Literatura de su colegio—que amenaza ser para Antioquia lo que para los Estados Unidos es la Academia de Vassar, la Universad femenina—les fue dedicado, en unión de varios distinguidos escritores, á los que dirigen *El Montañés*. ¿Qué tal? Y como que saben Retórica las tales niñas! Y no así, teóricamente no más, que con sus finas péñolas—número 303, lo menos—hilvanan composiciones, como las que allí se leyeron, buenas y rebuenas, que yá nos las quisiéramos muchos. No dejaban de sonar extrañas en aquellos frescos labios femeniles, "labios ¡ay! que fueron hechos para que alguien....", las definiciones y reglas de la elocuencia y la poética; y para mí, por ejemplo, que estoy todavía creyendo con Bécquer que "poesía eres tú", sonaban los viejos preceptos de Aristóteles y Quintiliano en esas bocas adorables, como revelaciones directas de las nueve deidades esquivas que se abrevan en la Fuente Castalia..... ¿Pero qué es esto? ¿Hasta yo sabré Retórica?

En fin, que el acto salió lucidísimo y los mecenas muy agradecidos.

***

Y hablando en general de exámenes ¿están ustedes de acuerdo conmigo en que mientras más pronto pudieran suprimirse por completo tanto mejor? Son ellos un mal que se sufre en todas partes, cierto, aquí como en Europa; pero un mal siempre. Como higiene mental y física son desastrosos. Los desvelos, el exceso de trabajo y la angustia de los días de *repaso* quebrantan la salud del estudiante y lo debilitan. Y luégo, aquello de que en pocos días se ataruguen en el cerebro conocimientos que en un año apenas podrían digerirse y que por ley psicológica, ineludible, están condenados á olvidarse con la misma rapidez con que se aprendieron, es aún más desastroso para la inteligencia. Que lo que es como medio de conocer el aprovechamiento relativo de los estudiantes, los exámenes no sólo son ineficaces, sino absolutamente inmorales, pues en ellos la ventaja no está siempre por el que mejor comprende ó sabe más, sino por el mejor memorista, por el más atrevido, el más charlatán ó el más simpático. Se comprende que mantienen viva la institución, el santo orgullo paterno, la necesidad de proporcionar á nuestros ca-

saderos y casaderas *entrevistas*, siquiera sean mudas, y más que ótra cosa, la rutina secular y la ignorancia general en asuntos de enseñanza, que obliga al director de cada establecimiento, en la viva competencia que mantiene con los del gremio, á abrir periódicamente esas exhibiciones del saber, muy del gusto y al alcance del vulgo.

Los dos primeros motivos podrían satisfacerse, y á la par los fueros de la justicia y la emulación, verificando públicas y solemnes distribuciones de premios, en que se recompensara el aprovechamiento de un año y no la buena suerte de una hora. Los otros motivos sí no son tan fáciles de echar á un lado, y los exámenes perdurarán, aquí y en otras partes, al menos mientras la sociedad no se modifique muy profundamente, mientras la lucha por la existencia sea, como hoy, cuerpo á cuerpo.

Pero si han de durar los certámenes, apenas es justicia pedir á los que los organizan, que lo hagan un poquito mejor: que no inviten más personas de las que pueden acomodar, para que luégo no tengan que rechazar invitados; que apresten asientos para todos los que han de venir; que no alarguen tediosamente los actos, y que en la escogencia de las recitaciones, representaciones y demás *entretenimientos* con que los amenizan, muestren un criterio un tantico menos trasnochado que el que hoy parece de cajón: que se den cuenta de quiénes van á ser los auditores. Entonces podría esperarse de éstos—muchachos traviesos en la mayoría—lo que nunca debiera fáltarles y les falta casi siempre, buena crianza.

Y no más de exámenes, por Dios!

***

El 23 de este atareadísimo Noviembre, dio la *Escuela de Música de Santa Cecilia* su segundo concierto reglamentario. Nuestro viejo y destartalado teatro parecía nuevo y se mostraba hasta hermoso (¡quién lo creyera!) con la artística ornamentación que supo dársele. La concurrencia fue como nunca numerosa y selecta; noticiosa sin ser cansada, y, aunque sencilla, entusiasmadora, llena de unción y de amor por el Arte y por el nativo terruño, la aplaudida *Memoria* del Presidente; melancólica, dulce, delicada, la *Polaca* de Vidal, hábilmente instrumentada y con admirable tino dirigida por Arriola; expresiva, enérgica, dominadora, digna de un alumno de extranjero Conservatorio, la batuta del Maestro Restrepo; muy bella la bandada de palomas blancas que sobre el escenario lucían, y que al cabo aprenderán á cantar, si antes no les sale al paso un marido; encantadora, con la frescura y la gracia de un clavel ríonegrero, la violinista Emma. . . .la fiesta toda, espléndida y de gratísimo recuerdo.

Un aplauso ferviente, un apretado abrazo á Carlos A. Molina, el entusiasta, el desinteresado, el incansable paladín de to-

do progreso artístico de su querida Antioquia. ¡Viva muchos y muchos años la *Santa Cecilia!*

***

Los muertos, los muertos que "tan solos y tristes se quedan", los pobrecitos muertos há tiempo olvidados, también tuvieron su fiesta en este fin de año. La Junta del *Cementerio de San Pedro*, que con tan caritativo celo atiende á la conservación y belleza de la santa morada, abrió de nuevo á las preces oficiales de la Iglesia el venerando recinto. No nos fue dable ni á mis colegas ni á mí corresponder á la invitación que se nos hizo para la religiosa festividad; sabemos, empero, que resultó digna de aquéllos á quienes estaba dedicada, y que la casa de la eterna paz y del yá jamás turbado reposo convidaba, provocaba más que nunca, con su tranquila belleza y la profusión de sus flores, á habitarla para siempre.

***

Mucho agradece *El Montañés* al Sr. D. Julio de Francisco el obsequio que se ha servido hacerle de sus *Perfiles*, en cuyo estudio habré de ocuparme más tarde.

***

Una buena noticia, para concluír. En los primeros días de Diciembre serán distribuídos á los suscritores y puestos á la venta Los Brochazos del chistoso *Don Juan del Martillo*, á quien deseamos abundante cosecha de lauros para su frente y buenos cuartos para su mermada bolsa.

***

Y hasta después de elecciones, si para entonces todavía duramos y esto dura.

Noviembre 30 de 1897.

Prólogus.

LA JUNTA REDACTORA

al mismo tiempo que presenta sus más rendidos agradecimientos á quienes la han favorecido con su colaboración, suplica se le excuse por no haber dado aún publicidad á muchos de los artículos que se le han enviado: el extraordinario cúmulo de materiales que posee y la necesidad de variar en lo posible el contenido de cada número, se lo han impedido hasta ahora, pero hace esfuerzos por subsanar el mal, y espera poder dejar en breve satisfechos á todos.

REPÚBLICA DE COLOMBIA.—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA.

EL MONTAÑÉS

Revista de Literatura, Artes y Ciencias.

DIRECTOR

Gabriel Latorre.

AÑO I. | Medellín, Diciembre de 1897. | Número 4.

VISITA TENEMOS

[EN LA NAVIDAD DE 1896.]

A Cristo en su lecho de pajas, oh niños,
Piadosos y amantes habéis visitado:
Contad con que pronto la tierna visita
Vendrá, agradecido, Jesús á pagaros.

Hoy viene! Vestíos de gala en su obsequio;
Con música y flores salid á encontrarlo;
Servidle á la mesa sabrosos manjares,
Y vinos añejos verted en su vaso.

Mas, cuenta, no sea que al ver cómo viene
El Huésped divino, lleguéis á engañaros!
Del alma los ojos abrid para verle,
Que sólo con ésos podréis contemplarlo.

¿Creéis, por ventura, que llega cubierto
De espléndida veste, de fúlgido manto;
Seguido de larga, magnífica corte;
En carro de fuego, por ángeles guiado?

¿Contáis con que trae ceñida la frente
Con áurea corona, y el cetro en la mano?
Pues, niños, entonces la augusta visita
Os deja por siempre, por siempre esperando.

¿Sabéis cómo viene? Modesto y humilde,
Sin fuerzas ni aliento, vestido de harapos,
Sin más compañía que niños y pobres,
Doliente y enfermo, sin capa, descalzo.

Al veros anoche llegar reverentes
¡Oh niños queridos! al mísero establo
Do quiso la carne vestir de los hombres
Y á cuestas echarse los duelos humanos;

Al ver cuál doblabais rodillas y frentes
En torno á su cuna— que es símbolo santo
De cómo Dios ama la humana pobreza,
De cómo Dios quiere que el pobre sea amado;—

Al ver, almas puras, que así comprendíais
La íntima esencia del dogma cristiano,
Jesús complacido quedó de vosotros
Y quiso el obsequio desde hoy retornaros.

Por eso hoy de pobres se llena esta casa:
La corte de Cristo, vestida de harapos,
La invade, la anima, la alegra, la honra;
El Rey de los pobres la trueca en palacio.

Yá viene! Vestíos de gala en su obsequio,
Con música y flores salid á encontrarlo,
Servidle á la mesa sabrosos manjares,
Y vinos añejos verted en su vaso!

La Doctora, 25 de Diciembre de 1896.

FIDEL CANO.

DIMITAS ARIAS

(AL DOCTOR URIBE ANGEL)

I

PORQUE era de bahareque y porque lo apuntalaban dos palos por el costado de abajo y un diente de tapia por el interior, no se había venido al suelo aquel cascarón de casa. Era el techo un pelmazo gris de algo que así pudo ser palmicho como carmaná, todo él constelado de parchones de musgo, de lamas verduscas y de tal cual manojo nuevo, puesto allí por vía de remiendo. Bardaban el caballete hasta cuatro docenas de tejas centenarias, por entre cuyas junturas medraba el liquen y asomaban mustias y enfermizas unas matas de viravira; pendíale por un extremo, desparramándose que era un gusto, un matorral de yerbamora fructificado además. Era el interior una gran sala, con un tenducho de madera en el ángulo frontero á la puerta de entrada, el cual se cerraba como una alacena y olía á ratones y á viejo. De tierra apisonada, y con muchos hoyos y rajaduras era el suelo. Dos ventanillos de batientes partidos por mitad, alumbraban el local; daba el uno á la *Calle-abajo*, y el otro, al *Callejón de El Sapero*, pues la casa aquella estaba en esquina. Tenía tres puertas: la de entrada,

una que comunicaba con un cuartucho, y la del interior; esta última se abría á un corredor húmedo; y esto era todo el edificio; que el tingladillo que hacía las veces de cocina estaba aislado obra de doce varas más adentro. Unas piedras medio enterradas en el suelo servían de pasadizo. Defendían esta propiedad: un trincho, cubierto de maleza, por el lado del callejón; dos guayabos machos, tres naranjos agrios y un saúco, entreverados con unos palos carcomidos, por los dos lados restantes. Arrimadas á los cercos, hileras de ruda y de eneldo, una mata muy cuidada de romero de Castilla y unas cuantas de rosa chagre. Detrás de la cocina, se extendía un solar inculto y pro indiviso, que allá muy lejos tenía por lindero natural el arroyo enlodado y fétido conocido con el nombre de *El Sapero*. La casa estaba situada en la punta de la *Calle-abajo*, la Patagonia del pueblo, como quien dice.

Era la escuela.

La sección acababa de reunirse.

Una leyenda, muchachos!—dijo el Maestro con tono de cariñoso estímulo. . . .y aquello principió.

De una banca donde se arracimaban hasta dos docenas y media de mocosas, se levantaban, creciendo, atiplándose en terrible sonsonete, todos los horrores del deletreo: *ere-a-ra, ere-i ri*, se oía por un lado; *be-a-ba, be-i-bi*, por otro; aquí, *ese-a-ele sal-gu-e-ve, salve;* por allá, una trabazón de sílabas imposible de desenredar. Total: un Babel chiquito.

En la banca frontera, se alineaban como veinte varones, no menos atareados, no menos chillones que las chicas, si bien algunos un tanto graves por sus adelantos, cacareaban con más formalidad, casi de corrida, y á pura memoria por supuesto, aquello de "por la señal de la Santa Cruz venció Constantino al tirano Magencio", pasaje de la cartilla que abría á aquellos estudiantes, horizontes sublimes en el cielo de la historia y del arte. Cuando se llegaba á eso, estaba uno iniciado en los misterios de la humana sapiencia.

Separados del grupo, como los dioses de la masa de los mortales, había tres ó cuatro por allá en un rincón. No alzaban mucho la voz, no señalaban el renglón con el puntero, y, aunque hacían muchos visajes, estirando el pico, bizcando á ratos, apenas si miraban el catón. "A los azores, aves de rapiña, cuenta San Alberto Magno", cantaba éste; "San Luis, Rey de Francia, al acostarse con sus hijos", cantaba aquél; y, absortos, embebecidos en su grandeza, en los ejemplos estupendos del libro inmortal de San Casiano, ni cuenta de la vida ni de su propio sér se daban estos sabiondos.

Compitiendo en aplicación, en apuros y en afanes, pronto se cansaban los dos bandos. Era entonces el rascarse la cabeza,

el bostezar tedioso, el estregarse unos contra otros aquellos cuerpecitos. Venía un aleteo rumoroso de cartillas, catones y citolegias; ya no había Constantinos ni Magencios, *ni los bueyes mugían, ni tiraban de los carros, ni araban la tierra;* caíanse al suelo los punteros, y había que irlos á buscar; una muchacha pellizcaba á su compañera; un rapazuelo metía las manos en los bolsillos, las sacaba y hacía fieros; el otro le arrebataba los corozos. Llega el momento de las quejas: "que éste me está arrempujando", "que Carmela me jurgó", "que Toto me rompió la ruana"; á la vez que de banca á banca se sacan las lenguas, se hacen gestos, y aquel murmullo se define en alboroto de veras.

Siga la leyenda!—grita el Maestro.

Ni por ésas. Muchos se atropellan y quieren ir á dar la lección, todos á una. Como pocos la saben, el Maestro, sofocado, esgrime el puntiagudo chuzo de macana con que apunta, y aquí pincha una mano, allá un molledo, acullá tumba un catón. Se oyen chillidos lastimeros, tanto más lastimeros cuanto más fingidos, y todos se apartan. Pasa entonces una cosa horripilante: de la camilla-carreta donde yace el Maestro, se alza, largo y delgado, un palo que tiene en la punta un rejo más largo todavía; agítase en el aire, ondula y silba como culebra voladora, y, sea en la banca de las hembras, sea en la de los machos, no se oye sino *güipi, juipi!* En vano se frunce, se compacta, se achiquita la rapacería; en vano protesta á voz en cuello, porque la culebra sigue á destajo, y, caiga donde cayere, cada cual lleva su parte, pagando á veces justos por pecadores. No siempre va á la montonera; que en ocasiones se ceba en determinados delincuentes, y cuidado si es certera!

A raíz de la tormenta, le acometen á la mayor parte necesidades apremiantes. Pónense en pie, levantan la mano, y, por turno, pronuncian las palabras sacramentales. Entre confuso y enojado dice el Maestro:

Vayan; pero cada cual por su lado, y cuidado con ajuntasen.

Pues es de saberse que el *campo* aquel tenía dos departamentos, otras tantas entradas y una frontera infranqueable en derecho.

Pasadas la lectura y toma de lecciones, entra el Maestro en la enfadosa tarea de *echar el renglón*, que consiste en palotes, á los de pizarra, y el nombre del discípulo, á los de papel.

Sólo Carmela Aguirre no tiene que habérselas con el Maestro ni con nadie, sino que se sienta muy satisfecha, y toma por modelo una muestra de letra inglesa que decía: *El inocente duerme tranquilo.*

El pobre Maestro quedaba rendido, y, cuando ya los escribanos garrapateaban en sus puestos, llamaba al monitor de la arena, para que dirigiera esta sección, constituída por los que de tiempo atrás se denominaban los *gorgojos*. Este monitorazgo, gloria suprema de la escuela, lo disfrutaba seis meses hacía Toto Herrera, no sin que sus envidiosos condiscípulos intrigaran cuanto estaba á su alcance por arrebatárselo.

Inflado de orgullo, alzándose los calzones y sonándose con estrépito, salió el afortunado. Los *gorgojos* se arremolinaron, y apercibieron sus chuzos y clavos para trazar las letras. Una vez en sus puestos, saca Toto la menuda arena del cajón, riégala en toda la tabla, y, pasándole con mucha petulancia la plancha de madera que emparejaba aquello, grita con ese tonillo peculiar que á nada se asemeja:

Manos abajo. Atención!

Toma su chuzo, se agacha, traza algo y torna á gritar, en tres tiempos:

Vean la letra A. Véanla bien antes de hacerla. Háganla.

No ha terminado el berrido, cuando todas aquellas manitas, torpes, apresuradas, describen, haciendo crugir la arena, escarbamientos de gallina, colas enroscadas de animales desconocidos, jeroglíficos de monumento indígena. Si ha cesado la chillería del deletreo, es para empeorar: la voz de Toto, atascada por el desarrollo de las glándulas carótidas, se destaca bronca y cerril sobre ese fondo de ruidillos á cual más fastidioso: los golpes y los rayones del lápiz sobre las pizarras, que destemplan los dientes; aquella plancha de la arena que parece pulverizando azúcar refinado; ese sobar con babas sobre las engrasadas pizarras á cada garabato que no sale á gusto del calígrafo; las muchachas, que siempre han de estar en secreteos, que se rozan, que se estriegan las ropitas; aquel otro zarrapastroso que se rasca contra las asperezas del suelo el jarrete colonizado por las niguas; el de más allá que tira de las greñas al vecino; la otra mocosuela que lame el chisguete que ha echado sobre la plana; los sustos é inculpaciones por esta catástrofe; el mojar estrepitoso de las plumas hasta el fondo del tintero; aquella movilidad nerviosa de lagartijas, aquel rebullicio de granujas; todo ese ajetreo de rapaces reunidos, ponen al infeliz Maestro de pulsarlo con vino.

Como regañar sería inútil, cierra los ojos por no ver aquello, y qué de cosas se pierde.

Unos, muy pagados de sus planas, estiran el pico, ladean la cara á medida que escriben; hay una rauda pendolista que, á cada palotada, levanta la cabeza y da un hipido imitando el movimiento de las gallinas cuando beben; hay una de las judíotas que quiere Doña Sola de Samper pintándose lunares en los brazos; uno que lleva los calzones amarrados con el guaral del

trompo, ha establecido la chumbimba sobre la pizarra, y tiene el corozo á tiro de apuntar á la cabeza del Maestro que ha tomado por mocha; un *gorgojo* hembra, con la cara de ángel toda sucia y el pelo rubio hecho un birutero, se ha quedado como reza la muestra de Carmela, pero con la boca bien abierta; en tanto que los hijos del alcalde, vestidos de paño verde que fue de un billar, sacan de los guarnieles los manises, los carestos y los amolaos, para despertar envidias.

Aunque de todas las clases sociales, nivelan aquella escuela los remiendos, los desgarrones, la mugre y el olor. Orejas hay allí que parecen untadas de asiento de chocolate; pies tomaditos de carrumia y faltos de uñas, si no es que el bicho aquél se los tenga purulentos y manantiales. No hay cabeza que dé indicios de peine, ni corpiño de muchacha que tenga broche con broche, ni posadera de varón que carezca de ventana. Hay faldas rajadas hasta el borde, y que no tremolan porque un nudo hecho con sus puntas las detiene; calzones que, á fuerza de rodilleras, más parecen mangas. De los sombreros no se diga: todos los llevan á la espalda colgados del barboquejo. Calzado no se ve de ninguna clase; pero sí varios guarnieles, cuáles de vaqueta, cuáles de pañete, esotros que fueron bordados en anjeo por la mano cariñosa de una madre. Pañolón de trapo gastan algunas, montera, una que otra, ni pañolón ni montera, las restantes; y tales atavíos mujeriles están colgados en un lazo que hay en un rincón, á manera de percha.

Al tenor de la descrita, tenían lugar tres sesiones cuotidianamente: por la mañana, al medio día y por la tarde. Para entrar y salir no se fijaron horas determinadas, por la sencilla razón de que en el pueblo no había reloj público; y de bolsillo, sólo el Cura y D. Juan Herrera, padre de Toto, lo gastaban.

Así es que los niños no ansiaban el oír campanadas, sino una tosecita que salía de los lados del corredor y que era preludio de la dicha estudiantil, pues no bien sonaba, cuando se abría la puerta, y asomaba, larga y escuálida, la figura de una viejecita, que decía con voz tediosa:

Y' es l' hora pa largar.

Con lo cual se armaba el gran bochinche de la salida.

Era esta figura nada menos que la señá Vicenta, mujer del Maestro. Tenía carita de loro; traje siempre lavado, con el corpiño abierto por detrás; pañuelo de yerbas en la cabeza, anudado bajo la barba á guisa de capota, y alpargatas en chancleta; toda la viejecita muy aseada y correcta, si cabe corrección en la miseria.

El sumo sacerdote de este templo de Minerva yacía en su camilla de ruedas. Sobre ser Maestro de escuela, estaba tullido desde tiempo inmemorial. Para los alumnos fue siempre una te-

rrible y misteriosa adivinanza, cómo aquella cabeza de hombre pudiese estar encabada en "una cosa tan chiquita que ni cuerpo de cristiano parecía"; pues el bulto que presentaba bajo las delgadas mantas esta pobre humanidad de "El Tullido" por antonomasia, no era mayor que el de un rapazuelo de ocho años. Tan contraído y deformado estaba que parecía faltarle el espinazo. Con dificultad podía menear el pie derecho; sólo en la nuca y en los brazos tenía movimiento, y éste un poco forzado en el izquierdo. La siniestra mano la veían los granujas en sus pesadillas: eran cinco garfios apartados y nudosos de pieza entera, que nunca se cerraban, que agarraban rígidos, sin apretar: algo así como la mano de palo que apaga las luces del tenebrario. Con la derecha, á más de persignarse muy bien y de esgrimir el arreador y el chuzo consabidos, escribía claro y pronto, si no muy correctamente; y para lo último le servía de pupitre una caja pequeña que tenía siempre entre el marco de la carreta, caja que parecía estar clavada allí, y en la cual guardaba el recado de escribir, lápices de pizarra, algún pliego de papel, que no dineros, como pretendían los discípulos. La cabeza, en forma de calabazo, podría representar la de un sacerdote poseído de neurosis ascética; era aplanada de cráneo, de cabello recio y entrecano, cortado siempre al rape como un cepillo; ni pelo de barba en aquella cara amarillenta y marchita; y no porque fuese lampiño el santo varón, sino porque su compadre Feliciano, alma caritativa como pocas, lo afeitaba jueves y domingo y le cortaba el pelo cada quince días, merced á lo cual se le formaba por toda la rapadura una sombra cenicienta que lo aclerigaba más y más. Los ojos pardos resultaban muy tristes y abismados entre el paréntesis de la hirsuta ceja y de la ojera negra, tan negra que se dijera de corcho quemado, tan honda que semejaba cicatriz. Sólo dos raigones amarillos asomaban bajo los hendidos labios; la nariz tosca, de fosas muy abiertas. Esa cara tan fea tenía una expresión de tristeza resignada y beatífica que atraía.

No fue Maestro atrabiliario ni de viarazas: si chuzaba y daba azotes á la indómita chusma, obedecía á la consigna del superior, á la ley de su tiempo, en que era un axioma aquello de "la letra con sangre entra y la labor con dolor."

II

Por esas calendas hubo en la aldea cambio de párroco. A los pocos días de llegado el nuevo, llamólo El Tullido para que lo confesase; y luégo, al punto quedaron encantados uno de otro: el sacerdote, de hallar alma tan sana en cuerpo tan enfermo; el Maestro, de tanta sencillez y mansedumbre en aquél que él diputó por lumbrera de la Iglesia.

Acabada la confesion, sacó el padre su yesquero de cuerno engastado en plata, ofreció lumbre y cigarro al penitente, y no bien ambos hubieron encendido, acercó aquél un taburete junto á la carretilla, y, con tono de viejo amigo, y como quien reanuda una conversación, dijo:

Conque hace treinta años que está tullidito?

—Sí, mi padre, treinta años largos—contestó el infeliz, muy agradecido por el tono insinuante y cariñoso del sacerdote.—¡Bendito sea mi Dios que no me ha dejao morir de necesidá!

Y luégo, como el padre Cura le manifestase deseo de conocer su historia, El Tullido habló así:

A los siete meses de casao, me comprometí con los Herreras á iles á componer un molino, puallá á *Volcanes*, qu' es la cañada más fea y más enferma que hay. Me fuí apenas conseguí dos oficiales, y desde el día en que llegámos encomenzámos los trabajos. Ibamos ya muy adelante, y hasta creíamos que íbamos á acabar antes de mes y medio, qu' er' el tiempo que habíamos calculao; pero resultó que los asserradores cayeron con fríos en la misma semana, y, como los llevábamos alcaniaos, nos quedámos de balde. Como yo, mi padre, era un hombre muy guapo y de mucha fortaleza, aquí onde usté me ve, y como estaba de mucho afán, porque tenía que venime á acompañar á Vicenta, qu' en esos días iba á alentase, les dije: Caminen vamos á traer esa madera, y, si no hay aserrada, aserrémola nosotros, que yo también sé aserrar.—Ellos dijeron que sí al momento; echámos bastimentos en una jíquera, y cogimos falda arriba pal aserradero. Resultó que no había qué traer, y, entre los tres arrimámos y montámos los palos, y dijimos á echar serrucho. Cuando íbamos á bajar del aserradero, dizque pa comer algo tempranito, se escureció de presto ¡y dice á llover, mi padre, y á hacer huracán en aquel monte que aquello parecía el día del juicio! Mientras corrimos al rancho qu' estaba ai mismo, nos volvimos patos. Al momento corrieron quebradas de agua de toditos laos, y el rancho se anegó. Creímos que un aguacero tan terrible pronto escampaba; pero de rato en rato más se desataba el aguacero, hasta que se volvió una granizada que parecía desgranando máiz. Por todo el rancho s' iban haciendo los panes de granizo, que no había un campito onde parase uno. A todo esto vuelve el huracán más duro que antes, y dice á bramar y á tumbar palos! Pocas ocasiones me ha dao miedo á yo; pero, mi padre, cuando oímos eso, me coló un recelo que, ai mismo, entre la granizada revuelta con el pantano del aserrín, nos hincámos de rodillas á pedir misericordia. Ninguno de los tres sabía rezar la Maunífica; pero rezámos el *Santo Dios* y una porción de credos y de padrenuestros. Tiritando y escurriendo los trapitos nos estuvimos hasta la propia oración,

que vino á escampar, y tuavía tuvimos qu' esperar un rato á que bajara la creciente que venía por la trocha. Ya muy de noche arrimámos al molino, y, después que nos calentámos al pie de una jogonada qu' encendimos, merendámos muy á gusto y echámos á grogiar por lo que nos había pasao y el susto que nos dio.

Esa noche, anque me sentía muy foguiao, no pude dormir, sino que me lo pasé voltiándome en l' estera. Al otro día, cuando aclariaba, me fuí á levantar; pero sentí un dolor en las piernas tan sumamente duro, que tuve que volver á acostame. A propia ora me dentró un causón muy alto: pues á la noche ya yo estaba gritando de dolor; pero no era en las piernas no más sino en todita l' arca 'el cuerpo: me parecía que me machucaban todos los güesos, qu' m' iban clavando estacas atravesadas y de punta. Me fuí entiesando, entiesando, hasta que quedé casi sin movención. Mis compañeros y la cocinera que nos llevaba la comida desde el molino de abajo, me valían como á un chiquito.

Así pasé como veinte días: tirao en aquel zarzo, sin pegar los ojos, sin pasar más alimento que unos tragos de aguadulce ó de caldo de güevo. Los compañeros me daban sobas de guaco, y baños de cordoncillo, y bebidas frescas; pero nada me valía. Uno d'ellos fué á recursase al molino de abajo, y trajo un purgante de jalapa y calomel. Me lo tomé....y como si l' hubieran echao á l'acequia. Antoces mandaron por ño Luna, qu'era el médico d'esos laos. Vino al momento, y agarró á tirame de las canillas y de los brazos, dizque pa ver si me desentiesaba, y lo qu'hizo fue atormentame y acabame de postrar. Visto que no hacía nada puese lao, se fue pal rastrojo, y trajo las siete yerbas; las machucó bien, y compuso con ellas un unto de sebo derretido, y les raspó un poquito de l'uña de la gran bestia, del colmillo del caimán y del cacho del ciervo que manijaba siempre en el carriel, y, así, bien calientico, me untó por todo el cuerpo. Me dijo qu'estuviera tranquilo, que con ese unto m'iba á aliviar precisadamente. ¡Quién dijo, mi padre! Al otro día amanecí pior, y con una sequía y un fogaje que me quemaba por dentro. Antoces dijo ño Luna que lo que yo tenía era la reuma regada por todo el cuerpo, y que se m' estaba secando l'agua' el cogote; pero qu' él m' iba á dar un vaho. Al momentico mandó al molino de abajo que le trajeran tabaco en rama, y todos los cabos que toparan, y un' olla grande. Al momento se aparecieron con tres mazos y con una jiquerad 'e cabos y l' olla.

Puso todo el cabero con el tabaco picao á jerver, y á un rato subieron l' olla al zarzo. Entre los dos compañeros y un mozo que vino del molino, me alzaron en guando de l' estera, y ño Luna me puso l' olla por debajo, y les dijo que me fueran vol-

tiando muy despacio paque recibiera el vaho. I'ensé que me sancochaban las espaldas con eso tan caliente; y, cuando me voltiaron boca abajo, y se me vino esa jedentina tan fuerte, me dentraron tantas ansias que ai mismo vomité un caldito que me había bebido. Pero resultó que, con la chapadanza que hacíamos en aquel zarzo tan estrecho, se quebró l' olla, y se perdió el remedio.

—Gracias á Dios!—interrumpe el sacerdote—porque si no lo envenena ño Luna con su vaho.

—Tal vez sí, mi padre, porque desde propia hora sentí una fatiga, una maluquera tan grande que hasta se me olvidaron los dolores. Creí firmemente qu' entregaba esa noche los aniseros; y les dije á los muchachos que vieran á ver si podían venir al sitio puel Cura, á ver si me alcanzaba. Pero, qué cura, mi padre ¡cuando ese monte qued' en el cabo 'el mundo y hacía un ivierno que no había caminos!

Lo que sufrí en ese monte con ese mal tan violento me parece que me ha de servir pa compurgar mis culpas. Ño Luna se fue, creo que hasta caliente con yo, porque le dije que no me hacía más sus remedios. Antoces le dije á los compañeros que yo era un pobre, pero que les daba una vaquita que tenía y lo que me debía el patrón, con tal que me sacaran al sitio, á ver si acaso alcanzaba á llegar con vida á mi casa. Uno d' ellos fue al molino á buscar socorro, y dio la fortuna que topó allá al patrón que acababa de llegar. El patrón mismo vino aonde yo, mandó cortar guaduas, y qu' hicieran una barbacoa con unos arcos de chusque; me pusieron en ellà tapao con unos enceraos, y entre cuatro piones me trajeron en hombro al molino. ¡Antoces sí fue que me puse malo! Cada ratico me descargaban en el camino pa dame algún alimento; y en todo el medio día alcanzaron á sacame al alto del *Contento*. Ai pasé la noche. Cuatro días andaron con yo á raticos, porque les daba un pesar de ver cómo me ponía; pero por fin me arrimaron á las *Animas* á cas de un conocido mío. Ai nos topámos con el padre Inacito, que Dios tenga en su gloria, qu' iba á confesame; y, anque le parecí muy malo, dijo qué d' eso no me moría, y que lo que tenía era debilidá. M' hizo matar gallina; y que me la comiera, anque fuera sin gana. Determinó que no siguieran con yo, porque, en el estao en que yo me hallaba, era matame de una vez. Despachó los piones pa la mina, y arregló con los dueños de la casa pa que me asistieran por unos tres ó cuatro días hasta que yo estuviera más fuertecito, y se comprometió á mandar por yo del sitio. Al otro día mandó medecinas, azúcar, sagú y otras cosas, y desde ese mismo día recobré alguito de alivio; y si n' hubiera sido por la cosa de Vicenta, no l' hubiera pasao tan mal con esa gente tan formal y tan caritativa. Pero yo no, mi padre, no me halagaba por nada, y siempre me parecía que me moría.

Como á los cuatro días se apareció por yo èl dijunto Aguirre con otros dos cargueros. Desde que lo vide me dio no sé que recelo, porque al pobrecito—mis palabras no le ofendan—le agusta el aguardiente, y me pareció qu' estaba con traguitos. No bien arreglaron la barbacoa, alzaron con yo; Aguirre solo por la punta de abajo, y los otros dos por la cabeza; y cogieron falda arriba. Cuando llegámos al *Alto* ¡dice á llover!, y determinaron descargame dizque pa que descansara; pero fue pa ellos beber aguardiente. Aguirre sacó la cacha, y entre los tres se la metieron íntrega. Sin escampar siquiera, me alzaron otra vez; y en una casita que había más abajo me volvieron á descargar; y yo, desde el alar onde me tendieron, reparé, por un roto del encerao, que compraron trago otra veż y que volvieron á llenar la cacha. Antoces les dije que yo me sentía muy malo, que me dejaran ai; pero Aguirre dijo que ni bamba, qu' estaban comprometidos con el padre Inacito á poneme en el sitio muy temprano, y que no fuera cobarde, que me tomara un traguito, y vería cómo me componía mucho. Tanto me jeringaron, mi padre, todos tres, que tuve que meteme el trago. No me pareció que me hubiera sentao mal, y les dije que siguiéramos, pues. Pero más valía que me les hubiera ranchao: me cogieron á carrera tendida, y encomencé á zangolotiame en aquella barbacoa como árguenes en un muleto. Yo les suplicaba por Dios que andaran más despacio, que me acababan de matar, que se caían con yo; y pior lo hacían. Aguirre principió á grogiar: "que aquí llevamos al dijunto Dimitas Arias que se murió puaá en *Volcanes*"; y, haciendo que lloraba, decía:

"No murió de calentura
Ni de dolor de costao,
Sino de una corneaíta
Que le dio el toro pintao."

—¡Ah, salvajes!—prorrumpió el sacerdote, poseído de santa indignación.

—Eso era del aguardiente, mi padre; ellos no estaban en su sentido. Yo sentía que la cacha iba pasando de mano en mano; y seguían con la groja del dijunto. Y como los dijuntos montañeros hay que llevalos muy ligero, porque la sepoltura los tira, me llevaban volando. ¡Me matan estos verdugos!,—grité yo casi llorando del desespero y la fatiga. Y no había acabao de decilo cuando el Aguirre se resbaló, y yo caí con todo y guaduas, y al caer me salí de la cama, y fuí á dar puallá muy abajo contr' una piedra. Ai mismo se me fue el mundo, y me aicidenté.

El Tullido hizo una pausa, y el Cura una mueca que parecía un puchero. Por disimular su emoción, volvió á sacar lumbre y á encender.

—Cuando volví en sí—prosiguió el narrador encendiendo otra vez el cigarro—estab' el padre Inacito encomendándome l' alma. No supe cuando llegámos al sitio; pero, entre gallos y media noche, me acuerdo que la casa se llenó de gente, que sonaba el esquilón y que el padre me trajo á Nuestro Amo....y que yo lo recebí con mucha devoción.

Como la gente d' este sitio es tan buena, no me desamparaban un momento en esos días: todos creían que me moría más hoy, más mañana. A yo me manijaban unos ratos los hombres; otros, las mujeres; pero como yo no perdí enteramente la conocencia, yo auservaba que Vicenta no estaba con yo, ni la vía por parte ninguna, y se me ponía á ratos que se había muerto en el trabajo; mas sin embargo, no oía llorar criatura ni nada.

Como l' iba diciendo, yo siempre ponía cuidao á ver si oía á Vicenta y á la criatura; pero habían tapao la puerta del cuartico con un' estera, y á yo me tenían en un rincón de la sala, casi tapao con unos trapos que colgaron de unos varales. En ocasiones me parecía oír la prenuncia de Vicenta, como hablando pasito, pero pronto vía que eran pareceres míos no más; y últimadamente, mi padre, yo no estaba más que pa gritar con los dolores que padecía y pa preparame á buena muerte.

El padre Inacito estaba cada momento á mi cabecera, pulsándome, ayudando á bregame, rezándome l' oración á mi padre San José y otras devociones muy preciosas.

Un día oí que me dijo:

Hombre Dimas, d' ésta no te morís.

Y comenzó á consolame, diciendo que yo lo que tenía era rematís, y que me había descompuesto en la caída; pero que no más me fortaleciera un poquito, iba á mandar por un componedor muy hábil; y que ya le había escrito á un dotor de la Villa contándole mi achaque, pa que mandara la receta.

Antoces le dije:

Bueno, mi padrecito, pero ¿Vicenta sí es muerta? No me lo niegue.

El se riyó con una risa que tenía, muy sabrosa, y levantó los trapos de la cama, y fue y levantó l' estera del cuartico, y dijo:

Vicenta, hablále y asomá la cara pa que te vea.

Yo no la vide bien; pero sí le oí que me dijo:

No tenga pensión, mijo: desde aquí de mi cama lostoy acompañando: fue que quedé algo enferma.

Y yo dije, muy confundido:

¿Pero esto qué contiene?

Y el padre me contestó:

Lo que contiene es que te quedates sin conocer la pinta: el muchachito se lo llevó mi Dios á los tres días de nacido: la víspera de traerte lo enterrámos.

Aquí dio un suspiro El Tullido, hizo pausa, y luégo, con tono que quería hacer jovial y resultaba amargo, agregó:

Y sin conocer la pinta me quedé.

—¿Cómo fue....? — repone el sacerdote con aire de vacilación. — No tuvo más hijos?

— No, mi padre; — murmuró el pobre hombre un tanto conmovido — desde el día que caí con ese mal, hasta volveme como estoy, no volví á servir pa nada. La crianza qu' iba á hacer Vicenta con los hijos, la ha tenido que hacer con yo.... Porque, ya ve, mi padre, que casi me tiene que lidiar como á un chiquito.

—¿Pero ni un día siquiera pudo levantarse?

— Ni uno, mi padrecito. Lo qu' es el suelo no lo he vuelto á pisar. La pobre Vicenta, en lugar de marido, lo que le quedó fue un estorbo.. .No me valieron medecinas de ningún dotor; como tres componedores trajo el padre, y no hicieron más que atormentame: no me valió nada. Mi Dios no quiso sino que yo compurgara aquí mis culpas, porque me pusieron medidas del Señor Caído del Hatogrande, y el padre Inacito fue allá á pagar una promesa que mandámos....y tampoco me valió. De día en día m' iba engorobetando más. Primero se me fueron juntando los muslos con el estómago, después, las canillas con los muslos, y asina me he ido quedando tieso como fierro, lo mismo que compás de carpintero cuando se mogosea. Lo que fue dolores sí se me fueron quitando poco á poco; después me volvían por tiempos; pero ya hace muchos años que no siento nada. Un dotor que vino á ver á la mujer de D. Juan, se admiró de que yo no estuviera embobao ó loco, dizque porque tengo no sé qué quebradura en el espinazo y no sé cuantas cosas más. Pero ¡bendito sea mi Dios! de fatuo sí que me parece que no tengo nada; antes me parece que tengo más conocencia que cuando era mozo y alentao.

III

El Tullido, engolosinado con la mucha atención que le prestaba el sacerdote, prosiguió el relato, que, por vía de prontitud y claridad, terminaremos de nuestra cuenta y cosecha.

Cuando el padre Ignacio, protector declarado de Dimas, persuadióse de que éste era un inválido, se dio á entender que era preciso inventar algo para libertarlo del hambre. Desde luégo, se le ocurrió hacer de él un maestro-escuela. Viérase entonces al buen sacerdote tomar soleta todas las tardes, lloviera que tronara, en dirección de *El Sapero*, á cas de Vicenta; viéraslo haciendo el pedagogo con un discípulo que en su vida había agarrado cartilla, ni tenido noticia cierta del uso de la tinta, y á quien impedían estudiar los dolores del cuerpo y las tristezas del espíritu. Entre pizarra y catón, entre papel y citolegia se

fueron endilgando aquellos cursos, y hoy deletreo, mañana junto sílabas; ora palotes, ya signos, día llegó en que Dimas era hombre de escribir—con lirismo ortográfico, se entiende,—cuanto se le dictase, y de lanzarse él solo en una lectura tan de corrida, que ni punto final, ni el interrogante más pintado, eran parte á detenerlo, ni á que cambiara en un ápice siquiera aquel tonillo piadoso de novena que tomó desde el comienzo, y que lo mismo para él que para el Cura era lo supremo del arte. Y á tanto alcanzó en esto de lectura, que, en voz alta, y acentuando cada vez más el estilo, se apechugó todo el *Arco Iris de Paz* y toda *La Familia Regulada*. Oyéndole estos primores, pasaba el padre Ignacio las horas muertas, y le chorreaba cada baba que ni parvulillo en dentición.

No menos avanzado se andaba en caligrafía: con ser que la posición era harto incómoda, la pluma, si muy parada y casi cogida del arranque, iba resbalando por el papel sin trepidar un punto. Y, bien que el estilo del Maestro fuera clásicamente morante, el discípulo se mostró desde el principio original y personalísimo, sobre todo en letra gorda. Y cuenta si sabía garbear! Caracoles rasgueaba, al arrancar mayúsculas, que parecían cachumbos de vitoriera; palos y rabillos más eran cosa de dibujo, y su rúbrica, la de Pilatos pintiparada. Para "echar cuentas" lo tenía el Cura poco menos que por un Newton, y en cuanto á saber la doctrina y explicarla, se quedaban en pañales los doctores de la Iglesia. En suma, que á los nueve meses escasos le discernió el grado. Fue aquello desde el púlpito, donde poseído de la elocuencia que da el entusiasmo, hizo el panegírico de El Tullido y anunció la gran nueva de que al día siguiente se abriría la escuela bajo su inmediata vigilancia.

No hay para qué encarecer si la exhortación tuvo efecto, siendo esta escuela la primera que se abría en el pueblo y teniendo un patrón de aquel calibre.

Con ser que la sala era espaciosa, el Cura se vio y se deseó para acomodar aquel muchacherío, sin revolver las hembras con los machos, ni los de siete años con los de quince ó dieciséis. Otra clasificación no se intentó siquiera, ni había para qué; pero sí hubo distribución de días y de materias: martes y viernes enteros, para doctrina; los días restantes, para lo demás; y medio sábado, para toma de lecciones. A más de este plan, que poco á poco se fue perfeccionando, ideó el Cura la cama-carreta, la caja-escritorio y el palo con el rejo; que lo que fue el chuzo lo inventó El Tullido mucho tiempo después.

Todo discípulo, bien fuese un mocosuelo de seis años ó un grandulón de quince, pagaba una peseta mensual ó su equivalente en especies. Así era que, á fin de mes, llevaban: el almud de maíz ó el cuartillo de fríjol, los hijos de labradores; sus dos

libras de carne filtrajosa, los del carnicero, y así cada cual su parte, siendo pocos los que llevaban los dos reales. Amén de esto, El Tullido recibía á menudo de mano de sus discípulos ó de las madres, regalos de tabacos, de cuartos de cacao, de bizcochos, etc., con lo cual se daban marido y mujer la gran vida, tomándose al día cinco cocos de chocolate de harina, con mucho quesito y muchísima arepa de maíz sancochado, fuera de los almuerzos de espinazo y las comidas de fríjoles con tropezón de marrano.

Tal era el famoso establecimiento de cuyas aulas salió toda la sabiduría de los viejos del pueblo.

A los pocos años de fundado, pudo el padre Ignacio morir tranquilo con el auge de su protegido. Ni aun en su testamento lo olvidó: lególe la imagen de mi padre San Roque con todo y nicho, y un Niño Dios quiteño, en el cual cifró El Tullido las delicias y el consuelo de su vida, si no fue que se le antojase ver en él la pinta aquella que nó alcanzó á conocer.

Era tan lindo y tan gordito. Sentado muy orondo en su dorada silla de copete, con su mitra de plata y su túnica bordada de lentejuelas, con su carita tan lozana y sus mejillas arreboladas, parecía un obispito de gran parada. En la diestra llevaba el mundo, y en la izquierda, una flor que El Tullido hacía renovar todos los días. Sobre tan buenas partes, tenía el Niño la de poderse vestir, la cual daba lugar á las contemplaciones y al mimo por el lado de los trapos.

Estas imágenes, lo mismo que una de la Cueva Santa, otra de la Virgen de Balvanera, y algunas más en cromo-litografías empolvadas y roñosas, ocupaban una tabla á modo de aparador, colocada arriba del ventanillo, y que llenaba todo el lado del *Callejón de El Sapero*. En el centro, el nicho de San Roque, en cuyas alas de escaparate estaban pintados en la parte interior—y no por Vásquez seguramente—una Santa Rita muy escurrida y tocada y un San Pedro Alcántara, muy esqueletudo y miedoso, con tamaña calavera en una mano. Un pañito bordado de hilo rojo, agitado de día por el viento, perseguido de noche por las moscas, colgaba á los pies del Niño. Por delante, por los lados, por todas partes, con simetría primitiva, lucían candeleros de barro, frascos con flores de botón de oro y de siempreviva y ramilletes de flor de uvito.

IV

En aquella escuela *sui géneris*, la disciplina era cosa desconocida, claro está. Novillos hubo hasta de semana entera; en la clase misma, fuese por acción ó por omisión, casi todos se salían con las suyas, si bien los chuzones y latigazos lograban tal cual

vez meter en cintura, siquiera por un día, á más de un revoltoso.

Pero en la época en que lo presentamos, el Maestro estaba ofuscado con un diablo de muchacha que le tenía perdida la escuela, y á quien, por motivos especiales, no podía dar pasaporte, pues era nada menos que Carmen, la de la muestra inglesa, hija del difunto Aguirre, el de la cacha de aguardiente, y de su vecina Encarnación, vecina á quien él debía muchísimos favores.

No había qué hacer con la indómita: ni por las buenas, ni por las malas, ni haciéndose el desentendido, sacaba de ella el pobre Maestro cosa de provecho. Y era lo peor que ni siquiera inquina le podía cobrar. ¿Cómo, cuando ella tenía por él y por la señá Vicenta los mayores miramientos? Carmen corría por candela cada vez que se le apagaba el tabaco; Carmen ayudaba á pilar el maíz y le atizaba el fogón á la vieja; Carmen le traía el tarro de agua, y era de verla con aquella guadua dos veces más alta que ella. En cuanto llegaba el maestro Feliciano, ya estaba Carmen inquiriendo si era la hora de la afeitada, á fin de buscar papeles para limpiar la navaja, aprontar el platoncillo de agua tibia y conseguir el trapo enjugador. Era un verdadero brete cuando el Maestro determinaba que lo llevaran á misa: desde el sábado por la mañana tomaba la acuciosa el ajuar dominguero de la cama-carreta, para devolverlo á la noche, aplanchadito y con todo el azul de Prusia que el caso exigía, y ella misma enfundaba las almohadas, tendía el rodapié bordado de ojetes, tapaba las pobres mantas con la histórica colcha de zaraza, en la cual se reproducía hasta por veinte veces "una señora montada en un caballo muy chisparoso", que era el encanto de los muchachos. No bien el maestro Feliciano y sus hijos alzaban con El Tullido, ya estaba Carmen al pie de la cama, y ni en la calle, ni en la iglesia lo despintaba, hasta traerlo á la casa. Los domingos iba siempre á compras al mercado, y, unas veces hojaldres, otras, empanadas ó siquiera dulunsogas ó pepinos, nunca le faltaba el regalo para su Maestro; sin contar los manojos de coles y los de cebolla que á menudo le llevaba de la hermosa huerta que cultivaba Encarnación; sin contar las malvarrosas y claveles con que ofrendaba al Niño Dios. En fin, que la rapaza, en medio de su travesura y de su desaplicación, era una providencia para el pobre matrimonio. Y como su casa estaba á un paso de la escuela, la hallaba siempre á mano la señá Vicenta para cualesquiera menesteres.

Con la misma facilidad, con el mismo entusiasmo con que los desempeñaba, insurreccionaba la escuela y le armaba al Tullido unos líos, que el pobre se mareaba, columpiándose entre el deber y la gratitud. Un sentimiento análogo, bien que inconsciente, animaba á toda la turbamulta escolar con respecto á

Carmen; pues todos, ya de un modo, ya de otro, tenían algo que agradecerle; esto sin contar las roscas de pandequeso que le hurtaba á Encarnación y luégo repartía en la escuela en menudos pedazos. De aquí el que hasta los más grandulazos y puestos en orden se prestasen á todo enredo, á todo desorden iniciado por ella. Tal cual vez le entraban arrechuchos de aplicación y decía: "Estudiemos hartísimo, muchachos!" Y el *hartísimo* consistía en chillar hasta quedar roncos; y todos la seguían, y todos quedaban atronados y dispuestos á darse al descanso y á la diversión después de tal hazaña.

El Maestro, habituado al fin al mariposeo y al vocear de los muchachos, podía perfectamente descabezar un sueño en plena sesión; y pocas veces dejaba de hacerlo al medio día, hora en que le entraba el perro.

El, que cerraba el ojo, y Carmen que principiaba. Era una criatura invencionera que cada día añadía algo nuevo á la pizpirigaña (que por acá se ha llamado siempre *pizingaña*), al *esconde la rama* y á otros juegos infantiles. Pero lo más frecuente en estos retozos clandestinos, era alguna fantasía que se le ocurría de pronto, como banda de música, en que los popos de vitoriera hacían de clarinetes, las cartillas arrolladas, de bajos, y los muebles, de tambora. En cierta vez hizo un muñeco de pañolones, y, arrojándolo á la banca de los machos, exclamó: "Recojan el *botaíto*", y el botadito pasó de mano en mano muy acariciado y agasajado por todos. Cayó esto tan en gracia que casi siempre le pedían por unanimidad el *botado*, nombre con el cual quedó bautizada la invención. Y así, al tenor de ésta, iba sacando mil boberías, para la edificación de los alumnos y la buena marcha del establecimiento. Verdad que estos regocijos acababan siempre con rejo á la redonda, que ni estando muerto el Maestro dejara de sentir el alboroto; pero esto en nada arredraba á la Carmela, porque su divisa era aquélla de que "después de un gusto.....", que, al fin y al cabo, vino á ser divisa de todo el muchacherío.

El santo varón, con serlo tanto, se daba al Diablo; y á la rapaza, los dictados más depresivos, amenazándola con el destierro perpetuo de la escuela. Poníase ella como una Magdalena, y juraba y perjuraba que nunca volvería á hacer nada reprensible, y la enmienda duraba hasta la primera ocasión de acreditarla, con ser que á la indina la aterraba la idea de no volver á la escuela.

El Maestro, por su parte, trataba de hacer esfuerzos para pelearse con Morfeo, pero al fin se persuadió de que era en vano, y diose á pensar que no pudiendo él, como no podía, con el sueño, cuanto menos había de poder Carmela con ese genio que Dios le dio. Tan lógicos razonamientos, unidos á los favores

referidos, acabaron de inclinar al Maestro en favor de esta chicuela, que necesitaba de tan poco para loquear, según le viniera el humor.

También le daba mucha guerra el monitor de la arena, hijo de D. Juan Herrera, uno de los magnates más morrocotudos del pueblo; y no porque fuese de la laya de Carmela, sino por altanerote y levantisco, y porque toda cuestión con los condiscípulos la dirimía á pescozones. Con él había siempre alguna bronca casada para la salida, si no era que la armase en plena sesión; y aunque Toto salía siempre mal ferido en la refriega, no por ello se dejaba de retos ni baladronadas.

Para tal Reinaldo, tal Armida. A poco de haber entrado á á la escuela, estando en la clase de escritura, se le acercó la Aguirre con muchísimo misterio, y le dijo al oído:

Querés que seamos novios, ole Toto ?

Quedóse el requerido pensándolo un momento, y, al cabo, contestó:

—Cuando salgamos te digo.

—No; decíme yá—exigió ella.

—Pues bueno, ole—resolvió él, como quien corta el nudo gordiano.

Consistía la vacilación del muchacho en que Carmen, á más de poco garbosa, era muy cachetona y carisoplada, á causa del ahoguío que padecía; pero al mismo tiempo admiraba Toto en ella unas trenzonas muy crespas y unos dientes de porcelana; fuera de que no le parecía nada chinche ni acusona. Las roscas de pandequeso acabaron de decidirlo. Fueron acusados ante el Maestro, que se echó á reír exclamando:

Asina tenía que suceder. Como nos dejen con vida todo está bueno.

En un principio, los novios no se mostraron muy entusiasmados, porque ni en la escuela, ni en las hogueras y juegos de la plaza, ni en las cabalgatas en palos de escoba allende *El Sapero*, ni en el mataculín, ni en el columpio se buscaban demasiado, y acaso el noviazgo se hubiera vuelto tablas, si el Maestro, primero, y luégo los discípulos no hubieran contribuído á anudar estos dos corazones.

Fue el caso que El Tullido—y detrás de él toda la escuela—vio en las trapisondas de Toto alguna conexión con los enredos de Carmela, y viceversa. De tal suerte se poseyó de esta idea, que si Carmen jugaba, regañaba á Toto; si éste reñía, Carmen era la culpable. Los ponía de enemigos malos, de barrabases, de mataperros y de otras cosas que no había por donde agarrarlos, cargando sobre ellos todas las culpas que se cometían en la escuela.

Estos denuestos agradaban por demás á los condiscípulos, pero ninguno les encantó tanto—acaso por lo terrible de las circunstancias—como el de *Perjuicios* que les espetó cierta memorable ocasión en que la novia, por instigación del novio, sacó de debajo de la cama de señá Vicenta no sé qué utensilio. ¡Qué horror el de aquel día!

Desde entonces se quedaron con el mote de los *Perjuicios*. Y como quiera que el precepto gramatical sobre los nombres epicenos no cuela á los chiquillos, dieron á la hembra la disinencia femenina, y Carmen se quedó *Perjuicia*, y por *Perjuicia* se le conoce aún en su pueblo.

De todo esto resultó que los *Perjuicios* aceptaron incondicionalmente, como se estila ogaño, la solidaridad que se les achacaba. Al salir de una sesión prorrumpió ella, apasionada por su causa:

Por la pica que este Tullido y todos estos zambos de la escuela nos levantan testimonios, nos hemos de querer hartísimo yo y Toto, y hemos de hacer hartas cosas.

—Sí, ole;—aprobó Toto con grande efervescencia—mas que nos pelen.

Perjuicia sobre todo tomó el asunto con el fanatismo y alarde de las hembras cuando abrazan las causas políticas y religiosas, cuando se les antoja que van á meter mucho ruido y á representar el gran papel.

¿Leoncitos á Carmela! Desde ese día llevó más pandequeso del que llevara en antes; llevó algarrobas y corozos grandes, para tener el gusto de regalárselo todo á su *Perjuicio* y dejar á los demás "como perros velones". Desde ese día inventó los buches de agua arrojados á media sala; retrató la calavera de San Pedro Alcántara en las planas propias y ajenas, perfeccionó "el Judas": y en verdad que quedaba diabólica con aquellos párpados sanguinolentos doblados hacia arriba, con aquella bocaza destarrallada hasta las orejas, con ambos índices parados como cachos, y más que todo, con ese estrabismo de ojos, que era su grande especialidad. Estos horrores, y otros muchos que sería largo enumerar, los hacía sin que El Tullido se durmiera, con lo cual se llevaba unos ramalazos de padre y señor mío.

Tres cuartos de lo mismo le acontecía á *Perjuicio*. Sin alardear mucho del amor á su prometida, se dejó decir en una clase que no estudiaba ni rezaba la doctrina, ni escribía si á *Perjuicia* no le daba la real gana; y cuando El Tullido, después de ordenar silencio general, fue á sermonearle por esta bocarada, el faccioso metió un *corcoveo* que á poco más se viene abajo el Niño Dios. (¿Sabe Ud. lo que es *corcoveo?*—Es un silbo sumamente agudo y destemplado que se produce cruzando los dedos de

ambas manos, apretando las palmas é insuflando el aliento por la juntura de los pulgares, y que dice clarito: *corcoveo, corcoveo).*

El Maestro, aturdido con tal onomatopeya, levanta el palo para acabar con el silbante; mas de pronto se suspende, y, convirtiendo la cara á las vigas, exclama con profunda amargura:

Dios mío, Dios mío, revestíme de pacencia pa no hacér un hecho con este perverso!

Da luégo un acecido y grita á los muchachos:

¡Váyasen todos antes que mate uno!

Era un rapto, un desate nervioso que nunca había sentido. En esta repentina, inusitada exaltación se le agolparon en la cabeza sus miserias de enfermo, sus angustias de maestro, el lote de desgracia que le había tocado en suerte.

Si le tumbarían la escuela esos enemigos! Eso yá no era escuela, eso yá no era nada, ni una merienda de negros. Más respeto le tenían á un palo que á él; y abusaban por su desgracia; porque no podía valerse ni arrojar de la escuela al malvado, puesto que D. Juan lo había socorrido siempre y acababa de regalarle una cobija. No podía arrojar á Carmen tampoco, porque así ella como su madre lo tenían obligado con tantas finezas. Y lo mismo daría, porque la escuela toda se la tenían perdida aquellos enemigos. ¡Valientes muchachos tan terribles eran los de ahora! El, que enseño á todo el sitio, no había manejado nunca una canalla como ese par. ¡Y de novios y mataperreando juntos, cómo se irían á poner! Si él pudiera dejar ese diantre de escuela. Pero, cómo? quién lo mantendría? Y si no ponía remedio al mal ¿con qué cara iría á cobrarles plata á los padres, para que vinieran los hijos no sólo á perder el tiempo, sino á aprender maldades? Ay! Si esa pobrecita Vicenta pudiera trabajar en algo, siquiera para comer agua negra. Pero ¿en qué iba á trabajar una pobre vieja? Harto había hecho la infeliz en bregarlo á él con tan buena voluntad, en conformarse con no tener marido sino un gusano. Gusano no, que estos tan siquiera se arrastraban por el suelo, y él estaba ahí en esa cama como en un cepo. Si tuvieran algún hijo que velara por ellos. Que Dios no le dejase perder su alma al cabo de la vejez! Que si era su santísima voluntad que Vicenta tuviese que salir á implorar el bocado, le diera valor para soportar esa vergüenza, para recibir la limosna con humildad. ¿Por qué se habría puesto así, tan desesperado, después de haber sufrido tánto, tántos años, tranquilo y resignado?

Volvió la cara hacia el Niño Dios y con el alma le dijo:

Mi niño querido, mi único consuelo en esta vida, ilumináme lo que he de hacer pa arreglar esto. Mandáles aplicación y formalidá á estos niños, pa que yo pueda seguir en mi escuelita, pa

que pueda conseguir el pan nuestro de cada día; pa que no tenga que pedilo. No me dejés de tu mano, niño adorado.

Y aquí siguieron varios padrenuestros y otras oraciones:

La señá Vicenta, maravillada al comprender que la escuela había salido sin que ella diese el aviso de ordenanza, entró á informarse de la novedad, y en cuanto vio al Maestro tan cariacontecido y con señales de haber llorado, murmuró, como hablando consigo misma:

Es' es qu' est' enfermo.

—Ello no, hija; estaba aburrido y largué muy ligero; pero no tengo nada.

—En la prenuncia se le ve qu' est' enfermoso.—Y se acerca á la cama y le pasa la mano por frente y cabeza.—

—Qué achaque he de tener! No sea embelequera. Es que hoy me ha agarrao el flato. (El Tullido, como toda la gente del pueblo en Antioquia, decía siempre *flato* por tristeza).

—Eso sí 'stá malo,—replica la viejecita arreglándole la colcha—porque como yo lo vea siempre contento, lo demás ai va.

—Eso se me pasa, hija. ¿No ha visto, pues, que yo siempre estoy tan alegre?

—Pues por eso me choca verlo asina. Tal vez es que tiene mucha de la fatiga con toíta la bulla que han hecho hoy esos muchachos. Voy á trele la comidita.

Y salió.

¡Esta sí era la que se iba á ir para el Cielo con todo y ropa! Valiente mujer! Toda la vida bregando con un tronco de carne tirado en una cama, y siempre con el mismo modo y siempre con el mismo cariño, sin descuidarlo un momento....cuando otras por ahí....casadas con hombres alentados y buenos mozos.... El, siempre era muy malo cuando no le agradecía á Dios esa mujer que le dio. Era mucho el purgatorio que iba á chupar por su poca conformidad, por su mucho desagradecimiento.

En tantos años de sufrir, no recordaba El Tullido haber experimentado una angustia como la de ese día, y nunca las notas de su desgracia le parecieron tántas y tan lamentables.

De ello sacó en limpio que era un hombre comido de pecados, á quien todavía le faltaba "mucho palo" para ponerse en buen punto de cristiano y aprender á conformarse con el querer de su Divina Majestad.

Esa tarde no dio escuela, sino que mandó llamar al Cura, quien, después de confesarlo, le aplicó todos los bálsamos y unturas espirituales del caso, aleccionándolo, además, sobre el modo cómo debía obrar con los *Perjuicios*, los cuales, por de contado, figuraron no poco en este largo parlamento.

V

Amaneció aquel lugar envuelto en niebla tan espesa, que entre las cocineras que madrugaron á coger el agua en los chorros de la esquina del *Cabildo*, hubo choque y quebrazón de ollas y calabazos. El Sacristán, arrebujado en su bayetón, y, en su manteo, el Cura, hicieron sonar los zuecos en las empedradas aceras y tocaron á misa; más de un perro, hecho una rosca, tiritaba por ahí contra alguna puerta; las vacas, echando vapor por todo el cuerpo, reclamaban sus crías en los cercados; éstas contestaban desde adentro, pero nadie salía á los ordeños; pajaritos cantores no se oyeron, sino que la lora del Cura, después de pedir repetidas veces al lorito real *que sacara la pata*, entonó el *Santo Dios* con lengua más estropajosa que de costumbre. Despeinadas y flechudas, se andaban por todas partes las gallinas, escarba que más escarba, comadreando si Dios tenía qué; en tanto que unos puercos protestaban de la argolla y de la horqueta con gruñidos de amenaza, hociqueo en las paredes, estregamiento contra las esquinas.

No bien los tules aquellos se descorrieron, y el rayo amortiguado de un sol anémico despuntó por detrás de la torre, se abrieron los balcones de la casa de D. Juan, y misiá Nicolasa salió á tender en la baranda los pañales del pequeñuelo; y detrás de ella, otras madres que, á falta de balcones, extendieron los trapajos en taburetes, frente á las puertas de sus respectivas casas. Un capítulo de gallinazos, graves y meditabundos, que también asoleaban sus ropas en las alturas de la basílica y en el palacio municipal, se desgajaron cautelosos, atraídos sin duda por aquellas bayetas de parvulillo, mientras que otros, más muchachos y traviesos, se agolparon al frente de la carnicería, por ver si lograban una parvidad de filtraja. Abrió el herrero la fragua; los de la renta, el estanco; señó Benjumea, el ventorrillo; D. Juan Herrera, la tienda; y principió el palpitar febricitante, el hervir de la gran metrópoli.

¡Qué tiene qué ver la de Semíramis! Grandiosas fábricas de vara en tierra, de bahareques, de techumbres de rabihorcado, ahora juntas, ahora dispersas; altos y bajos relieves de boñiga en muros y pavimentos; mozaicos de chorretas y rayones por dondequiera; avenidas alfombradas de yuyoquemao, de abrojo, de espadilla.

Filigranas de espartillo y de helecho visten los muros de huertos encantados; sobre los aleros de paja y de terrón se espacian la verbena y la sarpoleta y se desata en bucles la acedera; extienden los morales sus espinosas ramazones á través de las verjas de macanas; por los valladares de madera preciosa de caunce y de sietecueros, se entretejen la batatilla y la batata; túpenlos y refuérzanlos el lengüebuey y el barbasco....tal vez

para que ninguna vaca invasora vaya á perderse entre aquellas formidables vitorieras que, cual las huestes napoleónicas, han sepultado las mafafas, confundido los achirales, invadido hasta el cogollo los arrogantes platanales, puesto en duda la existencia de los chiqueros, borrado las fronteras y enredado la geografía de aquellos continentes.

Cual la insensatez humana que paga tributo al lodo inmundo, bordan las márgenes de *El Sapero* sauces llorones que lo besan; chachafrutos que le riegan sus pétalos purpúreos; borracheros que le adulan con la grosería de sus perfumes y la hipérbole de sus flores; dragos que enrojecen sus hojas por adornarlo.

En las ciénagas, vestidas de espadaña, agitan los yarumos su follaje de doble faz; en las hondonadas se yergue el zarro, esa palmera de la tierra fría; en los collados ostenta la flor de mayo su ríspido ramaje y su tricolor eflorescencia; descuélgase por las breñas el colchón de pobre; el helecho se prodiga por dondequiera; y por allá, de trecho en trecho, como caricatura de custodia, se empina, desairada y grotesca, tal cual mata de girasol.

Cubre este lujo pesetero de la naturaleza un riñón atrofiado de los Andes. Sobre él á horcajadas está el pueblecito. Los gallinazos, esos poetas que giran en la altura, deben contemplarlo desde allá como el delineamiento de un alacrán. Las dos callecitas de *El Alto*, curvadas asimétricamente, son las antenas; la plaza larguilucha, el cuerpo; las tres calles que medio arrancan de ella á lado y lado son las patas, y, por último, forma la cola con todo y nudos, la llamada *Calle-abajo*. De modo que la escuela viene á quedar en la ponzoña. La paja de los techos, las paredes húmedas ó empolvadas, el humo, las telarañas, el abandono, hacen de aquella aldea una mugre, un harapo de villorrio. El cielo que lo cobija parece de zinc lo mismo en invierno que en verano. Tiene la hermosura de la miseria, la poesía de la tristeza, la nota pintoresca del desamparo: dijérase una gitana convertida en pueblo.

Consta de muy buena tinta que El Tullido tuvo una noche toledana y que, á pesar de ello, no dejó de llamar á las cuatro de aquella mañana á la señá Vicenta, para rezar de cama á cama el rosario, los padrenuestros del Carmen y los actos de fe, como tenían de costumbre. Cuando hubieron terminado, salió la buena mujer tiritando para la cocina. Y en qué apuros se vio para hacer llamarada, pues, aunque *enterró* muy bien la noche antes, el frío había penetrado la ceniza; y aquella brasa moribunda no quería revivir. A fuerza de soplos, de pujos y de encarnizarse

los ojos, obró el milagro de hacer entrar por el deber á aquella leña aterida. A poco la chocolatera de barro, acariciada por dos lenguonas rojas que la lamían por los flancos, cantaba en delicioso gorgoreo, en tanto que el tiesto encaramado en las tres piedras, se estremecía rabioso, al sentir en sus abrasadas concavidades la frialdad de aquella masa que se le pegaba como una ventosa; pues primero se cortara la cabeza señá Vicenta que dejar al "viejito" sin su arepa caliente al desayuno. ¡Y cómo se le enternecía la pajarilla al buen hombre, al oír el cuchillo raspa que rasparás, y el molinillo de raíz, que se volvía tarumba entre aquella onda espesa y perfumada! Después de apecharse el coco "cebado por dos veces" tuvo tiempo de echar una tongadita de sueño.

Que no fue tan corta que se diga, porque en mañanas como ésa los discípulos tardaban en llegar, y no por dormilones, sino porque, á más de la "ranchada de la leña", de que no se escapaba ni la casa de D. Juan, los chicos se entretenían en la calle apostando á cuál "echaba más *ñeblina*". Y qué bocazas las que abrían aquellas criaturas para arrojar el aliento, y qué de risas y comentarios cuando algún "señor" asomaba á su puerta é iba despidiendo, entre bostezos y estremecimientos de frío, cada bocanada que ni fumando tabaco.

Vedados le estaban estos placeres á la pobrecita *Perjuicia*, pues Encarnación no la dejaba madrugar, por miedo de que le atacase el ahoguío con esos fríos matinales; razón por la cual llegaba la última á la sesión de la mañana.

Las siete de ésta serían cuando salió de casa, aspirando el aroma de un enorme clavel, de ésos que por entonces significaban "amor vivo y puro", que llevaba para obsequiar al Niño Dios.

Ufana por demás con la ofrenda, se llegó á la escuela, dio los buenos días al Tullido, se informó de su salud—atención que nunca omitía—y estiró la flor á Cleto Villa, que, por ser el más mañoso de los chicos, era el encargado de ponerla en la manita del Niño. Pero cuando el muchacho, después de encaramado en un taburete, iba á verificar tan delicada operación, le gritó el Maestro en tono de regaño:

Detente, Cleto; no le ponga eso al Niño Dios.

—Por qué, Maestro?—exclama *Perjuicia* en extremo sorprendida.

—Por qué? Porque él no recibe sino flores que vengan de manos de una niña obediente y respetosa; de unas manos puras.....y las suyas están manchadas.

—Sí, ya sé—gimió la chica, emperrándose á llorar á todo pecho.—Eso fue porque Toto.....ji! ji!.....chifló ayer el *corcoveo*....Yo qué culpa tengo, ah?

—Sí tiene la culpa, sí la tiene, porque usté y él se han pautao pa cometer faltas y pa irrespetar á su Maestro. Por eso el Niño Dios no le quiere su flor. Llévesela y vaya á la iglesia, y ai, junto al altar de mi padre San Cayetano, está el retablo de mi padre San Miguel con el Diablo á los pies....Póngasela á Lucifer, que ése sí le recibe su flor. ¡Vaya póngasela corriendo, que allá la está esperando!

Por este registro sí no había entonado el Maestro, y los niños estaban aterrados. ¡Y qué bonito estaba diciendo esas cosas: sin ponerse bravo ni nada, sino como el Curita cuando echaba las prédicas!

Perjuicia, entre tanto, con la cara apoyada en un brazo, y éste contra la pared, seguía sollozando.

El Tullido suspende un instante su filípica, y luégo, dirigiéndose de nuevo á la muchacha, le dice:

¿Qué es que no se mueve? No le digo que el Diablo l' est' esperando? Y usté no debe hacerlo aguardar: las niñas endiabladas, como usté, deben ir todos los días á hacerle la visita. ¡No ve que él es el que las manda?

—Por la Virgen, Maestrico,—grita *Perjuicia* desesperada, tirándose de rodillas—no me mande p'onde el Diablo, no me

mande, que yo no soy endiablada..... ¡No me mande, no me mande.....! Yo no lo vuelvo á hacer, no lo vuelvo á hacer, Maestrico de mi vida! Yo le obedezco á usté todito lo que me

diga..... Yo no vuelvo á ser juguetona ni necia..... Pégueme si quiere; déme rejo,

—No, yo no le pego; no se afane. ¿Para qué le voy á pegar? ¿No ve que usté no está sino pa darle gusto al Diablo?

—Al Diablo no, Maestrico—plañe *Perjuicia*.—¡Yo no lo vuelvo á hacer; no, por Dios!

Y sigue de rodillas, y de rodillas se va hacia atrás y se viene hacia adelante, y se mesa el pelo y se estriega los ojos, convulsa, desesperada.

El Maestro, recordando que el Cura lo ha motejado de falto de entereza, sigue en su propósito, aunque se le vuelva cuesta arriba al ver cuál se pone la muchacha.

Levántese de ese suelo,—le manda en tono más severo que antes—y déjese de hacer papeles, que yo no le creo.

Y dirigiéndose á una muñeca de las más *gorgojas* que se estaba acurrucadita en un rincón, le dice cariñoso:

Vaya usté, mija, tráigame á su casa una florecita pal Niño.

—¿En casa, caso hay bonitas?—replicó el ángel con un mohín de lástima de lo más encantador.

—Eso no le hace, mijita. Tráigame de las que haiga.

Felicísima con la distinción, corre á cumplir su cometido.

Carmen, sintiendo que á su pena se agrega algo como un ultraje, y, concentrando toda su amargura, toda su humillación en un chillido muy largo, se arrastra de hinojos hasta la camilla del Maestro, y, hundiendo la cara en los tendidos, sigue sollozando.

La niña, coloradita y jadeante, torna á poco con una rosa amarilla, de ésas que llaman de muerto, y dice:

No había sino de esto que güele muy maluco.

—Está muy linda,—replica El Tullido, recibiéndole aquella pobre flor,—y anque no estuviera: el Niño Dios la recibe con mucho agrado, porque ésta sí viene de manos puras y virtosas. Tóme, Cleto; póngasela.

Dejara de ser mujer Carmen Aguirre si, á pesar de su quebranto, no hubiera levantado la cabeza para ver la flor. Tan luégo como el Niño la tiene en su manecita, se alza la cuitada y exclama:

Quítesela, por Dios, Maestrico, que eso está muy feo y jiede mucho.

—Está muy preciosa.....y el Niño no la va á güeler.

Ella, entonces, se retira á su puesto á llorar en silencio sus tristezas.

El Tullido, como para borrar la impresión que esta escena produjo, como para aturdirse él mismo mandó:

¡Ea, pues, muchachos, una leyenda bien sabrosa!

Y la gran chillería se arma.

Cuando se iba calmando gritó, una muchacha:

¡Maestro, Carmela está con el ahogo!

Y, en efecto, Carmela parecía en lo supremo del ataque: levantaba la cabeza y abría tamaña boca para poder respirar, dando unos acecidos y produciendo unas hervezones y unos levantamientos de pecho, que inspiraba compasión.

Si está con el mal, váyase pa la casa—le dijo el Maestro, echando el resto de valor, porque yá se le quería figurar que se había desmedido en el castigo.

Perjuicia, haciendo todo el alarde posible de enfermedad, se tocó con el pañolón como una viuda, no dejando fuera sino la punta de la nariz. Le pareció muy del caso un patatús horrible; pero por más que lo provocaba y lo fingía, el patatús no se quiso presentar, por lo cual hubo de contentarse con salir agarrándose de la pared y de las puertas: ¡estaba tan desfallecida!

Por haber enfermado de las glándulas, dejó de asistir *Perjuicio* por tres días á la escuela, pasados los cuales compareció en ella muy satisfecho y campante. Llegada la hora de pontificar en la arena, se apercibió para ello el monitor insigne; pero ....cepos quedos!—el Maestro le dice:

Opa, hijo; no se mueva de su puesto.

Y, revolviendo la vista por toda la clase, añade:

Salga usté, Cleto, á enseñar en la arena. Usté es el monitor de hoy pen delante.

¿Viste á un general cuando lo degradan? Lo que éste puede sentir es nada, comparado con lo que sintió Toto Herrera. El, el hijo de D. Juan, el más valiente de toda la escuela, suplantado por ese bobo, por ese pobretón de Cleto Villa. ¿Cómo no se abría la tierra y se tragaba todo el Sitio? Caía cada lágrima por los cachetes de *Perjuicio* como arveja.

VI

¡No hay qué hacer con el progreso! Es un Micifús artero, perseverante, que espera el momento preciso, el cuarto de hora de los pueblos, para echarles el zarpazo.

Tal pensaba, más ó menos, D. Juan Herrera cuando discurría, que era á toda hora, sobre el incomparable adelanto de aquella población. Con él opinaban todos sus convecinos: para ellos no parecía el progreso cosa indefinida, toda vez que habían puesto punto final al de su pueblo: de allí no se podía pasar, era el *non plus ultra*. En realidad de verdad, aquella aldea había conseguido en veinte años lo que en muchísimos no lograra. ¡Qué de cosas sucedidas en tan corto tiempo! El asalto fue por este orden: una vía comercial que rompió el aislamiento de esa

comarca; creación de escuelas oficiales; minas y fincas que se montaron y que, dándole valor á las tierras y ocupación á los brazos, atrajeron no pocos inmigrantes; tejares que supeditaron la paja; tapias que derogaron los bahareques; un Cabildo *chorrudo* que echó agua y levantó pila; y, por último, una enormidad de suceso, un colmo que casi deja pasmado á D. Juan y á sus turulatos convecinos; una Legislatura munífica que erigió aquella parroquia en cabecera de circuito.

"¡Ah, el Circuito!"—Y D. Juan abría aquella boca, y abría aquellos ojos, y abría aquellas patas. Ese Circuito que llevó tántos hombres sapientísimos, que estableció el foro, que elevó el pueblo á la categoría de ciudad, que postergó, que puso bajo su planta aquellas aldeas limítrofes tan antipáticas, tan aborrecidas. ¡Qué triunfos, qué glorias! Todo allí asumió un carácter eminentemente ciudadano: el jipijapa del Cura fue reemplazado por la teja clásica, y, no contento con la vieja iglesia, no sosegó hasta crear una junta é iniciar los trabajos de un nuevo templo; las grandes damas pasaron de la alpargata á la babucha de cordobán; mermaron un veinte por ciento zuecos y bayetones; estableciόse zapatería; pusieron letreros en tres ó cuatro tiendas; pintáronse como ocho casas; se empapelaron la del Alcalde y la de D. Juan Herrera, y tuvieron bombas y mesa central; Doña Nicolasa no volvió á admitir pañales en sus balcones, con ser que Toto le había llenado la casa de *Perjuiciecitos*, pues iba yá para diez años que se había casado con Carmela.

Todo esto era nada comparado con la instrucción: á más de las escuelas oficiales, abriéronse dos colegios para hombres y para mujeres, y no se oía sino "plantel de educación", por aquí, "plantel de educación", por allá. El de señoritas era un sueño; hasta las casaderas, y aun papandujas y quedadas fueron á abrevar sus espíritus en aquella fuente de sabiduría.

Estamos en Noviembre. La ciudad se reviste de todas sus galas para concurrir á la "fiesta suprema de la civilización." La comunidad vestida heterogéneamente al gusto de cada alumna, atraviesa la plaza, al són de *La Garibaldina* que tocan dos clarinetes, un bajo y la retumbante tambora del maestro Feliciano; precede aquel mujerío sabiondo Doña Carmela Bedoya de Bulgarín, la pedagoga ilustre; síguelo la embelesada turbamulta. En la nave central están en rueda todos los taburetes del pueblo, el gran tablero de vaqueta embetunado y la ostentosa mesa de los "réplicas y catedráticos", paramentada con las colchas de damasco de misiá Nicolasa. Lo más granado de la ciudad ha acudido; aun vibran los últimos bolillazos de Feliciano, cuando misiá Cornelia toca la campanilla y dice: "Se va á dar principio al *apto.*" Hace una señal con los ojos, y, de en medio de la comunidad, sale una muchacha, chirriando los *guasintones.*

Cuán hermosa é interesante! Viste un ornamento de merino azul de cielo, escotado y de manga troncha; áurea soga de filigrana le da tres vueltas en el cuello, le pende por delante y se coge en una cadera con un prendedor de águila; recógele una redecilla la enorme castaña; cuatro cachumbos le cuelgan á cada lado; luce zarcillos de lámpara griega, y, en el copete, un ramo de flores de mano de varios colores. Qué esplendor! Es Ester Solina Herrera, la seca-leche de misiá Nicolasa, el mimo de D. Juan. De pie, cerca á una mesa donde están las planas y los dibujos, estira en redondo la mano, relumbrante de pedrerías, y dice:

"Señores: El magnífico espectáculo que hoy tenéis la satisfacción de presenciar, es de las fiestas más espléndidas que se celebran en las naciones civilizadas, porque es la que hace la educación en la bella y elegante carrera del saber. Pues bien, señores, educad vuestras hijas y ellas serán felices...."

Esta arenga, obra maestra del Doctor Forero, el famoso abogado de la "ciudad", iba electrizando la muchedumbre; mas de repente aquello no fue ya electricidad: fue el pasmo. No era para menos: el discurso aquel tenía su paso, su escena culminante: ello fue que de pronto dice Ester Solina: "Valdréme aquí de las palabras de María", y se postra de hinojos, y cruza los brazos, y echa toda la "Maunífica", desde el "engrandece" hasta el "por los siglos". El cura *chocoliaba;* se sonaba D. Juan por disimular los pucheros; misiá Nicolasa palidecía de emoción ante la belleza y el saber de su pimpollo.

Siguió luégo el examen de francés. El Fiscal, que era el profesor, abre un texto de Ollendorff, y le dice á una niña:

Bueno, señorita Tangarife, sírvase Ud. verterme al francés las frases que yo le vaya diciendo en español.

Tosió y dijo:

¿Tiene Ud. miedo?

La señorita Tangarife, á pesar de sus rubores, pronunció muy claro:

¿Abé bu per?

Los ojos que abrió aquella gente....! A *Perjuicia* le acomete tal risa que no tuvo más remedio que romper por donde pudo, con la boca taponada con el pañuelo, y salirse al atrio á desahogar el ataque. Tres ó cuatro viejas, contagiadas, la siguen, y detrás una porción de muchachos y noveleros. El Fiscal cambiaba de colores; D. Juan estaba en ascuas con su nuera.

"La cabra siempre tira al monte", se decía el viejo, y eso que quería mucho á *Perjuicia*; con una de esas querencias por reacción que son las más intensas.

Porque fue mucho lo que se opuso al casamiento de Toto, y muchísimo más misiá Nicolasa: no podían concebir cómo san-

gre de Herreras y Reboyedos fuera á mezclarse con la de aquella zambita, hija de un borracho y de una mujer *tan de todo el máiz* como Encarnación. Pero el mozo, que á cuentas debía descender de algún aragonés, metió cabeza, y, quieras que no, los españoles de sus padres tuvieron que tragarse "la Aguirrona", que decía misiá Nicolasa.

Mas como la muchacha no era *ninguna pintada en la pared*, y como siempre fue de la humana condición eso de pasar de un extremo á otro, Carmen Aguirre, con todo su ñapanguismo, con todo y el mote de *Perjuicia*, se les impuso al fin y al cabo con su carácter insinuante, con su corazón bondadoso y, más que todo, con el amor á su marido y con el estricto cumplimiento de sus deberes de esposa y de madre; y á tánto alcanzó en el corazón de sus suegros, que, á pretexto de que Toto tenía que ausentarse con frecuencia, como minero que era, determinaron de común acuerdo traérsela á su casa; en la que Carmen vino á ser como un centro que recibía, para devolverlo con creces, el cariño todo de la familia.

"¡Qué matrona!"—repetía D. Juan, este espejo de los optimistas.—"Es hasta bonita este diantre de *Perjuicia!*"

Pero así y todo, le echó su buena reprimenda por la carcajada y el desorden aquellos: "¡Haber interrumpido con esa montañerada aquella manifestación suprema del progreso!"

VII

Víctima de él—que no hay progreso que no los haga—fue desde luégo el infeliz Tullido.

Siempre había creído el pobre que con la invalidez vitalicia y sus consecuencias, lo tenía Dios más que probado. Pero cuando vio subrogada su escuela por las gratuitas y para él acabadas del Gobierno; cuando presintió el mendrugo arrojado por la caridad y surgió en su conciencia la idea de que era un hombre inútil, un parásito obligado de la savia ajena, vino para aquella alma triste el Getsemaní de sus dolores.

Qué amargura la de ese cáliz inagotable! La fe que henchía aquel corazón sencillo, se conturbó en la crisis. Ansias de morir le asaltaron. Morir no para unirse á su Dios, sino para dejar aquella vida miserable, onerosa á una pobre anciana que él había envuelto y precipitado en su desgracia, y á un pueblo á quien él debía sustento, consideraciones, tal vez prestigio. Tiempo hacía que su organismo, anulado por el sufrimiento, para nada entraba en la dicha de vivir; tiempo hacía que aquel sér humano se había dado cuenta y razón de que su parte animal era como un sarcasmo de naturaleza, como una prueba inaudita de la Providencia. Por eso la vida la refería toda al espíritu, al corazón. Pero he aquí que de repente, por un hecho tan común como

inopinado, aquella actividad se encontró sin objeto en que emplearse. Con la desbandada de la escuela, con la lobreguez de su casa, acabóse para él ese campo que cultivar; el calor en antes no apreciado de afecto y de ternura que le daban sus alumnos—hijos suyos por el espíritu. ¿Si Dios querría también anularle las facultades del alma, después de haberle anulado las del cuerpo? ¿Si sería él uno como cadáver insepulto? ¿Si sería eso la existencia?

Y Vicenta? Vicenta, la santa viejecita, en vez de un consuelo en su desgracia, vino á ser para El Tullido como un remordimiento. Sí, porque aquella mujer, toda abnegación y cariño, no le apagaba la sed de ternura que le abrasaba el alma en aquel desierto de su vida.

La anciana había dejado el calor del fogón y pasaba los días junto á la cama de "su viejito", remendando los pobres guiñapos ó hilando los nevados copos que le diera la caridad de Encarnación. La pobre viejecilla se arrecía de frío en aquella sala húmeda, donde soplaban los cierzos de esas alturas andinas.

Solitarios como la tristeza, silenciosos como la virtud, se acurrucaban los dos esposos todo el día, y el otro, y el siguiente. El pan de la caridad que á nadie falta en nuestras aldeas ¿quién sino *Perjuicia* debía traerlo?

En cuanto la rapaza, en medio de su aturdimiento, pudo darse cuenta de la situación de su Maestro, ocurriósele en su inventiva, salir ella misma á recoger el condumio para el par de viejecitos. Agobiada por enorme cesto, no había casa adonde no se llegara con su muletilla: "La limosna p'al tullidito"; y en esta costumbre perseveró la muchacha hasta casarse. De ahí en adelante, sostuvo ella misma al Tullido á sus propias expensas. Hizo más: recabó de Toto y de su suegro que le reedificasen al infeliz Maestro la vieja casa, que yá se venía abajo. Las oraciones, ese hermoso regalo con que la pobreza recompensa al rico que la socorre, las elevaban á tarde y á mañana el par de ancianos por su bienhechora.

Sin embargo, la nostalgia de niñez, esa necesidad que arrecia con los años, que se hace apremiante en la senectud, seguía experimentándola, sin definírsela, aquel viejo sin hijos, aquel Maestro sin discípulos. Seguía cada vez más abrasadora, la sed de aquel desierto; vino el espejismo: soñaba despierto con los *Perjuicios*, con Cleto Villa, con los *gorgojos*, con la chusma de rapazuelos que antes lo enloquecieran.

En ese sér, ajeno á las luchas y á los placeres de la vida, privado de los goces del amor y de la paternidad, inerte, deformado, sin vida corpórea, el espíritu, tanto más activo cuanto obraba solo en aquella ruina humana, tenía que perder la noción de la realidad, del vivir, para vagar por las regiones del delirio. La

monomanía de afecto á la niñez, lenta, vacilante en un principio, fue acentuándose poderosa, dominante—chochez ó locura, nadie supo definirlo.

Es lo cierto que aquel Niño Jesús, á quien siempre había querido tánto y tributado el culto ferviente y tierno del cristiano á su Dios, á su Dios que quiso humanarse en la niñez desvalida, vino á ser para aquel loco, no una imagen, ni siquiera la representación del más grande misterio de su religión, sino una criatura en carne y hueso, sangre de su sangre: su hijo, su unigénito, Dimitas Arias, el sér más hermoso de la creación.

Fue bajado de su altar y despojado de sus ropajes é insignias, para ser luégo envuelto, como en el portal de Belén, en los

pobres harapos de la cama del Tullido. Lo arrullaba con los cantos de las madres á sus niños, y se quedaba dormido, abrazado á la prenda de su corazón, para despertar, sobresaltado, con este grito: "Me lo mata! me lo mató ese Aguirre!"

Vino la enseñanza: Dimitas deletreaba, Dimitas escribía en la arena, leyó después de corrida é hizo planas que ni soñadas. Locura extraña, delicada en su misma extravagancia: nunca se le ocurrió que su hijo necesitase de alimento; nada para el cuerpo, todo para el espíritu. Vestíale á veces sus galas episcopales y le ponía en la manita, no la flor de otro tiempo, sino el bácu-

lo, que no era otro que el chuzo de macana, aquel chuzo formidable. Entonces, Dimitas era el Obispo Gómez Plata, que venía á confirmar á todos los niños del Sitio. Con Su Ilustrísima rezaba el rosario, y daba tiempo á que él le contestase las avemarías. ¡Qué dulces debían resonar en el alma de aquel loco las oraciones en boca de su hijo, ese varón preclaro de la Iglesia! Y siempre los sobresaltos por los peligros que corría su niño; por las asechanzas de Aguirre.

La señá Vicenta, esa alma de Dios ocho veces bienaventurada, no era para acobardarse demasiado con las locuras de su marido, ni menos aún para definirlas y apreciarlas. Bien se le alcanzaba que esta chochez era harto extraña en un hombre que ella había considerado siempre tan sabio y tan religioso. Así y todo, no podía menos de reír al oírle tántos disparates.

La noticia de las "ideas" del Maestro corrió por todo el pueblo desde el principio, y muchas personas fueron é verle, con achaque de llevarle algún socorro, para satisfacer solamente la groserota novelería. ". . . .cito!"—les decía la señá Vicenta á los visitantes.—Y agregaba paso: "El, siempre está distraído, el pobre Tullidito. Tan siquiera no está furioso."

Cuando los grandes certámenes, estaba el Maestro Dimas en el apogeo de su locura.

Perjuicia iba á verlo á menudo, y salía cada vez más impresionada con sus extravagancias y más compadecida de su demencia.

VIII

Se acercaba la gran festividad del orbe cristiano, la fiesta por excelencia de los hogares antioqueños: aquella que, con su idílica sencillez y santa poesía, obliga á la familia á congregarse, atrae á los miembros ausentes, hace pagar el tributo de lágrimas á los muertos queridos y cultiva los afectos más puros del corazón. Ni en la casa más pobre de estas montañas deja de celebrarse. En nuestras aldeas, los mendigos imploran, no ya el bocado de pan, sino la moneda para hacer en su choza los platos obligados de Nochebuena. Y es que nuestro pueblo no ve en esta festividad una costumbre tradicional y religiosa únicamente, que ve un deber ineludible de cristiano: en el fogón donde no se hace "la nochebuena" se revuelca el Diablo, y toda la casa queda contaminada.

En la de D. Juan Herrera había comenzado el brete desde la antevíspera. Aquella cocina era un embolismo, un caos de cedazos y coladores, de pailas y de cazuelas, de trastos y de cacharros de toda especie. Las señoras de la casa se multiplican: cuelan, ciernen, amasan, baten. Aquí chirrían los buñuelos; allá revienta la natilla; acullá se cuaja el manjar blanco. Corre el

bolillo sobre la pasta de hojuelas; el mecedor no cesa entre el hirviente oleaje; forma copos de espuma la superficie del almíbar; en esta piedra muelen la yuca y la arracacha; en aquélla, la canela y la nuez moscada; en artesas y platones blanquean los quesitos y las cuajadas; campan la manteca y la mantequilla en hojas y cacerolas; saltan los huevos en cascadas amarillas. Se sofoca ésta desmenuzando; atiza aquélla por todas partes; unas mandan, otras piden. Los chicos todo lo husmean, todo lo tocan, de todo se antojan, de todo comen. Cuál se ofrece para traer los azahares, cuál para soplar la forja, cuál para acarrear la vajilla. Los grandes entran, indagan, salen, tornan á entrar, tornan á salir, y, ahora buñuelo, luégo raspado, cuando llega la hora del banquete está toda aquella gente más para agüitas de apio que para manjares.

Perjuicia corre con la distribución: las delicadezas y filigranas para el Cura, para el señor Fiscal; los buñuelos ingentes para los Zutanitas y Menganitas; la enorme batea de natilla de quesito y la cuyabrona de buñuelos de cargazón para los presos de la cárcel; en fin, la ración para el pobre, el plato que bendice la abundancia del rico. Al Tullido, como era de rigor, le reservaba de todo con opulencia y largueza.

Todos los afanes anticipados de la *Perjuicia* eran para tener libre el día siguiente, á fin de fabricar, en compañía de Cleto Villa y de algunos chicos, el pesebre del Tullido. Desde niña había sido una de las más asiduas á estas deliciosas faenas, en las que tomaban parte, especialmente para acarrear los materiales, casi todos los muchachos de la escuela, razón por la cual el tal pesebre era clásico en el pueblo. *Perjuicia* no dejó ni un año de ayudar en la empresa, á pesar de sus obligaciones de señora de casa y de madre de familia.

Ella y Cleto se proponían aquel año hacer una maravilla; y no sólo por sentimiento de piedad y por diversión, sino porque ambos á dos habían mandado la novena al Niño, para que le quitara al Tullido "las ideas."

Desde las siete de la noche, la casa del Tullido era un hervidero con la gente que entraba y que salía.

¡Nunca en el pueblo se vio prodigio como aquél! Ocupa todo el testero de los santos La puerta del cuarto de señá Vicenta quedó casi cegada, con sólo una abertura por donde la viejecita podía pasar de lado raspándose y magullándose. Hasta el vértice de aquella pajiza techumbre llegan las guaduas que se cruzan en arcos ojivales; más abajo se entrelazan los chusques, formando tupida, erizada bóveda de verdura; cuelgan de las vigas racimos dorados de plátano guineo, gajos descomunales y artificiosos de naranjas y enormes ramos de espigas rojas de cardo y de flor de uvito; ringleras de palomas de cuerpo de

cera negra y de cola y alas de papel plegado en forma de abanico medio abierto, se mecen al extremo de hebras sutiles; la naranjuela, ese recurso decorativo de tierra fría, se columpia en gargantillas desde las vigas, pende en festones por las paredes, se apiña en mazorcas sobre la tabla de los santos, y en todas partes alegra con su púrpura y su tersura metálica; decora el nicho de mi padre San Roque grandioso arco de género blanco, abullonado en bombas regulares, separadas por lazadas de madejas de lana de los colores más escandalosos; la Virgen de Balvanera, la de la Cueva, todos los santos, quedan sepultados bajo el tapiz espeso de colchón de pobre y colchón de rico, y sobre él resalta ostentoso un zodíaco de amarillas flores de muerto. Bajo este solio, un terruño antioqueño de asperezas, de escarpas prodigiosas. En la cumbre de un picacho se yergue, cual si fuera la apoteosis de nuestra democracia, una negra gigantesca de cera con tamaña batea de buñuelos en la cabeza. Búrlase con olímpica sonrisa de una ciudad liliputiense que le queda al frente, en el borde de vertiginoso precipicio: es Belén de Judá. Sus magníficos palacios de cartón recortado, sus grandiosas basílicas de tabla de pino se le antojan monumentos levantados al monstruo de la tiranía y al mito tenebroso del fanatismo. Por las gargantas, por los desfiladeros, por las hondonadas se apelmaza el capote color de rosa, el de verdor pálido; los líquenes blancos que semejan esponjas, los mechones de musgo oscuro y afelpado, la oreja y la barba de palo. Plumajes de guacamaya y de cardenal, de toche y de gallos de monte alfombran los ribazos y se tornasolan en las pendientes. En la base frontal de la obra de Cleto Villa y de *Perjuicia* se entretejen helechos, cardos, parásitas y todos los prodigios de nuestras selvas. En el centro, el santasantórum: un sudadero de junco por techumbre; por columnas, dos popos forrados en el mismo papel que tapiza la sala de D. Juan; á lado y lado, como guardianes del recinto, sendos reyes de espadas recortados primorosamente por la fina tijera de *Perjuicia;* detrás de ellos, dos caracoles marinos, ornato de las mesas de misiá Nicolasa; un pañuelo de seda verde vela el misterio. En candeleros de barro dispersos acá y allá; en alcayatas clavadas á las paredes, en tres arañones de palo que cuelgan de las vigas, arde como una gloria todo el sebo que labró Encarnación.

Todo era allí alegría y bullicio. Sólo El Tullido permanecía indiferente en esta función que él mismo había motivado. Recostado en su camilla que ostentaba las galas de renovación estrechaba en sus brazos, en místico silencio, á su Dimitas.

Los pesebristas, entre tanto, se hallaban en mil apuros y secreteos. Consultada la señá Vicenta, les dijo: "No tienen pa qué: él no lo afloja. Si no consiguen otro, se pierde este pesebre tan precioso. Ni se lo propongan porque se enfada."

Esto que tal oye la *Perjuicia*, llama á Cleto Villa "á palabra y perdón", y salen ambos muy apurados calle arriba. ¡Conseguir niño en noche como aquélla? Un milagro! Y aquí de los recursos de *Perjuicia*. La que inventó el mataculín en redondo y *el botadito*, mal podría desmentirse en esta circunstancia suprema. Fuése á su despensa, hizo bajar una de las turegas de maíz que colgaban de una viga, y luégo, con la mejor mazorca y algunos trapajos viejos, formó un muñeco: cátate á Dimitas. Llegóse á poco al lugar del conflicto, sentóse junto á la camilla y principió á hacerle mil carantoñas y zalamerías á su Maestro. Cuando menos lo pensó Cleto Villa, *Perjuicia* le metía por debajo de la ruana al Dimitas verdadero, en tanto que, volviéndose al Tullido, le decía con mucho cariño:

No vaya á destapar á Dimitas, que puede darle ceguera con tánto velerío.

—Aquí lo tengo empuñao en el rincón—murmuró el pobre loco con trasporte, estrechando la mazorca.

A poco principiaron la novena. Mucho hubiera gozado el Maestro con la *leyenda* de *Perjuicia:* aquel tono gemebundo y atragantado, las voces disparatadas, el irrespeto á los signos de puntuación, hacían de aquella novena, leída con tánto fervor, una de esas plegarias que suben al Cielo "en olor de suavidad."

¿Le concedería Dios lo que pedía? Tal vez sí: cuando, al acabar una jornada, hizo pausa, oyó, y lo oyeron todos, que El Tullido roncaba: dormía tan poco últimamente, que esto le auguraba mucho bueno á la peticionaria.

A poco de haber terminado la novena, declaró Cleto que iban á ser las doce,—las doce de aquella noche en que florece en la tierra la yerbabuena y se postra la Virgen de rodillas en el Cielo—y todos se prosternaron á rezar el *Gloria in excelsis Deo* leído por *Perjuicia* en el *Eucologio Romano;* luégo, por medio de una jaculatoria que allí mismo improvisó, formuló ella su petición, y todos guardaron silencio para hacerla.

Aun no se han levantado los fieles, cuando el velo verde se descorre, y el Niño Jesús, en traje episcopal, con el mundo en la diesta y un platico de natilla en la siniestra, aparece, esplendente, glorioso, sobre el disco inflamado del sol. Edison del grande invento fue Cleto Villa: un papel engrasado y detrás una candileja.

Hubo un paréntesis de jolgorio admirativo; siguió luégo el rosario, y lentamente fueron retirándose los concurrentes.

Sólo han quedado los *Perjuicios*, Cleto Villa y uno que otro admirador. Apagada la luminaria, se acerca *Perjuicia* al Tullido y le dice con ese tono infantil y chancero con que trataba á todos los pobres y desgraciados:

Óle, Tullidito ¿quiere que comamos nochebuena?

—No lo molestés,—le dice su marido—dejálo dormir en sana paz.

Sentáronse todos á desacalorarse para la salida, y El Tullido, con el habla tartajosa, medio borrada, de los dormidos, murmuró:

"Ven, mi Niño amado,
Ven, no tardes tánto."

"....cito!—exclama la señá Vicenta—le está rezando á su Dimitas ...."

A la madrugada siguiente, cuando la anciana fue á llevarle el desayuno, lo encontró muerto abrazado á la mazorca.

TOMAS CARRASQUILLA.

"ROMPE-CABEZAS" PARA NOCHEBUENA

AMIGO lector, palabra y perdone. Dígame si Ud. es de los que *dan tiro.*

—No le entiendo, señor.

—Quiero saber si Ud. es *mogollo,* para aprovecharme.

—Tampoco sé lo que quiere decir.

—Entonces, Ud. no es paisano mío, y tengo que suplicarle muy en serio me diga si está Ud. dispuesto á llevar con paciencia alguna broma, más ó menos pesada.

—Las bromas, por pesadas que sean, no me chocan, con tal que no sean de las que aligeran la bolsa.

—¡Ah! no es Ud. tan *mogollo* como parece; pero cuento con que nos entenderemos, pues yo no uso bromas de las que Ud. aborrece. La que voy á espetarle es de otro género. ¿Conoce Ud. el cuadrito humorístico de la viejecita que busca sus anteojos?

—¿Una que se muestra afanadísima, como registrando la cestica de costura, la mesita, los bolsillos.....sin lograr encontrar unas gafas enormes, que tiene.....acomodadas precisamente arribita del sitio á que bajan cuando las lleva delante de los ojos?

—Sí, amigo; ese mismo cuadrito es el que le recomiendo, antes de que se ponga á bregar un juguetico curioso que puede servirle para pasar buenos ratos en familia. Oiga, y fíjese, y ¡cuidado con los anteojos!

Coge Ud. dos ó tres medios pliegos de papel blanco, los dobla uno á uno y luégo los corta, de modo que le salgan pedacitos como del tamaño de naipes de baraja. En cada pedacito escribe Ud. una letra, y luégo, si sabe colocarlos convenientemente, puede formar palabras cuyas letras le irán saliendo como en conjuro, y que los demás presentes no lograrán formar como Ud., sino con mucha dificultad.

—¿Y cómo se acomodan las letras, ó sea, los papelitos?

—Una sobre otra en montoncito, como quedan los naipes de una baraja al ir á distribuírlos. Luégo se saca, v. g., la letra de encima, que será la primera de la palabra que va á formarse; se cambia la colocación de la quedó encima, poniéndola debajo; se saca la letra que hay ahora arriba, que resulta ser la segunda de la palabra; luégo se cambia de puesto la letra que hay arriba, llevándola debajo del montón; se saca la letra de arriba, que es la tercera letra.....y así se sigue, hasta agotar todas las letras. En cada ocasión, después de sacar una letra, se cambia el puesto de la que quedó arriba, poniéndola debajo.

—¿De modo que eso es como una suerte de baraja que he visto hacer, en que arrojan de arriba del montón el *as*, y ponen la carta que sigue arriba, debajo de las otras; luégo botan el *dos*, y carta abajo; luégo botan el *tres*, y carta abajo, etc., hasta quedar el *rey* para último?

—Exactamente; sólo que voy á ponérsela más *cansona*, porque, en vez de diez naipes, tendrá que acomodar á veces muchas más letras; y además, se trata de variar un poco la suerte, haciendo el cambio de lugar de arriba hacia abajo,. no de una, sino de dos, tres ó más letras, en cada caso.

—¿Es decir, que, después de cada letra salida, se cambia el puesto de las dos que siguen ó de tres?

—Precisamente.

—Pues yo no soy tan bolonio como Ud. piensa, para ponerme á bregar una cosa que no sale. Me acuerdo que con las diez cartas, poniendo el as, dos, tres, cuatro.....con carta de por medio, lograba sacar hasta el cinco, y después se me enredaba todo. ¡Calcule cómo sería aquel *revoltijo*, cambiando tres ó cuatro letras en dieciséis ó veinte.....! ¡De mí no se burla Ud!

—Aguarde, amigo; no la tome por donde quema. Voy á mostrarle que sí sale en un caso, para que Ud. bregue otro.

Coja veinte papelitos y escriba en cada uno una letra de las que voy á ponerle; luégo las acomoda sobre la palma de la mano, con la cara en que esté la letra vuelta hacia arriba, poniendo las letras en este orden, de abajo hacia arriba:

T I E N N Z G O A A U U N Ñ F V E O L E

Vuelve Ud. el montón de abajo á arriba, de modo que queden las letras hacia abajo, y vaya sacando y acomodando letras así:

1º Sale la letra de arriba ..... T
2º La que sigue arriba pasa debajo del montón.
3º Saque la letra que quedó arriba ..... E
4º La letra que sigue arriba pasa debajo.
5º Separe y acomode la letra que sigue arriba ..... N
6º Letra de arriba pasa abajo.
7º Sale la que sigue arriba ..... G
8º Letra de arriba pasa abajo.
9º Sale la que quedó arriba ..... A
10º Letra de arriba pasa abajo.

11º Sale la que quedó arriba ..... U
12º Letra de arriba pasa abajo.
13º Sale la que quedó arriba ..... N
14º Letra de arriba pasa abajo.

15º Sale la que quedó arriba ..... F
16º Letra de arriba pasa abajo.
17º Sale la que quedó arriba ..... E
18º Letra de arriba pasa abajo.
19º Sale la que quedó arriba L
20º Letra de arriba pasa abajo.
21º Sale la que quedó arriba I
22º Letra de arriba pasa abajo.
23º Sale la que quedó arriba ..... Z
24º Letra de arriba pasa abajo.

25º Sale la que quedó arriba ..... A
26º Letra de arriba pasa abajo.
27º Sale la que quedó arriba ..... Ñ
28º Letra de arriba pasa abajo.
29º Sale la que quedó arriba ..... O
30º Letra de arriba pasa abajo.

31º Sale la que quedó arriba ..... N
32º Letra de arriba pasa abajo.
33º Sale la que quedó arriba ..... U
34º Letra de arriba pasa abajo.
35º Sale la que quedó arriba ..... E
36º Letra de arriba pasa abajo.
37º Sale la que quedó arriba V

38º Sale la última ..... O

—Hombre! muchas gracias! Que lo tenga Ud. muy dichoso! Pero no ha salido sino con cambio de una letra. Muestre un caso de más letras cambiadas.

—Escriba letras en los papelitos y colóquelas, como la vez anterior, en este orden:

M E A A A N M L N G I E D O D U

Voltée el montón como antes, y vaya sacando y acomodando letras, así:

1º Letra de arriba, que sale ..... M
2º Pasar, una tras otra, tres letras de arriba á abajo.
3º Sacar letra de arriba ..... A
4º Cambio de letras, una tras otra, de arriba á abajo.
5º Sacar letra que sigue arriba ..... N
6º Cambio de letras de arriba á abajo.
7º Sacar letra que sigue arriba ..... D
8º Cambio de letras, como antes.
9º Sale letra que sigue arriba ..... E
10º Cambio de letras.
11º Sale letra que sigue arriba ..... M
12º Cambio de letras.
13º Sale letra que sigue arriba ..... E
14º Cambio de letras.

15º Sale letra que sigue arriba ..... A
16º Cambio de letras.
17º Sale letra que sigue arriba ..... G
18º Cambio de letras.
19º Sale letra que sigue arriba ..... U
20º Cambio de letras.
21º Sale letra que sigue arriba I
22º Cambio de letras.
23º Sale letra que sigue arriba ..... N
24º Cambio de letras.
25º Sale letra que sigue arriba ..... A
26º Cambio de letras.
27º Sale letra que sigue arriba L
28º Cambio de letras.
29º Sale letra que sigue arriba ..... D

30º Sale la última ..... O

—¡No! qué cuento de aguinaldo! Si yá pasó el tiempo, y entre hombres no vale.

—Y ¿qué culpa tengo yo de que este *Montañés* viva *trasnochado*, sacando cada mes el número del anterior? Mi "Rompe-Cabezas" fue arreglado en tiempo oportuno, y no le perdono á Ud. mi aguinaldo. Si quiere empatar las albricias con la Empresa de *El Montañés*, *se le ofrece pagárselas en una suscrición por un año*, caso que Ud. logre encontrar los anteojos, digo, *si averigua y envía primero que nadie una solución correcta del "Rompe-Cabezas."*

—¿Es decir que hay que explicar cómo se acomodan las letras para formar cualquier palabra ó frase, con los cambios que se le antoje á Ud. señalar?

—Sí señor. Ese es el problemita cuya solución le permitirá á Ud. entretener á sus chicos buenos ratos, con tal que, yá sabe Ud....! lo de la viejecita! Porque si Ud. no busca de cierto modo, aunque le ponga más ecuaciones que las que enseñan los *Ejercicios de Algebra* de los Hermanos Cristianos ¡no gana las albricias!

17, Diciembre, 97.

J. M. E.

RESEÑA MENSUAL

(IMPRESIONES PERSONALÍSIMAS)

MENSUAL llamaráse esta Reseña *porque sí:* pues, mal contado, medio mes hará que nació la precedente. Y si en uno completo apuradamente ocurren *cosas* para llenar dos párrafos, que será en una mitad! Pero la más negra es que esta vez sí han ocurrido, y desgraciadamente, no para el pobre Prólogus. Que los sucesos—frutos más ó menos maduros y dulces que el árbol del tiempo deja caer—ahora cayeron al otro lado de la valla con que me encierran, al lado político. Y desde aquí, hecha la boca un agua, los veo, provocativos y tentadores. Los hay de todas layas: de los que hacen reír y de los que hacen llorar, de los que indignan y de los que dan lástima. Pero ¡ay! esa puerta, la de la política, me la tienen vedada, que—y bien me lo sé yo—suele ser ella la de la cárcel, y detrás de ella suelen hallarse—flaco hallazgo—las multas y las suspensiones.

Si el mes de Noviembre se lo llevaron de claro en claro los certámenes, lo que va de Diciembre lo han monopolizado las elec-

ciones, que venido á ver son también un certamen, "una exhibición", que dijo el otro, "de caracteres y fuerzas morales", y de algunas que no lo son, agregaría yo, si me atreviese. Y bien que hace ya doce días que las elecciones pasaron, parece que no han acabado todavía, como que "el drama empieza cuando acaba el drama"; y aunque ya se presume quiénes han sido los llamados, aventura sería apostar sobre quiénes sean los escogidos. Al público se le tiene, entre tanto, en una espectativa tan tirante que apenas si lo deja respirar.

Una cosa sí he creído ver: como que los partidos—todos ellos, es lo curioso—no están completamente satisfechos de sí mismos, de su conducta ni de su situación; algunos como que dirigen miradas codiciosas á candidatos del cercado ajeno..... ¿Será que ha habido en todos falta de franqueza? ¿Empezarán á arrepentirse?....(*) Pero ¡hola! Prólogus, ¿por dónde te estás entrando? Pára, pára. Cúrate en salud, y cúrate por la homeopatía: para evitar suspensiones, suspende.

***

Jurado había no hablarles más de certámenes, y ahora es fuerza que hable otra vez, para subsanar un olvido, que no lo fue. Pensámos poder conseguir y publicar el magnífico discurso que en la solemne distribución de premios de la Universidad—la llamo así para que me entiendan—pronunció D. Gregorio Pérez—por desgracia, la pícara suerte y los compromisos no lo han querido.—Y como no habría sido bien visto, tal vez, que la emprendiese *El Montañés* á elogios con los de la casa; ni habría sido corriente que pieza de tal mérito se mencionase á secas, sin decir siquiera cuántos aplausos había arrancado y merecía, me callé. Pero hoy, ya que, al menos por lo pronto, no podremos ofrecerla á los lectores, sí puedo con toda llaneza felicitar al joven profesor por la espléndida producción, que fue—como era de razón esperarlo—la nota suprema de las fiestas de educación que llenaron todo el mes pasado. La belleza artística de la forma no le va en zaga á la solidez de la doctrina, ni á la intención beneficiente y patriótica. Entre las reformas que apuntó para nuestro sistema de educación hay una que recojo aquí, para que él mismo y cuantos puedan tener alguna influencia en el asunto, la tomen bajo su amparo y no desistan hasta verla implantada: la autonomía universitaria. Que se declare á la Universidad mayor de edad. Nadie mejor que ella misma puede

(*) Los sucesos acaecidos en estos últimos días dan un extraño sabor de profesía á lo que, cuando esto escribía, pensaba yo y no podía decir. Ahora seguirá, es de cajón, una concentración contra el enemigo común. Falta saber quién es él.....

saber lo que necesita. Que los graduados, que á ella deben lo que son, y los profesores, á quienes ella debe lo que es, tengan influencia decisiva en su dirección. Que se la redima del lodazal miserable de la política y se la asiente sobre el terreno firme de la ciencia y del cariño noblemente orgulloso. Que no sea yá máquina para hacer partidarios, y sí lugar de disciplina de verdaderos hombres, de verdaderos ciudadanos. ¡Ah! aunque no fuera sino por haber tenido el bello valor de pedir eso en circunstancia tan solemne; de haber invocado la *alma mater* allí, donde ella debiera ser y de donde se la ha desterrado, merecería el discurso de Pérez todos nuestros aplausos. Y éste, ya lo dije, es apenas uno de sus méritos.

***

Perfiles ha bautizado el ingenioso Julio de Francisco veinticinco sonetos en que se propuso—y lo logró—retratar otros tantos *tipos* bogotanos. La galería resultó sobre manera interesante y curiosa. Merece guardarse. Pero si como colección pictórica es obra meritoria, como poesía se me figura un pecado. Un "pecado de sangre fría" hubiéralo llamado l'Abbé Moigno, si él se metiera en estas literaturas. Pues qué ¿será lícito en sana poesía—si hay poesía *sana*—escoger fría y deliberadamente, con alevosía y premeditación, veinticinco títulos—nombres de gremios y categorías—y espetarle á cada cual su soneto explicativo (veinticinco *sonetos*, como quien nada dice)? Nó; ésa, más que atrevida, es empresa descabellada, en que no se podría salir airoso, y que sólo puede nacer en mentes nimias y prolijas, que el método ha llegado á tiranizar—*cositeras*, que diríamos por acá en Antioquia.— Y no puede intentarse impunemente. ¿Qué mucho, pues, que de los veinticinco sonetos de de Francisco haya bastantes que como poesía son meramente mediocres, y no falten varios que llegan á malos? Antes demos gracias al instinto poético de Julio —que sí es poeta—que logró, á pesar de la camisa de fuerza que le impuso la convención—esto no es política—producir unos cuantos sonetos que son de veras buenos, como *La Criada Santafereña*, *El Embolador*, *La India*, *El Cobrador* (que es muy bueno) y otros. Castigo más grave merecía el poeta pecador: que todos los sonetos le resultaran pésimos. Pues fue el suyo pecado mortal contra la sinceridad y la espontaneidad, fuentes únicas de la belleza artística. Y no es que yo crea en la *inspiración* como en cosa aparte y maravillosa, soplo sobrenatural é irresistible—*divinus afflatus*—que arroba los sentidos y arrastra la imaginación. Nó; yo estoy por creer que la facultad poética no sea más que una predisposición morbosa á la asociación de ideas—principio de locura.— Pero sí

creo que ella tiene sus fueros, aunque no sea sino como enfermedad. Y que no es lícito á nadie—y menos al que de veras la padece, al que es poeta—ni fingirla, ni provocarla; so pena de que no lo crean enfermo.

***

Siguen los autores, muy amables, enviando á *El Montañés* sus producciones, y yo sigo con la mejor intención de decir unos cuantos disparates de los que cosecho, sobre cada una de ellas. Pero como es la intención, en este caso, mayor que el tiempo y el espacio—aunque parezca esto una herejía científica—es decir mayor que el tiempo que á mí me sobra y que el espacio que me dan, me contentaré hoy, y suplico á los mentados autores que se contenten también, con mencionar apenas los títulos de las obras recibidas. Han llegado, pues, por acá los *Brochazos* de D. Camilo Botero Guerra, el *Estudio sobre el Régimen de los Bienes en el Matrimonio*, por D. Julio Echavarría, *Informe y Documentos relativos al Ferrocarril de Antioquia*, por muchos autores, á lo que parece, y....se me han perdido en la memoria los títulos de las otras obras; pero ni la pérdida es tan grande que nos echemos á llorar por ella, ni tan irreparable, que ya tendré yo cuidado de asegurar y presentar á los lectores los títulos rebeldes, tan pronto como logre ponerles encima los ojos.

Y ya que hablo de lo que se recibe, voy á decir algo sobre lo que no se recibe. Y este parrafillo es el único del cual tengo certeza que ha de llegar á donde lo enderezo. Va él encaminado á ciertos administradores de correos tan aficionados á la lectura —casi pongo buena—que seguramente habrán de leerse esto que estoy escribiendo, por más que ni sean suscritores al periódico ni entre sus amistades cuenten á nadie que lo sea. Cómo logran hacerlo, ya se presume, y da ver vergüenza decirlo. Al señor Administrador General de Correos toca poner coto á estas desmedidas aficiones literarias de sus subalternos, que de esta manera dejan sus deberes sin cumplir, á los suscritores de *El Montañés* sin el número que tienen pagado y al pobre Agente sin crédito. Pero si no ha de ser posible la cura de estos alarmantes casos de "cleptomanía literaria" de nueva clase, manden los señores administradores de correos aficionados á la lectura más que barata sus nombres á la Agencia General del periódico, y se les servirá oportunamente su suscrición, con tal de que no toquen las ajenas.....

"Esto no lo digo yo
Ni lo pienso, por supuesto,
Esto me lo dijo Ernesto
Cuando el lance me contó."

***

Ya es fuerza que acabe. ¿No me dejé decir cuando empecé que éste era un mes sin sucesos, como no fueran políticos? ¿Pues cómo pude olvidar que ayer fue *día de aguinaldos;* que la del viernes será *noche-buena;* que estamos en Diciembre el mes de la alegría y de la infancia, cuando vuelve á nacer el Dios-niño; cuando todos los rostros y todas las almas se desarrugan y refrescan; cuando, por tornarnos todos un poquito como niños, nos toca—siquiera por una hora—nuestro *cachito* de reino de los cielos; cuando hasta la misma indigesta y estirada "buena sociedad" de *la Villa* se echa á correr y triscar por esos campos de Dios, y olvidada del ridículo y del qué dirán, se comporta como cualquier hijo de vecino y hasta se divierte en grande. Estos son los días en que ni páran los coches, ni reposan los caballos, ni los hombres se preocupan.....Estamos en Diciembre, y yo lo había olvidado! Miren si estaré dejado de la mano de Dios!

Pero ¡ay! si para mí no llegó esta vez el tiempo bueno de la Nochebuena, que sí llegue para todos los que me han leído ó hayan de leerme. Eso deseo. ¡Ea, pues! lector, suelta el cuaderno; déjate de lecturas, y haz cosa de más provecho: que éste es tiempo de vivir y no de leer. Anda; que ya bandolas y guitarras hacen reír el aire; que hogueras y luces de Bengala lo enrojecen de contento; que cohetes crepitantes lo hacen gritar de entusiasmo, y el constante clamoreo alado de las campanas acaba de enloquecerlo. Anda; que ya los buñuelos estallan en la cazuela y perfuman la casa, y la natilla te espera temblorosa. Vé; que en estos días de música y de luz y de gozo no hay sino niños que gritan y corren alborozados, y mujeres que sonríen resplandecientes de placer, y hombres que, á fuerza de regocijo y cordialidad casi hacen olvidar lo que son....y recuerdos que sollozan en lo hondo de las almas. Véte, lector, con los que gozan y déjame solo. Andate á almacenar recuerdos dulces, que más tarde serán acíbar, ó á paladear con amarga fruición los que yá guardaste. Y olvídate por completo de este pobrecillo Prólogus, que, con sus compañeros, te desea muy dichosas pascuas y un año nuevo aun más feliz.....

Diciembre, 17 de 1897.

PRÓLOGUS.

ERRATAS

De muchas con que han salido los cuentos de D. Tomás Carrasquilla, publicados en esta Revista, no es responsable el autor, que para nada ha intervenido en la corrección de las pruebas.

Corríjase en este número la siguiente, que no es la única: en la página 173, línea 37ª dice: **mozaicos**, léase **mosaicos.**

REPÚBLICA DE COLOMBIA.—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA.

EL MONTAÑES

Revista de Literatura, Artes y Ciencias.

DIRECTOR

Gabriel Latorre.

AÑO I. | Medellín, Enero de 1898. | Número 5.

LOS OBSTACULOS DE LA EDUCACION

Discurso pronunciado en la solemne distribución de premios del Colegio de San Ignacio, el día 21 de Noviembre de 1897.

Ilustrísimo señor, señor Gobernador, señores:

A visión de los grandes ideales, es ciertamente fascinadora, y los hombres dotados de esta preciosa facultad, suelen estarlo al mismo tiempo de superioridad tan poderosa, que no parece vencieran los obstáculos que se les oponen, dijérase más bien que vuelan sobre ellos para llegar al objeto de sus ambiciones.

Si masas infranqueables de hielo cierran al marino la senda del Polo, volará el aeronauta sobre los mares helados, para llegar al punto en que la mano del Omnipotente clavó los ejes del mundo.

Y ¿qué es la Historia, sino la voz del pasado que repite sin cesar cuáles fueron las empresas confiadas al hombre en cada siglo? Porque en cada centuria suscita la Providencia inteligencias gigantes que acometan hazañas antes no soñadas, legando á los venideros el encargo de concluírlas, y las más veces el placer de recoger sus despojos.

Hay, sin embargo, una empresa sobre cuyos obstáculos no puede saltarse; porque consiste precisamente en destruírlos; y al mismo tiempo perpetua, como el incesante flujo de la vida: en tal manera, que no destruír las defensas que opone, sería tanto como humillarse vencido; y pretender gozar de las conquistas que en este punto hicieron las generaciones pasadas,

sería caer en la locura del que perece de hambre, empeñándose en vivir con la memoria de la vida que tuvieron sus antepasados.

Me refiero, señores, á la Educación del hombre. Os irrogaría una injuria, si, para declarar la verdad de mi aserto, pretendiera probaros que es grande empresa la de formar al hombre en el triple desenvolvimiento á que su naturaleza le convida; pues no se os oculta que si empresa grande es descubrir nuevos continentes, mayor es la de educar al que ha de dominarlos; si es glorioso descubrir las leyes de la naturaleza, más glorioso es hacer al hombre digno de señorear la naturaleza; si justamente se gloría el entendimiento humano de sorprender el secreto de la finalidad de la materia, centro al cual convergen todos los radios de esa gran circunferencia que llamamos ciencias naturales, con cuánta mayor razón no había de gloriarse si yá no sólo descubre, sino que consigue su fin propio, y arrastra en pos de sí la creación entera, para conducirla á su verdadero y último centro, realizando, mediante la formación de su propio sér, el principio de la finalidad universal: es decir, acercándose al infinito, al motor inmoble, á la causa primera, á la actualidad sin potencia, al sér que tiene en sí toda la razón de su sér, á Dios, causa, centro, origen de toda perfección?

Esto es Educación: la formación del hombre para que sepa y pueda recorrer el camino que le conduce á su fin. Grandiosa idea que hace palidecer las falsas nociones de Educación inventadas por los hombres. Estas lo encierran en un estrecho círculo y le dicen: Edúcate para ser matemático; para poseer la ciencia de las leyes; para estudiar la fuerza, el movimiento, aplicándolo á la industria, al comercio; para conocer y aliviar las dolencias físicas del cuerpo: y serás un grano de arena que contribuya á levantar el monumento de gloria que la humanidad erige á su propia grandeza. Edúcate, dice al hombre la Educación verdadera, fórmate *hombre*, es decir: un sér que, si mira á lo alto, sabe que son suyos los inmensurables espacios de la verdad; si mira á sus plantas, sabe que es señor de la materia; si mira dentro de sí, sabe que posee un espíritu inmortal; si tiende sus miradas hacia los misterios de lo infinito, sabe que en esa plenitud del sér está su origen y que en su posesión, y en ella solamente, está su término.

Pues bien, señores, en la grande empresa de la Educación del hombre, no es posible dejar atrás los obstáculos con que es preciso luchar: más aún, esta lucha no es de una sola generación, es de todas; porque los obstáculos se reproducen con las generaciones. Si los que nos precedieron en la tarea lograron victoria, sólo pueden servirnos de ejemplo: si desgraciadamente erraron el camino, sírvannos de escarmiento.

Pero ¿tántos obstáculos presenta la obra de la formación del hombre? dirán acaso algunos que tal vez juzguen exagerado cuanto acabo de indicar.

Para responderos, únicamente os pido prestéis por un momento vuestra benevolencia á la breve exposición que voy á haceros de dichos obstáculos; pues á poco que fijéis la atención en este importante asunto, los veréis surgir de todas partes, ya sea que pongáis los ojos en la Educación misma, ya en el sujeto que ha de recibirla, ya en las personas que intervienen en su dispensación y regulan su marcha.

Aun prescindiendo de la luz clarísima con que la revelación esclarece los misterios que envuelven al hombre, la sola lumbre de la razón descubre que la humanidad no pudo salir de las manos de su Hacedor tal cual la vemos.

Lleva, por una parte, impreso el sello de la divinidad, y está, por otra, manchada con el fango de la tierra. Una voz que parece descender de la eternidad le dice "sube", y otra voz que asciende de abismos sin más horizonte que el tiempo, le dice "baja". Sueña que tiene alas de ángel para volar sobre la materia, y, al despertar, se ve á sí misma arrastrándose al par de los reptiles, que no pueden alzarse de la tierra.

Para acostumbrarse á sus manchas, para bajar, para arrastrarse, no necesita sino dejarse llevar de la poderosa corriente que la arrebata; para hacer que brille el sello divino, para subir, para volar como los ángeles, le es preciso una fortaleza y una energía constantes, que, bien miradas, parecen sólo patrimonio de los héroes. Y sin embargo, *Educación* quiere decir triunfo de la parte superior del hombre sobre la inferior. No puede llamarse educado al hombre que no ha adquirido el hábito de vencer con la verdad el error, con el bien el mal; de avasallar siempre con irresistible imperio cuanto en sí tiene de abyecto y degradante, haciendo de esto mismo el pedestal de su grandeza; por eso alguien dijo que el hombre jamás termina su Educación: y es indudable la verdad de esta afirmación, tomada la palabra en su más amplio sentido.

Ahora bien, señores, aun restringido el significado á un perfeccionamiento relativo ¿puede abarcar por ventura la imaginación, á pesar de su fecunda inventiva, el conjunto de obstáculos que se oponen á tal perfeccionamiento?

Nace el hombre envuelto en las oscuridades de la ignorancia: es preciso rasgar esas nieblas con la luz del saber. Nace expuesto á los tentadores encantos de la mentira: es necesario asegurar su mente en la posesión de la verdad. Nace inclinado á la seducción del placer: fuerza será tornarle fuerte contra la poderosa fascinación de los sentidos. Nace enemigo del dolor: y, á pesar de eso, deberá hacérsele amar como á inseparable com-

pañero. Nace sintiendo latir su pecho con el calor de la rebeldía: y habrá de sujetársele al yugo de la ley divina y de la ley humana.

Para vivir con vida sobrenatural, dijo el Redentor del mundo que era necesario renacer por obra divina: para vivir como hombre educado, también es preciso nacer de nuevo á una nueva vida, en que la parte superior del hombre recobre sus derechos.

Bien lo sé: también este renacimiento ha de ser obra divina, siendo insuficientes las fuerzas humanas para alcanzarlo; pero supone tal esfuerzo de la voluntad, cual no se requiere, al menos en tan alto grado, para la obra de la regeneración divina, la cual, por ser gratuita, es toda de Dios.

Alta empresa, por cierto, y digna de absorber la atención y los esfuerzos del hombre. No parece sino que al despertar en la inteligencia del niño el uso de la razón, este debiera ser su primer pensamiento, esta la aspiración suprema de su voluntad: "Debo educarme". Y sin embargo, triste es confesarlo, es preciso educar al hombre á pesar suyo.

Seguidle desde la infancia, y hallaréis que no es exagerada esta confesión.

Quiero suponer que el Cielo concede al niño padres ante cuyos ojos brilla, como faro que guía su conducta, el pensamiento de la Educación de ese precioso depósito; y que, obrando de acuerdo con tal pensamiento, no ponen jamás por su parte el menor obstáculo al desarrollo de la inteligencia y del corazón del niño; antes al contrario, dedícanse solícitos, desde que asoma el uso de la razón, antes aún, desde que se revelan los instintos, á enderezar aquel sér por el verdadero camino de la felicidad. ¿Pensáis acaso que aquella alma se abrirá, sedienta de perfeccionamiento como se abre la tierra largo tiempo privada de fecundante lluvia, para no perder una sola de las gotas de vida que sobre ella se derraman? Ah! no esperéis tal cosa.

Mirad cómo en aquel corazón que todavía no sabe amar, van grabándose unas imágenes con los colores de la aversión, otras, con los tintes de cierta preferencia que los espíritus poco reflexivos no aciertan á explicarse. Si el padre ó la madre, fieles á su deber, se oponen á las aviesas inclinaciones del instinto, á los caprichos de la infancia, y, en cambio, una nodriza asalariada fomenta aquellos gérmenes de futuras pasiones, el niño amará más á la extraña que á aquéllos que le dieron el sér; en otros términos: entra en el mundo rechazando la Educación, personificada en los que le contrarían para su bien, mientras prefiere á los que, para su mal, fomentan con indulgencia lamentable sus caprichos.

Al instinto sucede la razón: y empezáis la tarea de la formación moral y de la instrucción. Poned á escoger al niño entre el juego, la holganza, el pasatiempo, y una tarea literaria. No ignora que lo segundo lo educa; que si sólo pasa el tiempo en lo primero, tendrá por corona de ignominia, durante toda su vida, la ignorancia; y, sin embargo, veréis al niño preferir siempre la diversión al estudio; y aguzará la inteligencia y apelará á todo género de excusas, de quejas, de mentiras, para sacudir el yugo que le sujeta. Tratad de levantar su ánimo, valiéndoos de la emulación y del premio: algunos solamente responderán á este reclamo, propio, ciertamente, de nobles corazones. Os veréis quizás obligados á recurrir al castigo, y por justos que seáis ¿lograréis alguna vez que venga el niño á besar la mano que le corrige, porque la corrección educa? Quiera Dios que no recojáis en cambio de vuestro celo, abundante mies de amargas aversiones.

Llegó la juventud, edad de ilusiones y de fantasmas halagüeños; si, como padres ó preceptores, tratáis entonces de educar al joven, poniendo dique á sus pasiones, la violencia de estas os arrollará, como desbordado torrente al valladar que lo sujeta. Habladle de la hermosura de la virtud, de la nobleza de la ciencia, del deber, del respeto....y el joven sonreirá de vuestra cándida solicitud: cree que sólo la juventud es la vida, y que la vida es el placer, la libertad, la independencia. Si, siendo niño, le sujetó la autoridad que sobre él teníais, cuando parece que, con el desarrollo corporal, se agranda el alma, seréis vencidos si emprendéis la lucha: y con todo, la edad juvenil es la época culminante de la Educación: de ella depende el porvenir; y si pasa en los desvaríos de locas ilusiones, prepara el camino á una edad viril, moderada tal vez por el hastío, pero no por la formación moral é intelectual, que hacen al hombre digno del glorioso nombre que lleva. ¿Qué esfuerzos para el bien, qué constancia en las tareas, qué calma de espíritu, necesaria para recibir el influjo de la sabiduría, podréis esperar de la ligereza y atolondramiento de una juventud disipada? ¿Qué esperanza de Educación queda al joven que apaga la sed de su perfeccionamiento en las aguas estancadas de repugnantes vicios?

No han faltado, señores, quienes juzguen ser el libertinaje como un derecho en el joven que se precia de educarse, sobre todo en aulas de facultades superiores: y á la verdad, no alcanzo á descubrir qué clase de Educación pueda recibir, en lo intelectual, la inteligencia perturbada por mil pensamientos ajenos á la seriedad de sus estudios, y, en lo moral, el corazón que hace alarde de rebeldía contra las leyes de la moralidad y del decoro! O ¿será que yá no es cierto el oráculo divino, de que *jamás la Sabiduría entrará en el alma perversa, ni fijará su mo-*

rada en quien hace su cuerpo esclavo del pecado? [Sap. I, 4]. En conclusión, señores, si en toda edad brotan del hombre mismo obstáculos tan graves para su Educación, permitidme que vuelva á afirmar, que es necesario educar al hombre á pesar suyo.

Mas ¿quién habrá de educarle si él mismo no se educa?

Tres factores activos paréceme descubrir fuera del que debe ser educado; los cuales, así como pueden cooperar eficazmente á la formación del hombre, así también son, á las veces, fuente de nuevos obstáculos para aquella obra.

Al lado de la cuna del hombre descubriréis siempre, ó con los ojos del alma ó con los ojos del cuerpo, dos seres, que contemplan sus existencias como retratadas en aquel mismo sér: en él se aman, en él se enlazan, en él se identifican. Son sus padres. Tan luégo como les es dado gozar de la inefable dicha de merecer aquel nombre, un pensamiento simultáneo brota en ambas inteligencias. Es preciso pensar en la Educación de aquel sér querido. ¿Hay riquezas? Todas serán para llevarla á cabo. Si la pobreza ha recibido en sus brazos desnudos al recién nacido, se valúa entonces el caudal de amor que atesora el pecho; y es tánto, que parecen pequeños los más duros sacrificios, el hambre, las privaciones, para conseguir la formación del niño que tranquilo duerme en la cuna, ignorando todavía que hay seres dispuestos á morir por él.

Grande es ciertamente el amor que Dios depositó en el corazón de los que nos dieron el sér; si así no fuera, el mundo se convertiría pronto en un inmenso orfanotropio.

Pero ese mismo amor mal dispensado, presenta obstáculos de que habrá de resentirse siempre la formación del hombre.

Cuando contemplo ricamente vestido con valiosísimas telas, y adornado yá de oro y pedrería al tierno niño, vástago de padres opulentos, no puedo menos de pensar con tristeza: ¡cuánto le aman sus padres! pero ¡con cuánta crueldad le aman! Al abrir los ojos por vez primera, le deslumbró el brillo de la riqueza: fue acostumbrándose á aquel brillo, y antes de la edad de la reflexión yá se arraiga en él el convencimiento de que sólo así se puede vivir: despreciará en otros la pobreza; y si, rodando la fortuna, llama á sus puertas en día aciago la indigencia, no tendrá valor para humillar la frente á su imperio; pasarán entonces como en desfile la ostentación y el lujo en que viviera; y, por librarse de la escasez, se acogerá al envilecimiento de la estafa, del engaño, del robo; si yá no prefiere cortar con el hilo de la vida sus desventuras. ¡Cuánto le amaban sus padres, pero con cuánta crueldad le amaban!

Y cuando pongo los ojos en aquellos cariñosos padres que celebran como donaires los primeros caprichos infantiles; como

señales de ingenio, las primeras expresiones atrevidas; como prendas de futuro valor, los primeros brotes de la ira; como albores de gentileza, los inconscientes arranques de los instintos sensuales; entonces vuela mi mente á los años futuros: todo ha cambiado..... Aquel hermoso niño es un gallardo joven: la voluntad de sus padres sólo existe para despreciarla; el capricho de la infancia, se convirtió en indomable rebeldía; los instintos halagados del pequeñuelo, son vendavales de fiera concupiscencia. Un día entero ha transcurrido sin que el hijo amado se acuerde de que tiene un hogar y que hay allí dos corazones dispuestos á morir por él....¿Qué importa al libertino el santo amor que le dio calor en la cuna? Ese amor no embriaga, no enloquece, no perturba la razón y los sentidos. Y llega la noche, encubridora de infamias y muda confidente de increíbles dolores. Aun no vuelve el hijo; porque todavía dura el espectáculo, la bacanal ó el juego: y pasan las horas....y sus padres le esperan. Cada vez que el reloj da la hora, diez, once, doce puñaladas se clavan en aquellos dos corazones. Entonces los padres, arrepentidos de tánta indulgencia, piensan, pero yá tarde ¡demasiado tarde! ¡cuánto le amábamos, pero con cuánta crueldad le amábamos!.....

Permitidme, señores, que yo también exclame: ¡oh amor mal entendido de los padres de familia! ¡oh amor funesto, tú eres el obstáculo más insuperable que se opone á la verdadera Educación!

Y aquí, señores, como en ciertos dramas aterradores, cae el telón para interrumpir escenas demasiado dolorosas. Quisiera correr un velo que cortara estas reflexiones; mas investido no tanto del derecho, cuanto del deber que el desarrollo del tema propuesto me impone, aun debo continuar; porque se ofrece al paso una teoría sustentada por no pocos educacionistas modernos, con lo cual se vicia desde el principio la formación del hombre.

Es principio inconcuso, establecido por la Filosofía del Derecho, que éste debe tener fuerza suficiente para hacerse respetar y cumplir; de otra suerte su inviolabilidad, es decir, su esencia, sería ilusoria.

Esta propiedad del derecho da origen, en lo civil, á la coacción jurídica; y en el orden de la Educación, es la razón del castigo. Se ha sostenido, sin embargo, que deben desterrarse de la Educación toda suerte de penas aflictivas, de privaciones impuestas en castigo de las faltas que el niño comete. Cuando el sentimiento religioso, inspirado en la palabra de Dios, era la norma de los hogares, templábase el amor inmoderado de los padres, con oráculos de la verdad eterna, tales como éstos: *El padre que no castiga á su hijo, le aborrece. La vara del cas-*

tigo hace huír la ignorancia. El castigo y la corrección dan la sabiduría. No prives de castigo al niño, pues si lo castigares no morirá; antes usando de rigor con él, librarás su alma de la eterna infelicidad. [Prov. XXII. 15—XXIII. 13. 14—XIII. 24. Eccli XXX. 1. etc.]

Mas cuando las invenciones de los hombres suceden á lo que Dios y la naturaleza misma de las cosas prescriben, entonces el amor mal aconsejado vence á la razón; y los efectos en alto grado lamentables de una educación remisa, se hacen sentir con el terrible empuje de la rebeldía que jamás había sido quebrantada. Y al considerar los resultados de tal Educación, vuelvo á exclamar con amargura: ¡Oh padres, que no os atrevéis á castigar á vuestros hijos, cuánto los amáis, pero cuán cruel es vuestro amor para con ellos!

Se podría contestar: yá llegará el tiempo del rigor y de la corrección; y entonces se confiará la Educación de ese niño á preceptores hábiles, en establecimientos en que la severidad de la disciplina, remedie la remisión de los primeros años.

Es decir, que según esta manera de pensar, el Colegio deberá convertirse en casa de corrección; especie de cárcel en que los Directores habrán de ejercer el oficio de alcaides; añadiendo á los grandes obstáculos que la desidia y natural inconstancia del niño opondrán á su formación, otras dificultades, mayores tal vez, por la idea que se ha sugerido al educando de que se le encierra en un Colegio para dominarlo, no para que reciba educación; para castigarlo, no para imprimir en su alma y en su mente el hermoso sello de la verdad y del bien.

Bien sé, padres y madres que me escucháis, que vosotros no habéis caído en error tan lamentable; porque, poseídos de la verdadera idea de la Educación, sabéis aherrojar con las cadenas del deber santo que pesa sobre vosotros, ese amor mal entendido, que, á modo de infranqueable muro, se opone á la Educación de esos pedazos de vuestra alma; pero como el corazón es falaz consejero, permitidme conjuraros á que jamás abriguéis la idea de que puedan nunca convertirse en carceleros ó verdugos de vuestros hijos, los que se encargan de su Educación, si son dignos de llevar el nombre de educadores; si, penetrados de la vocación altísima á que son llamados de educar á los demás, saben sacrificarse en esta empresa, con sacrificio, oculto si queréis, pero que no parece inferior al del soldado que muere defendiendo el nombre y los derechos de la patria.

Y aquí surge otro nuevo obstáculo para la Educación: los defectos de que pueden adolecer los que, después de los padres, están encargados de ella. ¿Qué será de la formación del hombre, si esta misión sublime obedece á miras nada conformes con

ella? ¿Si el interés, la necesidad ú otro móvil cualquiera convierten al hombre en educador de los demás?.....

Permitidme, señores, omitir el desarrollo de esta importante parte del tema que me propuse, pues no debo abusar de vuestra atención; y yá en circunstancias análogas á la presente, tuve el honor de tratar con alguna detención este punto. (1)

Tampoco me detendré á estudiar los grandes obstáculos que se originan de la ingerencia que las llamadas ideas modernas atribuyen al Estado, en la formación del hombre, dejando á su arbitrio dirigir la marcha del desarrollo físico, moral é intelectual de la humanidad; sometiendo á su variable criterio uno de los más grandes deberes y derechos del hombre, el de educarse; subordinando á la política ó á otros intereses menos grandes, el supremo interés de los individuos....Al tratar de *La Educación Moderna*, tuve la honra de presentar á vuestra ilustrada consideración, algunas reflexiones aplicables á nuestro propósito. (2)

Pero de cuanto llevo expuesto yá podéis deducir, que si la Educación es una de las más nobles empresas que puede y debe acometer el hombre, es al mismo tiempo de las más erizadas de obstáculos que puedan presentarse.

¿Desmayaremos en su seguimiento?

Esto sería de almas tímidas: las almas grandes se agigantan ante la dificultad y el peligro.

Decía, señores, al comenzar, que la empresa de la Educación es de todos los siglos y siempre nueva; paréceme que debo añadir: la empresa de la Educación, á todos pertenece. A vosotros también, amados niños que os educáis: ¡cuán fácil sería vuestra formación si os propusierais cooperar á ella!; á vosotros, padres de familia, si dirigís vuestro amor á formar, en el verdadero sentido de la palabra, esos seres queridos, depositarios de vuestro cariño; á vosotros los que os dedicáis á la formación del hombre; á los que gobiernan el Estado.....¡á todos!

No creo que en este punto haya llegado la sociedad á conseguir lo ideal. Los ideales nos atraen como las sirenas de la fábula, y desaparecen cuando nos acercamos.

Esto no obstante, paréceme, señores, que el día de hoy es de aquéllos en que el alma se acerca más al mundo ideal.

Vosotros, amados alumnos, habéis trabajado con tesón para terminar vuestras tareas, sobre todo los que vais á coronar con honorífico grado el primer período de vuestra Educación. Ya os separáis: os decimos adiós con tristeza, porque os ama-

(1) Discursos sobre varios temas de Educación. *IV. La Ignorancia y la Educación.*

(2) Ibid. *Dtscursi VI. La Educación Moderna*

mos; con alegría, porque sois sazonados frutos de nuestros afanes. Os vais! pero no para siempre; volveréis cuando las tempestades de las pasiones pretendan dar al través con las riquezas de Educación que lleváis.

También habéis trabajado vosotros, padres y madres de familia. ¡Cuántos sacrificios os cuesta este día! ¡Benditos sean los corazones que saben amar con verdadero amor á sus hijos!

Y vosotros, mis compañeros en la ruda labor que una vocación divina nos impone, vosotros también habéis luchado por coronar esta grande obra. Vuestra recompensa no es de la tierra, bien lo sé; y sé también que bajo la sonrisa de la virtud ocultáis mucha abnegación....Cuando flaqueen mis fuerzas, vuestro ejemplo me sostendrá en la ardua empresa de la Educación.

Notorios asimismo son los servicios de los encargados de la cosa pública, quienes han procurado con laudable celo el engrandecimiento de este Colegio, que es hoy de los mejor montados de Colombia, gracias á la decidida protección de los poderes de la República.

Si todos habéis trabajado como buenos en la empresa, sea para todos el parabién de los frutos que hoy se recogen; y que, sazonados mañana, contribuirán, así lo debemos esperar, al bienestar de las familias, á la gloria de la Religión y á la prosperidad de la República, que en buena hora hace brillar el nombre de Dios en la Educación, como único ariete poderoso á vencer los obstáculos que la detienen en su gloriosa carrera.

Luis J. Muñoz, S. J.

A. M. D. G.

AGUARDANDO EL AÑO NUEVO

(EN EL CLUB UNIÓN)

Apurad hasta el fin las anchas copas:
Cubrid las llagas con brillantes ropas;

Ahóguese entre risas nuestro llanto
Y cante de placer nuestro quebranto!

De aquesta inútil existencia amarga,
Siquiera un punto, la pesada carga
Soltemos á la vera del camino
Y otra vida busquemos en el vino!

Es preciso olvidar! Bebamos todos
—Ya que Olvido es el diós de los beodos:—
Por la dicha anhelada y no obtenida:
Por todo lo que sólo tuvo vida
En el soñado edén de nuestro anhelo:
Que esta copa sea puerta de ese Cielo!

***

Un año que en la nada se deshace,
Y otro que surge del futuro incierto!
Con lágrimas ungímos yá al que ha muerto;
Con vino bauticemos al que nace!

Alegre lo saludo, y viene acaso
De amarguras preñado y desengaños,
Que ésa es vieja costumbre de los años....
¡Qué importa! Hacia la tumba es otro paso.

Es otro mensajero de reposo
Que llega á mí del reino del Olvido,
Y yo lo miro entrar agradecido,
Y bebo á él, al huésped misterioso!

¿Qué trae el año: dichas ó dolores,
Paz ó guerra? No sé, ni saber quiero:
Desde que no ambiciono yá, ni espero,
Todos los años para mí son peores!

Sólo un favor al huésped le pidiera:
Que la querida libertad trajera!

1897—1898. M. O. V.

APOLINAR

(CUADRITOS DE TIERRA CALIENTE)

I

CUANDO el encargado de la hacienda le dio colocación, Apolinar se sentó meditabundo en un banco, en el corredor de la casa de los peones. Estaba cansado y triste. Venía de muy lejos, de las alegres campiñas de Rionegro, donde había perdido á su madre, único sér que le amaba, y que había muerto sonriéndole agradecida por sus cuidados. Al pensar en esto se le llenaron los ojos de lágrimas que, heridas por el sol poniente que filtraba sus rayos por las ramas de un naranjo, le hicieron ver irisaciones.

Luégo miró allá lejos, al extremo de la vega, la falda bañada en luz donde los peones barbechaban, alineados. Con ellos estaría él al otro día, desde la aurora hasta el anochecer, agachado bajo un sol ardiente, en pleno Julio. ¿Resistiría aquellos sofocos, aquel cansancio, en esa tierra caliente y nueva, donde las fiebres pululan?

El cielo se fue oscureciendo lentamente, lentamente. Los peones, siempre en fila, llegaban cruzando el gran patio, con sus herramientas al hombro, cantando:

Yo te quise porque quise
Querer una cosa buena,
Por tener cntre mi casa
Rosa, clavel y azucena.

Los que veían á Apolinar á la incierta luz del crepúsculo, lo saludaban con las "buenas noches" de costumbre. En la cocina, al rededor del fogón, comenzaron á charlar, sentados en los bancos de madera. Apolinar había seguido tras ellos, maquinalmente, lleno de nostalgia.

II

Miraba después las sombras fantásticas de los peones que merendaban, reflejadas en la pared por el fuego que ardía, cuando invadió la cocina una turba de mujeres venidas de la mina cercana. Eran las zabullidoras, que en el verano lidian entre el río, con el agua al cuello; que escarban las peñas del fondo en busca de las pepitas codiciadas; que de noche, arrecidas, muertas de frío, van á charlar un rato á la cocina de la hacienda, desocupadas y perezosas.

Los peones, medio atarugados con los migotes de arepa y los tragos de chocolate, contestaron al saludo de las mujeres. Creció la bulla. Una negra vieja, vestida de zaraza abigarrada y que se daba aires de gran personaje, contó su viaje al Sitio, á las misiones de los Jesuítas, unos padrecitos muy buenos mozos que predicaban unas cosas muy lindas que ella no entendió, y que comían y bebían muy bien. Los había visto á la mesa del señor Cura, desde la cocina, donde Natalia estaba ocupadísima.

"Pero son unos santos", añadió tras una breve pausa, haciéndose la contrita. "Allá en el Sitio, los borrachos dejaron el trago, los matrimonios separaos se golvieron á ajuntar, toiticas las cosas perdidas parecieron. A yo me dejaron en un clavito, en la puerta de mi casa, unos aritos que me habían robao..... aquellos de corales ¡tan lindos! que Justo me dio cuando los casamos."

Otra mujer, de ojos negros y picarones, cuchicheaba una historia picante: la rabia y los celos de Rosario, quien vio la tarde anterior á su marido acariciado por una muchacha, que se echó junto á él, en la yerba.....

Rosario que oía á la murmuradora desde un rincón, se levantó energúmena:

Si la veo por ai sola, le señalo la cara á la maldita.

Entre tanto Carmela, la mulata más joven de la partida, conversaba con Apolinar, familiarmente, mostrándole su blanquísima dentadura, con su aire desenvuelto y gracioso.

De donde vino usté?

—De Rionegro.

—Ah! de Rionegro. Dicen que 's muy bonito eso por allá, y qui hay un San Antonio muy milagroso. Tengo que mandarle una promesa pa que me lleven á conocerlo.....¿Su madre vive en el propio pueblo?

—Nó....ella se murió, hace ya casi dos meses.

Carmela guardó silencio un momento, como enternecida. Luégo habló á Apolinar de otras cosas, tratando de distraerlo. Al despedirse le dijo adiós con mucha dulzura y con marcado acento de cariño, y el pobre mozo no pensó en su tierra aquella noche, sintiendo algo nuevo dentro de sí, como valor, como resignación, como energía para el trabajo y para la vida.

III

Es domingo, y hay tertulia y jolgorio en la gran cocina. La gente come con apetito monstruoso, dando apenas lugar, entre bocado y bocado, á sus charlas obscenas y estúpidas.

La cocinera, que, á más del salario, cuenta con sus extras los domingos, va y viene, sudorosa, jadeante, ora con platos de sancocho, ora con las totumas de cacao. En los aparadores, los tamales despiden un vapor leve de excitantes olorcillos; las empanadas recrean los ojos con sus repulgos y con su hermoso color dorado, y las arepas se destacan, blancas y redondas, sobre aquel fondo de hollín. La conserva de papaya, la natilla temblorosa, rociada con polvo fino de canela, provocan desde sus bateas á delicias y atracones estupendos. ¡Oh! la conserva de papaya con natilla, el mejor plato de la tierra caliente!

Los muchachos juegan al turrio, afuera en el gran patio rodeado de naranjos, cuyos azahares llenan de perfume el ambiente. Amontonan los cuartillos sobre una carreta de hilo que tratan de echar al suelo desde una distancia de diez pasos, con argollas ó eslabones. ¡Y qué gritería cuando cae, arrojando las monedas! *Pirripio*, un negro larguirucho de ojos claros, camisa roja, pañuelo al cuello, gira y da vueltas como un trompo. *Caleño*, vestido todo de blanco, se desgañita, levanta los brazos, avanza un pie en actitud de bailar, muy zalamero. Se abalanzan todos sobre los cuartillos dispersos y coge cada cual lo que puede. Disputan, se dicen ladrones, se tiran palmadas que evitan con ágiles movimientos, haciendo gestos y lanzando sus risas ruidosas. Se apacigua el bochinche y sigue el juego, para volver al momento á las mismas andadas.

Un grupo de curiosos los rodea, haciendo comentarios. Uno, de voz gangosa, dijo:

Este Caleño sí qu' es bestia. Se dejó robar un cuartillo en este tiro.

Y Caleño le responde sin mirarlo:

No 'stoy jugando con plata tuya, no te metás.

Doblaron la puesta, y sobre la carreta formaron los cuartillos una columnita, que brillaba al sol. Pirripio ganó la raya: le

tocaba tirar primero. Era mucha la emoción, reinaba el silencio. Entonces el de la voz gangosa le gritó:

¡Upa, Pirripio, hoy sí comés marra! Tirá el eslabón de laíto.

Caleño, que perdía yá diez reales, se irritó, y, acercándose al intruso, le tumbó el sombrero de una palmada, diciéndole:

No te metás, sinvergüenza!

Alzando los trajes de colorines, sueltos los broches del leve corpiño, profusamente adornadas con prendas de oro, pasan las hembras junto á los naranjos. Contoneadas, á paso menudito, con ademanes lujuriosos, se acercan á los hombres, riéndoles.

En la tienda, situada al extremo del patio, hay surtido nuevo. A propósito de unos pañuelos de cifras, se cruzan entre las mujeres y los hombres medias palabras llenas de pasión. Apolinar lee los letreros: "Ven temprano". "Te espero". "Hasta la noche". Los negros ríen á cada palabra, compran los pañuelos, diciendo: "están de rayitas", y obsequian con ellos á las mujeres, que los reciben con muchas zalamerías y con miradas ardientes, llenas de promesas voluptuosas.

Apolinar encontró un pañuelo muy dibujado, con mariposas volando en campos azules, cisnes, y pájaros en idilios. ¡Y qué bonitos letreros! "Mi único amor". "Te adoro". Al centro, entre una corona de claveles rojos, estos versos:

Si fuera yo la brisa pasajera,
Aliento perfumado de las flores,
Enredado en tu negra cabellera
Murmurara á tu oído mis amores.

Apolinar compró el pañuelo; y en la cocina, donde Carmela estaba con su madre, buscó un momento propicio para regalárselo. Ella rehusó al principio; mas luégo, como Apolinar insistiera, lo recibió, trémula, ocultándolo rápidamente en su seno.

IV

Era Apolinar joven y fuerte: uno de esos mancebos de tierra fría, por cuyas venas circula, potente y roja, la sangre antioqueña, donde palpita el porvenir. Y así, resistió los duros trabajos de la hacienda, viniendo á ser, á los pocos días de su llegada, el mejor entre los peones. Se sorprendía al ver que él, de tierra alta y fría, no enfermara en aquel valle tórrido, bajo el trabajo agobiador, en los ardientes meses de la canícula.

Sin embargo, un día, al levantarse, sintió pereza, la lengua pastosa, la boca amarga. El espectro de la fiebre pasó por su mente confundido con la imagen de su madre; y al con-

siderar que ella no estaría á su lado si enfermaba, tuvo un desfallecimiento moral espantoso, una pena muy honda, como si se le consumiera el corazón. Mas en medio de ese dolor, brotó de repente el recuerdo de Carmela, la mulatica de los blancos dientes, á quien él amaba. Y ella se apoderó de todo su pensamiento, consolándolo.

Enrolado entre los peones, que semejaban una fila de soldados en su marcha, Apolinar se dirigió al trabajo, silbando inconscientemente. Yá en el trabajo, deseó fumar, y encendió un tabaco, pero hubo de botarlo, pues lo mareaba. Tuvo sed, y, al recoger con una hoja encocada el agua en el río, se vio las uñas, amoratadas.

Se irguió, levantó los brazos: sentía una necesidad horrible de estirarse, y dijo entre dientes, bostezando:

¿Me dará fiebre? No, imposible, ya he resistido mucho tiempo.

Volvió al trabajo, esforzándose en creer que aquellas extrañas sensaciones que de tal modo le alteraban, no eran síntomas de fiebre. Mas pronto comenzó á sentir horripilaciones en la columna vertebral, frío en los codos, en las rodillas, en la nariz, en las manos.

Aún se resistía el mozo á creer en su mal. La vega donde trabajaban era húmeda y el cielo estaba lleno de nubes. "Es cosa del día"—pensaba Apolinar.—"Cuando almuerce, me pondré bueno".

Era muy temprano todavía cuando trajeron el almuerzo. Un peón lo sirvió en platos de palo, sobre un tronco caído. Era sancocho de carne y de plátanos.

La extensa y fértil vega sirvió de comedor, la yerba de manteles, la tierra de asientos, y de cubiertos los dedos de los peones. Fue un almuerzo primitivo, bajo un ancho cielo. Los peones se lo comieron todo. Sólo Apolinar dejó allí la carne, pues tenía las mandíbulas flojas y cansadas, y apenas bebió, con avidez, el caldo tibio y algo salado.

Al levantarse la cuadrilla, Juan Peña, viendo á Apolinar que se estiraba bostezando, le dijo:

Polinar, váyase, hombre, pa la casa, que usté tiene yá el frío.

Y era verdad.

Apolinar tiritaba, dando diente con diente. Sentía salir de entre los huesos una horrible sensación de frío que le llenaba el cuerpo de hormigueos.

Ya en el zarzo de la casa, acostado en su dura cama, bajo la manta, el hormigueo desesperado creció, y, á par de él, la aflicción del enfermo. ¿Quién lo cuidaría? ¿Quién velaría á su lado si la fiebre continuaba? ¿Moriría solo en aquel zarzo, vien-

do á las arañas pasar junto á él por las maderas del techo, y oyendo el agudo chillido de los grillos en el pajar? En la plenitud de la desesperación de su cuerpo y de su alma, llegó á sus oídos, desde allá abajo, de la cocina, un diálogo. Era Carmela que llegaba.

Buenos días, ña Emidia. ¿Está muy atariada hoy?

—Mucho, ole, y lo pior es que Polinar está tumbao con una jiebre que hast'ai. Aquí 'stoy haciéndole una bebida pa llevale, á ver si se le quita ese frío que tiene, mija! qui'hace traquiar el zarzo.

Carmela palidece y afana á ña Emigdia para que lleve pronto el remedio al enfermo; y cuando la ve subir escalera arriba, llevando la bebida humeante, dice en tono compasivo:

Polinar, bébase esa bebida de tisana con clémor que lo hace sudar y aliviarse ligero. Y acobíjese bien. Esta tarde vuelvo á ver cómo sigue. Hasta lueguito, Polinar. Hasta lueguito, ña Emidia.

El desdichado bebió con ansia la tisana, y comenzó á quedarse tranquilo, en ese momento de la enfermedad en que el frío se va, dejando entrar el calor de la fiebre, que es al princi-

pio adormecedor y suave. Después, cuando vino el delirio, en el calor terrible que lo bañaba en sudor, soñó estar yá casado con Carmela, viviendo felizmente en una casita muy fresca á la orilla del río, junto al platanar, y con una hijita á quien había llamado Trinidad, que era el nombre de su madre muerta.

V

Pocos días después, el enfermo, ya convaleciente, se sintió con fuerzas para dar un paseo. Hacía un tiempo magnífico.

Ña Emigdia, que ejercía en aquellas tierras el oficio de curandera, le permitió ir poco á poco por el camino del bosque, hasta la mina, distante unas diez cuadras de la casa de la hacienda.

El río viene por entre el bosque, arrastrando sus aguas de color de tierra, pausadamente, sin ruido, hasta un pequeño salto donde brama y se llena de espumas blancas. Los carboneros florecidos bordan las orillas, inclinándose á besar la corriente. Allí era la mina. El río lleva mucho oro en el fondo. Estaban rompiendo el salto para que las aguas corrieran rápidamente, arrastrando las arenas que cubren la *cinta* donde se cría el oro.

Apolinar llegó en el momento en que taladraban en medio del río unas piedras, las últimas de la tonga. Vio dos hombres hercúleos, negros, casi desnudos, con las venas brotadas, que trabajaban con el agua á la cintura. El uno movía el taladro entre el agujero de la piedra, y el otro lo martillaba. Así había varios, unas cuatro parejas.

El los veía desde la orilla. De pronto, maquinalmente, sin hablar palabra, los hombres dejaron el trabajo. Uno de ellos midió los agujeros, trajo los cartuchos ó tacos de dinamita, puesta yá la mecha, y los introdujo en los huecos, que acabó de llenar cuidadosamente con arena; se irguió luégo, botó la ceniza al tabaco que fumaba, lo chupó fuertemente para que brotara el fuego, y, con ese fuego, prendió las mechas. Corrió por entre el río, gritando: Afuera! Apolinar oyó, río arriba, á Carmela que reía con su risa argentina, mientras brincaba hacia la orilla á esconderse tras el grueso tronco de un árbol.

Todos los trabajadores hicieron lo mismo, y Apolinar también.

Entonces sonó la gran explosión. Se estremeció el bosque, herido por la descarga de piedras, y hubo en el aire revoloteo de hojas. El río se cubrió de pétalos de flores de carbonero, que las ondas arrastraron suavemente. Chillaron asustadas las guacamayas y emprendieron, apareadas, su vuelo sereno por el cielo azul.

VI

Apolinar no había sido visto. Se escurrió sin ruido por entre las malezas de la orilla hasta ver de muy cerca á Carmela y á sus compañeras. Eran unas ocho ó diez mujeres, metidas en el río hasta la cintura, que escarbaban las peñas del fondo con una gran batea, hasta sacarla llena de tierra y de piedras; luégo, meciéndola en la superficie con un movimiento gracioso en que el agua entra y sale dibujando bellos encajes de arena, las mujeres separan el oro, que depositan en un coco de mono que llevan colgado á la cintura con una cabuya.

Apolinar estaba muy entretenido, viéndolas, cuando notó allí cerca, suspendidas de los árboles, las mochilas de cabuya en que las mineras llevan sus provisiones. En todas había quesito envuelto en hojas de plátano, y terrones de dulce. En una de ellas encontró reluciente navaja de barba, y comprendió que era de Rosario, la celosa, la que deseaba hacer "un dibujito" en la cara de su rival.

La mochila más blanca, una nuevecita, era la de Carmela. Apolinar lo adivinó al verla tan limpia. Guardaba en ella un espejito, el envoltorio de queso, y un pequeño paquete que encerraba, doblado cuidadosamente, aquel pañuelo de cifras que él le regaló un domingo en la cocina de la hacienda. Apolinar, al verse querido, pues aquel pañuelo guardado allí con tanto cariño parecía indicarlo, sintió crecer el fuego de su amor, sintió que el corazón se le ensanchaba, ahogándolo, y se volvió presuroso al río á ver á su novia.

Las zabullidoras seguían el continuo movimiento de las bateas en que el agua, al ir y venir, borda lindos encajes de arena. Los trapos en que se envuelven, pegados á las carnes por el agua, dejan ver sus redondas formas. Las de Carmela tenían las suavidades y encantos de los dieciocho años y eran llenas y de líneas puras. Apolinar la miraba con una ansiedad tierna. En el ardor de su convalecencia sintió que de lo más hondo de su sér brotaba una ola de fuego, que lo agobiaba con su intensidad. Y volvió á su mente el delirio de la fiebre: el bello día de sus desposorios había pasado: Carmela era *suya*, suya para siempre. Vivían dichosos en la fresca casita del platanar. Y después, un año después, la hija que él llamaba Trinidad le sonreía dulcemente.

VII

Al día siguiente se vistió la ropa nueva, con mucho esmero. Era otro hombre, con sus pantalones de dril claro, el sombrero de Aguadas y la ruana azul. El lo comprendía, y se gozaba al pensar que Carmela lo vería así. Se bañó la cabeza en el chorro del patio, se miró al espejo, arregló un poco los crespos de su cabello é hizo una caricia al bigote que principiaba á brotar, sedoso y negro, en su tez yá ligeramente rosada.

Después, dichoso y respirando á pulmón lleno el aire saludable de la mañana, tomó el sendero de la mina, un sendero muy risueño cubierto de batatillas blancas que el sol no había marchitado aún. En un recodo del camino vio por entre las ramas algo que huía, y luégo, en la tierra húmeda, unas huellas recientes. Tuvo como un presentimiento de que fueran de Carmela; y al llegar á la casa de ésta, junto al río, ya no tuvo duda: las huellas entraban por el patio.

Entonces, trémulo, con el corazón palpitante, empujó la puerta de la cocina. Detrás de ella estaba Carmela, muy agitada y ligeramente pálida. Apolinar le dijo:

¿Usté por qué se esconde de mí, Carmela?

—¿Y usté por qué s' entra por aquí?

El no supo qué contestar, estaba muy turbado. Trascurrido un minuto, se le ocurrió decir:

Yo entré á prender mi tabaco en la candela del fogón.

—Eso sí—replicó Carmela—porque si no es á eso no se asoma. Vive metido en esa mayoría.

Apolinar comprendió perfectamente el reproche que encerraban estas palabras, y, acercándose más á Carmela, murmuró:

¿Como que 'stás brava conmigo?

—Sí, estoy brava—le contestó ella—con fingida mueca de enojo.

El muchacho, loco de amor, cogiéndole una mano, exclamó con ternura:

Pues ahora nos contentamos.

Siguió un coloquio dulcísimo, sentados ambos en la rústica tarima de palos sin labrar. Asidos de la mano, muy juntos, él le decía sus amores; el contento que sintió al verla desde el primer día, después de haber venido de tan lejos; las dudas que abrigó por tánto tiempo. En los momentos de más emoción, oprimía con fuerza las manos que Carmela dejaba entre las suyas; y en su embriaguez de dicha, ciego, insinuaba alguna caricia atrevida, que ella evitaba retirándose, tímida y maliciosa á la vez.

Así, juntos y felices en aquel éxtasis de amor, convinieron en que se casarían después de la Pascua de Nochebuena, época en que vendría el Cura á Yalí, un pueblecito cercano.

VIII

. . . . . .

. . . . . .

Mucho tiempo después, un domingo de abril, azul y limpio, Apolinar se llegó al estanquillo de la hacienda y compró una botella de aguardiente. La miró contra la luz é hizo que la llenaran hasta el pico. Entonces se fue por el camino de la mina y se echó sobre la grama en una eminencia desde donde se ve, allá abajo, el río que da sus vueltas de culebra por los potreros nuevos, y, cerca á él, la casa de Carmela, en medio de la huerta.

Apolinar miraba con ojos extáticos aquel paisaje donde había comenzado para él, después de la muerte de su madre, una felicidad nueva, felicidad ida ya también. Los dos astros que

le daban calor en su dura existencia estaban apagados. ¡Qué suerte la suya, que le traía afectos tan intensos, para robárselos luégo!

Un negro que venía trepando la colina lo sacó de sus enternecimientos. Iba vestido de chango blanquísimo y llevaba al hombro una hacha, que relucía al sol. El negro se detuvo junto á un árbol á cuyo pie dio la vuelta, examinándolo cuidadosamente; luégo miró la copa, y blandió el hacha.

Apolinar miró también aquel árbol que iba á morir. Erguía un tronco casi recto, no muy alto, cuyas ramas dejaban en el azul profundo del cielo una mancha de terciopelo verde oscuro, donde un toche destacaba su nota amarilla, dejando oír su himno al sol.

No turbaba otro ruido la calma; y cuando el primer golpe de hacha sonó, el eco lo llevó para repetirlo allá lejos, como un grito de alarma.

En la verde extensión de los montes siguieron resonando esos golpes secos hasta que el árbol dio un quejido; se detuvo el negro, lo miró, pero aun no moría; diole algunos hachazos más, y el árbol se desplomó, pausadamente, majestuosamente, lanzando al caer al suelo un traquido espantoso y seco, la última queja de su vida potente. Así caído, mostraba en el revés de las hojas la palidez de la muerte.

Y Apolinar pensó:

¿Por qué no dejaba él también la vida, así, de repente? ¿Qué esperaba? ¡Ya la dicha, tan esquiva, no volvería! Y manoseaba un cuchillo de empuñadura blanca que guardaba en su guarniel. Pero no se atrevía á hundirlo en su pecho, y sintiendo dentro de sí un vacío que tal vez el aguardiente llenara con su loco espíritu siquiera un momento, se tomó media botella, pausadamente.

Boca abajo, tendido en la yerba, durmió con la cabeza entre los brazos. Al cabo de un rato se incorporó y tomó otro trago, y después otro, y otro....hasta acabar. Ya ebrio, renegó de sí mismo y de su suerte, blasfemando desesperado, hasta que, vencido por la borrachera, volvió á poner la cabeza entre los brazos, echando espumarajos por la boca, sumergido en un anonadamiento del cuerpo y del alma.

Cuando volvió en sí, ya el sol, que se ocultaba triunfante entre arreboles de fuego, teñía el río, allá á lo lejos, de manchas de sangre. Apolinar, tambaleando, con la cabeza caída hacia adelante, después de mirar una vez más hacia la casa de Carmela, se volvió á la de la hacienda.

En el gran patio, dos negros cantaban, blanqueando los ojos, haciendo contorsiones de culebra y mostrando largas hileras de blancos dientes:

Yo soy el José–José,
Yo soy el José María,
Yo soy el cálienta bailes
De media noche p' al día.

Yo soy el que tira piedras,
A quien le diere le dí;
Yo soy azote de guapos
Y espanto de los dí aquí.

Apolinar, tendido en un banco al extremo del corredor, con voz hiposa y difícil bregó por cantar:

Cinco cuerdas tiene un tiple,
Cinco dedos tengo yo....
Cinco sentidos tenía
La ingrata que me olvidó.

Y se quedó aletargado.

Ay! Era que Carmela, en la Nochebuena, en el tiempo de las bellas promesas, cuando Apolinar, loco de amor, había llegado hasta olvidar por ella el recuerdo de su madre, se madrugó una mañana, con un hombre, camino del Puerto!

Setiembre de 1896.

RICARDO OLANO.

ORGULLO

En este desamparo de las grandezas,
Con indomables odios á lo mezquino,
Clavo hambrientas miradas en mis tristezas
Y en las agrias revueltas de mi camino.

¿Sabes por qué las clavo? Los muladares
Más rojas, más gallardas rosas producen
¡Y en los antros inmundos de mis pesares
Más frescas, más lozanas mis rosas lucen!

Sé que al postrer asilo de la demencia
—¡Preciso es confesarlo!—me iré bien pronto;
Mas ¡tengo sed de gloria y hambre de ciencia!
¡*Feliz* vivir no quiero, vulgar ni tonto!

La *dicha* es insegura. ¡Yo no la anhelo!
Déjosela á quien hace labor de un día:
Yo maldigo la tierra y adoro el cielo;
La suerte de los grandes ¡ésa es la mía!

Poe, llanto encarnado, luto viviente,
Angel de níveas plumas que asfixió el barro,
César de los dolores en cuya frente
Estrelló la Desgracia su férreo carro;

Musset, himno de angustias, el canto enfermo,
Faro de viva lumbre que rajó un soplo;
Byron, que vio en el mundo sólo un gran yermo
Y sintió de los males el recio escoplo;

Esas cumbres altivas de las grandezas,
Esos odios sublimes de lo mezquino,
Esas simas profundas de las tristezas,
Esas burlas sangrientas de atroz destino;

Más allá de la esfera que ignora el sabio,
Oculta á las miradas del telescopio,
Aun más allá fulguran; y al triste labio
Deben sus resplandores y al llanto propio!

ABEL FARINA.

ANTIOQUIA Y CAUCA

I

INTRODUCCIÓN

ESCRITORES de nota se han dado á veces el placer de bosquejar la individualidad y carácter antioqueños; varios aun han dedicado páginas de penetrante crítica á la literatura de Antioquia; el *tipo de la raza* ha sido descrito de modos diversos y analizado el moñtañés desde los pies á la cabeza, sin olvidar el *carriel*, cuyas baratijas figuran en cuentos y novelas, y de donde se han sacado hasta buques de vapor; hombres como Mosquera y Camacho Roldán, han vaticinado que "Colombia será antioqueña"; algunos celosos defensores de *otras razas*, creyendo ver fortalezas en molinos de viento, han abierto campaña contra el antioqueñismo, y no han faltado documentos oficiales en que se haya querido asimilar á los antioqueños con los chinos, por medio de prohibiciones que les impidan seguir poblando las soledades de los Andes. Ninguno, sin embargo, ha intentado penetrar el verdadero modo de ser, el pensamiento, las tendencias reales de la llamada *raza antioqueña*.

A llenar este vacío va encaminado el presente bosquejo, con el cual se trata de sentar, en beneficio de todos, los principios etnológicos de un desarrollo que, fundado sobre bases naturales y necesarias, ejercerá influencia decisiva en el porvenir de Colombia. En efecto, el problema de la inmigración de extranjeros á este país está sin resolver: aquí no ha podido establecerse en los tiempos modernos emigrado de parte alguna.

Las tentativas para aclimatar alemanes y franceses en la Costa Atlántica han salido fallidas, debido á múltiples causas, como el clima, la posición topográfica, la falta de vías de comunicación, etc. Aun en la época actual, cuatro siglos después de la conquista española, apenas si logra uno imaginarse cómo un puñado de peninsulares atrevidos pudo conservar su posición en el país y llegar á establecerse en él con vida nacional y propia, sin sacrificio del idioma y sin que se borrara el tipo de su raza, cuando hoy mismo, á pesar del vapor y de los medios de comunicación y comercio modernos, no han conseguido adaptarse á este suelo ni el inmigrante europeo, ni el *capital europeo*. Parece que insuperable valla nos separase irremisiblemente de los pueblos de Europa, de sus hábitos, costumbres y métodos comerciales é industriales. Así es que hemos venido á formar á la cabeza del continente suramericano una especie de *Isla etnológica*,

condenada por causas naturales á la formación de un todo autóctono en medio del vertiginoso movimiento universal. Vemos, en efecto, que mientras en el Brasil y la Argentina el colono europeo se establece por centenares de miles al año, entre nosotros sólo aparece de tarde en tarde el agente viajero, asustado por la alta majestad de nuestras montañas, y dudando si volverá á sus patrios lares, ileso de entre los rudos montañeses que cree á primera vista prontos á devorarle, y en quienes reconoce á poco los más amigables, y caritativos, y humanos de los mortales.

Tiende, pues, este bosquejo, á delinear el modo de establecimiento, multiplicación y desarrollo de la unidad humana en estas cordilleras ecuatoriales; y á señalar á sus habitantes los grandes destinos que les están reservados; y si llamamos bosquejo este trabajo, ello se explica por lo complejo de la obra, que ofrece amplísimo campo á otras capacidades, yá que pueblo alguno ha de conformarse con un solo profeta.

II

EL TERRITORIO

Debemos empezar por delinear el territorio donde se realiza el fenómeno etnológico de que tratamos: la tierra es el teatro donde el hombre ejercita sus facultades, y debe tenérsele en cuenta en primer lugar.

La Providencia, acertada y previsiva en todo, sabía desde el principio que al hacer una explanada uniforme desde el Atlántico hasta el Pacífico, en los trópicos, crearía una región casi inhabitable, y que necesitándose para el futuro desarrollo de la especie humana un territorio en las regiones tropicales, adecuado para la producción y conservación de los frutos variados y las especies botánicas que no resisten los hielos de las otras zonas, era preciso levantar la majestuosa cordillera de los Andes entre ambos mares; y si con ella acumuló las dificultades de trasporte, creó también la más rica naturaleza y la mayor variedad de climas que existan en el planeta. El alto relieve de los Andes vino á quedar en medio de las dos grandes corrientes de aire que alientan el comercio en los dos mares; y esta comarca que, debido á su situación, recibe de manera alternada el soplo fecundante que aquellas le envían, posee, como beneficio excepcional, la más rara división de estaciones, en virtud de la cual goza por sucesión variada, de lluvias fecundantes y sequedad conservadora cuatro veces en el año; de aquí el no interrumpido curso de las cosechas y la conservación de las especies vegetales que necesitan riego natural frecuente y un aire húmedo y fresco. Al mismo tiempo, la altura de estas mon-

tañas, tan elevadas sobre los pantanos maláricos que las rodean, ha permitido que el hombre pueda conservarse y multiplicarse de un modo notable á pesar de dificultades sin cuento. Se debe al clima especialmente benigno de estas cordilleras el que débiles fragmentos humanos, desprendidos al acaso de las faldas de los Pirineos, hayan venido á traer á los Andes y desarrollado en sus senos fecundos, los principios de vida autóctona, conservados allá por la más antiguas de las razas europeas: la vasca.

Inútil sería extenderme en pintar los grandes valles en que los Andes están divididos en Colombia, no necesitando para mi propósito sino el bosquejo general del territorio, en cuanto á su carácter montañoso: la geografía propia es materia de otro estudio: al nuéstro atañe principalmente lo que hace relación al clima y etnología: pero sí creo necesario al fin general, introducir algunas observaciones geológicas.

Los grandes valles que hienden los Andes Colombianos, van de Sur á Norte, y por ellos desagua el territorio principalmente al Atlántico; los ríos que se dirigen al Pacífico recorren estrecha zona y no son de importancia como vías navegables. En la formación de estos grandes valles, ó mejor de las cordilleras que los encierran, ha representado un gran papel la acción seísmica y su secuela, la volcánica, principalmente en la Cordillera Central. En efecto, tanto el valle del Cauca como el del Magdalena, han sido fecundados por los productos de enormes erupciones volcánicas, que, arrastrados por inmensas masas de hierro en fusión, han llevado las lavas enriquecedoras á las explanadas inmediatas, convirtiéndolas en ricos aluviones. Hasta donde hemos podido investigarlo, ha habido siete períodos de erupción, que están perfectamente demarcados en las faldas del Ruiz por capas sucesivas de lava y de humus, metódicamente superpuestas: las edades proporcionales, los períodos sucesivos de actividad volcánica y de reposo, pueden juzgarse por la espesura de lava y humus, y será curioso cuando algún observador del tipo de Humboldt dedique su atención á esos fenómenos. Por nuestra parte, sólo podemos avanzar que el período de más largo reposo, debió ser el antepenúltimo, por ser el que posee la más espesa capa de humus. Pero, para el fin de este escrito, baste saber que se debe á la lava de los volcanes el carácter excepcionalmente feraz de los territorios que se extienden desde el río La Miel hasta Pasto, por ambos lados de la Cordillera y valles adyacentes, como los del Alto Magdalena y del Cauca. Poco tendremos en cuenta el Atrato, herido por condiciones climatéricas excepcionales, y cuyo desarrollo deberá guardarse para otras épocas.

Es, pues, al carácter volcánico de gran parte de este territorio, á lo que debe atribuírse la feracidad del suelo en estas

montañas; y es ésta la causa eficiente para que se hayan aclimatado en él unidades etnológicas: pequeños grupos humanos, que, adaptándose á ese medio favorable, crean el núcleo nacional, de cuyo desarrollo y compactación va resultando un pueblo nuevo, fecundo y capaz, que llama patria al medio en que vive, y por el cual deberá luchar para la conservación propia.

III

DESARROLLO ETNOLÓGICO GENERAL

Los elementos humanos, etnológicos, de esta singular formación social no podían ser más heterogéneos: grupos discordantes, aislados y débiles, de aborígenes salvajes, americanos primitivos, fueron sojuzgados por grupos, más pequeños aún, de españoles aventureros; enormes distancias al mar hacían casi imposibles el comercio y la industria; el indio, vagabundo cazador, era inhábil para el trabajo manual, y mucho más para el intelectual: dado, por viejas tradiciones, al más estúpido comunismo, con matices de uno á modo de socialismo inepto y tiránico, el desarrollo de su inteligencia debía ser eminentemente perezosa, y eminentemente egoísta su vida, que al que no tiene esperanza de poseer, nada le importa descubrir y crear. El español tenía, pues, que inventar medios eficaces de cambio para poder traer de tan largas distancias aquellas comodidades de la vida que son indispensables al sér medio civilizado; recurrió á la busca del oro, como artículo que soportaba mejor el flete exagerado; y, siendo insuficiente el trabajo del indio, apeló al negro africano: fue así como éste vino á aportar otro elemento á la extraña creación. Aborígenes y negros salvajes, y unos pocos españoles, en medio de esta ruda naturaleza, fueron, pues, los originarios fundadores de esta sociedad, cuya gestación lleva yá cerca de cuatro siglos, y que aun no ha emergido clara y definida de su crisálida andina.

Para formar una nueva entidad social, los elementos no podían ser más heterogéneos, aun llamando *civilizados* á los pocos españoles que abordaron la dura tarea de amasar en un todo, uniforme siquiera en sus tendencias, las partes divergentes de semejante agrupación. El indio americano se hallaba en estado salvaje en esta parte de los Andes; en lo general, sólo había tribus errantes, independientes unas de otras, escasas en número é imbuídas en las más erróneas y groseras supersticiones. Socialmente, su organización comunista anulaba al individuo; indus-

trial y económicamente, estaban aún peor: en la *edad de la piedra*. Ignorado el uso del hierro y el acero; el arte del hilado y del tejido en la infancia; como único instrumento el huso primitivo; sin animales domésticos que les crearan reservas alimenticias ni comodidades de trasporte, semejantes naciones no podían tener cohesión, ni fuerza, ni vitalidad social: así se dejaron dominar tras breve lucha, donde la hubo. Sociedades más adelantadas, como las de Cundinamarca y Boyacá, donde yá existía un embrión de nacionalidad, carecían del vigor que sólo despierta el uso de la libertad y la posesión del Derecho: siervos del terruño y súbditos de despótas, el cambio de amo era para ellos fenómeno meramente curioso, en el cual nada perdían; de aquí la siempre débil resistencia que opusieran, y la mansedumbre con que se dejaron imponer el yugo castellano. Este, al menos, tuvo un mérito relevante: desde el principio (y de cualquier modo que fuesen violados), se reconocieron algunos derechos á la raza conquistada: ningún indio podía ser legalmente esclavo; se proveyeron reservas territorriales, más que suficientes para su subsistencia; al emplearlos en trabajos, la ley fijó un tipo mínimun para los jornales; estableciόse un sistema de enseñanza bastante general, que abarcaba la instrucción religiosa y laica que era posible en aquellos tiempos, y en la cual el clero católico, al que fue encomendada tan difícil misión, prestó inmensos servicios.

En efecto, dados los componentes que habían de constituír la nueva sociedad,—hordas de salvajes recién reunidas por la espada castellana y negros recién cazados en las selvas de Africa—no era de esperarse que un idioma nuevo, una religión para ellos desconocida y leyes arbitrarias y opuestas á sus antiguos hábitos y costumbres, llegasen á amalgamar tan divergentes elementos: era de esperarse sí, que surgieran entre esas razas antagónicas luchas desesperadas. Débese, en primer lugar, al clero católico, el gran servicio de haber despertado entre esos hombres, los sentimientos de amor, de caridad y fraternidad que hoy unen á sus descendientes y que tienden á fortalecerse cada día. El blanco, que al principio con férrea mano redujo al indio y mantuvo al negro en oscura esclavitud, derramó después el oro á puñados y vertió su sangre generosa por la libertad de los unos y por la emancipación de todos: así hemos visto posteriormente al blanco, al indio y al negro, ir, unidos voluntariamente, á pelear las luchas del Derecho, hijo de aquellas primeras enseñanzas.

(Continuará)

Lucio A. Restrepo.

SOLUCIONES DEL "ROMPE-CABEZAS"

PARA NOCHEBUENA

Sr. Director de *El Montañés*.—Presente.

VOY á darle cuenta de los resultados á que llegaron las personas que se esforzaron en resolver el juguetico del número 4, hasta donde me han sido comunicados.

Haré el examen de las soluciones obtenidas en orden de su importancia.

1ª Dos aficionados que no querían darse por vencidos, no hallando nada parecido á *ley general* para la solución, cogieron lápiz y papel y se dieron á buscar el acomodo de las letras en cada caso particular, con una serie de tanteos, así:

Acomodaban las letras la primera vez como se les ocurría, anotaban el orden en que las habían colocado, y empezaban á sacarlas según las condiciones. Hasta donde iban saliendo las letras según convenido, todo iba bien colocado; pero al llegar una jugada en que salía, v. g. una E en vez de una M, suspendían el tanteo, echaban mano al lápiz y cambiaban en el orden del montón, y en la anotación primitiva, la E por la M. Y empezaban con el nuevo arreglo, hasta dar con otra letra, que no cuadraba.

Procediendo así, al cabo de unos cuantos tanteos acomodaban debidamente las letras del *Mándeme Aguinaldo*.

Con cambio de una ó varias letras de arriba á abajo, sacando de arriba;

Con cambios de letras del montón, hechos de abajo á arriba, y sacando las letras de abajo;

Con cambios alternativos de abajo á arriba y de arriba hacia abajo, y sacada también alternativa abajo y arriba.

Es un *modus operandi* que, para ejecutado por niños menores de trece años, tiene mérito.

Notará, señor Director, que menciono variantes que no figuraron expresamente al proponer el juguete. Es que, en rigor, quien pide cambio de arriba hacia abajo, puede exigir lo inverso; quien pone la condición de sacar la letra de arriba, puede antojársele que se saque de abajo; y cada una de estas cosas

aisladas, puede complicarse con la condición de ir acompañada de la inversa, alternando.

Estas y muchas otras condiciones que fácilmente se ocurren, sólo son variantes del juguete. La que sirvió de tema es de los casos más sencillos, cosa casi precisa para que la dificultad no apareciera exagerada y hubiera el halago de creer el fruto al alcance de la mano.

2ª Solución. Fue sugerida por el periódico—muy visible en el caso particular que sirvió de tema—que separa en el montón unas de otras las letras sucesivas. Cuando v. g. se ha de pasar de arriba hacia abajo una letra después de cada letra separada, la colocación alternada una sí y otra nó, se ocurre naturalmente.

El modo como se procede, para obrar con seguridad, es éste, en la solución á que me refiero:

Se señalan con un lápiz tantos puestos como letras han de colocarse;

Se ve dónde quedará la primera letra, y se coloca allí;

Dejando luégo uno, dos, etc. espacios vacíos, van colocándose las otras letras. Se tendrá muy en cuenta que los puestos marcados para las letras se entienden colocados como en rueda, uno tras otro, en serie continua, de tal modo que después del último vuelve á empezarse por el primero.

Esta solución permite ejecutar fácilmente todos los casos de un solo desalojamiento de letras, de arriba hacia abajo, ó á la inversa; pero requiere no pocos esfuerzos de atención con condiciones de movimientos alternados como éstos:

Cambio alternativo de letras del montón, de arriba á abajo, y de abajo hacia arriba, con ó sin variación para el sitio de que se separa cada letra;

Simple cambio de una ó varias de las letras de arriba por letras de abajo en el montón.

Son varias las personas que, cada una por su lado, han llegado á esta solución: D. Gabriel Montoya, D. Federico Carlos Henao H., D. Ramón M. Salazar [de San Luis] y un anónimo fechado en Laguzameca.

3ª Solución. La que juzgo más elegante y propia del problema.

Consiste en colocar las letras extendidas de modo que se lea con ellas la frase ó palabra que ha de formarse, *y recogerlas con movimientos ejecutados precisamente en orden inverso del en que han de hacerse los que forman las condiciones impuestas.*

Se empieza á recoger por la última, y luégo se le añade la penúltima, y con éstas y las sucesivas se ejecutan, antes de recoger cada nueva letra, movimientos inversos á los que se habrían ejecutado al sacarlas.

La dificultad para dar con esta solución está precisamente en su sencillez: al que ha perdido una cosa no se le ocurre que pueda tenerla en la mano. Fue hallada por D. Pablo Gutiérrez, primero, y posteriormente, por D. Federico Carlos Henao H. Creo que al Sr. Gutiérrez tocan las albricias.

Hay otra solución, de apariencia desleal, pero á prueba de cuantas complicaciones quieran imaginarse. Es como tirar al blanco apuntando con mampuesto.

Se cogen los papeles, y sin trazar en ellos las letras, se numeran 1, 2, 3, etc.

Luégo, poniéndolos en montón en el orden de numeración, se van moviendo y sacando como si ya tuvieran las letras, según las condiciones. Al salir un papelito que debiera llevar, v. g. la letra S, se coge y se le pinta la S. Y así con cada uno. Al terminar, se tienen letras que acomodadas como indican los números, satisfacen á las condiciones exigidas.

J. M. Escovar.

13 de Enero de 1898.

FRANCISCO A. CANO

(Cuadro de R. Acebedo Bernal.—Fotograbado de Rodríguez y Meza).

RESEÑA MENSUAL

(IMPRESIONES PERSONALÍSIMAS)

Enero 1º

PROLOGUS otra vez, con el disfraz del papel que en la farsa le toca y careta en mano, está delante del telón y no sabe qué decir. Por soltarles estoy la verdad á todas esas caras más ó menos boquiabiertas que miro por delante, y decirles.....que nada tengo qué decirles; que me empujaron desde adentro, y vengo con mensaje que no sé á quién deba dar, ni á ciencia cierta en qué consista. Y es bien simple, sin embargo: vengo, según me dicen, "á desear al público feliz Año Nuevo". Pero hay de malo que yo no creo mucho ni en el público ni en el Año Nuevo. El público! Fígaro, famoso buscón, no dio con él. Después y antes de Fígaro ¿cuántos no han buscado al público,—corriendo muchos de ellos no chico riesgo si llegan á encontrarlo—y quién sabe hoy qué ó quién es el público? Ese público que todo ha de juzgarlo, y que de nada entiende; que habla todas las lenguas, y no sabe la propia; á quien todos invocan, y que á nadie atiende, porque les atiende á todos; á quien tántos creen dirigir, y es el que dirige á cada uno; que es la materia prima para tiranizar, y el tirano supremo; censor y repertorio de todo vicio; que se escapa de quien quiere verlo, ensanchándose en ondas concéntricas: inmenso y portentoso círculo humano que tiene su centro en cada uno de sus puntos, ya que para cada cual de nosotros el público son todos los demás, y él es público para todos ellos, formando así círculo vicioso—¡oh! tan vicioso!—de cada uno contra todos y todos contra cada uno. ¿Dónde se encuentra y cómo se le habla á esa Asamblea Universal de las almas? De ellas ¿cuántas saben leer? Y de las que saben ¿cuántas leen? Y de éstas ¿cuántas entienden? ¿Y por qué he de estar yo deseando felicidad ninguna á tánto pillo disfrazado,—y sin disfrazar—á tánto egoísta, á tánto embustero como forman la mayoría de esa respetable y poderosa asamblea? ¿Por qué? A bien que yo no conozco á ese público grande, ni él me conoce; y, más que anhelar, temo el conocimiento; y como no he de presumir yo más que los mismos ángeles, que por no habérselas con él, dirigían sólo sus cumplimientos "á los hombres de buena voluntad", déjenme que al público ése nada le desee, bueno ni malo,—que hasta generosidad es ya de mi parte—y haga mi publiquito chiquito; y á mis lectores—pero nó, ni aun á todos ellos,—á los de buena voluntad tan sólo, les desee un feliz Año Nuevo!

Aunque, mirándolo bien, yo para mí tengo que no hay tal Año Nuevo. Pues si lo hay ¿en qué se conoce? ¿Qué hubo entre ayer y hoy que no separe también á cualquier otro día del que lo sigue? ¿Qué fenómeno solar, lunar, estelar, meteorológico siquiera, señala la portentosa transición que tánto nos preocupa á los humanos? Ha de entrar el sol el primero de Enero en una nueva constelación? la luna en una de sus fases? principia una estación? llueve ó deja de llover? Y en nosotros, pasa algo? ¿Barbamos al menos; se nos cambia siquiera la voz? ¡Que empieza un año! Pero si cada día empieza un año.

Nada: todo consiste en que al escribir la fecha se ha de cambiar una cifra,—lo que pasa todos los días—y que eso nos hace equivocar durante una semana. Eso es todo; y sin embargo, qué grave, casi aterradora, solemnidad trae consigo el día! Cómo se espera su llegada con recogimiento misterioso! Qué importancia de renacimiento á vida nueva y mejor no se le da! Qué maravillosas trasformaciones no se esperan de él! Es ahora cuando se hace la gran provisión del material que de Dante acá usan en los infiernos para pavimentos: las buenas intenciones. Si hasta los más despreocupados, hoy se sienten más viejos; como si los años fueran, y no los días, los que nos envejecen. ¡Ah! que ojalá fuesen aquéllos; pues qué cosa más sencilla entonces que hacer años de tres mil días,—¿no los hacen de trescientos sesenta y seis?—y así nada importara morir antes de los treinta, "funesta edad de amargos desengaños."

¿Qué querrá decir de veras esa desproporcionada importancia que se le da á un día sobre todos los otros, de los que realmente en nada se diferencia? Es eso, creo, un mero caso más de una dolencia muy general. El hombre, el animal pensante y razonador, el que escudriña y analiza, el *animal psicólogo*, hase devanado los sesos dictando preceptos, promulgando leyes, inventando misterios, con poco más fundamento que este de Año Nuevo, para después pasmarse y aterrarse de la sabiduría, la profundidad, la fuerza, la imponderable trascendencia de ellos, y postrarse en extática adoración ante la solemne vaciedad de sus propias creaciones, como

> "....el salvaje que con torpe mano
> Hace de un tronco á su capricho un diós,
> Y luégo ante su obra se arrodilla".

De allí nacen la importancia mística trascendental del día de Año Nuevo, que ya entre los antiguos era aciago; las tradiciones maravillosas y terribles de la noche de San Silvestre entre los pueblos del Norte; los tremendos cinco días de ayuno riguroso y en que no se encendía lumbre con que acababa el año entre los mejicanos; de allí la aureola de misterio y solemnidad que rodea á este día en todas partes.

Pero así como suelen las espadas toledanas convertirse en asadores; como llegaron á guardacantones en las esquinas de Cartagena los gloriosos cañones de la muralla, así el misterioso, solemne y aparatoso día de Año Nuevo se va convirtiendo ¿saben en qué? en un pretexto. Un pretexto para dar gracias á Dios los que de El no se acordaron en el pasado; pretexto para mandar galantes felicitaciones, como la que los Jefes y Oficiales del Batallón *Popa* enviaron á *El Montañés*, y mucho se les agradece; no pocos lo toman como pretexto para volver á hacer los versos del otro año; y su venida es pretexto muy general para aguardarlo, como lo aguardaron los miembros del Club Unión, al rededor de espléndida cena y con la copa en la mano; ó con algo mejor, —otra mano amiga ó adorada—como lo aguardaron los felices convidados que en la Quinta de "Las Violetas", en *El Poblado*, se congregaron ex profeso; que fue, por cierto, la manera idéntica que, por su lado, emplearon los alegres veraneantes de Robledo, *et ceteris paribus;* entre los *yankees* es un pretexto para hacer inúmeras, breves visitas, que, á trago por visita, producen.....lo que se colige; ha sido pretexto para que la Empresa de *El Montañés* desee á sus amigos y se desee á sí misma, un año próspero; y para mí....pretexto para borrajear tres páginas, que no es poco.

***

Enero 31

Está en Medellín otra vez el ya conocido pintor antioqueño, D. Francisco A. Cano. Viene de Bogotá. Fuera de los magníficos retratos de que se habló en el número 1º de esta Revista, trae un buen número de cuadros y estudios hermosísimos, en los que fue mi intención ocuparme. Falta de espacio, y falta de otra cosa que ya se imagina, no me dejan hacerlo. Al saludar al artista amigo, *El Montañés* ha querido obsequiar á sus suscritores con la reproducción de uno de los más bellos recuerdos que Cano trae de la capital, su retrato, pintura y obsequio del artista Acevedo Bernal, el pintor de *El Triunfo de la Virgen del Carmen*. El grabado apenas puede dar pálida idea de la pintura, que es admirable. Como retrato es sorprendente: de dibujo exacto y de una vitalidad tal en la cara, que parece moverse; el relieve de la cabeza sobre todo es pasmoso. El colorido es riguroso, y por ese vigor revela en Acevedo al discípulo de Gutiérrez. El anhelo de reproducir la vida, que parece ser objetivo principalísimo en Acevedo, le hizo dar á este retrato una actitud no muy natural, de moviento interrumpido. Quizá no haya nada más qué reprocharle. Los suscritores agradecerán la reproducción del retrato que, al par que les muestra la personalidad física del pintor antioqueño, les hace entrever la otra, la más interesante, la personalidad artística del bogotano.

***

Veamos qué hay por el lado del correo. ¿Recuerdan un parrafillo que en el número anterior me atreví á encaminar á ciertos Administradores de Correos muy dados á la lectura de periódicos ajenos? Pues el efecto ha sido inmediato y sorprendente: se han duplicado los.....robos [si fuere subversivo que no valga]. Entre los canjes que los tales han dejado llegar, veo nuevos *El Heraldo*, glorioso resucitado que ya se dará trazas de hacerse matar gloriosamente otra vez, y *La Revista Blanca*, de Bucaramanga, publicación mensual de índole semejante á la de *El Montañés*, por lo que es doblemente grato saludarla.

De muchos periódicos del país no se reciben canjes, y ellos se esconderán, tal vez, detrás de los asendereados correístas. Los que sí no sé detrás de quién se han de esconder son los periódicos de esta ciudad que, con excepciones, por supuesto, resultan tan incumplidos como pueden en esta materia canjéstica.

Libros han llegado los siguientes: *Impresiones y Recuerdos*, de D. Lùciano Rivera y Garrido; *Biografía del General Francisco Giraldo*, por D. Januario Henao; *Biografías*, por D. Vicente Restrepo; la primera entrega de *Páginas Locas*, de Abel Farina; *Cauca*, poema de D. Isaías Gamboa; *Anales de la Universidad de Antioquia*, *Exposición sobre la Lepra*, por D. Aníbal Villa Navarro y *Ensayo sobre la Evolución de la Propiedad en Colombia*, por el Dr. Diego Mendoza. Por todos doy las gracias á los autores; y de algunos habré de hablar con más espacio, sino hoy, pronto.

***

Mientras tanto, dado que nada me sé callar, he de hablar de un poema de Guillermo Valencia y del libro de D. Juan del Martillo.

Cigüeñas Blancas es el título del poema decadente y primoroso además de Valencia. Esa composición pone de una vez á su autor en primera fila entre los poetas *modernistas* de Colombia. Quizá sea él el más genuino representante por acá de la *"poesía nueva"*; es decir, de la que hasta hoy se está llamando nueva, pues, ó me engaño mucho, ó una reacción empieza yá del *decadentismo* hacia el subjetivismo romántico, de Paul Verlaine hacia Alfred de Musset....Pero hablar de escuelas cuando debiera estarse hablando de poesía, es tiempo mucho peor que perdido.

Y *Cigüeñas Blancas* está todo lleno de poesía de la buena, de la que no se define y se siente. Como llena un vaso esmeradamente cincelado, penetrante esencia sutil y lo envuelve en invisible, embriagador ambiente, así el poema, cariñosamente tra-

bajado, está infundido todo por la nota poética por excelencia, la nota sugestiva. Esa que con frases casi sin sentido, ó á veces, peor aún, con sentido muy obvio y banal, hace brotar del verso, por inexplicada arte mágica, hondas ideas delicadas, poéticas imágenes de indefinibles, vagos contornos; y pone á vibrar á unísono el alma del lector y la del poeta. Bécquer fue maestro en eso; y la sugestión de Valencia, si de género distinto, no es menos pungente ni menos delicada.

Verdad es que el poema deja ver demasiado tal vez la conciencia escrupulosa y no razonadora con que Valencia se ha afiliado en la escuela *decadente*, lo que nace sin duda de la vehemencia de su temperamento nervioso que nada quiere á medias, y eso hace que no se escape por completo de los defectos de esa escuela: la sabia ininteligibilidad; la estudiada incoherencia; el simbolismo estrambótico ó pueril; el alambicamiento del vocablo. Pero tiene también todas las cualidades: el número original y armonioso; la rima llena de riqueza; la delicadísima precisión del colorido; la novedad y brillantez de figuras y expresiones. Y, por encima de todo, *poesía*, esa luz que ilumina por dentro el espíritu, y nace de la íntima comunión de un alma de hombre con el alma universal de los seres y las cosas; esa belleza sobrehumana y desesperadora, cuyas sonrisas distantes persiguen tántos y cuyos besos arrancan lágrimas.....

(El párrafo sobre *Brochazos* de D. Juan del Martillo resultó un poco más largo de lo preciso, y hubo de quedarse para el número próximo.)

***

La política. Esta sí que anda de veras decadente y curiosa. Acabadas las elecciones empezó aquello. El Directorio Liberal ha ordenado á los electores que le perdonó el Herodes fin de siglo que mata á los niños en el vientre materno, en la urna, que concurran á votar en las Asambleas Electorales del 2 de Febrero, sin que haya sido parte á arredrarle en tal determinación, ni lo inútil del esfuerzo, ni la división, que con motivo del programa del Sr. Samper, ha empezado á manifestarse entre los suyos y que puede acentuarse más para entonces.

Por su parte, el Excelentísimo señor Vicepresidente encargado, ex-candidato, da un telegráfico manifiesto sibilino en que cuenta cómo malignamente se asegura que él pretende hacerse reelegir con el voto de los Electores nacionalistas; que es cierto que él no está incapacitado para ser elegido Vicepresidente; que sería altamente desmoralizador y funesto para el partido ir á cambiar candidato á estas alturas, sin la renuncia previa de aquéllos por quienes implícitamente votaron los sufragantes.... Esto habrá puesto á los candidatos y electores nacionalistas á cavilar y á dudar, digo, si de ello son susceptibles.

Pero sin duda donde han ocurrido cosas más curiosas ha sido entre los conservadores. Se votó; el partido alcanzó mayoría—así dijeron al menos;—vino luégo la herodiana espada y anuló, anuló elecciones hasta donde fue preciso. Mientras tanto, el Directorio Conservador, considerando que la conducta del Gral. Reyes era ya más falsa que ambigua, determinó cambiar de candidatura, y lanzó la de Quintero Calderón y Vélez. El Gral. Reyes no renunció la suya. El país se conmovió con aquel golpe teatral con mucho de curioso y algo de ridículo. El Gral. Vélez, en cuyo favor parecía haberse hecho el cambio, rechazó la candidatura y encabezó la resistencia á la resolución del Directorio,—esto era natural aunque parezca raro—y el pobre Directorio viose metido en un brete. Pero de él salió. ¿Cómo? No es cosa sencilla. Con un telegrama en que dice que, para evitar la reelección y el triunfo consiguiente del Nacionalismo, se debe votar por los candidatos nacionalistas, contra los cuales se ha sostenido la larga lucha! ¿Y qué ha hecho el Gral. Reyes, el más traído y llevado candidato? Pues él sí, como Costillares, el famoso posta, "se plantó...y entregó los papeles". Ha dado una circular á sus amigos en que, á vueltas de atacar violentamente al Gobierno y repetir todos los cargos que se le vienen haciendo há tiempo, acaba aconsejándoles que voten....por los candidatos del Gobierno, los que han sido motivo de las fechurías de éste en las elecciones! Como se ve, la comedia, á fuer de mala, se alarga y se complica.

¿Y qué seguirá ahora? ¿Votarán por Samper todos los electores liberales? ¿Por quién votarán los electores conservadores? ¿Será cierto, según dicen, que el nacionalismo, como pájaro á quien chico curioso le tocó el nido, ha tomado aborrecimiento á los *pichones* y buscará nuevos candidatos? ¿O antes eso excitará en él el maternal amor para que los envuelva y defienda contra las asechanzas de afuera?

Yo no sé; lo que sí sé, ó me figuro, es que ha de haber por ahí más de un candidato, y más de un partido también, pensando que, después de todo, y á pesar de tanto Talleyrand de agua dulce como anda suelto por la tierra, la línea recta sí sea tal vez el camino más corto.....

***

Voy á terminar, y es preciso que entregue mi presente de Año Nuevo á los lectores. Y no es cualquier cosa. Es una noticia escogida entre muchísimas de mil clases distintas que dejaré sin dar. Es algo de chuparse los dedos: Carlos A. Molina ha traído de Manizales el manuscrito de la novela de Samuel Velásquez, de la que ya conocen una muestra los que han leído *El Montañés;* y está ya iniciando la edición ¿Qué tal? ¿Les gusta el regalito? Pues, den las gracias; y hasta luégo.

PRÓLOGUS.

235

REPÚBLICA DE COLOMBIA.—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA.

EL MONTAÑÉS

Revista de Literatura, Artes y Ciencias.

DIRECTOR

Gabriel Latorre.

AÑO I. | Medellín, Febrero de 1898. | Número 6.

DON CARLOS SEGISMUNDO DE GREIFF

ENTRE los extranjeros que en el primer tercio del presente siglo vinieron al territorio de lo que hoy constituye la República de Colombia, y se establecieron en él, pocos hay tan dignos de honorífica mención, por la honorabilidad de su conducta, así como por sus talentos, saber y servicios, como el señor CARLOS SEGISMUNDO DE GREIFF. Su nombre y el del ilustrado caballero inglés Sr. Tyrell

Moore, figurarán siempre con honra en la historia del progreso material de Antioquia, y, con letras de oro, en los anales de la minería en este Departamento.

Si los autores de combinaciones políticas, los presuntos héroes de hazañas militares, y aun los que usurpan el nombre de estadistas, cuentan de ordinario con biógrafos interesados ó gratuitos, más ó menos entusiastas y no poco embusteros, es necesario que los patriarcas de la propagación de útiles conocimientos, los bienhechores del progreso industrial, no queden ignorados.

Ya que pluma mejor tajada, y, sobre todo, más autorizada que la nuéstra, no ha consagrado algunas páginas á la memoria de Don CARLOS SEGISMUNDO DE GREIFF, procuremos subsanar, siquiera en parte, esa falta ó inadvertencia de nuestros escritores. Por fortuna, nos servirá admirablemente para nuestro intento la autobiografía del personaje, concerniente á la primera época de su vida, hasta su venida á la entonces Provincia de Antioquia, en 1826.

Un hombre del mérito intelectual y moral de D. CARLOS, debió aparecer en la sociedad de aquel tiempo, en medio de las montañas de Antioquia, cuando llegó pobre y desconocido, como precioso diamante arrojado en vasto arenal. Para los pocos que alcanzaron á conocer al modesto extranjero y á valorarle según sus aptitudes y nobles cualidades, debió presentarse como dón inestimable que la Divina Providencia enviaba para que cooperase con eficacia en la labor del progreso científico é industrial de nuestra querida Antioquia.

LA FAMILIA DE GREIFF.

En el "árbol genealógico de la familia *von Greiff*, de Suecia", copiado por D. CARLOS y autorizado con su firma, el 15 de Abril de 1861, se encuentra la nota 1ª, que dice: "La familia de Greiff es oriunda de Silesia, en donde durante varios siglos fue distinguida por su entero y grande patriotismo: varios de sus miembros sirvieron en las guerras de Gustavo Adolfo el Grande, Carlos Gustavo y Carlos XII. Ernesto Bogislao von Greiff vino de Pomerania á Suecia, y su hijo Nicolás Juan von Greiff, Barón del Imperio, fue introducido en la orden de los nobles (riddarhuset) el año de 1719. La familia conserva acta bajo el número 1,547, con representación en la Dieta Nacional. El oficio de las armas ha sido el preferido de todos los miembros de esta familia; pero la mayor parte, aunque jóvenes, ha dejado el servicio (militar), dedicándose á la agricultura, tan pronto como han terminado las guerras."

2ª Juan Luis Bogislaus von Greiff (padre de nuestro D. CARLOS) "fue militar como los demás, é hizo las guerras de 1788

á 1790, contra Rusia; 1808, contra la misma; 1814, contra Noruega, á cuya ocupación contribuyó poderosamente, auxiliando con su valor y pericia á su jefe y amigo íntimo el Mariscal Conde von Essen. Lo que le dará derecho á la gratitud eterna de su patria, es la noble parte que tomó en la revolución de 1809, cuando capturó al rey Gustavo Adolfo, sin auxilio de persona alguna y en medio de miles de personas de opiniones dudosas. Fue herido por el Rey, quien después, en sus Memorias, concede á Greiff el honor de haber salvado al Rey su vida, al país de la anarquía y de la guerra civil. Juan Luis Bogislaus von Greiff, tenía fama europea como cazador; ha publicado varias obras sobre montería. Como agricultor, maquinista y en el cultivo de bosques fue muy apreciado."

Del árbol genealógico aparece el siguiente orden de sucesión:

"*a)* Ernesto Bogislaus von Greiff, Camarero Ducal en Pomerania, Coronel de Regimiento, padre de

b) Nicolás Juan von Greiff, Coronel de la Guardia Noble, padre de

c) Gustavo Juan von Greiff, Mayor de Upl. Casó con la Baronesa Catalina Eleonora Tagenshold. Estos fueron padres de

d) Gustavo Juan von Greiff, Capitán Caballero de la Espada, nacido en 1718, muerto en 1787. Del matrimonio de éste con Catalina Lovisa von Poll, nacieron:

e) 1º Carlos Gustavo, Coronel de Coraceros de la Guardia, Caballero de la Espada, soltero;

2º Juan Luis Bogislaus von Greiff, nació el 30 de Enero de 1757 y murió el 24 de Diciembre de 1828. Fue Capitán de Húsares de la Guardia, después Coronel, luégo Montero Mayor, Caballero de la Espada. Casó el 26 de Junio de 1787 con María Margarita Pomp, que nació el 25 de Marzo de 1766 y murió en Junio de 1806. Esta señora era hija de Zacarías Pomp, propietario de minas (nacido en 1725 y muerto en 1791); y de su esposa Ana María Ternsten (nacida en 1728 y muerta en 1767).

Estos (Juan Luis Bogislaus von Greiff y María Margarita Pomp) fueron los padres de

f) Carlos Segismundo Tromholt von Greiff, que nació en la hacienda de Abylund, perteneciente á su padre (en la Provincia de Westmanland, Reino de Suecia), el 1º de Enero de 1793. Hizo sus estudios, primero en la casa paterna, después en la Universidad de Upsala y en el Colegio Militar de Carlbug. Entró en 1809 como Alférez en la Guardia; en 1811, como Teniente en el Regimiento de línea número 25, y en seguida, como Capitán del Estado Mayor General. Hizo las campañas de 1812, 13, 14 y 15 en Alemania, Bélgica, Francia, Dinamarca y No-

ruega. (1) Restablecida la paz, cumplió con sus obligaciones del servicio, y, además, como profesor, daba lecciones de táctica y estrategia, y practicó la revista militar. (Hemathene, tomo I. IV). Escribió en varios periódicos y obras elementales, sobre el arte de la guerra. Trabajos geodésicos oficiales y privados formaron el complemento de sus ocupaciones, hasta el 6 de Setiembre de 1825, en que aceptó, por dos años, una colocación como ingeniero en las proyectadas empresas de B. A. Goldsmith & Cía. en Colombia. Los negocios de la referida Sociedad y el desgraciado resultado del empréstito dado á las Repúblicas hispano-americanas, causaron la ruina de ella y la permanencia de Greiff en la Nueva Granada. Pidió y obtuvo sus licencias absolutas el año de 1842. Es miembro de la Sociedad Geográfica y de otras."

MATRIMONIO DE DON CARLOS.

El 7 de Agosto de 1825, contrajo matrimonio D. CARLOS S. DE GREIFF con la señorita "Luisa Petronila Taxe, que nació el 28 de Junio de 1797 y murió en Medellín el 22 de Marzo de 1860. Era la señorita Taxe, hija de Guillermo Taxe, Obispo de Lund, Canciller de la Universidad, Comendador de la Estrella Polar y Caballero de la Orden de Carlos XIII; tan recomendable por su saber, como por su distinguida conducta como Ministro del Señor; hombre político y administrativo, fue miembro de muchas sociedades científicas. Patrono decidido y filantrópico de la instrucción pública y de las instituciones benéficas, su nombre será siempre recordado en su país y en muchas otras naciones europeas. Tenía, entre otras cualidades, el más decidido afecto y empeño por la conservación de las antigüedades históricas, y la arqueología le debe distinguidos servicios.

Autor de varias obras y principalmente de biografías importantes, había enriquecido la historia de su país y salvado del olvido la memoria de beneméritos, pero modestos ciudadanos, que con toda razón reclaman la gratitud de su patria. Wilhelm Taxe y Johan L. Bogislaus von Greiff, el primero conservador y el segundo liberal, eran ambos siempre Diputados á la Dieta, ambos reformadores, unidos por la idea y el patriotismo, divididos únicamente respecto á los medios y á la marcha más ó menos mesurada de la reforma; se amaron como hermanos y se respetaron como ciudadanos patriotas." (2)

(1) Estuvo en Leipzig, Wagrán y en las demás batallas principales libradas en las guerras napoleónicas.

(2) Nota puesta por D. Carlos en el árbol genealógico de su familia.

AUTOBIOGRAFÍA DEL SR. DE GREIFF.

En 1835, durante su residencia en Anorí, escribió la autobiografía de la primera época de su vida y la dedicó á su amigo íntimo D. Julián Vásquez, según lo afirma el Sr. Oscar de Greiff, en unos apuntamientos que escribió en 1871, relativos á su padre.

Las memorias de D. Carlos dicen así:

"Nos quoque florecimus sed flos fuit ille caducas.

Ovidio."

"Nací á fines del siglo pasado. Fuí el menor de cinco hermanos. Mi padre pertenecía á una familia distinguida por haber desempeñado honrosos empleos en la Legistura representativa del país y en la carrera de las armas. Se casó con la hija de un rico hacendado, cuya dote reunida á lo que heredó de mi abuelo paterno, elevó su caudal á 250,000 pesos fuertes, de los cuales era poseedor al tiempo de mi nacimiento. Era hombre generoso en grado superlativo; en prueba de lo cual puedo referir que regaló la cuarta parte de sus bienes á un cuñado, compadecido de la aflicción en que lo veía sumido á consecuencia de la pérdida de varios miembros de la familia de éste. Podría citar más ejemplos de desprendimiento, pero me basta decir que su largueza era tál, que al tiempo de su muerte no dejó á sus herederos sino la vigésima parte de su fortuna mencionada.

"Los primeros años los pasé en la casa paterna. Mi constitución física era extraordinariamente débil y enfermiza, y tal que mis primeros siete años los pasé sucesivamente en la cuna y en el lecho. Enfermedades continuas me privaron de todos los placeres propios de mi edad; y mi único entretenimiento eran las especulaciones metafísicas, que desde tan temprana edad preocuparon mi razón y dieron vuelo á mi fantasía ardiente. Parecía que la naturaleza quería compensar mis sufrimientos físicos; pues á la edad en que otros comienzan apenas su instrucción, tenía adquiridos yo los primeros elementos de la mía.

"Un año bastó para que yo recobrara, milagrosamente, las fuerzas correspondientes á mi edad; pues al cumplir ocho años no tenía ya compañero que me aventajase en la lucha y en otros ejercicios de la infancia. Mis juegos tendían siempre á demostraciones de cálculo: en experimentar las muchas ideas que formé durante mi encierro arriesgué varias veces la vida. Cuatro veces estuve á punto de ahogarme; en la última de las cuales me vió mi padre á tiempo que yo bajaba, sirviéndome de embarcación un pedazo de hielo, por unos chorros espantosos de

un río bastante caudaloso: acudió á salvarme, lo que verificó con grave peligro de su vida.

"Conservando siempre el gusto por la lectura, á la vez que me entregaba á todas las extravagancias de mi edad, era natural que, más que cualquiera otra clase de libros, fijasen mi atención los que estaban en consonancia con mi carácter exaltado; así es que leía de preferencia á todo los romances, (1) vidas y hazañas de una porción de bandidos ó salteadores que en aquel tiempo, más que en el presente, infestaban varios países de Europa; y que reunidos muchas veces en número de mil y más, bien disciplinados, burlaban las fuerzas de los gobiernos y la vigilancia de la policía. Ellos se presentaban abiertamente al saqueo de ricas poblaciones y al combate contra tropas valientes y numerosas. Ha habido muchos de entre ellos que, por su valor y por ciertas demostraciones de generosidad á su modo, han logrado llamar la atención hasta el punto que algunos los hayan pintado como hombres que, perseguidos por la injusticia de los poderosos, se dedicaron, despechados, á esa criminosa vida, para vengarse de ellos y proteger á los débiles.

"Esas narraciones tan propias para seducir la imaginación débil y ardiente de un niño, eran de mi mayor agrado; y consideraba á sus héroes como víctimas del egoísmo y del orgullo. Me parecía que era abnegación la resolución que habían tomado de abandonar la vida social, y que esta resolución tenía su origen, más bien que en el placer del robo y de la vida vagabunda, en el deseo de una justa venganza y en un amor noble á la independencia. Tan falsas ideas, imbuídas por tales lecturas, se acordaban demasiado con mi irreflexivo é innato amor á la independencia y la justicia: compré de esos libros cuantos pude hallar, los leí á los jóvenes hijos de artesanos empleados de mi padre, que vivían en las cercanías; y á los once años de edad me ví elegido capitán de una pequeña compañía que, con el nombre de *Celadores*, se formó, con el objeto de combatir todo género de opresión.

"Nuestras proezas fueron de poca importancia; pero al fin nos reunímos una vez con el objeto de destruír un pueblo entero, que nos pareció merecer una corrección de nuestra parte. La empresa, mal combinada y peor comenzada, fue descubierta en tiempo oportuno, y todos fuimos severamente castigados por mi padre; con lo cual se disolvió nuestra compañía, quedando yo entregado nuevamente á los estudios necesarios para mi entrada en la Academia Militar, en la cual me dispensaron las clases elementales, y comencé desde el primer día de mi recep-

(1) A este género corruptor pertenece la inmortal tragedia del ilustre Schiller titulada *Los Bandidos*, obra que su mismo autor censuraba, cuando su genio privilegiado se elevó, al madurarse, á regiones de pureza.

ción el curso de táctica y de matemáticas. A poco tiempo me dieron premios y avancé al grado de sargento, del cual me rebajaron algunos días después, por haber tomado parte, y con demasiado calor, en una rebelión emprendida por los alumnos contra el Gobierno, la que no parecía, en manera alguna, obra de muchachos.

"El Director de la Academia Militar tenía establecida una policía inquisitorial en el instituto; cuyos alumnos eran, en gran parte, de las principales familias del país, y en parte también de los respetables y siempre liberales labradores de la Suecia. Quería de este modo, así como el Rey Gustavo Adolfo, penetrar la opinión de nuestros padres y parientes. A unos los interrogaba con caricias, á otros con demasiada aspereza, pero no consiguió su designio.

"Con nuestros profesores liberales, é interesados en nuestra educación, tratábamos diariamente de los bellos rasgos de patriotismo que narra la Historia; y las ideas de libertad dominaban en nuestras cabezas.

"Nos impusimos del descontento que reinaba en el país; y determinámos poner presos al Director y á los oficiales que estaban de acuerdo con él, llevarlos á la Capital al Justicia-Mayor, y comenzar una revolución, que nos parecía necesaria. Al dar principio, con el maltrato y arresto de unos oficiales, fuimos cercados por un destacamento de tropas y desarmados, después de una resistencia regular; y en seguida, puestos en una especie de reclusión, que se terminó con la revolución ocurrida en Suecia en el año de 1809.

"Poco después de haber cumplido catorce años, me presenté á sostener el examen requerido para ser empleado en el Ejército. Los certificados de mis maestros me eran favorables; pero mi poca edad y el testimonio que dieron mis jefes y oficiales, calificándome de tumultuoso é insubordinado, eran para mí obstáculos muy grandes, que sin duda alguna hubieran vencido, si la desastrosa guerra que por cinco años sostuvo la Suecia contra toda la Europa reunida, no hubiera rebajado la oficialidad á la tercera parte de su plana.

"Un general viejo y valiente era el más opuesto, pero merced á una chuscada mía, se ablandó y fue en lo sucesivo mi más constante defensor. (1)

(1) Dijo el General A. que yo era demasiado joven é insubordinado para poder entrar en el Ejército; le pedí permiso para hablar; y, con respecto á lo primero, le referí la anécdota del embajador que no fue recibido en una corte "por ser muy joven", como dijeron los ministros de ella, á quienes él dijo: "Si el Rey mi Señor hubiera sabido que U. U. hacían más caso de una barba que de los méritos, habría mandado un cabrón y no un hombre como yo." A lo segundo, dije que bastaba el ejemplo del mismo General para reformar en pocos días mis defectos. Se rio el viejo y con un "vamos á ver" me admitió al examen y al servicio.

"Mi entrada en el mundo fue precedida de un acontecimiento que no ha dejado de tener mucho influjo, tanto con respecto á mi carácter, como á mis destinos ulteriores: la revolución de Suecia y el destronamiento del Rey Gustavo Adolfo; pero para referirlo es necesario hacer un sucinto de las instituciones de Suecia y del carácter de sus últimos gobernantes.

"Las leyes constitutivas del Reino de Suecia son anteriores al principio de la éra cristiana para aquel país. Ellas dan al pueblo entero, y sin excepción alguna, el derecho de sufragio para elegir los miembros de la Legislatura ó Senado, y el Rey no fue al principio sino el jefe que los mandaba en tiempo de guerra, y que tenía para con el Gobierno Civil, un teniente elegido también por el pueblo. Con el tiempo fueron cesando poco á poco las continuas guerras; y quedó el Rey encargado de la magistratura suprema, y su teniente (Justicia-Mayor), conservado hasta entonces como ejecutor de la ley, quedó funcionando como fiscal del pueblo para vigilar más de cerca el manejo del Rey é impedir los actos de éste que infringieran el pacto social. Las asambleas legislativas tenían sus sesiones fijas, y ante ellas tenían que responder tanto el Rey como el Justicia-Mayor. Muchas veces los informes de éste hicieron deponer al Rey por la sola sospecha de que éste último quería variar las instituciones liberales del país. Otras veces el pueblo toleraba actos ilegítimos de los Reyes, de pequeña significación, cuando éstos habían sabido granjearse su amor, manifestando un carácter franco y benévolo, ó por sus grandes méritos como guerreros, pues la guerra ha sido la *manía* de nuestro país, desde el tiempo en que los antiguos escandinavos ó godos conquistaron toda la parte meridional de la Europa hasta el presente. En todo caso, la libertad se recobraba sin ruido, y á la primera reunión de los representantes del pueblo, como sucedió á la muerte de Carlos XII y de otros varios, sin que por eso hubieran perdido sus descendientes el derecho de herencia al Trono, que tenían por la ley fundamental. Al fin Gustavo III, que á vastos talentos reunía un carácter amable, pero astuto, y que era sobrino del Gran Federico de Prusia, habiéndose dejado persuadir por éste y los demás soberanos de Europa, de que era vergonzoso ser el *único* entre ellos, que no tenía más poder que el que sus mismos súbditos querían concederle, formó un plan para apoderarse del mando absoluto; lo cual ejecutó [1772] con la mayor destreza, dejando al pueblo todas las apariencias de las formas antiguas, pero sujeto á su dirección discrecional. Dieciséis años gobernó de esta manera, permaneciendo sosegados los muchos descontentos, mientras el nuevo sistema fue útil y provechoso al país; pero ya cesaba el disimulo del Rey y se agotaba la paciencia del pueblo, y solamente provocando y emprendiendo

una guerra contra Rusia, logró mantener, por un tiempo, tranquilos los descontentos, dándoles una ocupación del agrado de ellos y que á él le dejaba las manos libres para hacer lo que quisiera.

"Era valiente, y comenzó nuevamente á granjearse el afecto público; pero, cuando después de perdida una acción, quiso, con una felonía poco común, culpar á su valiente ejército, se desesperaron los ánimos y hubo de suspenderse la guerra. (1) Poco después se vio obligado á reunir la representación nacional. Entonces se quitó la máscara, y quiso imponer á los Representantes con sus amenazas; avanzó más: los hizo poner presos, por medio de algunas tropas semi-extranjeras, (2) é hizo que les siguieran causa. A este tiempo se reunieron doce jóvenes, los que arrojaron suertes para decidir de esa manera cuál de ellos debía matar al Rey, lo que en efecto fue ejecutado en la Corte misma, sin que el asesino disimulara su atroz atentado y sin que intentara dar siquiera un paso para escaparse. Fue condenado á muerte como cualquier otro asesino; y el hijo de Gustavo III, á la edad de catorce años, sucedió á su padre. Llamábase Gustavo Adolfo. Era menor de edad, motivo por el cual uno de sus tíos fue nombrado tutor; y todo volvió á su antiguo orden y tranquilidad anteriores. Marchó bien el Estado durante la minoría. En esa época reconoció la Suecia, antes que ninguna otra nación de Europa, la República Francesa.

"Llegó el tiempo en que el Rey se encargara personalmente del Gobierno; y entonces comenzaron de nuevo los disturbios. Llegada la primera reunión del Congreso, no pudiendo el Rey hacer aceptar las reformas que propuso, ni tampoco hacer declarar la guerra á la Francia, determinó aguardar del tiempo una ocasión favorable, la cual se le presentó, cuando, vencidas la Rusia, la Prusia y el Austria por Napoleón [1804], tuvieron lugar varios insultos contra la Suecia. Esta declaró la guerra contra Rusia, Prusia, Austria, Francia, Dinamarca y toda la Alemania, naciones que reunían entre todas más de 140 millones de habitantes, mientras que Suecia sólo contaba para su defensa con una población de 4 á 5 millones y una excelente posición

(1) El hecho siguiente prueba la perversidad de Gustavo III: Mandando su hermano Carlos una escuadra, embistió á un número mayor de rusos, confiado en nuestra superioridad moral; pero, por más señales y órdenes que dio, su almirante no avanzó con sus buques cuando estaba Carlos en lo más ardiente de la refriega. Sin embargo venció, y debía haber destruído la escuadra enemiga, si todas las fuerzas hubieran participado del combate. Carlos puso preso al Almirante, y cuando lo iba á fusilar, le presentó éste un salvo-conducto del Rey, cuya envidia no podía soportar el triunfo de su hermano.

(2) El Rey tuvo la precaución de alejar todas las tropas nacionales y de rodearse de alemanas, pertenecientes á algunas provincias que poseía la Suecia en aquel país; las cuales tenían más interés por el Soberano que por un pueblo cuyas instituciones liberales les eran desconocidas.

geográfica; lo que, aunque poco, valía más que la pérfida alianza de Inglaterra con sus promesas nunca cumplidas. (1)

"La guerra naturalmente fué desastrosa, y al principio del año de 1809 habían perecido sobre nuestras fronteras de 250 á 300.000 habitantes. Los hielos destruyeron tres cosechas consecutivas, y, en medio de tantas calamidades, el Rey se denegaba á convocar la representación nacional para lo cual instaba el Justicia-Mayor. Se reunieron á este magistrado algunos hombres determinados, entre los cuales se hallaba mi padre; hablaron al Rey exigiéndole el cumplimiento de sus deberes, pero como éste se denegó á todo, lo pusieron preso, y expidió el Justicia-Mayor la correspondiente convocatoria á la representación nacional. Media hora después del arresto del Rey, éste huyó al cuartel de los alemanes, que era la única tropa existente en la capital, y allí fue mi padre y solo sacó al Rey, después de haber recibido una herida, y lo condujo al palacio, á pesar de la oposición de las tropas y del silencio del pueblo reunido que, aunque disgustado con el Rey, no podía verlo sin algún sentimiento en esa situación. La reconocida rectitud y firmeza de mi padre los detuvo, á unos por la confianza en su buen proceder, y á otros, por respeto. El Rey fué escoltado por una columna de milicias á un palacio de campo, y toda la revolución se hizo en dos horas, sin más efusión de sangre que la que vertió mi padre de la herida que le hizo el Rey en persona.

"El tío de Gustavo Adolfo había sido elegido Rey con el nombre de Carlos XIII, cuando yo entré al servicio. Era un hombre de los más liberales que han nacido cerca del trono; tenía un genio verdaderamente de caballero, y se había granjeado desde su juventud el amor de sus compatriotas, tanto por sus virtudes sociales, como por el indómito valor conque combatió á nuestros enemigos natos, los rusos y dinamarqueses.

"Era amigo particular de mi padre y me admitió con mucha benevolencia en sus guardias, con los cuales fuí destinado á custodiar al Rey Gustavo Adolfo hasta el fin del año que fue des-

(1) Inglaterra, cuya política en el mundo ha sido siempre maquiavélica, fomentó y combatió, al mismo tiempo, la revolución francesa. Declaró la guerra á la Francia para defender el gobierno de Luis XVI, al mismo tiempo que sus agentes secretos excitaban al pueblo contra él. Organizó un cuerpo de emigrados franceses para que, como aliados, combatiesen en favor de la legitimidad, y los desembarcó en Quiberón, entregándolos á la cuchilla republicana. Promovió la guerra en todo el continente, participando solamente de los despojos del enemigo y abandonando á sus aliados en toda situación crítica. Tal fue su conducta para con la Suecia, á la cual sacrificó, suministrando recursos á sus enemigos para destruírla, mientras ésta combatía únicamente por el interés comercial de la Inglaterra. La mala fe de un amigo nunca se olvida. ¿Qué diremos, pues, los suecos de la desvergüenza que tuvieron el gobierno inglés y sus agentes en hacer alarde públicamente de su conducta, calificándola como de la más refinada política?

terrado de Suecia, y volví á la guerra por los pocos meses que duró hasta hacerse la paz general en 1810. (1)

"Poco tiempo me quedaba para mi recreo: el servicio de mi cuerpo era muy riguroso y, además de esto, el mismo "viejo General" que no quiso admitirme en el examen del Colegio militar, me agregó al Estado Mayor General, sin dispensarme del servicio de mi cuerpo, y me privó hasta del descanso en la noche, lo que sin embargo no sentí, por ser éste un medio de adquirir más conocimientos y por las relaciones que formaba con las personas más distinguidas del Ejército y de la Corte. Mi genio era sumamente vivo y alegre, y adquirí la benevolencia general de cuantos me trataban; pero como, al mismo tiempo, mi demasiada franqueza no me dejaba pesar mis palabras en materias un poco delicadas, fuí considerado por algunos jefes y superiores como "revolucionario y jacobino", al mismo tiempo que mis compañeros y amigos me daban el sobrenombre de "el sueco".

"El mismo año fue elegido Bernadotte, Príncipe hereditario de la corona; y la insolente preponderancia del gabinete francés comenzaba á trastornar la tranquilidad de que habíamos gozado solamente por unos pocos días. Invadió Napoleón algunas provincias que la Suecia tenía en Alemania, sin declaración de guerra, sin la menor provocación por parte de la Suecia. Hizo desarmar las pequeñas guarniciones y llevarlas prisioneras á Francia, y repartió los dominios del Gobierno entre algunos de sus generales y grandes de su Corte. Después de esto, nos propuso entrar en la coalición contra Rusia, y puso como condición para obtener su amistad, el que se mandara la escuadra sueca con marineros de su tripulación á los puertos de Francia para servir bajo las órdenes de oficiales franceses. El Gobierno no pudo aceptar sus propuestas, tanto por su propio decoro, como por respeto á las leyes del país, y, en Congreso reunido, se declaró la guerra á Napoleón y sus aliados, que á la sazón lo eran todas las naciones de Europa, exceptuando la Inglaterra y Rusia.

"Napoleón hizo todavía una propuesta para separarnos del interés de Rusia, y prometió darnos algunas provincias de dicha

(1) En el Congreso de 1810 se trató de elegir sucesor á Carlos XIII, que ya en una edad avanzada no tenía hijos, y unánimemente fue electo un conde de Esser, Mariscal de Suecia, el cual rehusó aceptar, haciendo ver á sus compatriotas que la elección de un ciudadano sueco no convenía, en consideración á sus relaciones de familia que eran el origen de celos, envidia y disgustos. También los instó á no elegir ningún príncipe cuyas relaciones políticas pudieran tener influencia sobre la suerte de la patria, sino más bien un particular extranjero que, no teniendo relaciones dentro y fuera del país, pudiera enteramente consagrarse al bien del Estado, por obligación y por gratitud. Su consejo fué adoptado, y se eligió unánimemente al príncipe de Pontecorvo (Bernadotte), Mariscal de Francia, á la sazón en desgracia con Napoleón por causa de su genio franco, por republicano y por discordias antiguas, desde el establecimiento del Consulado en Francia.

nación, y el Reino de Noruega, que en aquel tiempo pertenecía al más fiel de los aliados de Napoleón, al rey de Dinamarca, lo que, en lugar de seducirnos, puso más en claro su mala fe.

"El año de 1812, llevó Napoleón á Rusia el más numeroso ejército que se haya visto en Europa desde el tiempo de los godos, hunos y vándalos. Era escogido en todas las poblaciones, desde el Niemen hasta los Pirineos, y capitaneado por hombres cuyos talentos y valor los harán inmortales. Aliados nosotros de la Rusia, abrímos la primera campaña contra Dinamarca, nuestra vecina, pero luégo los rápidos progresos de Napoleón en Rusia [1812], hicieron necesario que nos acercásemos al teatro de la guerra general, y pasámos á Alemania, donde en pocos días reconquistamos á la Pomerania. Napoleón al mismo tiempo sufrió reveses en Rusia. Su bello ejército vencedor fue víctima del clima y de la presunción de su jefe. Napoleón había esperado que, en batiendo los ejércitos rusos, conseguiría una paz pronta y ventajosa, ó que, al menos, tendría buenos cuarteles de invierno en los hermosos países del sur de Rusia, pero todo fue calculado para su destrucción. Los ejércitos rusos fueron batidos, y en su retirada destruyeron cuanto pudiera servir á sus vencedores. Al mismo tiempo huyeron á los desiertos pueblos enteros; y las hordas de cosacos, basqueros, calmucos y demás bárbaros asiáticos, destruyeron todos los convoyes de víveres y municiones pertenecientes al ejército francés. Sin entrar jamás en combate formal, hicieron un daño increíble á sus enemigos, persiguiendo y asesinando á todos los extraviados ó que se apartaban del grueso del ejército.

"El incendio de Moscow, causado por los mismos rusos, abrió los ojos á Napoleón y determinó la retirada. Dejó el ejército al mando del príncipe Eugenio y marchó á Francia. Apenas se separó, todos sus aliados lo traicionaron; y en este tiempo se mostró más grande que nunca, cuando, abandonado por todos, resolvió, como león herido, luchar hasta la muerte.

"El año de 1813 fue abundante en grandes batallas, y diariamente tuvimos combates de bastante consideración. Sirviendo en mi cuerpo, estuve en la mayor parte de ellos y recibí cuatro heridas en cuatro diferentes encuentros. Cumplí bien con mis obligaciones, y, á la edad de dieciocho años, me dieron una compañía de doscientas plazas, hombres que al mando de Alejandro hubieran conquistado el mundo entero. Fuí mencionado en varias órdenes del día y partes al Gobierno. Combatí á la vista del Rey y de los jefes de más alta graduación, quienes, conociendo mi loca adhesión á la carrera de las armas, me agasajaban y animaban mucho; pero nunca me ascendieron, (1) ni

(1) Por lo que toca á los ascensos, no podía ni debía esperar más, pues á la edad de diecinueve años yá era Capitán, lo cual en Europa es gran avance, respecto á tan poca edad.

tampoco me dieron alguno de los premios que abundaban para mis compañeros de armas.

"Siguió la guerra el año 13 en Alemania, el 14 en Francia y el 15 en Noruega. Ninguna fatiga, ninguna indiferencia para conmigo, pudo disminuír mi entusiasmo por la carrera, y no omití ninguna ocasión para estudiar mi profesión en el fondo y practicarla lo mejor posible. Recibí, como antes, algunos elogios de mis superiores, y me lisonjeaba la mención honorable que tal cual vez se hacía de mí al Gobierno. Pero siendo yo demasiado vivo y habiéndome constituído como observador y acusador de toda clase de errores y abusos de parte de mis superiores, y el crítico más intolerante contra todas las faltas cometidas contra ordenanzas, reglamentos y preceptos de la disciplina, se afirmaba más y más la idea de que yo era un revolucionario nato é incorregible. A esto contribuyó, no poco, la conocida rectitud de mi padre, su franco proceder en materias políticas y la atrevida acción de aprisionar al Rey en medio de sus más adictas tropas. (1). La opinión que se formaban de mí se extendió desde mis jefes más inmediatos hasta el alto Gobierno; pero como fuí estricto en mi conducta militar y privada, nada pudieron enrostrarme, y la amistad que me profesaban mis camaradas, subalternos y soldados, hizo que mis jefes me guardaran acato y consideraciones. Volví de la guerra con el grado de Capitán y con la esperanza de obtener pronto otro mayor.

"El año 16 fuí recomendado por mi Jefe de Brigada para el grado de Jefe de Batallón, el cual no obtuve, por presentarse otros competidores de mayores servicios y más edad que yo. Para consolarme, pedí licencia por dos años, y con otro compañero recorrí la mitad de Europa, á pie la mayor parte, hasta quedarme en la Academia de Ingenieros en Metz (Francia), y á fines del año 17 volví á Suecia; fuí promovido al grado de Capitán del Estado Mayor General, y pasaba la mitad del año en los campamentos y en trabajar el mapa general de la Suecia; y la otra parte, en dar lecciones de táctica á los jóvenes alumnos de la Academia Militar.

"Así pasé mi vida sin ninguna interrupción hasta el año de 1821, que publiqué un curso general de las Ciencias Militares y principié otro escrito-periódico, cuyo principal objeto era estimular á los jóvenes militares al estudio, dar noticias y extractos de la literatura contemporánea, y, ante todo, proporcionarles un conocimiento completo y crítico de la historia militar de la patria, la cual había sido desfigurada por varios autores; pero se me escaparon aserciones y apreciaciones un poco fuertes, que hi-

(1) Para describir el carácter de mi padre, se puede aplicar lo que decía Voltaire con respecto á Guillermo el Taciturno: "Hay espíritus soberbios y profundos, de una intrepidez tranquila y tenaz, que se irritan por las dificultades".

rieron hasta al joven Príncipe que había tenido mucha parte en algunas reformas que se hicieron en el Ejército, y que á mí me parecieron inconducentes y perjudiciales. (1) Pasé la mayor parte del tiempo cerca del Príncipe y á su servicio muy inmediato. Me trató siempre con mucha bondad; sin embargo, no dejé de conocer que nada le gustaba mi decidida y nunca disimulada oposición á las novedades que quería introducir. Algunas veces me lo hizo sentir, pero el Jefe del Estado Mayor General, era mi constante defensor, y debo á este venerable General, actualmente Embajador en Londres, el haberme salvado de muchas molestias. Se me confiaron varias comisiones importantes, y me tenían constantemente en un trabajo apurado, lo que me gustaba, lisonjeándome de verme ocupado más que los demás empleados.

"El año 23 quiso el General C. cometer una injusticia escandalosa contra dos oficiales yá viejos, los cuales de soldados rasos habían gastado una vida honrosa para alcanzar el grado de Capitán, el cual merecían por sus largos y distinguidos servicios. En el momento me propuse imponerle de su mal proceder, y, no habiendo podido conseguirlo en secreto, me dirigí contra él en presencia de toda su oficialidad, y tuvo que desistir de su empresa. Poco tiempo después, los estudiantes de una Universidad me pidieron al Gobierno para instruírlos en el manejo de las armas, el cual es obligatorio en Suecia para todo ciudadano al cumplir los veinte años. El citado General hizo saber calumniosamente al Rey, que yo mismo había solicitado de los estudiantes este honor; y yo, al saberlo, le dirigí una carta desafiándolo y acusándolo como el mayor infame. Esta fue la gran crisis de mi vida: mi carta fue dirigida por dicho jefe al Estado Mayor General, y yo acusado por el mayor delito que pueda haber en una asociación militar, el cual merece pena capital. La falsedad de su exposición en la causa de los estudiantes fue mi salvación, y apelando yo al Congreso por medio del Justicia Mayor, tuvieron que plegar y hubo una transacción, solicitada con mucho empeño por parte del Gobierno; pero siempre quedé con la nota de indómito é insubordinado, y desde aquel tiempo se fortificó más mi amor á la independencia de los caprichos y atrevimiento de los grandes. Me hice muy popular

(1) El Príncipe Real tenía bastante talento, ilustración y habilidad, pero como la caballería era su arma favorita, quiso hacerla superior á todas. Al mismo tiempo, propuso cambios de uniforme y nuevos armamentos, superfluos, á mi entender. Escribí, impugnando estas reformas, en un periódico que yo redactaba, probando que la infantería era la fuerza decisiva de un ejército, y que la caballería, dependiendo de sí sola, se estimaba por la celeridad de sus movimientos y para dar un golpe imprevisto y de sorpresa en un caso dado. Agregué que la ligereza de los caballos era la mejor arma de la caballería, y esta expresión y mis reflexiones sobre la invención de vestidos contrarios á nuestro clima, á nuestras costumbres y á nuestra nacionalidad, lo exasperaron muchísimo.

en el Ejército; pero con respecto al Gobierno quedé en el mismo estado, sino peor que antes.

"Parece increíble que un soldado de tan baja graduación como la mía pudiese haber excitado algún recelo; pero así sucedió. El alto empleo de mi padre, su conocida resolución é independencia y el crecido número de sus amigos, lo hicieron importante en un país tan libre como es la Suecia. En cuanto á mí, conocieron muy bien que debía estar resentido por la injusticia cometida conmigo, premiando á otros oficiales de menos méritos, (1) deteniéndome en una esclavitud permanente, sin ninguna recompensa particular; pero fuí completamente indiferente á tales agravios á mi persona. Lo único que he conservado de mi carácter natural es la total indiferencia con que miro lo que me concierne individualmente. Pasé mi vida bien agradablemente durante el desempeño de las comisiones que me confió el Gobierno, y en los intermedios, que empleaba en estar en compañía de la familia de mi actual esposa, hasta el año de 1825, cuando fuí propuesto otra vez para jefe de un excelente batallón de línea. Tenía las mayores esperanzas de conseguir ese puesto y aguardaba ese momento para casarme y establecerme fijamente cerca del domicilio de mi futuro suegro. Los oficiales del cuerpo, mis antiguos compañeros de armas, pidieron mi nombramiento, y todos los jefes, con excepción de uno, estuvieron de acuerdo en que se me nombrase, y esa única excepción bastó para frustrar mi elección, so pretexto, de haber un competidor de iguales condiciones; y dieron el empleo á otro que tenía la misma antigüedad que yo ó quizá algo más, pero cuyos servicios no eran comparables á los míos, ni aun aritméticamente hablando. Desafíos, quejas al Congreso, etc. fueron mis primeras inspiraciones; pero, por desgracia, recibí el mismo día una carta del antiguo jefe del Estado Mayor General, entonces ya Embajador en Inglaterra, en la cual me proponía que viniera á América por dos años como

(1) El año 1813, me mandaron á sostener la retirada de algunas divisiones del ejército en Landoff, con una compañía que mandaba, y yo lo verifiqué contra fuerzas incomparablemente superiores. Fuí herido, perdí más de la mitad de mi tropa en una defensa desesperada de más de cuatro horas, y salvé de esta manera un parque considerable para un ejército de más de 20,000 hombres. Me mencionaron con el mayor elogio en el parte que se dio al Rey. Mis tres oficiales subalternos fueron condecorados y premiados, y no hubo nada para mí, que tenía todo el mérito. En el asalto de Dessau, fuí el primero que entró por un fuerte incendiado y derribando la puerta de la ciudad á hachazos. Me nombraron honoríficamente en el parte, pero nada más. Lo mismo sucedió en los asaltos de Luibec y Juliers, y en las batallas del Grosberón y de Danersitz, donde fuí herido de nuevo, sin dejar de combatir hasta el término de la guerra. Siete meses estuve sin descanso en las avanzadas del Ejército y teniendo, algunas veces, bajo mi mando 500 ó 600 hombres. Después de hecha la paz, me llevó el Jefe del Estado Mayor á la presencia del Rey, y le instó para que me premiara mis servicios, lo que se habría verificado, sino hubiera yo —por parecerme yá muy tarde, y para que ninguno sospechase que yo mismo solicitaba distinciones—declarado que no aceptaba nada de eso, lo que se consideró como una terquedad y los molestó grandemente conmigo.

ingeniero en la sociedad de minas de B. A. Goldsmith y Cía. con $ 3.000 de sueldo anual y gastos de viaje de venida y regreso. Me determiné á aceptar en el momento; y mi esposa, que presentía como yo los muchos lances desagradables á que me exponía quedándome en Suecia, se decidió á venirse conmigo y me ayudó á decidir á mi padre y á mi suegro, que de ninguna manera querían consentir en tal viaje. Mis compañeros de armas hicieron esfuerzos por detenerme; pero como no fue posible hacerme cambiar de resolución, me comprometieron á que no pidiera licencia absoluta, como pensaba. Fuí á la Capital, y pedí al Rey personalmente mi licencia sin condición ninguna; me la concedió por el tiempo que quisiera y dejándome el goce de mis sueldos íntegros, los que se me cubrieron fielmente hasta que solicité mi licencia absoluta, con derecho de volver á entrar al servicio con la misma antigüedad cuando quisiera, lo cual también se me concedió.

"Tuve una entrevista privada con el Príncipe, el cual no dudaba de que mi viaje fuera el fruto de un justo resentimiento; y por lo mismo, pintóme mi empresa como una calaverada y me prometió una pronta reparación de mi fortuna, con la única condición de que fuera un poco más moderado. Titubeé por algunos momentos, pero yá había dicho que me expatriaba. Hice publicar en la Gaceta del Gobierno que pensaba dejar el país dentro de cuatro meses para que si alguno tenía queja contra mí ó impedimento que oponer, lo manifestara en tiempo.

"Había gozado siempre de buenos sueldos, tenía muy pocos gastos y había reunido una librería escogida en las ciencias que tenían alguna combinación con el arte militar. La vendí y con estos y otros recursos costeé mi viaje y compré una porción de efectos para la casa de Goldsmith, los cuales fueron embargados más tarde por el Gobierno de Colombia. Goldsmith me ofreció dinero antes de mi salida, el cual no quise admitir, más por no demostrar ninguna necesidad, que por otra causa. Me hicieron propuestas para compañías de comercio, y no las admití, por no ser ésta profesión conforme con mi genio y porque consideraba mi viaje como un paseo, del cual pensaba regresar á mi país con más experiencia que dinero. A haber aceptado tales ofrecimientos hubiera hecho un caudal, y nunca me hubiera encontrado en las angustiosas circunstancias en que me hallo.

"Empleé el tiempo que permanecí en Suecia, en arreglar mis negocios, hacer una revista á las minas y preparar mi viaje. Un mes antes de embarcarme me casé. Tomé el camino por Dinamarca y Alemania, y en Hamburgo comencé una travesía dilatada y peligrosa para ir á Santomas, de donde vine á Santamarta á principios de mil ochocientos veintiséis. Llegué á Medellín *cuatro días* antes que el aviso de la muerte de Goldsmith y la bancarrota de la casa.

"En Medellín me reuní con mi hermana María, después de una separación de varios años, y vine á conocer á mi cuñado y á otros compatriotas, tan extraños para mí como los mismos colombianos.

"Consideraciones particulares me detuvieron los primeros años, y, visto que fueron vanas mis reclamaciones á la casa de Goldsmith, resolví quedarme en este país; el motivo fue una falsa ambición; y por no confesar que habían tenido razón mis parientes en oponerse á mi viaje, he tenido la consideración de no aceptar los repetidos y generosos ofrecimientos que me han hecho, y he supuesto hallarme en la abundancia y bienestar, para disminuírles el disgusto que sienten con nuestra ausencia.

"Mi genio y todo ha cambiado en tal grado que yo mismo no me conozco, y á esto han contribuído poderosamente los grandes disgustos que sufrí á mi llegada por parte de un pariente mío y el considerarme culpable de haber arrancado inconsideradamente á mi esposa del seno de su familia, de la opulencia y de tántos placeres que antes abundaban para ella. Me he entregado por obligación á ocupaciones enteramente extrañas á mi carácter, pues me creo más apto para las cosas científicas que para el mecanismo trivial de nuestros trabajos; pero, por fortuna, tengo la ventaja de poder consagrarme, resignado, á cualquiera ocupación, luégo que la considero como un deber.

"En mi patria no he dejado pariente ninguno por mi lado, pero sí una multitud de verdaderos amigos y una mediana fortuna para poder pasar la vida cuando deje el servicio militar. Mis hijos gozan de una pensión de $ 250 anuales hasta cumplir veintiún años, por una donación hecha á nuestra familia por los Representantes de la Nación en el Congreso del año de 1810. Mi esposa tiene un gran número de parientes, y mi suegro es bastante rico, aunque profesa una generosidad y desinterés poco común en los hombres de su estado. (Obispo de Lund).

"No dejo de reflexionar muchas veces sobre mi suerte, y después de haber peleado con ella toda mi vida, me creía superior á cualquier cambio, con la sola condición de ser independiente hasta el grado que pudiera obtenerse; me he engañado demasiado. Salí de mi país por resentimientos que no eran bien fundados; dejé una carrera que por mi afición á ella, más pronto ó más tarde, habría colmado mis deseos; me consideraba humillado cuando no lo estaba, y cambié una medianía honrosa por el acaso, rehusando todos los recursos que yo mismo no pudiera proporcionarme. Mi único objeto fue demostrar que no necesitaba de nadie, y la suerte me ha hecho dependiente exclusivo de cuanto me rodea.

"Sin embargo, me siento capaz de sufrir todo lo que ocurra, con la mayor resignación, siempre que no sea en perjuicio de

mi esposa y de mis hijos. He olvidado todas las demás consideraciones, en favor de ellos, y la mayor prueba es que actualmente he aceptado los ofrecimientos que tántas veces me han hecho mis amigos de Suecia, para no tocar lo que no parece mío, y lo cual en todas las circunstancias puede asegurar la subsistencia de mi familia.

"El plan que tengo formado para el porvenir no puede faltar sino por contratiempos los más inesperados. La pequeña negociación de.....me pondrá en estado de liquidar las obligaciones que aquí tengo y de establecer los minerales en el estado en que deban ponerse. Estableciendo al mismo tiempo una comunicación permanente de estos minerales para con mi patria, habrá modo de soportar la expatriación, contando con que el crecido valor de ellos recompense en mis hijos las necesidades que he soportado. La constante comunicación con mi país no los privará ni de la educación que les deseo ni de las ventajosas relaciones que allá tienen, quedando avecindados de una vez en ambos países y todos con la felicidad de abrazar el genéro de vida que más les convenga y de manera que puedan ayudarse los unos á los otros. Sobre mucho menos se han fundado las fortunas de muchas familias, y rara vez el fundador ha logrado gozar el fruto de sus tareas."

(Continuará).

ESTANISLAO GÓMEZ BARRIENTOS.

NICTALOPIA

(A EDUARDO DUQUE)

Ya la noche se acerca. En el Ocaso,
Con vacilante paso,
De arreboles plomizos coronado,
Comienza el sol á descender doliente,
Y en su nimbada frente
Un beso le da el genio del Pasado.

No te detengas, sol; sús! adelante!
Que tu carro radiante
Ruede ligero por la comba oscura;
Deja que cierre de la flor el broche
Y que la negra noche
Me muestre el esplendor de su hermosura.

Héspero! héspero! ven: alza tu vuelo,
Y en el oscuro cielo
Prepara el lecho de mi novia parda;
No importa que el fulgor de tu pupila,
Que con temblor oscila
Tras los encajes de las nubes, arda.

Pensando en lo venturo paso el día,
Y en eterna agonía
Quiero rasgar del infinito el manto;
Lleno de mutaciones, vil Proteo,
En osco abismo oteo
El genio precusor de mi quebranto.

Ya la noche llegó. Salve mi bella!
Así, sin una estrella
Y sin que brille la enfermiza Diana,
Tienes los atractivos de una diosa,
Y en tu negrura hermosa
Hay encantos de virgen africana.

La luz....para las luchas del atleta;
Al soñador poeta
La sombra presta su secreto encanto,
Y en el cendal de noche entristecida
Recoge la perdida
Nota de inspiración para su canto.

Nada importa que el mundo me desprecie
Y que el turbión arrecie
De este perenne y terrenal martirio:
Del múrex blando lo purpúreo brota
Cuando la mar lo azota,
Y del pantano rebotado, el lirio.

Medellín, Enero de 1898.

EMILIO ROBLEDO.

ANTIOQUIA Y CAUCA.—(Continuación.)

ANTIOQUIA

IV

DONDE, propiamente hablando, hubo conquista en Antioquia, fue en aquella parte de la hoya del río Cauca llamada los valles de Ebégico y Arma. Las luchas sangrientas y las divisiones por ambición de mando entre Belalcázar y Robledo, redujeron á relativa insignificancia la conquista de Antioquia. País éste sin ríos navegables, de abruptas, agrestes y elevadas cordilleras cubiertas en su totalidad de densos bosques, el número de aborígenes en semejante terreno, que aun después de cuatro siglos no ha podido desmontar por completo el hacha del robusto campesino, tenía que ser muy limitado, y las pequeñas zonas de pastos naturales en Ebégico y Anzá eran demasiado estrechas para numerosos rebaños; los recursos alimenticios debieron, por consiguiente, ser caros y escasos para los primitivos colonos. El clima, muy lluvioso, no era propio para el cultivo del trigo; y demasiado cálido para la avena. En aquellas regiones apartadas de todo comercio, la vida asumió, pues, desde el principio, un marcado carácter de rudeza y escasez. A estos inconvenientes vinieron á unirse otros aun más graves: las terribles guerras con los indómitos Pijaos llamaron toda la población española á luchar por largos años en los valles del Alto Magdalena y el Alto Cauca, y la Real Audiencia de Santafé hubo de prohibir que se establecieran nuevas fundaciones al occidente del Magdalena y al sur de Mariquita: así se desconoció y negó todo auxilio á la recién fundada Victoria, que cayó en ruinas, de las cuales no ha vuelto sino en los últimos diez años. Estos sucesos contribuyeron á que, tanto en la Corte como en el Gobierno colonial de Santafé, se desatendiese por completo la Provincia de Antioquia por largo tiempo.

Es éste el momento en que debemos preguntarnos:

1º ¿ Hay una raza especial antioqueña?

2º ¿ Cuáles son sus orígenes ?

3º ¿ De dónde procede su diferenciación?

4º ¿ Son sus tendencias armónicas ó antagónicas con el resto de la Nación ?

Procuraremos aclarar estas cuestiones, buscando á los efectos causas naturales y explicables, en la creencia de que los fenómenos de desarrollo humano no pueden ser invenciones artificiales.

1º Para que el antioqueño pudiera ser *una raza distinta* de la que se está formando en Colombia, sería preciso que su tronco etnológico fuese de otra raza transplantada; pero á este país

no vinieron sino españoles, walones de los Países Bajos, y éstos, debido á la guerras religiosas del siglo XVI, en muy pequeño número y de personas de elevada posición en cargos públicos. De los primeros conquistadores hay recuento histórico; y su origen no da lugar á dudas: eran casi en su totalidad españoles: castellanos en gran parte, y el resto aragoneses, asturianos y vascos.

2º El orígen de la *raza antioqueña* es solamente español, desde que se estime á Vizcaya como española; y de aquí el único punto que lleve á duda. Las cavilaciones de algunos observadores que tienden á buscar á los antioqueños un origen judío, pueden repudiarse bajo mil puntos de vista. La mayor parte de los apellidos antioqueños son vascos y asturianos; de modo que el idioma y los nombres contradicen el origen judío. El fervor y pureza de la fe católica existen en Antioquia desde los primeros días; y se sabe de un caso ocurrido en el siglo XVII, en que el matrimonio de una señora con un sujeto á quien se tachaba de ser de origen judío, causó grande escándalo. La única razón que se alega en favor del origen judaico, con viso de verdad, es la economía, orden y espíritu de trabajo, que han caracterizado al pueblo antioqueño. Pero si los judíos no fuesen económicos, habrían aprendido á serlo viniendo á vivir en estas desoladas serranías en el siglo XVI!....Los recursos para vivir eran tan terriblemente escasos, que aún viven personas que usaron *tasajo* traído del Valle del Cauca á espaldas de hombres, y es tradicional el préstamo del hueso colgado al humo en los grandes días para *dar gusto al caldo.* La más rigurosa economía se imponía á los pobres pobladores que, en un clima adverso, tenían que luchar á brazo partido para establecer, después de largos años de lucha, la pequeña dehesa donde aclimatar la primera vaca, y adaptarse con increíbles penas á una agricultura que hoy mismo no pasa de unos pocos artículos. La economía del antioqueño es, pues, el fruto de causas naturales, procedentes de su clima y su suelo. Además, si judíos vinieron á estos países, fueron personajes individuales que han debido seguir, como en todas partes, las corrientes del comercio, pues el judío no se modifica.

Pero se conoce *el antioqueño* como un tipo especial, y varios autores han tratado de pintar su carácter y modo de ser, reconociéndole cierta personalidad de que se deduce el *tipo.* En efecto, el antioqueño existe como tal, y es evidente que al preguntar á cualquiera de ellos de dónde es, contesta sin vacilar: "soy antioqueño": ninguno dice que sea colombiano sino por vía de explicación. Es, pues, el caso de investigar de dónde procede esa *diferenciación* de raza ó tipo.

(Continuará.)

LUCIO A. RESTREPO.

Son las doce. La noche es oscura.
Tan sólo el sereno
Parado en la esquina, temblando de frío
Su larga silueta dibuja á lo lejos.
Su estridente silbo
Interrumpe á veces el letal silencio
De la amada ciudad que disfruta
De tranquilo sueño.
Mas de pronto se sienten rumores
De pasos inciertos
Que confusos se van acercando
Con ruïdo monótono y lento.
De entre las tinieblas
Multitud de sombras se destacan luégo
Y van avanzando
Como misteriosa procesión de espectros.

A la luz del farol, como cirios,
Brillan los aceros,
Y el chocar de las armas resuena
Con fúnebres ecos,
Que interrumpen sollozos ahogados,
Profundos lamentos.
Con cautela, sin ruido, en la sombra
Y acaso con miedo,
De soberbias y ricas moradas
Algunos balcones se van entreabriendo;
Y la altiva dama,
Adorno insolente de un mundo altanero,
La faz encubierta
Asoma en silencio
Para ver desfilar esas sombras
Que entre esbirros avanzan gimiendo.
Son mujeres caídas que expulsa
Hipócrita el mundo feroz de su seno;
Son las flores tempranas que caen
Al soplo del cierzo
Ya marchitas, al fango á podrirse
Donde á nadie contagien, bien lejos.
Son espumas del mar de la vida
Que todos empujan y lanzan al viento
Llevando las manchas de vicios de todos!
Las manda el Gobierno
Sin seguirles juicio, sin previa condena,
A vagar en los llanos inmensos,
A pagar su forzada caída
En horrible y lejano destierro.
Y la altiva dama,
Adorno insolente de un mundo altanero,
Que medio encubierta
Se asoma en silencio,
Entre su conciencia siente que se agitan,
Cual áspides negros,
Contrastes horribles que hielan el alma,
Y acaso imborrables livianos recuerdos.
—Cuántas de ésas, se dice, han nacido
Como ángeles bellos
Llevando en el alma los gérmenes puros
De todo lo grande, lo noble y lo bueno;
Mas viéndose presa de horrible miseria,
Tras largos desvelos,
De las noches sin pan y sin lumbre,
De los días grises, llorosos, de invierno
Viendo el cielo sombrío como el plomo

Y al mundo palpando más duro que el hierro,
Al luchar su pudor con el hambre
Al fin lo vendieron;
Cuántas de esas rodaron al mundo
Por golpe violento,
Como flores que el ábrego arroja
Entre inmunda manada de cerdos;
Cuántas otras sin luz, sin apoyo,
Inocentes, cegadas, cedieron
A la insidia, al clamor, á la infamia
De tántos que el mundo llamó caballeros.
Cuántas, ay! infelices criaturas,
Esclavas del medio,
Como nieve que cae entre el polvo
Tornáronse en cieno.—
Así piensa la dama evocando
Sus profundos y antiguos secretos.
Y en tanto que aquéllas tiritan de frío,
Ella se estremece de horror y de miedo
Mirando en la calle helada y sombría
Esa misteriosa procesión de espectros;
Esas flores ajadas que barren
Como escorias del mundo, bien lejos;
Porque ve en su pasado de goces,
En sus días soberbios,
Muchas manchas de amores perjuros,
De amores sin freno
Que el cinismo, y el oro, y el lujo
Con su manto soberbio han cubierto:
Y entonces se asoma al abismo de su alma,
Tan hondo, tan negro,
Y ve que en su fondo furiosos despiertan
Los áspides negros del remordimiento.

Adolfo León Gómez.

I

JUANA era una chica hacendosa y buena. La conocí perfectamente, dado que á la par de Belica, mi hermana menor, se crio en mi casa compartiendo con nosotros unos mismos halagos y reveses de la suerte.

Un día se me acercó con respeto, y, presentándome una carta asida con los extremos del pulgar y el índice de su mano derecha para no ensuciarla, pues tenía ésta humedecida de gotas cristalinas de agua, me decía, mientras colocaba su izquierda contra la falda, por el dorso:

—Vea, D. Luis ¿Ud. me hace el favor de lerme esta cartica?

—Con mucho gusto, Juana—contestéle;—y, suspendiendo

la toma del plato comenzado, pues estaba á la mesa, cogí la carta, desgarré el sóbre y la leí, primero para mí en secreto, pues me pareció trabajosa de entender su expresión mental y escrita, y luégo en voz alta, para Juana. La carta decía así:

"Guarne 19 de Otubre de 1894.

Amable señorita oi mas que nuncaca en que rrecuerdo las orras de amor y de ternura oi con el mas grande amor mui complasido en saludarla con todo el cariño de mi corazon inplorando á Dios que cuando esta yege i tenga la dicha de berse en sus delicadas manos el sielo os guarde

pues bien noble senorita al dirijirme á Usted son los gratos sentimientos giados por una pasion en qe siertamente a nasido del sentro del corazon Y no epodido desecharla mi corazon asi os manifiesto me declareseis si a su parrecer soi ono soi dicno de ser corespondido por Usted por medio de los bincolos del matrimonio y quedo á sus pies aguarda una favorafle contestasion

Carlos Martin"

Acabada seriamente su lectura, un si es no es movido á risa, un si es no es, después de todo, emocionado, me quedé viendo á Juana, cuyo semblante estaba rojo, de un rojo muy oscuro; cuyo pecho subía y bajaba acompasadamente, produciendo cierto ruido comprimido su fuerte inspiración; cuyos párpados velaban sin regla los fanales de sus ojos, que se ostentaban en su negror profundo, al parecer fosforescentes, en el marco de curvas muy correctas de su rostro bronceado, y cuya sonrisa jugueteaba tímida en sus labios provocativos y bezos.... Juana era mulata; pero una mulata de pasiones que levantaban apenas por entonces tranquilamente la cabeza, debido, sin duda, á la educación que se le había dado, y que ella, al caer en buen terreno, aprovechó. Y Juana, lo comprendí entonces, era hermosa, y, en tesis general, que amaba ó que sentía los vagos movimientos del amor cuando despierta.

—Qué vas á contestar? Quién es Carlos Martín?—le dije luégo de seguida.

A lo primero replicó, tras un gesto sonriente:

—Nada. Dígale que yo no pienso tuavía casame....

A lo segundo:

—Si yo casi ni lo conozco. Cuando taba chiquita en Mazo lo vía por ai andar..Si yo casi ni conozco su jamilia....Eh!....

Y se fue sonrojada, mostrando, al reír en carcajada corta, sus dientes blancos, parejos y macizos.

Isabel me dijo entonces:

—Es Martín el carbonero....

—Y se quieren?

—No lo sé. Creo que sí....A la puerta han conversado, y *él* le entregó esa carta que te ha dado.... tal vez porque la he visto recibírsela.

—No lo quiere, tal vez—dije cómo distraído y cabilando.—Si lo querrá, Belica?

—Quién sabe!—replicóme con un tono de duda afirmativo muy marcado.

Viéndola entonces me puse á sonreír. Su respuesta me trajo el pensamiento de que su corazón también era de mujer.

Después vi á Carlos. Era un mozo moreno, muy fornido, en cuyo semblante apenas aparecía el bigote. De estatura era mediano. Cuando lo vi, poco después de soltar el fardo que llevaba á la ciudad, vestía un calzón de manta y una camisa de diagonal fuerte; mostraba la cara sudorosa cubierta de cisco, y cubría su melena hecha quiebras, arrebujada y abundante, con un amplio y usado sombrero de hoja de caña. Sus piernas, que hacia la mitad de su longitud divergían un poco de su centro de locomoción, y sus pies, que eran anchos y recios y que cubría el polvo, constituían la base digna de aquel tronco. Y en ambas á dos apretaba en las manos, de una punta, una ruana gris de Pasto hecha jirones y el costal en que trajo su rescate. No adquirí más constancia suya, física. Y en lo moral, supe que en mi casa había sido siempre atento, por lo cual Isabel lo juzgó siempre con bondad.

La primera entrevista de Carlos con Juana—la á que se refería Isabel después de la lectura de la carta que he copiado—fue muy corta y brusca. Aquél le dijo á ésta, que estaba á la puerta de mi casa aguardando ó haciendo como que aguardaba á alguien que no venía:

—Señorita: me puede Ud. recebir esta cartica?....

El, viéndola, se quedó entrecortado, habiendo de clavar al fin los ojos en el suelo, estrujando un poco con el puño de su izquierda la carta que iba á darle. Ella, rojas de emoción las mejillas, mostróse tímidamente entre seria y sonreída; atisbó á todas partes con mirada veloz y furtiva, y le contestó después muy bajo:

—Bueno!

Y recibió la carta, que era la misma que me dio á leer y aquí he copiado.

No volví á saber más de esos amores sino mucho después. Casi estaba creyendo ya que no existían. Pero en cierta ocasión me dijo Isabel:

—Míra!

Y me alargó una misiva de letra para mí no extraña, pues era la del amanuense de Martín el carbonero, con sus mallas de rabeo inextricable; cuyo contenido era una queja sincera aunque malamente expresada, pero una queja—por lo fiel, artística—del amor cohibido dentro del alma tosca del honrado montañés, que

no encontró por su cuenta en lo vulgar, satisfactorias palabras, ni imágenes dignas de penetrar por los oídos para ir á tocar blanda, pero poderosa y mágicamente en el corazón de su amada.

"Buelbo de nuebo—decía—umilde y aflijido como la tórtola cuando buelbe al nído y estraña sus Ijos y se pone asuspirarar...atendiendo á sus palabras me aya como el arvol mas solo pues mi deseo es que nos ayemos juntos como la flor que nase del arvol. Osi para ser felis tu necesistas eterno olbido dar al que te amo...."

No leí más.

—Se quieren....le dije á mi hermana.

—Sí, se quieren—contestóme.—Y pronto habrá boda. Como que tú y yo seremos los padrinos.

—Sí? De veras? Cuándo?....Bueno!

Y ciertamente aquel par de palomas torcaces se casó en unó de los últimos días de las velaciones, en Noviembre de ese año, que lo era el de gracia de 1894, llevándose sus lares para su casita, —la preparada por Carlos y sita en la fracción de Mazo—en donde vio éste la primera luz y donde hizo siempre sus armas humildes, pero honradas, en el rol que le tocó en suerte.

II

Después de este acontecimiento, pasaron meses y meses antes de que Isabel me dijera:

—Quiero comunicarte una cosa, Luis.

—A ver—le dije.—Habla.

No fue preciso hablar. Pude desde luégo comprender lo que ello era, al notar que su mirada me era esquiva; que al hablar, sus labios estaban medio trémulos; que su voz temblaba un poco al escaparse de la garganta; y que sus mejillas, de un sonrosado fresco siempre, se cubrieron momentáneamente de escarlata. Isabel amaba; y amaba con pasión.

Amaba á Manuel González, amigo que fue mio desde los bancos de la escuela. Fue el amor de su vida—el amor de una virgen que siente dentro de sí todas las fuerzas latentes é ignoradas de un organismo nuevo y vigoroso y el arranque de los nobles desenvolvimientos del espíritu, muchas veces entrabados en su vuelo constante hacia lo desconocido; fuerzas y desenvolvimientos que constituyen la dualidad misteriosa de los seres, el eslabón que une los cielos y la tierra, la génesis del Bien....el ideal humano.

Pero la entrevista con mi hermana me produjo tan contradictorias impresiones, de placer las únas y de dolor las ótras, que, mutuamente embarazados para desafiar nuestras miradas, permanecimos mucho espacio con los ojos fijos en el suelo, concluyendo por abrazarnos en silencio estrechamente; por derramar muchas lágrimas; por sentir, como abstraídos de toda acción corpórea externa, palpitar nuestros corazones creyendo comunicar el uno al otro con su rítmico golpear, todos los movimientos de que fueran susceptibles nuestras almas en el colmo de la fuerza de su afecto....Jamás podré olvidar todo esto.

Manuel González—su amor—para mí era bueno. Por eso le dije á mi hermana que lo aceptaría gustoso como hermano. Siempre creí su corazón sencillo. Después supe que, á influjo de los viajes hechos fuera de la tierra, tenía su espíritu bastante *cultivado*—en el sentido ambiguo, y que yo ignoraba, en que estilan hoy algunos la palabra,—y me enteré de que su gusto, debido á su cultivo, calzaba un elevado punto por lo exquisito y refinado.

En fin, se casaron.

....Me parece ver aún felices á González y á mi hermana, el uno al lado del otro, tranquilos y confiados cuando novios, departiendo acerca de las infinitas y encantadoras pequeñeces que son el alma del amor; creo aún presenciar la ceremonia de sus bodas, en que él se mostró sonriente aunque severo, atildado, elegante y decididor, tal vez; y en que ella, con su traje de desposada, cubierta con su velo y ceñida la cabeza de azahares, dejaba ver, con la tenue sombra del rubor en las mejillas, emocionada, el alma....Qué hermoso cuadro! No es, acaso, él, huella de luz entre las sombras de la vida, lo más bello! Porque,

quién puede asegurar que lo presentido, lo soñado, no sea sobre lo real más vivo, más intenso! Quién, que lo estético no se halle más conforme, ó se resienta menos de las caducidades materiales de la forma, enredado, ó más bien, perdido en la urdimbre de las infinitas vibraciones del deseo!....Sí! hermoso cuadro que en sucesión constante y rápida, viene á ser reemplazado por otros de tintes grises ó sombríos, en los cuales, como en aquél, pero por la ausencia de la vida solamente, la vida del anhelo aun perdura, ó mejor, surge clara, como protesta en contra de las miserias terrenas.

....Me parece ver aún el primer niño de Isabel, que era un encanto para todos. Para ella era la vida. Y fue también la más amarga prueba que á Dios le plugo dar. ¡Conservo tan claramente grabados en el cerebro, aquella carita de ojos muy negros y redondos con mechones de pelo lacio caídos sobre la frente; aquella boquita de labios sonrosados con olor á leche; y aquellas manecitas que me tiraban del bigote con sus dedos torpes, tibios y suaves, en cuyos extremos se mostraban sonrosadas las uñas, apenas como en finos y confusos lineamientos!.... Tenido él en el regazo de su madre; mirándole ella embelesada, como queriendo trasmitirle la vidá de su espíritu, al par que le iba dando la vida de su cuerpo, me pareció palpar una armonía, un toque de lo bello, ó sea, la dicha.

Pero fue corto aquel idilio de goces inefables. Aquel angelito, la *vida* de mi hermana y el encanto de los otros, murió, y murió en una triste y fría mañana, hacia las tres.

Al llegar una tarde á casa de Isabel, ésta me dijo:

—Luis: *Man* está enfermo. (Así llamaba mi hermana á su chiquillo. Su nombre era el de Manuel: el de su padre).

Mi hermana tenía el semblante doloroso.

—No es nada—le dije.—A ver....

—A ver, pimpollo, á ver.—Y lo acaricié por las mejillas,

que tenía calientes y bañadas de un color rojo de púrpura.—A ver !....

Le toqué la frente de suave comba: estaba ardiendo; le hice á un lado los cabellos, que tenía mojados de sudor; le palpé los labios de un tinte puro de coral agitados por la fiebre; y le besé en los ojos, cerrados entonces y humedecidos por las lágrimas.

—Ah!–le dije á Isabel–convendría, tal vez, que el médico lo viera. Y, como muda, pensativa, ésta se quedara viéndome con una mirada intensa y triste de interrogación y protesta, aunque resignada, dolorida, añadí, á tiempo que ella tomaba el niño de su cama para apretarlo nuevamente contra el pecho, besarlo y contemplarlo de una manera tál, que llegué á pensar por qué aquel dolor del niño no curaba con el dolor de la madre, como efecto de la acción simpática más pura....añadí,–decía–tomando la manecita descolorida y floja de *Man* que colgaba libremente por sobre el brazo izquierdo de Isabel:

—Si no es nada, hijo mío. Ya lo verás, Belica.

Esta sonrió.

Y yo partí en busca del médico, llevando en el corazón la espina de un desenlace funesto para mi pobre hermana.

Man murió: se lo llevó una congestión. Pobre *Man!*–dije entonces, movido por los impulsos de la carne. Movido por un sentimiento cristiano, dije también, y hoy lo repito: Feliz *Man!* Pobre Isabel, sí, pobre Isabel! Decid si no es así los que sepáis ó presumáis saber lo que es el amor de una madre; los que os imaginéis ó hayáis visto el lento agonizar de un niño, contemplando sus ojos hondos, turbios, su boca relajada, su color como la cera, su destrucción corpórea, en fin; y hayáis pensado, por comparación, en la soledad del sentimiento materno al irse desprendiendo, arrancados por la muerte, de todos los halagos y esperanzas del niño vivo....; decid si no es así los que hayáis visto la madre con el rostro sobre el rostro de su hijo, recibiendo su última boqueada, sin lágrimas en los ojos, pues sus fuentes se agotaron, negras las ojeras, revuelto el cabello, ardiente el cerebro....Desdichada! Y si sobre lo anterior se agrega la soledad del corazón, el frío del desengaño, el abandono, el desamor que engendra el desamor, y la muerte del alma cuando la fe no alienta en ésta; entonces decid si no es ella–mujer, esposa ó madre–una desgraciada madre, una desgraciada esposa, una desgraciada mujer....E Isabel, mi hermana Isabel, ha sido una de esas desgraciadas. Y mientras que á *él* los hechos lo condenan, ella, con los ojos aguados al mentarlo, y los labios trémulos y el pecho palpitante, no puede olvidar aún el mundo de dichas que aun despierta en su alma el nombre de Manuel González....

III

Lo anterior es parte del relato más ó menos fiel de lo que en cierta ocasión me decía Luis Dursán, el hermano de Isabel.

Luis Dursán y yo éramos amigos, muy amigos, se comprende. Y después de aquella narración en que parecía él soltar las válvulas de su sentimiento fuertemente comprimidas, continuaba de este modo:

—Yo, después que optó grado de Doctor en Medicina y Cirugía, después que viajó, no pude conocer ¡ni cómo conocerlo! el carácter verdadero de Manuel González. Yo creí que su corazón sencillo había *cultivado*, sin equívoco, los mismos ideales creados al abrigo del calor materno; yo creí que refinarse uno era acendrar esos mismos ideales....

—Ah! no, Luis—comencé á decirle.—....Pero él, sin atenderme, comenzó á discurrir largamente y con calor sobre filosofía y letras, para acabar de esta manera:

Ah! maldito error. ¿De qué le ha servido al cabo su saber á González? De qué, conocer las *sensaciones* despreciando el *sentimiento?*—Negativamente al fin, de mucho,—se decía á sí mismo—pues ha concluído por ser positivamente un infeliz, echando á languidecer su voluntad, suprimiendo su carácter y envileciendo su alma.—....Los que así se abajan—acababa—son inútiles, cuando no un estorbo para la patria, para la familia, para sí mismos: su ley es el suicidio, pues, en último término, ése es el resultado de su *análisis*....Imbéciles!

Cesó de hablar, vivamente conmovido.

Luis Dursán tenía razón.

Auxiliado del silencio que reinó después de aquel desahogo y casi sintiendo ó pareciéndome sentir aún en los oídos la fuerza de sus voces y en el corazón la energía de sus pesares, vi moverse en mi imaginación, unos después de otros, todos los personajes de los cuadros que aquí he copiado, estando en primera línea la figura, simpática en su comienzo y repulsiva después, de González. Sí, allí estaba de muchacho hablantín, sencillo, ingenuo; gallardo y pulcro y decidor ático, con su aire un poco triste, cuando hacía el amor á Isabel; con los miembros inertes y la lengua mordaz á todo trapo, desordenado el cabello, tintos en sangre los ojos, sucio y mendigo casi, cuando tomó para oficiar el tirso de la deidad de Naxos. Y estaba allí Isabel, la tierna Isabel....Y estaban Juana y Martín el carbonero....no vistos en el tiempo remoto, sino en el próximo—en el presente—tal como la hermana de Luis y como éste los vieron en una ocasión en que fueron á visitarlos á su casita de la montaña de Mazo: libres del desasosiego del espíritu.

A su vista, y por contraposición á la historia de Isabel, mujer digna de otra suerte, se me vino á la memoria lo que Luis me decía al pintarme las impresiones sentidas por él al conocer con su hermana la vida rústica de su antigua sirvienta.

Había tal calma en aquel estrecho nido de forma primitiva que acabábamos de conocer—me decía;—en aquel nido de dos almas libres, é inocentes lo bastante para no llevar dentro de sí el aguijón que conturba al ánimo y entenebrece ó mata todo lampo de dicha en las multitudes de hoy en las ciudades; había tal calma allí, en aquel hogar cerrado por bahareques de varejón y tierra negra, dentro del cual apenas si cabía un banco de roble enfrente de la entrada, el baúl de Juana en un rincón y la cama, de horcones de encenillo y varas de álamo—tendida con una colcha blanca, regalo de Isabel,—clavadas del lado derecho de la puerta, que era de armazón sencilla forrada en cuero crudo; había tal calma allí,—decía—se sentía tal bienestar al ver en las mañanas límpidas en que soplaba el viento suave y seco, levantarse el humo perezoso de entre las hirsutas pajas de la tierra fría que cobijaban la cabaña, humo que subía en copos casi negros, para tornarse luégo en jirones azulinos y después en partículas fugaces, incoloras. . . .; se sentía tal encanto—agregaba—viendo temblar el rocío sobre la yerba fresca; respirando aquellas auras; contemplando aquel horizonte de montaña, pequeño y sencillo, y oyendo á Juana alegre en la cocina hacer los oficios, mientras su esposo ganaba el pan del día esgrimiendo el hacha ó atizando la pira de carbón; que el alma,—concluía—sin esfuerzo, comparándolo, asociaba aquel reposo al bullicio de la ciudad, aquella dicha á la dicha de ésta,—dicha de labor complicada, exótica, sórdida y ruin en ocasiones,—dejando escapar del pecho algún suspiro breve, protesta enérgica de lo mudable y torpe, y anhelo compendiado de lo absoluto. . . .de lo eterno.

Concluyó allí, por lo pronto, el recuerdo que evocaba. Mas luégo, de una manera tranquila, pero con la fuerza incontrastable de una ley, vi pasar, conmovido, la última escena de este cuadro que, más que la razón, me tenía embargado el sentimiento. Me reveló ella la ternura inagotable de un alma; me hizo admirar la grandeza de un amor que jamás muda, que todo lo vence y en cuyas aras todo se perdona: el ardiente amor de una madre—el resorte, por decirlo así, del alma de Isabel puesto en juego á la presencia de uno de los chicos de Juana que se arrastraba por el suelo, tiznadas las manitas, sucio el semblante con los restos de su última comida;—vi en ella—digo—su *vida* entera, con sus dichas muertas y sus hondas amarguras, al contemplar cómo alzó aquel niño para oprimirlo sobre su corazón, casi maltratándolo, cómo lo besó y cómo, con los ojos inundados por las lágrimas y la voz entrecortada, exclamó: "Hijito mío!. . . ."

Aquí acaba este relato.

Perdida la sencillez del corazón, ¿seremos más felices nosotros que lo que lo fueron nuestros abuelos, siquiera sean los de la edad de piedra?

Medellín, Octubre de 1897.

JUAN DE D. VÁSQUEZ.

"DE MUERTE"

Mátalo! mátalo!

El Público.

Pesada nube blanca surca lenta
El deslumbrante azul. Un toro fiero
El polvo escarba, y fija en el torero
La pupila flamígera y sangrienta.

Aguarda el diestro con la vista atenta....
Partió el bruto con ímpetu certero;
Como *un grito de luz* brilla el acero;
Lustrosa piel, brillante vestimenta

Confundidas se ven breves instantes.
Recula, herido, el toro, vacilando,
Y del torcido cuerno van colgando

Del hombre las entrañas palpitantes....
La música de súbito se calla;
Núblase el sol y aúlla la canalla.

M. O. V.

SANTIAGO PEREZ TRIANA

De Bogotá al Atlántico por los ríos Meta, Vichada y Orinoco. París, Imprenta Sud-Americana. 1897.

Veo en el hombre cosmopolita la genuina encarnación del hombre culto.

G. Pérez.—Discurso.

SERIA vano empeño intentar la elaboración de un ensayo crítico, que lo fuese en realidad, á propósito del volumen cuyo título acabamos de trascribir, y eso por múltiples razones. La naturaleza misma de la obra, que es un relato de aventuras en territorios que nos son desconocidos, excluye, desde luego, toda idea de verificación de pormenores. Por otra parte, en vez de una idea predominante y visible, se trata de un conjunto de ideas un tanto cuanto *disparate*, como dicen los franceses; y en último análisis, no es sólo un libro de aventuras de turista, ó sea de sucesos materiales y locales, sino también, y más que otra cosa, un relato de aventuras, ó mejor dicho, impresiones psicológicas.

Y es lo que le da su encanto. Hoy, lo que ha acaecido á los viajeros, sean ellos quienes fueren, y sean cuales fueren las regiones de que se trate, no es cosa tan interesante para los lectores, cuanto lo que esos viajeros han pensado y lo que han visto, no en la atmósfera ó en la superficie del suelo, sino en sí mismos, en ese

interior de lontananzas de oro

de que hablaba el poeta: lo que ha preocupado el espíritu en su peregrinación dentro de un cuerpo, reducido para los efectos del momento á simple vehículo de la placa sensible que, más ó menos perfecta, lleva cada uno dentro de sí mismo. La impresión que dejan en los hombres las aventuras picantes ó medrosas ocurridas en desiertos ó metrópolis, se clasifica hoy—por lo menos en cuanto toca con los lectores de gusto educado—en grupo con todo lo que el vulgo denomina "literatura interesante".

Al público selecto interesan más las sugestiones que las explicaciones. Está cansado de las cosas concretas, comúnmente vulgares, y prefiere, siempre que no se trate de estadística ó de ciencia, lo que más bien pertenece al mundo de las ideas que al de las sensaciones. Por eso hay más lectores para *Outre-mer* que para el *Viaje á Suiza* de Alejandro Dumas, que, sin embargo, es encantador. Y en otros géneros, las *Cartas de Mujeres*, de Prévost, con su carnalidad velada y provocativa, producen

en la generalidad de los lectores, una impresión de deleite y de interés más aguda que la provocada por las exhibiciones de otros autores.

El libro del Sr. Pérez Triana no carece en manera alguna de verdaderas aventuras de viaje. Encuéntranse allí relatos de caza, anécdotas locales y abundancia de párrafos descriptivos que en su lengua de poeta genuino y verdadero, como lo es, valen por acuarelas y por cuadros. Pero todo aquello, á la verdad, es más bien decorativo que otra cosa. Representa el papel de pantalla sobre la cual se proyectan en perspectiva luminosa las imágenes de la mágica linterna.

Con trabajo se podrá encontrar en la historia literaria una obra que sea más directa y completamente la hija de su autor; que lleve más claramente impresos todos los rasgos de la fisonomía de éste; que sea más la carne de su carne y el hueso de sus huesos. Ni acaso sea difícil dar con las razones de tan perfecta encarnación. Es el hecho mismo de ser éste el primer volumen que sale de la pluma del autor, * que no es publicista de profesión, lo que le da una afinidad tan completa con la mente de donde ha brotado. Cuando se escribe por oficio y se lanza á luz un volumen por año ó por semestre, no es raro que la mente del escritor se adapte, por lo menos en ciertos rasgos, al público que ha de leer y de juzgar sus obras, y que éstas, á su vez, reciban la modificación.

No es del caso extendernos en la idea, y basta—si no está de sobra—su enunciación. En el caso presente, sea cual fuere la causa, encontramos, como hemos dicho, la imagen intelectual del autor trasladada al libro; no sólo por la manera de pensar, lo que ocurre con todo escritor sincero, sino particularmente en el tono general de las ideas; en su multiplicidad; en esa inmensa variedad de cuestiones tratadas con el mismo desembarazo, que acusa un espíritu de cultura superior, decididamente cosmopolita y universal.

Ni es preciso poseer una penetración especial para adivinar estas últimas condiciones. Cualquier cantidad de observación que se aplique, dará fácilmente á entender cuáles son los rasgos dominantes del pensamiento que brilla en todas esas páginas.

Hay, en efecto, un orden de ideas referentes á cuestiones generales, de aquéllas que agitan á todos los hombres y á todas las sociedades, de las cuales sólo son susceptibles esos espíritus cultivados y cosmopolitas; porque ellos son los únicos apropiados para las ideas sintéticas y para la apreciación de los conjuntos, y, por consiguiente, sólo en ellos puede tal orden de

* Conocemos el libro del Sr. Pérez Triana referente á asuntos ferrocarrileros; pero no creemos se le deba colocar como primer volumen del autor, porque, por su misma naturaleza, queda fuera del género literario del cual tratamos.

ideas tener cabida. Basta así, muchas veces, una de ellas, una sola, aunque no sea de importancia capital, para hacer la apreciación del espíritu de donde ha brotado, para obtener su medida, su peso específico, diríamos más bien.

Juzgando así, por rasgos de esos generales, podemos, antes de entrar en las páginas del libro y sus detalles, hacer de él una apreciación de conjunto; no la de menor importancia por cierto, por lo menos en cuanto hace á nuestro modo de pensar. Hoy, cuando pesa sobre Colombia entera una atmósfera infecta y asfixiante, cuando parece que nos halláramos en los círculos tenebrosos y aterradores del infierno dantesco, en las fosas inmundas del Malebolge ó en las lagunas de cieno pestilente donde el gran Florentino encerró á los iracundos; abrumados por la maldición del despotismo, en tales circunstancias, decimos, es propio recibir con aplauso estrepitoso todo lo que sea una luz, una ráfaga del oxígeno de la libertad, un movimiento hacia el horizonte inmenso y bello que fuera de nuestra cárcel se despliega.

No podemos notar sin inquietud la tendencia marcada que hay entre nosotros hacia la compresión, hacia la reducción voluntaria de la esfera de nuestras actividades. Nuestros antepasados al trazar las poblaciones que habitamos, lo hicieron como si no hubiesen dispuesto de mayor espacio que el que acordaron los moradores de las costas africanas á Dido y á sus compañeros para edificar á Cartago. Hoy, nosotros, en el terreno de lo intelectual, como si no fuera lo bastante estar encadenados al poste del Estado, nos atamos las manos con las convenciones absurdas y las limitaciones arbitrarias.

La obra del Sr. Pérez Triana tiene, entre todas, esa excelencia. Viene de una atmósfera despejada, de un horizonte limpio, y en sus páginas se sienten, por todas partes, acentos que son de libertad, y se ve el fulgor de un odio que es el odio santo por los tiranos y por sus lacayos. Llega á nuestro cielo, este cielo sobre el cual han tendido las Euménides su manto sombrío, y es en sí misma una disipación de sombras, no cual la produce la luz temblorosa y pálida de la linterna, ó el tranquilo fulgor de las estrellas en las noches limpias, sino á semejanza del bólido que se rompe derramando chorros luminosos entre las sombras del crepúsculo. Nada hay insustancial ni flojo allí. Ve el viajero la cuerda telegráfica tendida sobre su cabeza, y al recordar que el milagroso agente de la civilización conspira como todo á la obra de las tinieblas y del crimen, lanza el torrente de su cólera en unas pájinas que se diría trémulas de ira; frases en las cuales se siente algo que cruje, que restalla como la fusta sacudida.

No iremos á decir que esta condición haga el libro del Sr. Pérez simpático para todos. No; al contrario. En desquite de eso que supo él decir y que tan pocos sabrán contestar, servirá tal vez su nombre de mira para la insolencia de la muchedumbre servil, que odia todo lo que no es bajeza y abyección. Pero en esto precisamente está otra de las excelencias del libro; porque toda página donde brille el pensamiento, donde se agiten las ideas, debe, desde que tenga algún valor, suscitar pugnas y odios, ó siquiera antipatías.

Pocos serán los que no hayan oído en Colombia el nombre y la fama de Santiago Pérez Triana. Muchos son los que con sólo escuchar ese nombre, evocan en la mente la figura del distinguido joven que así brilla en la tribuna como en el periodismo; como prosista ó como poeta; en el mundo de los negocios ó en los salones donde lo más selecto de las sociedades se congrega; se sabe bien cuales son sus dotes de poligloto y causa admiración lo extenso de sus conocimientos, sea que se trate de literatura ó de otros ramos del saber. El viaje que acaba de escribir será, por lo demás, suficiente, para que gentes que no han oído su nombre, lo conozcan y lo estimen en lo que vale como observador, y como pensador, y como escritor; porque en ese libro, donde se exhibe en una situación excepcional, fuera del medio que le es propio, en una carrera donde á cada paso se le ve formar un nuevo contraste, cuando no una serie de contrastes con todo lo que le rodea, resaltan los rasgos distintivos de su fisonomía intelectual, mejor que pudieran en lo alto de la tribuna ó en el más brillante de los salones y en la más selecta de las sociedades. No es raro que lo peculiar, lo típico de los organismos se revele á las miradas de la observación, con más claridad fuera del medio que les es propio que en el seno mismo de él. Los rayos luminosos emitidos por los astros, se descomponen al pasar por el prisma del espectroscopio y revelan la composición íntima de aquéllos al físico que observa. Parece suceder algo semejante con el espíritu de los hombres cuando se les examina al atravesar determinado medio. Sólo entonces se exhibe en toda su variedad de tonos y matices. Sólo entonces se muestran en todo su relieve los rasgos y detalles de las inteligencias que descuellan.

Muchos filósofos de la antigüedad recomendaron el retiro al seno de las soledades como medio el más adecuado para llegar al objeto que se proponían: á ese ensueño vacío que titulaban pomposa y vanamente "el conocimiento de la verdad". Nada sabemos respecto de la eficacia del sistema, en cuanto atañe á las especulaciones filosóficas; pero, á juzgar por el caso del Sr. Pérez y por algunos otros, entendemos que no sería un mal medio para estudiar los rasgos de un entendimiento, lanzarlo

fuera de su órbita ordinaria á rodar temporalmente por una que le fuera extraña. Parece entonces que el ánimo se aguza y se mantiene despierto y avizor; que sorprende al vuelo todas las sensaciones y que, como asustado ante el olvido, recoge sus potencias, reaviva sus recuerdos, y, en el esfuerzo por no desprenderse de lo que deja tras de sí—el mundo, lo que fuere—da todos sus sonidos. El espíritu quiere servirse á sí mismo de eslabón entre dos períodos iguales ó semejantes de la existencia, mientras dura uno diferente de ellos, y, al efecto, despliega ante sí mismo cuanto posee de dos civilizaciones que separa el desierto. Cabe bien aplicar en semejante condición el dicho de Milton en *El Paraíso:*

The mind is its own place.

Son fenómenos, los que apuntamos, comunes á todos los seres humanos, con diferencias no más que de intensidad y que provienen del grado de sensibilidad y de cultura del sujeto en quien se cumplen. Acaso no tengan lugar en tratándose del rústico, cuyas únicas percepciones completas son las materiales; pero á medida que la escala se remonta, irán apareciendo más y más marcados, hasta llegar á los tipos selectos de la triple cultura. Partiendo del rudo instrumento que tañe en sus fiestas el salvaje, podremos ascender hasta las dulces arpas, hasta el órgano que llena con su armonía las catedrales.

Ahora, podemos preguntar: ¿qué organización más apropiada para tales observaciones que la del autor de este viaje, semejante—para seguir la comparación que habíamos empezado—á esos instrumentos de música perfectos, susceptibles de todos sonidos y de todas las armonías, que producen por sí solos un concierto? Como buen hombre de mundo, versado en el *savoir-vivre*, ha querido ante todo ser ameno. Ha dado una nota para cada uno y procurado interesar á todos. Taine se quejaba de que Carlyle, y con él muchos escritores anglo-sajones, escribieran sin atención ninguna por el público; como si hubiesen destinado sus obras para sí mismos, nada más. Aquí sucede todo lo contrario. El autor ha tenido bien presente al público en la confección de su obra. En los pasajes mismos donde ataca, describiendo con su pluma curvas cual de maza, lo hace con la seguridad de que el ataque mismo, tan justo por lo demás, ha de encontrar plena simpatía en una porción, la más considerable, de sus lectores.

Hay justamente lo necesario de viaje propiamente dicho, para los que quieran una noticia de Los Llanos. Historias y aventuras que Lesage hubiera insertado con gusto entre las suyas. Luégo, las bellas armas guerreras. Acá la invectiva; en seguida, y de preferencia, la ironía, ironía cruel, amarga, corro-

siva, de la que da á las plumas el temple de los puñales; de la que abunda en las páginas del autor de *Gulliver* y del *Cuento de la Tina*. Porque, y bueno es decirlo claramente, estamos ante un libro tan de combate como cualquiera escrito para herir no más. Se le verá sin duda sobre el bufete de muchos enemigos de las ideas que exhibe, y serán ellos de los primeros en reconocerle sus bellezas y sus méritos: no menos sentirán por eso que él es un arma, y un arma que les apunta al pecho. Por cuanto hace á reflexiones, se dan la mano en los veinticinco capítulos del volumen la erudicción y la estadística; el despecho de un proscrito, las tristezas de un filántropo y los cálculos de un hombre de negocios—no por cierto de los hombres de negocios á quienes muestra con sonrisa desdeñosa desde una de sus páginas.

Pero si alguno de los rasgos fisonómicos del escritor ha tenido campo para exhibirse en todo su vigor y con toda su magnificencia, ha sido el rasgo poético. No es preciso haber leído á *París*, ese canto por excelencia de la orgía y de la gloria, cuyas estrofas rotundas y armoniosas se siente estremecer, sacudidas por la tormenta de la pasión y el pensamiento; no es necesario conocer ese saludo desbordante de cólera, de ternura y de entusiasmo *A mi Padre, en el Destierro*, himno á un tiempo de amor y de venganza, que envuelve un reto colérico bajo sus formas de queja; nada de eso, ni los versos á *Rudolph;* ni los *A una Desconocida*, para comprender que era un poeta el hombre que soñaba á orillas del inmenso río; porque es preciso serlo para poder escuchar é interpretar las voces de ese concierto mágico que entona la naturaleza, siempre en vela, para arrullar á sus criaturas mientras duermen. Sólo á él, á uno de sus privilegiados, á uno de los capaces de comprenderla y de verter su lengua á la lengua de los mortales, era posible que quisiera consolar en sus dolores de proscrito con aquellas palabras pronunciadas por boca de su siervo, el río: "No llores por la suerte de tu patria que es también la mía; recuerda que el poder de los infames no puede perdurar. Si contemplas mis aguas después de una tempestad, las hallarás cubiertas de fango y de despojos de la selva; mas han de pasar como pasa el reino de los malvados. Son esos los accidentes inevitables de la vida y de la naturaleza, á que todos estamos sujetos, hombres y ríos, cada uno en su esfera."

Para que surjan héroes la lucha es necesaria;
Es fuerza que haya víctimas para que surja altar

había dicho yá otro de los inspirados, otro poeta; y antes, había habido una onda que exclamara:

I am the wave of life
Stained with my margin's dust. . . .

Ni es el único capítulo del libro donde se alcancen á percibir los ecos de la lira bajo las frases galanas del prosador elegante y atildado: cuando habla de los recuerdos en imágenes de Keats; cuando se extasía ante las visiones de lo que pudiera ser el porvenir, si fuéramos haciendo el camino de la existencia como una sociedad que marcha hacia su fin, y no como un rebaño que se empuja bajo el azote al matadero; cuando, al dar con una muestra del legítimo hijo de los bosques, independiente y altivo como las fieras que rondan la espesura, pintó el fondo de aquel cuadro, en el cual se destacaba la gallarda figura del salvaje en su piragua primitiva, iluminándolo con todo el esplendor de un sol poniente que parecía "una inmensa bola de hierro enrojecido botada sobre la pampa, como si los cíclopes y los titanes empeñados en algún juego de pelota, la hubiesen dejado olvidada en el amplio y espacioso campo de la pradera sin límites!. . . ." Es lo propio de los poetas la visión, y es lo propio de su lenguaje mostrar á los ojos de la multitud las figuras que crea su fantasía, con todos sus relieves, como figuras tangibles de nuestro mundo real. Y. . . .¿no os parece contemplar sobre la inmensa pampa á los obreros de las fraguas infernales soñadas por los griegos, disparando el luminar del día sobre las filas de los titanes, haciendo retemblar el mundo con sus saltos y retumbar el horizonte con sus gritos?

Poético encontramos el libro del Sr. Pérez Triana aun allí donde es más serio. Porque ¿no serán simples arrebatos de lirismo sus sueños de progreso en aquellos territorios, que no sólo en Colombia sino en casi todo Sud-América tienen los gobiernos echados en olvido, tan en olvido que no los ceden para un contrato, ni utilizan para beneficio de un adulador, ni hacen siquiera visitar por un piquete de la guardia pretoriana? Quién sabe? cabe que nos digamos, por otra parte. El porvenir va vertiendo gota á gota su inmenso contenido, y hay gotas de ésas que son trasformaciones capitales. Después de todo,

El poeta es el antro en que la oscura
Sibila del progreso se revuelve;

y tal vez haya algo de visión profética en los que hemos llamado arrebatos de lirismo.

Con gusto llevaríamos adelante nuestras observaciones, para ir página por página del libro anotando sus bellezas y, lo que sería aún más placentero, sus ideas, esas arrogantes y hermosas ideas

que se ven de pronto aparecer bajo la envoltura galana y armoniosa de las formas, como la pálida hoja de la espada bajo el brillo de la vaina.

Los libros de la naturaleza de éste, producen, entre otras, una íntima satisfacción: la de seguirlos en su curso, yendo como el boga á popa de las embarcaciones, con la sonda en la mano, hallando una profundidad que en vez de decrecer, aumenta, y que en más de un pasaje—si se ha de seguir el encadenamiento de las ideas del autor—llega á lo insondable, por lo menos relativamente hablando.

No podemos, sin embargo, ir más allá, porque carecemos del espacio requerido. Nos separamos del tema con pesar, pero al mismo tiempo con la esperanza de que no tarde una pluma de mayor autoridad, excitada quizá por nuestra misma deficiencia, en emprender la obra completa y llevarla felizmente á cabo. Por nuestra parte, y para dar fin, queremos decir una palabra al autor de las brillantes páginas: Que no sea éste el último volumen que sale de su pluma, sino antes, el primero de una serie de ellos que, á la manera del que tenemos delante, sean de los que se toman con placer, porque son cortos por lo menos, y se dejan con el pesar de que no hayan sido doblemente largos.

Luégo, un voto más: que no deje su lira en el silencio, sino que antes, hoy, cuando el favoritismo y la lisonja, cada uno por su lado, llegan hasta el terreno de las letras, y se eleva al rango de genio á cualquier mediocridad que empuña el incensario; que en tal emergencia, decimos, deje escuchar las armonías de su laúd privilegiado. El sabe tañerlo. Sabe arrancarle todos sus valientes sones, entre los cuáles está ése, con ecos de rugido y de sollozo, que dio en la despedida del proscrito ilustre. No es el tiempo de colgar las arpas como Israel desterrado, sino antes de llevarlas á vanguardia arrancándoles sonidos de rebato. Víctor Hugo encontraba la falta de los Gracos en una época del Imperio Romano compensada con la presencia de Juvenal. Y si no Juvenal ¿por qué no Hugo mismo? ¿Será imposible que otra vez se escuche la vibración vengadora de *Los Castigos*, y lo será en el momento preciso en que es más necesaria?

Como quiera que sea, que el poeta se deje escuchar.

Medellín, Febrero 12 de 1898.

S. Restrepo.

ERRATA SUSTANCIAL

En el número 5, en el artículo ANTIOQUIA Y CAUCA, página 222, línea 26ª, dice HIERRO; léase HIELO.

RESEÑA MENSUAL

(IMPRESIONES PERSONALÍSIMAS)

LIBROS, y libros, y libros; lo que Shakespeare yá tradujo "palabras, palabras, palabras". De veras que se me van haciendo los libros como una pesadilla. Y es lo bueno que yo soy de mi natural adorador del libro, materialización la más elevada de la palabra, esa quinta-esencia del alma. Pero cuando veo por delante el saldo que mes por mes va quedando á mi cargo de libros nacionales de los que contraje compromiso—loco de mí!—de decir que pienso, aunque muchos de ellos nada me hacen pensar—por mutuas deficiencias, lo espero—y otros me hacen que piense lo que Hamlet quería hablar una vez, "dagas y puñales"; cuando recuerdo que ese insensato compromiso me imposibilita para hablar—como pueden hacerlo otros revisteros dichosos—dándome aires de sabio y de profundo y hasta de gracioso—que es la profundidad suma—de tánta cosa nueva y extraña como está ocurriendo en el mundo, y hasta aquí entre nosotros, me siento tentado á protestar del libro. Por ejemplo, qué reflexiones de grandiosa, amarga ironía no se le ocurrieran á uno sobre la alquimia y la vanidad de la ciencia; sobre la avaricia y el afán enriquecedor, y sabe Dios qué más, al dar cuenta del descubrimiento del americano Emmens, que está haciendo oro de pesos de plata! A qué profundidades de psicología sociológica (aquí "eché el resto") sobre las preocupaciones, las perversiones, las injusticias de la humanidad no podría llegarse al hablar del austriaco Schenk, que pretende haber encontrado el secreto para hacer nacer á voluntad varones y no hembras! Aquí del *feminismo!* Con qué simbolismo moralizante—con sus puntitas de socialismo, como es moda,—no se podría disertar sobre la mala partida que al entrometido farsante del gusano de seda le ha jugado el francés Chardonnet, que está haciendo seda con hojas de árbol! Qué ditirambos inocentones y sabiondos no me arrancaría sobre el progreso indefinido y los futuros sublimes destinos de la ciencia, el italiano Marconi que amenaza revolucionar al mundo, trasmitiendo la energía eléctrica sin necesidad de conductores metálicos!.....

"Y cuántas cosas más que yo no cuento
Por ser empresa larga y trabajosa!"

Pero nó; nuestro *recrudecimiento* literario no da vagar para eso, ni para nada. Y es lo malo que yo le noto al tal, algo de forzado, de no espontáneo. La actual abundancia de escritores en Colombia tiene, creo yo, el mismo origen que la escasez de

hombres de que todos se quejan. En efecto, en un país donde ya no hay guerras; donde la política se acabó y las industrias *las acabaron;* donde las ciencias apenas si habrá quién las sospeche, y la vida social no existe, todas las energías que la mera lucha por la vida deja sobrantes se agrupan alrededor de la literatura, único fogón que todavía arde y da calor. Y así, jamás hubo tantos periódicos como hoy, cuando el verdadero periodismo no puede existir. Como si los periodistas arrojados de su casa no pudieran resolverse á abandonarla, y se quedaran *comadreando* á la puerta. Hoy no hay que hacer nada, porque nada han dejado qué hacer. Y el gran ejército de los desocupados se refugia entre los libros—á escribirlos, unos; otros, más prudentes, á leerlos.— Pero llegan con un entusiasmo fatigado, de derrota. Y es nuestra literatura, no el solaz de un pueblo rico que se da el lujo de descansar, sino los cuentos con que los pobres entretienen el hambre en las noches frías y oscuras!

***

Tan forzado es y tan estéril en resultados prácticos este entusiasmo artístico, que, sin ir más lejos, aquí, en esta Antioquia que es uno de sus focos, una institución eminentemente artística y refinadora, que con grande entusiasmo se fundó—la Escuela de Música de Santa Cecilia,—está á punto de morir de inanición—por no decir hambre—y se ha visto obligada, para conseguir fondos, á dar, en nombre la Santa que sufrió martirio en el Anfiteatro romano, una corrida de toros, único resto existente de los bárbaros espectáculos del Circo!—¡Oh divina incongruencia de las cosas!—Y aquí un paréntesis, para decir que en la dichosa corrida, si bien las damas y los toros—con su hermosura aquéllas, éstos con su bravura,—hicieron mucho en pro de la Escuela, los toreros anduvieron desgraciados, y el tiempo más.

***

Otra empresa que muy de cerca se roza con la literatura trae Antioquia entre manos: la erección del monumento que ha de guardar los restos de Jorge Isaacs, legado supremo del poeta á un pueblo que admiraba. Hemos recibido una circular en que se nos excita á contribuír á la obra.

El Montañés hará lo que pueda; y si á eso se agrega lo que pueden los demás, ella se llevará á cabo, y será digna del escritor muerto—el más delicado y sensible artista que ha tenido Colombia;—y de Antioquia,—el pueblo que entre nosotros aspira á la supremacía en cultura intelectual.— Veremos si el cacareado *estetismo* antioqueño—con el regionalismo ayudándole—hace su deber.

PRÓLOGUS.

REPÚBLICA DE COLOMBIA.—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA.

EL MONTAÑES

Revista de Literatura, Artes y Ciencias.

DIRECTOR

Gabriel Latorre.

AÑO I. | Medellín, Marzo de 1898. | Número 7.

PUERTA DEL HOSPITAL (Honda).

Dibujo de F. A. Cano.

VISTO DE CERCA

HABIA sido para mí una constante provocación aquella altura, y, con todo, se me iban pasando los días sin atrevérmele, por esto y lo de más allá, y también por ser belleza de casa, como quien dice, y tenerla siempre á la vista. Era que no había caído en la cuenta de que al que no ha rondado por los contornos del Ruiz, no se le alcanza en realidad un pelo de aquella salvaje maravilla, con todo y andarse ella muy prodigada por esos cielos á contemplación de todos.

Nada; que lo que se ve de aquí, de allá, norte ó sur, no es más que la silueta de un monstruo blanco—ya se sabe que la distancia larga es un esfumino que repule los detalles y los deslíe uno en otro hasta no dejar ninguno, porque los funde en un total que en las cosas visibles se llama vaguedad, y en las del corazón, olvido.

Los del antojo éramos ocho.

Un amigo que tiene su hacienda al pie de la enhiesta cordillera, nos brindó, con exquisita galantería, confortable hospitalidad en su casa, y allá nos fuimos á esperar un día azul y soleado para emprenderla con la imanada visión; porque en las horas de invierno, como cosa de soberano con *spleen*, no está visible para nadie, aunque se le metan de rondón á sus dominios: ahí se está entregado á sus gélidos sueños entre un rebujo de nieblas.

Afortunadamente, el amanecer que siguió al de nuestra llegada á la hacienda, se presentó diciendo: "hoy, hoy debéis subir."

A ello nos pusimos, equipados de lo que se ha menester para no morir en tan extraña región.

Pasado que hubimos el lindero hasta donde el hombre manda, la emprendimos, por cuestas y peñascales, con una naturaleza menos amable que los osos que por ahí se están de remolones entre el frío crepúsculo de las cavernas. A poco empezámos á notar la conducta de madrastra que á medio subir empieza á gastar la tierra, pues que como si los árboles no fueran sus hijos, los deja crecer llenos de jorobas, atrofiados, nudosos, enclenques, melancólicos y envueltos en andrajos de musgo. Poco á poco se van acabando, y apenas si los últimos logran medrar una vara camino del cielo. Y comienzan las angustiosas faldas de esparto, donde sólo palpita una nota viviente, las flores del árnica, que anda en una profusión, salpicando los matorrales de estrellas cárdenas.

Sube que subirás, parecíamos una romería á algún lugar santo, porque todos llevábamos los ojos poco menos que puestos en el cielo, buscando el remate de aquella cuesta, penitencia fatal de las cabalgaduras, de las cuales se quedan algunas asfixiadas y tendidas en aquel camino casi perpendicular.

Uno tras otro, mudos, ateridos, ganámos por fin el filo codiciado, delante del cual, y á corta distancia, se presentó una como abrumadora pesadilla.

Nadie entró en contemplaciones ni aspavientos; de lejos habíamos visto eso; tocarlo era lo que queríamos, siquiera en un punto tamaño como la mano; y tornámos á andar por unas llanuras dolientes y como huérfanas del cariño de los hombres, entristecidas, todavía más, por largas procesiones de frailes melancólicos, que no otra cosa parece el frailejón visto á distancia; á media luz se mostrará aquello como un convento á pleno aire.

Con los pies no volvimos á contar: á esa altura le pertenecen á la muerte ó á las piedras; las manos se vuelven garfios; en los bigotes y en las pestañas se detiene una lluvia de chaquiras blancas y diminutas. Y anda que te anda, como dejados del amparo del cielo, en aquella soledad.

Un arenal movedizo, una laguna de pliegues negros, donde estaba á sus anchas un pato indiferente, como si fuera un cuajarón de frío, como si no tuviera sangre caliente ni fibra alguna que le palpitase en el cuerpo.

Aunque no hubiésemos sabido que por ahí cerca estaba lo que buscábamos, habríamos caído en la cuenta de que no lejos había algo raro y desconocido, porque se va apoderando de la vitalidad un desconcierto como de ruedas que se detienen, de fuelles que se resisten á soplar, de llamas que se apagan, de cuerdas que se rompen: á éste se le oprimía el pecho, al otro le saltaba un chorro de sangre por la nariz, á cuál le silbaban delgadito los oídos; también es verdad que no faltó quién dijese que jamás había respirado tan libremente como en esa vez. Las bestias, vuelto el cuerpo una carruja, erizadas, caídas las orejas, protestaban, con paso tardo, contra aquella crueldad. Al camino nos salían hipócritas precipicios, velado el peligro con un manto de seda verde oscuro, de donde parecía que hubiese cortado Lucrecia el traje de su ópera: aquella riqueza de tejido era para desesperar á una princesa, porque no tiene más fulgores el peluche ni más grata sedación el terciopelo.

Y arreciaban el frío y el recuerdo de la llama querida del hogar. Ah! siquiera que la amada y los ángeles blondos que en él nos esperan, respiran con franqueza y se andan calentitos lejos de este dolor.

—Y bien ¿cómo se llama aquel arroyo?—le pregunté al amigo que nos encabezaba, señalándole á tiro de piedra una corriente que, por milagro, andaba suelta en aquellos arenales.

—La *Quebrada de las Nercidas.*

—Conque de las *Nercidas*....Me quedé pensando: ¿cómo serán esas mujeres? ¿cuántos grados cero abajo estarán sus besos en el termómetro de la pasión? ¿qué tienen, pues, de hacer con ellas las estatuas de piedra helada? La muerte no dará ósculos más fríos. Pensando en ellas y sus cabelleras de algas y sus pupilas de lapislázuli descolorido, tropecé de repente con la montaña blanca, la *Montaña del Cisne.* Una carcajada nerviosa, algo como angustia de Dios, y después el hondo silencio.

Nó, no podéis imaginaros nada igual, ni yo emprendo la tarea de describiros aquella magnificencia, aunque me cedan su blancura todas las vírgenes de la tierra, y el astro de la noche toda la nívea luz que ha derramado sobre aquel sueño del Eterno.

En fin: principia en suavísima rampa, convidando á que se anden por sobre él; da remordimiento pisar aquel tapiz que hombre alguno jamás ha tendido, ni porque fueran reyes sus convidados. A ganarlo me lancé desesperado de curiosidad, pero con tan poca maña, que al segundo paso fuí á tierra boca abajo, pagando mi precipitación con sangre, lo que no fue raro, si ésta en esos lugares anda lista á lanzarse del cuerpo á la menor punzada. Con cuidado empezámos los de mejores pulmones á ascender por un ala, que dijéramos, del cisne apocalíptico, deslumbrados con cada detalle; al fin nos regámos, mira el uno aquí, contempla el otro allá: los ojos de uno solo no bastaban. Ocho minutos—¡ah, ocho minutos son una eternidad en aquella atmósfera!—me tuvo una grieta de las muchas que por allí había fascinado con ella: honda, muy honda, y luminosa allá en el fondo como si por allí anduviera un astro; las paredes, reflejando el color del cielo, parecían lajas de zafiro, y botando resplandores suavísimos de la una á la otra, tenían prisionero entre aquella urna silenciosa un crepúsculo azul. Era una como capilla doliente para velar el cuerpo de casta doncella; por allí no hacían falta los cirios: las estalactitas lloraban techo abajo lágrimas congeladas que, á su vez, iban formando allá en el fondo estalagmitas que se erguían como blandones alrededor de un muerto. Un hilo de agua filtrado de encaje en encaje, chorreaba por aquella sima con un ruido misterioso y fugaz. ¿A dónde iría? Tal vez á refrescar las entrañas del gigante, que como heroica religiosa, oculta su pasión debajo de pudibunda veste.

Al borde de la grieta había otro embeleso: era un juego del sol y un cono bordado á modo de regia pasamanería de donde saltaban chispas de todos los colores del iris, diamante cada uno capaz de dar injuria al *Montaña de la Luz* del Rajá de la India.

Seguí ascendiendo paso entre paso, turbado y molido de esplendores; el aire cortaba dentro del pecho igual que delgada

cuchilla, zumbaba en los oídos el eco de áurea campana, ardían los ojos que ni una brasa y se pintaban de sangre, heridos con aquel fondo cruel. A poco no pude más.

Me recosté á una columnata truncada como ésas que ponen sobre algunas tumbas, y derramé la mirada por sobre un horizonte que apenas es dado contemplar desde la barquilla de un globo aerostático. Cómo entran en modestia, se aplastan y se achican farallones y serranías, abrumados por el escorzo.

A pocas cuadras, y á mi derecha, se alzaba el rey de los cuatro nevados que por allí enfilan, el Ruiz; así sería la escala de Jacob, porque la nieve rajadiza fórmale á éste curvadas graderías tendidas de armiño, y porque no le faltan, para remate del parecido, lajas y bloques que, lanzados al aire, forman las trabazones de alas que adornaron el sueño del hijo de Isaac. De todos los brotes de la cordillera, éste y el Tolima no han sentido todavía sobre su frente la planta del hombre, y se están, Dios sabe hasta cuándo, con sus tocas inmaculadas conservando los pliegues que dispuso la mano suprema. A su pie está el cráter, mitológico peñasco negro, lleno de ciclópeas tajaduras, y por cuyas quiebras parece que baja apretado florecimiento de jazmines en bancos macizos.

Ateridos, enfermos del poder que creó todo aquello, humildes bajámos del cisne, y por peligroso, desusado camino lográmos colocarnos al pie del tumor negro, reventado en virginales secreciones ¡Y qué pie! Es una plaza como de ochocientos metros cuadrados, nivelada al modo de una mesa de billar y tendida de una arena menuda, tan menuda que ni que la hubiesen tamizado por tupido lienzo; no se veía sobre aquel haz terso un objeto tamaño siquiera como una pieza de ajedrez; sólo sí un dibujo caprichoso que imitaba ramazones: era que una manada de ciervos lo había trazado con su fino casco. Este remanso amoroso me pareció, si cabe, más bello que los nevados: entre tánto desconcierto es muy dulce esta armonía; entre tántas cosas hondas y tántas cosas altas he aquí una que reposa serena con la amable tranquilidad del término medio. Que venga la geología á estudiar este *tour de force* de la montaña, olvidado por el análisis científico; venga, que aquí hay valles de eterna belleza por donde se puede discurrir largamente en las horas consagradas á la meditación.

Al menos listo en el estudio de las capas terrestres, se le alcanza lo que aquí sucedió, aunque jamás lo haya oído decir: "nos topetámos", cantan las cosas; "volámos y tornámos á caer en posiciones que, como veis, no las volveréis á encontrar en el resto de la tierra."

Es verdad: un peñasco plantado sobre otro en trágico equilibrio, sostiene una amenaza perenne que no cumple jamás; un

rodadero por donde bajó algo violento á quebrantar la llanura; escalones de orgullosa torre; alcobas para gigantes, allá entre los pulmones de solitaria piedra. Y al lado de tánto hecho y tánto objeto desproporcionados, pequeñeces adorables, filigranas, trabajos de hadas, mosaicos de flores que piden lente, delicadezas de mujer; ved, si no, los vestidos de lana cardada, tibia y amorosa que usan las plantas, verdes unos, cuáles blancos, amarillos otros; las flores, como á la vuelta de un teatro, se andan de uniforme con unas capuchas capaces de angustiar la mano más nítida.

En caravana de un desierto al revés del de Sahara, atravesámos la misteriosa llanura. Silbaba el viento, haciéndonos en la cara el efecto de una hoja de pringamosa; allá en el confín del arenal, por filada cuchilla, bajaban empujándose unos ciervos, con sus cabezas que á lo lejos simulaban un bosque deshojado. Sobre ellos llovieron balas y perros, mas ninguno quedó en el campo: flechados, ó punto menos, se metieron á su palacio y se perdieron por entre aquellos laberintos de cristal.

Poco después, toda la cordillera, como si hubiese caído en la cuenta de que la veían demasiado, echó sobre sí misma un velo de apretadas redondeces, ocultando las moles que aun nos faltaban por ver y dejándonos poco menos que perdidos entre una noche blanca. Era un egoísmo de belleza tonta. Fuera más dulce esta cumbre de gloria! Cómo sería el ajetreo de las gentes por correr á ponerle coronas bajo sus altos pórticos; aquí se estuviera alelada siempre la inspiración tejiendo festones de estrofas; y la fotografía desesperada por copiar una siquiera de las medias-tintas de purísima blandura que á cada roto de la nieve se ven, como leve boceto de pecado sobre un alma inocente. Mas no, que en estos predios blanquean las osamentas de los ganados que, inexpertos, han subido hasta aquí; en este regazo de infierno cándido duermen su sueño último los pájaros que pasaban extraviados camino del nido; y el hombre suspira por volverse allá abajo, donde la sangre se mueve con plácida cadencia y se coloran las mejillas al beso querido del sol.

Todavía más.

A esta gula de asombros le falta mucho para ser cabal. ¿Qué, os reís? Es muda, es un sepulcro puesto en alto; no tiene una rama que cante, un ave que arrulle, un insecto que zumbe, ni una sola vibración. Verdad que tal ausencia del ruido habla con abrumadora elocuencia, y que el tema que pone en juicio es nada menos que el nombre del Gran Espíritu; pero somos de carne, y entretanto, el pobrecito cuerpo se amilana, se turba, se muere; esta mudez se hace sentir más que ese gran concurso de cosas desdibujadas, violentas, dulcísimas á veces, no vistas en parte alguna, porque tal soledad pesa como una obsesión, duele

Es lo presente rápido celaje,
De la cercana tempestad aviso;
Lo porvenir, engañador miraje;
Mas lo pasado es huerto, y su ramaje
Nos devuelve un rincón del Paraíso.

En tal edén recóndito más pura
Surge de nuevo la mujer amada,
Completa, invulnerable su hermosura,
Y otra vez de su casta vestidura
Nos deleita la brisa perfumada.....

Bogotá, Noviembre de 1897.

ENRIQUE W. FERNÁNDEZ

DON CARLOS SEGISMUNDO DE GREIFF

(Conclusión)

VIDA DE DON CARLOS EN ANTIOQUIA.

Existe en el Departamento de Antioquia, en la región del Norte, una comarca situada entre los ríos Nechí y Porce; famosa especialmente, por los años de 1830 á 40, por la importancia de sus minas de oro. Entonces acudieron á Anorí, cabecera de aquel territorio sinuoso y escarpado, muchas personas distinguidas, ya por su inteligencia, consagración al trabajo y energía; ya por su instrucción y cultura y, principalmente, por su competencia en asuntos de minas. Pertenecían á la primera categoría, D. Julián Vásquez Calle, notable empresario, dotado de capacidad y juicio claro y reflexivo; D. José María Lalinde, D. Dionisio Bravo, D. Fernando Restrepo, D. Cipriano Isaza, D. Timoteo Bravo; y á la segunda, el Sr. Tyrell Moore, ingeniero inglés, ilustrado y de esmerada educación, que había estado antes en las minas de Marmato, y fundó más tarde la famosa empresa de *Sitioviejo* (ó Hacienda de fundición de Titiribí), hoy anexa á la Sociedad minera del *Zancudo;* y D. CARLOS SEGISMUNDO DE GREIFF, objeto de este escrito.

Entonces se estrecharon las relaciones de D. Julián Vásquez con el Sr. Moore y con D. CARLOS, las cuales fueron de estimación y sincera amistad, y muy provechosas para el adelanto industrial de la entonces Provincia de Antioquia.

rodadero por donde bajó algo violento á quebrantar la llanura; escalones de orgullosa torre; alcobas para gigantes, allá entre los pulmones de solitaria piedra. Y al lado de tánto hecho y tánto objeto desproporcionados, pequeñeces adorables, filigranas, trabajos de hadas, mosaicos de flores que piden lente, delicadezas de mujer; ved, si no, los vestidos de lana cardada, tibia y amorosa que usan las plantas, verdes unos, cuáles blancos, amarillos otros; las flores, como á la vuelta de un teatro, se andan de uniforme con unas capuchas capaces de angustiar la mano más nítida.

En caravana de un desierto al revés del de Sahara, atravesámos la misteriosa llanura. Silbaba el viento, haciéndonos en la cara el efecto de una hoja de pringamosa; allá en el confín del arenal, por filada cuchilla, bajaban empujándose unos ciervos, con sus cabezas que á lo lejos simulaban un bosque deshojado. Sobre ellos llovieron balas y perros, mas ninguno quedó en el campo: flechados, ó punto menos, se metieron á su palacio y se perdieron por entre aquellos laberintos de cristal.

Poco después, toda la cordillera, como si hubiese caído en la cuenta de que la veían demasiado, echó sobre sí misma un velo de apretadas redondeces, ocultando las moles que aun nos faltaban por ver y dejándonos poco menos que perdidos entre una noche blanca. Era un egoísmo de belleza tonta. Fuera más dulce esta cumbre de gloria! Cómo sería el ajetreo de las gentes por correr á ponerle coronas bajo sus altos pórticos; aquí se estuviera alelada siempre la inspiración tejiendo festones de estrofas; y la fotografía desesperada por copiar una siquiera de las medias-tintas de purísima blandura que á cada roto de la nieve se ven, como leve boceto de pecado sobre un alma inocente. Mas no, que en estos predios blanquean las osamentas de los ganados que, inexpertos, han subido hasta aquí; en este regazo de infierno cándido duermen su sueño último los pájaros que pasaban extraviados camino del nido; y el hombre suspira por volverse allá abajo, donde la sangre se mueve con plácida cadencia y se coloran las mejillas al beso querido del sol.

Todavía más.

A esta gula de asombros le falta mucho para ser cabal. ¿Qué, os reís? Es muda, es un sepulcro puesto en alto; no tiene una rama que cante, un ave que arrulle, un insecto que zumbe, ni una sola vibración. Verdad que tal ausencia del ruido habla con abrumadora elocuencia, y que el tema que pone en juicio es nada menos que el nombre del Gran Espíritu; pero somos de carne, y entretanto, el pobrecito cuerpo se amilana, se turba, se muere; esta mudez se hace sentir más que ese gran concurso de cosas desdibujadas, violentas, dulcísimas á veces, no vistas en parte alguna, porque tal soledad pesa como una obsesión, duele

Es lo presente rápido celaje,
De la cercana tempestad aviso;
Lo porvenir, engañador miraje;
Mas lo pasado es huerto, y su ramaje
Nos devuelve un rincón del Paraíso.

En tal edén recóndito más pura
Surge de nuevo la mujer amada,
Completa, invulnerable su hermosura,
Y otra vez de su casta vestidura
Nos deleita la brisa perfumada.....

Bogotá, Noviembre de 1897.

ENRIQUE W. FERNÁNDEZ

DON CARLOS SEGISMUNDO DE GREIFF

(Conclusión)

VIDA DE DON CARLOS EN ANTIOQUIA.

EXISTE en el Departamento de Antioquia, en la región del Norte, una comarca situada entre los ríos Nechí y Porce; famosa especialmente, por los años de 1830 á 40, por la importancia de sus minas de oro. Entonces acudieron á Anorí, cabecera de aquel territorio sinuoso y escarpado, muchas personas distinguidas, ya por su inteligencia, consagración al trabajo y energía; ya por su instrucción y cultura y, principalmente, por su competencia en asuntos de minas. Pertenecían á la primera categoría, D. Julián Vásquez Calle, notable empresario, dotado de capacidad y juicio claro y reflexivo; D. José María Lalinde, D. Dionisio Bravo, D. Fernando Restrepo, D. Cipriano Isaza, D. Timoteo Bravo; y á la segunda, el Sr. Tyrell Moore, ingeniero inglés, ilustrado y de esmerada educación, que había estado antes en las minas de Marmato, y fundó más tarde la famosa empresa de *Sitioviejo* (ó Hacienda de fundición de Titiribí), hoy anexa á la Sociedad minera del *Zancudo;* y D. CARLOS SEGISMUNDO DE GREIFF, objeto de este escrito.

Entonces se estrecharon las relaciones de D. Julián Vásquez con el Sr. Moore y con D. CARLOS, las cuales fueron de estimación y sincera amistad, y muy provechosas para el adelanto industrial de la entonces Provincia de Antioquia.

Desde aquella época hasta su muerte, prestó D. CARLOS importantes y desinteresados servicios á su patria adoptiva, y muy especialmente á la sección que después se denominó Estado y hoy "Departamento de Antioquia."

Mucho le debe el incremento de la industria minera, por haber sido el primero que estableció molinos de pisones ó *bocartes* en las vetas de Anorí y Riachón (en el distrito de Amalfi) y en Remedios. Con todo, fue generalmente desgraciado en el éxito de las especulaciones mineras, á las cuales consagró casi exclusivamente su inteligente laboriosidad, sin que esto le impidiese prestar sus servicios gratuitos al Gobierno, en calidad de Ingeniero Civil y como agrimensor único durante bastante tiempo; y cuando decimos Gobierno, nos referimos tanto al general como á los seccionales.

Bastante conocedor del áspero territorio de Antioquia, trazó el mapa de la Provincia y lo hizo litografiar á su costa en París, en 1857; y por encargo de los gobernantes, levantó muchos planos.

En 1845 á 48, bajo la Administración nacional del General Mosquera y la provincial de los beneméritos ciudadanos D. Mariano Ospina (1) y D. José María Martínez Pardo, fue encargado de la apertura del camino de Murindó, en la región occidental, hacia el Golfo de Urabá, obra de importancia en la cual se trabajó con empeño; si el país no la aprovechó, puede atribuírse á dos causas: la escasa población de aquel territorio, y las continuas revueltas políticas que paralizan y malogran los proyectos mejor combinados.

En esa época escribió frecuentes é importantísimos informes concernientes al proyecto de canalización del Istmo, para lo cual acopió datos en las penosas exploraciones que hizo por esa comarca, sin remuneración alguna, según nos ha informado el ilustrado Dr. Manuel Uribe Angel, entre cuyos papeles existe una interesante memoria de D. CARLOS sobre la geografía de la región del Chocó.

Durante muchos años desempeñó el cargo de Cónsul de Suecia y Noruega en la Nueva Granada.

En 1859, lo nombró la Administración del Doctor Mariano Ospina, Agrimensor Oficial de la Nación, destino que desempeñó por varios años.

El Presidente del Estado de Antioquia, Sr. Pascual Bravo, lo nombró, en 1863, Director General de Obras Públicas.

Como al fin de ese año hubiese ocurrido la revolución que dio en tierra con el gobierno del Sr. Bravo, éste, ó sus agentes, hicieron reducir á severa prisión á gran número de ciudada-

(1) El Dr. Ospina había nombrado á D. CARLOS *Subdirector de Caminos*.

nos notables del partido conservador, entre los cuales se contaba D. Julián Vásquez, muy respetado de sus compañeros, y muy querido amigo de D. CARLOS.

Con tal motivo escribió éste la siguiente carta, digna de que se la conozca, por ser muestra de una de las prendas más estimables del carácter de su autor—la gratitud:

Sr. D. Pascual Bravo, etc.

Medellín, 22 *de Diciembre de* 1863.

Mi muy apreciado señor:

Cuando ahora me tomo la libertad de dirigir á Ud. la presente, no es para abusar de la bondad con que Ud. me honra, sino para cumplir uno de los deberes más sagrados del hombre: la gratitud, no vale por beneficios recibidos y por una amistad invariable de más de treinta años.

En cuatro palabras diré todo: el tiempo es para Ud. ahora más precioso que nunca, y su ilustrada inteligencia y su corazón comprenderán perfectamente lo que con laconismo y sencillez pretendo expresar.

El Sr. Julián Vásquez es la persona á quien más arriba he aludido; yo creo conocerlo muy bien, para poder aventurar una súplica en su favor. Es hombre de carácter; aunque, y por eso mismo, no comprendido de los demás, y su amor al país y al progreso puede competir con el de cualquiera otro patriota.

Está preso, y desea obtener pasaporte para salir del país, solo ó con parte de la familia. Quiere irse á Suecia–¡mi patria!–Verificará su salida en el término más corto posible, es decir, en unos pocos días contados. ¡Qué felicidad no sería la mía, poder ofrecer en mi país natal y al lado de un hijo mío, un asilo á un amigo que, por su parte, ha hecho tánto por suavizar mi suerte y la de mi familia, en todas las peripecias de la vida.....que acepté por uno de esos impulsos juveniles que no tienen explicación!

Todo se lo he dicho yá: nada más tengo qué añadir, sino repetir á Ud. las seguridades de mi muy distinguido aprecio, y que quedaré constantemente agradecido por una favorable resolución de Ud. en el presente negocio.

Tengo el honor de ofrecerme de Ud. muy.....adicto,

CARLOS S. DE GREIFF.

En los años siguientes, se ocupó en el deletéreo clima de Remedios, en la Dirección de las minas de la *Compañía Inglesa de Frontino y Bolivia, Limitada*, á las cuales consagró su laboriosidad infatigable y sus profundos conocimientos, logrando así reparar las faltas de administraciones anteriores y poner aquéllas en pie más ventajoso.

Entonces intervino también en el montaje de la importante mina de *Cristales*, perteneciente á socios antioqueños, uno de los

cuales, y sin duda el principal, D. Julián Vasquez, donó á su amigo D. CARLOS (ó á sus herederos) una treintava parte en esa empresa, cuando ya empezaba á producir copiosos frutos.

Desempeñó el cargo de Director de la Compañía Inglesa hasta más allá de los setenta y siete años, pues aunque bien merecía el reposo quien tanto había trabajado, le impulsaba todavía á la lucha el deseo vehemente de atender á su familia hasta el último instante de su vida.

Había ya pasado por el trance doloroso de la muerte de seres para él muy queridos: la de su cara esposa, el 22 de Mayo de 1860; la de su noble hijo Jaime, el 14 de Octubre de 1868; la de su primer nieto Carlos, el 27 de Diciembre de 1860; y la de otro de sus nietos, Jaime, el año de 70.

En tales circunstancias, halló D. CARLOS el descanso. La muerte le sorprendió en Remedios, lejos de su familia, el 29 de Julio de 1870, á los 77 años, 6 meses, 29 días.

Sobrevivióle su amada hermana Doña María, señora ilustrada, benévola y modesta, viuda de D. Carlos Uldarico Hauswolff, químico é ingeniero, natural de Rusia, que vino también á la Nueva Granada, como miembro del grupo de hombres laboriosos y útiles que, con destino á varias empresas que debía establecer en este país, había contratado la casa de Goldsmith y Cía. de Londres.

Se imaginará hasta el menos inteligente de nuestros lectores la angustiosa situación en que aquellos interesantes extranjeros debieron encontrarse en nuestro país: desconocidos, pobres, sin apoyo; y para colmo de desventuras, en una comarca atrasada, que acababa de terminar la guerra de independencia, para continuar uncida al carro de la anarquía y de las contiendas civiles, por largos años.

DON CARLOS COMO JEFE DE FAMILIA.

Los hijos de este benemérito extranjero fueron:

1º Luis, nacido en Medellín, en 1826, inteligente Ingeniero de vías férreas, casado en Suecia, en donde murió en 1872.

2º Jaime, nacido en Rionegro, en 1828, casado en 1858 con la señorita Dolores Obregón.

3º Oscar Odín, hábil y experto en los oficios de la Contaduría de Hacienda, nacido en Rionegro en 1830, casado en 1852 con la señorita Cecilia Obregón. Murió de manera desastrosa en 1876.

4º Víctor Eugenio Napoleón, nacido en Anorí en 1833.

La correspondencia íntima escrita á las personas de la familia, sin la menor intención de que sea conocida del público,

es sin duda la clave principal para penetrar el interior del hombre.

La de D. CARLOS nos pone de manifiesto que si era hombre de cabeza bien nutrida, y de organización vigorosa y enérgica, capaz de soportar todas las penalidades del trabajo y de sobrellevar con mansedumbre y dignidad todo el peso de la adversidad, poseía también un corazón lleno de fibras delicadas y sensibles, abundante en grandes y nobles afectos, que lo mantenían estrechamente unido á su familia, la cual le correspondía con amor y respeto, y ternura no menores. Esa correspondencia muestra, por otra parte, al pensador espiritualista imbuído en la doctrina de los Evangelios.

Veamos algunos rasgos.

A UNA NUERA EN 1867.

Mi querida Cecilia y apreciadísima hija:

Considero que Ud. está yá muy brava conmigo por la demora de Oscar; pero esto no es del todo justo. Los negocios del uno y del otro tienen sus complicaciones, y detienen á los hombres contra su voluntad aun por toda la vida, á distancias enormes de todos sus afectos. Así ha sucedido conmigo, que por cuarenta y tres años no he podido besar la tierra tan querida que me dio no solamente la vida, sino que guarda los restos de mis padres; que me ha dotado con las gloriosas tradiciones del pueblo más heroico del mundo; y, además de todo esto, que me dio una esposa que fue mi felicidad, y ahora el más dulce recuerdo de lo pasado. Ah, Cecilia! quizá Ud., y seguramente casi todos creen que bajo esta capa de indiferencia y aun de jovialidad pasajera que me caracteriza, sólo hay olvido. Nó! Debajo de la cáscara carcomida por el roce con la vulgaridad que aquí le rodea, late un corazón independiente de todo, menos de la memoria de lo perdido y del amor que invariablemente conserva á lo que le ha quedado.

Oscar piensa salir de aquí (Remedios) en la primera semana final del caprichoso mes de Abril, que no es de verano, pero tampoco de invierno. Las minas aquí van regularmente bien, pero anteayer hubo una violenta tempestad: hizo bastante daño en *Juan Criollo* y *Colombia* y creo que también en otras minas. Un rayo cayó en una tienda y dañó algunas cosas, más valuables que los pulperos que aún dormían y que escaparon sin lesión alguna.

Novedad no la hay; y si la hubiera, Oscar se la habría contado, y yo soy enemigo de las repeticiones, menos de las protestas de mi afecto para Ud.

Por consiguiente, van mis expresiones de este afecto, así como para los niños y para toda la familia, tanto dentro de su casa de Ud., como las de extramuros, confundidas en la Confederación Greiff & Obregón.

Adiós, mi buena hija; Dios le dé felicidad, salud y paciencia. Oscar va como vino el arcángel Gabriel, cuando nadie lo espe-

raba. Yo, pobre, no tengo salida, y por esto me compadezco á mí mismo, diciendo como Enrique IV: "*On ne peut en être mieux qu'au sein de sa famille.*"

CARLOS S. DE GREIFF.

A UN NIETO.

Juan Criollo, 21 *de Octubre de* 1867.

Mi muy querido y pensado Gustavo:

No sé si Ud. comprenderá en toda su extensión la inmensa pérdida que todos hemos hecho, ó Ud. más que todos, con el lamentable fallecimiento de Jaime, tan amado, como padre, por Ud.; como hijo, por mí; en ambas cualidades inmejorable.

Yo he perdido un firme apoyo para mi vejez, y Ud. el más perfecto modelo por sus virtudes, por su inteligencia y por su ilimitado amor á la familia. Ud. ha perdido el mejor maestro para durante su adolescencia; el sabio é ilustrado Mentor para toda su vida; y al mismo tiempo, ha quedado desde tan temprana edad, doblemente comprometido á aplicarse y ser el consuelo y el apoyo firme de su amada madre, de sus hermanitos Eduardo y Juan, y la honra de su tan respetable y justamente lamentado padre.

Yo, que por mi edad debiera haber precedido por muchos años en la muerte á Jaime, y que, con el entusiasmo del más puro afecto á la familia, diera mi vida para rescatarlo, he quedado constituído, cuando el sacrificio de los pocos días de vida que me faltan es imposible, á consagrarme á su mamá, á Ud. y sus hermanos, en todo aquello en que pueda mitigar la desgracia sufrida. Dígalo así á su querida mamá Dolores, á Eduardo y á Juan, y cuente Ud. con toda seguridad con el cumplimiento de esta mi promesa. Mientras que esté aquí, trabajaré para Uds.; cuando me reúna con Ud. y sus hermanos, mi mayor placer será instruírlos en todo lo que les pueda ser útil y hacerlos dignos de tan buen padre como Jaime, cuya memoria vivirá por largo tiempo, tan resplandeciente como fue sin mancha su vida durante su tan corta pregrinación entre nosotros.

Dios le ha llamado á su glorioso seno, sacándolo del martirio de una lucha ingrata con lo que vulgarmente llamamos "la suerte"; pero que no es otra cosa que los obstáculos que la perversidad de los hombres acumula sobre el camino recto que sigue el hombre franco y honrado, sin otro guía que su conciencia y su convicción de lo justo.

Debemos consolarnos con la persuasión de que Jaime goza en las moradas celestiales del premio que Dios el grande y misericordioso, tiene destinado para todos los mortales virtuosos y cumplidores de su santa ley. Debemos también consolarnos con la persuasión de que el que muere, no rompe por esto los lazos con todos los seres queridos para su corazón, que han quedado sobre la tierra. Nó! Gran parte de la bienaventuranza debe ser la de poder gozar de la felicidad de las personas amadas que han quedado; y éstas, por su parte, deben también abstenerse de toda acción ó pensamiento que pueda ofender al que desde lo alto vela por ellos y go-

za ó sufre con ellos. Así, mi muy querido Gustavo, tenga siempre presente el digno ejemplo de su papá, que los dos lloramos. Tenga también presente que, aunque su cuerpo ha sido sepultado en la tierra, su alma vive en el cielo ó rodea incesantemente á los que hicieron parte de su corazón, pues el amor en espíritu es inmortal; y existe, sin duda alguna, entre nosotros y la Divinidad una cadena invisible y misteriosa, por la cual quedan eternamente unidos los que se amaban sobre la tierra.

Adiós, mi tan querido Gustavo! Lo que le he dicho no es un razonamiento frío y estudiado. Estoy demasiado conmovido por la inmensidad de mi pérdida; pero la misma desgracia anuda más fuertemente los lazos de la amistad. Y así es que lo saludo como su fiel é invariable

PAPÁ CARLOS.

A UNA NUERA.

Señora Dolores Obregón de Greiff.

Remédios, 16 *de Mayo de* 1870.

Mi muy querida y siempre pensada hija:

Anoche recibí la carta de Oscar, con la tan fatal noticia del fallecimiento de nuestro tan amado Jaimito.

Digo *amado*, porque este precioso niño, como también todos mis hijos y nietos, son los lazos que me tienen ligado á la vida, la cual, sin Uds., para mí no tiene ningún valor. Para mis postreros días, y si algún descanso me fuere concedido ¡qué más pudiera yo desear que verme rodeado de todos aquéllos á quienes tánto quiero y que parecen profesarme verdadero afecto!

Pero, aunque así puede aparecer, por lo que tengo dicho, que soy egoísta, no es así, mi querida Dolores. Yo sufro en esta ocasión por mí, pero infinitamente más por Ud. La mano del Señor ha caído duro sobre los dos; pero yo no tengo porvenir, y Ud. tiene por delante una vida cuya principal delicia sería verse rodeada de sus hijos, yá hombres, yá distinguidos por sus virtudes y sus méritos, todo obra de Ud., que ha sabido llenar el gran vacío que dejó tras de sí nuestro nunca olvidado Jaime!

No soy capaz de usar de frases banales para tratar de consolar á Ud.: únicamente puedo asegurarle que mis simpatías para con Ud., si fuera posible, irían todos los días creciendo, después del triste acontecimiento de que me ocupo y que tan cruelmente me aflige. Así, créame, mi querida hija, que Ud. siempre tendrá en mí, durante mi vida, el más sincero y más apasionado amigo, y con Ud. me consagraré á formar en los corazones de Gustavo y de Eduardo, sentimientos consoladores para Ud., y la más justa recompensa por los servicios de Ud. y su desvelo como madre. Salúdelos; dígales lo que espero de ellos, y la grande obligación que á ellos corresponde, para premiar á Ud. y mitigar los sufrimientos que Ud. tiene y ha tenido por la pérdida de Jaime, su esposo, y de Jaime, su hijo, ambos, por sus cualidades, inimitables.

El final de mis oraciones de la noche, ha sido y es:

"Que todos aquéllos á quienes yo he podido ofender, me perdonen de corazón y que se reúnan con mi nunca olvidado Carlitos (ahora será Carlitos y Jaimito) en plegarias al Altísimo para mi salvación: asi podré ser partícipe de la vida eterna, al lado de Nuestro Señor Jesucristo.—Amén."

Nuestro Salvador dijo, según los Evangelios, que nada puede negar á estos niños ¿Cuánto más grande será mi garantía de felicidad eterna, si esos dos queridos levantan su voz delante del trono del Señor, rogando por su anciano abuelo que tánto les amaba, que tan bien sabía apreciar lo que valían!

Han cumplido su misión. En cortos días han creado para sus madres, padres y allegados, recuerdos gratos é imperecederos. Están en la mansión de los bienaventurados. Seríamos ingratos si, conociendo la felicidad de ellos, no cambiáramos nuestro pesar y llanto en calma y sumisión á la voluntad del Señor; conservando en nuestros corazones únicamente una dulce memoria de lo que fueron para nosotros en la vida, y apreciando la fortuna de ellos de haber dejado este mundo en toda la plenitud de su propia inocencia y gozando del amor de sus madres y allegados, ignorando los sufrimientos y vicisitudes que acompañan á todo sér humano.

Yo, mi querida Dolores, no puedo decir bien todo lo que querría decirle, pues mis consejos de resignación no emanan del corazón, sino de la razón. Dicen, no lo que es, sino lo que debe ser. Lo que sí nada tiene de estudiado es que siento profundamente la pérdida que Ud. ha hecho. Que encuentre en Gustavo y Eduardo y en la conducta de ellos, un consuelo positivo; y que nunca dude de lo mucho que la quiere y la aprecia su viejo amigo

CARLOS S. DE GREIFF.

Para terminar este bosquejo del eminente Sr. de GREIFF, añadiremos las líneas que escribió su hijo Oscar, como complemento de las memorias de su padre, en 1871:

"Era hombre de conversación sumamente chistosa; de carácter romano; hospitalario; generoso hasta la prodigalidad; profundamente instruído en muchos ramos del saber humano, particularmente en las matemáticas, en latín é idiomas modernos. Infatigable en el trabajo, soportaba con resignación todas las inclemencias á que lo exponían sus rudas tareas de minero y agrimensor, y siempre se le hallaba de genio festivo, aunque estuviese devorado por penas interiores profundas que hubieran dominado caracteres de otro temple.

"Murió pobre, á pesar de una vida tan laboriosa como la de ningún otro hombre sobre la tierra. No dejó un solo enemigo; todos los pobres lamentan su pérdida; su familia perdió con su muerte todo cuanto poseía, y la industria antioqueña, uno de sus más inteligentes y apasionados obreros. Era progresista en extremo; de costumbres puritanas; amante de su familia hasta

el delirio, y de la humanidad en general. No tuvo una sola mancha en su larga vida, y por eso, sólo ha dejado en este país admiradores de su genio y de sus virtudes, amigos íntimos, agradecidos ciudadanos. Lega á sus hijos la más pura de las memorias, el mejor modelo de virtudes, el más santo de los recuerdos; y á su patria adoptiva, multitud de conocimientos científicos é industriales.

"El Libertador y muchos hombres notables del país, tales como el General Joaquín Acosta, Ancízar, Gómez Plata, Lino de Pombo, Carlos Martín, Rojas, Florentino González etc. etc. lo honraron con su amistad, y sostuvieron con él permanentes relaciones.

"He hecho estos apuntamientos á la ligera, para que una pluma digna escriba la biografía de CARLOS S. DE GREIFF, como lo merece su memoria. Los datos son incompletos, particularmente en lo relativo á su vida en Antioquia."

Cuatro palabras para terminar.

Deseamos con vehemencia que este breve, aunque imcompleto bosquejo, sirva para dar testimonio de que todavía hay en Antioquia quién recuerde la grata memoria de D CARLOS S. DE GREIFF y reconozca los talentos y virtudes que le adornaban, y los beneficios que con tales dotes supo hacer á su patria adoptiva, en la cual dejó nietos que, por las recomendables condiciones de actividad, honradez y conducta arreglada, honran la raza á que pertenecen.

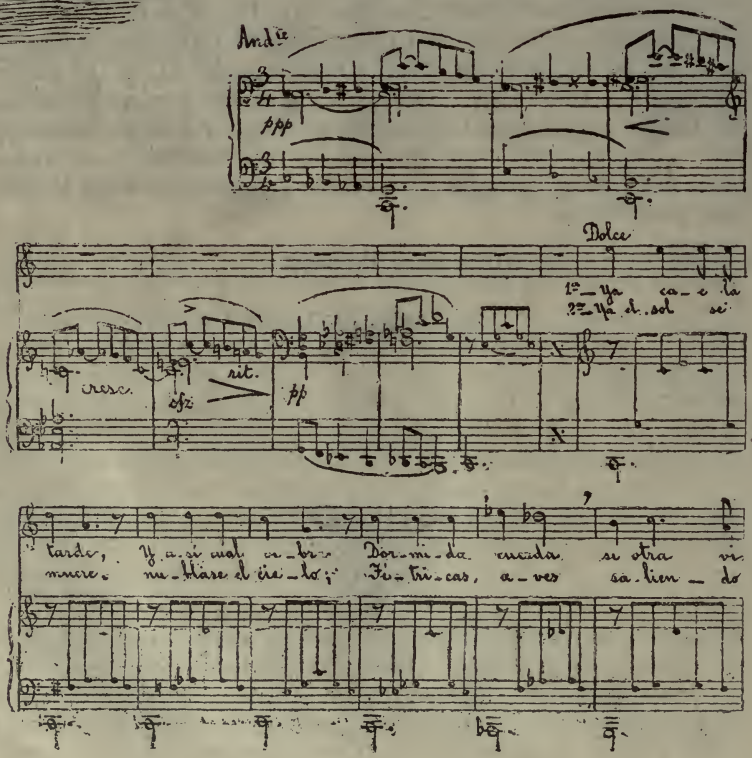
Medellín, 3 de Noviembre de 1897.

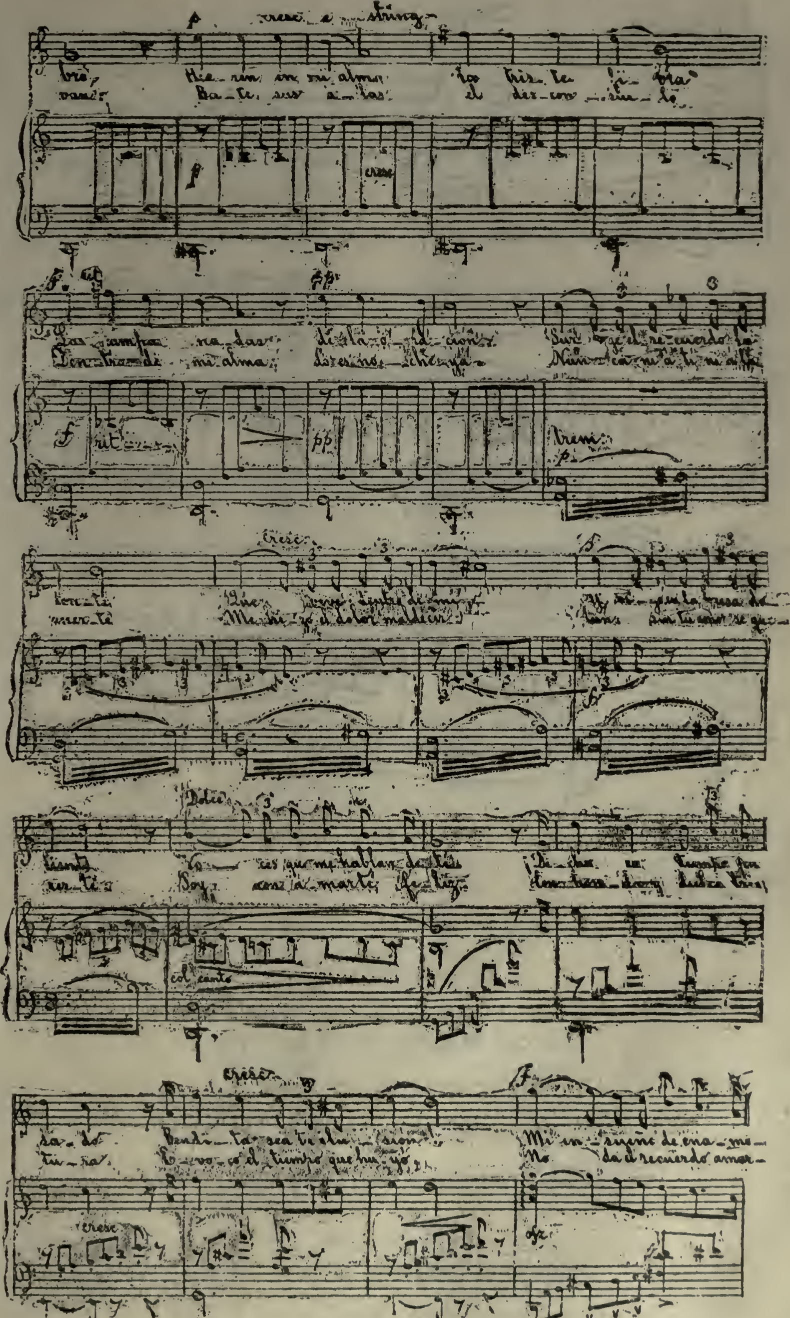
ESTANISLAO GÓMEZ BARRIENTOS.

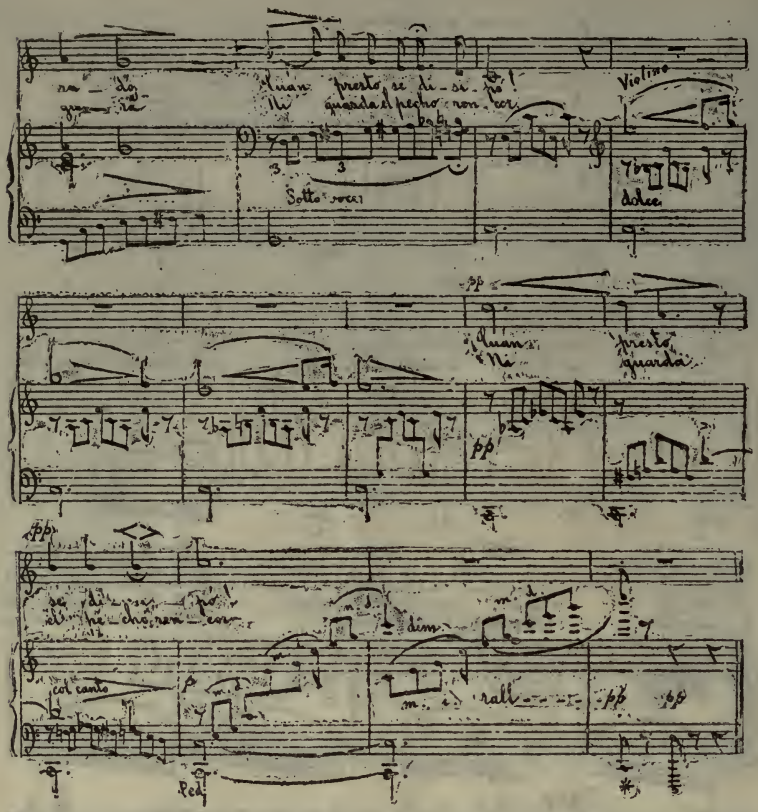
ROMANZA

Música de GONZALO VIDAL.

Letra de G. LATORRE. Dibujo de F. A. CANO.




cresc.
string.
trem.
Dolce
col canto



I

Ya cae la tarde, y así cual vibra
Dormida cuerda si otra vibró,
Hieren en mi alma la triste fibra
Las campanadas de la oración.

Surge el recuerdo latente
Que vive dentro de mí,

Y oigo en la brisa doliente
Voces que me hablan de ti.

¡Dichoso tiempo pasado,
Bendita sea tu ilusión!....
¡Mi ensueño de enamorado
Cuán presto se disipó!

2

Ya el sol se muere, núblase el cielo,
Tétricas aves saliendo van:
Bate sus alas el desconsuelo
Dentro de mi alma, do es noche yá.

Nunca ni á ti ni á la suerte
Me hizo el dolor maldecir:
Aun sin tu amor, sé quererte:
Soy con amarte feliz.

Con honda y dulce tristura
Evoco el tiempo que huyó:
No da el recuerdo amargura
Ni guarda el pecho rencor.

EN EL SILENCIO DE LAS SELVAS

LOS leños gruesos de la hoguera—encendida en la reciente *abertura* del *tambo* de las Cruces, sobre una rodilla de la montuosa cordillera,—ardían con tenacidad poderosa y serena, mientras los chamizos crujían y chisporroteaban, deshaciéndose en contorsiones efímeras entre el abrazo de las llamas vibrantes y pálidas, cuyos limbos traspa-rentes se confundían con la luz magnífica de la tarde. Las ondas concéntricas de aire caliente quebraban los rayos luminosos y, hasta cierta altura, por encima de la hoguera, al través del humo casi invisible de la leña seca, todo se veía estremecer como en un temblor de fiebre: las faldas enormes de la montaña cubiertas de oscura selva que en sus más hondas cañadas iba ya tomando, entre los vapores suaves que subían del fondo, vagos tonos de amatista, y á cuyo pie pasaba el Cauca, precipitado, vociferando de enojo, á despeñarse, como en un rapto de despecho, por las estrecheces rocallosas de La Iglesia y Santa Bárbara, tragaderos insaciables de tántas vidas!; los filos más altos de la cordillera, que destacaban sobre el azul profundo, apacible y triste del cielo de diciembre su perfil caprichoso, en que los rayos últimos del

sol poniente, visibles cual haces diamantinos entre el aire, trazaban sobre la línea del alto follaje, como fina pincelada, una orla de verde tierno con visos de oro; y, entre los riscos de ese lomo, dominando la profundidad indecisa y sugiriendo la idea de frescura y quietud, los prados que rodean el caserío de Raudal, tachonados aquí y allí por las manchas blancas de los grandes bloques de cuarzo inmaculado, que sabe Dios qué cataclismo descomunal hizo rodar ó volar á esas alturas. La quietud del aire permitía al humo tenue de la hoguera ascender en columna recta y azulosa, hasta deshacerse entre las ramas del encumbrado *caraño* que nos daba sombra; y en torno nuestro, tras el calor del día que iba yá disipándose, reinaba el silencio religioso de las grandes selvas, que infunde pavor y enternecimiento.

Es grato, después de larga y pesada marcha de muchas horas al través de terrenos quebrados y desconocidos, por trochas anónimas y casi borradas, que trepan, como caminos de hormigas, por las faldas más empinadas y pedregosas, entre troncos y malezas y raíces salientes y embrolladas; es grato, después de tántas horas de respiración anhelante y en que el corazón–puesto á dura prueba, y averiado además por la anemia con que á todos nos regala tarde ó temprano esta gran zona tórrida, madrastra suntuosa y despiadada,–ha tenido que duplicar, como una caldera medio obstruída, el número y la fuerza de sus movimientos, recibiendo la sangre requemada pobre ración de aire tibio; es grato dejarse uno caer al fin, rendida la jornada, al pie de un árbol, sobre colchón de hojarasca, bajo la sombra amiga, entre soplos frescos, sintiendo cómo va enfriándose el sudor y haciéndose más lenta y normalmente el trabajo de los pulmones y del corazón, en la bienhechora lasitud creada por el mismo esfuerzo y que es una especie de embriaguez de los músculos, llena de torpitud y de bienestar.....

Para el que se halla en ese estado dichoso, cualquier plato y cualquier lecho son buenos. Mi compañero, el negro Nemesio, –viejo minero impenitente, medio averiado por la gota y que en sus ratos de ocio ejerce con maestría el oficio de patrón de canoas entre Valdivia y Nechí, con residencia en el rancherío de Candebá,–se ocupaba, callado y abstraído, en dar vueltas á las lonjas de carne y á los *hartones* que se asaban al rescoldo, y que, preparado el estómago con un largo trago de anisado momposino, por vía de superfluo aperitivo, habían de constituír, con buenas onzas de panela, nuestra rica cena. Desde que Nemesio me hizo su compadre (hace de esto siete años), reina entre los dos cierta familiaridad sencilla que no excluye, debo decirlo con todas sus palabras, el mutuo respeto; pero es la verdad, que en los últimos días mi amigo parecía menos comunicativo y, aunque aprovechaba toda ocasión de estar á mi lado,–como que siempre,

y á pesar de su gota, era mi indispensable compañero en cuantas excursiones por el estilo de aquélla me tocaba emprender, por estudio, por curiosidad ó por interés de negocio, en las inmensidades solitarias del distrito de Cáceres, acaso el más rico naturalmente, y sin duda el más desconocido entre los que forman el Departamento,–no era en ésta el camarada animado y festivo de otros días, sobre todo de los de nuestras primeras confidencias, cuando, obligado yo á permanecer en su rancho á la orilla del Puquí por larga temporada, me entretenía con el relato nervioso de sus alegres aventuras juveniles, casi todas contadas mientras me llevaba de paseo en su canoa, Cauca arriba, costeando las ricas tierras incultas, en que en éste desembocan el Nerí, el Purí, la Clara y el Pescado. Su mayor y mejor hazaña, si mal no recuerdo, fue el descubrimiento de la mina de *Chorro-Negro* (en las cabeceras de Tenche-Bravo, en Tacamocho), cuya fama y tradiciones maravillosas viven en el recuerdo de todos los mineros de la región, y cuyos pingües productos–que pronto, como era natural, vinieron á corresponder, por la inexorable ley del embudo, á los *gamonales* del lugar,–dieron por algunos meses á mi compadre, en aquellas mortíferas tierras de promisión, importancia y notoriedad desmedidas y justas, tan justas y desmedidas, por lo menos, como las del difunto Jay Gould, en los Estados Unidos, ó las del no menos difunto Barnato, en Inglaterra. . . .

—¿Por qué no quería usted que avanzáramos hoy hasta aquí, compadre?–acabé por preguntarle, deseoso de sacarlo de un silencio que en aquellas circustancias no dejaba de ser embarazoso.

—Yo lo que quería era que no monteáramos por este lado. Pero una vez que hay que hacerlo, lo mismo es para mí quedarnos aquí que en cualquiera otra parte. . . . . .

Sólo el que desconociera la delicadeza y distinción de aquel negro, se habría creído autorizado para insistir; pero no puedo negar que ya mi poca curiosidad estaba bastante excitada, y me contrariaba no verla satisfecha.

Nemesio se había puesto á mirarme con un aire extraño, siempre, en sus ojos más que en su boca, con aquella su sonrisa triste de deferencia y bondad. Fea cabeza, á fe mía, color de nogal curtido y en que parecían fundidas las facciones del zorro malicioso con las de la cabra inocente y juguetona; pero cabeza simpática. El pelo *pasudo* y entrecano; la nariz chata y encorvada; pequeños, vivos, inteligentes é inquietos los pardos ojos, sombreados por cejas tupidas que parecían festones de musgo color de crema; la boca grande y siempre á medio abrir, mostrando los dientes blancos, parejos y limpios de la encía superior, que parecían constantemente empeñados en mantener levantado el cortinaje del labio y asomarse á ver lo que pasaba fuera;

grandes orejas, una de ellas mermada en más de la mitad por algún navajazo de mano maestra; sobre el labio superior y por las mejillas y el mento, unas cuantas guedejas de pelos enroscados, largos y canosos, que semejaban copos de limalla fina y sin brillo; los carrillos hundidos y arrugados; los pómulos salientes; estrechos el ángulo facial y la frente; y en el pescuezo negro y enjuto, que asomaba por entre el cuello abierto de la camisa de *listado*, entre camándulas y escapularios, magníficas vetas del *carate bajero*, de un color pudibundo y delicado como el de las carnes que pintaba Rubens, y que en pies y manos se acentuaba hasta convertirse en escamas de un rosado limpio, como el que luce con frecuencia en el fondo de las conchas marinas.

Al observar el silencio mío, el negro adivinó sin duda mi pensamiento, y, fijando la vista en la hoguera, cuyo combustible iba renovando automáticamente, se puso á hablar en voz baja y como quien se sumerge en un soliloquio de desaliento.

—Es que yo había prometido no volver á entrar á este monte desde la cosa del pobre Félix.....

—Y qué fue? Nunca me ha hablado usted de eso.

—No se lo he contado porque es cosa triste, aunque tan simple!

—Pues, hombre, las cosas tristes son siempre las que más interesan, porque son las que uno entiende mejor. ¿Cómo fue eso?

—Vea. Cuando ya dejé de entrar á *barequear* en las *labores* altas del Puquí, Félix, el muchacho mío, que antes me había acompañado siempre, resolvió seguir trabajando para los dos, porque yo estaba poco menos que inutilizado. Hacía años que se había casado en Sampedro, y estaba empeñado en conseguir con qué comprar casa en el pueblo. Cuando todos los *barequeros* de Sampedro y Copacabana llegaban al comenzar el año y se entraban á buscar oro á las cañadas, Félix era siempre el más animoso: se estaba con nosotros dos ó tres días en Candebá, y después se iba tan lejos que á veces pasábamos hasta tres meses sin saber de él, pues no salía ni á Semana-Santa. De cuando en cuando algún compañero que bajaba á Candebá á buscar bastimentos nos traía noticias del muchacho. Era muy callado y como triste, y sólo cuando tomaba trago se le oía conversar con los otros mineros y cantar. Casi siempre trabajaba solo, con un perro que lo acompañaba, y se entraba á la cañada más remota, por buscar los puntos menos *sapoteados*, aunque supiera que eran los más *bravos* y trabajosos. Con la barra ó con la batea en la mano no hubo jamás quien le echara el pie adelante, ni hubo hombre más bueno con su gente ó con los infelices. Tuvo años buenos y años malos. Cuando la otra guerra grande, contando

con unas *cintas* bonitas que había cateado en *Morro-Viejo* (todavía vertientes al Puquí) y que dejó tapadas para salir á ver la familia, compró por fin la casita, fiada, y volvió á clavarse en esa cañada, que queda como á dos leguas de este punto. Estaba tan esperanzado y tan contento, que le mandó promesa al Cristo de Zaragoza, y les mandó de regalo á las tres hermanitas (que una de ellas es la ahijada suya, compadre,) *catcítos* de más de á peso. Manuela mantenía vela prendida á la Virgen, para que el pobre muchacho saliera vivo de esos morideros, y con platica. Siempre dejaba el trabajo en Noviembre; y lo que es para Nochebuena, de un modo ó de otro, estaba en su casa con su gente, después de dejarnos alguna cosa á los viejos, al pasar por Candebá. No ha habido hombre que más haya querido á sus padres, á su mujer y á sus hijos que Félix. De éstos tenía tres, dos hombrecitos y una muchachita, nacida en la canícula de ese año. Yá era tiempo de que Félix pasara, y no parecía; un *guaquero* de Donmatías, que durmió en casa y que salía á la Nochebuena, nos dijo que se sabía que Félix estaba lavando muy buenos diarios, y que con uno de Sampedro le había escrito á la mujer. Creímos que era que no se resolvía á dejar sin sacar toda la *cinta*....Pero iba pasando el tiempo, y cuando menos lo pensámos llegó á casa la nuera, una muchacha blanca y fina, con la niñita de pechos, y con la noticia de que Félix estaba enfermo y se empeñaba en no salir hasta completar la plata de la casa. La muchacha se llama Rosa María. Llevaba ocho días de jornada y lloraba seguido, sin quejarse. No quiso demorarse, sino que me fuera con ella; ni dejar la niña. Por aquí subímos con un baqueano; yo con un susto que no me dejaba hablar; la otra apurando, apurando, adelante y casi rendida. En este *tambo* nos quedámos la segunda noche; al otro día, que era el de Nochebuena, tal como hoy, con mucha brega caímos al cañón de *Morro*, y, tiñendo oración, llegámos al ranchito del trabajadero, entre el monte, en una cañada negra y triste como un engaño....El perro estaba echado, dormido, al pie de un *estantillo*, junto á las piedras del fogón; abrió los ojos al sentirnos, y, cuando nos reconoció, no hizo más que mover despacio la cola, y volvió á dormirse. Rosa me entregó la criatura, sin decir palabra, y se subió al zarzo. Yo subí detrás. Prendí fósforos, y vimos á Félix, tendido boca arriba, desencajado, tieso, y que en una mano apretaba el cristo de cobre de la camándula y en la otra un trapo de oro.....Haría por lo menos dos días que estaba muerto; y hubo que enterrarlo en el ranchito....y ojalá no tenga yo que volver á entrar nunca á este monte, compadre....

Llegaba la noche. Nemesio, al terminar su relato, se quedó mirando al fuego, como quien á solas mira una visión amada y querida; y las llamas de la hoguera, que se hacían visibles entre

la sombra, vibrando como espadas ensangrentadas y homicidas, proyectaban rojos reflejos temblorosos sobre las pupilas húmedas del viejo. La gran falda de la cordillera frente á nosotros estaba yá toda envuelta en su manto de niebla violácea; y caía del cielo un suave aliento de tristeza, en esa hora sencilla de melancolía y de muerte, solemnizada por el silencio religioso de la selva interminable, y extrañamente turbada por el clamor ronco del Cauca, que, desde allá abajo, hundía hasta lo más profundo de aquellas cuencas desiertas y mortíferas donde el oro se cría, su grito de despecho y de protesta.....

PEDRO NEL OSPINA.

Diciembre de 1897.

ANTIOQUIA Y CAUCA

(Continuación)

V

DIFERENCIACIÓN DE LA RAZA ANTIOQUEÑA

HEMOS señalado antes lo sucedido con la ciudad de Victoria, cerca á Honda, y los motivos porque se prohibió hacer nuevas poblaciones al occidente del río Magdalena. Los pobladores españoles eran demasiado escasos, las comunicaciones muy difíciles, y se quería concentrarlos en ciertas regiones para no comprometer el éxito de la conquista. Mas á pesar de esas prohibiciones oficiales, la sed de oro hizo que grupos de españoles se internasen en los extensos bosques de estas serranías, donde se establecieron por su cuenta y riesgo, protegidos contra las influencias oficiales por lo abrupto del terreno y las dificultades para viajar en él. Todo el territorio entre el Magdalena y el Pacífico, al sur de Cartago, estaba cubierto por selvas seculares, y para poder adaptar algún cultivo á ese suelo ingrato, era precisa ruda é incesante labor: así aquellos primitivos colonos tuvieron desde el principio que sostener incansable lucha, y derivar su vida del más asiduo trabajo. Por raro acaso vinieron en esos tiempos algunas familias de los Montes Pirineos; de raza vasca algunas de ellas, á juzgar por los apellidos; gente sencilla, de hábitos severos; religiosos; acostumbrados á luchar, para subsistir, con las dificultades de un territorio igualmente abrupto, contra una naturaleza ingrata y en climas rigurosos. Fue gran fortuna para estas nuevas fundaciones el que viniesen algunas mujeres de aquella región, y sería bien curioso saber con precisión cuáles fueron aquellas primeras damas, humildes heroínas, las creadoras y aclimatadoras aquí de los hábitos sanos á que este pueblo debe su carácter especial y distintivo.

Durante largos años, los centros propiamente antioqueños fueron desarrollándose poco á poco, por propia iniciativa, lejos de corruptoras influencias oficiales y políticas. Al fin advirtieron en Santafé que existían aquellos nuevos pueblos ó colonias, y el Gobierno trató de sujetarlos á vida civil; pero muchos se resistieron á aceptar los alcaldes que les mandaban de la Corte virreinal, y la cosa llegó á tal punto que les llamaban *cimarroneros*. Al fin, algún Virrey hizo viaje á reducir estos súbditos rebeldes, trayendo consigo alguna fuerza; pero no hubo lucha, ni podía haberla: el Virrey sólo encontró sencillos campesinos,

con familias honestas y numerosas, sin más armamentos que sus hachas y azadas, derribando los bosques y labrando sus minas, cuyo oro cambiaban por mercancías de Castilla con los mercaderes de Mompós. El Virrey nombró los alcaldes de entre los mismos habitantes y regresó á Santafé. Desde entonces nada volvió á ocurrir en la vida política de este pueblo hasta 1810, cuando proclamó su independencia.

La diferenciación de esta raza es, pues, el resultado de la lucha de un pequeño grupo de colonos españoles por adaptarse al clima y suelo de esta parte de la Gran Cordillera de los Andes, cuyas enormes faldas estaban cubiertas de selvas vírgenes. Le ha tocado ruda labor para apropiarse el suelo; se ha enseñado á poblar en el desierto, descuajando el bosque. De hábitos sencillos y profunda fe religiosa, el lazo de familia es la base de su vida. Ordenada y virtuosa, la mujer antioqueña es tipo y modelo en su clase; dotada por la naturaleza de sorprendente fecundidad, y reforzada por sus costumbres de la más severa moralidad, es ella quien ha sabido imprimir á su descendencia aquellos caracteres distintivos que nos hacen aparecer diferentes de los pueblos de otras regiones.

A estos elementos de vida propia característica, debemos añadir que la región, por estar cubierta de bosques primitivos, debía tener muy escasa población indígena: de aquí que el colono escapase á los vicios originarios del servilismo—el español de Antioquia tuvo desde el principio que aprender á *trabajar por sí mismo.*

Es de este orden de hechos de donde se deriva el modo peculiar de fundar nuevas poblaciones de los antioqueños. Para crear un pueblo nuevo, el antioqueño no necesita ley ni pide autorización. Un grupo de compañeros se ponen de acuerdo para explorar una región nueva, la estudian fríamente, examinan las aguas y terrenos, y deciden la fundación. Así, tal localidad que hace ocho ó diez años vio el viajero en desierta selva, la encuentra, al volver, convertida en un Manizales, un Pereira, etc.

La constitución de una raza, unida por el idioma, la religión, costumbres morales y hábitos de trabajo, le da los principios suficientes de vitalidad, y las energías precisas para su desarrollo; y de estos principios deriva la raza antioqueña sus peculiaridades. Como raza, no es sino una variante de la española, adaptada á condiciones especiales de clima y de suelo. El clima es, en lo general, excelente en estas montañas, prestándose especialmente para criar niños sanos y vigorosos.

A medida que el territorio se extiende hacia el sur, por las vertientes de los Andes, la fertilidad del suelo, enriquecido por las lavas fecundantes de los volcanes Ruiz, Tolima, Huila y Puracé, aumenta, sin que cambie la condición de salubridad.

Aquellas regiones vírgenes esperaron por siglos el hábil colono que desentrañase sus fecundas riquezas; y fue en el norte de las mismas montañas, en su porción menos fecunda, donde se aclimató el labrador pertinaz que había de poblarlas; y como la extremidad norte y nordeste de estas cordilleras es menos fértil y salubre; la emigración se ha desarrollado de preferencia hacia el sur, abarcando las dos vertientes al Cauca y la vertiente al Magdalena. Ese movimiento migratorio se verifica metódicamente y sin solución de continuidad: de los puntos yá poblados, nuevos exploradores marchan á visitar los desiertos territorios vecinos, de los cuales surgen como por encanto las nuevas poblaciones que, á su turno, al desarrollarse, dan su contingente para otras nuevas, llevando á cada lugar los mismos hábitos de trabajo y economía, las mismas costumbres, religión y métodos de familia y de vida, tal vez aumentando sus energías, á medida que se ensanchan sus horizontes y sus medios de producción.

Alguien ha comparado á los antioqueños con los suizos; pero no creemos la comparación sostenible: los suizos, desde tiempos prehistóricos, han vivido rodeados de poderosos enemigos; han tenido que sostener cruentas luchas con todos sus vecinos, y, rigurosamente hablando, no han hecho sino conservarse, sin poder crecer, por estar ocupado por otros pueblos el territorio circunvecino: de aquí que el suizo sea un pueblo esencialmente batallador. El antioqueño no ha tenido que luchar por espacio y suelo, sino contra la naturaleza salvaje, la cual, á cambio de trabajo, le brinda sus opimos frutos: las extensas soledades de los Andes están allí, esperando gratuitamente al colono laborioso, el cual podrá extenderse y multiplicarse indefinidamente en aquel inmenso y fecundo escenario.

La participación de Antioquia en las luchas políticas de Colombia, en nada ha desvirtuado estos movimientos migratorios; al contrario, la salida de ejércitos antioqueños á los territorios vecinos ha ayudado á conocerlos mejor; y poblaciones como el Líbano y Pereira, se deben á grupos de soldados que, después de las guerras, fueron á poblar regiones que habían estudiado con el arma al brazo. Como soldado, el antioqueño es malo: aun en el momento de la pelea está estudiando el campo de batalla, no desde el punto de vista de la estrategia, sino por el lado de la industria; y mientras carga el fusil, está calculando la fundación de una hacienda, de una ciudad, la apertura de un camino, etc. Los tres siglos empleados en su adaptación á estas cordilleras han producido sus frutos; cada hombre cuenta con tener su numerosa familia, y no pierde de vista lo que haya de hacer por su futuro destino. Tal es el antioqueño real, el tipo común y corriente que merece llamarse tál, como raza. Sus

creaciones son fruto de una educación netamente campestre, á la cual vienen después á prestar apoyo las otras profesiones, como cosa coadyuvante, pero no esencial. El antioqueño de las ciudades no es tipo; el que quiera conocerle, debe ir á los remotos campos y montañas, donde existe el verdadero tipo—EL MONTAÑÉS—el fundador de nuevas ciudades.

Y, fenómeno curioso de notar: el legislador antioqueño, que debiera ser el más entendido en los asuntos que atañen al desarrollo de su misma raza, ha inventado en su legislación el medio más original y extravagante de cooperar á la obra creadora de sus comitentes: hay ley que dispone enviar á las *poblaciones nuevas* los vagos, las prostitutas y los libertos de presidio, etc. Es decir, que la ley coopera al adelanto y moralidad de las nuevas poblaciones, fundadas por familias honestas y trabajadoras, con el contingente de Sodoma y de Gomorra. No obstante; es tal la energía del campesino antioqueño, tales el espíritu cristiano, la perseverancia y firmeza moral de la mujer antioqueña, que, con sus virtudes, sabe defenderse de toda extraña y maléfica influencia; y, gracias á esas virtudes, ha logrado llevar adelante la prosperidad de sus poblaciones, sin interrupción y en todas partes.

Es éste el momento oportuno de hacer constar el hecho de que la diferencia entre el antioqueño y los demás individuos de la familia sociológica, se debe á las cualidades y virtudes de las madres antioqueñas, quienes, por prodigios de resignación, de virtud y de economía, logran criar y educar numerosas familias. En esta tierra, las damas todas son del tipo de la romana Cornelia, que cuando un extranjero le preguntó si tenía muy ricas joyas, llamó á sus hijos y se los presentó, diciéndole: "He aquí mis joyas". No tuviésemos tales madres, y no habría por qué citar al antioqueño, que sería un tipo vulgar como tantos que se conocen.

No hay caso de pueblo antioqueño en decadencia: en todas partes se les ve prosperar, á despecho de luchas políticas, de mal gobierno y de toda suerte de acontecimientos adversos. La porción occidental del río Cauca, en su parte innavegable, desde Valdivia hasta La Vieja, fue obstáculo al desarrollo de esa región; pero el genio emprendedor y perseverante de este pueblo ha anulado esa barrera natural, construyendo los magníficos puentes de *Pescadero*, *Occidente*, *La Iglesia*, *La Pintada* y otros dos, con los cuales, y otros que seguirán en breve, ha abierto á la industria y al progreso esos territorios privilegiados.

Cuando el antioqueño alcance á perfeccionar sus otros medios de trasporte, será cuando pueda poner de relieve sus cualidades industriales y productoras. Esta labor, complexa y difícil, merece un estudio especial, que ensayaremos á su tiempo, y que

comprenderá nuestro desarrollo industrial. Mientras tanto, seguiremos este estudio, desde el punto de vista sociológico, para poner en claro nuestras relaciones con los vecinos Departamentos, y hacer apreciar justamente las tendencias y la importancia de este movimiento natural de la población.

(Continuará)

LUCIO A. RESTREPO.

CARNE

(A Mariano Ospina V.)

ERA la noche fría y destemplada.

Sobre esa cuchilla estéril y reseca, parecían las casas del pueblo, así agrupadas bajo el jirón de bruma que se disolvía en lluvia menuda sobre ellas, como apretadas unas contra otras, ateridas, buscando calor para dormirse.

Pedro, envuelto en su amplia ruana, recostado á un pilar del corredor de una casa abandonada, se dejaba calar por la llovizna, indiferente á todo, sumido en sus tristezas.

Oyóse el galope de un caballo, ahogado sobre el sendero liso y blando; luégo, su tropel sonoro sobre el empedrado; después, el estregón seco de la parada.

—Qué hay?—preguntó Pedro con ansiedad al que llegaba.

—Que la cosa va mal.

—Hablaste con mi padre?

—Dice que él nada puede hacer. Que te abandona á tu suerte. Que harto ha hecho yá por ti.

—Y los dueños de la Renta?

—Están calientísimos. Hablé con uno de ellos esta tarde, y me dijo que el alcance que tienes pasa de cinco mil pesos; que lo que has hecho es un abuso de confianza, y que te van á calentar.

—Y por el otro lado ¿qué pudiste hacer?

—Nada! Los bancos no sueltan un medio ni con firmas, ni con hipotecas. Dicen que no tienen dinero....Aquí no hay más remedio que largarte.

—¿Irme!—dijo Pedro, abstraído.

—No hay de otra. Puede que esta misma noche reciba el Alcalde de aquí la orden de prenderte. Aquí está mi caballo; húye en él—dijo, apeándose.—Te llevará hasta los infiernos.

—Voy á despedirme de Ventura.

—Ojalá no hicieras tal—dijo el amigo de Pedro, entanto que se zafaba las espuelas.—En fin; haz lo que quieras. Qué diablo! Mundo éste!.....

Y no dijo más.

Y se alejó entre las sombras, sin despedirse, porque su brusquedad era como la de tantos otros: el disfraz de un corazón tiernísimo, cuyas oleadas de emoción yá le anudaban la garganta.

Pedro se quedó solitario.

Y de codos sobre el galápago de su montura, la frente entre las manos, sumióse en ese sufrir turbio y oscuro de las grandes crisis de la vida.

El había amado. El amaba todavía con una pasión inmensa y loca. Y su error era no haber comprendido que en nuestras sociedades son imposibles las pasiones grandes; que el secreto para vivir en ellas consiste en hacer creer que se ama mucho, aun cuando no se ame; que se ha gozado mucho, aun cuando no se goce; que se sufre hondo, aun cuando uno sea incapaz de sufrir. Esa jactancia pueril de hacer creer que se ha sentido la existencia en todos sus matices; de exhibirse como desengañados de todo. Prurito que lleva á insultar la vida en estrofas infelices á gentes que no merecen ni vivirla.

Debatíase en una red que cedía sin romperse, embotando sus esfuerzos, sin que por ninguna parte le presentase resistencias en qué ejercitar las energías de su voluntad viril; fatigado, anhelante, acribillado de sufrimientos voluptuosos. Paladeaba á diario esos placeres crueles en que el llanto y la risa se confunden; en que la sensibilidad se afina hasta lo espiritual, y el placer hace vibrar los nervios hasta los confines del dolor; en que se besa con tristeza y se goza entre amarguras. El conocía esas fiebres, esas locuras, esos apegos morbosos é imbéciles á una criatura de carne, que nos hacen impotentes ante el impulso que nos lleva á palpar unas manos, á besar unos ojos, á sollozar entre un regazo. Gravitaba en esos limbos en que uno quizá no es responsable al anudar un eslabón más á la cadena que lo ata, aunque sí lo fue cuando empezaba á forjársela. Y aconteciόle muchas veces, cuando vagaba solitario por la población, maldiciendo de su debilidad, sorprenderse á sí mismo golpeando á la misma puerta.

Y así le sucedió esa noche.

Allí estaba *ella*. Mirábala por el hueco de la cerradura, fascinado, palpitante; devorábala, ahogando el grito de su conciencia que le ordenaba huír sin despedirse, con la fruición que determina la vista de un sér querido, por última vez saboreada. Allí estaba: sentada en una silla baja; el pie izquierdo, atrevi-

do y donoso, estribando firme sobre el pavimento; la punta del derecho, que pendía rebasando apenas el borde del vestido; en el regazo un tambor en que bordaba; inclinada, atenta sobre la labor la faz dulce y severa.

Mil veces se había dicho que no entraría, que la miraría en silencio, que huiría cuando se hubiese saciado de mirarla.

Y, sin embargo, empujó la puerta dulcemente.

—Ah! – exclamó ella, dando un grito alegre, – me quiere, me quiere mucho.

Y haciéndolo sentar á su lado:

—Míra, comencé á bordar este racimito de uvas, y me decía: Si cuando él llegue, voy en número par, es que me quiere. Y vé; cuénta y lo verás: voy en la octava!....Pero ¿por qué no contestas? Qué tienes? Estás enfermo, crespecito mío?.... Eh! se embobó. No sabe hablar. A ver, saque la lengua..... Eh! no puede! Tiene frenillo el muchachito.

Luégo, fingiéndose enojada:

—Es que le ha pesado haberme regalado el anillo que me trajo hoy, y viene á hacerse el bravo para que se lo vuelva, ¡el cicatero! Tóme su anillo: no quiero nada de gente que pone trompa, como para cobrar lo que regala.

Y llevando á la altura del pecho sus manos breves, elásticas, blancas, en las cuales el trabajo delicado de su sexo había cincelado las líneas enérgicas, batalladoras, de las manos que no son un órgano inútil, ciñó el anular izquierdo con los dedos de la diestra, recogidos, y, atrancándolos en una sortija de oro que lo rodeaba, cerró los ojos, mordió el labio inferior en ademán de hacer un grande esfuerzo y.....luégo, sonriendo, con los ojos á medio cerrar, claros, grandes, acariciadores desde allá del sedoso enrejado de las crespas pestañas:

—No ves? se me atrancó: no puedo sacarlo.

Pedro sintió ante esa mirada crepitar todo su sér, y partírsele en pedazos; y tendiendo la diestra abierta sobre aquellos ojos, los tapó, mientras con la izquierda cerrada se oprimía la frente, dando un vagido doloroso.

Ella se apoderó de esa mano con ternura. Luégo, reclinándose en la cama, comenzó á charlar, alegre, bulliciosa; hasta que, arrullada con el sonido mismo de su voz, se fue quedando dormida, entreabierta y sonriente su boca charladora.

Ahora es tiempo – pensó Pedro.

Y cerrando los ojos para no verla, se arrojó á la puerta.

No pudo contenerse, y del umbral dedicóle una última mirada.

Estaba tan hermosa en su confiado y dulce sueño, ignorante de lo que pasaba á su redor. Y al día siguiente se despertaría abandonada!

Volvió á su lado, y se inclinó sobre ella á contemplar, así de cerca, ese rostro, único para él; ese rostro que hacía nacer en su alma los temblores irremediables y crueles del amor!

Y ¿por qué abandonarla? – pensó. – ¿Por qué no arrostrarlo todo y escaparse con ella? ¿No había yá quemado en la hoguera de esa pasión su caudal, y su juventud, y hasta el jirón último de su honra?

Y pasándole un brazo dulcemente por debajo del cuello, fue á levantarla en vilo. Rebullóse ella, y dejó caer la cabeza desmayada sobre el hombro de su amante, sonriendo dulcemente en medio de su sueño.

Faltáronle á Pedro entrañas para turbar ese reposo tranquilo con la realidad desnuda y espantosa; y, dejándola reclinar de nuevo sobre el lecho, fue á sentarse en un rincón, exasperado, las sienes en los puños.

—¿Por qué es tan hermosa este demonio? – exclamó.

Y sintiéndose poseído de celos furiosos, se miró olvidado de la que en ese momento palpitaba toda para él; vio bocas odiadas posarse sobre esos labios adorados; y ante su vista se abrió esa escala de Jacob invertida, por donde desciende la belleza en desamparo, sopeteada por la golosa piara de la *honorable* humanidad.

Y estúpidamente dejó pasear sus miradas por la estancia.

Allí, al alcance de su mano, sobre una mesa, brillaba la hoja limpia de su navaja de afeitar. Sintióse atraído por su filo frío y sutil; y con la velocidad brutal de la tentación, empuñó el arma en la diestra, colocóse de un salto al lado de su amada, y marcóle la faz con herida ancha y larga.

Sonó un grito, y brotó la sangre.

—Ahora ya nadie la querrá para sí! – dijo casi alegre, espantoso de verse, arrojando la navaja.

A poco se oyó el escape de su caballo sobre el fango del camino.

EFE GÓMEZ.

RESEÑA MENSUAL

(IMPRESIONES PERSONALÍSIMAS)

ASI he de engatusar á algún lector inexperto para que siga leyendo, no tengo más que hablarle del archinteresante, inevitable tema: de *la crisis*. ¿No lo decía? Si con sólo mentarlo, yá se han vuelto todos ojos y oídos. Y es natural, pues no se ha escapado esta vez de la odiada epidemia absolutamente nadie, ni aun los que en ocasiones semejantes han solido hacer su agosto. La crisis deja á los que prestan dinero, sin ocupación, que era su placer único y su orgullo, y sin otra diversión que estar cobrando á quienes no pueden pagarles. Ella, á los que toman dinero prestado, los despierta brutalmente del vano sueño de poder pagar algún día, tronchando las alas á todas sus esperanzas. Por ella, los que buscan trabajo no lo encuentran, pues los que habían de emplearlos no los pueden pagar; y los que vendían no venden, porque los que les habían de comprar no tienen con qué. Si aun el envidiado gremio de los que viven de sus rentas, hállase en aprietos, qué mucho que el no menos envidiable de los que viven de las ajenas se resienta de la crisis. Pero qué! Si hasta el entre todos envidiabilísimo de los difuntos está sufriendo con ella, pues quiere figurárseme que los mismos sufragios habrán escaseado no poco.

¿Y qué es la crisis? Que no hay dinero: es decir, que no pueden pagarse las deudas viejas, ni hacer nuevas. Y es que de veras no lo hay; porque, como me decía ayer no más un banquero muy mi amigo, "si hubiera dinero ya lo estaríamos prestando á interés ¿pues para qué otra cosa sirve?"

¿Y qué se hizo el dinero? Echele Ud. un galgo! Dicen unos que se fue; que anda comprando letras en Bogotá y ganado en Ayapel; pagando derechos de aduana; y que hasta en la feria de Pereira ha estado, el muy vagabundo! Otros sostienen que es que no ha venido: como que ya quiere ir para un año que el Gobierno Nacional no paga á sus empleados de por acá, y que la usual ración de escasez de los maestros de escuela se ha convertido en una de hambre, de pura hambre, que se extiende también á todo el Poder Judicial, como si el mantener jueces hambreados fuese cosa segura, equitativa y conveniente. Otros sostienen que el dinero olió revolución, y anda escondido. Explican la crisis algunos economistas—de unos que hay, muy profundos—por la falta de nueva emisión. Y hay otros—más profundos, oh! pero mucho más profundos todavía, que se pier-

den de vista—que ven clàro, claro el orígen de ella en la mora de los rematadores de las rentas para hacer al Gobierno de Antiquia el último pago.

Todas aquellas causas podrán ó no tener su parte de culpa. Pero el hecho de que la crisis se halle limitada á Antioquia, y sin embargo no dé signos de querer aminorar, indica un origen, si bien local, de no común gravedad y trascendencia. Y ése es, me imagino yo, una incompatibilidad completa entre la idiosincrasia del pueblo antioqueño y las leyes que hoy lo rigen. En efecto, si hay algo que verdaderamente peculiarice y distinga á los antioqueños entre todos los colombianos, es su manera de negociar. Esto se ve mejor fuera de Antioquia. El crédito es, como en ninguna otra parte, la base de todas sus operaciones. En ninguna otra tierra, que yo sepa, la noción del interés del dinero—base del crédito—se halla tan universalmente generalizada, tan hondamente connaturalizada con todos los individuos de todas las clases. Y en esta tierra clásica de los "tres seises", de los bancos que con un capital de cien mil pesos hacen al año negocios por millones, donde pasan de la docena las especies de billetes particulares que el público recibe con igual confianza, donde existió la ley de movilización de la propiedad raíz, donde se usó el crédito hasta sus límites extremos—puede que se haya abusado—él ha llegado á ser elemento esencial de todo negocio. El antioqueño no negocia sino á crédito, y no sabe negociar de otro modo. Al crédito se debió la pasada prosperidad de Antioquia, y en él estaban las esperanzas de futuras, mejores fortunas. Por eso cada golpe que se da por la ley al crédito particular, lo recibe Antioquia. Y la prohibición de la estipulación de moneda y de las emisiones particulares, y las limitaciones á los Bancos, y la supresión de los cheques y las libranzas, y todas las demás medidas que contra el crédito particular se han dictado, y que pueden haber sido inofensivas tal vez ó quizá necesarias para el resto del país, para Antioquia han sido ruinosas. Con ellas empezó la crisis, pues dejaron al antioqueño sin el crédito, que era las nueve décimas de su capital. Pero como sin crédito él no sabía trabajar, y sin trabajar no sabía vivir, entróse por la única puerta que no vio del todo cerrada: apeló al crédito que se había conquistado en Europa. Y con capitales europeos y trabajo antioqueño, empezaron á vestirse de cafetales estas montañas. Y se disimuló la crisis. Pero viene la catástrofe del café; se cierra también la puerta que daba á Europa, y se encontró Antioquia en un callejón sin salida, endeudada, sin poder trabajar, en desesperación. Esa es la crisis actual. Y no tiene más remedio que la libertad del crédito particular. Que se afloje la válvula ó revienta la caldera: es decir, reventamos todos. ¿Verdad, lector?

***

Pero con crisis ó sin ella, nuestra apacible vida provinciana sigue sin alteración aparente. A beneficio del templo de San José hicieron un bazar el 6 de este mes, en el que recogieron—Dios sabrá cómo, pues nadie más lo sospecha—cosa de $ 700 (que en estos *críticos* momentos equivalen casi á un millón).

El día 19, fiesta de San José, casto y paciente patrón de la policía, estrenaron agentes y gendarmes unos uniformes los más vistosos que en esta tierra hayamos visto, y que no dejan de ser una seria amenaza para la buena marcha del servicio doméstico femenino, y para la ecuanimidad de buen número de empleados que á medio vestir andan por ahí cavilando cómo se las ingenian para llevar qué comer á su casa.

***

Beligerancia Cubana, por el Sr. José Joaquín Hernández N. y la tesis del Sr. Luis Zea, *Cultivo del Bacilo de Eberth y Sero-diagnóstico en la Fiebre tifoidea*, como que son los dos únicos trabajos por cuyo galante envío tengo que dar gracias á sus autores.

***

Pueda ser que para el otro número la maldita crisis haya calmado, y yo pueda, sin que disuene demasiado, hablar otra vez de literatura, la *chifladura* favorita.

Marzo 20.

PRÓLOGUS.

En la Agencia de EL MONTAÑES se compran ejemplares del segundo número.

REPÚBLICA DE COLOMBIA.—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA.

EL MONTAÑES

Revista de Literatura, Artes y Ciencias.

DIRECTOR

Gabriel Latorre.

AÑO I. | Medellín, Abril de 1898. | Número 8.

A PROPOSITO DE LA CATEDRAL

ASI cuando se trata de juzgar una obra de Arte, hay necesidad de tener en cuenta la intención del autor, para ver—lo primero—si ha cumplido su propósito, y esto á fin de adquirir la certeza de que sí hubo tal propósito en el artista que la emprendió, con mucho mayor razón ha de estudiarse muy íntimamente una obra que está en condiciones especiales, por la complexidad de circunstancias que

la rodean y la diversidad de fines á que hay que llegar para lograr uno solo principal que los abarque á todos.

En Arquitectura, y sobre todo en aquellas construcciones que, por el objeto á que se las destina, han de durar indefinidamente, y que, por ser públicas, están más que cualesquiera otras sujetas á las miradas de todos, no se puede faltar, sin faltar gravemente, á los principios del Arte.

A pesar de todas las revoluciones y reacciones efectuadas en el Arte, por iniciativa de genios que han sobresalido de entre la multitud de artistas que hacen la gloria de las naciones en el cultivo de lo bello, ha quedado siempre cierto número de principios ó leyes que, por ser directamente emanados de la Naturaleza, son inmutables. Pues bien: esas leyes que permanecen á pesar de todo y que resisten á todas las conmociones producidas por los humanos cerebros, son aquéllas de las cuales no puede hacerse caso omiso, y que vienen á constituír el *carácter* en cada obra que el hombre quiere y se propone que sea obra de arte, es decir, obra bella. Es, pues, el carácter la primera condición de la belleza.

Nada más sencillo, quizá, que el Arte arquitectónico, en lo que se refiere únicamente á sus relaciones con la Estética, y, sin embargo, pocas son, relativamente á las que se construyen, las obras que resisten (hablo en sentido universal) un análisis concienzudo, si han de juzgarse teniendo á la belleza como principal factor en ellas.

He dicho que nada hay acaso más sencillo que la Estética de la Arquitectura; y voy á tratar de demostrar que es cierto; lo cual no me hará asegurar que tal arte en sí mismo sea cosa fácil, como que bien sé que, fuera de lo enteramente artístico, el arquitecto necesita sólidos y muy variados conocimientos, de que desgraciadamente han carecido la mayor parte de los nuéstros.

Para que una obra de Arquitectura tenga, á lo menos, carácter propio, no necesita otra cosa su autor que conocer el fin á que se destina la que se le ha encomendado. Esto sabido, no podrá discrecionalmente hacer un cuartel con nombre de catedral; ni á un cementerio le dará el risueño aspecto de un café chino; como no hará en forma de flecha gótica un establecimiento de baños.

Los elementos estéticos de que el arquitecto dispone, son bien reducidos en número, para que haya de devanarse los sesos por saber cuáles emplea, dado el encargo que se le hace.

En primer lugar: como líneas principales no puede hacer uso sino de la horizontal, la vertical y la curva. Basta al arte griego el predominio de una de ellas sobre las otras para expresar la calma, la serenidad, la indiferencia; el arte católico, eterizando la piedra, ha llevado las flechas de sus catedra-

les góticas á romper las nubes, buscando el cielo; los templos de Asia, más que construídos, tallados en la montaña, sin alzarse gran cosa del suelo y taladrados en la roca, internándose hasta lo más hondo—horizontalmente—ofrecen el carácter más sombrío y lleno de misterio que pueda imaginarse para un sitio dedicado á la oración; y ¿no se ven las Pirámides de Egipto desafiar inconmovibles los vientos y los siglos? Y de qué se valieron sus arquitectos para producir belleza? De nada más que de simples superficies triangulares que se levantan sobre una base cuadrada.

El predominio de los planos sobre los vacíos (ó sea de los muros sobre las luces), y de los vacíos sobre los planos; la forma cóncava, ó convexa, ó plana, ó angular de las fachadas; hacer preceder ó no á éstas de porticos, ó jardines, ó edificios especiales; dejar la construcción aislada ó rodeada de otras construcciones, son todos los elementos de que se dispone, y de ellos se usa ó se prescinde, según la necesidad ó el objeto del edificio principal. Tan importante como lo anterior, y, por el rápido desarrollo de las poblaciones, un tropiezo grandísimo muchas veces, es el sitio de que se dispone para edificar, cuando no se deja al arquitecto la preciosa facultad de elegirlo. Elemento estético para el arquitecto, son los materiales de que se ha de servir, pues que éstos le imponen deberes ineludibles. Los griegos, que tuvieron inagotables canteras de donde extraer grandes bloques, pudieron hacer é hicieron uso de la platabanda, como los romanos inventaron el arco (hablo del invento científico), para poder emplear materiales de pequeñas dimensiones. Por eso es tan antiestética y repugnante una platabanda de ladrillos ó de pequeñas piedras, como lo sería un arco tallado en una piedra en forma circular.

No pretendo hacer una verdadera monografía de la Catedral que se construye actualmente en esta ciudad. Para ello me faltan, más que el tiempo y la costumbre de escribir, los conocimientos científicos indispensables para empresa de esa magnitud; pero sí creo poder hacer una descripción de ella, en lo que se refiere á la obra de Arte, siquiera sea solamente para poner al alcance de los más ignorantes que yo en la materia, que la construcción que me ocupa obedece á un pensamiento artístico, y que ese pensamiento, en la realización, está rodeado de todo lo indispensable para que resulte hermosa, y mucho, la citada Catedral. Mas antes de hacerlo, me permito una explicación del estilo elegido por M. Ch. Carré, que fue el arquitecto á quien se le encomendaron los proyectos y buena parte en la dirección material de los trabajos. Ese estilo es el *ro-*

mánico ó *latino-bizantino.* * El estilo llamado románico está caracterizado por el dominio de los planos sobre los vacíos, y por el uso en éstos, ó sea las puertas y ventanas, del arco de mediopunto ó plena cimbra. Los primeros cristianos romanos que quisieron tener templos especiales, no se propusieron inventar un estilo propio y original, sino que, dejando á un lado los templos que habían construído los paganos para sus innumerables dioses, se refugiaron en las basílicas, edificios más grandes, por lo regular, que aquéllos y que estaban dedicados á los tribunales de justicia y al comercio.

Estos edificios, de forma rectangular, estaban divididos á lo largo por dos series de columnas, haciendo así tres naves, de las cuales, la del medio y que era la más ancha, estaba generalmente descubierta, mientras las otras dos llevaban techos sobre armazones de madera. Los arquitectos cristianos conservaron esa forma principal, cubrieron la nave del centro también con un techo, y abrieron una nueva nave transversal, con lo cual modificaron la planta, quedando en la forma de cruz latina, en recuerdo del martirio de Jesucristo, como los bizantinos habían simbolizado el misterio de la Trinidad, forma que ha quedado consagrada para las catedrales. En el sitio del cruzamiento levantaron un campanario ó flecha que á la vez que tenía el uso indicado por su nombre, servía como punto de observación ó espionaje y, en algunos casos, de defensa.

Como en algún tiempo estas iglesias fueron destruídas por las llamas que hicieron prender los bárbaros al verse forzados á abandonarlas, operación tan sencilla, siendo los techos formados con armazones de madera, idearon los cristianos, al reedificarlas, cubrir las bóvedas, circunstancia ésta que trajo un acento más al carácter de estas construcciones, pues que exigieron entonces los muros mayor espesor, á la vez que hubo necesidad de reforzarlos más en ciertos puntos donde era precisa mayor resistencia, acusándose al exterior en forma de pilares adosados y que llevan el nombre de contrafuertes, los cuales van rebajando su relieve á saltos, á medida que ascienden á la parte superior de los edificios. Estos contrafuertes, á la vez que vienen á formar un adorno, denuncian la construcción ó división interior.

Valiéronse, asimismo, para aumentar la resistencia de los muros, del estrechamiento de las ventanas, lo que quitó luz al interior; y sirviéndose de ellas como de núcleo, los adornaron más tarde con arcadas, de manera muy armónica, sin destruír por eso los planos en que las ventanas estaban abiertas.

Más avisados los cristianos romanos que sus antecesores, que habían alterado las proporciones de la arquitectura griega, echaron á un lado esas proporciones, y como nada tenían que

* Los italianos lo han llamado estilo *lombardo*, y los ingleses *sajón*.

hacer con la platabanda, pues que disponían del arco para cuanto quisieran, al emplear soportes diferentes de los muros, colocaron columnas completamente cilíndricas, que, por no ser galibadas, podían ser tan altas como quisieran ó tan bajas como fuera menester. Si en un sitio cualquiera, una columna no bastaba, ponían varias agrupadas, ó un pilar macizo, ó pie recto adornado con columnas adosadas por uno ó más lados; estos pilares podían también, en edificios de muy grandes dimensiones, alternar con las columnas, convirtiéndose de ese modo en elemento estético, pues contribuían á hacer sentir con facilidad la grandeza de la construcción, ó á fingir, por medio de la perspectiva, mayor profundidad de la que realmente tenía el recinto, y con ello, mayor misterio, que impone recogimiento á los fieles.

Como se ve, las columnas (y esto sucede en cualquier estilo) son elementos característicos en una construcción; ellas son sin duda las que denuncian á la primera mirada el estilo ú orden á que pertenecen. Si son griegas ó greco–romanas, sus capiteles dicen á las claras que lo son, y si románicas, basta su forma perfectamente cilíndrica para no dudar. Los capiteles de éstas son de muy variadas formas y adornados de modos diversos: los hay en forma de corazón, de pirámide ó cono truncado é invertido, en forma de barco, historiados, etc. Sus bases tienen de uno á tres toros separados por escocias y listeles sobre un plinto, y algunas veces también un banco. Los plintos tienen los ángulos rebajados por medio de un grifo ú hoja tallada en él, para impedir que pudieran lastimar ó herir en las caderas ó en los codos á los sacerdotes ó á los fieles. Esto si han de conservar planta cuadrada, que si es octógona, como sucede más ordinariamente, no llevan tales adornos. Pero cuando esas columnas no son sino ornamentales, caso en el cual adquieren por lo común una longitud muy notable, van los plintos de la forma que han tenido siempre. El carácter del estilo vienen á completarlo las cornisas, que es lo único conservado de la platabanda, y eso con aspecto enteramente propio, pues que el arco de círculo es, por lo regular, el elemento que entra en su composición.

En fin, para completar esta descripción, traduzco en seguida de M. Charles Blanc, de quien he extractado con qué hacer este artículo, los siguientes párrafos, que son muy expresivos:

Tales son los grandes rasgos de la arquitectura románica, que ya contiene en sí el germen del estilo ojival. Pero lo que hay en él de atrevimiento es todavía tímido y pesado; esas verticales que subirán hasta lo sublime no tienen aún sino una altura prudente y mesurada; esos puntos de apoyo que vendrán á ser delgados, ocupan un ancho espacio, pertenecen más á la tierra que al cielo.

Y, sin embargo, es tan religioso como el gótico; pero de otra manera. Practicado por los monjes, se comprende que ha sido meditado en la paz, la soledad y el silencio del claustro. Representa, no la religión popular, un poco nebulosa, que las mujeres han envuelto en la poesía de sus ingenuas supersticiones, sino la religión monástica y sacerdotal, la religión arreglada, dogmática y tradicional. Sus macizos pilares le imprimen carácter de prudencia y de larga duración. La rareza y la estrechez de sus luces le hacen sombrío. Su curva favorita, ó mejor, su curva única, la plena cimbra, le presta una significación invariable como el dogma, porque así como no hay más que una sola secta, no hay sino una sola plena cimbra. Más aproximado á los orígenes cristianos, el arte románico conserva el recuerdo de los penosos comienzos, de los antiguos dolores. Se encuentra en la representación salvaje y oscura de sus animales simbólicos, el sello de los vagos temores de la Edad Media, y en sus criptas, la reminiscencia de las catacumbas donde los primeros confesores escondían su culto y sepultaban los huesos de los mártires. Es allí, sobre todo, en esas criptas bajas, profundas, donde el arte románico tiene su impresión más imponente; pero tanto á la claridad del día como al resplandor de las lámparas subterráneas, es calmado, grave y robusto. Lejos de exaltar el alma, gravita sobre el espíritu con todo el peso de sus bóvedas, adormece el pensamiento, tranquiliza, se impone, invita al silencio y, por su arcaísmo, por la energía de sus soportes espesos y cortos es, por decirlo así, el orden dórico del cristianismo.

Baste lo precedente como descripción del estilo románico, y pasemos á decir, lo más someramente posible, cómo es la Catedral que actualmente se construye en Medellín.

Como es de rigor, el señor Carré ha elegido la planta en forma de cruz latina, terminada por la parte de atrás en un ábside, como lo eran las antiguas basílicas que fueron el modelo primitivo; dividió también en tres naves, una más ancha al centro, el cuerpo de la iglesia, cuya longitud es de m. 98.45, incluyendo en esta medida el grueso de los muros. Esas tres naves están cortadas por una que forma los brazos de la cruz, ó sea el trancepto, y que tiene de ancho, como la nave central, m. 14.50 (las naves laterales miden ocho metros de anchura), y cuya longitud es de m. 63.40.

Dicho está, y por eso se describió, que el estilo escogido por Carré fue el *románico* ó *latino-bizantino*, y rigurosamente seguidas y respetadas por él fueron todas las exigencias del estilo, y aprovechadas todas sus ventajas en favor de la obra, á fin de llevarla á cabo con los materiales de que aquí se dispone para construír. Eligió el románico, que le permite hacerse á soportes (muros y columnas) de mucha resistencia; que posee el arco de plena cimbra como distintivo, en vez de la platabanda,

para cerrar por arriba sus puertas y ventanas; que tiene el dominio de los planos sobre los vacíos (al revés del estilo gótico), con lo cual consigue el aspecto sombrío interior, oscuro y misterioso, propio como ninguno para la meditación y la contemplación religiosas; que permite todos los adornos que se quieran y puedan conseguir para enriquecerlo á maravilla, ó prescinde de ellos, sin dejar de ser hermoso, para presentarse modestamente, tal cual conviene á un pueblo como éste, que, á haberle hecho comenzar un templo de más rica vestimenta exterior, perdería en absoluto la esperanza de verle concluído jamás, cuando con ser tan sencilla la adoptada, anda con una lentitud que para muchos es desconsoladora.

La fachada principal de la iglesia está adornada con dos torres de base cuadrada, que se elevan á una altura de m. 49 sobre el suelo, sin contar las cruces, que miden m. 2.80. Estas torres, que ninguno puede acusar de poco elegantes, están, es cierto, dibujadas sencillamente, pero nada se opone á que sean muy adornadas, sin dañar sus proporciones, tanto como lo permitan los recursos que llegue á conseguir la iglesia.

El acceso ordinario se hace al templo por tres puertas, de las cuales la del centro ó principal está dividida por un pilar cuadrado que sostiene un arquitrabe que, á su vez, cargará el mediopunto que ha de llenar el vacío que deja el arco. La ausencia de las abras que han de cerrar las puertas y la del bajorelieve con que debe quedar adornado el citado mediopunto, presenta á la vista, hoy por hoy, aspecto chocante, que lo hace parecer mezquino; pero una vez el todo concluído, se verá que lejos de faltarle, tendrá suficiente grandiosidad, y que no ha podido ser otra la forma que debía llevar.

A muchos se les hace raro, más aún, antiestético, que haya esa especie de platabanda debajo de un arco; pero á quien conozca de estas cosas, no se le ocultará que tal ha sido la costumbre cuando es éste el estilo que se emplea; que el arco no tiene allí más objeto que llevar á las partes fuertes del edificio el peso del muro que viene encima, y que esa platabanda, ó simple arquitrabe, vendrá á cargar el peso del bajorelieve que allí debe ir; y—repito—todo concluído, no habrá nada que extrañar en el conjunto. Por esta puerta se entra casi directamente á la nave central; y digo casi, porque del ancho de las torres hay al frente y antes de esa nave, un espacio oblongo que corresponde al coro. Las naves están formadas por dos series de columnas en número de nueve, y miden, incluyendo bases y capiteles, una altura de 9 metros, por 1.20 de grueso. Están unidas las columnas con respectivos y pequeños arcos de un diámetro de m. 1.70. La estrechura de éstos se debe á que no arrancan en la vertical que resulta de la prolongación de los lados de la caña,

como en las arcadas del Renacimiento, sino en la vertical del mismo ábaco con que se coronan los capiteles, los cuales son una reminiscencia corintia, cosa perfectamente admitida y más cómoda para hacer, y muy hermosa. (Estos capiteles han sido admirablemente ejecutados en cimento romano por el Sr. Solé). Sobre estos arcos vendrá un muro hasta la altura necesaria para apoyar los techos de las naves laterales (éstas miden ocho metros de anchura); muro que el Sr. Carré ha dibujado liso, y que he oído decir piensan hacer, abriendo en él una serie de nichos que corresponden con las ventanas que vendrán más arriba en el último cuerpo de la iglesia. En el sitio en que se cruzan las dos naves anchas, se levantará, según los dibujos que han de seguirse, una especie de torre cuadrada de sencillísima forma, en vez de una cúpula que muchos desean, y que, á más de ser imposible de construír, según algunas opiniones, se acuerda menos bien con el carácter del edificio y del estilo, pues que siendo una de las primeras condiciones del románico el predominio de los planos sobre los vacíos, claro es que cuanto mayor sea la extensión lisa, más en armonía se encuentra con el todo, y que dado un diámetro fijo (aquí es de m. 16) para una cúpula ó para una torre cuadrada, ésta última es la que más superficie presenta á los ojos, fuera de que la fuga en las líneas curvas, por efecto de la perspectiva, empequeñece el conjunto.

Como la nave central, las laterales terminan también en pequeños ábsides, que ya están hechos y cuya perfección hemos podido admirar. En la parte vertical de estos pequeños ábsides, en vez de las dos repisas que dibujó Carré y que habían de recibir estatuas, se han hecho sendos nichos con el mismo objeto, lo que estimo como verdadero error estético, porque se le ha quitado á esa superficie tan hermosa la unidad que le daba su limpieza, interrumpiéndola con un hueco de tan mezquina forma, por lo bajo, y cuyo arco tiene una tangencia de atroz efecto con la cornisilla que sirve al arranque de la bóveda. Qué más? La estatua que allí se coloque, por hermosa que sea, perderá toda su gracia, metida en hueco tan estrecho, cuando habría de verse tan bien en el aislamiento de esa superficie tan sencilla y tan rica. ¡Que no estuviera todo eso terminado, para que se viera á las claras el error en que se ha incurrido! Se cree que esta iglesia va á tener tanta luz que serán apreciables por todos hasta los objetos colocados en los rincones? ¿No se ha visto que las luces (ventanas y puertas) que este templo ha de tener son en muy pequeño número, estrechas, y que han de ir cerradas con vidrios de colores? Ojalá se tenga más cuidado siempre que haya de hacerse una innovación, para no caer de nuevo en disparates de esta clase.

Y aquí vuelvo á una cosa apuntada atrás.

Dije que se pensaba en abrir nichos en la porción de muro que ha de venir inmediatamente encima de los arcos de la columnata que forma cada nave. Pues bien: creo que sería otro disparate, y de dos faces. De Arte el primero: hacer esas estatuas de modo que produzcan buen efecto vistas desde abajo, y sin que el que las mire haya de buscar puntos especiales de contemplación, es cosa por extremo difícil y cuya ejecución perfecta no podrá conseguirse. En los modelos que conozco no he visto nada que autorice semejante innovación. Y segundo, disparate de economía, pues que la hechura de un nicho cuesta mucho, muchísimo más, que el mismo espacio en muro liso, y que por grande que fuera el gasto por hacer decorando eso con pintura, no llegaría á equipararse al gasto posible en esculturas, así fueran ellas groseros barros cocidos.

Los dibujos que acompañan estas desordenadas líneas, son bastantes á completar el estudio de la Catedral que se construye. Ellos muestran en su conjunto el aspecto nada exento de grandiosidad que presentará á los que la gocen concluída, y despertará, así lo creo, el entusiasmo necesario para desembolsar, los que bolsa tengan, lo necesario para que su terminación no sea una ilusión vana.

Como se ve, la iglesia tendrá dos fachadas laterales, que corresponden á las capillas que forman los brazos de la cruz, y aunque no tienen una puerta de entrada, pues que detrás del muro que las cierra irán colocados los altares, no les falta por eso hermosura, en medio de su sencillez.

Buena suerte es, á fe, el que la iglesia, edificada en un sitio que era extramuros cuando se le dio principio, quede rodeada de amplias calles que, dejándola aislada, facilitan el modo de verla por todas partes y á todo sabor, sin que ningún edificio profano se le arrime ni impida apreciarla bien en su conjunto y en sus detalles. Queda precedida de un gran parque (grande en Medellín, por supuesto) que aunque no sea un modelo de Arte ni se haya plantado con objeto de servir á la Catedral, sí libra á ésta de lo que por muchas ocasiones las ha hecho sufrir: de las fiestas populares en las plazas, fiestas que, en lo general, pugnan con el fin á que se dedican y en que se emplean las catedrales.

Por tener la iglesia su fachada principal mirando hacia el sur, habrá á todas las horas del día luz muy apropiada para hacer resaltar los relieves de su arquitectura; y si, como he llegado á soñarlo, el mediopunto de la puerta central, si no los de las tres, lo adornan con un bello asunto de escultura, una escena

bíblica por ejemplo, el artista que se ocupe en ello, tendrá una preciosa ventaja que aprovechar, debida á la orientación del edificio.

Abril de 1898.

FRANCISCO A. CANO.

LOS DOS HERMANOS [1]

I

A LA revolución granadina de 1840 tuvo su origen en la elección para Presidente del Dr. José Ignacio de Márquez, opuesto por unos al General José María Obando, proclamado por otros.

La supresión de conventos menores, decretada por el Congreso Nacional desde el año de 1821, motivó en la Provincia de Pasto una insurrección capitaneada por el Padre Villota, cuyo convento debía eliminarse.

Aquella primera intentona pareció quedar aniquilada con el triunfo obtenido por el General Pedro Alcántara Herrán en el paraje de Buesaco, y con el generoso indulto y amnistía concedidos por él á todos los comprometidos en el movimiento, que tendía á la subversión del orden público.

El resultado feliz que se esperaba del indulto y amnistía concedidos entonces á los insurrectos, no tuvo éxito dichoso, porque muy pronto después numerosos guerrilleros aparecieron por aquellos lados en contra del Gobierno Nacional.

Por desgracia para la patria, la cuestión llegó á complicarse de un modo más que enfadoso, aciago para la República; porque reapareció sobre el tapete lo relativo al asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho, General Antonio José de Sucre, en un desfiladero de la montaña de Berruecos.

El General Obando, acusado entonces como responsable de la ejecución de aquel horrendo crimen, después de haber permanecido en Bogotá por algún tiempo, y viéndose perseguido por sus enemigos, con razón ó sin ella, logró trasladarse al Sur de la República, en donde actuó como caudillo en las guerras posteriores.

A la revolución de Pasto siguieron varios alzamientos locales en todo el territorio del país, encaminados todos ellos á derribar el Gobierno de Márquez. Los hubo en Popayán, en Cundinamarca, en Casanare, en Mompox, en Cartagena, en el Socorro, en Boyacá y en Antioquia, donde comenzaron el ocho de Octubre, encabezados por el Coronel Salvador Córdoba y algunos de sus amigos.

Desencadenóse al fin una baraúnda, formada, de un lado, por *supremos* rebeldes, y de otro, por caudillos ministeriales que defendían al Gobierno; y hubo batallas sangrientas, derrama-

(1) Este relato no es completamente histórico. Hay en él algo de verdad y algo de fantasía; mezcla que debe ser permitida á quien no busca gloria de escritor, sino simplemente modo de gastar algún tiempo, cuando, por sus enfermedades, no puede ocuparse en producir algo que interese más al provecho social.

miento de sangre, pérdidas de caudales, patíbulos afrentosos, ansiedad general, odios, rencores y copia enorme de todas esas monstruosidades que manchan á los pueblos, cuando la pasión política, el interés personal y la ambición entran en campaña.

Los Coroneles José María Vesga y Tadeo Galindo, revolucionarios oposicionistas, estaban á la cabeza de un regular ejército, situado en la ciudad de Honda, capital de la Provincia de Mariquita, á la sazón en que Córdoba reunía tropas en Antioquia para ir en ayuda de ellos y para entrar de firme en el conflicto civil que atormentó por entonces á la Nación.

La primera providencia de Córdoba al declararse Jefe Supremo en el país de su nacimiento, fue mandar una columna de guerreros en sostenimiento y ayuda de sus amigos Vesga y Galindo, la que llegó al campamento de aquéllos á tiempo en que eran atacados por el General Joaquín París, quien operaba, con un mediano ejército llevado de Bogotá, en favor de los ministeriales.

Avistadas las fuerzas contendientes, Vesga y Galindo fueron derrotados, no sin que hubiese algún derramamiento de sangre en ambos campos y un razonable número de prisioneros.

Entre los capturados en aquella acción de guerra estaba un joven medellinense llamado Pablo Vegal, sujeto entroncado con una de las más nobles familias antioqueñas, caída en notable pobreza en la época á que nos referimos.

El Capitán Pablo tenía, cuando fue hecho prisionero, cosa de 36 años. Era alto de cuerpo, recto, de piel blanca, de cabello castaño y lacio, calvo hasta la coronilla, de ojos negros melancólicos, de boca expresiva y de movimientos enteramente marciales.

Conducido á Bogotá, logró escaparse de la prisión, y como todo desertor antioqueño parece tener una brújula en las pupilas, poco después el joven estaba en Medellín, incorporado de nuevo en el minúsculo ejército del Coronel Córdoba, brioso y resuelto á pagar, si preciso era, la fuerza de sus convicciones políticas hasta con la vida.

En el curso de su deserción nada pudo contener el arrojo del antioqueño: ni el Magdalena, que atravesó á nado, llevando sus vestidos enrollados sobre la cabeza; ni el hambre, ni la intemperie, ni los reptiles, ni las fieras.

Mientras ocurrían los acontecimientos de Honda, el Coronel Córdoba, con una partida de soldados, que más que columna podría denominarse pelotón, tiró al encuentro de los Coroneles Eusebio Borrero y Juan María Gómez, quienes atacaban á los revolucionarios de Antioquia por el Sur.

En los alrededores de la por entonces reducida aldea de Riosucio, Córdoba fue rechazado y obligado á replegarse hacia

el centro de la Provincia, en donde, merced á su grande influencia, aumentó el número de sus defensores, en tanto que Borrero, siguiendo á marchas forzadas, se presentó en el pueblo de Itagüí, distante dos leguas de Medellín, en donde se hallaba acampado su adversario, quien salió á presentarle batalla.

En Itagüí hubo reñida pelea, porque los contendores de lado y lado eran valientes y temerarios, como acostumbran serlo en todas las ocasiones los descendientes de Córdoba, de Girardot, de Cabal y de Caicedo.

Sucedió que después del combate, ninguno de los dos cabos obtuvo victoria definitiva; razón por la cual, después de un convenio entre los jefes, Borrero regresó al Cauca, y Córdoba permaneció en Antioquia, para ir luégo al Cauca á sentarse con Jaramillo y Robledo en el histórico escaño de Cartago.

Vesga y Galindo, después de varios acontecimientos que sería inoportuno referir en este episodio, quedaron en Medellín, amenazados por partidarios del Gobierno, á quienes acaudillaba el Coronel Braulio Henao.

En Salamina ocurrió un encuentro entre las tropas ministeriales y los oposicionistas, en el cual, á vuelta de hechos heroicos de parte y parte, los últimos fueron completamente rotos.

Prisioneros en aquel encuentro fueron Vesga, Galindo, Menéndez y otros muchos. El Capitán Pablo fue herido en una pierna, mas no con tanta gravedad que le impidiese andar á pie. Como fugitivo tomó el camino de su casa, y al llegar á la Ceja del Tambo, sabedor de que un sujeto, á quien tenía por buen amigo residía en ese sitio, tocó á su puerta para pedir hospitalidad. Fue acogido; pero traidoramente denunciado al Alcalde por el mismo en quien depositaba su confianza, y cogido al punto.

Preso, se le condujo á la Capital de la Provincia, y se le encerró en estrecha prisión para encausarle como á los compañeros.

Para no detenernos en pormenores, diremos simplemente que Vesga y Galindo fueron fusilados sin pérdida de tiempo, después de habérseles formado causa sumaria; y que Menéndez, Gutiérrez, el Capitán Pablo y otros, quedaron encarcelados, mientras se sustanciaba el proceso que á ellos se refería.

En tanto que todos los prisioneros estuvieron reunidos, el tiempo se pasó entre ellos, si así puede decirse, alegremente.

Platicaban entre sí á diario, unas veces solos y otras con los vecinos que llegaban á hacerles compañía, ó con los oficiales de la guardia; porque parece que aquellos veteranos miraban la muerte que podía venírseles encima, como antigua conocida á quien habían cortejado de cerca en los campos de batalla, cuando reñían con denuedo por darnos señorío nacional: chanzas frecuentes,

anécdotas picantes, recuerdos de gloria, referencia de acontecimientos habidos en la guerra en que los lidiadores de la patria se habían distinguido con actos de temeridad, que rayaban á veces en verdadera locura. De todo eso y de mucho más, trataban aquellos valientes, para pasar entretenidos las horas de su cautiverio y para esperar resignados la suerte adversa que con fundamento creían vendría infaliblemente á ellos.

El local que les servía de prisión, estaba situado á distancia de ochenta metros al occidente de lo que entonces se llamaba Plaza Mayor de la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria, y en el punto mismo que sirve hoy para Escuela Normal de varones. Como quiera que los aposentos en que estaban los reos no fuesen muy espaciosos, ocurría que en un mismo cuarto pasaban la noche muchos de ellos, casi en contacto personal.

Cierta mañana dijo el Coronel Gutiérrez á sus compañeros: "He tosido esta noche sin tregua, mucho más que lo que me acontece de ordinario, y creo que he perturbado el sueño de muchos de ustedes. Lo siento positivamente, pero no puedo evitarlo, porque opinan los médicos que estoy tísico y en el último período de mi enfermedad. La *música* que entonan mis pulmones no es agradable: unas veces balo como oveja, otras veces mi tos es cavernosa, y en ocasiones parece un verdadero estertor; por lo cual pido á ustedes mil perdones, sin propósito de enmienda, porque esto no depende de mi voluntad."

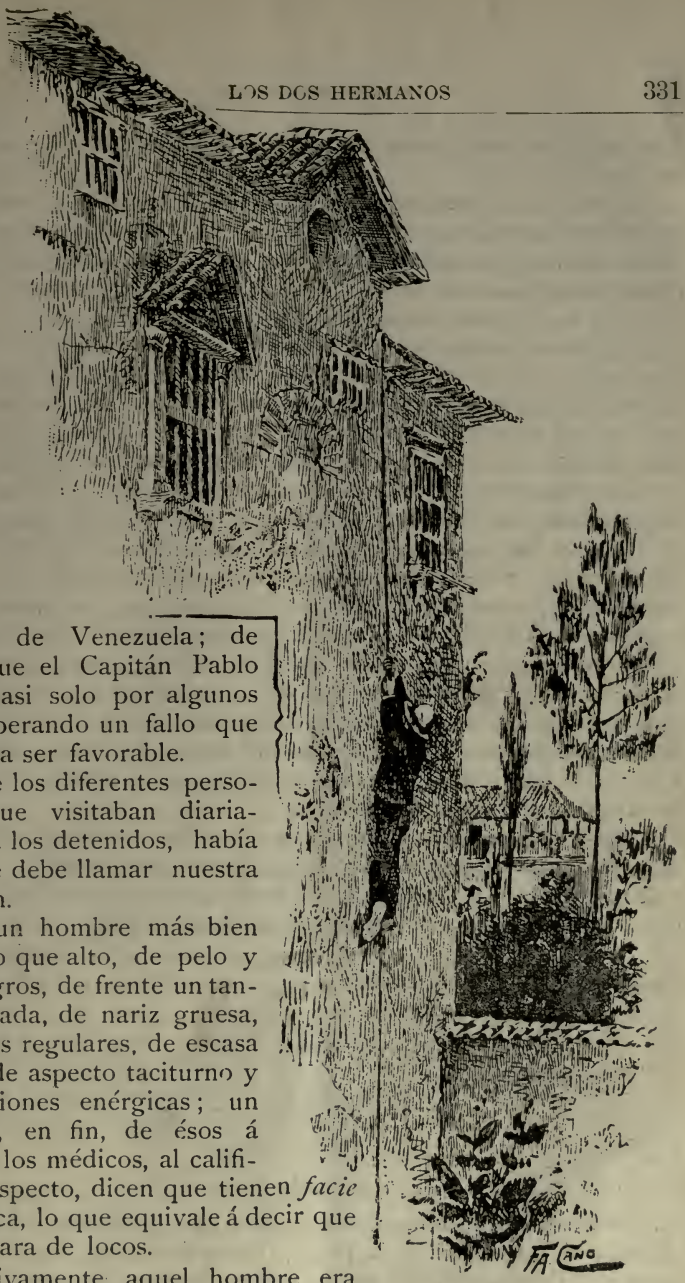
Como todos sabían que aquel indomable veterano estaba gravísimamente enfermo, le tranquilizaron con frases de respeto y de cariño.

La sentencia final del Juez que conocía de las causas tardó algo en ser pronunciada, respecto á estos últimos conspiradores; y entre tanto pasó á la pasión política lo que suele pasar á la lava arrojada por los volcanes, que al principio corre ardiente por los flancos de la montaña, pero que al detenerse en la base, queda en reposo y se enfría paulatinamente.

Muchos jóvenes de Medellín visitaban diariamente á los presos, con el propósito de dulcificar las penas de su situación y de prestarles todo género de servicios.

Dos de ellos, de elevado carácter y de nobilísimas intenciones, lograron hacer evadir de la cárcel al Coronel Gutiérrez, cuando se supo que ya estaba condenado á muerte. Laudable acción que tuvo por único resultado el que aquel valeroso militar fuese á morir hético en un pueblo vecino; *hético*, como se dice en el vulgo, para significar la dolencia que los médicos llaman ahora *tuberculosis pulmonar*.

Atanasio Menéndez, sobrino del héroe del Bárbula, consiguió igualmente escaparse cuando lo conducían á la Costa atlántica, para morir prematuramente y con gloria en la Re-



pública de Venezuela; de modo que el Capitán Pablo quedó casi solo por algunos días, esperando un fallo que no debía ser favorable.

Entre los diferentes personajes que visitaban diariamente á los detenidos, había uno que debe llamar nuestra atención.

Era un hombre más bien pequeño que alto, de pelo y ojos negros, de frente un tanto abultada, de nariz gruesa, de labios regulares, de escasa barba, de aspecto taciturno y de facciones enérgicas; un hombre, en fin, de ésos á quienes los médicos, al calificar su aspecto, dicen que tienen *facie* encefálica, lo que equivale á decir que tienen cara de locos.

Efectivamente, aquel hombre era tenido entre la gente por sujeto de carácter extravagante, y se decía de él que era muy *ideático*, porque se le veía de ordinario reservado, silencioso, esquivando relaciones y entregado sin descanso á trabajos de sastrería, que era su oficio habitual.

Este personaje se llamaba Carlos, y era hermano carnal del

Capitán Pablo, de quien lo separaba una diferencia de edad de 4 á 5 años.

Carlos y Pablo habían pasado en estrecha unión los primeros años de su vida, y tanto el uno como el otro, dotados de clara inteligencia, habían recibido con provecho la educación elemental que el cariño de sus padres les había procurado.

En la época á que vamos refiriéndonos, los dos hermanos eran hombres, si no completamente instruídos, sí perfectamente educados; porque el mayor, en los ratos de tregua que le dejaba su trabajo, leía sin descanso los buenos autores que había á las manos; mientras el menor, en contacto diario con oficiales y jefes distinguidos del ejército independiente, había adquirido conocimientos generales de no escasa importancia. Uno y otro se expresaban con gran facilidad, y por dón natural daban á su discurso el fuego sagrado que imprime al decir, aun de los ignorantes, vivísimo interés. En nuestra opinión, eran poetas, á su modo, aunque no se ocupasen en fabricar estrofas rimadas. La poesía puede existir en el espíritu de un hombre, sin necesidad de consonantes y asonantes; porque, bien meditado el asunto, es poeta quien sabe sentir y formular el sentimiento; quien sabe comprender los misterios de la naturaleza física y moral; quien halla en la contemplación de todo lo que le rodea el germen divino de lo bello, de lo bueno, de lo útil, de lo agradable, de lo permitido y de lo verdadero.

El Capitán Pablo era más suave y más tierno; Carlos, más exaltado, más enérgico, más impetuoso; pero ambos naturalmente correctos y razonables, si bien inclinados al silencio cuando el estímulo de la pasión no obraba sobre ellos.

Todos los días, sin falta, después de la hora de almuerzo, entraba Carlos á la prisión; y al entrar, Pablo salía á su encuentro.

—Buenos días, Carlos. Entra. ¿Cómo está mi madre?

—Está bien: siempre clavada en su lecho, pero fuerte é inquebrantable como de costumbre.—En efecto, la pobre anciana estaba paralítica hacía ya algunos años.

—Procura, Carlos, que nada le falte.

—Nada le faltará—decía el otro lacónicamente, y buscaba asiento en un rincón de la pieza, donde se entregaba á su eterno oficio de costura, sin que lo interrumpiese sino de tarde en tarde, para responder á las preguntas que solían dirigirle.

El Capitán y su hermano gozaban entre los vecinos la reputación de ser hijos modelos, y así era en efecto. Su señora madre, sea por efecto de carácter, ó sea por causa de la irritación que suelen producir dolencias habituales, experimentaba de vez en cuando exacerbaciones de impaciencia que no tenían

para desfogarse sino la presencia de los hijos, únicos compañeros en su triste aislamiento.

En casos tales, los dos hermanos, en lugar de rebelarse contra la dura severidad de la anciana, redoblaban hacia ella las muestras filiales de su ternura y respeto, hasta lograr calmarla. Aquellas crisis terminaban á veces de un modo patético, y gruesas lágrimas inundaban la faz venerable de la señora, como revelación natural del profundo amor que le inspiraban aquellos pedazos de sus entrañas.

Además, Carlos ganaba con su trabajo, y ahorraba; y Pablo, calígrafo habilísimo, había obtenido colocación en varias oficinas públicas, de las cuales sacaba lo suficiente para atender, con las economías del hermano, á los gastos de aquel modesto hogar.

Pasaron algunos días; la causa contra el Capitán siguió su curso, y al fin el Juez pronunció sentencia de muerte contra Vegal y Gutiérrez, como muchos lo temían.

La mala nueva, como todas las de su especie, llegó á la cárcel antes de la notificación oficial, porque las malas nuevas parece que tienen alas.

Al día siguiente de haberse pronunciado el fallo, un apuesto mancebo, antiguo condiscípulo de Pablo, Secretario á la sazón del Juez que conoció de la causa, se presentó en el umbral de la puerta por donde se penetraba á la pieza en que se hallaba el Capitán. Este, al ver á su amigo, se puso de pie, avanzó hacia él, le estrechó cordialmente la mano, le suplicó que se sentase y le enderezó estas textuales palabras: "Ya sé que viene U. en cumplimiento de un deber penoso; pero no tenga cuidado; abra ese pliego y lea, para que sepamos qué tal redacta el señor Juez."

El joven, profundamente conmovido y tembloroso, abrió el pliego, y leyó con voz entrecortada la sentencia de último suplicio que el Juez pronunciaba contra el acusado. Este oyó la lectura con serenidad, departió tranquilamente con su antiguo camarada de colegio sobre diversos puntos, hasta que, terminada la plática, el empleado volvió á su oficina y el reo quedó en su prisión.

Un poco más tarde, Carlos entró como de costumbre, con las facciones un tanto alteradas, aunque de aspecto firme y decidido.

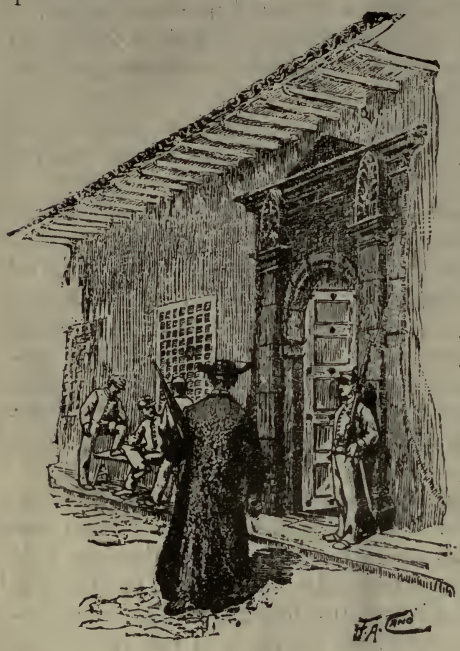
El Capitán lo recibió con la afabilidad de siempre, le dejó tomar su asiento de preferencia y se ocupó luégo en recibir los numerosos visitantes que llegaban á saludarle, tan indiferente y frío como si de nada serio se tratase.

Cuando Carlos se dispuso á dejar la prisión para volver al lado de su anciana madre, el hermano lo detuvo y le dijo estas palabras:

—Esta noche irás á casa del señor Cura, y le suplicarás, á nombre mío, que visite á nuestra madre,—¡pobre madre!—que le dé la noticia de lo que me pasa, que trate de atenuarle el golpe y que mañana entre las diez y las once procure verme, porque necesito conferenciar con él y arreglar asuntos que atañen á mi conciencia.

—Está muy bien;—contestó secamente Carlos—cumpliré tu recomendación.—Volvió la espalda y siguió para su domicilio.

Al día siguiente, á cosa de las once de la mañana, se presentó en la puerta de la prisión un sacerdote católico, alto de cuerpo, de piel morena, de semblante austero y de ademanes apacibles.



El Capitán se puso de pie, avanzó respetuosamente hacia él y le dijo con tono cariñoso:

—Buenos días, maestro. – Porque, efectivamente, cuando el joven era niño, había recibido de aquel venerable viejo algunas lecciones de latinidad.

—Buenos días, Pablo, —respondióle el ministro. —He venido á tu llamada; sé lo que pasa, y esperaba que quisieras verme.

—Avance U., maestro; —repuso con calma el sentenciado al sacerdote—tome U. asiento á mi lado, porque tengo que entenderme con U. acerca de diferentes asuntos.

El presbítero se sentó.

Era el Cura de Medellín en aquella época un varón incomparable por sus virtudes eximias. Todos los habitantes del lugar le respetaban y veneraban, porque su generosidad era notoria, popularmente aceptada la pureza de sus costumbres, evidente la austeridad de su vida y sin límites su caridad.

—Pues bien, señor;—continuó Pablo—tengo algunos reparos de conciencia que deseo comunicar á U. en requerimiento de tranquilidad. En primer lugar, le manifestaré que pienso faltar á mis deberes de cristiano, porque ni quiero ni puedo tenerle miedo á la muerte que me espera.

—La deseas?—le preguntó el sacerdote.

—No diré tanto,—contestó el interpelado—pero me es indiferente.

—En este punto—repuso el sacerdote—hay que considerar dos cosas: desear la muerte equivale á un principio de suicidio, porque con ello se da prueba de poca conformidad con las miras del Altísimo, que es quien nos ha concedido la vida y el único que puede disponer de ella según su voluntad; no temerla, hijo mío, es negocio de pura organización: los valientes no la temen, y tú eres valiente. En cuanto á lo primero, lo creo firmente, y te aconsejo que renuncies á ese deseo, si lo tienes, porque me parece pecaminoso; y en cuanto á lo segundo, te diré buena y simplemente que no debes tener cuidado alguno: te conozco, sé que eres creyente y cristiano; que si Dios dispone que sigas viviendo, te conformarás con sus decretos, y que si El quiere que perezcas, irás tranquilo y sin vacilaciones á descansar en su seno, previo el arrepentimiento de tus culpas.

—Sin embargo, señor; en medio de mi indiferencia por lo que acontece, no puedo impedirme un sentimiento de protesta contra la falsa justicia que me condena; no puedo convenir en que los que considero como verdugos sean jueces y parte en lo que me concierne.

—Míra, Pablo, replicó el Cura; las únicas leyes que son absolutamente justas son las naturales y eternas, dictadas por el Supremo Hacedor del Universo. Las dictadas por los hombres pueden no serlo; pero como no está en nosotros variarlas ni resistirlas en sus efectos, preciso es que nos sometamos á ellas, para morir como buenos. El día de las cuentas, el Supremo Juez dará á cada cual lo que le pertenezca: al mártir de la injusticia, la bienaventuranza, y al injusto, el castigo merecido. Animo, pues, y resignación, hijo mío.

Algo más pasó entre el discípulo y el maestro, que sería inútil narrar en este punto.

Concluídos los preliminares dichos, el reo y el confesor penetraron en la alcobita vecina, y después de no muy largo rato, aparecieron de nuevo en el salón.

—Maestro,—dijo Pablo—espero que volverá U. á verme todos los días, que me acompañará en la capilla, que me conducirá hasta el cadalso, que alentará mi fe con sus buenos consejos y que no descuidará á mi pobre madre.

—Lo haré como lo deseas, querido Pablo.

Un ojo penetrante hubiera podido adivinar en el rostro de aquel piadoso anciano, á tiempo de pasar bajo el dintel de la prisión, escritas en su frente venerable estas palabras: "Hé aquí un hombre de bien."

Sucedían así las cosas; pero aconteció que á la mañana siguiente de la notificación de la pena de muerte y de la confe-

rencia del Capitán con el Párroco de la ciudad, en que tanto sobresalió la calma del soldado, llegó á la cárcel una negra vieja encargada de traer diariamente los alimentos al preso. Venía con el desayuno.

Servido éste, la mujer se aproximó al amo y le presentó una tacita de chocolate, acompañado de algunos bizcochos y de una rebanada de buen queso. La tacita era de color azul, de porcelana y de fábrica de la China, loza que trajeron los españoles á esta tierra de América y que nuestros antepasados guardaban cuidadosamente en alacenas que fabricaban en sus salones de habitación.

Pablo, á tiempo de recibir el desayuno que se le ofrecía, miró atentamente la tacita, vaciló un poco, la tomó en su mano, tembló y la depositó instintivamente en el plato, sin sorber su contenido, y entró en un movimiento convulsivo que le obligó á rescostar la silla en que reposaba, contra la pared vecina.

Rompió luégo á llorar como un niño. El llanto fue reemplazado por sollozos prolongados, durante los cuales el pobre hombre, con ambas manos extendidas ante los ojos, parecía sumergido en las más hondas y meláncolicas meditaciones.

Cuando hubo vuelto en sí, el Oficial de guardia que le acompañaba en aquellos momentos, lleno de estupor, le preguntó:

—¿ Qué le ocurre, Capitán?

—Pues no es nada;–dijo Pablo–bagatelas, delirios frívolos propios de un sistema nervioso perturbado é indignos de un corazón bien puesto. Lo explicaré á U. Esa tacita azul que U. ha visto, ha sido la causa de todo. Verla y conmoverme fue uno. Mi madre la llamaba la tacita de Pablo y la mantenía con esmero. Todas las mañanas al romper el día, se allegaba con ella á mi lecho, y después de pasar suavemente los dedos por entre los rizos de mi cabellera, me daba golpecitos en las mejillas para despertarme. Cuando yo abría los ojos, los de mi madre se fijaban en los míos con amoroso afán; me colmaba de besos y me rogaba tomase la bebida deliciosa que ella misma había preparado con sus manos. Al pensar en todo lo que acabo de decir á U., perdí la calma, y en fila prolongada aparecieron ante mi imaginación todos los recuerdos de mi infancia y de mi niñez: mi madre como ángel de guarda; el calor de sus besos palpitando entre mis labios; la música de sus palabras resonando en mis oídos; el aroma de sus ropas y de su aliento penetrando en mi olfato; sus consejos entrando en mi conciencia; su amor empapando mi alma, y, en fin, toda la santa serie de sentimientos de la primera edad, pasando ante mí como evocaciones celestiales. Ese primer ensueño, que algo tenía de tristemente idílico, pasó con rapidez, y me hizo sentir la realidad de lo perdido.

Sucedióse á él una tremenda pesadilla, porque vi desenvolverse ante mis ojos el cuadro aterrador de la guerra civil, que todo lo destruye y aniquila. Parecióme contemplar heredades arrasadas y edificios convertidos en pavesas, á los gritos de ¡viva la propiedad!; hombres atados como para ser conducidos al matadero, á las exclamaciones de ¡viva la libertad!; familias desoladas; riquezas consumidas; patíbulos por todas partes; víctimas sacrificadas; arroyos de sangre; la vida social al borde de un abismo; la angustia pintada en todos los semblantes; las costumbres pervertidas; los hijos, los hermanos y los padres matándose entre sí; y el luto, como negro sudario, cubriendo toda la República, á los gritos de ¡viva la fraternidad! Parecióme ver entonces dos afligidos ancianos, exclamando el uno: "*¡Santa Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!*"; y gritando el otro: "¡Divina Religión, cuántos abusos perpetrados á tu sombra!" La congoja me hizo volver á mi estado habitual, y ya me tiene U. á su lado, tranquilo y dispuesto á todo lo que venga. Bagatelas, delirios de imaginación exaltada; nada que merezca la pena. Continuemos nuestra plática, señor Teniente.

El Oficial que estaba junto á Pablo en los momentos en que éste fue víctima de tan raro como extraño paroxismo, era un joven de la clase llana, de mediana inteligencia, de excelente carácter y sobre modo bondadoso.

De natural compasivo, concibió por el preso desde la primera ocasión que estuvo encargado de guardarlo, gran sentimiento de simpatía, y en los días que siguieron, no desperdició instante en el que pudiese prestarle algún oportuno y permitido servicio, sin verificarlo. Estableciόse al fin entre los dos un comercio de confidencias, próximo á sincera amistad recíproca.

Pablo, sabedor de que cuando la desgracia hiere de manera inexorable á un individuo, el vacío se le hace en torno, apreciaba en el fondo de su alma la excelente conducta que con él gastaba el Teniente, por cuanto creía que era desinteresada, puesto que, dados la situación y el fin cercano de la existencia del preso, jamás tendría aquél esperanza de que se correspondiera á sus favores.

Acaudalada señora, residente en una ciudad vecina, tía carnal del detenido, amante de la familia y de carácter decidido y audaz, resolvió emplear todos los arbitrios de que podía disponer para salvar la vida de su amadísimo sobrino.

Con el propósito indicado, se trasladó á la Capital de la Provincia, en donde, con la eficacia propia de su sexo, puso en juego todos los ardides, medios y recursos de que su fecunda imaginación le permitía disponer. Influencias personales, empeños de amistad, dádivas de dinero y todo, en fin, lo que pide la

ejecución de un gran proyecto, fue puesto en acción, con magnífico resultado.

Seducidos algunos soldados de la guardia, según se dijo, se determinó la evasión del reo para la noche de un día fijado de antemano, y así se le hizo saber para que estuviese listo.

Empero, la ejecución del plan halló de parte del Capitán un embarazo insuperable, porque quiso la desgracia que la noche señalada para la fuga, estuviese nombrado como Oficial de guardia el Teniente de quien había recibido señalados servicios y pruebas inequívocas de cariño.

La nobleza de Pablo se rebeló al instante contra lo que para él era una felonía, pues no ignoraba, como veterano, que el rigor de la disciplina militar caería sobre su amigo, si la fuga se efectuaba estando aquél encargado de su custodia.

En tal situación, tomó el partido que le aconsejaban su decoro y gratitud: llamó al Teniente y le dijo:

"Para esta noche está dispuesta mi escapada de la cárcel, y, una vez obtenida, nadie podrá capturarme de nuevo; pero como U. es Oficial de guardia, se lo advierto con tiempo, para que se excuse de serlo por cuantos medios estén á su alcance, pues no quiero comprometer su responsabilidad."

No sabemos con certeza lo que ocurriría; pero sí que la autoridad superior llegó á sospechar el designio de fuga y que, temerosa de lo que podía acontecer, mandó redoblar la guardia y acrecer la vigilancia, bajo la amenaza de severísimas penas. Hubo algo más desdichado aún, como consecuencia del incidente ocurrido, y fue el que se diera orden de poner al Capitán en capilla á la mañana siguiente y de que fuese ejecutado según las formalidades empleadas en casos tales.

En efecto, al otro día el prisionero fue puesto en capilla, y las horas de su existencia principiaron á contarse con exactitud inexorable.

La pieza destinada para el fin indicado, estaba situada entre dos galerías del edificio y tenía dos puertas y dos ventanas, alternativamente opuestas las unas á las otras. Entre la puerta y la ventana de un lado, dispusieron un lecho para que el preso descansara mientras llegaba para él el reposo eterno. En la parte media del aposento colocaron una mesita con una vasija de barro llena de agua y un vaso para beberla. Aquel mueble estaba destinado á poner los alimentos á las horas correspondientes. Había además dos toscas sillas, una para el sacerdote, cuando entrara, y otra para el reo.

En uno de los extremos de aquel fúnebre salón, había un altarcillo con la imagen de Cristo, de tamaño regular, alumbrada constantemente por dos velones encendidos. A la parte de

afuera pusieron dos centinelas de vista, con el fin de vigilar incesantemente al sentenciado.

El sacerdote hizo frecuentes y largas visitas al Capitán, con el propósito de exhortarlo á la serenidad y al arrepentimiento. En la última de aquéllas, le aconsejó con empeño que se portase como cristiano en el último trance.

Llegó por fin la hora suprema, y cuando estaba ya un poco avanzada la tarde, apareció en frente de la puerta de salida una escolta compuesta de ocho hombres armados y un cabo tambor, mandada por un Oficial.

El preso fue entregado por el carcelero al Oficial; las campanas tocaron á plegaria; la escolta siguió conduciendo al sentenciado, vestido de luto como lo disponía la ley, acompañado por dos sacerdotes, de los cuales el uno, el Cura, llevaba la imagen de Cristo crucificado en la diestra mano; mientras que un sargento, colocado á retaguardia, sostenía la cuerda que enlazaba los molledos de Vegal, y que debía servir para atarlo al patíbulo á tiempo de la ejecución.

El de la caja comenzó á dar golpes á la sordina. El Oficial ordenó á la escolta conversión á la izquierda y hacia el norte; al terminar la cuadra, nueva conversión hácia el oriente, por ochenta metros, y de aquel punto al sur, para llegar á la Plaza Principal. El Capitán, que tenía aspecto enteramente marcial, como hemos dicho, y movimientos acompasados, como todo veterano, marchaba con la cabeza erguida y acomodando el paso al golpe del tambor y al andar de los soldados; los sacerdotes iban rezando los más consoladores trozos de los salmos del Profeta Rey; pero sucedió que al llegar á la esquina de la Plaza, uno de los pies del reo quedó como paralizado por un instante é incapacitado para seguir andando al tenor de sus compañeros.

Un breve salto, como el que ejecutan los militares cuando pierden el paso de marcha, regularizó las cosas, y Pablo siguió como al principio, impávido y firme.

Pensaron algunos de los circunstantes que la vista repentina del patíbulo había sido la causa de aquel ligero accidente; pero otros, más avisados y más atentos, atribuyeron aquel leve desconcierto á que el Capitán, al dirigir una mirada sobre la mucha gente que se había reunido alrededor del banquillo, vio á su hermano, confundido entre la multitud.

Cuando se llegó al lugar de la ejecución, el Oficial dispuso su gente como lo creyó oportuno: cuatro hombres á vanguardia y cuatro á retaguardia; y cuando eso estuvo preparado, Pablo, que tenía siempre junto á sí al sacerdote que le había acompañado desde la prisión, dijo con voz entera:

—Deseo mandar la escolta. ¿Me lo permite U., señor Oficial?

Mas, antes de que éste tuviese tiempo para contestar, el ministro, con un movimiento de ojos, le indicó que no insistiese en tal idea.

—Nó, no insisto; cumpla U. su deber y despachémonos.

Cuando volvió la cara hacia el banquillo para sentarse, vió un cartelón clavado en la parte alta del madero fatal, que decía en letras gordas:

PABLO VEGAL, POR TRAIDOR.

La vista de tal insulto colmó la paciencia del desdichado; y tanto fue así, que sin lograr impedirlo, dio un violento golpe con el talón contra el suelo, y la fisonomía de aquel decidido servidor de la patria, se tornó lívida de coraje.

El eclesiástico, avisado y perseverante, al notar lo que sucedía, tomó el crucifijo, lo colocó ante los ojos del reo, le señaló á éste con el dedo índice las cuatro letras que los judíos escribieron sobre el testero de la Cruz del Salvador, y pronunció á media voz estas palabras:

—A El también lo escarnecieron.

Pablo inclinó la cabeza y dijo á su maestro:

—Bien, señor, estoy resignado y arrepentido.

Sentóse luégo en el banquillo, y se dispuso á morir.

El sargento ató con la cuerda y contra el madero el cuerpo del infeliz; pero al suceder eso se le oyó exclamar, con impaciencia: "Más todavía?; quiero estar suelto, y acabemos". Pero como quiera que el Párroco, cuando esto pasaba, le señalase los clavos del crucifijo, se dejó atar mansamente, y mansamente también se dejó poner sobre los ojos la venda que se llevaba preparada, para evitarle la vista de los últimos pormenores de la ejecución.

Después de esto, el Cura absolvió por la última vez al agonizante y, murmurando algunas preces por el descanso del alma que iba á separarse del cuerpo de aquel hombre, se colocó á razonable distancia, para que los soldados desempeñaran su funesta misión.

A un rápido movimiento de la espada del Oficial, los cañones de cuatro fusiles quedaron tendidos en dirección al pecho del condenado á muerte; á un segundo movimiento de la espada, las armas fueron preparadas; y á un tercer movimiento de la misma espada, cuatro detonaciones casi simultáneas resonaron en los oídos de los silenciosos espectadores y llevaron su eco por calles, encrucijadas y campos vecinos de la ciudad.

Tan pronto como se verificó la primer descarga, los soldados de vanguardia giraron, divididos en dos partes, á ocupar el puesto de sus compañeros, que avanzaron al momento hacia adelante para ultimar al ajusticiado, si aun le quedaba un resto de vida; pero aquella precaución fue inútil, porque el viento al

disipar la columna de humo que dejó la pólvora, puso en claro el lugar de la ejecución; y todos los que estaban cerca del cadalso pudieron ver un leve estremecimiento de los brazos, cuerpo y piernas del fusilado; una cabeza caída sobre el pecho; una charca de sangre al pie del banquillo, y una espaciosa frente calva que, al recibir el rayo del sol que declinaba, cambió el tinte ebúrneo que tenía en vida, por el blanco de la nieve. Quedó un cadáver; *"la justicia se había cumplido y la vindicta pública estaba satisfecha."*

Muchos curiosos se apiñaron para ver el cuerpo del ajusticiado; algunas mujeres, obedientes al instinto de curiosidad que siempre las domina, concurrieron al acto de una manera imprudente. Estas lloraban, otras sollozaban y las demás murmuraban entre dientes algunos sufragios por el alma del sacrificado.

Pasados algunos momentos, las mujeres volvieron á sus casas, los hombres se derramaron por las calles, formando corros para comentar los lances del suceso; el lugar de la ejecución quedó casi vacío, y los transeúntes que pasaban por los andenes de la plaza, dirigían miradas de soslayo hacia el sangriento madero, y seguían pensativos.

Se pudo ver entonces un individuo que, asido al patíbulo con la mano derecha, estaba de pies al lado del muerto. Era Carlos.

Profundas arrugas plegaban la fisonomía de aquel hombre; tenía los ojos encarnizados; en su labio superior, contraído, vagaba una especie de risa sardónica, semejante á la que muestran ciertos enfermos en agonía ó á la que precede á una carjada estridente en las víctimas de la locura. En resumen: el rostro de Carlos parecía cubierto de una espesa nube y su cara era terrible, positivamente. Si en aquel momento le hubiese sido posible exterminar de un solo golpe la existencia de los victimarios de su hermano, lo habría hecho con indecibles regocijo y satisfacción; pero como á tánto no alcanzaba su poder, permaneció clavado en el punto que ocupaba, y esperó.

La ley dispone que el cuerpo de los ajusticiados permanezca en el patíbulo por algún tiempo después de la ejecución, y esto para escarmiento del público.

Poca debió de ser la enmienda que aquél y otros espectáculos sangrientos presenciados en la República produjeron; porque las revueltas intestinas continuaron su curso, cada vez más y más cruentas.

Una ventaja sí se sacó de las numerosas ejecuciones de este género que se verificaron aquí y en otras partes del mundo; porque al fin, bien examinado el asunto por los publicistas, la luz llegó al entendimiento de los legisladores, y los Gobiernos decretaron la abolición de la pena del último suplicio por deli-

tos políticos. Hubo algo más en la materia: una Convención Constituyente hizo extensiva la inmunidad á los delitos comunes, consignando en la Carta fundamental la inviolabilidad absoluta de la vida humana.

Por causa de vicisitudes políticas, el cadalso ha sido restablecido para el castigo de ciertos reos de crímenes atroces, y la cuestión de si debe ó no existir, se ventila hoy con incansable afán por personas de encontradas opiniones. Nosotros no somos los llamados á dirimir la controversia; mas en virtud de nuestra propia sensibilidad y ya próximos á dejar la escena de este mundo, nos será permitido decir con franqueza, que deseamos mejor sentido para la sociedad que lidia por alcanzar perfección en el campo moral y en el de la cultura, y que elevamos votos fervorosos al Cielo porque las generaciones subsiguientes, cristianas y civilizadas, proclamen ante gobiernos y pueblos el imperio del precepto contenido en la voz de Dios: "No matarás."

Trascurrido el tiempo legal de exhibición, y ya cerrada la noche, llegaron dos negros á la plaza, conductores de un ataúd, que colocaron cerca del banquillo. Carlos, ayudado por ellos, desató el cuerpo, lo puso dentro de la caja, lo tapó cuidadosamente y, ordenando á los peones que lo llevasen en hombros, lo condujo á casa de uno de sus deudos, para evitar á su anciana madre un suplicio superior á los muchos que había experimentado.

A la mañana siguiente, el cadáver fue conducido por su hermano y por los dos peones de la víspera al Cementerio de los Pobres, en el cual se había cavado profunda fosa para recibirlo. Puesto en el fondo de ella, Carlos, con ardor febril empuñó una azada y arrojó tierra sobre el cuerpo de su querido hermano; tierra que, pisada, llegó por fin á colmar la sepultura, hasta nivelarla con la superficie del terreno adyacente.

Terminadas estas operaciones, Carlos clavó con sus propias manos una tosca cruz de madera en la parte de aquel humilde sepulcro correspondiente á la cabeza del ajusticiado, y sin perder ni un minuto, con los ojos hinchados y oprimido el pecho, descendió rápidamente hacia la parte baja de la ciudad, en donde vivía un su cuñado, amigo íntimo y hombre que merecía toda su confianza.

Todo está concluído—le dijo.—Esta es la llave de mi cuarto; vaya U. á él; en el cajón de una mesa hallará una talega que contiene dinero, fruto de mis economías. Con ese dinero, y atendiendo á las costumbres sencillas de mi madre, creo que hay lo bastante para que ella siga manteniéndose hasta el término natural de su existencia. Al cuidado y protección de U. la encomiendo. No me despido de ella, porque me falta valor para ve-

rificarlo. Llevo conmigo algunos reales, para gastos indispensables; parto ahora mismo y no volveré jamás. Adiós, amigo mío.

Y tomó el camino del Sur.

(Continuará)

MANUEL URIBE ANGEL.

ANTIOQUIA Y CAUCA

(Continuación)

VI

¿HAY ANTAGONISMO DE RAZAS?

PARA resolver esta pregunta, debe tenerse en cuenta, fuera de lo sentado atrás, un hecho característico: que Colombia—principalmente en el Cauca—tiene territorios desocupados para una población diez veces mayor de la actual.

Tan cierto es esto, que se ha legislado, y se ha investigado por publicistas eminentes sobre los medios eficaces de atraer la corriente de emigración extranjera hacia nuestro país; y si hoy en el Cauca se dijese con fundamento que, por contrato ó de otro modo, vendrían 100.000 inmigrantes á establecerse en su territorio, una gran mayoría, si no la totalidad, creería el proyecto muy beneficioso.

Hemos demostrado que el Cauca y Antioquia son el uno complemento del otro, como territorios que forman una misma hoya hidrográfica. Veamos ahora qué son el uno para con el otro, como agentes de producción; y á la vez, las razones del modo de ser del pueblo caucano.

El tipo propio del caucano lo da el habitante de lo que se llama el Valle del Cauca—los inmensos desiertos del Caquetá, el Chocó y la Costa del Pacífico, no pueden dar aún tipos, por su escasa población. El habitante del Valle posee el territorio tal vez más privilegiado del mundo, por su belleza, feracidad y clima. Mas ese valle paradisíaco está enclavado entre dos elevadas cordilleras, que le separan por barreras casi infranqueables: la una del río Magdalena, la otra del Pacífico.

Si el Cauca fuese navegable en todo su curso, la vía natural de comunicación del Valle con el Atlántico sería por ese río; mas éste, al terminar el Valle, cerca á la embocadura del río La Vieja, no es yá navegable, y no vuelve á serlo sino casi al salir

del territorio antioqueño, abajo de Cáceres. Así, Antioquia es una de las barreras naturales que, con sus montañas de mil repliegues, se oponen á la franca comunicación del Valle con el Atlántico; y aunque es cierto que el territorio caucano se extiende hasta el Atlántico, por el Chocó, condiciones climatéricas y de distancia han convertido ese territorio en otro obstáculo para el comercio del Valle.

Este ha permanecido, pues, lejos de las vías económicas de comunicación, sufriendo los recargos de fletes y sus consecuencias naturales; teniendo que hacer su tráfico parcialmente al través del Istmo, de Antioquia y del Tolima. Y lo más grave de ese enclavamiento es que su desarrollo industrial ha tenido que retardarse proporcionalmente á esas condiciones.

Considerada la cuestión desde otros puntos de vista, el cuerpo principal de población caucana se ha fijado de preferencia en el valle y no en las cordilleras. Al obrar así, el caucano ha tenido razón: ha tomado lo mejor de su territorio que, propio como es para una agricultura especial en grande escala, puede dar productos de que están privadas las cordilleras inmediatas, como son el cacao y el tabaco; además, goza el Valle de extensos pastos naturales, que le han permitido, desde tiempo de la Colonia, ser la despensa de otros territorios, y principalmente de Antioquia.

En sus mutuas relaciones comerciales, vienen á ser, pues, el Cauca y Antioquia, como lo son geográficamente, complemento el uno del otro. Antioquia será siempre, y cada día con mayor razón, el mercado de los productos caucanos; y el Cauca, á su vez, deberá recibir de Antioquia productos ó valores en retorno.

No teniendo el Cauca suficiente población, ha menester inmigrantes; y especialmente inmigrantes capaces de poblar sus extensas cordilleras desiertas. El clima del Valle, que es casi uniforme, necesita el cultivo de las cordilleras inmediatas, para obtener la completa variedad de productos de que su suelo es capaz. Para traer de países extranjeros la inmigración suficiente, sería preciso adoptar razas que sí serían verdaderamente antagónicas, tanto con relación á caucanos como á antioqueños; y en la práctica, no hay extranjeros que quieran venir á este país, sino como excepcionales especuladores ó comerciantes.

A su turno, el antioqueño, bien adaptado á estas cordilleras, á sus climas y demás condiciones peculiares, es el agente capaz de poblar las vertientes de los Andes; lo está haciendo sin necesidad de estímulos, obedeciendo á leyes naturales de desarrollo; envía continuamente al Cauca excedentes de su población fecunda y laboriosa; y, hecho muy digno de tenerse en cuenta, la masa principal de emigración antioqueña al Cauca,

es de campesinos honrados, laboriosos y tipos de moralidad y buenas costumbres. El Cauca no conseguiría en parte alguna emigrados de esa clase, que, de seguro, serán allí modelos de ciudadanos, como lo son en Antioquia.

Aun más: Antioquia no debe quejarse de perder tan inteteresante parte de su población en favor de los vecinos territorios, porque aun siendo muy sensible esa pérdida, sería peor que sus hijos se fuesen á lejanos países, cuando en los vecinos son un elemento más de unión y una esperanza para el futuro ensanche de la industria y el comercio.

Separado el Valle de Antioquia y el Tolima por el formidable nudo de cordilleras cuyos más altos picos son el Tolima y el Ruiz, no podría poblar esa comarca con su propia, escasa población. Ese territorio, magnífico por sus bellezas, por su feracidad, por su privilegiado clima, estaba desierto y solitario; el labrador antioqueño ha llevado allí la animación del trabajo, haciendo de las soledades del Quindío una de las más bellas y ricas provincias, no sólo del Cauca sino de toda Colombia; y debe ser motivo de contento para caucanos y antioqueños el que se haya creado ese lazo de unión y de mutuo interés, para reforzar los vínculos naturales ya existentes, fundados en la comunidad de origen, religión, idioma y raza.

Por supuesto, nunca faltan entre los mejores vecinos motivos pasajeros de descontento ó de disgusto; y más en países tan turbados como el nuéstro por las guerras civiles, las luchas ardientes de la política, las pasiones lugareñas. Pero debe recordarse que eso ha sucedido en otros países, como en Escocia, donde los *highlanders* mantuvieron una rivalidad que terminó á medida que las masas se ilustraron y crearon industrias é intereses comunes; lo cual, de seguro, sucederá á Antioquia y al Cauca, llamados por la Providencia á vivir como los gemelos siameses, estrechamente unidos.

(Continuará)

LUCIO A. RESTREPO.

EDMUNDO ROSTAND

I

De plácemes estamos, tuvimos gran victoria:
Nació un predestinado
Poeta empenachado,
Cual la esperanza alegre y altivo cual la gloria!....

Este gran poeta, que no tiene treinta años, este poeta lírico, trágico, cómico y tragi-cómico á la vez, este maravilloso artífice de palabras sonoras y pictóricas, este juglar de rimas sorprendentes, músico, métrico y mágico, como no lo hemos tenido desde hace mucho tiempo, este trovador armonioso y fecundo que la reina Mab nos manda del reino de la fantasía, cuando menos lo esperábamos, este príncipe de las baladas alegres, por quien agotara yo en vano—sin conseguir pintarlo nunca—todas mis letanías, es el señor EDMUNDO ROSTAND, el 'feliz autor' de *Cyrano de Bergerac*, que hará correr á París y á la Francia, á los letrados y á las turbas, á los envidiosos mismos, al teatro de la *Porte-Saint-Martin*.

Con esta encomiástica tirada saluda el señor Henri Chantavoine, el eminente crítico de *Le Correspondant*, la aparición del gran poeta cuyo nombre se lee á la cabeza de estas líneas y que del último Diciembre á esta parte fatiga las prensas de todos los países civilizados del orbe. He deseado que de las de *El Montañés* salga la primer noticia que se dé á Antioquia de este "mágico juglar de rimas sorprendentes."

El Montañés, como revista, y nosotros los montañeses, como lectores, debemos seguir la corriente del movimiento litera-

rio moderno, y ya que no nos es dado sobrenadar en ella, hagamos que, al menos, nos arrastre, no sea que volvamos á presenciar lástimas como la que hace poco nos proporcionó un crítico inapelable, cuyos fallos quería él autorizar con la doctrina de D. José Gómez Hermosilla. ¡Esto sí es darle una noticia fresca á la viejecilla de Larra!

Por más de una razón no puedo escribir sobre Rostand ni una biografía ni una crítica. Los lectores tendrán que contentarse con una simple noticia de crónica literaria, y con que vaya copiando de aquí y de allí para completar este sencillo trabajo de revista.

No es *Cyrano de Bergerac* lo primero que publica Edmundo Rostand: en 1890, cuando apenas contaba 21 años, dio á luz un volumen de versos eróticos con el nombre intraducible de *Musardises;* algo así como retozos de la Musa, contemplación perezosa y delicada.

No conozco de *Musardises* sino algunas delicadísimas estrofas del *Vieux pion*, citadas por Chantavoine; tienen un sabor bastante parecido al de las mejores poesías de Gómez Restrepo: *Viaje á Grecia*, por ejemplo. En el vasto sentir de aquel crítico, el libro es excelente y presagia al autor de *Cyrano*.

Contemporáneo de *Musardises*, es un tomo de hermosas poesías tituladas *Los Caramillos*, que apareció firmado por *Rosemonde Girard*. El poeta y la poetisa se admiraron, se comprendieron y se amaron; la señorita Girard es hoy la esposa de Rostand.

Aunque trastorne un poco el orden que debo seguir, diré que en el último ensayo general de *Cyrano*, ensayo en que se jugaba la mitad de la gloria de su autor, una de las actrices, disgustada, se negó á representar su papel; una dama que al ensayo asistía se presentó al Director del teatro diciéndole que ella supliría á la actriz; y con grande admiración del Director y del público la reemplazó á maravilla: era la señora Rostand; se sabía de memoria casi toda la pieza y aun declaró que en ella había ayudado á su marido.

¡Encantadora, espiritual pareja!

El 21 de Mayo de 1894, se presentó en el teatro de la *Comedia Francesa*, *Los Romancescos*, del mismo Rostand, pieza que, al decir de Chatovoine, "no es una obra maestra; pero es un hermoso trabajo poético, tan fácil y francamente ejecutado, tan vivo, que parece hecho para divertir los dedos y los labios, ensayando una flauta ligera, y preparar el camino."

A los *Romancescos* siguió la *Princesa Lejana*, representada en *El Renacimiento* el 5 de Abril de 1895: "cuento de hadas en que un rimador como Rostand borda la trama de joyas preciosas, como las de la falda de Melissinda; y aquí tenéis una

bella muñeca más en la memoria de los poetas, estos niños grandes que pasan la vida en jugar muñecas y que quizá no tienen nada mejor qué hacer."

Pero todavía Edmundo Rostand no había entrado á la región de la gloria, donde hoy ocupa lugar prominente, aunque las piezas nombradas habían llamado la atención á espíritus distinguidos, y aunque en algunas composiciones sueltas había revelado ser un poeta nuevo y original, dueño de una lira llena de acordes vigorosos y no escuchados hacía mucho tiempo. El severo y ya venerable crítico Francisco Sarcey, refiriéndose á la apoteosis de Sara Bernhard, en la que Rostand recitó un conceptuoso soneto, dice que aquella fue también la apoteosis del poeta; y agrega que de la célebre actriz no puede hacerse ni mayor elogio ni mejor pintura, que los contenidos en este verso del soneto:

Reine de l' attitude et princesse des gestes.

Cuando las horrendas carnicerías de cristianos armenios, consentidas ú ordenadas por el yá célebre *Sultán Rojo*, Rostand sacudía la indiferencia de la nación francesa, con su látigo de poeta mordaz y honrado á un tiempo mismo. Fue entonces cuando de su pluma salió esta estrofa que pinta bien la manera como se miraban en Europa las matanzas de Oriente:

Europa veía de lejos estas cosas
y del Turco las manos sangrientas, como rosas;
y exclamaba sonriente:
"Si el cielo por Candía de púrpura se inflama
tomáis por los fulgores rojizos de una llama
el esplendor de Oriente...."

De paso anoto que cuando en el número de 25 de Marzo de 1897, se refería *Le Correspondant* á este incidente, periódico de tan segura información como el citado, aún ignoraba el verdadero apellido del poeta: allí se cita á Edmundo *Rostan*. La fama del vate ha sido tan reciente como rápida.

Los observadores han notado que en el mundo moderno civilizado, y especialmente en Francia, se produce una clara y saludable reacción al espiritualismo. Síntoma de esa reacción es el hecho de que el pueblo parisiense, se deleita yá en la representación de cuadros bíblicos, aunque se espiritualiza á su modo: no recibe éstos sino en los teatros mundanos y en el corazón de la Semana-Santa.

En la penúltima, el 14 de Abril de 1897, los espectadores del *Renacimiento*, oyeron con sorpresa y entusiasmo las dulces y místicas estrofas de *La Samaritana*, obra de Rostand, que contiene bellezas soberanas, delicadezas místicas incomparables.

Le Correspondant de 25 de Abril del mismo año dio cuenta del cuadro.

Fue entonces la primera vez que advertí la presencia de Rostand en la escasa pléyade de los poetas de verdad. Al concluír la lectura de los versos de *La Samaritana*, quedé subyugado por las bellezas de un arte tan rara vez cultivado dignamente, y anoté al margen del periódico "Qué gran poeta!"

De *La Samaritana* dice Chantavoine:

Es una obra encantadora, quizá más hermosa para leer que para vista en la escena, al menos para aquellos que no admiten de buena gana, que el teatro siempre profano, aun cuando él crea ser religioso, aun ó principalmente en Semana-Santa, se apodere de asuntos como éste. Lo que admiro, lo que me gusta más en *La Samaritana* es que las conveniencias se guardan y salvan con arte exquisito. Es una de las habilidades del Sr. Edmundo Rostand, que las posee todas. Y luégo, allí se encuentra en todas partes el arte de los versos, el dón de la factura y de la rima, la ciencia natural y adquirida de la estrofa, del ritornelo y de la canción, porque los versos hermosos no son sino canciones divinas, en que el Sr. Edmundo Rostand, por joven que esté, ha resultado maestro.

Del escritor anónimo que en Abril de 1897 dio cuenta en la revista citada de la representación de *La Samaritana*, tomo lo que sigue, prosa y verso. Hoy, como la vez que más, lamento mi insuficiencia, sin la cual podría dar al lector una brillante versión de las estrofas de Rostand; que se contente con esta pésima—que le doy á modo de noticia—mientras la extensión de la popularidad del poeta inspira á los buenos escritores traducciones que sean dignas del original.

Lo único que ofrezco en las mías es la mayor fidelidad posible, tanto porque así mi noticia será más auténtica como porque no admito la teoría de los maestros que mandan "desatender el tenor literal de los originales, á pretexto de consultar su espíritu."

Y copio:

"La escena más aplaudida es la de los pozos de Siquem, donde Jesús encuentra á la cortesana Potina, que viene á sacar agua. De repente la percibe á lo lejos:

Una mujer.....ya viene con paso lento
de Siquem á los pozos. Requema el viento....
Hacia mí se encamina—próxima queda—
con triple collar de oro, cinto de seda
y un velo, de los ojos cubre el hechizo.
Mi padre á las hebreas qué hermosas hizo!
Los grandes brazaletes suenan y danzan.
Vé, Jacob, á tus hijas, y cómo avanzan
con andar mesurado; cuán noblemente
el ánfora sostienen sobre la frente.
Se entreve la sonrisa, que es taciturna,
y sus formas completan la de la urna;
sus cuerpos son bruñido y esbelto vaso
cuya asa, sobre el cielo, diseña el brazo!
.....

Esta Samaritana pecó sin tasa,
mas del brazo desnudo la gentil asa
pregona de la urna la procedencia
á pesar de que el vicio borró su esencia!....
Ella canta, soñando pasión indigna.....

Potina llega y saca agua de la fuente; Jesús le pide de beber. Ella rehusa al principio, por su odio á la raza judía; pero poco á poco se siente desarmada por las dulces y simbólicas palabras del Maestro, que le dice con un encanto inefable:

Quien tome de este pozo tendrá sed nueva,
mas no la tendrá nunca si al labio lleva
el agua que yo brindo: con ella siente
el bullir refrescante de eterna fuente:
refrigerio inefable lleva consigo
el que bebe del agua que le prodigo....

POTINA

¿Y no tendrá sed nunca? Me la darías?
¿El agua que el anciano Profeta Elías
tuvo cuando al desierto, sin beber nada....
.....
sin beber nada estuvo cuarenta días!
Su mágico secreto tú lo sabías?
Dílo y así me quitas, Señor, la pena
de cargar diariamente mi ánfora llena.
¡Agua que para siempre la sed saciara!
A todos les vendiera mucha y muy cara!

JESUS

Tú me oyes con oídos que son de arcilla;
cuando quiero elevarte tu alma se humilla.

POTINA

¿Cuál agua es la que á todos la sed mitiga,
fuente que hasta lo eterno se nos prodiga?

Jesús le hace comprender, con dulzura, la iniquidad de su vida; Potina se conmueve á sus acentos; se siente atraída hacia él: en su turbación murmura inconscientemente estrofas apasionadas que acostumbra recitar con intención profana; luégo, volviendo de repente en sí, y ruborizándose de su lenguaje, exclama:

¿Pero....qué es lo que digo, qué estoy haciendo?
A él! el mismo canto! crimen horrendo!
A él, estas palabras, que en mi desvío.....

JESUS

Toda palabra amante tiene algo mío,
mas si no es por mi causa que se murmura
es que se ensaya el tono de la ternura.....
.....
Como el amor que inspiro tiene su casa

en pechos que terrestre pasión abrasa,
toma lo que le brinden, ata las cosas
y en nuevos ramilletes, antiguas rosas.
Todo á mí vuelve, todo; rápido ó tardo
el perfume vendido, aloe, nardo,
que se dio á las pasiones por aliciente,
refrescará, por último, mi pie doliente;
y los que ajó la culpa suaves cabellos
el perfume en mis plantas secarán ellos.
Yo no me escandalizo de tus canciones
porque, si los sorprendo, los corazones
no pueden de improviso variar su canto;
mas, tiernos, se conmueven; se turban tanto
que á trozos el usado cantar balbucen....
y en oración el canto de amor traducen!

Desde entonces la cortesana cambia; se transfigura; cree en Cristo, y, en adelante, siguiendo sus pasos, predica á la multitud admirada la nueva doctrina, que resume toda en palabras de amor:

Cielo es amor y al Cielo se llega amando:
Dios da su amor si al prójimo damos el nuéstro.
Por amor dadlo todo. Dad del pan vuestro.....
Que perdonéis gozosos befa ó insulto
setenta veces siete, pide mi culto.
Amad al que el descrédito de amor provoca.
No al ofensor se acusa, por él se invoca;
si toma un manto vuestro dadle dos túnicas.
Amad las almas ruines como hijas únicas.
Al que odia amad: del Padre seréis amados;
por mucho amor remite muchos pecados.
El amor siempre es bello, menos el propio.
De amor mutuo haced todos crecido acopio.
Quien ama por su amado la vida entrega;
he de mostraros cómo; ya mi hora llega.....

Y cuando los sacerdotes de la Sinagoga, irritados con el papel de profetisa que se atribuye la antigua cortesana, le reprochan la indignidad de su vida, responde que Cristo ha venido precisamente para los pecadores, para los pequeños, para los humildes, para todas las víctimas del desprecio y del anatema.

Nó! le gritan desdeñosamente estos fariseos,

El Cristo será un héroe á quien la gloria abriga!

POTINA

Es un pobre que pasa sediento y que mendiga....

No es esto exquisito y de una poesía que refresca el alma como el agua misteriosa de que ella habló?

Y cuántos versos deliciosos en este poema, desde el coro de las Sombras, á la caída del día,

No ha caído el tinte azul
de la noche sobre el oro
de las mieses, cuando entona
salmos en voz baja un coro

hasta la siguiente perla caída de los labios de Jesús:

Que son más bellos, para mí, los ojos
que están llenos de lágrimas.

II

Después de *La Samaritana*, he aquí á *Cyrano*; el éxito, el éxito brillante de ayer, la esperanza y la garantía de mañana. No aguardéis que os vaya á contar la pieza, muy fácil y muy divertida de contar, por otra parte. Esto se siente. Ya la habéis visto ó iréis á verla; ha sido representada maravillosamente por Coquelin, padre, y muy bien por su hijo, y de modo muy conveniente por los otros. *Cyrano de Bergerac* es, ante todo, una fantasía, fantasía de novelista y de romántico, de erudito y de letrado; de poëta lírico, cómico y descriptivo, épico á veces.....pero me detengo: iba á empezar mi rosario del principio. Es la historia de una nariz, de una famosa nariz, enorme y rara, fenomenal y heroica, por la cual Cyrano, siempre en escena, canta, esgrime, se bate y sufre, evitando llorar porque este apéndice se enrojecería mucho y de grotesco que es, ay! vendría á quedar lamentable; por el cual, en el quinto acto, acaba por morir triste y dulcemente." (Chantavoine, Rev. cit.)

Cyrano es una especie de Quijote poeta, y un poeta que tiene grandes semejanzas con nuestro Macías, el Doncel de D. Enrique el Doliente. Triunfará del futuro, y como Hamlet y Otelo, su figura arrogante y su nariz heroica, lo mismo que sus versos armoniosos y siempre nuevos, se pasearán por todos los escenarios del mundo, recibiendo el aplauso de las turbas y la admiración de los doctos.

Coquelin, que no se contenta con ser el primer actor moderno, sino que es también escritor fácil y de criterio claro, se expresa así respecto de Rostand:

Ve todo, se ocupa en todo y es incapaz de descuidar los menores detalles, y nadie mejor que él, podría representar á Cyrano. Tiene todos los artificios de la dicción, y los tiene con todas las finezas, las delicadezas y con todas las profundidades del pensamiento en la expresión. Es un pintor y un músico; es un artista completo. (*El Teatro*, nº 1º)

De un estudio del Sr. Arsène Alexandre sobre *Cyrano*, publicado en el periódico últimamente citado, tomo estos conceptos:

Cyrano de Bergerac ha sido un triunfo, un gran triunfo, y esto es indudable, pues que la imaginación, el espíritu, la sensibilidad y los ojos encuentran allí toda clase de placeres.

Otros han reprochado al autor, ó á sus personajes—que es lo mismo—el tener tánta, tánta inteligencia, que por momentos ella, sin ahogar la humanidad, les impide darse á entender fácilmente.

Hay algo de verdad en esta segunda crítica, pero—en resumen—ser millonario es un defecto envidiable. Y si nos atenemos á lo esencial de esta observación, no se puede negar que el diálogo del señor Rostand sea de los más espirituales y brillantes. Tiene el triple mérito de ser, al mismo tiempo que notablemente ingenioso, del todo dramático, y tan claro para el público como es posible.

Para terminar esta serie de apreciaciones que se han hecho sobre Rostand y su obra, copio la siguiente, del distinguido crítico teatral Henri Barbusse, publicada en el número de Febrero último de la *Revista del Palacio*:

Finalmente se levanta en medio de las piezas del mes, *Cyrano de Bergerac*, cuya nariz se levanta no menos fieramente en medio de la cara.....

Todo el mundo literario está lleno desde hace un mes del éxito del drama en verso del señor Rostand. Rara vez fue permitido á una obra de arte arrancar un asentimiento tan gozoso y tan universal, y dar una tan hermosa fiesta. Ningún crítico se ha levantado en medio de esta inolvidable alabanza. La intriga es muy sencilla, los personajes animados é innumerables los detalles hermosos; el aplauso ha sido continuo porque el público se propuso batir manos á cada joya poética.

Con esta abundancia de citas he querido suplir los juicios que por más de una razón no puedo proporcionar á los lectores antioqueños. Pueda que estos se formen una remota idea de lo que debe de ser *Cyrano*, por las traducciones que les doy en seguida:

Un beso....juramento que se hace más de cerca,
promesa más precisa....sellar la confesión,
secreto en que se toma la boca por oído,
marcar con punto rojo la i de la pasión.

Instante de lo eterno que zumba como abeja,
con gusto de azahares florida comunión,
manera de libarse las almas en los labios
y modo como en ellos se aspira el corazón.

Para encontrar algo tan delicado como esto, es necesario buscarlo en Burns, cuyas estrofas *A un beso*, parecen el abolengo ilustre de donde Rostand tomó las suyas. Hay notables analogías en la delicadeza de los conceptos y en las imágenes descriptivas. La verdad es que en ambos poetas la belleza de la definición corresponde á la dulzura del sujeto.

La página siguiente ha sido calificada, quizá con razón, de shakspereana: es de amor; el viejo tema, siempre nuevo para el alma que lo siente, remozado aquí por los colores frescos de Rostand:

CYRANO

Os amo. Yo me ahogo.
Te amo. Estoy demente. No puedo....es demasiado.
Mi corazón mantiene tu nombre encarcelado,
y como en mí, Rosana, se mueve toda fibra,
la cárcel siempre tiembla y el nombre siempre vibra.
En recordar lo tuyo y amarlo no desmayo.
Un día, no lo olvido, que fue doce de mayo,
cambiaste de peinado para salir....tal era
la luz que circundaba tu rubia cabellera
que así como poniendo de frente al sol los ojos
después sobre las cosas se ven círculos rojos,
en todo, y hasta en medio de las tinieblas hondas
mis ojos deslumbrados perciben manchas blondas!

ROSANA

Eso es amor, es cierto.

CYRANO

Verdad, el sentimiento
que férvido y celoso me invade, yo lo siento,
es el amor: de él tiene la furia que contrista!
Y, sin embargo, sábelo: mi amor no es egoísta!
A costa de mi dicha quisiera ver labrada
la tuya, aunque del cambio jamás supieses nada,
con tal que algunas veces llegara á mí un indicio
de que sonríes la dicha que obró mi sacrificio!....
Cada mirada tuya suscita en mí una nueva
virtud, y valentía consigo á mi alma lleva!
Empiezas á entenderme? Veamos, te das cuenta?
Percibes mi alma ahora cuando la sombra aumenta?
¡Esta ocasión, la noche: qué dulces y qué hermosas;
tú y yo, los dos, tú escuchas, yo hablándote estas cosas!
Verdad, es demasiado! Que en mi ambición modesta
tal dicha no esperaba jamás. Sólo me resta
morir. Por mis palabras, ardientes como llamas,
he dicho que ella tiembla en las azules ramas!
Porque yo sé que tiemblas como hoja entre las hojas!
A pesar tuyo tiemblas! Lo sé, porque las flojas
y delicadas ramas que de este jazmín caen
de tu adorable mano la convulsión me traen!

(*Cyrano besa la extremidad de la rama que pende*).

La postrera traducción que tomo, la propongo como "manual de dignidad", como un código de honor para los colombianos que aspiran: y somos, y debemos ser todos. Cómo nos falta, cómo nos sirviera esta valiente y honrada fiereza de Cyrano:

LE BREST

Si domases esa alma mosquetera,
la gloria y la fortuna.....

CYRANO

¿Qué hacer para obtenerlas?.....
¿Buscar un poderoso
ó tomar un patrón que nos proteja,
y, como yedra que se abraza al tronco,
darse un tutor, chupándole la esencia;
treparse por astucia
en lugar de elevarse por la fuerza?
Nó, gracias, nó! ¿O, como todos lo hacen,
consagrar los poetas
su inspiración al que mejor la pague?
¿O tener la vileza
de trocarse en bufón de algún ministro
por ver si así repliega
sus labios con sonrisa
de no mucho desdén, menos siniestra?
O gastar, arrastrándonos, el vientre
ó empolvar las rodillas con frecuencia?
En gimnasia dorsal hacer prodigios?

Nó, muchas gracias, nó, que así no sea!
¿ Arrastrado subir los escalones,
ser enana grandeza
y notabilidad de los corrillos ?
¿ Y cuando se navega
tener, en vez de remos, madrigales,
por viento los suspiros de las viejas ?
Nó, gracias, nó! ¿ O hacer publicar versos
dándole al editor su paga previa ?
Así nó, muchas gracias!
¿ Hacerse, en los concilios de taberna,
elegir como papa, por imbéciles ?
Nó, gracias, nó! ¿ Pasar la vida entera
sobre un soneto, por labrarse un nombre,
en vez de escribir más ? Qué así no sea!
¿ Asombrar con el numen á los zafios ?
¿ Mantener la obsesión de las gacetas,
sin otro pensamiento
que verse publicado por la imprenta ?
Así nó, muchas gracias!
¿ Calcular, abatirse de vergüenza,
humillarse de miedo,
descuidar un poema
para medrar, haciendo una visita;
pedir, tener la mengua
de buscar la amistad del poderoso ?
¡ Gracias, nó! Gracias, nó! Lo que desea
mi alma es cantar, soñar, reír, ser sola;
deseo libertad, ir donde quiera,
ver todo frente á frente,
tener la voz que vibra y que no tiembla,
atravesarme el fieltro, si me place,
ó bien entrar en gresca
por un sí, por un nó....ó hacer un verso!
Acariciar la idea
de un viaje por la luna,
sin cuidarme del éxito que tenga,
sin pensar en la gloria;
escribir siempre por mi propia cuenta;
decirme satisfecho
sin fingida modestia : .
—Vamos, chico; no pidas más que flores,
frutos y aun hojas de tu propia huerta!
Luégo, si en algo triunfas
no tener que deberlo á ningún César.—
Decidir de mis méritos
sólo ante el tribunal de mi conciencia.
En resumen, no ser la vil parásita
si á ser encina ó tilo no se llega.
Quizá no subir mucho,
mas subir siempre solo y por mi cuenta!

No creo (sigue Chantavoine)—y todo el mundo lo ha dicho porque es verdadero, evidente, innegable—que desde *Ruy-Blas* y *Marión de Lorme*, desde las mejores páginas en prosa de Teófilo Gautier (*el Capitán Fracasse*), las mejores obras, caprichosas y funambulescas de Banville, se haya escrito en el teatro, en una lengua más rica, de más sabor, más musical, sin ser demasiado cantante, más descriptiva sin recargarse, más brotante, más verbosa y, para abreviar, más natural que ésta. El señor Rostand me ha proporcionado el sentimiento gozoso de lo inagotable. He aquí una lengua bien francesa, puramente francesa, y que va del registro copioso de Rabelais á las suavidades más tiernas de Sully-Prudhomme! Las baladas de Villon, el talento y la gentileza de Marot, la superabundancia de los poetas exuberantes de la Pléyade, y Montaigne, y Régnier, y Cyrano mismo (tan poco conocido), y el Corneille de *La Ilusión*, del *Cid* y del *Mentor*, y el abandono de La Fontaine, y la flexibilidad de Racine, y el verbo juguetón de Molière, y nues-

tros grandes románticos, etc.: tales son los maestros, ó, mejor, los ascendientes directos de Edmundo Rostand; tal es el linaje, con las cualidades de raza que comporta, del poeta de las *Musardises*, de los *Romancescos*, de *La Princesa Lejana*, de *La Samaritana*, de *Cyrano de Bergerac*, y—os doy quizá la primer noticia—de su obra maestra de mañana, de la *Cámara de los amantes* (título provisional), que se representará muy pronto en la *Comedia Francesa*.

Lo que más admiro en la literatura de Rostand—sin contar la atrevida novedad de imágenes y pensamientos—es la total renuncia que ella ostenta á todo espíritu sectario, á todos los prejuicios y amaneramientos de las escuelas preestablecidas. Su conciencia artística, como la de Cyrano, es el único juez de sus obras. La belleza está en todas las escuelas y exclusivamente no está en ninguna. Rostand la toma donde la encuentra, llámese belleza clásica ó romántica, realista ó idealista, parnasiana ó decadente, simbólica ú objetiva. A él sí que puede aplicarse esta profunda sentencia del pintor Meissonier: "tengo por maestro á aquel cuyas obras no me hacen pensar en las de ningún otro."

Esto y su talento sin par le aseguran el porvenir. Para el porvenir queda citado, y probablemente en él se aclamará á Rostand con el grito con que fue victoreado por la multitud que asistía á la primera representación de *Cyrano:* "¡Resucitó Víctor Hugo!"

Medellín, Abril de 1898.

CARLOS E. RESTREPO.

RESEÑA MENSUAL

(IMPRESIONES PERSONALÍSIMAS)

Y vino otra vez la *Semana-Santa*. Y ella me puso más que nunca de patente la agitada inmovilidad de nuestra vida. Es nuestra sociedad como uno de esos pobres caballos que salen al escenario en algunas comedias *yankees*. Corre el infeliz animal desalado, sobre un piso que retrocede exactamente lo mismo que él avanza; y cuando pára al fin, jadeante y sudoroso, pensando (en este fin de siglo de promociones, cuando las mujeres van á votar, ¿no podrían pensar un poquito los caballos?) que ha dejado atrás muchas leguas, se encuentra en el mismísimo punto de donde partiera, y que no ha abandonado.

Existe un cierto ciclo predeterminado de sucesos, que va girando alrededor nuestro; y si á nuestros ojos uno de esos sucesos se muestra diferente en las sucesivas apariciones, es que los ojos han cambiado: que ayer eran de niño, hoy son de hombre y mañana serán de viejo. Jamás como en tiempos cual éste, cuando la vida de todos se echa á la calle, se ve tan claro que es el vivir una comedia fatal, perpetuamente repetida, en la que, si los actores cambian, los personajes son siempre unos mismos. En ella todas las mutaciones están previstas; y cada uno de nosotros va asumiendo mansamente el nuevo papel, y alargando al que viene atrás el que él yá hizo, y ahora le toca al otro. Mas no faltan ¡ay! actores noveles, que se enamoran muy en serio del disfraz que traían, y sólo lo entregan suspirando: gentes que quisieran seguir sintiendo como sintieron ayer, y ven con envidia á los más jóvenes, que parecen haber heredado sus sentimientos, sus ideas, hasta sus palabras.

Cada estación trae su vestido; y no para el cuerpo nada más, para el alma. Este tiempo de Semana-Santa es el de el gran despertar místico. Toda mujer y todo hombre, ahora siente bullir en lo profundo del sér el fondo religioso y sentimental que á nadie falta, aunque muchos lo escondan; y la ola de fervor que estremece la sociedad, á cada uno lo arrastra—por una especie de mutua sugestión—poco ó mucho, algo siempre. Y nacen los fervores individuales, formados de envidiosos recuerdos de días de inocencia; de fatiga cruel del vivir; de poderosas fuerzas sentimentales que buscan objeto excelso en qué emplearse; de oscuros terrores de la muerte; de anhelos irresistibles de inmortalidad! Ahora son las grandes conversiones, ¡ay! tan sinceras y tan falsas, tan de buena fe y tan efímeras, generalmente! Ahora es la cosecha grande de las vocaciones monásticas, que tan de moda están, y sabe Dios en qué páren; como no sea en dejarnos solteros á media humanidad, con no pequeño detrimento de las generaciones futuras! Ahora son las ansias de sacrificio y de abnegación; ahora los ayunos y maceraciones y penitencias. Es ahora el agolparse de las multitudes en las iglesias—en las que están en boga, sobre todo—á escuchar, magnetizadas y vibrantes, los sermones magníficos—y otros que no lo son tanto. Ahora—en todo el año, única vez,—llega á los hombres como una vaga presunción de lo que fue el Cristo; y esa sola basta para herir todos los corazones y arrastrar todas las voluntades; para vencer todos los orgullos y doblar todas las rodillas! Ahora nos vamos todos tras las procesiones, más ó menos solemnes—casi siempre, menos,—contemplándolas, los chicos—los de cuerpo y los de espíritu—con místico embeleso, y los otros, con una especie de cariñosa compasión—¿compasión de qué? de ellos mismos, tal vez.— Ahora los imponentes y simbólicos ritos de la Iglesia tienen para los fieles, aunque no los comprendan, un oscuro significado de profundidad y de misterio, muy acorde con el estado de alma general. Ahora anda por las calles el recogimiento —bien que suela acompañarse de la vanidad;— y en las casas velan la abstinencia y la meditación—aunque por ratos se duerman.— Porque—al fin cosa de hombres—tiene este fervor de la *Gran Semana* su aleación mundanal. Y siempre encuentran las muchachas—hasta aquéllas de la vocación incipiente—entre medi-

taciones, y oficios, y sermones, tiempo suficiente para probarse el traje para el Jueves Santo y la saya para el Viernes, y para rabiar contra la modista. Y tiene el misticismo de los hombres algo de voluptuosa tregua de reposo en el incesante cavilar y trabajar de los negocios. Y tanto ellos como ellas—inclusas las susodichas monásticas—encuentran muy sabio y conveniente que esté la humanidad partida en dos sexos, para mutua edificación, por supuesto.....y para amenizar algo.

Pero con todo eso, siempre es cierto que la Semana-Santa es una revelación periódica de un anhelo hacia el perfeccionamiento moral; es un esfuerzo hacia arriba, que se hace ¡ay! mirando hacia atrás, hacia los días yá idos; contemplando con envidia á los que vinieron á tomar nuestro puesto de ayer en la procesión!

Es como si al loco viento de la humana vanidad, que ni aun entonces cesa, llegara á mezclarse un soplo venido del Calvario, con todo el vigor de espiritualidad que de allá baja. Por desgracia, nada más que un soplo, que otra vez la Pascua trae la carne.....

***

Y á propósito de Pascua, ¿saben en qué compañía la pasó el afortunado de Efe Gómez? Pues óiganlo, que va él á decírselo:

"Y llegó la Pascua. Y los socios del *Club Brelán* dieron un concierto y recibieron en sus salones, con la cordialidad elegante de las gentes que son distinguidas porque así nacieron y no tienen que hacer esfuerzos para serlo. Y como nada es tan expansivo como la alegría cuando brota de almas benévolas y cultas, todos los corazones, hasta los más emparamados por la tristeza de vivir, sintiéronse envueltos en esa atmósfera de simpatía.

"Rompió la orquesta, viva y animada. Borróse de las caras del sexo feo ese ceño avinagrado que lo torna más ídem, y que ha hecho que alguien diga que Medellín no es sino una porción de gente reunida para hacerse mala cara. Animáronse, embelleciéndose, los rostros de las damas, con ese estremecimiento, como de onda límpida herida por el sol, y ese parpadeo nervioso, como vibrar de alas, con que las mujeres oyen música; fenómeno que las convierte como en un eco sensitivo y delicadísimo que devuelve espiritualizada la armonía. Rompióse el hielo. Rebosó la cordialidad. Y los elegantes y luminosos saloncitos burbujaron como copas de champaña.

"Luégo, sin programa, por la alegría que se desborda,—la más dulce de las virtudes sociales—sintiéronse subrayados los compases de la música por el zapateo rítmico del valse.

"A la una de la noche los salones se fueron quedando solitarios.

"Más tarde aún, extinguido yá el ruido de la fiesta, en el silencio de la estancia, á más de una cabeza, al parecer dormida, debió de mantenerla dulcemente insomne ese sobresalto glorioso y febril que produce el recuerdo de unos ojos luminosos y grandes, grabados ya irremediablemente y para siempre en el fondo mismo del alma.....

"Oh Vida! Vida inagotable! Tú tienes martirios y alegrías para todos!"

***

Después de Pascua como que no no ha ocurrido nada. ¡Ah! sí: hubo elecciones; es decir, como que fue que no hubo elecciones.....¡Qué sé yo! Las cosas de la política cada día se ven menos claras. O será que se ven más claras. ¿Quién sabe?

***

Al limbo donde los libros esperan á que haya tiempo y espacio para hablar de ellos con algún detenimiento, ha llegado la novela de D. Abraham Z. López Penha, *Camila Sánchez*, en bellísima edición, y los *Discursos Parlamentarios* de D. Rafael Uribe U., en segunda ídem.

También han empezado á llegar á esta oficina las siempre interesantes entregas de la *Biblioteca Popular*, de D. Jorge Roa, el más concienzudo trabajo de educación literaria popular que entre nosotros se haya emprendido.

Entre los canjes, noto nuevos y saludo á *El Vigía*, de D. Maximiliano Grillo y D. Gustavo Gaitán O. y *La Correspondencia*, de D. Guillermo R. Calderón y D. Gabriel Roldán. Periódicos ambos que empiezan á publicarse en Bogotá.

Gracias á todos los que corresponda. Y los que todavía tienen que aguardar, que aguarden.

***

En el presente número de *El Montañés* verán los lectores—y aun los que no lean—dos grabados que son como una especie de sueño profético—hasta con la misteriosa vaguedad del sueño—de lo que será la Catedral de Medellín, si llega á construírse. Es justo dar las gracias á quien ha hecho posible esa evocación del futuro, á nuestro amigo D. Horacio M. Rodríguez, quien, con habilidad y paciencia suma, con imaginación y conocimiento sólido de arquitectura, que todo ello era preciso, ha hecho en cartón un *juguete-facsímile*—cuya construcción no era, por cierto, un juego, como que la hizo de memoria y tras somera inspección de los planos—de la gran fábrica. De ése se han tomado los dibujos para los grabados.

***

Ya al terminar la temporada taurina, cuyas corridas se iban haciendo tan monótonamente mediocres, han empezado en el *Tea-*

tro Principal las funciones de los *Tres Bemoles*. La facilidad que el rebaño humano tiene—y que más parece á las veces una necesidad—de ser *mistificado*, ha hecho llenar el Teatro y arrancado aplausos—casi siempre extemporáneos—á centenares de personas. En la mayoría de los casos esos aplausos no eran para los músicos y su habilidad, sino para las botellas, los platos, los cascabeles y demás originales instrumentos de que ellos se sirven. Pues es tal el respeto venerante que tenemos por lo usual y conocido—de donde nace, por más extraño que parezca, el anhelo de novedad,—que á las gentes se les hace difícil de creer que pueda dársele al tímpano, al modestísimo instrumento en que nadie pára mientes, la forma de una serie de vasos y sartenes. Y cuando ven la proeza ejecutada, pásmanse y se deshacen en aplausos ante el arrojo de quien se ha atrevido, siquiera sea en cuestión de tan poco momento, á ir contra la forma conocida y venerada; contra la forma heredada y usual, que es la religión, y la política, y la ciencia, y el arte de tántos!

Y sin embargo, yo pienso que los *Tres Bemoles* sí merecen aplausos, y calurosos, por su buen gusto musical, la limpieza de ejecución, la expresión y sentimiento que saben poner á lo que tocan, sea ó nó en trastos de cocina.

Abril 30.

PRÓLOGUS.

REPÚBLICA DE COLOMBIA.—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA.

EL MONTAÑES

Revista de Literatura, Artes y Ciencias.

DIRECTOR

Gabriel Latorre.

AÑO I. | Medellín, Mayo y Junio de 1898. | Nos. 9 y 10.

CRISTO MUERTO

CUADRO DE F. A. CANO.

(Fotograbado de Rodríguez & Mesa.)

LOS ARRIEROS DE ANTIOQUIA

(Á D. FIDEL CANO)

Amanece.... á los gritos de los arrieros
Los soñolientos bueyes se desperezan,
Y por trochas abiertas y por senderos
Con pasos indolentes la marcha empiezan.

Poco á poco se acercan á la enramada
Donde se hallan guardados los *aparejos*;
Y en cargazón inmensa y amontonada
Se ven por allí enjalmas, cinchas y rejos.

Llegan.... y los arrieros con algazara
Van cogiendo los bueyes uno por uno,
Y afanan al *sangrero*, que les prepara
Con leña de los cercos el desayuno.

Cuando á los gruesos troncos los aseguran,
Empiezan á enjalmarlos con fuerza y brío;
Se cuentan mil historias, cantan y juran
Y con un trago doble quitan el frío.....

Ya los han enjalmado; ya los arrieros
Al lugar de la brega sacan las cargas,
Y la verde campiña llenan de cueros,
Y encerados, y sogas, y sobrecargas.

Uno que, según ellos, "nunca la afloja"
Busca el tercio más grande con tino y calma;
Lo agarra.... lo calcula.... y ¡abur! lo arroja
Con fuerzas de gigante sobre la enjalma.

Luégo le mete el hombro con bizarría,
Mientras ponen el tercio del otro lado;
Prepara la *encomienda*.... los tercios lía,
Y.... de ese buey salieron.... ¡yá está cargado!

Así los van cargando con donosura,
Entre charlas amenas y dulces trovas,
Y si un buey se resiste, *la calentura*
Le quitan con un peso de quince arrobas.

Ya los bueyes ostentan, gordos ó flacos,
Su carga de zarazas ó de panela;
Y mientras un arriero brinda tabacos
Otro ofrèce gustoso "buena candela".

Empiezan la jornada.... silban, vocean,
Sus gritos repercuten en las montañas,
Y dicen mil lindezas y galantean
A las chicas que bajan de las cabañas.

Llevan la frente erguida como titanes,
Hay tormentas de fuego sobre sus ojos,
No temen en las selvas los huracanes,
No temen las serpientes en los rastrojos.

Este con su machete corta un bejuco
Y á los cansados bueyes sin piedad hiere;
Aquél silba los aires de algún bambuco,
Que entre las hondas grietas del bosque muere.

Uno arremanga, airoso, sus pantalones,
Hasta dejar desnuda la pantorrilla;
Otro puebla de insultos y maldiciones
Las estrechas gargantas de la cuchilla.

Si en algún *pantanero* temible y hondo
"Se va" uno de los bueyes hasta los cuernos,
Le gritan impasibles "que baje al fondo
Y les traiga noticias de los infiernos."

Mas luégo, diligentes, sin hacer caso
De aquellos lodazales que forman ola,
Lo agarran y lo suben á campo raso,
Tirando de los cuernos y de la cola....

Prosiguen su camino....silban, vocean,
Sus gritos se repiten en las montañas,
Y dicen mil lindezas y galantean
A las chicas que bajan de las cabañas....

Allá van por doquiera vociferando,
En una continuada charla sabrosa;
Y sólo se detienen de cuando en cuando,
Frente á la escasa venta de alguna choza.

"Adiós, adiós, paloma del alma mía,"
Dice uno á la ventera, sea blanca ó negra;
Y otro agrega sonriendo: "Me casaría
Si no fuera por esa maldita suegra. . . ."

Allá van con sus burlas y carcajadas,
Salvando puentes, llanos, faldas y crestas. . . .
Sus gritos se adormecen en las cañadas,
Sus cantos agonizan en las florestas.

Allá van. . . .sudorosos y diligentes,
Perdidos en estrechos y canalones;
El porvenir aguardan indiferentes,
De esperanzas van llenos sus corazones. . . .
. . . .-. . . . . .
. . . . . .

Se acercan al risueño, lindo paraje
Do se levanta el humo de la cabaña,
Y con una algazara semisalvaje
El silencio interrumpen de la montaña.

Llegan al toldadero: cortan estacas,
Que á los abiertos hoyos al fin se amoldan,
Y descargan los bueyes entre alharacas,
Y gritos, y blasfemias. . . . y luégo toldan.

Van poniendo las cargas en dos hileras,
Que dos muros semejan del toldo adentro,
Luégo tienden los cueros y las *muleras*
En el espacio limpio que queda al centro.

Se quitan los machetes y los sombreros,
Hablan de sus noviazgos y matrimonios,
Y se van extendiendo sobre los cueros
Y empiezan una charla de mil demonios:

Uno pide *la media* con aguardiente,
Otro, que está irritado, le arruga el ceño,
Este con un pañuelo limpia su frente,
Aquél yá está en los dulces brazos del sueño.

Este, haciéndose á un lado, tuerce cabuya
Para coser el roto de alguna enjalma,
Aquél exige á todos que no hagan bulla
Y que si alguno chista "le rompe el alma."

El *sangrero*, entretanto, prende candela,
Busca arroz, yucas, papas, carne, bizcocho,
Y coloca en el fuego la gran cazuela
Do á los pocos instantes hierve el *sancocho*.

Se esparcen por el aire suaves olores,
El caldo se corona de blanca espuma,
Y el humo se confunde con los vapores
Y se pierde, á lo lejos, entre la bruma.

Cuando está la comida bien sazonada,
Cuando á sancocho huele todo aquel llano,
El diligente mozo da una palmada
Y á los arrieros todos convoca ufano.

Entonces con voz suave, timbrada y noble
El patrón generoso llama al muchacho,
Y servir hace á todos un trago doble
En una totumita de fino cacho.

Luégo van y se sientan, formando rueda,
Sobre el mullido césped de la sabana;
Y solícitos llaman al que se queda
En la tolda, dormido sobre la ruana.

En platos de madera no mal labrados
Sirve el activo mozo la sopa ruda,
Y todos los arrieros alborozados
Comen, asegurando que no está cruda.

Se cuentan chascarrillos, hablan de guerra,
Y entre charlas el tosco manjar apuran,
Luégo, "que nunca han visto sobre la tierra
Comida más sabrosa que aquélla," juran....

- -

....Se acabó la comida! Ya los arrieros
Vuelven al toldo en busca de sus carrieles,
Prenden gruesos tabacos en los mecheros
Y de nuevo se tienden sobre las pieles.

Pero si alguno quiere jugar baraja,
Tira sobre su ruana "de á dos albures";
Y como si estuvieran tocando caja
Se le van acercando los más tahures.

"El que tenga más níquel dará primero,"
Dice un garrido mozo que al corro llega.
"No, muchachos, dice otro, qué majadero!
Lo que quiere es meternos *naipes de pega*!"

Y mientras unos charlan, los otros juegan,
Hasta quedarse muchos sin un centavo;
Cuando el juego termina todos alegan
Y...."es mejor que bailemos", dicen al cabo.

Consiguen en la alegre choza vecina
Una dulzaina, un tiple y una bandola,
Y empiezan, bulliciosos, una guavina
Que, según dicen ellos, "se baila sola."

En aquella sabrosa, rústica danza
Encuentran nuestros héroes placer inmenso.
....Pero ved: ya el sol muere, la sombra avanza....
Y prepara la noche su manto denso.....

Ya coloran las cumbres de las montañas
Los últimos fulgores crepusculares,
Y bajan los labriegos á sus cabañas
Y se oyen en las chozas rudos cantares.

Preciso es que descansen nuestros soldados
De aquella por la vida lucha constante;
Mientras ellos dormiten, no habrá cuidados:
Allí está el noble perro, su vigilante....

Vedlos allí tendidos, indiferentes,
Bajo el rústico toldo forjando ensueños....
Arrostran el peligro como valientes
Y odian á los tiranos....como antioqueños!

Allí están con las caras siempre risueñas
Aquellos hombres libres, fieros y bravos.
¡Ellos son los titanes de nuestras breñas,
No saben humillarse ni ser esclavos....!

1897.

TOBÍAS JIMÉNEZ (hijo).

DOS POEMAS

DE CARLOS ARTURO TORRES (1)

"LO ideal sentido con profundidad y expresado con belleza, he ahí el arte. En su éter se transfigura hasta el universo material. La naturaleza sería, pues, como un templo sin sacerdotes, ó como un jeroglífico sin descifradores é intérpretes, si no la comprendiera el pensamiento y no la iluminara la poesía." Estas hermosas frases, que aquí repetimos, se nos vinieron á la memoria al leer los poemas NÉMESIS y EL VENCIDO, en que CARLOS ARTURO TORRES, distinguido vate de la nueva generación colombiana, con acabada maestría y envidiable inspiración, vacia en unos cuantos renglones las nobles aspiraciones de su alma sublimemente desasosegada en su ansiedad de reparación y de justicia. En esas pocas líneas, encerradas en diez y nueve páginas, ha logrado condensar, bajo hermosa forma, todo un poema, después de enumerar en síntesis progresiva los adelantos de la humanidad, desde el momento en que el globo, habiendo pasado por multitud de ciclos, vio aparecer en su haz al hombre, en apariencia tan extraño á todo lo que le rodea, pero en verdad íntimamente ligado con el universo, ya porque la composición de su organismo en nada difiere de los elementos cósmicos que dominan en el espacio, ya porque se alimenta como el más tenue de los co ó la más complicada nebulosa por la asimilación de moléculas que, si allá parecen escapar á la gravitación acá han dado forma al pensamiento, tan vasto como tan poderoso en sus anhelos como la fuerza eléctri brillantes concepciones de los antiguos dioses.

Es CARLOS ARTURO TORRES escrupulo forma para darle á sus composiciones toda l ción requeridas en tan delicado género del caso va hasta sacrificar por la forma estét idea, que presenta siempre completa y f toma la entonación de los cantores bíb tástico, que rompe en invectivas y se das esferas que apenas se le alca-

(1) Este artículo, que el mucho recarg var inédito, estaba en nuestro poder desde como quiera que no lo hayamos visto publ de conocerse, por lo serio y bien elabora oportuna la crítica cuando versa sobre pr del Sr. Torres, á una larga vida, hemos r sada fecha y la inoportunidad, sólo apare

vuelve sutil y soñador, con aquella finura é ilusión que hacen de la poesía la más bella y preciada de las artes. Llevado á menudo por la índole de su fantasía, que le hace ver todo con elevación y seriedad y concebir pensamientos profundos, ó ayudado á veces por su rica imaginación, amoldada á la rigidez filosófica que se viene imponiendo á los espíritus, emite ideas tildadas acaso de importunas é impertinentes por las mezquinas preocupaciones de un pasado expirante, pero que la razón ilustrada preconiza y los hechos convertirán en irrefutables verdades.

Así, lo predominante en las composiciones de CARLOS ARTURO es el pensamiento, ese misterioso y sublime efecto de la acción de nuestro organismo, efecto por el cual es el hombre señor del universo y cuyos primeros destellos volvieron gloriosa su frente é inmortales sus actos.

En NÉMESIS presenta un cuadro pavoroso en que, tras el caos, en medio de espantosas tinieblas, al fin del período terciario, aparece el hombre en lucha abierta con la naturaleza, al parecer sin aliento y dominado por ella, sobreviviendo á todas las catástrofes, retorciéndose entre espantosos dolores sin darse cuenta de su invisible ascensión, creyendo eterna su desventura y quiméricos su tenaz inclinación á la perdurable verdad y su infinito amor. Por eso se le verá siempre

"..... en actitud que asombra,
su vista absorta en la infinita esfera,
su frente envuelta en la infinita sombra!"

su poderosa razón le sirva para penetrar el misterio de
ni le alumbre en la lóbrega sima en que se ha abis-
ue
vez un punto, ansiosa ó extraviada,
rvenir de eternidad se finge.
é encuentra al final de la jornada?
mutismo de la Esfinge!"

s desengaños y del desfallecimiento de la
fatigas de la existencia, viene la BUENA
romesas de regeneración:

ras compensadas,
s, allí el consuelo
mbriento y el que llora,
lmadas,
ción, la aurora!"

sesión del bien; vuelven la du-
nes:
a de amargura
sin nombre,

mata un error, corona alguna altura,
pero no extingue el mal, ni sacia al hombre."

Ello entra en el plan del desarrollo de la especie y de sus superiores destinos. En esas contradicciones, en ese anhelo de bien y de verdad, satisfecho sucesivamente y sucesivamente no saciado, estriban su perfeccionamiento, el mérito de sus actos y su misma felicidad. En ello está el secreto de su actividad, en ello la fuerza que le alienta para seguir en la lucha, hasta que por prodigioso efecto viene:

"NÉMESIS hija de la Noche!"

. . . . . .

cuya aparición describe así el poeta, dirigiéndose á la redentora deidad:

"En lenta gestación tu sér formado,
de la trágica Noche naces rauda,
pálida, fiera, al viento destrenzado
tu cabello ondulante y como cauda
de un cometa, tu manto desplegado
llena la inmensidad; pareja ardiente
de alados grifos de tu carro tira
y el haz de luz que irradia de tu frente
como espada de fuego en torno gira;
á tu paso se incendia el ancho cielo
y en los postreros ámbitos del suelo
con pasmo el mundo y con pavor te mira."

La triunfadora diosa avanza imponente y detiene su carro en medio de las muchedumbres prontas á recibirla, porque

"Los pueblos, cual los hombres, tienen horas
de crisis decisiva en su existencia,
cual si de pronto entre ansias punzadoras
despertara implacable la conciencia
de su destino: convulsivo espasmo
con hálito de fuego estremeciendo
su helado corazón, rompe el marasmo
y entonces es el despertar tremendo!"

Una vez entre la multitud, NÉMESIS la alienta, la excita á obrar por haber llegado la época de redención, y le muestra en el porvenir el medio de segura reparación.

Esos áureos renglones, así como los que les siguen hasta terminar, forman la mejor parte de la composición, especialmente por lo que respecta al fondo. Allí se desarrolla con hermosura, en elegantes y rotundos períodos, el adelanto de los conocimientos humanos y el glorioso porvenir del hombre; se hace una exacta enumeración, poética á pesar del tecnicismo, de las conquistas alcanzadas por el estudio, y se presenta en toda su atractiva belleza la idea de la justicia salida, áurea y poderosa,

de entre las tinieblas, como de la informe oruga sale la sin par mariposa de vistosos colores.

Primorosa en su forma, predomina en la composición, lo repetimos, el pensamiento, dirigido con especialidad á hacer vívida la excelencia de los principios científicos y filosóficos por los que se llega á la explicación de fenómenos antes inescrutables, sin alcanzar nunca el conocimiento de lo absoluto, pues cada ideal que se realiza engendra úno nuevo más elevado; y una atmósfera de impenetrables arcanos circuye las ideas, así como sombras inmensas y espantosas circuyen los rutilantes astros del inconmensurable espacio.

Lo señalado en estas composiciones es también el modo como el poeta ha logrado salir triunfante y airoso del conflicto, que naturalmente aparece en este género, entre la idea y la expresión, entre lo grandioso del pensamiento con la liviandad y estrechez de la forma. Sobre todo, es de estimarse la precisión de las alusiones científicas en materia tan delicada, cual es la de las edades prehistóricas, que es menester tratar con sobra de cuidado, pues cuanto más se remonte la investigación al pasado, más escrupulosa ha de ser en sus conclusiones y más francamente se han de reconocer las lagunas que en tan intrincado campo se hallan; no porque no le sea posible al hombre penetrar los secretos de la naturaleza, sino por lo numeroso y complexo de los hechos y de las observaciones que caen bajo su criterio; de suerte que no bastan ni la vida, ni la inteligencia, ni la actividad de uno solo para llegar al fin que se persigue.

Las observaciones que hemos hecho son aplicables en su mayor parte á las dos composiciones de que venimos tratando. EL VENCIDO es una felicísima alegoría en que se personifican los combates, las peripecias y los desastres porque pasan en el mundo las ideas, llamadas á imperar tarde ó temprano.

El contraste que presentan estas dos estrofas, es de lo más bello y propio para fijar la atención en lo que es el hombre y lo que es la idea.

Dice la primera:

"Por leyes, al espíritu del hombre superiores,
A veces cubre al mundo siniestra oscuridad,
Se imponen los absurdos é imperan los errores,
Y cual si del camino de la verdad dudara,
Cobarde lo abandona y vacilante pára
Y retrocede y cae la flaca humanidad."

Y la segunda:

"Empero, el gran Vencido no duda ante la prueba,
Y cuando el odio insano su frente llega á herir,
Más limpia ante las sombras de proscripción se eleva;
Y con la planta firme, si rota la sandalia,

Recorre sonriente la dolorosa ordalia,
Y erguido ante los hados, aguarda el porvenir."

Basten estas citas y las breves consideraciones que nos hemos permitido hacer, para que el público, más competente que quien traza estas líneas, fije su atención en las poesías de CARLOS ARTURO TORRES y las aprecie como lo merecen.

Para concluír, diremos algunas palabras respecto al simbolismo, que algunos tildan de impropio para la poesía moderna, y agregaremos algo muy autorizado acerca de la aparición de los dioses en la literatura contemporánea.

Todo ideal, por abstracto que sea, puede expresarse por medio de un símbolo, como que es éste por sí concreto, sugestivo, fecundo, poético y revelador. Desde la serpiente paradisíaca hasta el faro de indeficiente luz que ardiendo bajo tormentosa atmósfera representa el espíritu de nuestro siglo; desde el audaz Prometeo de los tiempos fabulosos hasta la deidad de las épocas presentes que todo lo pesa, mide, observa y verifica con la experiencia y el cálculo; desde las misteriosas figuras de los antiguos magos hasta las ocultas maniobras de los soñadores modernos, todo representa un elevado ideal que atrae al hombre y lo hace avanzar camino de su destino, halagando sus aspiraciones é hinchendo de esperanza su corazón, vaso siempre rebosante y nunca saciado que no llega á la tranquilidad sino cuando lo rompe la muerte.

Las artes todas se han servido de los símbolos para representarse é imponerse, y la Poesía, por sí misma aérea, divina, imaginativa, emblemática, hase encarnado en el símbolo, palpitante de vida y de seducción, para reflejar la ciencia de la humanidad, consignar sus aspiraciones, lanzar sus más aterradoras protestas y ungir con el óleo de la inmortalidad á sus héroes y á sus dioses. Así, desde Homero hasta Víctor Hugo ha sido el emblema la forma más adecuada, la más excelente y sublime. Y ni el mismo Homero, ni Esquilo, ni el Tasso, ni Dante y Milton, ni Goethe, Calderón y Shakspeare, hubieran llegado á las encumbradas eminencias del Parnaso, si el símbolo con sus emblemas y sus misteriosas revelaciones no los hubiera guiado ni inspirado.

"El conocimiento de la antigüedad–dice un autor–ha conseguido que los dioses paganos aparezcan en la literatura contemporánea, no sólo á la manera del pasado siglo en la escuela clásica, como símbolo é imágenes de ideas universalmente conocidas, sino vivos y regocijados, cual si todavía creyeran las gentes en su divinidad y la adoraran á una en los marmóreos templos. Si los primeros poetas griegos, los más religiosos, aquellos que al són de su cítara elevaban, no tanto canciones como plegarias, volvieran á la tierra y conocieran al mayor poeta alemán des-

pués de Goethe, creerían que los dioses acababan de morir ahora mismo, al oírle quejarse de que el oráculo no hable ni en las encinas de Dodona ni en los laureles de Delfos; dolerse de que Zeus Olímpico no truene en el Parthenón, ni la sabia Athenas sonría bajo los olivos de Atica; preguntar por qué los caramillos de los Faunos ebrios no resuenan en las majadas y oteros, y los cuerpos de las Sirenas griegas no palpitan turgentes en las ondas, y la voz de las Circes mágicas no se exhala seductora de los escollos sonoros, y el verde Glauco ceñido de algas no nada juvenil en el mar tranquilo, y las Bacantes con su tirso de oro en la mano, su piel de tigre á la espalda, su corona de pámpanos en las sienes, no animan las vendimias; y en el Tirreno, y en el Adriático, y en el Egeo se oye una voz plañidera anunciando la muerte del Dios Pan, y con ella la extinción de la vida en el seno de la naturaleza, y la extinción de la serenidad y de la armonía en los cielos del arte".

Popayán, 14 de Julio de 1897.

SIMÓN CHAUX.

LOS DOS HERMANOS

(Conclusión)

II

POR la tarde del día siguiente atravesó el Cauca por el paso de Caramanta, rodeado en aquella época de selva espesa; penetró en ella y desapareció.

Todo el territorio comprendido desde las más culminantes alturas de Caramanta, en donde nacen las vertientes del riachuelo Arquía, siguiendo la corriente de éste hasta su desemboque en el Cauca, y las aguas del prepotente río hasta la desembocadura del San Juan, y el curso de éste último hasta las más elevadas cumbres de la Cordillera Occidental de los Andes Colombianos, para continuar luégo por sus alternadas crestas hasta el punto de partida, estaba en el año cuarenta de este siglo cubierto por bosque secular, en donde la planta del hombre había penetrado rara vez.

Las aguas del Cauca, detenidas en el alto valle desde época prehistórica, habían ido acumulándose en ancho lago, cuyo nivel se levantó paulatinamente, acreciendo con esto el poder de su presión hasta un punto que para la misma matemática de hoy sería difícil calcular.

Ante aquel gran depósito de líquido estaban las altas cordilleras antioqueñas, ofreciendo un antemural tan sólido y compacto, que la imaginación no alcanza á comprender cómo pudo ser roto por el empuje de las aguas acumuladas en la parte superior.

Sin embargo, el hecho debió de suceder, porque desde la Virginia hasta los raudales de Cáceres, las cordilleras están fracturadas de trecho en trecho, y los reducidos valles que encajonan revelan con claridad que dieron apenas breves intervalos de descanso á la impetuosa corriente del atrevido río interandino.

Al transitar el flúido del río por entre las cordilleras, rompió los flancos de éstas, dejando de lado y lado las enormes rocas de su base, y constituyó de aquella manera altos picachos, antros profundos, dilatadas cuevas, espaciosas cavernas, aposentos y grietas, de distancia en distancia.

La vegetación tropical creció con exuberante vigor en los valles, en las vegas, en las faldas y en las cúspides de las montañas; de manera que en algunas partes, bajo la fronda sostenida por troncos de corpulentos árboles, limpia en la base, un caballero cualquiera podría recorrer á galope y sin obstáculo alguno los planos horizontales é inclinados de la comarca; mientras que á veces la selva enmarañada impedía el paso de todo lo que pretendiese penetrarla. Los ríos y raudales que descienden de las montañas para mezclar sus aguas con las de la gran arteria fluvial, corrían precipitados, formando á veces cascadas. En ocasiones se deslizaban mansos, juguetones por los valles; y á veces turbulentos y ruidosos, bajo puentes de tierra, para resurgir al lado de allá en forma de cataratas ensordecedoras ó de remolinos hirvientes de argentada superficie.

Los cedros corpulentos, los laureles incorruptibles, los guayacanes de flores doradas, los cachimbos de follaje rojo, los yarumos de copas plateadas, los caunces de flores de color de gualda, los encenillos de hojas encrespadas, el diomate, el granadillo, el cerezo, el arizá, el algarrobo, el tamarindo, el abinge y multitud de enredaderas con festones más ó menos vistosos, lucían por todas partes. La vainilla embalsamaba el aire con sus efluvios; las parásitas ostentaban primores de belleza por sus pronunciados colores, por la propensión mímica de sus formas y por mil encantos más que no pueden ser rivalizados por la flora de ningún continente. Arboles y plantas balsámicas, especies resinosas, aceites de fino olor, variedades medicinales, productos para la industria y copia interminable de vegetales preciosos en todo sentido: tal era el conjunto de aquella vida orgánica, que habría necesitado para ser estudiada con provecho, la labor incesante de muchos sabios.

El reino mineral era y es espléndido en sus manifestaciones; pues en aquella región hay metales preciosos y multiplica-

das rocas: granito, sienita, jaspes, pórfiro, cal, aguas saladas, cuarzo blanco, piedras de toque, carbón de piedra, humus cargados alternativamente de sodio, de potasio, de sílice y de otros muchos elementos de vida, existían por todas partes, sin contar enormes placeres de oro, filones del mismo metal y cuerpos simples de diversas clases.

La fauna era numerosa y sorprendente. Bajo la sombra de árboles centenarios, cruzaban majestuosos el tigre americano, el oso negro, el león amarillo, el tapir corpulento, el cerdo montés, el perro mudo, la guagua, los conejos; y entre los trepadores, la ardilla inquieta, de veloces saltos y de versátiles movimientos, variados monos, saltimbancos aéreos, que ya trepaban por las ramas ó se colgaban de las largas colas para ondular como péndulos de reloj y volar de punto en punto; la marteja abrigada en el hueco de árboles añejos; el perico ligero que gemía siempre y dormía suspendido en las horquetas de los árboles; los loros y pericos parleros; las gritonas guacamayas, la melancólica soledad, los gallos de peñasco, el carpintero, el turpial canoro y millares de avecillas más, ornato de la selva, pululaban por doquiera, alternando el apacible zumbar de su vuelo con el susurro de los insectos, entre los cuales resaltaban por el estuche córneo y abigarrado de su cuerpo, coleópteros que brillaban como brillan los distintos colores del espectro solar. Y como esos matices irisados, se veían con frecuencia los reflejos del lagarto que se deslizaba como flecha por encima de la hojarasca; del camaleón tornasolado, de la iguana, notable por la majestad de su garganta, por la belleza de su cresta y por la simetría de su sierra dorsal.

Esta comarca fue adjudicada por el Gobierno Granadino á una familia de Medellín, cuyos jefes principales eran tres: D. Juan Santa María P., D. Juan Uribe y D. Gabriel Echeverri. Dos de ellos murieron prematuramente, y el tercero quedó disponiendo de la parte que le correspondía, con notable provecho para su riqueza y su nombre.

Entre los herederos de uno de los muertos, había un joven llamado Santiago Santa María, cuya importancia social y cuya influencia en los adelantos de Antioquia merecen honrosa conmemoración.

El sujeto de quien hablamos, á quien conocimos de cerca y á quien estuvimos ligados por íntima amistad, era un mancebo de arrogante presencia y de simpática fisonomía. Alto de cuerpo, moreno de rostro, de facciones regulares, de sonrisa franca, de anchas espaldas, de pecho levantado, de forzudos brazos y sólidas piernas, nuestro amigo era tipo del antioqueño hercúleo. Montaba con elegancia; nadaba como un pez; jugueteaba con las corrientes del Cauca como si fuesen las de un arroyuelo; sujetaba un toro por los cuernos; aterraba de un puñetazo á una mula, y,

en fin, parecía fundido en el molde destinado á producir el personaje propio para dominar la naturaleza bravía de aquella hasta entonces desconocida región.

Aquel adolescente, enemigo de los refinamientos de la ciudad y propenso á tareas compestres que pidiesen empleo de fuerza, resolvió vivir la mayor parte del tiempo en el lote que por herencia les había tocado á él y á su familia.

Para llevar á cabo su propósito, concibió la bellísima idea de colonizar aquella extensa propiedad por medio de los mismos antioqueños, y al efecto emprendió la tarea con denuedo singular y con éxito feliz.

Si la naturaleza le dió condiciones físicas bastantes para conseguir su intento, no le negó las dotes de inteligencia necesarias para el triunfo.

Desde el comienzo de sus faenas, se le vió atraer con sagacidad á muchos y buenos trabajadores. Su liberalidad reconocida, su trato amable, su amena conversación y su genio caritativo y espléndido, lo convirtieron bien pronto en punto céntrico á cuyo alrededor se agrupaban los más valientes obreros y los más temerarios luchadores en el combate contra la floresta virgen.

Un día que íbamos de plática con nuestro amigo, nos dijo sonriendo:

He notado que gusta U. de oír contar historias alusivas á los montañeses de nuestra tierra, y para pasar el tiempo y satisfacer su curiosidad, voy á referirle úna que me es enteramente personal.

Había ya adelantado mis trabajos en la obra que persigo con tesón, edificado una casa y principiado á establecer una finca, en las cuales vivía yo con mediana comodidad.

En cierta ocasión quise ir de caza, sin más acompañante que el mejor perro de mi jauría. Me interné en el bosque y anduve en él largo espacio. Al aproximarme á un abrupto peñasco, el perro, que se había adelantado, principió á ladrar con empeño, y como se me ocurriese que había dado con algún animal, preparé la escopeta de dos cañones que llevaba cargada con sendas balas, y avancé.

El perro continuaba gruñendo y ladrando; fijé mi atención, y noté con alguna sorpresa que los ataques del animal se dirigían contra un hombre que, de piés y recostado contra la roca, esgrimía diestramente un madero para defenderse de las dentelladas con que le amenazaba el can.

Al ver aquello, grité imperiosamente: Tucapel, aquí!

El sabueso, obediente á mi voz, vino hacia mí para lamerme la mano y acariciarme con afectuosas miradas y movimientos laterales de la cola.

. Anduve un poco más en dirección á la persona de que hablo, y le formulé un saludo que contestó con desembarazo.

—Siga U., señor,—me dijo—y tóme asiento en este banquito para que descanse un tanto, pues lo creo fatigado.

Penetré por la puerta que había al frente, tallada en el pedernal, vi que el aposento era espacioso, y sin dejar de mirar atentamente la cara de aquel hombre, á quien creí reconocer, me senté. El se sentó igualmente, frontero á mí.

—¿No es U. don Carlos Vegal?—le pregunté.

—El mismo, para servir á U.

—Y ¿cómo y por qué se encuentra U. en este lugar?

—Cómo? Porque tal es mi voluntad. Por qué? Eso debe U. saberlo; pues aunque en la época á que voy á referirme era U, sumamente joven, debe recordar lo que pasó en Medellín con un hermano mío. Aquella escena sangrienta y cruel me conturbó profundamente; resolví separarme de los hombres, y aquí me tiene U.

—¿Sería indiscreción de mi parte suplicarle me dijese de qué manera ha procedido U., para llevar aquí, durante varios años, existencia compatible con lo que puede un hombre? ¿Sería mucho pedirle el que me suministrara algunos pormenores sobre su vida presente?

—Nada de eso, amigo mío: mi vida no es un misterio sino para aquellos que no quieran ó no puedan conocerla; porque á nadie pienso negar las explicaciones que me pida, y á U. las daré con mucho gusto.

Cuando resolví retirarme á esta soledad y atravesé el Cauca, me proveí en un tenducho que tiene el pasero, de todo lo que creí preciso para sostenerme en los primeros días de mi establecimiento aquí. Penetré en la espesura; busqué abrigo en ella, y hallé al fin en esta caverna lo que me pareció bastante para pasar en ella el resto de mis días.

Llegué á este punto en que estamos, á media tarde; examiné el espacio que podía ocupar, me pareció amplio, tapado herméticamente por la roca, y lo adopté como domicilio para lo futuro.

Al entrar á la cueva con el fin de inspeccionarla, numerosos murciélagos volaban en lo interior, formando un ruido de soplo con sus alas membranosas, pues buscaban salida por la única abertura que había. Muchos de ellos rozaron mi cabeza, cara y cuerpo á tiempo de escaparse. Para ver de que no quedase ninguno de esos feos y peligrosos vampiros, recogí apresuradamente varios haces de ramas secas, los acumulé en la parte central, hice lumbre, la aproximé al montón, que luégo principió á levantar la llama y á despedir espesa columna de humo. Algunos de aquellos avechuchos que habían quedado

formando racimos en el techo, caían asfixiados, mientras que otros huían con velocidad.

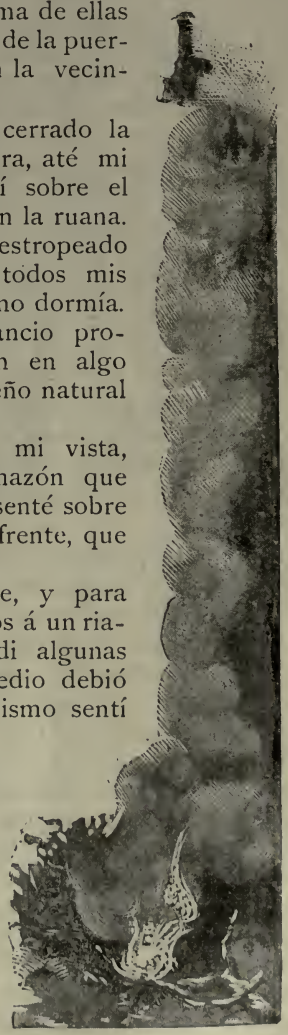
La operación duró poco, y me quedó tiempo para barrer en parte la cueva; para poner en el punto que me pareció más adecuado algunas hojas de palmera; para extender encima de ellas una manta, y para asegurar la entrada de la puerta con algunos troncos que encontré en la vecindad.

Cuando concluí la tarea, ya había cerrado la noche. Me introduje en esta madriguera, até mi cabeza con un pañuelo, me extendí sobre el tosco lecho improvisado y me cubrí con la ruana.

En aquel momento yo estaba estropeado hasta el punto de sentir entorpecidos todos mis miembros. Hacía muchas noches que no dormía. Los padecimientos morales y el cansancio producido por el camino me sumergieron en algo que no puedo decir si fue letargo, sueño natural ó prolongada pesadilla.

Cuando la luz de la mañana hirió mi vista, me levanté al instante, deshice la armazón que había puesto á la entrada, salí y me senté sobre un tronco de árbol para refrescar mi frente, que ardía como un horno.

Poco á poco fui restableciéndome, y para buscar mayor alivio encaminé los pasos á un riachuelo que cerca de aquí corre, me di algunas abluciones y volví á mi puesto. El remedio debió de ser bueno, porque al momento mismo sentí más libres los movimientos, más despejado el espíritu y con mejor disposición para principiar operaciones de policía y de arquitectura, como estuviesen á mi alcance.



Las pocas alimañas y demás bichos de talla menor que habían permanecido dentro, á pesar del humo del incendio anterior, los barrí con cuidado, de modo que la bóveda rocallosa de este antro quedó perfecta-

mente limpia. El suelo estaba muy seco, y, limpiado como el techo, quedó á mi entera satisfacción.

Con mi cuchillo corté algunas maderas y construí camas, tarimas, bancos y mesas, todo de carácter completamente rústico y primitivo.

Lo que más me importaba, por entonces, era hacer un lecho razonable para reposar durante el día y para dormir en las largas noches que debían seguir. Conseguí mi intento, porque quité á los troncos de los árboles líquenes y musgos que, bien sacudidos y escarmenados, me dieron para un colchón y para una almohada. La manta me suministró con qué cubrir el todo, y de la ruana pude servirme como cobertor.

En los días siguientes me ocupé en labrar una cancilla que adapté con esmero y solidez á la puerta de entrada y que contuve con pasador de madera compacto para que no pudiese ser abierta por las bestias montaraces.

Un poco más tarde, volví al puerto para comprar en la tienda indicada y con los reales que me quedaban, algunos artículos de urgente necesidad. Adquirí telas ordinarias para vestidos de cama y de cuerpo, velas, sal, panela, arroz, plátanos, chocolate, bizcochos y unas pocas herramientas, y regresé con todo eso á mi albergue.

La poca gente que hallé en esa primera excursión, se mostró curiosa respecto de mi manera de ser; pero como, todo bien pensado, lo que me concernía no les importase un ardite, nadie se empeñó en averiguar cosa alguna en relación con mi manera de vivir.

Vuelvo al puerto de vez en cuando para proporcionarme lo que necesito, si bien poco, porque los animales y frutos de la selva ayudan á mi subsistencia.

Con algunas herramientas apropiadas he podido labrarme vajilla ordinaria de madera, platos, cuchillos, tenedores, tazas para baño y algo más. El colchón ha sido reemplazado, así como la almohada, por cosas mejores; pues yo mismo las he aderezado con lana de balso y con telas de algodón; los alimentos son en ocasiones condimentados y siempre tan sanos y suculentos, que bien pudieran figurar en un apetitoso banquete; y como disto mucho de ser el Diógenes de este campo, mi vida es regular y hasta cómoda.

Poco después de mi instalación en esta gruta, consumí los pocos reales que traje conmigo como medida de precaución; pero no crea U. que esa circunstancia haya sido embarazo para mí. Las aguas del vecino Cauca bajan considerablemente de nivel en las épocas de sequedad, y al bajar dejan dilatados playones cubiertos de guijarros y arena. Esa arena contiene partículas de oro en polvo que el río arrastra en su curso desde muy

arriba, y con bateas que yo mismo he construído, lavo esas arenas y adquiero pequeña cantidad del metal amarillo, suma que aumenta con lentejuelas que recojo en manantiales y arroyos y con pépitas que encuentro en los raudales, riachuelos y ríos inmediatos.

Cuando salgo al puerto, vendo ese oro á precio ínfimo; pero no tanto que deje de producirme todo lo que me es necesario, pues de lo superfluo no me curo.

—¿ Y aquí soy yo el único sér humano á quien U. haya visto en todo el tiempo pasado ?

—Distingo: si los aborígenes han de ser tenidos por seres humanos, nó ; pues de cuando en cuando pasanpor aquí tropas de indios caramantas, descendientes de la nación Chamí, á pescar en el río y á cazar en estos montes.

—¿ Ha hablado U. con ellos?

—Sí, en cuanto me ha sido posible; porque, como U. sabe, esos indígenas emplean la lengua de sus mayores, que me es desconocida; mas con algunas palabras españolas que han introducido en su dialecto y con el lenguaje de acción que nos es común á todos, bien que mal la inteligencia se establece y las relaciones son posibles. Esos salvajes vienen desnudos, cubiertos apenas con una pampanilla, teñidos con el jugo del achiote y de la tagua, con algunas plumas de bellos colores ceñidas á la frente en forma de diadema y á los molledos y pantorrillas como adorno. Uno que otro trae arillos de oro en las orejas ó planchetas que cuelgan sobre el labio, sostenidas por el tabique de la nariz. Todos ellos van armados de anzuelos, flechas, arco, harpones, carcajes, cerbatanas y virotes que untan con el sudor de una rana cuyos efectos prontamente mortales son espantosos. A ellos he tomado, á cambio de algunas baratijas, las armas que U. ve colgadas en las paredes de esta gruta y de ellas me sirvo cuando el caso lo requiere.

—¿ Y no teme U. la ferocidad de los indios; pues dicen que son antropófagos y, como tales, muy de temer?

—La antropofagía existió entre los habitantes de estas montañas al tiempo de la conquista, pero ha desaparecido yá. Estos infelices son apocados y cobardes, dóciles é inofensivos. Yo conozco personas—agregó Carlos con cierto grado de amargura—que gastan levita, chaleco y pantalón de fino paño, corbata de seda, botas lucientes y sombrero de copa, á quienes reputo más peligrosos que á estos desventurados hijos de la montaña. Digo á U. francamente que las gesticulaciones de los monos en las copas de los árboles, y sus chillidos desacompasados, me disgustan mucho menos que las gesticulaciones, palabras y sonrisas de muchos caballeros que he conocido en ciudades que se tienen por civilizadas.

—Pero ¿cómo escapa U. á los ataques de las fieras y á los peligros de los reptiles? ¿No hay por aquí muchas serpientes venenosas?

—Sí que las hay, y terribles. Durante la estación lluviosa muchas de ellas inviernan bajo el tronco de los árboles, en los espacios que dejan entre sí los pedernales ó en las excavaciones de los leños podridos. Con frecuencia los rayos del sol, cuando penetran por entre el ramaje de los árboles, alumbran y calientan pedazos de terreno sobre los cuales estos reptiles ponzoñosos, tendidos negligentemente ó arrollados en círculos concéntricos con la cabeza al aire, buscan oreo, pues parece que son excesivamente friolentos. Pero las serpientes no muerden sino cuando se las toca ó se las pisa, y yo me guardo bien de hacerlo.

—¿Y si por casualidad las pisa ó las toca?

—De los efectos de la casualidad nadie está libre; yo me someto á su influencia.

—Y el tigre?

—El tigre ofende cuando lo ofenden. Me equivoco; ofende también cuando tiene hambre; pero en cuanto á sus ataques posibles, tengo un medio seguro de evitarlos. Enciendo todas las noches una hoguera en frente de mi puerta; oigo en avanzadas horas pasos cautelosos de la bestia; siento que salta y ruge, y por el traquido de las ramas secas, conozco que va en derrota.

—Y el oso?

—El oso no se presenta de frente sino cuando se siente perseguido.

—Y el león?

—Tiene fuerza, pero es tímido.

—Y la danta?

—Es un animal estúpido del cual no debemos ocuparnos.

—Y el saíno?

—Anda en manadas, tasca dientes y colmillos, es violento, puede matar de un solo golpe; pero como no le es posible volver la cabeza hacia arriba, basta trepar breve espacio en un árbol para librarse de sus dentelladas y aún para herirle y matarle á mansalva. Yo lo hago así en ocasiones. Quedan el escorpión, la escolopendra y otras alimañas de ese jaez, venenosas muchas de ellas, pero que puede uno esquivar teniendo precauciones, y lo mismo acontece con las orugas.

Persuádase U., amigo mío, solamente el hombre muerde sin que lo pisen; ataca sin que lo ataquen; ofende sin que lo ofendan; daña sin que le dañen, y hace el mal, ora por darse el placer de hacerlo, ora movido por pasiones vulgares, frecuentemente por interés y á veces por perversidad.

—¿Cree U. que todos los hombres deberían hacer lo que U. ha ejecutado?

—Yo no hablo por los demás; hablo por mí. Ellos pueden y deben quedar donde están, siempre que esperen mejorar de condición y derivar provecho de la vida social. Como yo no aspiro ni á una ni á otra cosa, permanezco en mi puesto y digo á los otros que obren según su talante.

—Pero, Sr. D. Carlos; entiendo por lo que me dice, que ha caído U. en una feroz misantropía.

—No, señor, yo no aborrezco á los hombres: les tengo miedo.

Según mi sentir, el hombre no es malo por naturaleza; pero como no ha querido ó no ha podido dominar sus malas pasiones, se ha dejado corromper, por lo menos en parte. Hay hombres buenos, no lo niego, y no es á ésos á los que yo temo; pero los hay malos, malísimos, y de ésos estoy huyendo. En resumen: aunque U. piense que en el fondo de lo que voy á decirle se encierre un principio de orgullo insano, le expresaré con ingenuidad que lo que la humanidad me inspira, en vez de odio, es profunda compasión, porque la creo sumamente desgraciada y enferma.

—Enferma, por qué?

—Porque está plagada de vicios; porque se ha dejado desviar; porque no tiene creencias y porque para ella todo derecho ajeno es ilusión y mentira.

—Pues bien: siempre que la humanidad está enferma ¿piensa U. que la enfermedad sea incurable?

—No señor; por el contrario, pienso que el remedio es eficaz y sencillo, y que consiste en que los Gobiernos influyan sobre los pueblos á fin de que éstos recuperen el sentido moral que han perdido. La educación social, política y religiosa es lo único que puede restablecer las fuerzas vitales de un cuerpo que se haya próximo á entrar en putrefacción completa.

La hora del día había avanzado mucho cuando Carlos pronunció estas últimas palabras.

Caviloso y pensativo, renuncié á continnar mi partida de caza. Llamé á Tucapel; me despedí del hombre; me dirigí á la hacienda; entré en mi habitación, y cuando estuve en ella, exclamé: Evidentemente, la inteligencia de D. Carlos está alterada y su espíritu desviado de la razón.

El joven propietario, tenaz como lo era, continuó su empeño de colonización. A cada colono que llegaba le daba un lote de terreno; le anticipaba algunos fondos en metálico; le suministraba algunas herramientas; de manera que con este acertado sistema, logró bien pronto que la población se aumentase, que el bosque desapareciera, que los hogares fuesen dichosos y que su caudal creciese prodigiosamente.

Quien recorra hoy la comarca selvática y contraria á la existencia del hombre que pretendimos pintar en páginas anteriores, no podrá menos de admirarse de la trasformación completa que en ella se ha operado en el trascurso de medio siglo. Nosotros que, cuando éramos niños todavía, divisábamos desde las más altas cumbres de las cordilleras que le circundan, un espacioso circuito tapado por un manto verde que nos vedaba conocerlo en sus pormenores, lo contemplamos hoy llenos de asombro desde las mismas cimas: tal es el cambio conseguido por el trabajo y la perseverancia. Cuántas veces se ha levantado el hacha del montañés para derribar troncos gigantescos; cuántas ha golpeado el tajante filo del machete para cortar maderos y arbustos; cuántas ha brillado la férrea lámina del calabozo para despejar la tierra de malezas; cuántas han ido y venido la azada y el regatón para cultivar aquellos campos.

El fenómeno se muestra hoy con verdad palpitante, y el progreso que ha desenvuelto sus pliegues en aquel bienaventurado recinto, es visible y está expuesto á la contemplación de todos.

El bosque primitivo ha sido descuajado, y la superficie antes cubierta por él se percibe hoy llena de cómodas habitaciones, edificios lujosos, caseríos pintorescos, pueblos aseados y hasta ciudades de relativa opulencia. Párvulos bellísimos y asea-

dos; jóvenes robustos y apuestos; damas discretas, hacendosas y elegantes; matronas respetables; patriarcas austeros; y en fin, la vida doméstica asumiendo condiciones de holgura recomendables. El comercio prospera; la agricultura florece; la industria se desarrolla y la riqueza aumenta. Las costumbres se arreglan; la educación se atiende; la moralidad crece y el bienestar surge por todas partes. Pueblos alegres; frutos en abundancia; huertos bien cultivados; jardines vistosos; extensas praderas; pastos artificiales y dilatadas fincas en que pacen grandes rebaños, y en las cuales se escucha el pitar del toro, el bramar de la vaca, el balar de la oveja, el relinchar de los caballos, el arrullar de las palomas, el ladrar del perro ó el cantar de los pastores, forman, con mucho más que dejamos en nuestro pensamiento, el cuadro idílico, el panorama deslumbrador de aquellos dichosos contornos.

Si en vez de esa laboriosa población; si en vez de ese esfuerzo por adelantar; si en vez de ese anhelo de progreso, un grupo más ó menos numeroso de hombres hubiera seguido los descarrilados impulsos de D. Carlos Vegal ¿cuál sería la situación de esa comarca felicísima?

La respuesta á esta pregunta nos parece inútil, porque estamos penetrados de esta gran verdad: La aspiración más sublime de la humanidad consiste en ir por medio del trabajo y de la virtud á la cúspide de la civilización.

III

Cuando la campiña estuvo abierta, la caverna que sirvió de morada á D. Carlos quedó expuesta á las miradas de todo el mundo. El opulento señor y dueño de aquella propiedad, al ver que el pobre solitario había envejecido mucho y enfermado notablemente, mandó que le construyesen en las cercanías de su anterior vivienda, una casa modesta y le procuró la asistencia de una anciana mujer.

En aquella casita pasó sus últimos días el protagonista de nuestra historia, y en ella la piadosa mujer á que nos referimos, recibió su último aliento.

Nuestro amigo, entrado en edad provecta, jefe de una respetable familia, padre de numerosos hijos, esposo tierno de una señora adorable por sus virtudes, ciudadano inmaculado á quien mucho debe Antioquia, fue herido repentinamente por incurable enfermedad. Nosotros tuvimos la satisfacción de acompañarle en sus últimos días, de aliviar en lo posible sus padecimientos; y cuando estuvo próximo á morir, nos hizo llamar á su lado. Su rostro agonizante se fijó en el nuéstro; sus brazos se abrieron, y con voz desfallecida nos dijo estas palabras: "Quiero morir reclinado en tu pecho, acércate." Nos acercámos; él dejó caer su cabeza fría sobre uno de nuestros hombros y espiró. Nos parece

sentir aún el frío glacial de sus amortiguados miembros en nuestro cuerpo y el calor de su íntima amistad en el fondo de nuestra alma.

Envigado, 23 de Agosto de 1894.

MANUEL URIBE ANGEL.

ANTIOQUIA Y CAUCA

(Conclusión)

VII

PORVENIR DE ANTIOQUIA-CAUCA

ANTIOQUIA, por la naturaleza abrupta de su suelo, no puede ser un país de grande agricultura, pues la maquinaria que se necesita para producir económicamente, no puede usarse en terrenos demasiado pendientes. Los grandes ingenios, á estilo de los de Cuba y Martinica, no se establecen sino en lugares planos, para que los trasportes se efectúen por ferrocarril, y se pueda, con ello, alimentar regularmente y sin interrupciones los grandes molinos.

Iguales reflexiones son aplicables á los grandes cultivos de maíz, trigo y otros productos agrícolas. En todo Antioquia hay que efectuar el trabajo íntegro á mano, y la recolección de las cosechas á espaldas de hombres ó en bestias de carga, lo cual hace que sea éste tal vez el país donde más caro cueste la alimentación de hombres y animales.

El Valle del Cauca, al contrario, posee extensísimos terrenos planos, donde sí podrá llevarse á cabo el cultivo en grande con las maquinarias más perfeccionadas.

Antioquia, por lo mismo que su territorio es tan quebrado, está llamado á ser un país industrial y fabricante; sus potentes y numerosas caídas de agua, directamente aplicadas ó trasformadas en corrientes eléctricas, le permitirán multiplicar su producción, haciendo ejecutar las más rudas faenas á maquinarias movidas por fuerzas naturales, duplicando con esto su población y sus productos.

Antioquia, para 1920, tendrá una población de 1.300,000 habitantes; y para entonces, el Cauca, con la inmigración antioqueña, se elevará á igual cifra; los dos juntos tendrán dentro de 23 años una población de 2.600,000 habitantes, ó sea una

cifra igual á la de Chile ó Suiza, países que ocupan hoy posición eminente en el concierto de las naciones.

Para que Antioquia y Cauca se eleven á semejante categoría, necesitan, en primer lugar, completar y unir sus ferrocarriles, para asegurarse salidas económicas al Atlántico y al Pacífico. Con esas vías férreas unidas, el Cauca será la despensa de Antioquia, que tomará de allá el saldo de productos agrícolas que no pueda producir económicamente; y tendrá en el Cauca un mercado á mano para sus artefactos.

Como territorio minero, Antioquia–Cauca, dotado de buenas vías férreas, no tendrá qué envidiar á California; y si hoy no está desarrollada la minería en grande, se debe, no á falta de riquezas qué explotar, sino á falta de medios económicos para trasportar maquinaria y minerales. Ambos poseen extensos y riquísimos yacimientos de carbón mineral, que duerme ahí inútil, mientras el riel viene á levantarle de su sueño geológico, para llevarlo á las fábricas y fundiciones y á bordo de los buques del mar y de los ríos.

Un ferrocarril de la Boca de Nechí á Popayán, con ramificación á Buenaventura, y tres ó cuatro ramales á diferentes lugares, despertaría mil industrias, hoy desconocidas, y atraería capitales y brazos por millones.

Ahora preguntamos, ¿es ese ferrocarril imposible para ambos pueblos? Creemos que nó, y vamos á investigar los medios de llevarle á cabo: Antioquia está hoy en capacidad de invertir en su ferrocarril un millón de pesos al año, para los años de 1898 á 1899; haciendo ahora una operación de crédito, para tomar un millón más sobre las vigencias venideras, el ferrocarril puede ponerse en la Quiebra en año y medio; y como una vez puesto en la Quiebra, produciría, lo menos, $ 50,000 al año, se podría elevar el gasto en los años subsiguientes á $ 1.600,000 al año, y traer la línea hasta Medellín al fin de 1900!

Puesto en Medellín, produciría un millón al año; y así, para continuarlo hacia el Sur, podrían aplicársele $ 2.000,000 al año, ó sea lo suficiente para llegar al Chinchiná en 1904.

La ramificación á Nechí, que serán unas 26 leguas á lo largo de los ríos Porce y Nechí, puede costar de tres á cuatro millones de pesos, y es posible, por tanto, construírla en dos años más.

Respecto al ferrocarril del Cauca, no sabemos con qué contará aquel Departamento en dinero; pero sí creemos que, obrando ambos de acuerdo con la Nación y atendiendo á la importancia suprema de la obra, se lograría ejecutarla, con la cooperación de Antioquia, que tiene igual interés en abrirse salida al Pacífico.

Poseyendo Antioquia un ferrocarril de esa importancia, tendría abiertas las bolsas extranjeras, y podría colocar bonos hipotecarios del ferrocarril por diez ó más millones, para completar su sistema de ferrocarriles, hasta perfeccionarlo y llevarlo á la Boca de Nechí.

La conveniencia de llevar la línea á Nechí, es punto cuya importancia económica debe demostrarse desde ahora, para que desde luégo se le estudie seriamente. En la actualidad, el café que va á Puerto-Berrío sólo alcanza á unos 40,000 bultos al año; pero cuando el ferrocarril vaya hasta el Valle, es posible que pase de un millón de bultos, y como en Puerto-Berrío no se conseguiría modo de embarcar oportuna y económicamente semejante número de bultos, será de imperiosa necesidad buscarse mejor salida, y siendo la del Nechí la más barata de construír y la más económica de explotar, se escogerá ésa.

Las ventajas de la vía del Nechí son de dos clases: 1ª El ferrocarril, Porce abajo, es el de menor pendiente que puede construírse en Antioquia, porque siguiendo el descenso continuo del río, sólo tendría la pendiente media de 0.7 por ciento; como vía de exportación sería la más económica, porque siendo todo el trayecto en descenso, la carga puede ir al puerto con el impulso recibido, no necesitando de fuerza en las máquinas sino para regular la velocidad. 2ª El camino fluvial de Boca de Nechí á Barranquilla puede hacerse en sólo 22 horas en buques de 1,000 toneladas—esa vía es 165 millas más corta que la del Magdalena, en la cual no pueden navegar vapores de más de 160 pies de largo y 3 de calado, ó sea vapores que, á lo más, pueden con 300 toneladas de carga útil. Vapores de 220 pies de largo y 5 de calado pueden viajar en el bajo Cauca con 1,000 toneladas y con plena seguridad. El viaje redondo de éstos se podría hacer en 4 días, mientras que los que viajan á Puerto-Berrío, gastarán, por lo menos, 12. Las consecuencias son demasiado claras: mientras un vapor del Magdalena lleva 300 toneladas, úno del Cauca llevaría 3,000; de consiguiente, los fletes de Nechí podrían hacerse, con ventaja para las compañías de navegación, por la *sexta parte* de lo que costarían los de Puerto-Berrío, ó sea, comparado con las tarifas actuales, á razón de $ 0 50 cs. por carga, para un tráfico total de un millón de cargas, $ 2.500,000 anuales. Y como iguales reflexiones son aplicables al ferrocarril, el cual, con igual costo, llevaría á Nechí seis veces más carga que á Puerto-Berrío, resulta que la total economía pasaría de $ 4.000,000 al año, ó sea el dinero necesario para pagar la vía férrea en dos ó tres años, construyéndola á perfección.

Hemos creído deber dejar estas verdades desde ahora sen-

tadas, porque ellas son la base esencial para la futura prosperidad de Antioquia-Cauca.

VIII

EDUCACIÓN

El desarrollo y perfeccionamiento de la instrucción pública, es la segunda condición necesaria para que Antioquia y Cauca lleguen á ocupar dignamente su posición y alcancen los grandes destinos á que se presta su admirable suelo.

Sus habitantes son naturalmente inteligentes y amantes del saber: lo que les falta es tener institutos donde la enseñanza científica y técnica se pueda adquirir á la altura que lo exigirá el siglo XX.

A medida que este pueblo adelante en número y en tiempo, se hará sentir más la falta de hombres capaces, por sus conocimientos en las ciencias y artes de aplicación, de crear y manejar los establecimientos industriales, las fábricas, las fundiciones, las minas y los grandes negocios comerciales y bancarios.

El sistema de instrucción actual, adolece del defecto de dar á la mente de la juventud una tendencia demasiado marcada hacia los estudios meramente literarios, á expensas de los más serios y útiles conocimientos científicos y técnicos, que son indispensables para el desarrollo industrial del país.

No pasará mucho tiempo sin que se palpen entre nosotros fenómenos económicos, cuya principal manifestación sea la miseria general del pueblo; y cuyo remedio único consistirá en el desarrollo de industrias que faciliten trabajo remunerador y productos más baratos al obrero; pero tales industrias no pueden ser creadas sino por un personal preparado de antemano, en su capacidad intelectual, para afrontar y resolver complicados problemas de variada suerte, desde las vías de comunicación hasta los grandes establecimientos eléctricos, que presiento van á ser la gran riqueza de nuestro territorio.

Lo hecho hasta ahora en materia de instrucción pública, es mera señal de buena voluntad: un sistema que sólo da un barniz superficial de ilustración. En el fondo todo está por crear, y debemos insistir en que se ponga en planta un sistema de instrucción que abra ancho campo á los conocimientos científicos é industriales.

La tendencia de los europeos es á considerar estos países como materia conquistable; nuestras poblaciones como hordas salvajes. Por nuestra parte, no pudiendo cambiar de raza y debiendo cuidar de la propia conservación, no tenemos otro medio de defensa contra la conquista extranjera sino el proponernos

hacer toda suerte de sacrificios por elevar entre nosotros el nivel intelectual y crearnos, con buenas vías de comunicación, el desarrollo industrial y comercial que da á los pueblos respetabilidad ante el mundo.

Queda, pues, confiado el cuidado de la libertad á la juventud antioqueña; nada importa que en todo Colombia sea perdida la gran causa humana, siempre que quede la fecunda semilla implantada en el corazón y el cerebro de nuestras madres y esposas: ellas sabrán propagarla; y esta juventud briosa y enérgica aprenderá á pelear las luchas del futuro. Vivir es pensar; y el pueblo que piensa, lee y estudia, es el dueño del porvenir. Que esta sentencia se grabe en el cerebro de todos nuestros jóvenes de ambos sexos; ellos van todos á las escuelas; todos aman el saber; y todos deben tener profundamente arraigada la fe en su futuro destino. El teatro es amplio y magnífico; todo es asunto de aplicación; síganla y entrarán al siglo XX en aptitud de adaptarse, junto con los elementos regios de que la naturaleza les ha dotado, todos los más avanzados descubrimientos de la ciencia moderna: así que sea su bandera, en adelante la instrucción científica; y con ella, todos los progresos, toda la libertad que cumple á un pueblo, que disponiendo de privilegiado territorio, tiene vida propia, y puede y debe sostenerse contra cualquier elemento extraño ó adverso. No tenemos al frente sino dos enemigos: el desierto y la ignorancia; el primero se convertirá en apoyo y amigo con el trabajo fecundante; el segundo, se vencerá fácilmente con la aplicación al estudio y la observación de la naturaleza.

Por fortuna, la Madre antioqueña tiene por principal preocupación la educación de sus hijos; ella sabe que de darles una instrucción conveniente depende su futuro: y estamos seguros de que, andando el tiempo y poniendo de nuestra parte los medios conducentes, haremos de nuestros hijos los agentes seguros del porvenir. Ningún interés tenemos en hacer aquí la obra germana ni anglo-sajona, razas extrañas de quienes nada tenemos ni debemos tener qué esperar, de las cuales nos separan el idioma, la religión y las costumbres. El territorio es nuéstro, lo ocupamos con pleno derecho, no podemos ocupar otro; y debemos aquí poner pie en firme, y darnos á valer ante el mundo, capaces y resueltos á hacernos respetar como señores del suelo que pisamos.

Si otras razas, á pesar de abrirles el campo generosamente, se han mostrado impotentes para ocupar estas cordilleras y adaptarse á ellas, no es culpa nuestra: este mundo es harto grande para que en él quepan todas las actividades; mas si nos dejan solos y entregados á nuestra propia actividad, á nuestro propio modo de ser, aceptemos las responsabilidades consiguien-

tes, y demostremos con el propio desarrollo, que sí tenemos las capacidades que exige nuestra posición, y que sí podemos crear en estas montañas tropicales una civilización suficiente para imponer respeto y consideración.

Si no creyésemos que una juventud briosa, entusiasta y amante de la libertad, está allí lista para comprendernos y secundar la grande obra, no escribiríamos estas páginas; pero somos simplemente voceros de sentimientos comunes; miles de jóvenes de ambos sexos están tan penetrados, como nosotros, de un sentimiento común, á saber: que los grandes principios del progreso y la libertad, han encontrado en estas montañas antioqueñas un asilo sagrado; que en la mente estudiosa de la juventud bulle el germen de la idea salvadora; y que tarde ó temprano, de ella, de esa juventud, saldrá la chispa del saber, del genio y de la libertad para propios y extraños.

Entre nosotros, por fortuna, no hay cuestión de razas ni colores, que nuestras cristianas madres nos enseñaron desde temprano el amor y la caridad verdaderamente cristianos, sentimientos de los cuales surgirá la verdadera igualdad, que consiste en la elevación de la mente, de la inteligencia, al estudio serio *de la* VERDAD *por amor á la* VERDAD! En el estudio de la naturaleza y de la adaptación de sus ricos tesoros á la prosperidad de la Nación, por medio del trabajo paciente y perseverante.

Resistencias habrá en ese camino: mas este pueblo, aleccionado por la experiencia, aprenderá á vencerlas; y llegado el caso, cuando se sienta unido por la comunidad de propósitos, aprenderá á luchar de veras por sus propios intereses. La comunidad de ideas hace á los hombres omnipotentes, la unión hace la fuerza; porque como dice una regla de mecánica: *Trabajar es vencer resistencias sin cesar renovadas* El pueblo antioqueño sabe trabajar; luego debe saber vencer las resistencias que se le opongan. El conoce instintivamente sus destinos—poblar las soledades de los Andes—y sabrá cumplirlos.

LUCIO A. RESTREPO.

GORGONA

(DE GABRIEL D'ANNUNZIO)

Ella avea diffuso in volto
quel pallor cupo che adoro.
Le splendea l' alma ne li occhí
quale in chiare acque un tesoro.

I

En el rostro difundíasele
esa palidez que adoro.
Brillaba el alma en sus ojos
como en limpia onda un tesoro.

La sonrisa cruel y fúlgida
que en sus lienzos perseguía
el divino Leonardo,
en su boca se veía.

La que de rasgados ojos
tristemente la dulzura
combatía, y daba hechizo
sobrehumano á la hermosura

de esos rostros femeniles
que amó Vinci. Dolorosa
flor su boca parecía,
y fragancia misteriosa

exhalaba con su aliento.
Los cabellos no rizados,
voluptuosos en las sienes,
en la nuca amontonados

se ofrecían al amante
que en la alcoba los soltaba
quizá; y tinte de violeta
en su masa fulguraba

como acero puesto al fuego.

II

A esta noble dama un día
conocí. Era el verano
amplio; el mar se difundía

dulce al sol como suntuoso
paño; y templos, y portadas,
y obeliscos vi en las nubes
del crepúsculo preñadas.

Suspendidas sobre el agua,
las sutiles construcciones
lentamente se movían;
y surgían figurones

por en medio á las columnas,
monstruos de hombres ó animales;
los edificios se hundían
entre las aguas natales.

Ella, sola, en el terrado,
toda envuelta en los despojos
del crepúsculo, indolente
su actitud, los grises ojos

entornados, se mostraba.
Cuando Alberto Delle Some,
conduciéndome á su lado,
cortésmente presentóme,

volvióse ella, y con los ojos
muy abiertos me miró
fijamente, y, sonreída,
ambas manos me tendió.

Descubiertos hasta el codo
vi los brazos, seductores
en su forma, blancos, puros;
como á sus tallos las flores,

á las mórbidas muñecas
finas las manos se unían.
¡Oh divinas, blancas manos
que no he besado! Yacían

en la baranda marmórea
cual cansadas, y brillaban
los anillos en sus dedos
alargados. Y se helaban

mis cabellos (yo sentía
de mi vida el dulce flujo)
trémulos, cual de caricia
ideal bajo el influjo!

III

Ella hablaba —cuán modesta—
con su voz grave y sonora,
levemente ronca á ratos.
De la mar preciosa flora

naciendo iba á nuestra vista.
Yacían los edificios
en el fondo de las aguas.
Con pasmosos artificios

de luz, cálices de lirios
semejando, iban surgiendo
altas trombas que, ensanchándose
y alimento recibiendo

de bermejas nubes, árboles
en el cielo figuraron;
mas en lluvia de violetas
de improviso se trocaron,

y al sol viose el mar entonces
fulgurante de medusas.
No habló más. Yo la miraba.
Fue un instante en que confusas

nuestras almas se quedaron.
No acerté á expresar mi amor.
Temió la hora; dijo: "Entremos;
es ya tarde. Adiós, señor."

Y tendiéndome, de nuevo
sonreída, la segura
blanca mano, al punto mismo
retiróse.

IV

Su figura

ondulaba alta al moverse
con un ritmo fascinante.

Tuve un dulce pensamiento:
—Yo seré quizá el amante;

yo feliz las noches mías
dormiré sobre su seno!—
Ah! por qué de mí has huído?
De la embriaguez estoy lleno

que un licor potente diera,
del recuerdo de vos; siento
en los besos desde entonces,
siento en todo blandimiento

femenino, siento en todo
goce ardientemente ansiado,
oh señora, á vos, vos sola,
vos que tánto hubiera amado.

G. LATORRE.

AQUELLA MANO!

Manos en las tinieblas: ¿puede haber imagen más aterradora del misterio?

G. D'Annunzio.

BIEN sé que los que, por seguir aquel axioma que Poe parecía no cansarse de repetir, de que *"la verdad puede ser más portentosa que cualquiera ficción"*, tratan, renunciando á inventar, de buscar, para referirlos, sucesos de cierto orden, que no por inexplicados y por ser extremadamente raros y difíciles de comprobar, son menos reales y acaecidos, se exponen, casi inevitablemente, á no ser creídos y á que se les considere meros imaginadores, de fantasía enferma y extraviada. Y vienen á ser como un nuevo género de mártires de la verdad; para los cuales tiene el público, sin que de ello se dé cuenta, el más sarcásticamente apropiado de los castigos, cual es el reputarlos—á ellos, que pusieron todo su empeño en no apartarse de lo verdadero,—como alambicados inventores, cuando en realidad no hacen más que narrar.

Pues sabiendo eso, y sabiendo que voy á hacer que se encojan de hombros tántos optimistas como, reposando tranquilos en la pretenciosa ciencia de hoy—tan estrecha y tan ignorante, que cree ocultar su ignorancia negando lo que no comprende,—han adoptado la cómoda y tranquilizadora filosofía de que lo no explicado no puede existir, quiero contar algo que pasó, como quien dice ayer no más, en esta villa de Medellín. Sólo me guardaré el verdadero nombre de las personas.

Esa noche, doña Isabel cerró ella misma las puertas que, de los dos cuartos en que dormía con su sobrina Rosa, daban al corredor. Y luégo ambas, á fuer de mujeres, hicieron la habitual ronda en busca de ladrones, por debajo de todos los muebles; con el resultado de siempre, de no encontrar ladrón alguno;

pero ni siquiera á *Jazmín*, el gatico blanco, que casi todas las noches solía hallarse por ahí; y ésa quién sabe en dónde se habría metido.

Dio en seguida doña Isabel las buenas noches á la sobrina; entornó la puerta que comunicaba las dos alcobas, y procedió á acostarse, con todas las complicadas ceremonias que aquello implica, tratándose de una pulcra y relamida solterona.

Mientras lentamente pasaba y repasaba el peine por entre las guedejas yá grises, se le vino á la memoria, con una insistencia rara y casi inquietante, el recuerdo horrible y desgarrador de la agonía de su íntima amiga, Genoveva, muerta hacía un mes.

Había muerto—como tántos—á consecuencia de una operación quirúrgica. Sobrevino una irrepresible hemorragia; y luégo la muerte, por desangramiento.

Pero antes que expirara, había pasado treinta y seis horas de la más espantosa angustia de cuerpo y de espíritu. No había perdido el conocimiento; y anhelando—oh! pero de qué manera!—vivir, sentía, con desesperación infinita, que la vida, la dulce vida, se le iba huyendo, en medio de sufrimientos no imaginables. Sentía á cada instante en el corazón y en todas las venas del cuerpo que iban quedándose sin sangre, como agudísimas puñaladas, que casi la mataban del mero dolor. Pero por sobre todos los dolores, la atormentaba aquel frío, aquel inexplicable frío, á nada comparable, que se le infundía por todo el cuerpo, y que era yá la muerte en la vida. A gritos pedía calor, que yá no había de sentir nunca.

Era en las extremidades, hasta las cuales no llegaba la sangre, donde experimentaba la infeliz dolores más agudos. Sentía literalmente que las manos y los pies se le arrancaban, se le *tronchaban!*; y en las uñas de las manos los dolores eran de una intensidad crudelísima: parecíale como que con una máquina infernal estuvieran arrancándoselas todas! Y así lo gritaba en aquella doliente queja incesante de treinta y seis horas, en que pedía, aullando, alivio, calor, vida!

Aquella agonía había sido la más desgarradora de las escenas; y doña Isabel la había visto, y ahora volvía á verla, con todos sus detalles. Ella había pasado las interminables horas al lado de la amiga moribunda; con una de las yertas manos entre las suyas, tratando de infundirle algún calor. Ya jamás podría olvidar el aliento helado, como de tumba, que parecía exhalarse de esa mano, de ese cuerpo exangüe.

Aquellos gritos, aquel frío, *aquella mano*—oh! aquella mano, sobretodo—eran desde entonces el tormento de la pobre señora.

Por eso, cuando—terminada la *toilette* nocturna—se arrodilló en el reclinatorio que estaba cerca á la cama, rezó mucho, y más tal vez que de costumbre, por el descanso del alma de Genoveva.

Acabó de rezar; vio el reloj: eran las once; puso sobre una silla, al alcance de la mano desde la cama, el grueso pañolón de lana con que estaba arropada, y se acostó.

Leyó por algunos minutos en un libro de piedad, y después, tranquilamente, apagó la vela, invirtiéndola entre el candelero, y se preparó á dormir.

Debía ser, y era en verdad, muy valiente aquella señora, para que hiciera con tal tranquilidad eso que yo no hago nunca sin que tiemble un poco: apagar la luz! Dejar de un solo salto el mundo conocido y familiar de lo visible, para entrarse por ese mundo pavoroso de lo que no se ve, que palpita en las sombras, á nuestro alrededor, pero fuera de nuestro alcance. Renunciar al más tranquilizador de nuestros sentidos, á nuestra mejor defensa, y entregarnos ciegos en poder de lo tenebroso, donde vive lo desconocido y acecha lo inesperado. Escaparnos así, de pronto, del abrazo maternal con que la luz por todos lados nos envuelve y nos ampara, y recostarnos—débiles hombres!—en el negro seno de la oscuridad, madre de los espantos y los terrores, cómplice de la traición, reino inexplorable de los horrores invisibles! Para eso, para arrostrar la tiniebla, por más que lo hagamos todos los días, se necesita valor. Y doña Isabel había apagado la vela tranquilamente, y tranquilamente se preparaba á dormir.

Pensaba en lo que había de hacer al día siguiente; y empezaba yá á ver esos como movimientos de sombra entre la sombra, que fingen en las tinieblas los ojos cuando el sueño principia á invadirlos.....

Ya casi se dormía, cuando empezó á sentir como un airecito frío que venía del lado de la puerta que daba al cuarto de Rosa. Pensó que la puerta se habría abierto. Pero aumentaba el frío, aumentaba. Se hacía á cada instante más, más intenso. Y no era una corriente de aire, era simplemente *frío:* enorme emanación inmóvil y helada, frío extraño, sutil é intensísimo que lo penetraba todo, y se infundía en el cuerpo, y helaba los nervios, y paralizaba la vida. Parecía helar el alma misma: era como el frío del mundo de la muerte. Y reinaba en la densa oscuridad el más hondo silencio.....Doña Isabel estaba inmóvil; en la raíz de los cabellos sentía la dolorosa cosquilla del miedo, y tiritaba de frío. Alargó la mano al pañolón que estaba en la silla; y, al tirarlo, algo pesado y blando cayó al suelo y rodó.....

¿Pueden los ojos alguna vez penetrar las sombras? ¿O será que el espíritu en ciertos momentos terribles se dispensa del auxilio de los ojos, y se da cuenta de lo que nos rodea, aunque no lo veamos? ¿Cómo supo doña Isabel que eso blando y pesado que rodaba era una *mano tronchada?*.....

Dio un grito; sacó de debajo de la almohada una caja de fósforos; y entonces—¡oh indescriptible espanto!—sintió su mano agarrada entre las sombras por otra mano, una mano helada, helada, que giraba en todas direcciones, como si no estuviera unida á un brazo, y se la estrujaba y forcejaba, arañándola, hasta que la caja cayó al suelo.....

De allí la recogió Rosa, que acudió con una luz.

Y en la mano de doña Isabel quedaron las huellas amoratadas y sangrientas de los dedos y las uñas de la muerta!—Yo las ví.

M. Ospina.

LA GUERRA

La guerre est la vie même.....

ZOLA

¡Qué gigante visión! ¡Cuán formidable
El brazo en alto se levanta fiero!
¡Cómo fulgura el luminoso acero,
El luminoso acero de su sable!

De su roja pupila ¡qué espantable
Desciende el rayo sobre el mundo entero!
¡Cuál circunda la frente del guerrero!
¡Cuál hiela el corazón del miserable!

Cuando cruza los aires y despliega
Sobre los pueblos su encendido manto,
Y en sangre hirviente la campiña anega,
Se respira el terror, cunde el espanto.
El abono fecundo de los muertos
Desborda luégo en los soberbios huertos.

1898

S. A. T.

CARTA LITERARIA

Señores Redactores de EL MONTAÑÉS.—*Medellín.*

Muy apreciados señores y amigos:

CON positiva complacencia he leído el primer número de *El Montañés*. Su publicación será la aurora de la nueva éra literaria entre nosotros; este periódico, simpático desde el nombre, se hace más simpático aún al leer el patriótico programa que ustedes se han impuesto; si lo cumplen religiosamente, obtendrán para su nombre pura y limpia gloria, y los antioqueños sabremos agradecer el patriótico y ju-

venil entusiasmo con que ustedes contribuyen á iluminar la senda de nuestro progreso.

La índole *ecléctica* de *El Montañés* es la que más se adapta á las presentes circunstancias; y si ustedes promueven la creación de concursos literarios para desarrollar el gusto, sobre artículos de costumbres, reminiscencias históricas, cuentos, poemas etc., harán una tarea verdaderamente benéfica en sus resultados; con esto, despertarán muchas disposiciones ocultas, muchas energías dormidas, pues el estímulo es el más valioso apoyo para todo corazón juvenil que aspira á la verde rama de laurel, conquistada en las lides del progreso.

Lo que hasta ahora han hecho en Antioquia es promover la afición á las novelas únicamente; pero ni todos los escritores antioqueños pueden ser novelistas, ni es éste el solo objeto de la literatura, habiendo muchos otros temas de gran interés en qué ocuparse plumas distiguidas.

Si la verdadera escuela realista se aclimatase en Antioquia, su literatura no tendría rival en el país; porque en ninguna parte hay modelos y paisajes tan hermosos para ser copiados; costumbres tan puras y sencillas para describir; en pocas partes hay, como en Antioquia, una alianza tan estrecha entre el hombre y la hermosa y agreste naturaleza que lo rodea: allí el colonizador atrevido y audaz, el sobrio y vigoroso arriero, el minero perseverante, el sencillo agricultor, el hogar puro y austero, piden y reclaman á la pluma y al pincel inmortalidad y gloria para pasar á la posteridad. Pero ¿qué han hecho nuestros modernos novelistas y escritores (con honrosas excepciones) en presencia de esta exuberante poesía, llena de encantos y ataviada con sólo los prístinos adornos de una naturaleza virgen? Pues se han vendado intencionalmente, para no ofuscarse con la fulgurante luz; han abandonado el rico y aurífero filón que la naturaleza pródiga les brinda, fácil de explotar á tajo abierto, para meterse en busca de bajos metales, refractarios á toda aligación.

Leyendo á *Tierra Virgen*, por ejemplo, se llena uno de ilusión, cuando su autor, con galano estilo, empieza á describir la instalación de una mina. Aquí, me dije yo, al fin el minero antioqueño encontró quien se acordase de él, para esbozarlo siquiera, y mostrarle á la sociedad lo mucho que vale y el cúmulo de virtudes que posee como trabajador incansable; pero, vana ilusión!: si el autor entró en esta descripción, fue sólo con el objeto de exhibir las minas como teatros de raptos, asesinatos y robos, y á los mineros como cuadrilla de malhechores refugiados allí; algo así como una moderna Garduña. Esto es una calumniosa inculpación al valeroso gremio minero, pues todos sabemos con qué disciplina y orden se trabaja en esta clase de empresas. Sobre todo, el hombre que, como el minero, sostiene

una lucha titánica contra los elementos naturales, no puede ser dominado por la obsesión del crimen; ya que la virtud del trabajo en grado superlativo y el amor al hogar, absorben toda su energía: los mineros forman entre nosotros esa hermosa constelación de laboradores, que ha logrado imprimir al pueblo antioqueño parte de su energía y su vigor. Que busque el autor de *Tierra Virgen* la casta de los criminales entre los holgazanes y los perezosos, y habrá dado un paso más en el campo de la psicología.

Pero no es esto todo. Haciendo caso omiso de los interesantes cuadros y episodios que presenta la agitada vida del minero, empieza el autor á describirnos los horrorosos asesinatos del *Veinticinco*, en Remedios. En esta zambra bárbara y salvaje, descrita con sobra de detalles y falta de estética, aparece el pueblo antioqueño á un nivel excesivamente bajo en el concierto de la civilización, donde siempre ha comparecido como pueblo culto y civilizado, distinguiéndose por sus sentimientos de humanidad; pero jamás como sanguinario:

"*Has repudiado la ominosa herencia del ibero cruel.*"

No he oído decir nunca que en ninguna población de nuestro Departamento se hayan cometido en un solo día tántos homicidios. Según el libro, entre muertos y heridos pasan de 14: esto, además de inverosímil, es hiperbólico. Los asesinatos de los armenios, que tánto han conmovido la Europa, son pálidos reflejos de las horrorosas hecatombes descritas en *Tierra Virgen*, y que, según el autor, se repetían el 25 de cada mes; es decir, que eran una costumbre. ¡Desgraciado pueblo el que tales costumbres tenga!

He vivido en distritos mineros, y he visto más de mil empleados ó trabajadores de minas, reunidos en días feriados, haciendo uso inmoderado del alcohol, y, sin embargo, no les he visto cometer ningún delito.

Esa erupción de criminales salvajes es quimérica; como también es quimera el reconocimiento aquél de los peritos, tan vulgares como despiadados, sacando engarzados en las uñas pedazos de cerebro de las infelices víctimas. Más desconsolador es aún el cuadro que nos pinta de los niños de la escuela, apretándose en pelotones en la puerta de la alcaldía para gozar en la contemplación de aquel cuadro de horrores y miserias; es decir, la niñez en masa recibiendo clase objetiva de depravación.

Tal vez á ustedes no haya hecho tanta impresión como á mí la lectura de estos cuadros; pues influye mucho el estar, como yo, lejos de Antioquia, y haber tenido ocasión de oír los amargos re-

proches y desfavorables conceptos á nuestras costumbres, creyendo ciertas las narraciones del capítulo que me ocupa hoy.

Pero dejemos este humeante olor de sangre, y pasemos á *Frutos de mi Tierra*. En esta notable novela nos describe su autor otra escena aun más horripilante y tal vez más deshonrosa, ya que él insiste en hacerla pasar como costumbre: hablo del despojo de los cadáveres. El despojo de la señora Mónica parece inventado para impresionar á los lectores. ¿Se habrá visto artificio de más mal gusto?

El pueblo antioqueño se distingue precisamente por el respeto religioso por la muerte: es en Antioquia donde he visto los más hermosos cementerios, siempre limpios y adornados. Existe allí la bella costumbre de descubrise el transeúnte la cabeza al pasar frente á un cementerio, en señal de profundo respeto. Al camposanto se dirigen en piadosos grupos individuos de todas clases y condiciones, á orar por sus deudos; y familias enteras he visto arrodilladas fuera de las verjas, rezando en alta voz el memento de los difuntos. El pueblo que tales costumbres tiene, no puede poner en práctica el funesto despojo.

¿Por qué el autor, en lugar de describir ó inventar tan repugnante escena, no cogió del natural algo más simpático y verídico, del rico arsenal de nuestras costumbres? ¿Por qué no nos pintó, por ejemplo, el piadoso novenario? Esta es una de las más bellas costumbres de los campesinos. ¿Cómo olvidar aquellas partidas de labradores, que al teñir la oración se ven por las veredas de las lomas, formando pintorescos grupos, todos con velas encendidas y encaminándose á la casa del vecino muerto? Dulce y melancólico es también el acento con que entonan reunidos allí las oraciones que para tales casos la Iglesia consagra y recomienda. Qué cuadro tan bello éste para un artista; qué estudio de psicología el que ofrecen aquellas fisonomías llenas de candor y sencillez, en que sólo se revelan las huellas del trabajo, y animadas por la más acendrada piedad.

Es también costumbre antioqueña aquella peregrinación fúnebre, en que vemos bajar de la montaña las hermosas campesinas, trayendo coronas de cardos y flores monteses, para engarzarlas en las humildes cruces de sus deudos, después de haberlas regado con sus lágrimas y santificado con sus oraciones Estos sí son verdaderos cuadros realistas, para plumas como las de Zuleta y Carrasquilla; éstas son también verdaderas costumbres antioqueñas; pero el despojo y las hecatombes de Remedios jamás han existido entre nosotros, y mucho menos como costumbre.

El respeto religioso por la muerte, es el fruto espontáneo del acendrado amor que en Antioquia se tributa á la familia y al hogar.

Hasta el espiritual autor de *Madre*, Samuel Velásquez, cayó en el mismo lazo que los anteriores autores; es decir, dejó el camino real por donde iba con majestad y pompa, en marcha triunfal, para coger el atajo; abandonó el modelo, que tan lindamente estaba copiando, para entregarse al extravío de una invención de mal gusto, que forzadamente nos metió allí, cuando menos lo esperábamos, terminando aquella hermosa novelita con un desenlace cruento y charcas de sangre. Si esta preciosa narración hubiese sido terminada con un desenlace natural y copiado de nuestras costumbres, no habría tenido rival en su género. Esa clase de pendencias entre los arrieros es también harto inverosímil: por el contrario, los hombres que en Antioquia se dedican á esta clase de oficios son por lo regular muy honrados y pacíficos, animados siempre de un sentimiento de fraternidad, para auxiliarse mutuamente en los caminos.

Los tres puntos anteriores á que me he referido son, pues, quiméricos y aun faltos de estética; y de bastante mal gusto; pero, en todo caso, envuelven graves cargos contra las costumbres antioqueñas; pues han sido narrados en tres novelas de costumbres. Por eso el patriotismo debe lanzar su voz de protesta contra estos abusos, que nos acarrean descrédito. Si algún caso, por desgracia, ha ocurrido, es una excepción que confirma la regla contraria. Costumbre es un hecho repetido constantemente y que bajo la influencia del hábito llega á ser ley.

Costumbres hay en Antioquia tan puras y sencillas, que hacen el encanto de todo viajero observador, y que darían interesantes temas para centenares de libros y millares de cuadros. Basta ser medianamente artista y estar dotado de sentimiento estético, para comprender las innumerables bellezas que encierran nuestras montañas. Basta, pues, ceñirnos á copiar con fidelidad sus primorosos cuadros: no hay necesidad de inventar; ni mucho menos de forzar la fantasía para generalizar hechos excepcionales y repugnantes, con los cuales se ofende la dignidad de un pueblo entero, que no tiene por qué aceptar la responsabilidad solidaria. Nuestros modernos escritores se han exhibido como anatomistas despiadados, que con el escalpelo en la mano desgarran la belleza del músculo, para buscar en el hueso el caries que tal vez no existe. Son pintores que, al copiar el paisaje, aguardan á que el sol desvanezca el hermoso velo de sutil neblina con que las montañas cubren sus formas virginales, para precipitarse en seguida á buscar en las guaridas y escondrijos los más repugnantes insectos y sacarlos á lucir luégo en el cuadro.

Estos pintores de costumbres han mirado con desdén los hermosos cortijos de nuestros campesinos; no se han impresionado con la hermosura de nuestras zagalas, que, como las muje-

res bíblicas, van á la fuente con toca en la cabeza y el rústico cántaro, entonando siempre los más dulces aires montañeses; no han querido copiar el hermoso cuadro de las lavadoras de oro, que con su faz bronceada y sus sombreros de ala tendida, trabajan sin descanso, cantando al vaivén de sus bateas los más suaves mimos de amor; no han querido hacer un croquis siquiera del esbelto y rústico molino, techado con astillas de roble, donde se suceden tan patéticas escenas, animadas siempre por el rítmico y monótono compás de los pisones al triturar la dura jagua; no se han embriagado con el delicioso aroma de nuestros frondosos maizales; ni extasiádose con el dulce canto de la mirla negra; ni sentido algo así como la nostalgia lejos de la patria, cuando en el fondo de la cañada deja oír su triste y lastimera queja el agorero guacó.

Son también hermosos cuadros, dignos de ser copiados, las alquerías de nuestro ganado blanco, de la fecunda raza asiria; los inmensos derribos de las rocerías, donde se ostenta con singular energía y atlético vigor el musculoso brazo del agricultor.

Son también hermosos nuestros caminos, cubiertos de tierra bermeja y sombreados por los encenillos de rizado y tupido follaje, por el sietecueros, esmaltado con sus múltiples colores, y por el esbelto caunce, con sus áureas campánulas y sus brillantes hojas barnizadas.

¿Por qué ha pasado inadvertido el hogar de nuestros montañeses? Allí está la cuna del valeroso colonizador antioqueño, que ha escalado como el condor las eminencias de la cordillera andina; y, vigorizado cada día más y más por el oxigenado ambiente de esas selvas vírgenes, ha formado en ellas los más preciosos verjeles. De allí brotan como por encanto, y surgen llenos de vida, pueblos vigorosos é independientes, asilos de la libertad y la república.

Allí es donde se admiran las más bellas manifestaciones de la virtud y del trabajo; porque á esa raza no la han invadido aún el sibaritismo y la molicie; porque es allí la única parte en donde el hombre se anticipa á las primeras claridades de la luz matinal, para entregarse á sus tareas; y la única parte también, en donde los últimos reflejos sonrosados del crepúsculo alumbran al labriego esgrimiendo aún el hacha ó la azada con vigor. El purpurino manto de la tarde y las primeras mediastintas de la oración, nos dejan entrever, envuelto en la penumbra y en medio de dulces vaguedades, aquel simpático grupo de familia, al regresar á la choza, cargados todos con los sazonados frutos y las nobles herramientas. Cuadros son éstos más hermosos que el *Angelus de la Tarde*, pintado por el espiritual Millet.

Son también símil perfeto del carácter neurótico de nuestra raza, los tumultuosos ríos que corren sobre auríferos y argenta-

dos lechos, estrellando sus chispeantes aguas contra las rompientes y crestas de las breñas, para adormirse luégo, en apacible remanso, bajo el oscuro y enmarañado carrizal.....

.....

Pero estoy viendo que esta carta, escrita sólo con intención de felicitar á ustedes, se va alargando demasiado y tomando el carácter de una apología. Suspendo, pues, aquí, para felicitarlos de nuevo por la hermosa publicación de *El Montañés*. Dejemos que los que quieran escribir y calumniarnos, ayuden á la señora Acosta de Samper en su antipatriótica tarea de exhibirnos mal. El tiempo y el naciente progreso que se advierte hoy los desmentirán; y mientras tanto, no faltará alguna pluma verídica y suficientemente patriótica, capaz de ocuparse en nuestra defensa.

Perdonen la molestia que les he ocasionado, distrayendo su atención, y manden como gusten á su afectísimo amigo y compatriota

MARIANO MONTOYA A.

Cali, 27 Diciembre 1897.

EL MAIZAL

Al blando surco el labrador confía,
Cantando trovas, el fecundo grano,
Y luégo Dios la lluvia y el verano
Sobre la tierra bondadoso envía;

Y después, la mirada se extasía
Viendo que se alza, fértil y lozano,
El plantío, que al céfiro liviano
Da susurros y saltos de alegría.

El labrador con la brillante azada
Deshierba el campo y el maizal aporca,
Antes de ver la espiga desplegada;
Las hojas secas con su mano ahorca,
Y ufano mira levantarse hinchada,
Bajo rubias melenas, la mazorca.

ENRIQUE W. FERNANDEZ

Bogotá—1898.

MEDELLIN

Y SUS ALREDEDORES

Negativo de Rodríguez.

PUERTA SUR DEL PARQUE DE BOLIVAR

RESEÑA MENSUAL

(IMPRESIONES PERSONALÍSIMAS)

DEJARIAMOS los medellinenses de serlo, si llegara un día en que no nos importase más—incomparablemente más—aquello que nada nos importa, que lo que inmediatamente, directamente nos atañe. Por de contado, ya oigo que me observan que ha de ser éste mal atávico, con atavismo que se remonta probablemente al mismo Adán —quien quiera que él haya sido.—Y ahí les ofrezco ese "mal de muchos" como consuelo á mis lectores; sin que por ello quiera llamarlos tontos, aunque si son muy asiduos, bien merecían que se los llamase.

Hoy, por ejemplo, ¿quién se preocupa aquí de si el Gobierno sigue ó nó haciendo de las suyas—que sí seguirá, como que son suyas—? ¿Quién oye los gritos que de Boyacá, del Cauca y de otros rincones tratan de poner en el cielo—lejillos les queda—con motivo de fechurías dizque cometidas en las últimas elecciones—aunque éste sí es, cierto, un tema un poquito gastado—? ¿Quién se acuerda de la emisión que viene—y que viene sin remedio—ni pregunta siquiera si será de 5 ó de 40 millones—bien que lo mismo dará, probablemente—? ¿Qué hubo de la crisis, con que no nos dejaban dormir ayer no más? ¿Hay quién se fije en los saltos que va dando hacia arriba el cambio sobre Europa, y en los tumbos que sigue dando hacia abajo el precio del café allá—como si ellos no significaran para el país ruina y ruina, disfrazada la una, la otra sin disfraz—? Hubo Convención Conservadora, y como si no hubiera habido. La viruela está otra vez aquí, y á nadie parece dársele un bledo. Pero qué mucho, si hace días que está aquí la Asamblea también, y habríamos sido muy capaces los medellinenses de no saberlo, si no se hubieran puesto de presentes por esas calles muchos de los Honorables, que una vez vistos, eso sí, ni se confunden ni se olvidan.

¿Y de dónde nace ese universal desentenderse de todo lo que parece debiera preocuparnos? Vaya con la pregunta! pues, claro, de la guerra hispano-yankee. Todo otro tema está excluído de las conversaciones y del pensamiento.

Por supuesto, hay dos partidos: y se dan más batallas de palabras que cañonazos alcanzarán á dispararse en toda la guerra españoles y americanos. La hermenéutica cablegráfica se agu-

za que es un portento. Y jamás soñaría verse tan creída, y por tántos, y de tan diversos modos, *La Estrella de Panamá*, aquel viejo depósito de.....verdades y de.....profundidad.

Washington y Cervantes—con su lengua—y las Casas y Monroe y Edison y el Cid Campeador, y hasta el mismo Edgar Poe—como si Poe hubiera podido seriamente ser yankee—no descansan, de boca en boca. Armase cada discusión, que se pone uno á aguardar de un momento á otro "la intervención de las potencias". Y suelen de las tales discusiones brotar chispas que merecían no dejarse apagar; como ésta:

Alegaba el hispanófilo todo lo que á España debemos, "la fe de nuestros padres", "la lengua de Cervantes" y todo aquéllo.....El otro—el *yankófilo*, será—se espaciaba hablando de los grandes inventos que nos han venido de los Estados Unidos; mentaba á Edison y se le ensanchaba la voz, cuando le soltó el primero este tapaboca: Qué diablo! Yo siempre gozo más leyendo el Quijote, que hablando por el teléfono!.....

O esta otra:

Un españolista sostenía la sinrazón de Cuba para querer independizarse de España, que tánto la había hecho progresar, que la había dotado de ferrocarriles, etc., etc.; y le contestó el contrincante: ¿Y eso qué? Es como si á un hijo mío le duelen las muelas y yo se las mando *calzar;* luégo el hijo se emancipa, y, naturalmente, se va con las *calzas!*.....

Sería no acabar nunca, si me pusiera á recoger las especies de la laya que han soltado los pacíficos guerreros.

Una cosa hay muy notable en esto de españolistas y americanistas; y es que la opinión aquí en Medellín está casi unánimemente en favor de España; lo contrario de lo que pasa en Bogotá. Y el porqué de esa divergencia es un tema tan sugestivo, que se presta tánto para disquisiciones agudas y profundas, que yo prefiero dejárselo á otro.....

¿Y saben ustedes? Yo encuentro que está muy bien esa cuasi-unanimidad de simpatías que en favor de España contra los yankees hay entre nosotros. Así como está muy bien la unanimidad—esa sí absoluta, quizá—con que la opinión aquí ha acompañado á Cuba en su heroico batallar por libertad.

Se reconoce que España se tiene en gran parte la culpa de lo que le está pasando; por su obstinado cegarse al convencimiento á que los tres años de guerra en Cuba debieron haberla llevado. Pero no porque se le reconozcan faltas, ha de negársele todo apoyo—siquiera sea el estéril de la simpatía—en momentos en que los Estados Unidos, confiando en su fuerza y en el egoista positivismo europeo, lanzan, con el escándalo de la intervención, un reto de muerte—de muerte para ella—á la pobre España—la grande, que fue!

La cuestión es yá de razas. Y no se olvide que *raza* no significa meramente la comunidad fisiológica de sangre—que en tan estrecho concepto quizá ni la misma raza hebrea podría llamarse tal—sino la más elevada comunidad en la herencia de costumbres, tradiciones, sentimientos é ideales que constituye el alma de cada pueblo.

La cuestión es yá de razas; y ante ésa tiene que callar por lo pronto toda otra.

Hablar á este propósito de civilización, como lo hacen algunos, es algo más que cándido y simple, es *naïf (síncero*, que dicen por acá en Antioquia.) En eso de civilización—como en todo, por desgracia ó por fortuna—hay tánto de relativo! ¿Cómo miden la civilización? ¿Por el número de suicidios ó por las millas de ferrocarril; por los *lynchados*, por los que mueren de hambre ó por la edición de los periódicos? ¿La monstruosa floración de tosco materialismo pretencioso que se apellida á sí misma *civilización americana*, puede realmente llamarse tal? ¿Estamos seguros de que la misma civilización europea sí lo es; ésa que Baudelaire llamaba "la gran herejía de la decrepitud"; y que hizo exclamar á Barbey d' Aurevilly: "Pueblos civilizados que apedreáis incesantemente á los salvajes, pronto yá no mereceréis ni aun ser idólatras!"? ¿Civilización querrá decir ferrocarriles y telégrafos? ¿No será más bien amplitud de comprensión y alteza de aspiraciones? ¿No será tolerancia é idealidad: un perfeccionamiento del sentido espiritual de lo justo, y del sentido de lo bello, que en sí encierra todas las artes, todas las ciencias? ¿No consistirá en clavar cada uno la vista en el punto más alto que alcance, y á él, con voluntad entera, con excelso desinterés, sin dejar que el brío amengüe, enderezar los pasos, confiando—como Nelson al hacerse sublime—en que los demás cumplirán también su deber? Y si así es ¿qué tan civilizados serán los yankees, los que exterminaron—ó están exterminando, porque aún no acaban—á los indios; los que niegan á los negros, con odio orgulloso, casi hasta su calidad humana, y les roban, con cinismo cobarde, todos sus derechos; los que se consideran á sí propios como *el* pueblo por antonomasia y por excelencia—"we are the people", dicen—y ven chiquiticas así á todas las demás naciones de la tierra, cuyo espíritu no saben comprender, y las desprecian con un desprecio insolente al cual ni el de los griegos por *los bárbaros*, ni el de los israelitas por los gentiles es comparable? Los yankees, el más materializado quizá de los pueblos, no pueden ser por sí mismos la civilización. No pueden, por lo menos, serlo hasta el punto de que eso les sirva de capa para sus ambiciones ni de pretexto para sus abusos.

¿Ni quién nos mete á nosotros á proclamar la doctrina de la civilización inyectada á cañonazos? ¿Tan seguros estamos de la nuéstra, que no temamos que quisieran vacunarnos?

La cuestión es yá de razas. Quizá no sea más esta guerra que el principio del fin de la hispánica, quizá el principio de su renovación. Y las naciones todas que esa denominación cobija, al asistir al terrible duelo en que se juega tal vez mucho de su suerte, natural es que sientan irse sus corazones—sus inmensos corazones de pueblos—tras el campeón cuyos colores, por inesperadas circunstancias, han venido á representar los colores de todas ellas en la tremenda lid; natural es que sus votos sean por su triunfo, ó—si ella ha de venir—porque su caída sea la de un heroe. Porque hay en la causa española hoy un elemento de grandiosidad heroica: y es la sublime desperanza en el triunfo! Se siente que los marinos de España no harán simplemente su deber, que sucumbirán como héroes, pero que sucumbirán; que los barcos españoles antes de hundirse se mullirán un lecho en el fondo del mar con cascos de naves americanas, pero que se hundirán; que España no caerá mientras tenga un hombre ó un duro, que al caer será en un charco de sangre donde haya mucha del enemigo, pero que caerá. El brutal axioma de la filosofía popular, "contra la fuerza no hay valor," tiene que cumplirse; y apedreada á *dollars*, ahogada por lo innúmero, España perecerá; pues la intervención de las potencias de Europa, en que ponen sus esperanzas los cobardes que á todo trance quieren tenerlas, no llegará ó llegará ya tarde. Por eso en la simpatía por España hay como una fosca solemnidad, hasta cuando se celebran sus triunfos. No parece sino que los que por ella seguimos palpitantes las peripecias de la lucha, le pidiéramos no más que el desesperado, heroico decoro del gladiador: saber caer! Que la vieja madre nos enseñe á morir—¡arte olvidado!—para cuando nos llegue el turno, que ya nos irá llegando á *estas repúblicas*, es decir, á las que el paternalismo y la anarquía les hayan dejado sobre los huesos siquiera un bocado de carne para despertar el apetito del insaciable ogro del norte, el del *destino manifiesto*.

***

Escrito está que hemos de ver siempre mejor la mota en el ojo ajeno, que en el propio la viga. Empecé haciendo cargos á los medellinenses por su intempestivo *altruísmo* (el latín para *sopería*, que dijera Tomás Carrasquilla) y peor que ellos resulté yo, que por poco sigo hablando de yankees y españoles hasta el próximo número.

Aunque, si se reflexiona, en mí la cosa no es tan grave, ya que mi oficio—ó mucho me engaño—no es otro que meterme en los asuntos ajenos, como que mi tema obligado es lo que hacen los demás. Sólo sí que hoy me fuí muy lejos, y ya es tiempo de que vuelva á mis carneros, á lo que ha sucedido por acá, que no sé qué sea.

Pero antes, he de reparar el olvido que tuve al no acusar recibo, y dar las gracias á los señores redactores, de la *Opinión Pública* de Bogotá y de la *Revista Forense*, importante publicación jurídica de esta ciudad.

El Escudriñador es otro periódico que ha empezado á llegarnos de Cali. Es, según dice en la portada, un periódico de *literatura*, pero yo abrigo ciertas dudas á este respecto.

Las *Fotografías Políticas*, por D. Rafael Baraya, no dejan afortunadamente ninguna duda de esa especie; pues, aunque es la verdad que están en versos, ni por la portada ni por lo de más adentro se puede achacarles carácter literario.

¿Y por qué habían de ser literatura todos los libros? Por cierto que los más útiles, más sanos—y muchos de los más entretenidos—están inocentes de toda literatura. Díganlo, si no, *El Manual del Capitalista*, el *Perfecto Cocinero* y el *Valle de Medellín*. No hay sino que en "el actual momento histórico" nos ha entrado tal prurito literario, que de lo que no se nos venga con ese vestido ningún caso hacemos; y dejamos pasar sin hojearlos siquiera muchos trabajos que merecían lectura atenta. Como, por ejemplo, el voluminoso *Informe del Gobernador de Antioquia á la Asamblea*—por cuyo envío doy las gracias—que contiene datos muy útiles, ó la *Relación de una Visita al Ferrocarril*, que está llena de bellezas!

***

Por último, antes que entre en materia, quiero acusar recibo de las *Lecciones de Agricultura*, por el Dr. Francisco Molina, agradeciendo al autor su galantería al remitírnoslas. Es éste un libro escrito con claridad y método; en el que se encuentra, al lado de mucho aplicable y conveniente á los cultivos de estas tierras, bastante que entre nosotros no puede tener aplicación, por lo pronto al menos. Parece ser más bien un trabajo de digestión y recopilación de las lecturas del autor en obras extranjeras, que el resultado de experiencias directas. Con todo, es un libro útil, que ojalá indique el principio de una época en que se le preste la atención que en todas partes se merece al estudio del suelo y á la manera de explotarlo, quizá el más importante de todos los estudios, sin duda el más descuidado aquí.

***

Y ahora sí, veamos qué ha pasado. En otras partes marcan las divisiones del tiempo por las varias estaciones, en algunas, por los meses del año; en ésta Medellín clásica no es sino por las diferentes fiestas de iglesia. Y así para precisar una fe-

cha se hace referencia á la fiesta de Difuntos, á la Nochebuena, á la Semana Santa, al Corpus.....

Ahora estamos en pleno Corpus. Tiene esta festividad su carácter peculiar: es la fiesta de las calles. Ahora las casas se emperifollan, como muchachas casaderas ó casadas muchachas. Y las flores todas, y las cortinas y las alfombras y los floreros y lámparas y candelabros *é tutti quanti*, que el año entero duermen tranquilos en las cerradas salas de las casas, se echan á la calle y se congregan en las esquinas y, encaramándose en graderías y andamios, forman los *altares* en que ha de reposar breves minutos el Divino Sacramento, y que si bien muchas veces son nada más que pirámides del mal gusto, en todo caso son la prueba de la piedad y el entusiasmo místico de las medellinenses—prueba, eso sí, que está demás.— Naturalmente, aquellos esfuerzos artísticos requieren que sus autoras y admiradoras salgan á recrearse en ellos, y, por supuesto, que sus críticas—qué obra de arte no tiene críticos?—salgan también á hacer su oficio. Y se llenan las calles de engalanados grupos de muchachas; las cuales á su vez—como *obras de arte* que son, cuando andan por la calle, al menos—se llevan tras de sí las nubes de admiradores y críticos—machos éstos, en apariencia, por lo menos.— Resultado, que todo Medellín se echa á la calle en esos días, y que por verdadera religiosidad unos cuantos, los más practicando el culto más profano de la belleza, todos se van tras las procesiones, desde el General sobredorado hasta la limpia y aplanchada cocinera.

Y en esa atmósfera de alegría que llevan consigo las muchedumbres engalanadas; bajo la limpidez azul que el cielo tiene por acá en estos meses, cuando sopla el viento del Norte,

ese soplo caliente,
irritante y fecundo,
que entreabre las flores
y madura los frutos,

el sentimentalismo gozoso y dulce que los poetas de Europa cantan en la primavera, bulle en todos pechos. Y ésta es la gran época para conseguir novia—así me lo ha asegurado quien conoce muy á fondo el asunto.

***

No tengo espacio para todo lo que había que decir sobre Corpus y otras cosas. Agradézcanlo los lectores. Al despedirme de ellos quiero darles una buena noticia, que yá por de contado se sabrán: llegó la Compañía lírico-dramática Luque, y pronto empezará sus representaciones.

Junio 13.

PRÓLOGUS.

REPÚBLICA DE COLOMBIA.—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA.

EL MONTAÑES

Revista de Literatura, Artes y Ciencias.

DIRECTOR

Gabriel Latorre.

AÑO I. | Medellín, Julio de 1898. | Número 11.

Negativo de G. Escovar. Cliché de Rodríguez y Mesa.

EDUARDO ZULETA

"DIAS OBSCUROS"

LECTORES, ya que ustedes han leído tántos escritos diferentes sobre la novela de Eduardo Zuleta, poco trabajo les dará leer uno más, que no es ni en favor ni en contra del autor, tono muy difícil de hallar tratándose de *Tierra Virgen.*

Y antes de empezar, Dr. Zuleta, dé acá esa mano: me honro en estrecharla; Ud. es un novelista, y muchos de los que dicen mal de Ud., pobres libelistas discípulos de Pasquino.

La novela *Tierra Virgen*, apasionadamente discutida, no es ni muy buena ni muy mala; se ha discutido mucho, no por ser buena ni por ser mala, sino por haberla escrito Eduardo Zuleta.

Esta capital antioqueña, tan ponderada yá por su producción literaria, tiene todavía resabios de pueblo. Abrigan sus habitantes simpatías y antipatías salvajes; á pobres diablos los elevan á la categoría de ídolos (caso muy común con gentes que vienen de otras partes) y á hombres de talento les oponen resistencias que los obligan á emigrar. Sólo la riqueza se impone ¡ah *los tocinos privilegiados!*

Los antioqueños no hacen carrera en Antioquia; tienen que traer la corona gramínea de otra parte. El regionalismo de que alardeamos no es amor á los talentos antioqueños; es una especie de *gamonalismo* de aldea el que consagra á unos pocos, y esos pocos conducen de la mano á los que traen la sumisión en los labios y la adulación en la pluma. Sí, regionalismo suena *gamonalismo.* Y el *gamonalismo* es una de las formas de la tiranía, es el privilegio y la aristocracia de los municipios. La democracia abre las puertas de la celebridad á todos los espíritus.

Esa lucha entre las clases que se forman en las aldeas, sin antecedentes de sangre, se encuentra en la novela de Zuleta descrita de una manera intensa y artística; en *Días Obscuros* el libro tiene rasgos felices; ahí está la pasión y el cariño del autor haciendo prodigios de arte sobre un asunto que encanta porque es el grito de la democracia herida.

Zuleta no es liberal pero debería serlo, y aunque no lo es, ha dado bellas notas humanas en favor de la libertad. *Tierra Virgen* no puede ser tierra esclava.

Esa lucha que Zuleta describe es la misma que agita los espíritus cuando juzgan el nuevo libro; los sentimientos distintos que lo estrechan por lados contrarios, se han convertido en

simpatías y antipatías literarias que determinan los juicios apasionados sobre *Tierra Virgen*.

Eduardo Zuleta ha alcanzado cierta altura—sobre muchos *días obscuros*—y quiere levantarse más; pero por todas partes encuentra resistencias; quieren hundirlo, cosa que fácilmente no se alcanzará. Y Zuleta se muestra impasible ante esa actitud del público, y así debe ser: los luchadores no pueden acobardarse, y si se acobardan, están perdidos.

Si los antioqueños no quieren á los antioqueños ¿en qué consiste el regionalismo de que tánto alardean? Pues está claro, en creer que Medellín es el Paraíso, que los antioqueños van á conquistar el mundo y que debe multiplicarse la raza para fines providenciales. El regionalismo es hacer muchos hijos, fomentar los matrimonios precoces, para ir luégo á conquistar el orbe. Cualquiera puede juzgar que estamos en ridículo, y para que así no se juzgue, mostramos la otra faz del regionalismo: la envidia á los hombres de talento y la intransigencia para los que no piensen conforme á la vieja pauta conservadora. *Días obscuros*.....

1897.

JOSÉ MONTOYA.

FRAGMENTO

DEL CAPITULO

DIAS OBSCUROS

de la novela

TIERRA VIRGEN

I

. . . . . .

. . . . . .

AL fin regresó D. Manuel á Remedios, pero fue á encontrar lástimas. La guerra había terminado, y aunque el triunfo había sido de sus partidarios, no le reconocieron los recibos de lo que le habían quitado porque alegaban que él no había tomado armas. Encontró á Fernando Grisales con tienda, al antiguo Secretario de Romero de Alcalde, á D. Cándido Suárez muy rico, á Teresa Carrillo viuda, á D. Zoilo Pereda de muerte. Sólo Luis Arenales había es-

capado con fortuna porque el Director de la Compañía Inglesa, con quien tenía negocios, lo había amparado.

Cuando Dª Juana trató de volver á montar sus minas, resultó que el Secretario de Romero las había denunciado como abandonadas, y que de acuerdo con D. Cándido denunció también las de oro corrido, que lindaban con las de veta de Dª Juana, á fin de apoderarse de las aguas.

La ruina entraba yá por todas partes, y á pesar de los esfuerzos heroicos de Dª Elena, la miseria desoladora y fría fue entrando al hogar de D. Manuel Jácome. Las joyas que en otro tiempo había lucido Dª Elena, el macho amarillo que golpeaba con el duro casco sobre el empedrado del establo á la vista de su amo, los grandes y hermosos jarrones de cristal ahumado, que en otro tiempo rebosaban de cerveza espumosa, los espejos de cuerpo entero, las bombas, los escaparates de cedro caobo, el caballo negro reluciente, de relincho afectuoso, y la hacienda querida de La Vega, todo fue pasando á manos extrañas.

Don Manuel no pudo resistir á la segunda desgracia. Su temperamento era excesivamente sensible y delicado. Lo acobardaron las injusticias y lo agobiaron las decepciones. No quedaban yá fuerzas en su organismo para reaccionar, ni su esposa, que fue siempre la fuerza viva que utilizó las condiciones intelectuales de aquel hombre, fue capaz de hacerlo mover de nuevo. El recuerdo de su amigo Quintero, asesinado cobardemente en Matuna, por soldados de Fernando Grisales; la consideración del éxito que había alcanzado el Secretario que llamó á Romero bruto, al Alcalde González ladrón, y que fue la causa de la ruina y descrédito de otro empleado, de quien fue también subalterno; la pobreza en que veía á su madre yá anciana y desvalida; el recuerdo doloroso de las amonestaciones que le hizo sobre los inconvenientes de la vida en los pueblos; el futuro triste y sombrío que preveía para sus hijos queridos; la nostalgia de la riqueza que le parecía yá imposible recuperar por el trabajo; la inutilidad final de sus esfuerzos como estudiante, y como hombre trabajador y honrado; la ingratitud de tántos á quienes él sirvió con generosidad absoluta, y el alejamiento, siempre explicado pero nunca previsto, de aquellos con quienes se comparte la sal de la mesa en los días de bonanza, acabaron con esa existencia. Vino el cáncer y él lo recibió como un consuelo. En pocos meses le comió la carne de una parte del cuello, y se veían ahí las arterias de tubos resistentes, las venas azules, casi negras, los blancos hilos de nervios, alguno que otro músculo intacto, y visibles yá los anillos de la tráquea. Sentado en una salita sombría y escasa de muebles, lo sorprendió la hemorragia que salió en sacudidas por una arteria rota, y rodeado de su esposa, de Rita, del negro Liberato y de sus hijos estupefactos,

se fue quedando muerto, viendo hacia arriba, con ojos suplicantes y turbios.

Pero no por esto se abatió Dª Elena. Hizo un esfuerzo supremo y reanudó el trabajo. No era posible trabajar en grande y trabajó en pequeño, ayudada de Rita. Pero esto no bastaba para vestir á los muchachos y tenerlos en la escuela, para enviarle recursos á Carlos y para ayudar á la suegra. No hubo remedio. Llegaron los días obscuros y tristes de la miseria.

A veces cuando sus hijos volvían de la escuela, sin desayunarse, pálidos y ojerosos y con sus vestiditos remendados, comprendían en el semblante de la *mama* Rita que aún se demoraba la comida única que podían hacer al día. Se acabaron para ellos los vestidos lujosos, y la mesa opípara de otros días se cambió en larga y horrible abstinencia.

El negro Liberato que había logrado conseguir una minita, cerca de la antigua mina de El Bagre, enviaba á la casa víveres de su troje, y de cuando en cuando se aparecía con un *trapito* de oro para comprarles vestidos á los niños ó para mandarle á Carlos.

Llegó un día en que Enrique quiso irse á trabajar, y D. Luis Arenales que era Agente de la mina de Bolivia, le consiguió el destino de ayudante del molinero. Dª Elena le echó la bendición y lo vio partir á pie, sin afligirse. La *mama* Rita no quiso presenciar la partida del niño Enrique. Se escondió en un rincón y no quiso salir de allí. A medida que la desgracia se acentuaba en la familia de D. Manuel, iba avivándose más y más el amor de la *mama* Rita para con los hijos de su señora, de tal suerte que era ésta la que tenía que estar dando consejos á la criada sobre conformación cristiana.

—No te acobardes, Rita, le decía Dª Elena.

—Es que yo no me conformo, mi señora, con estas cosas. ¡Enrique de *pión!* Quién iba á pensar esto. ¿Le parece á su mercé que yo puedo conformarme con eso? Bendito sea mi Dios que siquiera se llevó á mi amo Manuel para que no viera estas cosas. ¿Y qué hacemos cuando venga Liberato y sepa que el niño Enrique está de *pión* en Bolivia? Ni para lo que se va á entristecer el pobre. Si es que me parece que me han arrancao un pedazo *e* mi cuerpo. Ojalá se sirviera mi Dios de uno, y se lo llevara pal otro mundo.

—No digas así, Rita. Todo hay que llevarlo en amor de Dios, le decía Dª Elena.

Una semana hacía que Enrique estaba de Ayudante, cuando se apareció al molino el Director de la mina y le dijo:

—Dígale Ud. al despensero que le dé un costal para que se vaya al pueblo á traer una arroba de arroz. Tome la boleta para el Agente.

Con la alegría que le dio á Enrique al pensar que iba á ver á los de su casa, ni se acordó siquiera que la persona que así lo trataba sin necesidad, había sido peón en las minas de su madre Juana.

Tomó su costal y partió para el pueblo. Llegó á la Agencia y entregó la boleta á D. Luis Arenales.

—Vaya Ud. salude á su mamá, y llévele estos cinco pesos que le adelanto á Ud. por su trabajo.

—A qué ha venido, le dijo Dª Elena, después de abrazarlo.

—A llevar un arroz para la mina. Aquí le traigo cinco pesos que me adelantó D. Luis.

—¿A llevar arroz? Bueno. Cumpla con su deber. Ud. habrá estado muy formal, ¿no es cierto?

—Sí, señora, le contestó Enrique

El recuerdo de su marido y el de su otro hijo ausente, que estaría pasando sin duda mil trabajos por las humillaciones que impone la pobreza, le enloquecieron el corazón á Dª Elena, y estuvo á punto de estallar, pero se contuvo. Con la fuerza de voluntad de las virtudes heroicas, dominó el dolor que le produjeron estos recuerdos y el ver á su hijo con un costal al hombro, su fisonomía tomó el aire sereno de los santos, que en vez de permitir que las penas sagradas salgan al rostro, las recogen en el centro del alma para enviarlas en oración fervorosa al Dios de las misericordias.

Entraron Pedro y Rosaura de la escuela y Enrique se puso á abrazarlos. Llegó Rita, y después de recibir el abrazo del niño, se puso á verle las manos, y acercándose á Dª Elena con Enrique le dijo:

—Vea mi señora, cómo yá tiene callos el niño.

—Mejor, que aprenda á ser hombre, contestó Dª Elena.

Pedrito al notar el costal que tenía su hermano, le preguntó muy sorprendido:

—¿Y ese costal para qué es?

—Para llevar un arroz á la mina.

—¿Y Ud. lo va á llevar?

—Sí, hermanito.

Soltó Pedro los libros y corrió á ocultar su rostro bañado en lágrimas en el regazo de su madre. Rosaura se acogió á los brazos de su *mama* Rita quien inclinó la cabeza sobre la niña para disimular la emoción, y Dª Elena abarcándolos á todos con una mirada imponente dominó esa triste y dolorosa escena de familia.

II

Mientras tanto pasaba Carlos en Medellín los trabajos más grandes. Yá no podía ir los domingos al restaurante de Marucco, á darse el lujo de beber café con rueditas de mantequilla como acostumbraba hacerlo en sus días de estudiante acomodado, y ni siquiera podía contar con la seguridad de la alimentación diaria. Se aparecía al Colegio de botines rotos, de pantalones raídos con la brillantez natural que deja el largo frote de las telas de paño, de corbata invariable, de saco pardo, grueso, que había resistido dos años y había saltado por encima de dos Jueves Santos, con una frescura envidiable. Saco invencible, lleno de merecimientos, digno de todas las condecoraciones y al que los compañeros de Carlos llamaban el prócer. De camisa sucia, tapada con el saco que iba abrochado hasta el cuello, aun en las horas calurosas del día; muy pálido y desmedrado por los estudios de noche, y á causa también del hambre que aguantaba; estudiando en libros prestados y teniendo que ir á la clase de Urbanidad general en donde el profesor encarecía la limpieza en los vestidos, y hacía—al mismo tiempo—largas disertaciones sobre las reglas que debían observarse en la mesa. Desde un rincón, á cuyas sombras protectoras se acogía el pobre estudiante, oía Carlos estas palabras: "debemos sentarnos á la mesa con ropa limpia, y bien peinados, los botines lustrosos. Primero se toma la sopa, después el pescado, etc." Y cuando el profesor decía esto experimentaba Carlos unas fatigas indecibles en su estómago vacío y le venía al mismo tiempo el recuerdo de su camisa sucia y de sus medias rotas.

Era humilde, pero había quienes lo trataran de orgulloso porque era serio. Los profesores lo querían y la mayor parte de sus condiscípulos lo trataban con cariño. Contestaba en las clases con mucha precisión, y en los días en que calmaba el hambre, brotaban de sus labios frases elocuentísimas, frases que hacían carrera y que luégo repetían en los claustros sus compañeros.

Cuando era el día de llegar el maestro Maya, correo de las minas de Remedios, Carlos salía á su encuentro y por el carretero iba andando hasta llegar al Bermejal. Mientras él iba en busca de noticias de su familia, cabizbajo y melancólico, pasaban las gentes en "La Diligencia", lujosamente vestidas, y con semblantes reveladores de dicha. Otros en briosos y elegantes corceles, luciendo la polaina lustrosa, el galápago nuevecito, amarillo y chirriante, y los pretales ingleses con argollas lucientes. Y muchas veces tuvo que saltar á las chambas para escaparse del atropello de estos hijos mimados de la fortuna que

le traían á la memoria el recuerdo de la yá extinta riqueza de su casa.

—Aquí le traigo cartas y una encomienda, D. Carlos, le decía el buen viejo Maya.

—¿ Vio Ud. á mi mamá, á mi madre Juana y á todos los de mi casa?

—Nó, niño, al que vi fue al negro Liberato que me llevó las cartas y una encomienda para Ud.

Recibía Carlos las cartas y la encomienda, y sin abrirlas regresaba á su cuarto, estrecho y miserable de la calle de Las Peruchas. No cambiaría Carlos esas reliquias por todos los millones del mundo, y á su cuarto llegaba triste, contento, temblo-roso y como por el aire y abría las cartas.

"Hijo querido, le decía Dª Elena. En esta su casa estamos buenos. El buen negro Liberato le envía ese trapito de oro para que compre un vestido para los exámenes. Enrique se fue á la mina de Bolivia, de ayudante del molinero, y es muy resignado y humilde. Pedro sigue en la escuela, pero yá no tiene qué enseñarle el maestro. Si viera lo inteligente y formal que es. Él es el que le lee ahora á su madre Juana. Rosaura está muy grande y está bordando una bufanda para Ud. Su *mama* Rita siempre ayudándome, pero la pobre yá está muy enferma. Dios me lo conserve bueno y me permita volverlo á ver pronto."

Y la abuela le escribía al nieto en estos términos:

"Yá sé todos los trabajos que está pasando para acabar sus estudios. Tenga paciencia, hijo, y acuérdese de la enseñanza de El Telémaco: 'No os dejéis abatir por el dolor. Cada cual debe seguir valerosamente su destino. Es inútil afligirse.'

"Yo no estoy retenida aquí en la tierra, sino por Ud. El día en que acabe sus estudios moriré tranquila. Verá que Dios le premiará su constancia y sus virtudes. Cuidado con flaquear."

Carlos no se cansaba de leer estas cartas queridas. La lectura de esas líneas le evocaba el recuerdo de sus hermanitos y de los nobles criados de su casa y se imaginaba estar viendo á su madre Juana, con aquellos ojos penetrantes de claridad prodigiosa, y le parecía estar oyendo la voz enérgica y vibrante de Dª Elena. Experimentaba con aquellos recuerdos sensaciones dolorosas y gratas á un mismo tiempo, y sentía más y más fuerte cada rato la emoción profunda de los afectos.

Llegó por fin la hora de los grados.

Con un regalito del negro Liberato, y un anillo de esmeralda que le envió Dª Juana y que era lo único que le quedaba á la pobre abuela, hizo los gastos del acto. Se presentó al salón humildemente vestido. Ni un miembro de su familia allí. Un condiscípulo que lo quería mucho le sirvió de padrino y lo acompañó al salón.

—¿Quién es ese? preguntaban algunos de los concurrentes al acto, que habían entrado de curiosos.

—Un muchacho de un pueblo del Norte. Me parece que es un Jácome, contestaba alguno.

Tocaron la campanilla. Comenzó el acto y Carlos disertó largamente sobre legislación de minas que era el título de la tesis. Apuntó los vacíos, las contradicciones y los inconvenientes del Código sobre la materia. Habló de las injusticias que se cometían en los pueblos mineros con los legítimos poseedores de las vetas, y pintó con vivos colores los procedimientos inicuos á que apelaban los rábulas para apoderarse de lo ajeno. Y al tocar este punto que directamente le atañía por haber sido su madre Juana una de las víctimas de esos despojos injustificables, subió el tono de la voz, y en frases enérgicas fustigó á las autoridades que en esos pueblos se unían á los perversos para determinar la ruina de los hombres honrados. Y lo más grave de estos asuntos, decía Carlos, es que la vara de la justicia no alcanza á esos miserables, porque desgraciadamente como dijo el loco Giraldo en las calles de esta Capital, "el delito está en la ruana";

"O en la raza!"

gritó uno de los que estaban en las puertas del salón. Era el pobre Dr. Zamarta que había llegado en esos momentos tambaleándose y con los ojos extraviados á presenciar el examen del hijo de su antiguo condiscípulo Manuel Jácome. Y como el comisario Casafús—el autor de la frase más autocrática del siglo: "Vayan fusilando mientras traen la orden",—le ordenara que hiciera silencio, el insigne Zamarta se retiró diciendo: "Igualdad! tú no eres sino un nombre." *Verba, et voces præterea que nihil.* Palabras, palabras y nada más que palabras! como dijo Ovidio.

EDUARDO ZULETA.

UN CRIMEN

AQUELLA atmósfera caldeada era un lago de luz inmóvil, sufocante. Las briznas de los aleros pajizos de las casas crepitaban y se volvían carrujas, abrasadas; sobre las superficies desnudas y áridas de los pedrejones de la rambla en que estaba edificado el exiguo caserío, reverberaba al calor como un enjambre. Allá, debajo de ese reguero de peñascos, de muy hondo, ascendía el mugido sordo, cual huracán lejano, de un torrente que se retorcía oprimido por esas enormes piedras que él mismo quizá, cuando se cavaba su cauce, había arrastrado entre sus olas crespas y rugientes. Ay! así mismo agobia nuestas almas, convertido en obstáculos y complicaciones cuando ya el raudal de nuestro entusiasmo juvenil declina, todo eso que fue placer malsano y goces cálidos. Ciñendo por todas partes el pedregal desnudo y yermo, se extendía el bosque oscuro, por donde vaga el Magdalena en llanuras inmensas, que se van empinando en comba suave hasta coordinarse á la mole gigantesca de los Andes de Santander, que desenvuelven en vaivenes dulces y untuosos las superficies verdes de su escultura soberana, y alejándose, alejándose blandamente, van á derretir su azul sobre el del cielo.

Claudio Majoca sentado sobre su ruana hecha un rodete, á la sombra de una casita de la calle única de la aldea, miraba este paisaje, y tal vez no lo veía. Tal vez el pobre hombre no tenía ojos sino para mirar al cercado sembrado de cruces donde reposaba su hija: la criatura dulcísima, silenciosa, de ojos gran-

des, meditabundos y tristes sobre su rostro infantil. La había visto crecer pálida, enfermiza, los ojos febriles siempre abiertos con esa curiosidad dolorosa de los organismos débiles en los que el sufrimiento despierta precozmente la inteligencia. Y una mañana se extinguió la llama débil de esa existencia, sin sacudimientos, suavemente; sin que él, que no había tenido la vitalidad bastante para infundirle la vida alegre de los seres sanos que la respiran á todo pulmón, pudiese reanimarla con su aliento. Y allí mismo, ante ese lecho de muerte, había sentido el pobre padre la primera crisis de ese mal sombrío que lo mantenía aterrado, y, en medio de sacudimientos epilépticos, cayó como un cadáver al pie mismo del cadáver de su hija. ¡Quién le hubiera dicho al pobre hombre que esas dos desgracias horribles de su vida—la pérdida de su hija y la de su salud—obedecían ambas á ese pequeño mal de su juventud, adquirido tan alegremente en la bodega de Nare, y que trabajaba aleve y callado en lo más recóndito de su organismo!

Desde ese día–él, cazador apasionado y famoso,–no volvió á cazar. Su escopeta se corroía de orín en un rincón de su cuarto. En vano le decían los mineros, cuando regresaban de sus labores, que allá, á la sombra del bosque, erraban en manadas las tatabras; en vano salían los venados, tímidos, á reventar los tiernos retoños de las batatillas á la luz moribunda del crepúsculo; en vano veía él mismo, cuando vagaba distraído, los ojos en el suelo, el rastro sospechoso de tigres merodeadores grabado sobre la arena húmeda. Nada le sacaba de su indiferencia mórbida: todo le era igual, y se le veía casi constantemente sentado sobre el umbral de su casa, mirando hacia ese cementerio que se había tragado á su hija.

De repente se estremeció lleno de horror. Había sentido como un soplo helado sobre su párpado izquierdo. Era el anuncio del mal terrible. Un dolor fulgurante, agudísimo, que sacudió hasta las últimas ramificaciones de sus nervios, recorrió súbito, como una descarga eléctrica, como el golpe de un azote ferrado, toda la mitad izquierda de su cuerpo; sintió la lengua pesada y rígida como un bocado de granizo; sus párpados se paralizaron; quedaron inmóviles, extraviados, desmesuradamente abiertos á la inmensidad los globos de sus ojos. Luégo, á manera de una tela que se rasga, sintió en el fondo de su cerebro una pequeña explosión luminosa y sonora, que siguió extendiéndose en hipidos de luz roja, hasta llenarlo todo; y allá, en el seno de esa lumbre vibrante, empezaron á cuajarse los contornos de la visión apocalíptica que lo torturaba en los accesos de su mal, y que en vano trataba de rehacer cuando tornaba á la vida, no obstante el serle tan conocida, tan familiar en esos

mundos anormales del delirio en que se atascaban los sucios rodajes de su cerebro carcomido por el gálico.

Presentábansele entonces, barajados monstruosamente, los dos episodios que habían sacudido más hondamente su sér: la muerte de su hija y la cacería de tigre hecha allí, bajo las cuevas negras que formaba debajo de sí ese reguero de peñascos sueltos, cuñados unos con otros, que se veía al frente, en las afueras del caserío.

Entre reflejos de luz vacilante, como los reflejos de muchas hogueras, vio una multitud inmensa, todo el vecindario, coronando las crestas de los pedrejones. Debajo, como un huracán en cueva, rechinaba el latir de todos los perros de los alrededo-

res luchando con el tigre. A cada instante un chillido lastimero venía hasta él. "Ese maldito *gato* está acabando con los perros." ¿Y *Coronel* y *Clavellina*, sus perros queridos? Metíase los dedos á la boca, y silbaba: "*fohí! fohí! fohí!*" .... Nada! Qué iban á oír en medio de esa bulla! Y se paseaba febril. "¿No hay entre tánta gente un hombre que quiera entrar á alumbrarme, yo bajo á matar ese *gatico*?" —clamó con rabia, pero como á su pesar, porque el corazón le dio un vuelco doloroso. Todos se miraron é inclinaron en silencio la cabeza.—"Bajaré solo"—dijo con despecho. Y tomando un candil, entró en la cueva. Y comenzó á internarse en ese dédalo negro, en la derecha la escopeta, la luz en la otra mano; arrastrándose á veces como un reptil entre angosturas imposibles, irguiéndose otras en salones enormes, cuyos techos altísimos de bloques sueltos parecían derrocarse sobre su cabeza. Sintió de repente que le arrebataban el

candil de la mano; volvióse y vio á su hija. "¿Qué vienes á hacer aquí? Vuélvete afuera!"—gritó con angustia. Mas ella, sin responder, mirándolo con sus ojos grandes, ardorosos de sufrimiento tomó adelante, la luz en la mano, aérea y ágil. Deslizábase como una visión, y seguíala él, jadeante, loco de angustia, muerto de fatiga. Ya se oían cerca, muy cerca los latidos furiosos de los perros. "Deténte! deténte! hija del alma!"—exclamaba anonadado....Paróse fulgurado de terror. Allí, al frente, sobre una salida de un peñasco; tendido sobre el pecho, los ojos en lumbre, el espinazo en arco como un resorte recogido, estaba el tigre en acecho, esperando el paso de su hija; y ella no lo había visto. El padre quiso gritar, y murió la voz en su garganta. Ya llegaba junto al monstruo la hija de su alma; ya el cuerpo de la fiera se inclinaba sobre ella silencioso y aleve como el peñasco que vacila antes de rodar por la pendiente. El hombre, loco, en impulso ciego, tendió su escopeta; sonó un disparo, y su hija cayó con la cabeza abierta....Volvióse la fiera hacia él, lenta, silenciosa. Calláronse los perros al estallido; y sentados sobre las patas, lo miraban desde sus asientos de piedra, como esfinges, mudos, los ojos encendidos. El tigre se acercaba más cada vez, y él, hipnotizado, no podía moverse. De la voluminosa cabeza de la fiera partían estremecimientos de onda límpida, que recorrían su lomo terso y manchado, hasta morir en su trasera grácil; de la armada boca salía la lengua, plegándose sobre la quijada hirsuta con felino saboreo. Y avanzaba, avanzaba siempre; con cruelísima lentitud, con calculada pausa, como gozándose en la horrorosa expectativa de su víctima. Ya llegaba. El desdichado cazador quiso huír, y se sintió de nuevo paralizado por el espanto. Sopló su cara un vaho hediondo; la armada boca se abrió sobre su cráneo, y los agudos colmillos penetraron en él, produciendo un chasquido como de pasta frágil triturada entre las muelas; sintió unas garras clavarse en sus carnes palpitantes.....

Y Claudio Majoca, el pobre enfermo, dando corcovos epilépticos, golpea con la cabeza y con los miembros rígidos contra el umbral y contra el duro suelo donde yacía tendido.

Era el momento más terrible de la crisis de su mal.

Levantóse, extraviado, loco, y diose á correr calle arriba.

En su carrera tropezó con una niña que traía agua, y, agarrándola por las gargantas de los pies, blandióla en el aire y le estrelló la cabeza contra un peñasco.....

Cuando volvió de ese infierno patológico, se encontró atadas las manos y arrastrado por el suelo por una multitud airada é ignorante que lo miraba hosca, y lo llamaba asesino.

EFE GÓMEZ.

DE NIÑOS

Es noche de rumores;
Desde el azul del cielo, titilantes,
Las estrellas envían sus fulgores;
Están las calles solas;
Al través de las rejas se dilata
El murmullo de tiples y bandolas;
La luna envía claridad de plata
En impalpables, luminosas olas;
Se percibe el lamento
Del río, en cuyas ondas se dibuja
Jirón de nube que remece el viento:
Un iris temblador, cada burbuja
Y un suspiro parece cada acento.
Duerme Naturaleza,
Y perfumes y notas confundidos
De sus entrañas á brotar empieza;
Tiritando de amor entre sus nidos
Los pájaros sacuden la cabeza.
Sueña el torrente que en sus claras ondas
Pálida ninfa de belleza extraña
La cabellera de guedejas blondas
Y el fino mármol de su seno baña.

En las noches de luna,
Cuando el cielo está azul y el alma sueña
¡Cuántas dulces escenas, una á una,
He visto desfilar de la risueña
Morada en donde se meció mi cuna!
Como grata quimera,
Del fondo del recuerdo sonriente,
Resurge Carmencita, la hechicera,
Con un mar de ilusiones en la frente,
Y en los purpúreos labios una hoguera.
A su solo recuerdo, palpitantes,
Reviven en mi sér dichas sin nombre,
Y vuelvo entonces á creer—como antes—
En Dios, en la mujer....¡y hasta en el hombre!

Radiante de hermosura
Ella; y yo radiante de alegría,
Salímos á vagar por la llanura.
¡Oh Dios! que mi razón enloquecía
Con su gesto de regia travesura!

La gasa tembladora del corpiño
Sobre su blanco cuello descubría
Un pequeño lunar que parecía
Como asustado en ese mar de armiño.

Recuerdo la mañana:
Todo luz, todo amor, todo sonrisas;
De rica urna de encendida grana
Se elevó el sol; las vagabundas brisas
Traían perfumes de región lejana.
Perezosas las nieblas y en jirones
Flotaban por el aire, blanquecinas.....
Tal así he visto bellas ilusiones
Deshacerse de mi alma entre las ruinas.
Corrimos largamente
Por huertos y campiñas, animosos;
A la orilla del límpido torrente
Admirámos los tumbos caprichosos
Bañados por un sol resplandeciente;
La vieja selva y sus altivos troncos
Visitámos, de mágica frescura;
La catarata con sus gritos broncos,
La enhiesta cima, la feraz llanura....
Con mímica estupenda,
Y por dar á sus fuerzas un alivio,
Me convidó, bajo la agreste tienda
A descansar, de protector suribio.
—Como quieras—la dije, y, complaciente,
Sus pasos guié con reprimido anhelo,
Pensando que brillaba de repente
Más luz en sus pupilas y en el cielo.

Gozando anticipado
El triunfo más hermoso de mi orgullo,
Y también por oír el delicado
Acento de su voz, que era un arrullo,
La pregunté, sonriendo enamorado:
—Con quién vas á casarte cuando crezcas?
Dímelo á mí, puesto que soy tu amigo....
Brilló el rubor en sus mejillas frescas
Y—"Yo no sé—me respondió.....¡contigo!"

¡Oh, cuán dulce es la vida
Del recuerdo! ¡Oh, cuántas cicatrices

Hondas el alma, sin saberlo, olvida,
Cuando los ojos vuelve á las felices,
Lejanas horas de esa edad querida. . . . !
¿ Dó están los sueños de mi edad temprana?
¿ Cuáles viven de aquellas ilusiones ?
Unos murieron como espuma vana,
Y otras viven ¡ oh sí! pero en jirones !

FEDERICO C. HENAO.

EL PERDON

(Para *El Montañés.*)

La borrascosa mar, domando su ira,
Extendióse convulsa, y miró al sol.
Luégo, sintiendo su amargura inmensa,
Su soledad sin límites,. . . . . lloró.

Y de la esencia amarga de sus ondas,
Del astro rey unida al resplandor,
Como gotas de llanto, en sus abismos
Bellísimas las perlas esparció.

***

El tempestuoso corazón humano,
Por la injusticia herido y la traición,
Con toda la amargura de sus lágrimas
Una perla no más, una formó.

Y negra fue como el dolor, brillante
Como los grandes sacrificios son,
Y tánto su valor, que en su corona
La puso Dios, y llámase *perdón.*

ADOLFO LEÓN GÓMEZ.

Mayo 2 de 1898.

UN DEMONIO ANFIBIO

ALLÁ donde el Porce corre, libre é ignorado, entre selvas desiertas, desde el gran cobertizo de paja, sin paredes, situado en la última eminencia de un contrafuerte de la cordillera, divisaba yo, en medio de la noche oscura y serena, en la estrecha playa del Cagüí, recientemente desmontada, numerosas luces, que parecían andar solas, encontrarse, separarse y volver, de tiempo en tiempo, á refundirse en un grupo más numeroso, que permanecía estacionario á la orilla del río.

Aquella tarde habíamos terminado *el caballo*, sólido dique que el minero del Porce, á fuerza de habilidad y de audacia, construye desde la orilla hasta el centro del río, con maderos, frondas de palmas y bejucos, apesantados por toneladas de piedras que se suspenden del aparato mismo, con el fin de amansar en aquella parte la impetuosidad de las aguas. Acosadas y comprimidas éstas en la otra mitad del cauce, forman hervideros y rompientes, que con terrible estrépito se atropellan, estallan, se derrumban, azotan los peñascos, desarraigan los árboles, y sin cesar renacen, para alejarse, entretejiéndose en espumosa y gigantesca trenza. Día y noche amenaza aquella vorágine arrastrar el dique, y con él á los hombres que así se atreven á profanar al rey de los torrentes de nuestras montañas, para disputarle sus tesoros.

Cuando se logra domeñar la corriente del Porce, es necesario no perder minuto en la extracción del cascajo aurífero que contiene su lecho; porque cualquiera avenida intempestiva arrasará las costosas construcciones, que sólo podrán rehacerse en el verano siguiente, á costa de nuevos sacrificios. Por este motivo, la mitad de mi cuadrilla de *veranadores*, en número de quince, hacía el *primer cuarto* de la noche, á la escasa luz de las velas que titilaban en la playa.

Negros retintos de las orillas del Nechí; mulatos de tipo egipcio; tal cual indio espigado, ágil y altanero, como son todos los nuéstros, y, predominantes en número, los blancos de las cordilleras, de frente y nariz rectas, y tupido bigote; todos los tipos, en fin, que pueblan el Departamento, están allí representados. Con excepción de tres ó cuatro *caimanes*, viejos del río, tuerto el uno, manco el otro, todos señalados con cicatrices, y

con dedos de menos en las manos, marcas gloriosas de las luchas con el río, y de las *barberas* y machetes de sus compañeros, la cuadrilla se compone de mozos lozanos, independientes y retozones, como los animales criados en libertad y en la abundancia. Aun no ha empezado el paludismo á hacer sus estragos en nuestro campo.

Sin más vestido que la *paruma*, pequeño brial de lienzo blanco que les baja á medio muslo, y deja á descubierto la fuerte musculatura, se arrojan al agua, por turnos de cinco en cinco, desde una barbacoa construída sobre el río,. en la zona donde éste ha sido amansado por el *caballo*. Con una batea en las manos y dos arrobas de piedras en una mochila atada á las espaldas, y que tiene por objeto impedir que la densidad del agua los vuelva á traer á la superficie, desaparecen entre las ondas turbias, donde sólo el tacto les sirve de guía. Cuál permanece sumergido dos minutos, y vuelve orondo á la superficie, por una de las escaleras apoyadas contra la barbacoa, portador de una batea llena de barro azul y chinas abigarradas, que, al escurrirse el agua, dejan ver algunos granos del ansiado metal; cuál, bisoño en el oficio, reaparece á los pocos segundos, mohino y asustado, con la batea vacía, en medio de la rechifla de sus compañeros.

Alguna vez un grito de horror se escapa del grupo de mineros: es que uno de ellos, por audacia ó por torpeza, se ha salido de la zona protegida por el *caballo*, y la corriente lo arrastra con furor de venganza. Si no tiene sangre fría para desembarazarse del lastre, y no náda como un pez, sólo se volverá á saber de él cuando llegue la noticia de que en algún *veranco* situado más abajo, pescaron su cadáver y le dieron sepultura.

El que hubiera presenciado por primera vez aquellas escenas, en medio de la noche, sin saber de qué se trataba, las habría tenido por cosa diabólica y sobrenatural; y habría acabado por admirar el valor y la perseverancia de aquellos hombres, que en un clima deletéreo, rodeados de peligros que las tinieblas aumentan, y sometidos á la más ruda fatiga, cantan, ríen y se chancean, con jovialidad inalterable.

Mientras que los mineros de la playa tiritaban de frío, después de cinco horas de constante zabullir, en el oscuro cobertizo, sumido en profundo silencio, se sentía algo como una atmósfera de febril ambición, de grato desasosiego. Las noticias que llegaban de la orilla del río eran halagüeñas: el agua apenas tenía cinco varas de profundidad, y habían lavado yá bateas de cuatro castellanos de oro. Semejantes nuevas interesaban demasiado á los quince hombres que reposaban tendidos sobre las duras barbacoas de macanas, esperando con impaciencia las doce de la noche para principiar el *segundo cuarto;* y no es raro

que tal sucediera, porque ningún *buzo de nariz*, que así se llaman los que bucean en el Porce sin aparato alguno, trabaja nunca á jornal: el empresario tiene que partir con ellos el oro que se extrae.

Los cigarros que brillaban por todas partes como grandes cocuyos, y las palmadas que se daban los mineros en sus cuerpos desnudos, para aplastar los mosquitos que les picaban, mostraban á las claras que todos ellos velaban en silencio, y soñaban despiertos: éste, con algunas semanas de bacanal en Zea ó en Anorí, al terminarse el *veranco;* aquél, con pagar las deudas contraídas en el mal verano del año anterior; el de más allá, con agregar un pedazo de tierra á su pequeña heredad.

Yo tampoco dormía, tanto porque me agitaba el mismo espíritu de inquieta ambición, que parecía respirarse en el aire, como porque aun no me había hecho del todo á la costumbre de dormir casi á la pampa, entre los brazos de aquella naturaleza brutal y abrumadora. Las altísimas montañas que allí encierran el río, parecían muros verticales de una negrura incomparable, y tan próximos, que yo imaginaba poder alcanzarlos con las manos, y que apenas dejaban ver, entre sus cimas dentelladas por las copas de árboles colosales, un reducido espacio del firmamento gris, estrellado. Millares de insectos, centenares de reptiles y algunas aves nocturnas formaban un concierto de voces estridentes y monótonas, desemejantes á las de todos los animales diurnos, y que en vez de llevar á mi espíritu la noción de las innumerables vidas que lo producían, le imprimía un sentimiento de melancólica soledad. Más lejos el río, con su incesante rugir, parecía lanzar una amenaza perpetua; en tanto que el calor sofocante que se alzaba del fondo del valle se me antojaba ser el aliento envenenado de la lujuriante vegetación.

Uno de los mineros, que conocía mi afición á las consejas populares y al lenguaje pintoresco é hiperbólico en que suelen ser narradas, y que sin duda deseaba disipar la fatiga mental que produce el largo insomnio, pidió un cuento á la cocinera, cuyo mal tabaco chisporroteaba entre la jaula de macanas, construída por pudor y por un exceso de prudencia. Ella también velaba, viendo brillar en las tinieblas las *pintas* de las *catcadas* que cada minero tenía obligación de lavarle semanalmente.

Yo apoyé de grado la solicitud, pues bien deseaba cambiar los pensamientos graves y excitantes que me traían congestionado el cerebro, por algo vulgar y lenitivo.

—Qué sé yo de esos embelecos,—respondió la vieja—si ya yo no estoy buena sinó pa encomendarme á Dios.

—Cuéntenos aunque sea un cachito cortico.

—Menos! Esos cachos que son tan verdes! El Señor me favorezca!.....Para que no piensen que son miñocos míos,

les contaré un caso que estaba recordando en el momento, al ver que de media noche pa adelante es día domingo; y que yá vustedes están loquitos por irsen á trabajar.

—Cuente lo que quiera, ña Chepa.

—Bueno; pero tengan entendido que esto no es cuento, sino la purísima verdá.....Vustedes recordarán cuando se rompió, hace cinco años, el oral grande, aquí abajito en la Culebrera; por más señas que cayó una gallinazada de gente de todas partes, que esa ladera parecía el Juicio Final: hasta los bajeros (1) pusieron su zambuiga cerquita de la de nosotros. Vusté, que estuvo allá, se acordará, ño Basilio.

—Jesú, niña, pué cómo no me he de acoddad—contestó una voz de viejo, con acento zaragozano.

—Pues como les iba contando,—continuó la vieja—el oro estaba choto, prencipalmente en nuestro zambullidero: la menos pinta que cateábamos era como lengua de perro cansao; y desde que se sacaba la batea de entre la agua, amarillaba el oro qui ni manzanilla. En esos juegos de dao rumbaban los trapos de oro sobre las ruanas....Yo estaba allá con el dijunto Antolino, mi marido, que quizás el patrón lo conoció.....

—No, ña Chepa, no lo conocí.

—El era descolorido, ojigateao, porrongo él, y bastante peliador; pero eso sí, ai sí era onde estaba botada la sagacidá pa buscar el oro; parecía hasta ayudao: cuando no lo había en un cabezón, como que lo hacía de arenitas. Ahora, pa zambullir, no digan nada; era que no tenía hígados.....

—¿Pero qué hubo del caso que nos iba á contar?—dije yo, interrumpiendo la apología de Antonino, que llevaba trazas de prolongarse.

—Pues ya verán vustedes, que apenas hacía dos semanas que estábamos sacando oro, cuando llegó el día de mi Señora de la Candelaria. Muy de mañanita tenía yá en una batea todas las arepas pal día, pues me levanté á media noche; y desde antes de amanecer oí la bulla de los bajeros, que ya estaban zambullendo...Nos bogámos el chocolatico, porque cuando uno está sacando oro no le hacen ni ganas de comer; y nos fuímos todos en partida pal río, pues la noche antes no se había podido cuartear, asuntao á que el confiscao echó una buchada. Yo tenía mucha gana de que siguiera la saca ese día, pa que sinó la verdá; pero siempre le dije en el camino al dijunto Antolino: "No zambuigás vos; mirá que hoy es un día muy grande, y te puede suceder algún acontecimiento". Fue como si le hubiera dicho: "Zambullí!":

(1) En el Norte de Antioquia llaman *Bajeros* á los habitantes de las laderas del Cauca y del Nechí, de Cáceres y Zaragoza, respectivamente, para abajo. Aunque administrativamente muchos de ellos son considerados como antioqueños, sus costumbres, su lenguaje y su carácter los identifican con los habitantes del Magdalena y de la Costa Atlántica.

el primero que se aventó al río fue él. A poquitico se vio remoliniar la agua; y cuando hizo vela pa arriba, gritaron todos: "Cójanlo que se ahoga!" Con miles bregas lo sacaron; pero estaba desconocible: había perdido la pronuncia, y tenía el pelo parao, y los ojos como volaos. Por fin le volvimos el sentido, con unas fletaciones de aguardiente, y nos contó lo que le había sucedido. Izque á no más cayó al plan, y se tendió boca abajo, apretando bien la batea con el pecho contra la barranca de cinta, pa poder tumbar con las dos manos....pero vustedes saben mejor cómo es que arrancan la mina entre la agua....

—Sí, ña Chepa, siga con la historia.

—Pues, señor, apenas extendió las manos pa empezar á tumbar cinta, cuando tocó una cosa que parecía un palo podrido. Le echó mano pa apartalo; pero él que jala y el palo que jala más; hasta que se le soltó. Cuando en ésas siente que lo encuellan, y alcanza á columbrar un bulto negro, mismamente el enemigo malo; y ai fue onde perdió el sentido. Que el Patas tenía las uñas largas lo pudiera jurar yo, á según los aruñetazos que le vi al dijunto Antolino, con estos ojos que se ha de comer la tierra; y si no, ai está ño Basilio, que no me dejará mentir.

El negro dio un gruñido afirmativo; y yo, para cortar las eternas digresiones de la vieja, me apresuré á decirle:

—Bueno, ña Chepa, y los otros que zabulleron encontraron también al Diablo?

—Pues ya verá....Con el acontecimiento, esa playa se volvió una faruca: unos decían que seguían zambullendo; otros, que no los dejaban. En ésas estábamos, cuando empezó á ensuciarse el río y á bajar espumitas; y lo particular es que no se habían visto ni señas de invierno: antes habían estado haciendo en esa playa unos bochornos, que se ponía el cristiano oliendo á yesca. A poco, yá bajaron hojas y chamizas; y la agua pa arriba. Al ratico, empezó á bajar madera gruesa, y se emborrachó ese río, que daba hasta flato verlo. Todos pensámos que esa creciente era la *jedionda* (1); pero no señor, resultó ser la *barrendera;* y fue pa yá que bajó, hilado por todo el cordón un palo de abarcadura que patarribió el *caballo;* no se oyó sinó el traquido; y el río se lo llevó enterito, como si fuera una pluma. Adiós! oro de la Culebrera, y de todos esos veraneos; porque en todos estaban trabajando en día de fiesta! Con la Virgen de la Candelaria no hay Amelias: no nos valió mandarle una misa cantada y tres castellanos de oro al Cristo de Zaragoza!....Pero lo que yo no puedo convenir es que hubiera habido cristianos que, después de un castigo tan patente de mi

(1) La primera avenida fuerte del Porce, al acercarse el fin de la estación seca, es excepcionalmente fétida, pero generalmente no interrumpe los *veraneos*.

Dios, y de perderse una suerte tan bonita, se pusieron á echar balsos, con linternas de calaveras pintadas, y con boletas pa los que estaban más abajo, diciéndoles que desocuparan pronto, que el río reclamaba sus laderas. Siempre será el aguardiente que les ayuda. . . ! .

—¿ Y en qué paró ño Antolino ?—preguntó, con voz no muy firme, un muchacho de Belmira, primerizo en los veraneos del Porce.

—Cállese la boca ! Si eso fue lo peor de todo ! Yo siempre creo que lo que lo agarró no fue el Diablo, sinó algún dijunto ; porque en lugar de ganarle fiebre y calor alto, lo que le cayó fue un hielo y un pasmo, que desde esa misma noche se puso de no apagarle vela. Yo le acudí con coladitas, con calditos de cogote, con sustancias de gallina vieja ; yo le hice toda clase de medecinas calientes : que yá sahumerios de bagazo ; que yá bebidas de bretónica y de ruda de castilla ; pero ¿ pa qué ? Cuando lo saqué á Zea estaba que se sentaba si lo sentaban ; y pa echarle de comer había que abrirle la boca con el cabo del molenillo. Todo el oro que habíamos sacado lo gasté en la enfermedá ; y con el último castellano pagué el entierro. Lo que fue yo, quedé de jíquera.

Cuando la vieja terminó su relato, dio su estridente llamada el *despertador*, que había sido puesto en las doce. Yo me incorporé en mi cama de palos, que sólo se diferenciaba de las otras en su posición aislada, pues en aquellas luchas del trabajo, que pasan ignoradas en el fondo de nuestros hondos valles, reina la más completa democracia. Llamé á los mineros para el *segundo cuarto*, que yo debía asistir personalmente ; pero, contra todas mis previsiones, ninguno se movió. Era claro que la historia de Antonino había producido el efecto deseado por la narradora, y que aquel día no tendríamos trabajo. ¿ Quién hará trabajar á un antioqueño contra su voluntad ?

Poco después vi salir del rancho el bulto negro de un hombre alto, delgado, con largos brazos, que pendían lánguidamente. Salí tras él, para averiguar quién era, y para ir á informarme del resultado del *primer cuarto*. Era Basilio, el zaragozano, llamado, por antonomasia, *el Bajero* en nuestro campamento.

—Hombre, Basilio,–le dije–á ti no te da miedo de que te lleve el Diablo, zabullendo en día de fiesta ?

—Jesú, pue qué me va á dá, cascajo ! Si yo fuí er Diablo que engañotó á ño Antolino, cascajo !

—Cómo así, Basilio ?

—Pue, señó, que mi escalbadero etaba colgao de arena, cascajo ! y yo metí travesía pol debajo de agua, cascajo ! pa cojé una cateá en er de los *arribeños*, cascajo; cuando llega er

mardito lanúo (1) y me aguanta de una canilla, cascajo! y si no lo encuello, me joga, cascajo!

No pude contener la risa, al ver la cándida imprudencia con que el *Bajero* se declaraba autor de la muerte de Antonino; y como me detuviera, para encender mi linterna, el bellaco del negro echó á andar adelante, cantando, á voz en cuello, el viejo cantar popular:

Dicen que yo soy el Diablo,
Yo no soy el Diablo, nó!
Yo me confieso en Remedios
Y oigo misa en Yolombó.

Junio de 1898.

TULIO OSPINA.

LA PLANTA ELECTRICA

DE MEDELLÍN.

HAY muchas gentes que piensan que en estos países de escasa civilización material, no puede realizarse ninguna mejora trascendental, sino echándose en brazos de extranjeros, en contratos que salen á la Punchard. Tal persuasión va costándonos lo suficientemente cara para que empecemos á preguntarnos si será verdad que, asociando prudentemente nuestros recursos, pecuniarios y personales, no tenemos bastantes probabilidades de buen éxito en empresas de cierta cuantía, superior á los recursos aislados de nuestras individualidades. Y como el éxito favorable de la *Compañía Antioqueña de Instalaciones Eléctricas* parece ser un motivo para animar á cuantos se sientan confiados en los propios medios de acción, quizá sea útil hacer conocer la historia de la Empresa, y la Planta misma. La historia de la Compañía puede servir para mostrar á otras, que probablemente se formarán en condiciones análogas, los desaciertos habidos en ésta, como en toda empresa nueva; la descripción de la Planta y sus accesorios, responderá á un fin de vulgarización científica del ramo de los conocimientos eléctricos, tan ignorados entre nosotros.

(1) Los *Bajeros* llaman *lanudos* á los *Arribeños*, ó habitantes de las cordilleras, por ser éstos barbudos y velludos.

Medellín ha debido tener una instalación eléctrica, para luz y fuerza motriz, hace ya bastantes años, por dos razones perentorias: tiene con qué pagar tan útil obra; y está excepcionalmente bien colocada al pie de grandes caídas de agua, propias para una instalación de esta clase. No es excusable que mientras ciudades de menos importancia se alumbran en la República con luz eléctrica, Medellín siga con sus faroles de petróleo.

En dos ocasiones, al menos, hubo conatos de contrato para montar una Planta eléctrica, y por fortuna, aquello no tuvo realización. Y digo por fortuna, porque si alguno de aquellos contratos hubiera tenido efecto, hoy quizá estaría el monopolio eléctrico en manos de extranjeros, y á cambio de plantas minúsculas, el Distrito tendría el dogal *Punchard* al cuello por años y años. Hallada la forma de contrato apetecida, cada entidad de las tres que figuran en la Compañía tiene motivos para estar satisfecha, y el patriotismo puede alabarse de una obra bien ejecutada.

Para zanjar las dos grandes dificultades que presentaba la Empresa, á saber, la consecusión de un capital y una administración adecuados, se acudió á este expediente: formar tres grupos iguales entre los cuales se colectarían los fondos de la Empresa por terceras partes, y confiar el manejo de la Compañía al grupo formado por los particulares, que es el que da mayores garantías de acierto. A esto equivale la distribución de las 10,000 acciones de la Compañía, dando al Departamento y al Distrito de á 3,333 á cada uno, pero limitando los votos á 800, como máximo. Los particulares pueden así llevar la iniciativa en las Asambleas, con sólo sus 3,334 votos.

Esta disposición es la clave de la existencia de la Compañía, porque las exigencias de la política banderiza son el peor enemigo que pueda tener una empresa cuyos empleos hayan de ser provistos por quien tenga que pagar á los suyos servicios de partido. Y aquí cabe parodiar al sublime manchego diciendo: "Non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante que el mío non es de ál que de serviros." Esto es una simple verdad que nuestra vida política ha comprobado á saciedad, entre tirios y troyanos, y ya que tan cara nos cuesta, recordémosla al menos, y aprovechémosla oportunamente.

Decía, pues, que la garantía de tener una administración independiente de las alternativas políticas ha hecho gran papel en la Compañía, la que ciertamente no habría logrado el concurso privado sin la juiciosa cesión de la administración á que tenían derecho las entidades públicas, según el número de acciones que suscribieron. Hay quienes ven en este feliz acierto, el fruto de la labor de la Junta Directiva del Ferrocarril de Antioquia, empresa que debe su prosperidad á estar administrada

á distancia de los intereses políticos, y por personas competentes. Sería casi impertinencia recalcar sobre cosas tan claras, si no fuera que hay algunos que todavía no aprecian en lo que valen estas cosas *dadas por el Cabildo* de la dura experiencia; ahí están las sesiones de la Honorable Asamblea, que me sacarán verdadero.

El capital de la Compañía se fijó en $ 250,000 papel, como mínimo. Los presupuestos eran juiciosos, y la suma citada habría bastado si no se hubiera notado, al hacer los estudios preliminares, que había recursos, en aguas y caídas, para una planta más capaz que la contratada, y que, á la larga, úna más grande sería no sólo más barata sino también de más pingües rendimientos que una chica. Con los $ 250,000 se habría podido tener una planta capaz de los 150 focos de arco contratados y algunos cientos de lámparas incandescentes para el uso particular; pero en una planta chica se habría inutilizado la espléndida caída de 200 metros que ofrece la localidad. Para la planta contratada, habría bastado un acueducto de 1,500 metros de longitud y aparatos de mucho menos peso que los actuales, más baratos y en menor número. Mas una planta chica colocada en la parte baja del terreno, obligaría á colocar otra, chica también, más arriba, para aprovechar el resto de la caída del agua, y la operación saldría dispendiosa en todo sentido.

Contando con la prosperidad, visiblemente creciente, de la ciudad, se quiso poner una planta de recursos elásticos hasta donde fuera posible; y al efecto se tomó el agua del riachuelo Santaelena en Bocaná, y se eligió para la colocación del edificio de la maquinaria un punto que se halló á 200 metros verticales más abajo. El día en que convenga, se podrá aprovechar la fuerza del agua desde Bocaná para arriba, con un nuevo edificio al pie del Salto, y una maquinaria relacionada con la estación actual.

Desde el punto en que se hizo la represa para echar el agua del Santaelena hasta el en que empieza la tubería, el agua va por una zanja de unos 80 centímetros de ancha por otros tantos de honda, costeando las faldas para no tener pérdida inútil de declive. Se le puso de desnivel uno y medio por mil, término medio, y en verdad que habría bastado menor caída. El efecto de perspectiva producido por las profundas hondonadas del terreno, hace aparecer el acueducto con declive ascendente en vez del que debe tener, á tal punto que el que lo trazó tuvo que aguantar meses enteros las *indirectas* de los niveladores *á ojo*, que preguntaban si aquella agua tendría que correr falda arriba. Al fin, un día llegó en que al soltar la tupia se vio que el nivel Gurley tenía razón contra la perspectiva visual, y que el agua iba zanja abajo á buscar la estrecha cárcel de los tubos.

Y se ganó una batalla, aunque no tan completa como habría deseado quien la peleó: la de economizar la pendiente para tener mayor fuerza en las máquinas, y, por ende, mayores entradas pecuniarias para la Empresa. Ya dije que habría bastado dar al acueducto menor desnivel; y para el que quiera aprovechar la experiencia adquirida, le indico que con un promedio de medio metro en kilómetro queda bien un acueducto en nuestras montañas.

El largo total de la acequia resulta de unos 4,000 metros, que salen costando como $ 55,000 en conjunto. El mayor costo relativo se hizo en tres túneles de unos 270 metros, extensión que hubo que revestir de bóveda de ladrillo, y en el paso de una garganta rocallosa en el punto de *La Castro*. El resto del acueducto cuesta menos, proporcionalmente, pero como menos estable, dará mayores gastos de sostenimiento.

En obsequio de los no iniciados en asuntos mecánicos, vaya una digresión destinada á dar idea de los efectos de una caída de 400 litros de agua por segundo desde 200 metros de altura.

Supogámosnos en el nivel del acueducto, en el sitio más alto á que puede llegar la tubería por donde bajará el agua á la rueda Pelton, y que aplomo debajo de nosotros están las máquinas, 200 metros más bajas. Si de arriba hacia abajo hay un tubo vertical por donde caiga el agua, aquélla golpeará sobre el fondo del tubo en proporción de la cantidad que le caiga, y de la altura de donde cae. En nuestro caso, el fondo resiste la fuerza que le hacen 400 litros de agua cayendo desde 200 metros de altura, y como cada litro de agua pesa dos libras, será como si recibiera el choque de 32 arrobas á cada instante desde una altura de 200 metros.

Pues tál es el esfuerzo que han de recibir las paletas de una rueda que apare el chorro de que tratamos. Cuando la altura de donde desciende el agua es más grande que en nuestro caso, se producen efectos muy curiosos en los chorros que saltan del agua fuertemente comprimida, tales como el poder de taladrar con el chorro cuerpos duros, y la rigidez de la vena líquida, que no se deja cortar ni con cuchillo.

Llaman kilográmetro la medida de fuerza necesaria para levantar un kilogramo á un metro de altura en un segundo de tiempo. La suma de 75 de estas unidades la llaman *caballo-vapor*, y computan la fuerza de las máquinas en *caballos*, es decir, en unidades mecánicas de á 75 kilográmetros.

Los 400 litros de agua, cayendo de un metro de altura, producirían un efecto equivalente á $\frac{400}{75}$, ó sea á cinco y tercio caballos; doscientas veces esta cantidad, asciende á $\frac{400 \times 200}{75} = 1066$ caballos, que sería la fuerza total producida, sino hubiera rebajas debidas á las pérdidas por frotamientos.

El trabajo que puede hacerse con un caballo-vapor se estima diferentemente, según los casos; equivale, según unos, al que podrían ejecutar tres caballos comunes, de gran talla, ó á la labor mecánica de veinte hombres. Sea como fuere, es lo cierto que un caballo-vapor efectivo, puede pagarse entre nosotros á peso papel por cada día de diez horas de trabajo, con evidente ventaja para el comprador. Por el mismo dinero no se obtiene igual esfuerzo ni empleando animales, ni á brazo de hombre.

Según esto, los cinco caballos que con nuestros 400 litros produce cada metro de desnivel, pueden producir, convertidos en energía mecánica ó en luz, un valor de unos $ 10 diarios, ó sea $ 240 al mes, lo que equivale al interés de $ 24,000 al uno por ciento mensual. De aquí la conveniencia de economizar hasta las pulgadas de caída al tratarse de una planta importante.

La Planta actual no utiliza todos sus recursos, sino sólo los que necesita para obtener 150 focos de arco de á 1,250 bujías, y 2,500 lámparas incandescentes de á 16 bujías para el alumbrado privado. Más tarde, cuando las necesidades lo requieran, aprovechará toda la caída disponible y el total del agua. Hoy las máquinas sólo consumen unos 380 caballos, menos de la mitad de la fuerza que puede obtenerse.

Al hacer el pedido de la maquinaria se partió de la base de que había que separar las aguas de *La Castro* de las de Santaelena. Esta condición, que luégo quedó innecesaria, costó á la Compañía no menos de $ 5,000 oro, en pago de un duplicado de rueda Pelton y tubería de que no se hace uso. Un día ú otro, ese dinero se recobrará, por la venta de la rueda, más no así el que costó otro error de apreciación, en que se pagó el aprendizaje, y que conviene señalar para que otras compañías lo eviten.

Como se nos ha propuesto que sin hablar gabacho no se acierta en nada en ciertas obras, dimos en que era preciso hacer venir los ingenieros extranjeros desde un principio, para que dijeran dónde y cómo se construían los edificios para las máquinas. Quiso, además, la mala estrella que se diera con unos comisionistas que....ténte, pluma!—despacharan las cargas á los seis meses de recibidas, y eso gracias al envío de agente especial. De aquí que el ingeniero electricista y el hidráulico, vinieran á Medellín á cruzarse de brazos largo tiempo, mientras la maquinaria dormía en Cartagena. Y como cada uno de aquellos caballeros tenía su contrato en que constaba que venía á determinado trabajo, no á lo que se quisiera ponerlo á hacer, hubo que acudir á los antioqueños al cabo de las mil y quinientas, para que se encargaran de los trabajos de ingeniería corriente. Si desde un principio se hubiera pensado en esto, y hu-

biera habido alguien á quien se hubiese encargado que siguiera un plan meditado, los edificios habrían estado más pronto y mejor colocados, no como ahora en que hay ángulo agudo entre el eje de la galería de las máquinas y la dirección general de la tubería.

No es esto hacer cargos á nadie, sino decir que se pagó el aprendizaje. Supongo que las cosas pasarían así: el Alcalde señaló por donde iba la calle, el albañil abrió las zanjas para cimientos donde le señalaron, y nadie pensó en fijarse en cómo vendría la tubería, porque á nadie se había encargado de que cuidara del conjunto.

Para que no quede títere con cabeza, mientras me descabezan á mí por metido en todo, he de hacer la crítica del contrato de la Empresa en lo relativo al tiempo otorgado para la instalación de la Planta, y á la calidad del alumbrado público pedido á la Compañía.

Los dos años concedidos para el montaje bastaban para la instalación, si no se atraviesan los comisionistas de marras, con sus sempiternas embusteras promesas. Pero con este plazo habrá siempre que hacer el enorme disparate que hicimos: pedir la maquinaria al primero que ofrezca venderla, y pagarle lo que pida por ella. Si la Junta Directiva abre concurso y se pone en situación de escoger acertadamente, dando la preferencia á la casa que la merezca, el montaje no estaría á los dos años de firmado el contrato, sino mediando circunstancias muy favorables. Porque mientras van los planos y las especificaciones, y las fábricas extranjeras mandan proyectos y presupuestos, y la Junta estudia propuestas, y comunica sus observaciones, pasa bastante agua por debajo de los puentes.

Los 150 focos de arco de á 1,250 bujías para alumbrado público, y su colocación á foco por esquina, me recuerdan un rasgo de determinación del trazado de un ferrocarril ruso.

Era, me supongo, una sesión de altos dignatarios, destinada á discutir las condiciones de una vía férrea del Imperio moscovita. El ingeniero contratado asiste, pronto á suministrar su concurso de hombre de ciencia, á fin de que la vía quede buena y barata. Después de que, previa excitación del autócrata, cada cual ha dado su parecer, el Zar pide la carta del Imperio, toma la pluma, señala en el mapa, y dice: *por aquí*. El ingeniero se inclina, y el ferrocarril se hace pasando por donde señaló el trazo imperial.

Así de la determinación de la cantidad de luz, y de su distribución, para alumbrar esta pacífica villa.

Dos casos se presentan al estudiar el proyecto de alumbrado eléctrico de una población, según que se disponga de la ca-

pacidad de la planta, ó que se trate de crear planta suficientemente capaz para una población dada.

En el caso en que se tiene la cantidad de luz, se hace la distribución de la manera más conveniente, economizándola hasta donde es posible, á fin de que alcance á cubrir el area total por alumbrar.

Cuando se puede tener toda la luz que se necesite, se calcula la distancia de los focos, la altura á que han de colocarse, la intensidad que han de tener, etc., etc., para que cada sitio tenga la cantidad de luz ápetecida; y se da á la planta una capacidad mínima que alcance para todo.

Como un parque requiere condiciones de alumbrado diferentes de las de una calle, y las calles más concurridas deben quedar más claras que las callejuelas, es natural que no todos los focos tengan una misma intensidad, ni sean colocados á cualesquiera distancias, y á alturas caprichosas sobre el suelo.

¿Quién ha previsto, v. g., si las esferas luminosas de los focos de nuestros parques van á dejar sobre el suelo fajas oscuras? ¿Quién garantiza que haya suficiente luz en parques y calles?

Pues, sin mucho riesgo de quedar mal, puede anunciarse que el alumbrado será escaso en Medellín. En un proyecto de alumbrado que discute L. Vigreux para una población de 20,000 habitantes destina 500 caballos para producir luz suficiente, mientras aquí tenemos 380 para alumbrado público y privado, por lo pronto. Y sin embargo, ahí sobra á la Compañía *la mar* de luz.

Ya que la empresa es casi íntegramente del Distrito y del Departamento, bien hubiera estado consultar á tiempo á algún F. Gómez, que calculara cuánta luz se requería, y cómo había de distribuírse, y pedir ese alumbrado á la Compañía, en cambio de la suma mensual que se le paga, y las otras gangas que tiene.

Se dirá que más fácil que meterse en tantos dibujos es echar á foco por esquina....Eso mismo pensaba en su caso el Zar de marras, me figuro, cuando trazó su rasgo sobre el mapa, lo que tampoco es mucho acertar, que digamos, en el manejo de asuntos serios.

Y para que se vea que en todas partes se cuecen habas, y volviendo á la instalación, señalaré un defecto muy visible en la colocación de las máquinas, consistente en que todas las correas tiran de un mismo lado del eje principal. No ha habido quien apunte en abono de tan extraño montaje otra razón sino la de que así consta en los planos enviados por la casa fabricante.

Esto, por supuesto, es una razón tan poderosa como la que habría habido para colocar, sin remacharlos, unos tubos que vinieron con costuras longitudinales por entre las cuales cabía el dedo meñique, y que habrían dejado escapar *la mar* de agua, sólo porque así los enviaron los *místeres*.

Y á propósito de cierre de los tubos, haré constar con suma complacencia, que la remachada se ejecutó por obreros del país á maravilla, mucho mejor de lo que se prometía el ingeniero hidráulico enviado por la casa Pelton. Este señor hablaba de

que habría que echar en el tanque serrín de madera para tapar las salidas que era de creerse quedaran en la remachada de los tubos, y el hecho es que los tales tubos no se salen por ninguna parte.

La remachada de los tubos fue obra verdaderamente laboriosa, que consistió en unir, unos á otros, 420 tubos de 24 pulgadas de diámetro, metro y medio de largo y hasta medio centímetro de grueso en la lámina. Cada tubo lleva cosa de 80 re-

maches en la juntura con el vecino, y gran parte de aquellos remaches se amartillaron estando al rojo.

Dejemos los tubos y bajemos á la rueda motora, que es de hierro fundido, de unos 4 pies de diámetro. En la superficie de la rueda, en vez de los cajones que tienen las ruedas de los trapiches que todos conocemos, tiene ésta unas como cajitas abiertas, de hierro, aseguradas firmemente á la llanta, y en ellas recibe el choque del agua. El rasgo típico, y lo que hace el mérito de la invención de esta clase de ruedas, está en que el chorro, que sale recogido por una boquilla angosta, pega á cada cajita en la dirección más favorable para producir movimiento, es decir, en la dirección de la tangente á la circunferencia en aquel punto. Cualquiera puede notar fácilmente al voltear una rueda, que sólo en determinada dirección se aprovecha convenientemente el esfuerzo muscular; y de este hecho se apoderó un observador atento para crear una rueda que ha hecho una revolución en la industria. Por supuesto, aquella idea debió producir dinero al inventor, mediante alguna patente, como es de uso en todas partes, si no es que otro le hubiera salido al paso de muy original manera, como pretende una versión que oí, pero de cuya veracidad no respondo.

Es el caso que el inventor original, *tupido* algún tanto al calcular las consecuencias de su hallazgo, no se fijó, al pedir su patente, sino en la condición de tangencia del chorro, y lo echó á la rueda por la parte de arriba. Apenas se conoció el busilis de la cosa, cuando otro, más listo, se fijó en que haciendo llegar el chorro por la parte de abajo, se ganaba en todo caso una caída igual al diámetro de la rueda. Pedir una nueva patente de mejora, y anular de un golpe la original, fue todo uno. Y aquí, lector, "si dijerdes ser comento, como me lo contaron te lo cuento."

La rueda lleva un adminículo llamado regulador, tan útil como curioso. Parece un animal vivo, cuya tarea fuera estar reparando si por la boquilla pasa más agua de la precisa, para cerrar un poco la salida; ó si está pasando algo menos de la que las máquinas requieren, para agrandar el orificio de la boquilla. Consiste el tal regulador, idea del insigne Watt, en un par de pelotas metálicas que cuelgan á uno y otro lado de un eje vertical que las pone en movimiento. El movimiento giratorio aparta las esferas del eje, más ó menos, según la rapidez con que se haga; y aquel subir ó bajar de las esferas hace mover unas palancas que obran sobre el orificio de salida del agua, automáticamente, como dicen los mecánicos. Da gusto ver como aquella maquinita agarra ó suelta yá uno, yá varios dientes de un engranaje, cual si supiera lo que está haciendo.

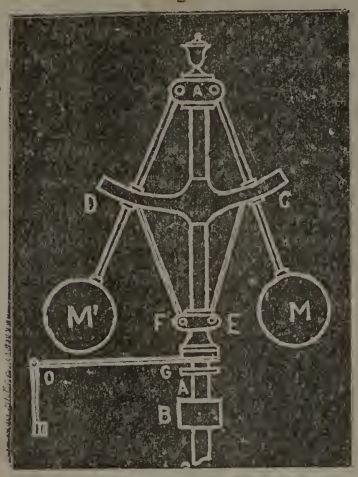


Fig. 1. Tomada de la Mecánica de los Hermanos Cristianos.

A A', eje vertical, con movimiento rotatorio.

A C, *A D*, varillas articuladas en *A*, con movimiento de subida ó descenso.

M, *M'*, esferas pesadas unidas á *A C*, *A D*, en los extremos, y que giran alrededor de *A A'*.

C E, *F D*, varillas articuladas en *C*, *D*, unidas á un collar *E F*, que sube ó baja á lo largo de *A A'*, según el ascenso ó descenso de las masas *M*, *M'*.

G O H, palanca con codo, cuya acción abre ó cierra más ó menos el orificio de salida del agua.

El regulador de que se habla, hace un papel muy importante en una instalación eléctrica, porque de la constancia de la rapidez con que se mueven las máquinas, dependen muy especialmente las buenas condiciones de la luz eléctrica. El eje principal debe moverse á 420 vueltas por minuto en la maquinaria de esta Planta, para tener unas 920 revoluciones en los dinamos.

Al eje de la rueda Pelton, que es el eje principal de la maquinaria, de unas 4 pulgadas de diámetro, van adheridas poleas que comunican el movimiento á las máquinas eléctricas, ó sea dinamos, que son los que producen la luz y la fuerza que la Empresa alquilará al público, con provecho propio y social.

Mentar un *dinamo* es la cosa más fácil del mundo; lo que es indudablemente difícil, es lograr comprender con alguna perfección la clase de máquina capaz de hacer tántas cosas que parecen de brujería, como las que se hacen con la electricidad. Como esto no se escribe para que ningún F. Gómez, se entretenga revisando integrales, no pida nadie gollerías de precisión, y conténtese cada cual con lo que buenamente logre ahora decir, cogiendo el asunto *ab ovo*, como es de razón en quien se dirige á oyentes no iniciados ni en algo ni en mucho.

Ló primero será que conste que un dinamo es una *máquina*, es decir un conjunto de cuerpos destinados á trasmitir la acción de las fuerzas.

Una rueda de agua es máquina que trasmite la fuerza que tiene el agua al caer, y la lleva, v. g., á los cilindros en que se exprime la caña. Una máquina de costura trasmite el esfuerzo

del pie á la aguja, y la hace subir y bajar enhebrada, con movimientos alternativos, para unir las telas. Y así en todas las máquinas, siempre el mismo cuento de trasmitir una fuerza convenientemente para tener algún trabajo útil.

Pues un dinamo es una máquina especialísima, que *se traga* la fuerza que se le echa, la digiere de modo maravilloso, y la vuelve luégo convertida en luz, en calor, en imanación ó atracciones, como se le pida.

Para llegar á construír un dinamo, el ingenio humano ha gastado siglos de labor paciente y realizado prodigios de penetración.

Yá en el año 600, antes de la éra cristiana, era conocida la propiedad del ámbar (*eléctrum*) de atraer las barbas de pluma y cuerpos livianos cuando se le frotaba con fuerza. Era aquel fenómeno una cosa misteriosa, algo así como es hoy para nosotros el sueño hipnótico, el acierto de la horquilla con que algunos descubren fuentes ocultas, y cosas semejantes, que quizá lleguen á ser puntos de partida de ciencias del porvenir.

Hay que dar un salto de más de veinte siglos para salir de la mera repetición automática del fenómeno del ámbar, y dar un paso hacia el conocimiento de la ley física. Fue Gilbert el que en el siglo XVI suspendió una aguja liviana, de modo que pudiera moverse al arrimarla á cuerpos frotados. Y se supo, con aquel sensible instrumento, que fuera del ámbar había varios otros cuerpos que también atraían, al frotarlos, cositas livianas. Aquella aguja suspendida fue el primer aparato eléctrico, y con ella se averiguó una cosa: que hay cuerpos que no se electrizan.

Esta averiguación fue por entonces un hecho científico adquirido, como lo son, v. g., hoy día, algunas teorías geológicas que oponen á la Biblia ciertas gentes, que, como decía otro, "*Savent tout et encore d' autres petites choses.*"

Andando los tiempos, y haciendo experimentos con esferas de azufre enormes, atravesadas por un eje que las hacía girar para poderlas frotar fuertemente, se ocurrió tantear los cuerpos aquellos que *no se electrizaban*, manejándolos sin agarrarlos con las manos, sino con mangos aisladores.

Tableau! Todos los cuerpos resultaron electrizables! No había tal diferencia entre unos y otros cuerpos, y todos podían adquirir la propiedad del ámbar. Era que la quisicosa aquélla que atraía las pajitas, se conservaba, sin propagarse, en unos cuerpos; y se perdía, derramándose, cuando caía en otros. Así, se volvió atrás en la clasificación de los cuerpos, y en vez de repartirlos en electrizables y no electrizables, se les distribuyó en dos grupos: los conductores, como los metales, y los no conductores, como el azufre, el vidrio, la seda.

La gran ciencia que llena el mundo industrial de sus aplicaciones maravillosas, estaba entonces haciendo pinicos, y se había ido de bruces. Vino la niñera, digo la experimentación atenta y perspicaz, levantó cariñosamente á su mimada, que siguió creciendo en hermosura y promesas de fecundidad para el porvenir.

¡Aquí de mis geólogos, paleontologistas, y tántos genios del saber hondo y oscuro! ¡Quién me diera que se fijaran un poquito en que ante la ciencia divina, queda perpetuamente toda ciencia haciendo pinicos, y que le está mal el apartarse demasiado de su niñera, la Fe, exponiéndose á caídas como las que ya registra la historia!

Mas volvamos á nuestro asunto de los cuerpos conductores y los no conductores. En cuerpos como el azufre, el vidrio, no conductores, la propiedad eléctrica se almacena, y no pasa de un extremo á otro del cuerpo sino á la larga y muy difícilmente. Una barra de vidrio de un metro de longitud, quedará electrizada en una punta, y enteramente inerte en la otra extremidad. No pasa así con un hilo metálico, en el que sucede que al electrizarlo en un sitio cualquiera, deja propagar el fluido rápidamente por todo el cuerpo. Este *paso* del fluido eléctrico por la superficie de los cuerpos es lo que llaman *corriente*, de la que vino á saberse algo por allá en el siglo XVIII.

Eso sí, todo fue averiguar esto, y empezaron los físicos á construír aparatos ingeniosísimos, y á hallar resultados sorprendentes.

Empezaron por arrimar una corriente á una aguja imanada, y al verla salirse de su dirección legendaria hacia el polo terrestre, supusieron que el magnetismo y la electricidad eran agentes de naturaleza semejante.

Y así resultó, en efecto, pues no faltó quienes mostraran que una corriente imanaba el hierro lo mismo que el contacto de un imán; y que los imanes producían también corrientes.

Desde entonces desapareció de la ciencia aquel misterio natural que abismaba la mente: la acción atractiva, á distancia, del imán sobre el hierro; y la dirección de la aguja imanada, que hallaba en el polo señuelo desconocido. Hoy no se dice que en el polo terrestre haya ninguna enorme masa imanada, que atraiga la aguja, sino que el sol, calentando la superficie terrestre en su movimiento diurno, produce una corriente que lleva dirección Este–Oeste, y que la aguja imanada tiende á ponerse en cruz con aquella dirección, por lo cual se orienta de Norte á Sur.

De la noción de las relaciones entre las corrientes y los imanes á las acciones de las corrientes entre sí, sólo había un paso, que dio Faraday en 1831, señalando los fenómenos de *in-*

ducción, es decir de las corrientes originadas en cuerpos conductores por otras corrientes próximas.

Y con esto basta para llegar á saber, poco más ó menos, lo que es un dinamo y cómo trabaja, pues ya hay idea de los dos elementos esenciales de que se componen estas máquinas: un imán ó *inductor*, y un conductor ó *inducido*.

¿Quién no conoce los imanes que usan para limpiar el oro, en forma de herradura alargada? Pues supóngase que en frente de cada punta del hierro encorvado hay una carreta que en vez de tener hilo de algodón envuelto, lleva arrollado un hilo de cobre forrado en seda. Si por un medio cualquiera se logra mover las carretas de modo que pasen sucesivamente frente á las puntas ó polos del imán, y se juntan los extremos de cada alambre, pasarán corrientes eléctricas por los alambres, producidas ó inducidas por el cambio de distancia de los imanes á los alambres. Esas corrientes pueden recogerse en un alambre separado del de las carretas ó bobinas, aumentarse, hacerse cambiar de dirección, trasladarse á distancia, y destinarse á gran número de usos.

A, *B*, imán en forma de herradura alargada. *A' B'*, espiral metálico enrollado en carrete y móvil al rededor de *O O'*. El movimiento de *A' B'* al rededor de *O O'*, frente á *A B*, engendra una corriente en el hilo, que imana el núcleo, si es de hierro.

Fig. 2. Tomada de la Física de M. J. Jamin.

Por supuesto que esto que se dice como explicación de lo que hay de esencial en los dinamos, toma en la práctica de los constructores de maquinaria eléctrica, una inmensa variedad de formas, y que no hay que ir á buscar en cada máquina la herradura alargada, ni la carreta. En todas hay inductor é inducido, y un movimiento de uno ú otro, ó ambos, que altera las distancias respectivas, y produce una corriente; pero las formas y colocación de los elementos primordiales cambian de mil maneras.

En las máquinas de la Planta, v. g., que son de la casa Thomson Houston, unas tienen inductor que se imana mediante una corriente obtenida en la misma máquina, por frotamiento, y otras imanan el suyo con una corriente que les viene de una maquinita chica que se ve al pie.

PLANTA ELÉCTRICA

GALERÍA DE LAS MÁQUINAS.

Una vez salida la corriente al alambre exterior, se lleva á las lámparas, ó á otros dinamos invertidos, que la vuelven á trasformar en movimiento, destinado á ser utilizado en los talleres, á grandes distancias si es preciso.

Siguiendo la corriente á través del alambre al separarse del dinamo, hay que distinguir el caso de llegada á una lámpara incandescente, del de llegada á una lámpara de arco.

En una lámpara incandescente, la corriente tiene que atravesar un hilo delgado de bambú carbonizado, que por lo delgado, y por ser mal conductor, se calienta hasta ponerse luminoso. No se consume rápidamente por estar entre una ampolleta de vidrio sin aire.

La corriente, al llegar á una lámpara de arco, penetra por uno de los carbones, le arranca en la punta innumerables partículas que saltan al carbón opuesto encendidas con luz vivísima, y pasa en ese flujo de menudísimas chispas que forman lo que llaman *arco*.

Siete son las máquinas montadas actualmente, unas para las lámparas de arco y otras para la luz incandescente. Con el tiempo, y cuando el pedido de luz ó de fuerza lo requieran, la Compañía montará más dinamos, hasta agotar el alcance de la caída total, capaz de unos 1.000 caballos nominales, como se dijo.

Es incalculable el beneficio que una población como Medellín, puede derivar de una Planta eléctrica tan capaz como la actual. La luz, que sale mucho más barata que la común, que no calienta ni corrompe el aire, aunque es lo que más ha llamado la atención entre nosotros, tiene menores resultados benéficos que el uso de la fuerza, fraccionada y abaratada hasta quedar al alcance de todos.

Para tener una potencia de unos tres ó cuatro caballos-vapor, suele requerirse en el caso común, ó una rueda de agua, ó una caldera de vapor. Para lograr la rueda hidráulica, hay que tener agua suficiente, con declive considerable, y espacio para colocarla, etc. etc., condiciones que no se hallan á la vuelta de cada esquina. La caldera no requiere menos condiciones, pues pide maquinista, combustible, etc.

Al revés pasan las cosas con la fuerza que proporciona una corriente eléctrica: por una pulgada de agujero le entran á cualquier prójimo un alambre á su cuarto, y en un rincón le acomodan un aparatico que, sin ruidos, sin polvo, sin más que voltear una palanquita, le suministra uno, dos, tres ó más caballos de fuerza.

Una comodidad semejante puede cambiar por completo la faz de una población, haciendo brotar industrias que, dando ocupación á innumerables brazos, traigan el bienestar á muchos hogares.

Esta es una de las faces más halagadoras del porvenir de la Planta medellinense, que, Dios mediante, será seguida de otras análogas en las poblaciones del Departamento en que hay comodidades para montarlas.

Una de las riquezas naturales más abundante en el territorio antioqueño, es la fuerza motriz que puede obtenerse de las corrientes de agua que bajan desde grandes alturas á hondonadas profundas. Las comodidades de todo género, propias para hacer fácil y amable la vida social, así como el bienestar general, preciso para vacar á las labores de la cultura intelectual y artística, dependen, en mucha parte, de que nuestros industriales aprecien en lo qne valen las inmensas fuerzas almacenadas por la naturaleza en las laderas de nuestras montañas.

El aprovechamiento mismo de estos recursos naturales, sería un estímulo para tántos jóvenes ingenieros, capaces, como los que más, de familiarizarse con los detalles de la ciencia eléctrica, y que hoy carecen de estímulo para perfeccionar estudios que sólo necesitan el sello de la práctica para ser perfectos.

El porvenir pecuniario de la Empresa no es menos halagador, por su lado, que el aspecto de interés social. El ingeniero Sr. Zapata y D. Gregorio Pérez, han calculado que las entradas probables de la Planta actual, sólo 386 caballos de fuerza, cubren todos los gastos de explotación y dejan una utilidad de más de $ 78,000 anuales. Esta suma asciende al 30 °/o de $ 250,000, y como á un 22 °/o anual del verdadero capital empleado, que es de $ 350,000. Quedan las eventualidades que hay de que en un porvenir próximo se aproveche mayor cantidad de la fuerza conseguida. Cada uno según su temperamento y su conocimiento de los recursos locales, valuará esta contingencia en más ó en menos. Yo, como optimista convencido, tengo por seguro que no pasarán diez años sin que se haya agotado íntegramente la capacidad de la Planta, y se aprecie lo que hacía el que disputó las pulgadas de caída al nivelar la acequia.

Junio 30.

***

Cuajaban yá las sombras de la tarde del 7 de Julio de 98. Apretada y nerviosa muchedumbre colmaba el Parque de Berrío, contando impaciente los instantes que acercaban la hora señalada para la inauguración de la Planta.

Los mil vagos murmullos de la multitud cesan de repente....Algo como un soplo de la región de lo desconocido pasa por sobre las cabezas de aquel pueblo, y una repentina claridad reemplaza á las tinieblas. Un inmenso clamoreo desahoga los

pechos comprimidos, y saluda la aparición de la corriente eléctrica.

Confundido entre aquella muchedumbre, me sentí sacudido cual si me hubiera atravesado la corriente. Con los ojos fijos en uno de aquellos fanales de limpia luz, que atraían mi vista cual el imán al hierro, dejé vagar mi fansasía calculando las consecuencias de aquella hora en el porvenir industrial de Antioquia. ¿Comprenderá este pueblo—Titán Laborador—que ha consumido su energía en lucha desigual con la naturaleza, la talla del nuevo instrumento que se le ofrece? ¿Cómo dudarlo en momentos en que aclamaciones atronadoras impiden oír el Himno de la Patria, tocado en honor del huésped maravilloso? Ni lo dudaré nunca! No sólo cuando se oye el Himno Nacional se tiene fe en los destinos de la Patria.

Julio 8.

J M. Escovar.

RESEÑA MENSUAL

(IMPRESIONES PERSONALÍSIMAS)

NO sé cómo pudiera empezar hoy mi traqueteado reseñar sin contar á los que han de sufrírmelo, al publiquito mío, que apareció yá la esperada novela de Samuel Velásquez—el que escribió *Madre!*— Acabo de leer *Al Pie del Ruiz*, y.....voy á empezar otra vez, pues estoy empeñado en desentrañarle los defectos—que ha de tenerlos—y en la primer lectura, el encanto y el interés del libro lo arrastran á uno al través de las páginas sin dejarle parar mientes en ál.....Pero quiero seguir aquella costumbre de los muchachos, tan razonable y filosófica, de guardar para lo último el bocado mejor, y hablaré de lo demás que ha ocurrido, antes de decir lo que pienso de *Al Pie del Ruiz*. Es tan dulce poder decir cosas agradables!

Fuera del libro de Velásquez, han llegado por acá: *Se Van....* por D. Enrique Alvarez Henao, un poemita con más sentimiento que poesía, y que ni en la forma ni en las ideas presenta facciones características que lo hagan recordar después de leído. *Las Cosas en su Punto*, por D. Lorenzo Marroquín: es un estudio sobre la cuestión religiosa en la política colombiana, escrito con bastantes datos y poca imparcialidad. *Validez de una Donación*, alegato ante la Corte Suprema por el Dr. Antonio J. Uribe. Como todo lo de Uribe—quien ya va siendo autoridad en Jurisprudencia—es un tra-

bajo de mucho trabajo. *Réplica Obligada*, por el Dr. Alejandro Mejía H., es un tomo más de la yá rica biblioteca que ha nacido del "*Asunto Vinos*", tema más escabroso que la misma política. Y.....eso como que es todo lo recibido.

***

En este mes hubo una fiesta que antes nunca había figurado en los calendarios feriales de Medellín. Ya sólo por inaudita licencia poética podrán nuestros vates medellinenses hablar de noches oscuras; pues desde el día 7 de este mes está la ciudad iluminada —y bien iluminada, que es lo curioso,—por la blanca y "*civilizada*" luz eléctrica. Si ha de juzgarse por el entusiasmo que el acontecimiento despertó, era cuestión de momento sumo, necesidad urbana de urgencia vital, el hacer bien visible y poner fuera de duda la soledad nocturna de las calles de nuestra curiosa y querida *Villa*. La luminosa inauguración se celebró con una cabalgata por las calles atestadas de gente, que bien pudo haber sido una famosa barbaridad. Fue como una evocación de las ya casi olvidadas *fiestas*, de sabrosa recordación. Antes y después de la fiesta, se ha desbarrado y se desbarra *ad náusea* sobre asuntos eléctricos. Hoy, qué pocas serán las personas que en Medellín no expliquen satisfactoriamente—para ellas, se entiende,—el alumbrado de arco y el incandescente; y qué poco se parecen unas explicaciones á las otras! Pueda ser que pronto acaben de explicarse los fenómenos eléctricos, y principien las gentes á pensar en lo que la instalación eléctrica, por la fuerza motriz que pone á la disposición de todos, puede significar como elemento industrial.—No todo ha de ser ciencia abstracta, señores.— Estamos esperando el alumbrado particular; y ojalá resulte tan bueno como el de las calles, que es magnífico!

***

Si se celebró en este mes una fiesta nueva, la de la *luz eléctrica*, es lo probable que una fiesta vieja no se celebre, la del 20 *de Julio!* Y mi amor patrio—pues tan atrasado estoy que todavía lo tengo—sufre con ello. Es el *amor patrio*, de los sentimientos humanos quizá el más hondamente arraigado y quizá el más inexplicable. ¿Qué es lo que se quiere cuando se quiere *la Patria?* ¿Será la tierra misma: las montañas, los valles, las llanuras? Nó; porque los ciegos son patriotas. ¿Será la familia? Pero los expósitos lo son también. ¿Los amigos? Pero si amigos pueden encontrarse en todas partes—ó tal vez en ninguna.— No es la sociedad habitual; porque uno puede estar reñido con sus paisanos todos, ser un misántropo, y siempre será patriota. No es el idioma, ni la religión, pues ¿qué venezolano que viva en Bogotá se sentirá en su patria? Ni son las costumbres, porque esas se adquieren y se pierden; y uno puede vivir cómo se le antoje en cualquier parte. ¿Será la gloria nacional lo que se quiere? Pero si hasta en las naciones sin historia, como Liberia, hay patriotas? ¿Será el bienestar? Pero entonces, ¿por qué los habría en Colombia? —Nó; el amor patrio es una de esas que se han llamado *verdades sugeridas*—contraponiéndolas á las *verdades adquiridas*, que son las científicas—que en

rigor no tienen más demostración que su existencia misma, y son, sin embargo, á las que más ahincadamente se apega el espíritu. El amor patrio no se demuestra ni se explica, se siente. Y se siente con intensidad proporcional á la nobleza de cada uno. Los miserables y ruines lo sienten como tales, ó casi no lo sienten; en los hombres de almas enteras él es una fuerza indescriptible que los engrandece por sobre todos y de ellos hace héroes. Y conforme aquéllos prevalecen ó éstos en un país, así ese país irá á la degradación ó á la grandeza. Lo que se quiere en la Patria es.....la Patria misma! Es decir: nada y todo. Es la Patria: una idea, una abstracción que se simboliza en una bandera, en una palabra, y para la cual viven y por la cual mueren cuantos merecen llamarse *hombres* en el sentido noble del vocablo.

Pero, por lo visto, los últimos tiempos, terriblemente prácticos en esta tierra, no han estado propicios para abstracciones ni pamplinas. Ello es que año por año se ha ido notando que el entusiasmo con que se celebran los *grandes días de la Patria*—como decíamos cuando todavía no era ridículo decirlo—va decayendo. Por eso profetizo que este año va á costarnos trabajo el acordarnos cuándo es *20 de Julio*. Y eso que este 20 de Julio va á ser "momentuoso en nuestra historia", según aseguran los que aseguran cosas de ésas. Ese día ha de instalarse un Congreso que dizque va á hacer no se sabe cuántos primores. De ese bendito día en adelante debe contarse una nueva éra que dizque viene, preñada de sorpresas: la muy aguardada y también muy temida renovación dizque va á llegar; y ya se habla de *olvidados ilustres*..... Aunque en verdad hay quien crea que todo ello no será más que otro caso del *plus ça change, plus c' est la même chose*, de Alphonse Karr—otro grande olvidado.— En fin, lo que fuere resultará. Y por lo pronto sí es cierta una cosa: que vamos á tener tema de conversación, úno que no se agota nunca: la política.

***

Cuenta la Sagrada Escritura cómo "la sabiduría se edificó á sí misma una casa". Esto, por supuesto, no pasó aquí ni ahora; que si no, la Sabiduría no hubiera sido tal; pues entre nosotros bien se sabe que el que se mete á constructor probablemente muere concursado. Yo quise hacer lo de la Sabiduría, y en este rinconcito de *El Montañés* me formé una casita donde poder vivir con mis *opiniones* ó mis *caprichos*—¿por ventura estas dos palabras no son sinónimas?—Y aquí, lejos del mundo y de sus pompas vanas, me estuviera muy tranquilo, si me dejaran. Pero no, señor. Estos benditos compañeros míos, apenas beben del vino fuerte de la alegría sienten la necesidad imperiosa de venir á golpear á mi tranquila puerta para contarme sus regocijos. Y es lo peor que los saben contar. Ayer era *Efe Gómez*, que salía de un Concierto de Pascua; hoy es....otra letra, que viene de un gran paseo. Yo puedo quejarme, pero los lectores se alegran. Oigan, pues, á *Ele:*

"Esto que, á falta de otro nombre, llamamos *vida social* los medellinenses,—monotonía de claustro, sopor de aburrimiento que como atmósfera de plomo nos agobia,—hase animado momentá-

neamente al soplo vivificante de la juventud y del entusiasmo. ¿Qué no podrán una y otro cuando han logrado alzar, por un día siquiera, este Lázaro cuya miseria—medio encubierta antes en las sombras—ha venido á hacer más patente la luz eléctrica con su derroche de resplandores?

"Los socios del *Club Brelán*, jóvenes todos, que aceptan y saborean la vida, que todavía esperan, que aún aman; únicos campeones que los naipes y la copa no hayan arrebatado á nuestras damas; excepcionales *clubmen* que aún no se avergüenzan de rendirles su culto, obsequiaron el último domingo á buena parte de nuestra sociedad con un espléndido baile, cuyo recuerdo no se borrará aína de la memoria de quienes pudieron disfrutarlo.

"Mas como si el acartonamiento proverbial de *la Villa* se aceptara yá tácitamente como un axioma, fue en el campo, en el alegre "Carmelo", que galantemente les cedió su dueño D. Pedro Pablo Echeverri, donde los animosos anfitriones reunieron á sus convidados; y allí, en atmósfera más pura, lejos del centro de los tedios sin fin, borrado yá el adusto ceño de los semblantes, cambiada por la de júbilo su habitual expresión de murria, en ambiente de aromas y entre nubes de *confettis* multicolores que salpicaban graciosamente la cabellera de las damas y se colgaban de los bigotes de los hombres, sueltas las lenguas, ágiles los pies, con entusiasmo, con delirio casi, con el placer duplicado por una prolongada abstinencia, se bailó desde antes de mediodía hasta muy entrada la noche, al són festivo de los populares instrumentos.

"Y cómo no regocijarse con la poética elegancia de la morada; cómo no sentirse contagiado ante el franco y expansivo alborozo de aquel grupo de jóvenes; cómo no entusiasmarse con la culta obsequiosidad de semejantes anfitriones; cómo no embelesarse y olvidar toda pena en aquella fiesta que animaba Susanita con su inagotable gracejo; Pepa con el incendio de sus miradas y la música revoltosa de su verbo; Alejandrina con su espiritualidad y donaire; Berta con su chispeante regocijo; con su frescura de primavera las Alicias; Libia con su gracilidad de gacela; Ana con su carita sonriente y picaresca; una de las Pepitas con los alegres gorjeos de su risa; la otra con esa su inefable dulzura que hizo proclamarla, copa en mano, Reina de la fiesta á alguno de sus muchos admiradores; Adelaida con su aristocrática gentileza, la amabilidad exquisita de su trato y la mesurada vivacidad de sus movimientos; Olga con aquel rostro de durazno iluminado por la más dulce sonrisa de la más hermosa boca; Ester con su negrísima cabellera, sus ojos soñadores, la esbeltez de su talle y su romántica palidez; Carmen Rosa con su provocativa indolencia de morena, su estatura de diosa y la ingenuidad de su alma sin dobleces; Elenita con su agilidad y delicadeza de pájaro; Carlina con su cuerpecito de mariposa, con su carita de finos rasgos y animadísima expresión; Cecilia con sus ojazos de sirena, con su rostro casi exangüe, alta, ondulante, flexible el talle; Elisa con su gallarda lozanía, "el zumo de las moras en las mejillas"; Inés con su distinción y elegancia; las Lolas con su alborozo de niñas; otra Pepita más y Benilda, con su gracia delicadísima, blancas

y sonrosadas, flores que respiran: la rubia Magdalenita con sus ojos de cielo; Tulita con su voz arrulladora y de caricia; Anita, Faustina, Teresa, Luisa, Eugenia, Paulina y tántas otras con tántos y tántos hechizos. Cómo no sentirse trasportado de admiración allí donde Carmelita, Florentina y Mercedes, graves y suaves, reposadas y dulces se veían; allí donde se agitaba entre los torbellinos de la danza Emma, irradiando vida, juventud, amor; donde Tulia paseaba su porte de reina y la altiva seriedad de su rostro de ángel,—pero de ángel á quien hubiesen regañado.....

"¡Cuántas beldades y qué gratísima fiesta!.....

"La casa se fue quedando sola y cuán triste al fin!

"A eso de las nueve rodaban, camino de Medellín, los últimos carruajes. Percibíanse á lo lejos los resplandores de la ciudad iluminada; y los que en el pecho de los paseantes encendiera aquel hermoso día, se apagaron bajo la atmósfera de plomo.

"Y después? Oh! después las negruras del despertar; otra vez la vida oscurísima, y de nuevo marchita el alma.

"Que nunca envejezcan las vuéstras, jóvenes del *Brelán.*"

***

No soy yo uno de la tétrica comunidad de los que se sienten llamados, con *irresistible vocación* (qué pareja de palabras tan de actualidad) á estar propinando cuantas noticias infaustas es preciso hacerle tragar á algún prójimo. Y, sin embargo, hoy tengo que dar una mala nueva al público en general, y especialmente al antioqueño. Julián Páez—uno de los poquísimos corazones buenos que he conocido—el escritor facilísimo, el sentido poeta, *ha quedado ciego!* Lo que eso significa, nadie que vea todavía alcanza á concebir, pero todos lo presentimos con un estremecimiento de horror. Quedó ciego y pobre, pobrísimo. Sus amigos están levantando una suscrición para este nuevo vate ciego; y de Antioquia, por la que Páez ha sentido siempre un amor que por lo grande es realmente extraordinario, esperan mucho. ¿Esperarán en vano?

***

Decididamente la literatura antioqueña—pues hay que empezar por admitir que hay literatura antioqueña—se va tomando á sí misma muy en serio. Ya teníamos novelistas, y cuentistas, y *ensayistas*, y críticos; faltaban dramaturgos....y ya los vamos á tener. Está ensayando la Compañía Luque una Zarzuela cuya letra escribieron Federico Carlos Henao y Antonio J. Cano, y á la cual puso seis puntos de música el *maestro* Gonzalo Vidal. Si autoridad fuera razón, dichos los nombres de los autores se habría dicho todo lo que hubiera de decirse sobre la obra. Pero quiero agregar que *Dios los cría....*, que así titularon la Zarzuelita, es una chispeante colección de chiste local, de buena ley, y de música verdaderamente encantadora. Ya veremos qué atracón de regionalismo se va á dar el público en *la primera* de *Dios los cría....*

***

¿Por qué me pasará á mí lo que al héroe del libro aquel del encantador Nodier, *Historia del Rey de Bohemia y de sus Siete Castillos*? En la primera página del libro, que es un volumen grande, sale el Rey muy afanado á visitar sus castillos, y el libro se acaba sin que llegue al primero. Aquí estoy yá en el punto en donde he de poner la firma, y del objeto principal de mi reseña, de *Al pie del Ruiz*, nada he dicho. Pero como estoy bien resuelto á que lo que pienso sobre el libro de Velásquez sí no se quede inédito, otro día principiaré por el principio.

Julio 17.

PRÓLOGUS.

ERRATA SUSTANCIAL

En el número doble 9 y 10, artículo ANTIOQUIA Y CAUCA, página 385, línea 30ª, dice 50,000, léase 500,000.

REPÚBLICA DE COLOMBIA.—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA.

EL MONTAÑÉS

Revista de Literatura, Artes y Ciencias.

DIRECTOR

Gabriel Latorre.

AÑO I. | Medellín, Agosto de 1898. | Número 12.

NUESTROS PREDECESORES

AL concluír el primer año de su existencia, *El Montañés* se complace en consagrar un recuerdo á sus predecesores de EL REPERTORIO, señores D. LUIS DE GREIFF y D. HORACIO M. RODRÍGUEZ, cuyos son los retratos con que hoy engalanamos nuestras páginas.

Para unos pocos que en Antioquia somos, necesitados de algo que no sea sólo la mera satisfacción que el trabajo produce—goce único con que ordinariamente se contenta este pueblo, laborioso por necesidad ó por virtud;—para los que de cuando en cuando solemos preocuparnos del progreso artístico de estas breñas, si bien muchos no pasemos jamás de un esté-

ril platonismo; para los que aman lo bello más que lo útil, y lo superfluo, en ocasiones, al par de lo necesario; para esos táles, los señores DE GREIFF y RODRÍGUEZ, merecen bien del Arte, y agradecida recordación su obra.

No es, en efecto, fácil tarea aquí la que ellos han desempeñado. Y no lo decimos por denigrar á nuestra tierra, á estilo de nuestros paisanos franco-maniáticos, á quienes no se les cae de la boca el despectivo "*Aquí no!*" con que á diario nos atosigan. Fue ardua y gloriosa, pero no tanto que vayamos á incurrir tampoco, al recordarla hoy, en las hiperbólicas declamaciones sobre nuestra grandeza y superioridad con que yá empezamos á ponernos en ridículo.

El arte ilustrativo era desconocido en Antioquia. Que sepamos, sólo algunos ensayos tímidos de grabado se habían hecho; y aunque, con largas intermitencias, hayamos tenido periódicos literarios de mayor ó menor mérito relativo, nunca se había cuidado de aunar con la buena lectura algún esmero en la edición material, algo de artístico en la forma. Fue llenar este vacío lo que DE GREIFF y RODRÍGUEZ se propusieron con la publicación de EL REPERTORIO, y ahí queda en un tomo, precioso para nosotros por más de un título, el fruto de sus esfuerzos.

Aparte algunas muestras de grabado directo sobre madera, casi todas obra de Cano, para quien en materia de arte no hay imposibles, y úna, que por lo pronto recordemos, de Maya, todo era allí de mano de RODRÍGUEZ, y fue en su periódico donde por primera vez aparecieron aquí zincografías y fotograbados ilustrativos.

El arte es fácil—dicen: un juego de niños en Europa; de pocas dificultades, hoy día, en Bogotá, donde la nueva *Revista Ilustrada* empieza á dar espécimenes de rara perfección entre nosotros. Mas no es precisamente en la calidad de los clichés confeccionados por RODRÍGUEZ donde reside el mérito de su trabajo, por más que algunos le hayan resultado muy bellos: está en la curiosa manera como llegó á hacerse apto para ejecutarlos. Su falta de recursos le impidió aprovecharse de las lecciones de un maestro; y sin más instrucciones que las notas tomadas aquí y allí de periódicos extranjeros; sin otro texto que un breve tratado escrito en lengua extraña para él y sólo conseguido cuando ya llevaba muy adelantados sus ensayos, logró éxito muy satisfactorio en una empresa irrealizable, al parecer, con tan escasos elementos. Qué de tanteos, qué de errores, qué de vacilaciones. Su genio artístico le hacía adivinar lo que ni libros ni maestros le enseñaron; y todo esto sin poder siquiera consagrar á sus nuevos estudios sino breves momentos hurtados á su oficio de fotógrafo atareadísimo; sin más estímulo que su afición invencible; sin otro objetivo que su propia satisfacción y el de-

seo de servir en algún modo á su tierra. Es cierto—como él mismo con sobra de modestia lo ha manifestado—que halló admirable colaborador en su compañero Mesa—otro ignorante como él;—pero queda á RODRÍGUEZ el honor de la iniciativa, la gloria de haber sido el primero. La situación de ambos es todavía, con todo, en extremo desventajosa, pues como el tiempo les falta, y no les sobra el dinero, paralizados se quedan los estudios, y siguen siendo de lo más primitivo los útiles é instrumentos de aquel taller paupérrimo. Da risa verlo; y se admira quien lo visita, de que con tánta escasez y tal falta de elementos hayan podido hacer lo que han hecho.

En su parte literaria, fue EL REPERTORIO, periódico de índole especialmente artística, sin que dejara de haber tal cual nota científica compatible con nuestro atraso; y queriendo sus Directores hacerlo simpático para todos, evitaron, con prudente celo, el tratar asuntos relacionados con la Política y la Religión, fuentes fecundas—aun hoy, al finalizar de un siglo que han llamado escéptico,—de apasionamientos y rencores. Nuestros ingenios regionales fueron desfilando por sus páginas, precedidos del anuncio con que DE GREIFF, noble y correcto ujier, nos los presentaba en concisas cuanto expresivas frases; nuestros muertos ilustres—los yá ungidos por el pueblo á quien amaron—y aquél, pobre cantor de nuestras montañas, sobre cuyo espíritu reina la más triste de las noches, recibieron allí tributo de cariñosa admiración; los veteranos de nuestras letras antioqueñas, tuvieron en él casa propia; y hallaron los desvalidos, los que aún no tienen un nombre, los que triunfarán mañana ó volverán á las tinieblas de donde no alcanzaron á surgir, generosa hospitalidad, alentador estímulo. No vayáis á buscar allí dechados y perfecciones: de todo encontraréis: lo bueno, lo mediocre, lo malo, hojas y flores; mas la intención fue noble, desinteresada la modesta labor, democrático el campo y loable sin restricciones el esfuerzo.

Simpática y apreciable aun más debe mostrársenos tal labor, al considerar que jóvenes que viven de su trabajo y no disponen casi de ocio alguno, fueron los que la llevaron á cabo; y que si la forzada ausencia de uno de ellos y las multiplicadas ocupaciones del otro no los hubiesen obligado á supenderla, habríale dado fin la falta de recursos á que, por culpa de los eternos enemigos—los malos Agentes—llegaron, antes de lo que pudiera esperarse en empresa tan bien acogida por el público.

Fue entonces cuando D. Saturnino Restrepo y nuestro actual colega D. Mariano Ospina Vásquez, recogiendo la bandera que ya caía, acometieron la fundación de *El Montañés*, que, aunque con diferente organización y nombre distinto, no es otra cosa que la continuación del memorado REPERTORIO.

De semejante abolengo hacemos gala; y así como se exhiben con orgullo en las casas nobles los retratos de los gloriosos antepasados, muestra *El Montañés* en sus páginas, con cariño de hijo, los de sus predecesores de EL REPERTORIO.

Ellos fueron los iniciadores, ellos los creadores.

La historia del Arte en Antioquia no podrá prescindir de sus nombres.

G. L.

LA USURA

LA palabra usura tiene dos significados: el ordinario, según el cual significa exceso en el interés del dinero; y el rigoroso, en que quiere decir *uso de una cosa sin la posesión de la misma.*

Para entender lo que es usura, en su segundo significado, conviene establecer la diferencia entre cosas cuyo dominio y uso son inseparables, y cosas cuyo uso puede pertenecer á persona que no posea el dominio del objeto.

Sirvan de ejemplos una casa y una medida de vino ó de pólvora. El dueño de una casa puede habitarla él mismo, ó puede dejar que la use otro, sin desprenderse de la propiedad de la misma. El que posee un litro de vino no puede ceder á otro el uso de tal objeto sin trasmitirle, al mismo tiempo y necesariamente, el dominio sobre la cosa Sería risible entregar á otro un objeto de estos cuyo uso los consume, diciéndole, v. g., aquí tiene U. este trigo, del cual puede hacer lo que guste, pero respetando mi propiedad sobre él, es decir, respetando el derecho que me reservo de usarlo á mi arbitrio. Equivaldría á decirle que posee la cosa, puesto que puede disponer de ella, y que no la posee, puesto que otro se reserva el derecho de disponer de ella.

Se comprende muy bien la diferencia radical que hay entre cosas que, como la casa, no se consumen usándolas, y objetos que, como los alimentos, pierden su manera de ser al emplearlos en lo que es su fin. El que otra persona esté sirviéndose con mi anuencia de un instrumento mío, de mi caballo, mi reloj, etc., no me priva del derecho perfecto á llamarlo mío, á que vuelva á mi poder, me sirva. Mientras que desde que consiento en que otro use del vino, del trigo con que iba á alimentarme, no puedo seguir llamándolos mi vino, mi trigo, sino que son yá su vino, su trigo, irremediablemente, porque aquí el uso y el dominio de la cosa son inseparables.

Se hace necesario insistir tánto en esto, porque en esta distinción está la clave de grandes dificultades en la teoría del interés del dinero, y en la de la usura.

Podemos ahora ser entendidos al decir que *usura* quiere decir uso de una cosa aparte del dominio de la misma cosa. La usura, es decir, el uso sin el dominio del objeto, es natural y corriente en los casos en que aquellas cosas son de suyo separables, según se ha visto. Mas el *uso* sin el dominio, en cosas en que uso y dominio son inseparables, es una contradicción, y el que pretende realizarla ó imponerla comete usura, según el lenguaje correcto.

Estas consideraciones, de suyo aplicables á toda una clase de objetos, tienen un interés excepcional tratándose del signo de cambio universal de valores, ó sea el dinero, como vamos á ver.

Ante todo, ¿en qué categoría ha de colocarse el dinero: entre los objetos en que uso y dominio son separables, ó entre los que llevan el uso inseparablemente unido al dominio?

Al ceder á otro cien pesos, dejo de disponer de tal suma; el objeto, valor, ó lo que sea, ha salido de mis manos por completo; el dominio de aquel que tiene el uso de la suma es tan perfecto como era el mío. Decir que otro podía disponer de mis cien pesos es como decir, que son á la vez míos y suyos, lo que es contradictorio.

Luego el dinero es de las cosas cuyo uso es inseparable del dominio del mismo; es de las cosas en que la usura es ilícita.

Para penetrar la razón de ser de lo ilícito de la usura, hace al caso tener en cuenta que los frutos naturales de las cosas son del dueño de las mismas, salva la porción debida á la habilidad del agente productor. El que maneja una suma de dinero que ha recibido en préstamo, tiene derecho perfecto á los frutos, tanto por lo que á su industria corresponda, como por tener la propiedad del dinero que recibió. La irregularidad de la usura está en que el que dio el préstamo quiera que una cosa que ya no es suya, el dinero que cedió, produzca para él.

Lo que constituye la esencia del dinero es el prestar cierto número de servicios en la representación y trasmisión de valores. El conjunto de todos estos servicios, sin excepción, es lo que se cede al hacer un préstamo de dinero, lo que en rigor equivale á hacer al que recibe la suma, dueño de la misma, hasta en las últimas consecuencias del dominio de la cosa. Luego también lo que ese dominio produzca, pertenece al que lo tiene, sin necesidad de pagar por ello.

Querer cobrar por el uso del dinero que se da en mutuo, equivale á desprenderse de una cosa para hacer á otro dueño de ella, y quedar reclamando el alquiler de la misma. El dinero no se puede alquilar, como un caballo, una casa, una herra-

mienta, porque desde que se ceda el uso, la cosa deja de pertenecer al que hace la cesión, y no hay derecho para reclamar frutos de lo ajeno.

Nótese una circunstancia de suma gravedad en esta doctrina: lo ilícito de la usura, según este modo de ver las cosas, no está en el mayor ó menor monto del interés del dinero, sino en lo esencialmente injusto del cobro que se haga por el uso del dinero prestado, sea poco ó mucho lo que se cobre. En otros términos, según esta doctrina, tan ilícito es reclamar el cuarto por mil anual, como el dos por ciento mensual, porque ambos son contra toda justicia.

Hasta aquí, la doctrina del coloso intelectual del siglo XIII, Tomás de Aquino, en cuya frente brilla la doble diadema de la santidad y del saber con resplandor incomparable.

Esta teoría arranca del fondo mismo de la esencia de las cosas, y en su exposición, el Santo Doctor es tenido como el intérprete autorizado de la doctrina de la Iglesia Católica.

Hasta aquí todo es tan severo como lógico, y nada vendría á sacudir la trabazón ideal del armonioso conjunto, si la práctica constante de la misma Iglesia, no llenara de perplejidades el ánimo mejor dispuesto.

Se sabe, en efecto, que, en punto á usura, lo que decide si la hay ó no, según el uso admitido, es la cuantía del interés cobrado, figurando como lícita cierta tasa, y como ilícita una mayor.

Esto es colocarse á enorme distancia de la rigorosa afirmación de Santo Tomás, quien asegura que cualquier interés, cobrado por el uso del dinero, es injusto, aunque sea pequeño, como se dice ilícita cualquier mentira, sea la que fuere.

Una nota del traductor de la Suma del Angel de las Escuelas, llama la atención á la opinión de varios teólogos que piensan que el lucro cesante y el daño emergente son causales suficientes para legitimar el cobro de cierto interés en el préstamo de mutuo.

Bien sabemos que la práctica autoriza el cobro de cierta rata de interés, y alguna razón de ser debe de tener el procedimiento; mas esto no resuelve la tremenda disyuntiva que entre la perentoria doctrina del Santo y la mitigada práctica corriente se ofrece al ánimo perplejo. ¿Yerra Tomás de Aquino al afirmar que ningún porcientaje es lícito cobrar por el uso del dinero dado en mutuo, ó ceja indebidamente en su práctica la Iglesia cuando permite sin reato se cobre cierto interés?

Añádese á la tirantez del caso la sonrisa de desdén que se adivina en no pocos, al hablarles de este conflicto entre Santo Tomás y el uso común del día, aprobado por las teorías de la ciencia económica. La menor de las observaciones que suelen oírse, consiste en afirmar rotundamente que el Santo no tiene

voz ni voto en cosas modernas, muy por fuera de sus alcances, en razón de la época en que vivió. Ni es el Santo sólo, en su severa doctrina, el que carga con las agresiones de algunos *modernistas;* también el mitigado precepto eclesiástico parece injustificable á los ojos de ciertos economistas de nuestros tiempos, que hacen valer en favor de un porcientaje ilimitadamente elástico la consideración de que no es caro á ningún precio el dinero que produce mayor provecho al que lo toma.

¿Será reprensible en un mero aficionado, lego *in utroque*, el decir lo que se le ocurre por lo pronto en asunto que por mucho tiempo ha sido tema de sus cavilaciones y perplejidades? No se ve por qué haya de serlo, ya que sólo se trata de buscar la razón de ser de doctrinas aparentemente contradictorias, y de mostrar que concuerdan.

Vamos, pues, al grano, empezando por la doctrina de Aquino.

Nos parece que el *busilis* está en que el Santo afirma que es ilícito cobrar cualquier precio *por uso del dinero prestado*, mas no dice que no se pueda cobrar interés por causales diferentes del *uso*. En efecto, hay aquí algo bastante tangible para que no pueda ser desechado como una sutileza traída para salir de una dificultad hermenéutica. Analicemos un caso concreto.

Pedro tiene $ 1,000 que necesita para sus negocios, y que le producen el 10 %; Juan necesita los $ 1,000 de Pedro para negocios que le producen más del 10 % que con ellos gana Pedro. Mis dos sujetos se ponen al habla así:

—Míra, tengo entre manos una empresa lucrativa, y necesito tus $ 1,000, que te aseguro á satisfacción. Cédemelos.

—Yo también los necesito para lo que tú sabes, en que gano el 10%. Si la empresa te da con qué indemnizarme lo que pierdo, te cedo los $ 1,000 para que tú aproveches la coyuntura que tienes.

¿Hay aquí algo que se parezca á cobrar el uso del capital? Nó. En la mente del que cede y en la del que recibe está la persuasión de que los frutos del capital son del que lo usa, y la prueba está en que el precio de la cesión se tasa por la pérdida del cesionario. Es un caso que no cogen las aceradas mallas de la argumentación del Santo.

Y es un caso frecuente, por no decir constante; porque todo el que se desprende de su dinero sufre alguna pérdida de ventajas ó utilidades que este dinero le procuraba.

Hay una segunda consideración de no menor frecuencia en la práctica: la insuficiencia de la garantía de devolución del capital. Natural es que la contingencia de que la suma cedida no sea recuperada, deba pagarse en un valor proporcional á la contingencia de pérdida y al capital arriesgado.

Esta causal, llamada de *daño emergente*, y la primera, apellidada de *lucro cesante*, ambas casi inevitables en el tráfago de los asuntos humanos, hacen lícito cobrar algún interés en el préstamo de mutuo.

Natural es que ocurra la duda de si esta solución es una sutileza del deseo de acordar dos autoridades respetadas, ó si es esto realmente lo que hay en el fondo del asunto.

¿Cuál sería el medio de averiguar si lo que se cobra en el préstamo de dinero se reclama á título de uso del capital, ó sólo á causa del daño emergente y lucro cesante? ¿Habrá modo de distinguir si se cobra por una ú otra causa?

Quizá sea posible sacar una deducción que lleve caracteres lógicos que logren imponerse, usando esta piedra de toque: estudiar el hecho en sí mismo, y ver cómo pasan las cosas.

Si el precio cobrado en el alquiler del dinero viniera del uso á que ese dinero se destina, es natural que la clase de uso en que iba á emplearse la suma recibida influyera en el precio del alquiler. Es como si se da en alquiler una casa, un caballo, y se arregla el precio según el servicio que de aquellas cosas va á obtenerse: mayor servicio en la cosa, más alto el alquiler.

Pues bien, es todo lo contrario lo que sucede al dar dinero en préstamo: el dador no averigua si va á servir para esto ó para lo otro, sino si la garantía de pago es suficiente. Tranquilo con respecto á la solvencia, el acreedor no tiene que ver si el deudor se crea una fortuna ó si se arruina en el manejo de lo recibido.

Sólo el tiempo pudiera tomarse como medida del servicio prestado por el dinero, y este elemento es de todo punto insuficiente para valuar tales servicios, por razones obvias.

Y si no se pregunta al solicitante qué servicio va á sacar de la suma que pide, á fin de graduar el precio, sí se tiene muy en cuenta el grado de solvencia, es decir el daño emergente, para convenir en la rata del interés. Se da dinero más barato á quien da mayores seguridades, según se ve diariamente.

Asimismo, donde hay mucho que ganar en el empleo acertado del dinero, el interés es más caro, porque hay mayor lucro cesante.

Luego las cosas sí pasan de manera que puede colegirse muy á las claras que no se cobra por el uso del dinero prestado, lo que sería ilícito, sino como remuneración de lo que se deja de ganar, y compensación del riesgo corrido.

Sigue ahora naturalmente la discusión sobre la cuantía del interés, punto en que se hallan encontrados la doctrina católica de un lado, y no pocos abogados de una tasa indefinidamente elástica, por otro.

La Iglesia dice: la tasa lícita del préstamo de dinero varía entre límites muy estrechos, y por lo general no pasa del 6 °/o anual en circunstancias normales. Los partidarios de una tasa que no tenga más límite que el dejar margen de ganancia al que la paga, sostienen que no sólo el seis sino el 10°/o y aun más será lícito, con tal que el negocio deje utilidad al que lo maneja, después de deducir la tasa convenida.

¿Quién tiene razón aquí?

Comencemos por decidir dos cuestiones previas, elementos importantes en el debate: sea la primera el grado de contingencia normal que regula el aseguro de las sumas dadas en préstamo, por una parte; y por otra, lo más ó menos instable de la utilidad del dinero que ha de darse en préstamo.

Puede decirse que el procedimiento empleado para obtener una garantía eficaz de que la suma prestada será restituída, es universal, como procedimiento y como resultado. La hipoteca ó la fianza personal ponen, hasta donde humanamente es posible, al acreedor á cubierto de contingencias; y esto con un grado de probabilidad que puede considerarse como constante. Quiere decir esto, que yá se sabe con qué puede contarse cuando se tiene un buen aseguro, en cuanto á eventualidades de pérdida, y por lo mismo puede también graduarse en cierta tasa fija lo que al daño emergente toque en la urna aleatoria.

Esta cuota parte de la tasa, no puede con justicia variar entre límites muy amplios, por la sencilla razón de que la eventualidad de pérdida no sólo varía poco, sino que es casi nula.

Naturalmente, ha de dejarse aparte el caso del préstamo sin aseguro y en condiciones de riesgo tan anormales, que la operación haya de asemejarse más á un juego de azar que á una transacción comercial. Sería extraño regatear el tanto por ciento de interés en casos en que se arriesga el capital entero.

En cuanto al lucro cesante, ó lo que normalmente dejan de ganar los capitales destinados á ser dados en préstamo, es también exacto que en condiciones dadas de tiempo, país, circunstancias, este elemento es lo que puede llamarse una constante, ó poco menos. Bastaría citar estadísticas, que nos muestran, v. g., que en países de vida social sólidamente establecida, pasan años y años sin que la tasa del dinero tenga fluctuaciones apreciables. No se dice que este elemento del valor de la rata en el préstamo sea uno mismo en todas partes y para todas las épocas, sino que tiene, en cada caso dado, tendencia á ser algo fijo y determinado.

En resumen: los dos elementos de que depende el interés lícito en el préstamo de mutuo, tienen tendencia á ser fijos para cada caso.

Pasemos á la segunda de las cuestiones previas á que se había aludido, dato de la solución pendiente sobre la cuantía de la tasa. Es ésta cuestión que puede parecer extraña. ¿De quién son los buenos negocios que han de hacerse con dinero prestado, del que ha de manejar el asunto, del que da el dinero, ó de los dos, y en qué proporción?

Y no parezca enojosa la averiguación, ya que ella entraña la decisión de á quién pertenecen los frutos de la operación. Si el capitalista tiene derecho á las ganancias que puede hacer su prestamista, de igual á igual, ó bien llevando una porción cualquiera, entonces la tasa ilimitada se impone. Mas si la utilidad, como la pérdida, han de recaer únicamente sobre el que maneja el dinero, entonces la tasa restringida y casi fija en cada caso, se impone también, según la doctrina de la maestra de las naciones y de los siglos.

Y bien, ¿no es ésta una de esas cuestiones en que basta el enunciado para mostrar claramente la solución?

La Providencia, que vela por la conservación de todos, según un orden admirable, da á cada uno lo que le conviene según su situación. Cuando en las circunstancias personales de posición, conocimientos, habilidades, y mil más, se presenta á un hombre la ocasión de hacer una operación extraordinariamente favorable, ¿quién se atrevería á afirmar que su banquero tiene derecho á exigirle un porcientaje mayor que el ordinario, con el pretexto de que va á ganar mucho? El capitalista, que rehusa las contingencias de pérdida, no tiene derecho á pretender participar de las excepcionales eventualidades de ganancia, que por lo común son producto de factores personalísimos, tan privativamente poseídos por el que los logra como sus energías, su condición, relaciones, etc.

Por manera que, de un lado, hay la cuasi fijeza de los dos elementos en que se basa legítimamente el porcientaje del interés; y del otro, la notoria falta de justicia en hacer depender la rata del interés de la cuantía del fruto de la operación ejecutada con el dinero recibido, única cosa en que cabe ilimitada variación. No queda, pues, al menos visible, ningún motivo para defender el porcientaje de amplitud indefinida, y sí poderosas razones para sostener la doctrina católica, que resulta en un todo ajustada á razón, no sólo en lo que parecía rigorismo extremado, sino también en lo que pudo tomarse como abdicación de principios.

En esta concordancia tenía que parar la investigación, si había lógica, desde que la doctrina puesta en tela de juicio estuviera sentada por Tomás de Aquino, para cuyas enseñanzas los siglos no pasan. En la *Suma* pueden envejecer ciertos detalles secundarios, como los ejemplos que de la Física de su épo-

ca trae el Santo para aclarar el pensamiento. Pero la parte esencial y doctrinaria no sólo no será desacreditada por ninguna ciencia del porvenir, sino que resultará contenerla en germen más ó menos remoto, y servirá de piedra de toque para mostrar mucho cobre dorado. El Santo, v. g., no pensaba, sin duda, en las complicaciones que hoy surgen entre los derechos y los deberes mutuos del capital y el trabajo, y sin embargo, á buen seguro que su obra ha sido consultada diligentemente por el actual Pontífice, mientras condensaba magistralmente las enseñanzas de la Iglesia en su encíclica sobre lo que hoy es cuestión de vida ó muerte en las sociedades del viejo mundo, la lucha entre patrones y obreros.

Volviendo al asunto, resumamos para dejar más claramente expuestas las ideas.

La Iglesia prohibe la *usura*, es decir, el pretendido derecho del que da en préstamo, á aprovecharse de los frutos de lo que ya no es suyo; y en esto no admite parvidad de materia. Pero declara equitativa la remuneración hecha al capital en cierta cuota parte, á causa del provecho de que, al cederlo, se prescinde y del riesgo que de alguna pérdida queda siempre. Se opone á la elevación desmedida de la rata del interés, porque considera que, según el curso natural de las cosas, las dos causales que permiten cobrarlo, deben llegar á producir en circunstancias determinadas una especie de medida común, constante para todos los capitales colocados en iguales condiciones. Así como, v. g., después de una larga experiencia de los siniestros marítimos, se ha llegado á fijar el seguro de mar en una rata casi estable, así también debe suceder á la larga con el lucro cesante y el daño emergente, que regulan el tanto por ciento del préstamo del dinero.

Colocadas las cosas en este terreno, se ve que la Iglesia no entraba el movimiento del capital impidiendo los préstamos á interés. Si el capital es escaso y con él se gana mucho, el que lo posee puede darlo á mayor tasa, porque hay mucho lucro cesante. Si las seguridades son insuficientes, la rata sube con justicia, por haber mayor daño emergente.

Entre nosotros, para no ir á buscar ejemplos en otra parte, el interés tiene que ser muy alto, porque concurren las dos circunstancias de escasez de capital y grandísima inseguridad. Las leyes que cambian arbitrariamente la equivalencia entre los signos representativos del valor, disponiendo que lo que según el curso regular debiera valer como uno, represente mayor valor, hacen ineficaz hasta el aseguro hipotecario, el más satisfactorio de todos, y por lo mismo levantan la tasa del interés en proporción desmedida.

El cobro de un interés alto, y no hay que llamarlo *usura*, porque no la hay siempre que parece, se impone como un mal menor en muchas circunstancias: 1º Cuando la inseguridad respecto á las condiciones del pago es tal que no se puede contar ni con la estabilidad del valor en el signo representativo, ni con que la ley respete las condiciones de los documentos privados; 2º Cuando falta un establecimiento adecuado para satisfacer esa necesidad de obtener préstamos de pequeñas sumas, tan imperiosa en las clases menesterosas.

No puede pretenderse que el préstamo hecho en pequeña escala se haga á la misma rata de interés que el que se usa en el préstamo en grande. El arrendamiento de una oficina propia para las operaciones, el trabajo del que consagra su tiempo á ejecutar las transacciones, los riesgos corridos en la operación, tienen que computarse, y, por recaer sobre un capital reducido, aumentan imperiosamente la cuantía del interés por cobrar, si ha de llegarse siquiera á no hacer una operación ruinosa.

La vida tiene trances en que brota de los labios, irresistiblemente, la frase de suprema angustia del "hombre de dolores": "Padre mío, apárta de mí este cáliz. . . ." Uno de ellos ocurre al jefe de un hogar al agotar los últimos recursos con que alimentaba á los suyos. Entonces, si encuentra quién evite su suplicio, con dinero prestado, no reparará sin duda en la cuantía del mutuo, sino que se sentirá impulsado á besar agradecido la mano que suelta el dogal que anudaba su garganta. Si hay hombres sin entrañas que amasen su fortuna con las lágrimas del necesitado, que Dios los juzgue! Mas, en una forma ú otra, es preciso que, con poco ó mucho interés, la industria del mutuo exista, en lo poco como en lo mucho. La supresión absoluta del préstamo de mutuo en pequeña escala, produciría males incalculables sin un reemplazo suficientemente eficaz.

La necesidad es tan visible como imperiosa, y mientras más trabas se pongan á la usura, sin dar con el verdadero remedio, más empeorará la situación del necesitado ocasional. Si nuestras "*Peñas*", dejadas al simple desprecio que inspira la usura, y á las dificultades del oficio, cobran un cuartillo semanal por peso suministrado, ó sea ciento treinta por ciento al año, con aseguro de prenda que valga más del doble del capital prestado, y pacto de retroventa, cobrarían mucho más si se les hiciera una guerra eficaz que las obligara á ocultarse ó aumentara sus trabas naturales.

Una de dos: ó caridad elástica sin medida y tinosa hasta lo imposible para suministrar al necesitado, *gratis et amore*, la limosna oportuna; ó una empresa en que se aúnen la caridad, el capital y el trabajo, y que monopolizando de hecho el

mutuo en pequeño, satisfaga la gran necesidad á que las *Peñas* acuden tan defectuosamente.

La creación de un Monte-Pío entre nosotros, sería un alivio enorme para los necesitados, ya que el tipo del interés de que he hablado es lo de menos en la pérdida que hacen los que acuden á las *Peñas*. La pérdida de la alhaja empeñada, cosa que acaece con harta frecuencia, es de mucha mayor cuantía que el interés que se reclama. La devolución que se hiciera del remanente del valor de la venta del objeto empeñado, sería por sí sola, inmenso alivio para el prestamista.

Las bases de la Empresa que se indica podrían ser algo como lo que sigue:

1º Recoger donaciones gratuitas de á $ 20, pagaderos en cuatro contados, y destinadas á la formación de un fondo que sirviera para dar en préstamo sumas pequeñas, con garantía de alhajas y pacto de retroventa;

2º Los que suscribieran las acciones intervendrían en proporción de sus cuotas en la organización de la Empresa, y la colocarían en situación de que pudiera durar indefinidamente;

3º El interés cobrado por los préstamos sería lo más bajo posible, de manera que apenas alcanzara á pagar los gastos de administración de la Empresa, tales como alquileres, empleados, etc.;

4º Por la venta de las prendas dejadas al Monte-Pío, se cobraría una comisión, y el sobrante, después de deducido el total por capital, interés y comisión de venta, se entregaría al prestamista. El producto de las comisiones de venta se destinaría, sea á acrecer el fondo destinado á los préstamos, sea á rebajar el interés, ó bien á sumistrar uua cuota semanal á las familias obreras cuyos recursos estuvieran agotados;

5º La autoridad eclesiástica y la civil, intervendrían así: la primera dando al Monte-Pío los rasgos de las Empresas católicas de esta clase; la segunda fiscalizando las operaciones de la Empresa y concediéndole la protección y exenciones á que se hiciera acreedora. Cada una de estas entidades se haría representar en las Asambleas según se determinara al organizar la Empresa;

6º Cada uno de los socios fundadores podría elegir quien hubiera de reemplazarlo en el cuidado de la Empresa, cuando faltara definitivamente. Los estatutos proveerían á la continuación indefinida de la obra, á pesar de las vacantes y omisiones de toda clase de parte de los fundadores;

7º Serían remunerados suficientemente los trabajos del encargado de los fondos y sus ayudantes. Los otros servicios serían prestados caritativamente por quienes fueran elegidos y aceptaran.

La empresa que se indica, realizada sin miras de lucro, con la cooperación de las autoridades eclesiástica y civil y el concurso de capital obtenido con cuotas, sería preciosa piedra en la diadema de la caritativa Sultana del Valle del Aburrá. No se cierren los ojos de mi cuerpo al encanto de su belleza, sin que antes haya contemplado en espíritu el brillo de aquel nuevo diamante en su corona!

J. M. Escovar.

Marzo 3 de 1894.

LA DONCELLA CAMPESINA

(EN ANTIOQUIA)

Como el perfume á recordar convida,
Su faz es dulce tentación del beso,
Y su pecho gentil, sin arte opreso,
Es casto hogar de la pasión dormida.

Son sus ojos la fragua en que la vida
Arde con lumbre llena de embeleso
¿Y quién mira su andar y queda ileso
Y no se goza en acrecer la herida?

Su lindo pie, desnudo, sonrosado,
Que en el rocío matinal se baña
Cuando recorre el verdeciente prado,

Se oculta esquivo á la mirada extraña
Y semeja, so el traje replegado,
Pura y modesta flor de la montaña.

Bogotá.

Enrique W. Fernández.

Negativo de Paulo E. Restrepo.

ARANDO

EL ANIMA SOLA

(TRADUCCIÓN LIBRE DEL PUEBLO)

I

EN aquel tiempo, como dicen los Santos Evangelios, hubo una estirpe que llenó el universo con su fama. Su nobleza fue la más alta y esclarecida; sus hombres todos, héroes y conquistadores; riquísimos sus feudos y regalías. Mas la muerte, envidiosa de esta raza, sólo dejó un vástago para propagarla. Con los títulos y privilegios que en él recayeron, vino á ser el castellano más poderoso de su época. Los reyes mismos le agasajaban, porque le temían.

En su ansia de perpetuarse, de restaurar la grandeza del apellido, pedía á Dios hijos varones por decenas. Como no se los diese, bajó á dígitos y, por último, á la unidad. Pero Dios, ó no estaba por excelsitudes de la tierra ó quería mortificarle: á cada espera enviábale una hembra, cuando no dos.

Entre la ilusión y el desengaño, llegó el caballero á la vejez; y su tercera esposa, sus trece hijas y la muchedumbre de vasallos le pagaban el desaire. Sus crueldades aterraban la comarca; en los calabozos gemía toda una multitud de desgraciados; de las horcas del castillo colgaban los siervos en racimos. Al clamor de tántas almas, fue Dios servido de otorgarle al magnate un heredero. Pagado, resarcido de todo se consideró con el regalo: parecía hijo de gigantes, y era tan hermoso y perfecto que á nada en el mundo podía compararse. Pesóse el recién nacido, y diez veces su peso fue mandado, en oro, á varios templos y santuarios. Su Sacrareal Majestad vino en persona á sacarle de pila; repartiéronse ducados entre el pueblo, cual si fuese jura de soberano; celebráronse fiestas por ocho días, y numerosos mensajeros llevaron la nueva á ciudades y castillos. *Timbre de Gloria* se nombró al heredero.

Rejuveneció el castellano con la dicha: de sombrío y sanguinario, tornóse regocijado y compasivo. Bajó á sus pecheros los impuestos; envió sus mesnadas en defensa de la cristiandad; dos galeras, costeadas á sus expensas, purgaban los mares de infieles; y las limosnas salían de sus arcas como de manantiales insecables. Colmó á las hijas y á la esposa, especialmente, de atenciones y finezas; hizo alianza con muchos caballeros, y grandes agasajos en su castillo.

Señores y vasallos, amigos y extraños competían en cariño al vástago precioso que trajo á la comarca tántas bendiciones.

Timbre de Gloria confirmaba día por día el nombre que le dieron; en su persona pareció concentrarse el lustre y la grandeza de sus antepasados. El castillo, enantes tedioso y solitario, convirtiólo el infante en animada corte de placeres y discreteos. Tenía á perpetuidad un cuerpo de físicos que le velaban por turno, para extirpar, en cuanto asomase, el amago de la enfermedad; y todo por lujo solamente, porque Timbre de Gloria era la misma salud. Academias laicas y clericales lo instruían en matemática, humanidades y ciencias teológicas. Habilísimos maestros en artes bélicas, musicales y venatorias fueron llamados de lejanas tierras, para adiestrarlo en tan caballerescos ramos.

No en balde: á los dieciséis años daba quince y raya á unos y otros. Abismados se quedan los frailes con las hondas cuestiones que á menudo les propone, con los silogismos, en la más castiza latinidad, de que se vale á cada paso. No menos se pasman los matemáticos, al ver cómo caben y se relacionan en tan juvenil cabeza lo mismo los ápices del número y de la fórmula que las abstracciones del plano y del sólido. Ninguno como Timbre para garbear en el potro más indómito; ninguno como él en el manejo de jerifaltes y alcones; ninguno, para disparar venablos y ballestas. A su flecha no se escapan las pajaritas del cielo, y en cuanto echa la jauría por delante, no hay alimaña segura, á ver porque no se enmadriguera en el mismo centro de la tierra. Traslada á grandes distancias pesos enormes, como si fueran copos de algodón; para trepar y dar saltos, sólo las corzas lo rivalizan; en canto y danza, parece hijo de Apolo y de Terpsícore; tañe, como él solo, desde el pastoril caramillo hasta la cítara del poeta; y en cuanto á desatarse en improvisadas endechas, al compás de un laúd, es para el doncel lo mismo que conversar.

Como, yá en esa edad, tuviera una fiereza, unas lozanías y una beldad que ponían pálida y convulsa á cuanta hembra le mirase, quiso el padre darle estado, á fin de que le dejara, antes de marchar á la guerra, un par de nietos, por lo menos. Tras de largo discurrir y excogitar, atúvose á la fama, y eligió á *Flor de Lis*, hija de un poderoso castellano y tenida en el Reino por la más bella y recatada.

Distante muchas jornadas del castillo de Timbre de Gloria estaba el de la hermosa; á él se encaminaron padre é hijo, cargados de riquísimos presentes, con gran séquito de escuderos y servidumbre. No bien hizo la petición el caballero cuando le fue concedida; y al avistarse los prometidos, ambos á dos estuvieron á punto de desmayarse: tan hermosos y seductores se hallaron uno á otro, de tal modo traspasados por puntas de amor. Concertáronse las bodas con el plazo perentorio de los prepara-

tivos, y, después de tres días de espléndidos festejos, partieron los peticionarios.

Tamaño acontecimiento trascendió hasta los reinos limítrofes: apenas si cabría en el mundo pareja más hermosa, más ilustre, y novios el uno para el otro más apropiados. Timbre de Gloria estaba como loco: aun á las fieras del monte, hasta á los mismos muros del castillo quería comunicarles su ventura; enajenábase con la ausencia: eternidad se le volvía la rapidez vertiginosa con que se gestionaban los aprestos y diligencias del matrimonio.

Más que con los garzones de su clase, le ligaban vínculos de tierna amistad con su maestro predilecto, el licenciado Reinaldo, varón doctísimo y preclaro, en quien cifró el mancebo cuanta fe y seguridad cupo entre amigos. El tál se hallaba, últimamente, en la corte, y Timbre de Gloria acudió en su busca, para hacerle partícipe de cuanto le acontecía y esparcirse con él en deliciosas confidencias.

Nunca tál hiciera. Grande atención prestó el licenciado al desbordante relato del doncel; y luégo, con aire y tono de quien posee un secreto por nadie sospechado, dejóse decir estas palabras:

—Hermosa como el sol es tu prometida, amigo mío. Ricahembra más celebrada no conozco; pero....

—Pero qué, maestro?

—Pero!—volvió á decir el licenciado.

Y á que se explicase no fueron parte ni el ruego, ni las promesas, ni las lágrimas de su discípulo. Separóse de Reinaldo con el corazón emponzoñado. Ese *pero* que nada definía, que nada concretaba, tuvo para él, en la boca autorizada de su maestro y amigo, la sugestión terrible de lo desconocido.

Qué sería? Qué no sería? Un alerta, acasó? Un pronóstico? Cuántas y cuáles consecuencias tendría eso en su destino? Imposible adivinarlo! Mas, fuese esto, aquello ó lo de más allá, no le cabía duda que era algo grave, tal vez vergonzoso, que, en su inexperiencia de niño, no le era dado ni sospechar siquiera.

Sólo así se explicaba la obstinación de su maestro en aclarar el asunto; de otra suerte no concebía aquel *pero* en boca por la que hablaban la prudencia y la sabiduría.

Labrándole, corroyéndole la palabra cada vez más, llegó al castillo tan tembloroso y desencajado, que todos á una tuviéronlo por próximo á espirar. Corrieron los escuderos, corrió el padre, corrió la madre, corrieron las hermanas; bajáronlo del corcel como un difunto y lo llevaron en vilo hasta su lecho. A la gritería y confusión, cobró alientos el mancebo; mas fue para arrojarse desatentado y ponerse de hinojos á las plantas de su

padre. En tal guisa sacó la tizona y, con voces doloridas y entrecortadas, dijo así:

—Padre y señor: tomad mi propio acero y quitadme la vida; no la merezco ni la quiero. No la merezco, porque tengo de faltar al honor; no la quiero, porque no hay bajo el cielo hombre más desgraciado que vuestro hijo.

—¡Loco!....¡Mi hijo está loco!—prorrumpió el castellano, presa del espanto.

—No estoy loco, padre y señor—replica Timbre de Gloria, con acento seguro y reposado.—Hoy más que nunca estoy en mis cabales; pero ni vos ni nadie en el mundo será poderoso á que yo tome por mujer á Flor de Lis. ¡Por mis padres que me escuchan, por el Dios que está en los cielos, juro que sólo en pedazos me llevan al altar y que no tomaré por esposa á otra mujer! De antemano me declaro reo de muerte, y os pido, padre mío, cumpláis la sentencia. Tomad mi espada....No vaciléis un punto.

—Alzate, hijo mío, enváina el acero, que estás loco.

—Tratadme como á tál, si así lo creéis; pero mi juramento es irrevocable.

Dijo y salió.

Creyóse en el castillo que, sobre la locura del hijo, vendría la muerte del padre: tan espantosa fué la apoplejía que le acometió. Pero estaba de Dios que escapase de ésa. No por ello amainó Timbre de Gloria. Ni su madre ni nadie pudo arrancarle las razones que le asistían para tamaños desafueros.

Días después, llamólo el caballero á su presencia, y le ordenó: Trépa á la torre del homenaje y, con tu propia espada, bórra el lema y la heráldica de nuestro blasón.

Ardua fuera la empresa para otro. En el lado más visible del altanero torreón, sobre la serie paralela de saeteras, campaba, labrado en piedra de sillería, el enorme escudo. Su divisa en latín y en grandes caracteres podía leerse á muchísima distancia. Traducida al romance, rezaba, más ó menos: *Primero la muerte que el deshonor*.

Apresuróse el mancebo á cumplir su cometido. Colgó de las almenas una escala á manera de trapecio, deslizóse por ella como un acróbata, sacó la espada y principió. Había para rato. Trabajó desde el alba hasta la noche. Nada le detuvo: ni la dureza de la piedra, ni lo disparatado del instrumento, ni la violencia de la posición. Pasaban días y días, y el doncel siempre colgado. Ni una palabra le dirigió su padre en tánto tiempo. Si creyó al principio que con el recurso de la borradura cedería el obstinado, yá lo dudaba. En su cólera, no sabía á qué castigo apelar.

Llegó un día en que de la gloriosa y complicada heráldica

no quedó ni vestigio en el escudo. Fuese Timbre de Gloria á su padre y le dijo: Venid á ver si he cumplido vuestras órdenes.

Y fue el padre y vio.

Mandó al garzón se vistiera los arreos y las galas de caballero y tornase á su presencia; mandó á sus escuderos le trajesen las cadenas y los grillos más pesados que hubiera en los calabozos, la pellica más vieja que encontrasen en la cabaña de los pastores y las tijeras con que esquilaban las ovejas.

Doncel y escuderos tornaron á un tiempo; ellos, temblando de espanto; él, sereno é impasible.

Mándale el padre ponerse de rodillas y, en cuanto lo hace, córtale á tajos la cabellera de arcángel; júntala en manojo, y cual si fuera rayo de su cólera, lo lanza hasta el corral. Cógele por el cuello y lo levanta, tómale la espada, pártela en dos contra la rodilla y arroja los pedazos á un foso; despójalo de la espuela y las insignias, y, á dos manos, frenético, insano, le arranca, le desgarra, le hace añicos recamos, sedas y holandas. En viéndole desnudo, le echa encima las repugnantes pieles; cíñele luégo los hierros remachándoselos él mismo con su propia mano. Apártase unos pasos, no bien termina; brama de ira y, entre acecidos y temblores, le dispara estas palabras: ¡Maldito sea el día en que te engendré! ¡Malditas las entrañas que te concibieron! ¡Apárta de mi vista, hijo desnaturalizado! ¡Véte á acabar tu vida, enterrado á pan y agua, en el sótano más hondo del castillo! Púdrase tu cuerpo, hierva de gusanos antes de morirte, abísmese tu alma en los infiernos y caiga sobre ti la maldición de tu padre!

Repitió el eco las palabras, oscurecióse el cielo, corrió el espanto en la comarca; y Timbre de Gloria, escoltado por sus propios escuderos, marchó á la condena.

Un pergamino, escrito por el Capellán del castillo y firmado por una cruz—que era todo el autógrafo del castellano—fue remitido al padre de Flor de Lis. Por tal documento se le hacía saber la locura del mancebo y el fracaso consiguiente de las bodas.

De allí á poco, dio el anciano en sacrílega demencia. No la mano, sino el pie puso en el rostro del Capellán; acabó á golpes de hacha con cuanta imagen de santo había en el castillo; suspendió de la horca la estatua de San Miguel, patrón glorioso de su raza; convirtió la capilla en perrera, y las venerandas reliquias de mártires, que de siglos atrás guardaba la familia como tesoro preciosísimo, fueron arrojadas al muladar.

Tras el furor, le sobrevino lamentable atonía; entróle frío en el tuétano, y murió, impenitente, blasfemo, espantoso.

La infortunada viuda quiso, al menos, desenterrar al maldecido. Bajó hasta la mazmorra y, á la luz de las antorchas con que

dos pajes le alumbraban, vio al hijo de sus entrañas revolcado en su propia sangre, aplastada la cabeza como una masa informe.

No sobrevivió la infeliz á tánta desventura. Sus hijas é hijastras, unas quedaron locas, otras fatuas y tontas las restantes. Los siervos se alzaron á mayores; y sobre los inmensos dominios y riquezas de tan ilustre raza cernióse la rapiña.

Flor de Lis, entretanto, se agostaba como azucena roída por el gusano. Viuda moralmente, muerta para el mundo y con el alma enferma, metióse religiosa en orden de estrecha regla.

Tan tétricos sucesos fueron asunto de una balada gemebunda, con que los dulces y errantes trovadores disipaban el tedio de los magnates y hacían llorar á las castellanas, en las sombrías veladas del invierno.

II

Ni una vez, ni úna, se acusó á sí propio el licenciado de la tragedia del castillo. A raíz del *pero*, tembló por su cabeza, temiendo que el garzón le divulgase; con la muerte del castellano respiró. Para el corazón de ángel que le quiso con ternura y le colmó de favores; que llevó, sin venderle, sin maldecir de su nombre, la espina envenenada, no tuvo luégo el victimario ni el perfume de un recuerdo.

Pasó el tiempo, y hasta la misma balada se olvidó.

Viento favorable había elevado al licenciado. Prez y honra le dieron sus talentos, su saber, los altos puestos que ocupó y los grandes personajes que frecuentaba. A mayor abundamiento, un su tío, arcediano opulentísimo, lo instituyó su único heredero. No obstante todo esto, y los cincuenta años en que frisaba, permanecía célibe.

Embebido hallábase una noche el insigne Reinaldo en la maraña de ruidosa litis, de que era parte, y, á tiempo que pasaba de *Las Pandectas* á *El Digesto* y de los fueros á las pragmáticas, oyó que Timbre de Gloria, con voz triste y suplicante, le dijo al oído: Pero qué, maestro?

Soplo helado de ultratumba le recorrió las vértebras, le erizó los pelos, y lo dejó en la silla como petrificado. Allí quedara, si un trueno horrible que conmovió los cimientos de la tierra, no lo botase del sillón y lo volviese á la vida. Tiróse en el lecho como un sonámbulo, y la conciencia, muda hasta entonces, le habló.

A la mañana siguiente, se postraba, bañado en llanto, retorcido de dolor, ante un sacerdote. De todo le absolvió..... menos del *pero*. Vuela al obispo, y tampoco: es delito reservado al Papa, al Papa únicamente. Qué hace?

Sale y publica su falta por calles y por plazas; corre á sus

arcas, vacia las talegas y reparte el oro entre los pobres, va á un escribano y cede lo demás á templos y hospitales. Nada se reserva. Viste luégo el sayal de peregrino; coge un báculo y emprende, á pie descalzo, camino de Roma. Implora donde llega el mendrugo de pan; duerme en despoblado sobre asperezas y cantiles; golpéase el pecho con piedras puntiagudas. Demacrado, macilento, el cuerpo una sola llaga, toca á las puertas de la Ciudad Eterna, treinta y tres meses después. Merced á los buenos oficios de unos monjes, llega hasta su Santidad.

Oyóle el Vicario de Cristo y le dijo: Enorme es tu delito, hijo mío, enorme ha de ser tu penitencia. Mucho has expiado hasta ahora; pero ese mucho es á tu falta lo que una gota de agua al mar. Párte ahora mismo y, siguiendo siempre hacia Oriente, peregrina hasta que mueras. Tomarás, por todo sustento, tres bocados cuotidianos de pan negro y tres veces la porción de agua que te quepa en la cuenca de tu mano. Sólo dos horas dormirás, y éstas al medio día y siempre sobre piedras y á la intemperie, lo mismo en invierno que en verano. A donde quiera que llegues, solicíta por los muertos del día, y véla tú sólo al que la suerte te depare. Si no le hay, véla este esqueleto, que has de llevar siempre contigo, sobre la espalda, pegado á tus carnes bajo el sayal de lana. Te ceñirás tibias y peronés á la cintura, como un cilicio; cúbitos y radios, al cuello, como un cordel. Tóma esta caldereta que contiene el agua inagotable del perdón, y esta rama inmarcesible de olivo. Llévalos siempre ocultos y dá con ellos paz á cuantos muertos velares. Si cumples esto, hijo mío, hasta tu muerte, estarás en vía de salvación.

Ciñóse allí mismo el esqueleto, tomó la vacía y el hisodo....y á andar, á andar.

A dónde no fue? Recorrió mares y continentes, metrópolis sabias y populosas; discurrió por aldeas y cortijos, por comarcas ásperas y desiertas; probó el pan de todas las naciones, bebió el agua de todos los ríos y aspiró el aire de todos los climas; conoció los ritos fúnebres de todas las religiones; veló muertos de todas las razas y oyó lamentarlos en todas las lenguas.

Siempre hacia Oriente, hacia Oriente, llegó al caer de una tarde melancólica á la ciudad nativa.

Tlan! tlan! talán! gemían las campanas, enloquecidas de dolor; seguían otras y luégo otras, y los lamentos del bronce llenaban el ámbito, y el eco los repetía más tristes cada vez. Respirábase en la metrópoli ambiente de orfandad; discurría el gentío con aire de pesadumbre, y por entre el clamoreo de las campanas, oíase como un concierto de sollozos.

Avanzó el peregrino ciudad adentro. En todas partes, hombres y mujeres, niños y ancianos, agotaban el mismo tema, en llorosos grupos. Por palabras y frases tomadas aquí y allá,

vino en conocimiento del suceso: la madre *Esclava del Cordero* había muerto en olor de santidad y en uso perfecto de sus facultades, á la edad de ciento quince años. La ciudad toda pedía su canonización.

Por los andenes de una plaza, seguido de muchos sacerdotes, venía el Obispo. Arrodillóse el peregrino en los portales de un edificio, para recibir la bendición. El aire ascético y penitente del romero; su barba centenaria, que al estar él de hinojos, barría por el suelo; los surcos que el llanto había labrado en sus mejillas; la extraña corcova que le formaba el esqueleto, llamaron sobremanera la atención de su Ilustrísima. Detúvose un instante; y el peregrino, con humildad y unción que conmovieron hondamente al prelado, besóle el anillo y le pidió permiso para velar la religiosa. Hízole seguir hasta palacio su Señoría, y de ahí á poco envió á las monjas orden terminante de dejar sola la muerta, de cerrar la iglesia inmediatamente y de enviarle las llaves.

Con el último toque de ánimas entraba el peregrino en el antiguo templo. La presencia de Dios y el misterio de la muerte sentíanse en el augusto silencio del recinto. Luctuosos paños pendían de las bóvedas en oscilantes pabellones; velado estaba el altar como en cuaresma. Sobre él, sangriento y lastimoso, en cruz enorme de marfil, se destacaba un Cristo de Viernes Santo; como astro distante y solitario, alumbraba apenas la lámpara del Sacramento. En la amplia nave central alzábase, negro é imponente, el catafalco de la muerta; seis blandones reflejaban sus luces en las guarniciones y lágrimas de plata de las fúnebres colgaduras. Postróse boca abajo el peregrino y oró un corto espacio; se arrastró, luégo, de rodillas hasta el centro, y dio sobre el féretro los treinta y tres asperges de costumbre. Apenas terminados, cae el sudario, y, alta, rígida, con majestad hierática, se alza la monja y dice:

Bien haces en hisoparme, peregrino. El agua santa de la misericordia cae sobre los muertos como rocío del cielo. Te esperaba. Por permisión divina, tengo de revelarte grandes cosas. Tóma un escabel y siéntate; gíra en torno la mirada y díme lo que veas.

Y su voz, argentina y dulcísima, se modulaba en inflexiones de suprema tristeza. Obedeció, subyugado, el peregrino. Velo impenetrable cubrió la lámpara del tabernáculo; apagáronse á un golpe los blandones; tiniebla pavorosa, como de interior de tumba, envolvió el templo.

—Qué ves, hermano mío?—preguntó la religiosa.

Guardó silencio el peregrino, como absortado, y al cabo habló así:

—Hermana.....Grandioso, incomparable espectáculo se ofrece á mis sentidos. Lumbre intensísima, para mí desconocida, inunda cuanto veo. Lejos de cegarme, mi visual alcanza y precisa á distancias incalculables. Oigo, y mi audición percibe la armonía del concierto y distingue, á la vez, el más vago y leve rumorcillo. Todo lo entiendo y lo defino, por obra de intuición sobrehumana. En todo estoy á un mismo tiempo, cual si tuviera el dón de ubicuidad. Ni cordilleras ni nevados limitan el infinito horizonte. Si esto fuere espectáculo del mundo, el globo de la tierra ha debido abrir su planisferio, sin perder por ello sus innúmeras sinuosidades. Colocado estoy en el centro, sobre una eminencia, punto preciso de vista para abarcarlo todo.

—Y qué ves desde allí, peregrino ?

—Veo magníficas basílicas de severa, desconocida arquitectura, que hunden en el cielo sus agujas; santuarios que brillan en las cumbres como bloques de nieve inconmovible; dilatados monasterios que blanquean en mitad de las llanuras; villas que en torno de aquéllos se agrupan, cual si buscasen su sombra. Veo, en desiertas altiplanicies, lazaretos más extensos y hermosos que los palacios de los reyes. Veo infinidad de bajeles de

mil formas, que surcan todos los mares, que anclan en todos los puertos, que llevan en sus velas y en sus mástiles la Cruz de Jesucristo. Ah!.....La divina enseña por todas partes! Osténtanla en sus coronas y en sus cetros monarcas poderosos que pasan ante mí en incontable procesión; osténtala en sus tiaras la serie de pontífices que más allá contemplo; en sus mitras, esotra de prelados que diviso á lo lejos; en sus casullas, legión innumerable de sacerdotes.

—Y qué más?

—¡Siempre la cruz, hermana mía; por cientos, á millares, como campo de mieses! En cada cruz, un cuerpo suspendido: son mujeres de ideal belleza. Aspero saco, erizado por dentro de sutiles puntas, encubre sus encantos y se clava en sus carnes; se distienden sus miembros, medio dislocados; crujen sus huesos; pies y manos se atrincan contra el leño por cordeles de esparto; corona semejante á la de Cristo ciñe sus cabezas; corre la sangre por sus frentes; de sus poros salta el sudor de la fatiga y del suplicio. No mueren: se atormentan. Como la santa de Pazzis quieren la vida para padecer; y cada una de aquellas mártires es descolgada por sus hermanas, antes de que la tortura la haya hecho sucumbir; otra la sustituye, y á ésta la siguiente, por que no esté nunca desierta la cruz del Redentor. Son *Las Crucificadas*. Limpias como la nieve al descender del cielo, se ofrecen en lento, perpetuo holocausto por los crímenes del mundo. Por que la víctima sea más preciosa; por sacrificar lo que más amaron las hijas de los hombres, sólo hermosura reciben en su seno.

Deténgome, ahora, ante otro cuadro no menos indecible. Son como aves blancas que vagan sin cesar. Se arremolinan en bandadas; se dispersan como pétalos de rosa que se deshojase en el aire; giran, febricitantes de amor, para posarse luégo donde quiera que agonicen los mortales. Vuelan de los apestados á los leprosos, del lazareto al cobertizo del campo, donde perece el aislado. Caídas del cielo, surgen en los siniestros y catástrofes. A través del nublado de la metralla y el vapor de sangre de los combates, entre las nubes de polvo y los escombros del terremoto, sobre las aguas furiosas que inundan los pueblos, entre las llamas del incendio, en toda desgracia, en toda muerte, flota y tremola, como enseña de paz, el velo cándido que las envuelve. Son *Las Cazadoras de Almas*. Se diezma, se aclara la bandada. No importa. Por soplar en el oído del moribundo el nombre de Jesús, perecen ciento; ciento, por que bese el labio contraído la imagen de Jesús; y por disputar una alma á Satanás, en su hora suprema de asalto, perecieran todas.

Me pasmo, ahora, ante un prodigio que no soñaron los genios de la tierra. Es un lienzo. El alma del pintor debió de subir

al Cielo y tornar aquí abajo para reproducirlo. Arriba, sobre iris y divinos resplandores, corona el Eterno á María por Reina del Empíreo; espíritus angélicos y bienaventurados se prosternan, la glorifican y la aclaman; la inmensidad de cabezas forma horizontes. Abajo, entre incendios de gloria, miro el Cordero; los coros de Vírgenes entonan en rededor el himno de la pureza.....

Ah! otro cuadro, y otros, y millares! Todos del Cielo. Pintando están centenares de artistas. Es escuela al par que oblación. Trabajan de rodillas, por su Dios y para su Dios, poseídos de fiebre glorificadora. A cada pincelada alzan los ojos al cielo y se transfiguran: piden inspiración al Padre de la Belleza y le ofrecen á un tiempo sus trabajos. Son *Los Artistas sin mancha.*

Quedóse de pronto silencioso, como abismado en la contemplación.

—Por qué callas, peregrino?

—El gozo me roba el alma, hermana mía, y temo que mi vista se engañe. Estoy en Jerusalén. Sobre la cúpula de Omar se eleva, victoriosa, triunfante, perfilada en el cielo, abiertos los brazos, protegiendo al mundo, la Cruz de Jesucristo. Se eleva sobre los encumbrados minaretes pintados de arrebol, sobre las torres cuadradas y las cúbicas habitaciones, en los desiguales muros y en las puertas de la Ciudad Santa. Infinidad de templos católicos se yerguen en su recinto; yérguense en las escarpadas alturas del Moria, en el Valle de Sión, en la cima del Monte Olivete. Arquitectura y estatuaria cristianas, de arte prolijo y hondo simbolismo, cubre de mármoles preciosos las pendientes del Gólgota. Las campanas repican gloriosas en todos los templos; vibra el júbilo en las ondas del Siloe y del Cedrón, en las cumbres del Monte del Escándalo; regocíjanse en sus sepulcros las cenizas de David y de Josafat. Muchedumbre de fieles se desborda en la que fue mezquita de Omar; resuena el órgano como intérprete de tánto corazón; por el dombo anchuroso suben las preces entre gasas de incienso. Sobre el altar de David, en custodia magna, donde cuajó el Oriente sus tesoros y el arte sus maravillas, está expuesta la Majestad de Dios. El púlpito de ébano y marfil, orgullo de Noradino, ocúpalo un prelado. Su rostro hermoso se contrae por la inspiración, flamean deslumbrantes sus pupilas, fuego divino arrebata su verbo en raudales de elocuencia. Celebra al santo de la fiesta, al Emperador de Oriente que rescató definitivamente y para siempre el sepulcro de Jesús, los lugares donde se vertió la Sangre Redentora y se instituyó la Eucaristía; al espanto del paganismo que extendió el nombre de Dios por todo el Asia, por las regiones enantes misteriosas de Nubia y Abisinia, por cuantas islas constelan el

Océano....¡Veo al santo, lo estoy viendo!....Es el mismo....

—Basta yá, peregrino. (Dijo la religiosa, siempre en pie. Tornó aquél á las tinieblas y revivieron lámpara y blandones). Basta yá. Cuanto has contemplado es mínima parte del gran todo. Eso, que tanto te enajena, está sólo en la mente de Dios, que lo mismo abarca lo que ha sucedido que lo que debió suceder. Nada de esto ha pasado aquí en la tierra, bien lo comprendes. Hubiera pasado, peregrino; mas una simple palabra bastó á impedirlo: fue tu *pero*. Yo soy aquella Flor de Lis, de otro tiempo; de mi unión con Timbre de Gloria hubiera resultado, por descendencia, la muchedumbre de héroes, de genios, de conquistadores y de santos; el cúmulo de grandes hechos, de instituciones, de obras inmortales y de glorias que acabas de contemplar. Esa lumbre para ti desconocida, fuera la glorificación de Dios acá en la tierra. El santo que has visto y oído celebrar, fuera mi nieto Timbre de Gloria I, Majestad cristiana de todo el Oriente. Mide ahora las consecuencias de tu falta. Quitaste una honra; echaste sobre un hombre inocente la maldición de su padre; extinguiste una raza; arrojaste dos almas al infierno; privaste á la tierra de infinitos bienes y al Cielo de infinitos santos; impediste la salvación de millones de almas, el reinado y la glorificación de Dios; te interpusiste entre El y sus criaturas. Esto hiciste, licenciado Reinaldo. Un siglo há, precisamente, que, en este mismo templo en que estamos, imploraste perdón por tu delito. Perdonado estás. Un siglo llevas de expiación: vas á terminarla en esta vida y á principiarla en la otra. El día supremo del juicio universal saldrá tu alma del fuego que purifica, para ser juzgada la última. También á la pecadora que te habla se le esperan tres siglos de esa llama. Pecó mucho: esposa de Cristo, necesitó noventa años para arrancar de su corazón el amor á un muerto, á un suicida. Mas el Dios de las clemencias concedióle ciento quince años de vida terrenal, para que llorase sus culpas, como te ha dado á ti ciento cincuenta. Encargada estoy en este instante de la justicia divina.

¡De rodillas, peregrino, que vas á comparecer ante el Supremo Juez!

Baja del féretro la monja, acércase al licenciado y con la débil diestra le arranca la lengua de raíz.

Al día siguiente, los alguaciles reales llevaban un reo á la vergüenza. Al acercarse á la picota de piedra, vieron encima una lengua humana que aún palpitaba. Van á quitarla y fuerza misteriosa los rechaza. Ni entonces ni después pudo nadie acercarse. Cernióse el espanto en esa piedra, como sobre lugar de maldición; de él huyeron las aves y las brisas; en torno de

esa lengua hízose el vacío, que ni el aire impuro quiso contaminarse. Ahí está: ni el agua la reblandece, ni la calcina el resistero, elemento alguno la destiñe. Ahí está, sangrieta, palpitante, indestructible como la calumnia.

Y vosotras, hijas sencillas de mis montañas, rezad por el alma del licenciado. En los grandes días de perdón, cuando se despuebla el purgatorio, allá se queda esa alma solitaria. Si vuestras preces no acortan el plazo irrevocable, amenguan, al menos, el fuego blanco de la purificación. En alta noche, cuando el viento se queje en las ventanas y gima en las techumbres, cuando los perros aúllen de tristeza, rezad por el *Anima Sola*.

TOMÁS CARRASQUILLA.

FATIGA

Muere la tarde lentamente—
La tarde, fatiga del día!—
Ya desde el orto hacia el poniente
Se avanza la luz cárdena de su agonía.

En el cementerio vetusto,
Do suaves efluvios de huerto
Se mezclan—sarcasmo adusto!—
Al asfixiante y hórrido olor de muerto,

Como llamando á los vivientes
A un mundo de reposo obscuro,
Con sus negras bocas sin dientes
Las húmedas, frías bóvedas rompen el muro;

Y de entre plantas lujuriosas,
De flores de ricos matices,
Que cubren las fértiles fosas
Y abrazan los cadáveres con sus raíces,

Las cruces—guardianes de olvidos!—
Que rinde yá cansancio rudo,
Alzan los brazos carcomidos
Como invocando atónitas al cielo mudo!

Hondamente calla la tierra,
Como bajo un manto de plomo;
Y un frío abandono que aterra
Cae del remotísimo celeste domo....

Cruel, implacable fatiga
Mis músculos todos relaja;
Y un ansia, al vivir enemiga,
En el cansado espíritu sorda trabaja....
.....

De pronto la quietud callada
Una infeliz mujer altera,
Que va cruzando apresurada
Cual si un fantasma rápido la persiguiera.

Es la que viene cada tarde,
Temblando si alguno la observa—
Al par que atrevida, cobarde,—
Y de las fosas fértiles siega la hierba.

Y así prolonga la condena
De su existencia desvalida:
Con su sacrílega faena
A los muertos inánimes pidiendo vida!

Y pienso, al mirarla que avanza,
Que á mendigar vinimos juntos:
Pues para mí también alcanza
La caridad irónica de los difuntos!

Que así como dan el sustento
A la pordiosera furtiva,
A mí, si arrecia el desaliento,
Me dan los muertos ánimo para que viva.

Pues sólo tú ¡oh Muerte! curas,
Con tu vivo horror tremebundo
Y tus esperanzas obscuras,
De la existencia el lánguido tedio profundo!

. . . . . .

Con qué dolorosísima melancolía,
De la campana al són plañente,
La tarde—fatiga del día!—
Se fue muriendo lentamente. . . . . .

Junio, 1898.

M. O. V.

RESEÑA MENSUAL

(IMPRESIONES PERSONALÍSIMAS)

YA va á caer el telón. Es el presente, el número final del año primero—y Dios sabe si último—de *El Montañés*. Y, aunque no está en su papel, siéntese hoy el cuitado *Prólogus* invadido por una honda amargura, la más grande de todas, mayor aún—pese á Dante—que la del recuerdo de la dicha perdida, como que en la de Dante no hay, y en ésta sí, el elemento por excelencia genitor de angustia, el remordimiento. Esa amargura, á ninguna comparable, es la que da el recuerdo de la ocasión desperdiciada. Ah! la tristeza infinita de la frase de Whittier, "*it might have been*", "podía haber sucedido..." Es ésa la que me invade, sin que lo pueda remediar y aunque comprenda lo insoportable y ridículo de un *Prólogus* lacrimoso. Pienso en todo lo que ya no diré y debí decir, y me avergüenzo de tánto como he dicho. ¿Por qué parecerá siempre tan mejor lo que se calla que lo que se dice? Cada libro nuevo, cada acontecimiento notable que, por desidia ó por descuido, dejé pasar sin comento, fue quebrantar la tarea que á mí propio me impuse, de explicar al público los gestos de los actores en esta grandísima farsa que se llama la vida social. Y los espectros de las frases que por mi culpa se quedaron sin nacer, de las opiniones que se quedaron sin expresar, de los juicios que no se emitieron, se me presentan ahora reclamando de mí vida, como si ya no fuera tarde. Porque, á lo que parece, mi tarea está terminada; hoy se llena mi contrata, y los puntiagudos zapatos del Prólogo impertinente no volverán á sonar sobre este proscenio de *El Montañés*. Más aun, la existencia ulterior del mismísimo *Montañés* no tiene nada de segura. Depende ella del favor del público: que es colgar de un hilo de araña. Descuídense un poco los Agentes—que se descuidan tánto;— háganse—así sea tan poco—remisos los suscritores—que tan resbalosos y descontentadizos son de por sí,—y la vida habrá dado á este *Montañés*, á este hijo de tántas entrañas, á quien hasta sus padres desconocieron—los accionistas que no quieren pagar sus acciones, como si hubiese compromisos que no comprometieran,—"apenas el tiempo necesario para mirar en torno y perecer", como dijo Pope del hombre. Cumpliría, por ende, ahora, y nunca mejor,—estilo académico—echar una ojeada retrospectiva á lo que lleva yá vivido el periódico. Pero eso no me toca. ¿Ha cumplido él sus promesas? Yo creo que sí. ¿Ha logrado que el público lo crea? Me parece que nó. Fue la intención al fundarlo, hacer de él un periódico de índole absolutamente ecléctica, en donde cada uno pudiera sostener sus opiniones artísticas, científicas ó filosóficas. Pero la humanidad parece sentir una pueril, irresistible necesidad de poner á cada hombre y á cada cosa su rótulo correspondiente —ni más ni menos que en una botica.— Parece que no pudiera dormir tranquila—su ocupación favorita—sin dejar perfectamente

clasificado su museíto—el mundo.— Y como sucede que el número de rótulos de que dispone es limitadísimo, suelen quedar con uno mismo seres que no pueden ser más desemejantes. Poetas son, verbigracia, Bécqer y Boileau; dramaturgos, Shakespeare y Camprodón; liberales, Gladstone y Guzmán Blanco; conservadores, Don Carlos de Borbón y Sucre! Y ¡guay! de los que una vez rotulados no tomen muy en serio su papel! La humanidad, como todas las mentes mediocres, no entiende de chanzas. Todo lo que se salga de su metodismo estrecho la desconcierta y la alarma. A los que rotuló poetas, no les queda más que hacer versos, así sean profundos en matemáticas; y el que ella marcó filósofo, vea cómo combina abstrusos sistemas, pues toda otra cosa le está prohibida, por más inclinaciones que á ella sienta. No concibe la humanidad que se pueda aspirar á todo ó á nada. Ni el universalismo en conocimientos, ni el eclecticismo en doctrinas están al alcance de su comprensión. Dicho todo esto, dicho queda que un periódico que como éste aspira á no tener opinión y á tenerlas todas, había de ser bocado durillo de tragar para el público en general, "*caviare* para el vulgo." No bastó que desde el primer número se anunciara claramente el carácter de la Revista; que se dijese que había de ser ella "mera liza abierta en que midan sus armas cuantos vinieren, de los cuatro vientos." Probablemente el público dio á aquello importancia de programa político—es decir, ninguna,—y lo olvidó al instante. Y no han faltado los reclamos de por qué se dijo esto y no se dijo aquello; como si hubiera otro reclamo posible que la contestación á lo dicho.

En fin, *El Montañés* no ha hecho más que seguir el derrotero que desde el principio se trazó: independizarse *absolutamente* de todo sectarismo, así fuera artístico, así fuera filosófico. Abierta ha estado la liza para todos. Si en algunas cuestiones sólo se ha sostenido uno de los aspectos, es porque el *mantenedor* del lado opuesto no se presentó en el torneo. Suya la culpa.

***

Y vuélvome, por última vez, á mi rutinaria tarea de revistero, que, por cierto, pienso acortar cuanto pueda.

Tengo que dar las gracias por los libros siguientes, que han tenido la amabilidad de enviar al periódico:

Informe del Gobernador del Departamento del Cauca á la Asamblea de 1898.

Pi y Margall.—Aquileo Parra, por C. A. Torres.

Corona Fúnebre del Sr. D. Lino de J. Acebedo, por José Mª Zuluaga.

Discurso pronunciado por el Dr. Adolfo León Gómez en la sesión solemne de la Sociedad de Seguros de Familia, el día 3 de Junio de 1898.

Uno de los capítulos de la obra "El Buen Tono", por Lino M. de León.

El Plátano en Colombia y particularmente en el Valle del Cauca, por Evaristo García.

las beldades que allí lucían, á aquéllas especialmente que por primera vez se mostraban en tales jolgorios y en tal círculo de gentes, y que de hoy más brillarán como estrellas de primera magnitud en nuestros salones; cómo me espaciaría pintando el gozo de las madres, el regocijo de las casadas, el desbordamiento de los casados, más divertidos, más contentos y parlanchines que los mismos mozos; cómo ponderaría el encanto de aquellas largas mesas que ostentaban sus manteles blancos, el brillo de sus cristales, el iris de sus enormes ramilletes, sus manjares apetitosos y sus hirvientes vinos bajo el arco majestuoso de los mangos, allá en la arboleda umbría. Y aquellas improvisaciones, aquellos *toasts* de poetas, de literatos, de músicos, de comerciantes y creo que hasta de mudos, porque allí brindó todo el mundo, espontánea ó forzadamente; y aquel abundante *buffet*, aquella *'cantina ideal'*, que dijo alguien, donde servían y no *apuntaban*; y aquellas vueltas populares que alegres viejos promovieron, dando nueva ocasión á las esposas jóvenes de lucir su nunca extinguido garbo; y los *confetis*, y las serpentinas, y los gorros de papel, y las cigarras chillonas, y los mostachos hiperbólicos, y tántos embelecos como allí se sacaron para que no quedase ni sombra de etiqueta, ni timidez, ni estiramiento alguno: porque ¿quién es capaz de llamar 'señorita' á una niña que acaba de botarle al rostro un puñado de papelitos? quién no ríe como un rapazuelo cuando otra se le presenta con unos bigotazos de general sobre su carita de muñeca, ó lo enlaza con un haz de serpentinas á su pareja?

"Nunca tal vez he contemplado en nuestras reuniones sociales, que acaso con justicia han tachado de frías, tánta cordialidad unida á tánta cultura. Ni una nota discordante en aquel hermoso concierto. Y qué mucho si presidía aquella fiesta quien es gala y ornato de nuestra sociedad, la señora Saldarriaga de Botero, digna, y seria, y sencillamente afable á un tiempo mismo; si modesta y sin esfuerzo la secundaban sus hijas, las señoritas Elisa y Helena; si eran anfitriones sus hijos Carlos y Ricardo, y Marco Antonio Mejía, y Félix Jaramillo, y Víctor Azam, modelos de habilidad y buen tono.

Reciban ellos las felicitaciones que tan bien han ganado, y sepan cuánto es grande y sincero el agradecimiento con que se ha correspondido á su brillante obsequio."

L.

***

El 7 de Agosto—otra fecha gloriosa que se va olvidando—ofreció al público la *Unión Farmacéutica Antioqueña* una conferencia sobre Electricidad. La dictó nuestro amigo D. Gregorio Pérez; quien no logrando agotar el asunto ese día, dejó material para una segunda, que será mañana. Aplausos para él y para la *Unión Farmacéutica*.

***

Y ahora, con hablar del Concierto de Santa Cecilia, que fue el 22 de Agosto, daré por terminado esto.

Yo no sé si nacerán de la profunda simpatía que me inspira la Escuela—institución única entre nosotros—el aplauso y la admiración que me arranca á cada nuevo concierto. Es la verdad que no puedo ver sin conmoverme ese grupo de entusiastas que en medio tan impropicio al Arte como el nuéstro y en tiempos como los que corren, se congregan por amor puro á él, á rendirle un culto que por las dificultades y privaciones que presupone, tiene de ascetismo y de martirio. Y cada vez que se presentan, confundidos maestros y discípulos, niños y viejos, hombres y mujeres, á pedir al público, en cambio de un rato de esparcimiento, los recursos que necesitan para sostener vivo aquel hogar, á cuyo amor recalientan sus instintos artísticos que el frío de lo prosaico entumece: cuando miro á cada uno—así al que empieza á balbucir notas, como al que ya las derrama en armonioso desbordamiento—como doblegado bajo la inquebrantable, abnegada resolución de hacer más, mucho más de lo posible, á fin de obtener, no para él, para la Escuela, los aplausos y los dineros del público, siéntome embargado de honda emoción, y aplaudo, aplaudo como loco. Por eso—y por lo magnífico de la ejecución, agregaría, si mi insuficiencia en asuntos musicales me lo permitiera—aplaudí, y aplaudo ahora todavía, la Obertura *Roman d'Arlequin*, de Massenet y la *Romanza sin palabras*, de Mendelssohn, que tocó la orquesta de la Escuela; y á Teresita Lema cuando cantó otra de Mattey, y luégo, cuando ella y el coro blanco de sus discípulas entonaron el de las "Gitanas" de *Traviata;* y á Gonzalo Vidal cada vez que acompañaba en el piano—sin dejarse eclipsar, que es decirlo todo,—el violín de Brindis de Salas!

Y al soltar este nombre llego á lo culminante de la fiesta. Agradezcan que ya me falta espacio, que de no tendrían que soportar, quién sabe por cuántas páginas, el loco entusiasmo—de profano, por desgracia,—que el violín de ese hombre me produce. Ese violín es simplemente una revelación. Su ejecución parece reposar en este principio único: lo inesperado. Como que amontona obstáculos, para darse el gusto de saltar por encima. Hasta allí eso puede ser ciencia, es decir, podrá alcanzarse con el estudio; pero queda lo otro, el alma de la música, *la interpretación*, lo que es el Arte mismo. Es allí donde pasma. Viejos trozos favoritos, como los Valses de *Fausto* ha venido él á revelárnoslos. Extasíense los conocedores ante su *manera* de tocar; déjenme á mí la *intención* honda de lo que toca: eso sutil y agudísimo que se entra no se sabe por dónde y llega al alma, donde quiera que esté, y la abrasa, y la envuelve, y la arrastra, cuchicheándole insólitas frases de ideas desconocidas. En aquello es maestro Brindis de Salas: en la intención honda. Infunde todo lo que toca como un soplo cálido. Se siente en sus melodías al negro refinado. La voluptuosidad de la raza vive en ellas. Pero es una sutil voluptuosidad, exquisita y lenta, como espiritualizada. De ella nace el fondo melancólico que va encerrado en cuanto toca y que le da el genuino carácter musical: que para mí el alma de la música son la melancolía y la vaguedad.....

Agosto 20.

PRÓLOGUS.

SERIAL

Presented to the

LIBRARY *of the*

UNIVERSITY OF TORONTO

by

KURT LEVY